

LARRY COLLINS

EL FUTURO ES NUESTRO

La novela de un mundo al borde del abismo



Lectulandia

La sospecha de que un grupo de fundamentalistas islámicos se ha apoderado de tres cabezas nucleares provoca una terrible crisis internacional. Y Jim Duffy, exagente de la CIA y especialista en asuntos del Próximo Oriente, será el hombre escogido por la agencia para impedir que la llamada Operación Jalid, financiada con el dinero procedente del tráfico de drogas, se lleve a cabo.

El Profesor, intelectual islámico y cerebro de dicha operación, se frota las manos al ver cada vez más cercano el momento de hacer realidad el credo de los soldados islamistas: «el futuro es nuestro».

Pero lo que el Profesor no sabe es que Duffy le ha estado siguiendo la pista y que está a punto de localizar las bombas que amenazan a Israel.

Pero ¿cómo actuar para evitar la masacre? ¿Buscará Duffy el apoyo de los aliados occidentales o actuará por su cuenta y riesgo?

Lectulandia

Larry Collins

El futuro es nuestro

ePub r1.0

JeSsE 24.08.14

Título original: *Tomorrow Belongs to Us*

Larry Collins, 1998

Traducción: Josefina Meneses

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

Como el lector fácilmente advertirá, no me habría sido posible llevar a cabo la investigación en que se basa este libro sin la ayuda, la guía, la perspicacia y los conocimientos de un buen número de personas expertas en los temas que en él se tratan. Desgraciadamente, no puedo agradecer aquí a todos su ayuda, porque algunos de ellos aceptaron colaborar conmigo con la expresa condición de que su contribución se mantuviese en el anonimato. Como es lógico, esto ocurre principalmente con algunos de mis amigos que pertenecen o han pertenecido a la CIA o a un organismo relacionado con ella.

Por mi investigación sobre el tráfico de heroína en Afganistán, estoy en deuda con Jim McGivney, del Departamento de Control de Drogas de Estados Unidos; Phil Connolly, exjefe de Investigaciones sobre la Heroína del Servicio de Aduanas de Gran Bretaña, que actualmente trabaja en Viena en el Programa de Control de Drogas de las Naciones Unidas; Gilles Leclair, de la Oficina Central para la Supresión del Tráfico de Narcóticos, de Francia; el coronel Moshe Roderick, jefe de la Policía de Narcóticos israelí, y Ray Kendall, el eficiente secretario general de la Interpol en Lyon, Francia. Gracias a ellos pude trabajar con sus colaboradores en Nueva York, Washington, París, Londres, Amsterdam, La Haya, Nicosia, Estambul, Ankara, Islamabad, Tashkent y Almaty.

Estoy asimismo en deuda con Bobby Nieves, exjefe de Operaciones Internacionales de la DEA, y con Arkadiusz Majczyk, apropiadamente conocido como «Señor Mago» y director regional de la oficina central asiática de la UNDCP en Tashkent, por su sagaz visión de los problemas de su área de responsabilidad.

Las repercusiones de la creciente expansión del tráfico de drogas no se ciñen al ámbito del cumplimiento de las leyes. Es sumamente grave el problema de la rehabilitación de aquéllos que intentan liberarse de su drogadicción. Por su ayuda en esta área estoy en deuda con dos excelentes expertos en rehabilitación: el doctor Richard Millman, director del Centro de Rehabilitación de Drogas del Hospital de Nueva York, y el doctor Brian Wells, del Centro de Investigación sobre Drogas y Conducta Sanitaria de Londres. Ellos me permitieron conocer a un grupo de rehabilitados, con los que trabajé para llegar a comprender la angustia y el sufrimiento que la droga había ocasionado en sus vidas. También tengo que expresar mis agradecimientos a mi gran amigo Jim Burke, fundador y director desde hace muchos años de la asociación América Sin Drogas, y a sus eficientes y amables colaboradores.

El tráfico de drogas es cada vez más una preocupación mundial, y su extensión internacional se convertirá sin duda en un grave problema en el próximo milenio. Alain Labrousse y su excelente equipo del Observatorio Político de la Droga, de

París, me ayudaron a comprender las ramificaciones geopolíticas de este tráfico. Bill Olsen, director del comité del Senado de Estados Unidos que se ocupa del control internacional de narcóticos, me fue de gran ayuda en este tema, al igual que algunos funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. El expresidente de Colombia, Ernesto Samper, me invitó a su país para que trabajara con su policía de narcóticos, que se enfrenta a grandes dificultades y peligros en la cuenca amazónica de Colombia en su lucha para acabar con el tranco de drogas.

Por último, aunque no por ello menos importante, está el enorme problema de intentar controlar el blanqueo de dinero procedente del tráfico internacional de drogas. Mientras no se adopte una resolución mundial para tomar enérgicas medidas contra los centros de blanqueo de dinero como la Gran Caimán, es ínfimo el progreso que puede hacerse para acabar con el tráfico de drogas. En este terreno me fueron de gran ayuda Rayburn Hess, el experto del Departamento de Estado de Estados Unidos, y Jack Blum, un eficiente abogado de Washington.

En cuanto a los temas de física nuclear tratados en *El futuro es nuestro*, debo agradecer la ayuda del doctor Frank Barnaby, en otros tiempos uno de los principales diseñadores de armas nucleares de Gran Bretaña; de David Kay, observador designado por las Naciones Unidas tras la guerra del Golfo para investigar el programa nuclear de Irak, y la de Paul Leventhal, el competente director del Instituto de Control Nuclear de Washington; a todos ellos les debo haber podido educar mi poco científica mente.

En el espinoso problema del fundamentalismo islámico y la amenaza, real o no, que representa, me fueron de gran ayuda las largas y sustanciosas conversaciones que mantuve con Mohammed Ait Ahmed, Fahmy Hovedi y Saad Eddin Ibrahim en El Cairo, con el doctor Jalid Duran, del Centro de Información Estratégica Nacional, en Washington, y con el doctor Martin Kramer, profesor invitado a la Escuela de Georgetown de Estudios Internacionales.

En mi trabajo de investigación sobre Afganistán conté con la invaluable ayuda de Stefan Allix, uno de los miembros más destacados de la nueva generación de periodistas investigadores de Francia, y de Anthony Fitzherbert, que trabajó con la UNDCP en Afganistán y actualmente colabora en el programa de agricultura que la Comunidad Económica Europea desarrolla en Bishkek, Kirgiztán. Estoy en deuda con el excongresista Charley Wilson y con Jim Rooney, antiguo boina verde que el Ejército de Estados Unidos le asignó como ayuda de campo al primero en los múltiples viajes que éste realizó a Pakistán para entrevistarse con los mujadines, por su ayuda y sus anécdotas, en ocasiones llenas de humor, del tiempo pasado allí.

No quise ir a Irán porque las investigaciones que realicé para un artículo que escribí para *L'Express* de París sobre la falsificación iraní de billetes de cien dólares estadounidenses no me granjearon precisamente las simpatías de los *mullah*. Pero

pude informarme sobre los sucesos que ocurrían allí gracias a algunos iraníes exiliados. Su majestad Farah Diba Pahlevi me guió en los inicios de mi investigación. Pude tener una larga y fructífera conversación con Abol Hassan Beni Sadr, primer ministro revolucionario de Irán, en su casa en el exilio cercana a París. Miembros de Bandera de Libertad de Manouchehr Ganji en París, de Pueblo Mujadín en Alemania y de una organización monárquica en Londres me procuraron buenos contactos y me brindaron valiosos consejos. El doctor Esham Naraghi, miembro de la Unesco y autor de un fascinante relato sobre los sabios y desoídos consejos pronunciados por el último shah y sus días en la prisión de los *mullah*, compartió conmigo sus sagaces observaciones. Bernd Schmidbauer, asesor de inteligencia del canciller Helmut Kohl, un hombre con una gran experiencia en el trato con el régimen iraní, me concedió una larga y provechosa entrevista. Uri Lubrani, el principal experto israelí en cuestiones iraníes, me fue también de gran ayuda. Fue inestimable la ayuda recibida de dos de los implicados en la compra del pequeño aeródromo privado de Hartenholm por parte de los iraníes, así como de uno de los hombres asignados a la investigación de dicha compra, que me explicaron detalladamente las circunstancias que rodearon el proceso. Por petición expresa de ellos, no puedo citarlos aquí.

Tuve la fortuna de contar con la ayuda de varios expertos en algunas de las áreas arcanas que traté en este libro. Gracias al personal de EG&G —John Kuchjarski, presidente de la empresa; Deborah Lorenz, vicepresidenta de Comunicaciones; Paul Beech, director de la División de Conmutadores Eléctricos, y Ray Clancy, del Departamento de Ventas de Shannon— pude comprender básicamente el funcionamiento de ese minúsculo dispositivo crítico llamado krytrón. Matthew Schorr, de Eagle Eye Technologies, me enseñó cómo ocultar en él un transmisor.

John Coe, excomandante de operaciones del cuarto distrito de la policía municipal de Londres, me enseñó los pasos que lleva a cabo Scotland Yard en una investigación de asesinato. Glenn Bangs, de la Asociación de Paracaidistas de Estados Unidos, me explicó las delicias de saltar de un aeroplano a 10 000 metros de altura. Wayne Madsen me ayudó a comprender las complejidades de la interceptación de comunicaciones internacionales. Un distinguido oficial del Ejército de Estados Unidos que ha querido permanecer en el anonimato me explicó detalladamente el trabajo efectuado por la Fuerza Delta nada menos que en Sarajevo.

Estoy en deuda con ellos y con todos los otros que me brindaron su ayuda, y quiero dejar constancia de que las observaciones, conclusiones y errores que pueda contener el libro son únicamente responsabilidad mía.

Por último, quiero dar las gracias a mi amada esposa, Nadia, que permaneció pacientemente a mi lado durante los largos meses de mal humor y angustia que inevitablemente van asociados al proceso creativo.

LIBRO PRIMERO

Los cinco visitantes de enero

Allí estaba de nuevo, filtrándose por la ventana de la granja, el sonido que otras noches sin luna había escuchado surgir con la niebla de medianoche que envolvía los enormes abetos del Staatsforst. Era el zumbido de un avión aterrizando en la pista del pequeño aeródromo privado de Hartenholm, al sureste de la granja, más allá de los límites del bosque.

Escuchó el sonido aumentar y luego desaparecer, dejando tras de sí como única estela el susurro del viento rompiendo el silencio de aquel pequeño rincón de la llanura de Schleswig-Holstein, que se extendía desde el norte de Hamburgo hasta la frontera danesa. Al cabo de poco más de tres minutos, volvió a escucharse el ruido del motor del avión. Esta vez el aparato estaba tomando velocidad por la pista en dirección a la aislada granja. El piloto se disponía a despegar y tomar rumbo hacia mar abierto. ¿Adónde se dirigía? ¿A Polonia? ¿A los Estados bálticos? ¿A alguna pequeña pista de aterrizaje en el este de Alemania?

—¡Heinrich! —llamó con imperioso tono la mujer del granjero—. ¿Qué quieres? ¿Morirte de frío? Vuelve a la cama, que es donde debes estar.

El granjero suspiró, cerró la ventana de la granja y regresó descalzo a la cama.

—¿Cómo tengo que decirte que olvides ese aeródromo y lo que en él ocurre? —refunfuñó su esposa—. No es asunto nuestro.

El granjero se metió bajo la cálida nube del edredón que cubría la cama matrimonial y extendió las piernas hasta tocar el fondo con los dedos de los pies. Por unos instantes, contempló las sombras que envolvían las vigas de madera del techo del dormitorio. Luego, hablando tal vez para su esposa, o para las sombras, o quizá para sí mismo, murmuró una frase en el dialecto Plattdeutsch de la Alemania septentrional.

—*De Voss de brut allwedder.* (El zorro vuelve a estar al acecho).

Apenas a dos kilómetros de la casa, en cuyo interior un preocupado granjero se arrebujaba bajo el edredón de su cama, una pequeña minifurgoneta Volkswagen negra, con los faros apagados, avanzaba sigilosamente por la vía de servicio que comunicaba el aeródromo de Hartenholm con la carretera N-206 de Alemania. El vehículo se detuvo en el cruce. El conductor miró la carretera a su derecha. El hombre sentado junto a él miró hacia la izquierda. No había ni el menor tráfico. A las dos y media de la madrugada, rara vez lo había en aquella solitaria carretera rural.

—Muy bien —dijo el hombre del asiento delantero derecho—. Vamos. —El conductor encendió los faros y enfiló hacia el oeste en dirección al acceso 17 de la autopista A-7, a unos siete kilómetros de distancia. Su acompañante sacó del bolsillo un cigarrillo Marlboro, lo encendió y luego se volvió a mirar a los cinco jóvenes que ocupaban la parte posterior de la minifurgoneta. Permanecían sentados en estoico silencio, sin manifestar la más mínima curiosidad hacia el paisaje que se divisaba a

través de las ventanillas que, para ellos, era totalmente desconocido.

Así les habían enseñado a comportarse. Debían mantener la boca cerrada. Pasar inadvertidos entre la gente. No hacer nada que atrajera la atención. Satisfecho, el hombre aspiró una larga bocanada de su cigarrillo y apoyó la nuca en el reposacabezas del asiento. La Cessna C-210 habría alcanzado ya su altitud de crucero y tomado rumbo suroeste en dirección a su base, la pista de aterrizaje privada situada en una granja a ciento sesenta kilómetros de Viena.

¡Qué fácil era! Los europeos estaban convencidos de que sus cielos eran una especie de terreno sacrosanto, permanentemente vigilado por los atentos ojos de mil equipos de radar.

¡Menudo chiste! En Alemania estaba prohibido por ley que un avión privado volase de noche sin llevar su transmisor de radar emitiendo a 0022 o 0021, dependiendo de su altitud. De este modo, el aparato aparecería automáticamente como objetivo secundario en los gigantescos radares del aeropuerto Fulsbuttel de Hamburgo. De noche, aquellos radares sólo captaban objetivos secundarios, porque, si se conectaran a los primarios, detectarían cada una de las bandadas de pájaros que volaban entre Hamburgo y la frontera danesa.

¿Qué hacían ellos? Simplemente, apagar el transmisor de radar, de modo que su Cessna C-210 se convirtiera en una negra polilla que, invisible e indetectable, cruzaba el nocturno cielo septentrional.

La gente imaginaba que Europa estaba festoneada por sofisticados sistemas de radar, equipos de la OTAN antaño destinados a detectar la proximidad de aviones o misiles soviéticos. Nada más lejos de la realidad. A un avión privado le resultaba tan fácil surcar los cielos europeos sin ser detectado, como a un coche circular por las autopistas europeas, carentes de puestos aduaneros.

Meneó la cabeza. Como solía sucederle, se sentía maravillado por lo atinado que había estado el Profesor cuando decidió que debían comprar su propio aeródromo privado. Como el Profesor había explicado, en Europa nunca había problema para comprar cosas que, supuestamente, uno no podía comprar. Siempre existía un alemán, un suizo, un italiano o un francés dispuesto a vender por un buen precio hasta a su propia madre. El problema radicaba en trasladar las mercancías a Irán una vez que las conseguían. El pequeño aeródromo había resuelto tal problema. Qué demonios, gracias a aquella pista habían transportado por vía aérea ocho helicópteros Bell despiezados, repuestos para el F-14, y conos guía para el misil Hawkeye.

Miró a sus cinco silenciosos pasajeros. Épocas distintas, distintos cargamentos. El conductor se metió por la rampa de acceso a la autopista A-7, para iniciar el trayecto de 49 kilómetros hasta Hamburgo. Al cabo de menos de media hora se encontraban en el centro de la ciudad. Cruzaron el Kennedybrücke, al borde del lago Alster, y luego tomaron hacia el sur en dirección al Klosterwall y las orillas del Elba, pasando

frente a los edificios de cristal y acero de la Hauptbahnhof. Eran una sucesión de torres grises de doce pisos que se contaban entre las estructuras más altas de una ciudad cuyos ediles habían decretado en 1946 que ninguno de los edificios que se alzaran de las cenizas que dejaron tras de sí los proyectiles incendiarios del gran bombardeo de 1943 debía superar en altura la cúpula de la iglesia más alta de la ciudad. El conductor detuvo el vehículo frente a la segunda torre.

El ocupante del asiento delantero derecho se apeó y, tras inspeccionar detenidamente la calle, indicó con un movimiento de cabeza a los cinco jóvenes que lo siguieran al vestíbulo del edificio. En vez de encender las luces utilizó la llama de su encendedor para pulsar el botón de llamada del ascensor. Cuando llegó la cabina, abrió la puerta e hizo señas a sus compañeros de que entraran.

Se bajaron en el segundo piso. Una luz brillaba tras el panel de cristal de la parte alta de la única puerta del descansillo, identificándola como sede de la «Irán Teppich GmbH, Compañía de Alfombras Iraníes». El guía dio tres rápidos golpes con los nudillos en la puerta. Un hombre de poco menos de cuarenta años abrió y, sin prestar atención al guía, miró a los cinco jóvenes que esperaban entre las sombras.

Una cálida sonrisa le iluminó las graves facciones.

—¡Hermanos! —exclamó, con el fervor de un clérigo rural iniciando su sermón del domingo—. ¡Bien venidos! ¡Bien venidos! ¡Alá os ha conducido hasta mí! ¡Bien venidos!

Enfatizó la sinceridad de su saludo invitándolos con cordial ademán a entrar en la oficina. Los cinco jóvenes fueron cruzando el umbral, y cada uno de ellos recibió un abrazo y un firme beso en cada mejilla, un gesto idéntico al que solía utilizar Yasser Arafat en beneficio de las cámaras de televisión mundiales para recibir al israelí Shimon Peres o al egipcio Hosni Mubarak.

Cuatro candelabros de bronce forjado a mano colgaban del techo de la sala principal de la Irán Teppich GmbH, arrojando una miriada de puntos de policroma luz sobre los montones de alfombras repartidos por el suelo. Alfombras de Shiraz, Ispahán, Kashgai y Naiin. Sus tonos malva, escarlata, azul, púrpura y oro relucían bajo la luz. Los cinco jóvenes podrían haber imaginado que se encontraban en el salón principal de un caudillo otomano o *safawí* del siglo XVI.

—¡Sentaos! ¡Sentaos! —invitó el anfitrión. Los cinco se acomodaron en la alfombra, formando un semicírculo en torno a él. Él por su parte, se apoyó contra la pared, como un jeque colocándose ante sus estudiantes en una *madrassseh*, una escuela de altos estudios islámica.

La analogía no era del todo inadecuada. El propietario de la Irán Teppich GmbH era, a un tiempo, un clérigo menor y una figura considerablemente notoria entre los héroes de la revolución iraní. Cuando la revolución de Jomeini comenzó a conmovir los imperiales cimientos del trono del shah, Husain Faremi se apresuró a regresar a

Teherán y se convirtió en uno de los primeros miembros de la guardia revolucionaria.

Gracias a su entusiasmo por la rápida y brutal justicia que la revolución aplicaba a los partidarios del antiguo régimen, lo nombraron miembro del tribunal de Sadegh Jaljali, el *mullah* verdugo. Le encomendaron el trabajo de dar el tiro de gracia en la cabeza a las víctimas de las arbitrarias sentencias de muerte del *mullah* verdugo. El entusiasmo con que se ocupó de tan tétrica tarea le ganó el apodo de Martillo de Dios y la reputación de ser capaz de llevar a cabo cualquier trabajo, por sangriento que fuese, en pro de la revolución. Gracias a ello consiguió que lo destinaran a Hamburgo, ciudad que cobijaba a la mayor comunidad de exiliados iraníes de toda la Europa occidental. Había vivido durante los últimos seis años en el puerto hanseático, aparentemente dirigiendo aquella empresa de venta de bellísimas alfombras persas y también, como actividad secundaria, regentando una pequeña librería farsi llamada Nashravan. En realidad, el Martillo de Dios Husain Faremi sentía tanto aprecio por las viejas alfombras persas y por la poesía farsi como el ayatolá Jomeini por el whisky escocés y las películas pornográficas.

El hombre era, en realidad, el encargado del capítulo alemán de una secreta organización terrorista iraní coordinada por el Vezarate Etelaat va Aminyate Keshvar, el ministerio iraní de Información y para la Seguridad del Estado, organización sucesora de la infausta SAVAK del shah. La VEVAK era, si cabe, aún más aficionada a la brutalidad, al derramamiento de sangre y a la crueldad premeditada de lo que lo había sido la policía secreta del shah.

El cometido principal de la organización encabezada por Faremi en Alemania era organizar el asesinato de los opositores al régimen *mullah* ocultos en Europa y Estados Unidos, o de ejecutar a tiros a individuos acusados de haber cometido traición contra el Gobierno de Teherán. En apenas tres años, los asesinos del grupo, que en farsi recibía el nombre de *Gouroohe Zarat*, Fuerza de Choque, habían asesinado a más de sesenta personas en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y Estados Unidos. Sólo unos pocos de esos asesinos habían sido arrestados y llevados ante la justicia occidental.

La empresa de alfombras de Faremi constituía un ejemplo perfecto del funcionamiento del sistema. Teherán le había concedido prácticamente el monopolio de importación de alfombras persas en Alemania septentrional, y se las vendía a Faremi a precio de coste. Él vendía luego las alfombras a una veintena de exiliados iraníes que se dedicaban a la venta de alfombras y, con el visto bueno de Teherán, Faremi se dedicaba a financiar su organización con los ingresos así obtenidos. De ese modo podía mantener una serie de casas seguras en las que los pistoleros de Faremi conseguían refugio y documentos de identidad falsos, así como armas y explosivos. El dinero permitía además a Faremi mantener una red de más de treinta informantes, iraníes que vigilaban las actividades de sus compatriotas, o alemanes que

identificaban para él a los responsables de empresas de tecnología punta que, a cambio de una generosa compensación, estaban dispuestos a cerrar los ojos a las restricciones a la exportación vigentes en Alemania.

Ahora Faremi estudió a los cinco jóvenes sentados ante él, los últimos acólitos reclutados para servir en la elitista Fuerza de Choque. Sus rostros eran curiosamente inexpresivos, páginas en blanco sobre las que la vida aún no había dejado marcas de triunfos ni de tragedias. Un extraño resplandor parecido a la inocencia —quizá fuese, se dijo Faremi, el fuego de la fe incondicional— parecía iluminar los semblantes de todos.

Todos eran muchachos de veintitantos años. Todos habían sido reclutados en las ciénagas de pobreza y desesperanza que eran los arrabales de Teherán. Jóvenes así, sin esperanza ni futuro, eran los que nutrían las filas de los vengadores armados de la revolución. En cierto modo, eran los hermanos menores de aquellos valerosos adolescentes que, años atrás, limpiaron de minas los campos de Irak con sus cuerpos, y que supieron morir y partir hacia el paraíso llevando en los labios el nombre del profeta chiíta Alí. Faremi sabía que todos ellos habían sido cuidadosamente seleccionados y concienzudamente entrenados para el trabajo que ahora les esperaba.

Los cinco lucían el tipo de barba prescrito para los fieles, lo bastante larga para que, si su propietario la agarraba con el puño justo por debajo de la barbilla, los pelos asomasen más allá de la curva del dedo meñique. Faremi se dijo que aquellas barbas debían desaparecer, ya que identificaban con demasiada claridad a sus propietarios como musulmanes.

Dio una palmada. Por una puerta que daba a la zona de recepción apareció un criado llevando un cuenco de bronce, una fina jarra con agua de rosas, y una toalla de lino recién planchada. Cada uno de los jóvenes se lavó ritualmente las manos con unas gotas de agua de rosas. Aquella era la forma habitual con que, en Oriente, se daba la bienvenida a los viajeros que habían completado un largo viaje.

Con una sonrisa, Faremi dijo:

—Bien, hermanos, un largo viaje concluye y otro comienza. Vuestra tarea, la gran tarea para la que habéis sido escogidos y adiestrados, os aguarda.

Hizo una breve pausa y se inclinó ligeramente, como abrumado por la importancia de lo que iba a decir a continuación. Luego miró de nuevo a su reducido público.

—Los jóvenes musulmanes como vosotros deben aprender a amar el martirio, a elevarse por encima de las nefastas tentaciones de este mundo. Recordad las palabras de nuestro gran líder, el ayatolá Jomeini, que gloria haya: «La espada es la llave que abre las puertas del paraíso».

Guardó un breve silencio para conferir una especial dignidad a las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Hoy, hermanos —dijo al fin—, sois vosotros los portadores de la espada. Ahora os corresponde el deber histórico de llevar a cabo la venganza de los justos contra los injustos.

Faremi iba en calcetines, lo mismo que los jóvenes, que se habían despojado de los zapatos al entrar en la habitación. El hombre llevaba unos sencillos pantalones negros y una camisa blanca sin corbata y abotonada hasta el cuello, al estilo iraní. Sus mejillas estaban cubiertas por el vello de cinco días sin afeitarse.

Según las leyes islámicas, les recordó, nadie podía llevar a cabo una ejecución sin el permiso previo de un dirigente religioso. Tal había sido el mandato que contenía la *fatwah* pronunciada por el Guía Supremo contra el apóstata Salman Rushdie. Sacó un texto del bolsillo de la camisa y lo desplegó en la alfombra, frente a él. Se trataba también de una orden de ejecución, un decreto firmado por Sadegh Izaddine, el subdirector de la VEVAK encargado de la Fuerza de Choque, y en él se detallaban los pormenores de la misión que los cinco jóvenes debían ejecutar en Europa.

—Cumpliréis esta orden —dijo Faremi, cuando hubo terminado la lectura del texto— como si fuera un mandamiento religioso. Recordad que quienes no están dispuestos a matar y a morir a fin de crear una sociedad justa, no pueden esperar la protección de Alá.

»Sabed además —siguió, con voz solemne— que si alguno de vosotros muere en el cumplimiento de esta misión, se convertirá automáticamente en *shadid*, en mártir. Para vosotros se abrirán las puertas del paraíso, y los grandes campos de flores y los amorosos cuidados de las huríes serán vuestros por toda la eternidad.

«Dadles un arma y prometedles el paraíso». Tal era el lema que utilizaba —con más palabras y florilegios— un cínico grupo de viejos *mullah* de Teherán para convencer a jóvenes desesperados como aquéllos de que arriesgaran sus vidas en beneficio del régimen.

A Faremi le habían contado que, en Egipto, había incluso un jeque que embellecía la descripción de los encantos que sus seguidores encontrarían en el paraíso diciendo que todos allí gozarían de una erección perpetua y, en el caso de que el propietario de tal erección así lo deseara, dispondrían también en abundancia de bellísimos muchachos que suplirían los servicios prestados por las huríes.

Faremi decidió que había llegado el momento de cambiar de tema y pasar a ocuparse de los detalles prácticos de la misión que los cinco tenían ante sí.

—Al amanecer, dos de vosotros iréis conmigo a la estación de tren —anunció, señalando con el índice a los elegidos—. Una vez allí, montaréis en el tren de Düsseldorf.

Faremi metió la mano en un bolsillo y sacó un pedazo de papel, un fragmento arrancado de un plano de la ciudad de Düsseldorf.

—En el mapa os he señalado el camino para ir a pie desde la estación de

Düsseldorf hasta el número ochenta y siete de la Prinz-Georg-Strasse. Fijaos en la placa de bronce que hay junto a la puerta y en la que figuran los nombres de las personas que viven en el edificio. Veréis que el último nombre de la placa es «Nabi». Tocad el timbre tres veces y luego cruzad la calle hasta la otra acera. Una mano colocará un tiesto con geranios tras los visillos de encaje de la ventana del segundo piso. Ésa será la señal de que han recibido vuestro mensaje.

»Poco después aparecerá uno de los nuestros llevando esta revista. —Faremi introdujo la mano bajo la alfombra y sacó un ejemplar del semanario alemán *Der Spiegel*—. Os preguntará en farsi el camino a la estación ferroviaria. Vosotros contestaréis en inglés que precisamente venís de la estación, y él, entonces, os conducirá hasta nuestra casa segura.

»Esta tarde, vosotros —siguió Faremi, señalando a los otros tres— saldréis en tren para Frankfurt. Luego os explicaré todo lo que necesitáis saber. Todos recibiréis documentos de identificación nuevos y dinero, pero los documentos sólo los necesitaréis al llegar a Inglaterra. En ningún otro lugar los piden. Os reuniréis de nuevo en nuestra casa segura de Londres. Allí se os informará de los detalles exactos de vuestra misión, y seréis conducidos al edificio en el que está localizado vuestro objetivo, a fin de que os familiaricéis con el lugar. En cuanto la misión esté cumplida, saldréis por separado hacia Frankfurt y Düsseldorf. Luego volveréis aquí y yo lo arreglaré todo para que regreséis a Teherán del mismo modo que habéis llegado. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué hay de las armas? —preguntó uno de los cinco.

—Se os entregarán en Londres. De ser posible, es mejor que no vayáis armados.

—¿Explosivos? —preguntó otro.

—Esperamos que en esta misión no hagan falta.

—Entonces, ¿cómo haremos para entrar en el edificio? —insistió el joven.

—Eso ya os lo explicarán en Londres. Dispondréis de una pequeña carga de Semtex para utilizarla en el interior del edificio, pero sólo en el caso de que resulte absolutamente imprescindible, ya que el ruido de la explosión podría poner en peligro el éxito de vuestra misión. Tened presente que, como vuestro comandante en Londres os explicará, vuestra tarea es doble. En primer lugar, conseguir que la venganza islámica caiga sobre aquel que nos ha traicionado. En segundo lugar, y aún más importante, debéis recuperar lo que por derecho es nuestro.

Se puso en pie, dando por finalizada aquella primera fase de las instrucciones.

—¿Conocéis la doctrina del *taqiyeh*?

Dos de los cinco alzaron la mano. Faremi asintió aprobatoriamente y, en beneficio de los otros tres, explicó:

—Es la doctrina de la ocultación en defensa de la fe. Nuestros antepasados chiítas la establecieron para protegernos de los califas abasíes y de los turcos otomanos.

»A partir de este momento se os permite ocultar la verdad de vuestra fe a fin de protegeros de vuestros enemigos y de evitar que éstos descubran quiénes sois en realidad. Por ejemplo, todos os cortaréis inmediatamente las barbas, y seguiréis yendo afeitados hasta vuestro regreso a la patria. Si, encontrándoos con ingleses o alemanes, ellos os preguntan si sois musulmanes, podéis negarlo. Decidles que sois cristianos. O incluso judíos. Si os ofrecen cosas *haram*, prohibidas, como cerveza, o salchichas, o carne de cerdo, podéis comerlas y beberías sin temor. Vestiréis como ellos, actuaréis como ellos y os comportaréis como ellos, de modo que ellos no sepan quiénes sois en realidad y no les sea posible impedirlos llevar a cabo la tarea que Dios os ha encomendado.

Mientras Faremi hablaba, su ayudante había ido dejando sobre la alfombra gran cantidad de ropas y zapatos: zapatillas de deporte Reebok y Adidas, botas camperas, pantalones vaqueros, sudaderas, chaquetas de cuero y cazadoras.

—Escoged lo que os plazca —dijo Faremi—. Debéis ir vestidos como la corrupta juventud del Occidente en el que un día mandaréis.

Por primera vez desde que se habían apeado del aparato Cessna en la pista de Hartenholm, los cinco jóvenes iraníes sonrieron y rieron abiertamente mientras revolvían las ropas amontonadas sobre las alfombras de Faremi. Uno de ellos se puso una sudadera azul oscuro. Hasta Faremi se unió a las risas al leer lo inscrito en ella: «Universidad de Notre-Dame. Baloncesto Femenino».

—Creo que eso será mejor no usarlo —dijo.

Para cuando los jóvenes terminaron de vestirse, parecían un grupo de muchachos occidentales ataviados para pasar la velada sabatina en algún centro comercial. Faremi los hizo pasar al baño de su despacho para que completaran su transformación cortándose las barbas.

Acto seguido, Faremi cogió una caja de madera de cedro bruñido con incrustaciones de madreperla. La abrió y mostró su contenido a los jóvenes. En el interior había cinco pequeñas llaves de bronce, cada una al extremo de una pequeña tira de plástico blanco. Sacó de la caja una de las llaves y la levantó.

—Ésta es una llave del paraíso —anunció—. Se trata del mismo tipo de llave que llevaron los millones de valerosos *basiji* que se presentaron voluntarios para cruzar los campos de minas enemigos durante la guerra contra Irak. En cada llave hay grabado un nombre: el de un *basiji* que ahora está en el paraíso, disfrutando del premio a su martirio.

Se puso en pie y, ceremoniosamente, colocó una llave en torno al cuello de cada uno de los jóvenes.

—Que la memoria de los valerosos jóvenes que fueron portadores de llaves como éstas os ayude a cumplir vuestra misión. Recordad que es Alá quien pone el arma en vuestras manos, pero no podemos esperar que sea él quien apriete el gatillo si a

nosotros nos faltan ánimos para hacerlo.

Cuando terminó, hizo un gesto a los dos jóvenes que había escogido para ir a Düsseldorf.

—Vamos —anunció—. Llegó vuestro momento.

Cogió un Corán y lo tendió a los jóvenes, que lo fueron besando uno a uno. Luego lo alzó en alto, de modo que todos pudieran pasar bajo él, el gesto ritual por el que se invocaba la protección de Dios para el viaje que iban a emprender.

Los dos jóvenes abrazaron a los tres camaradas de quienes iban a separarse y salieron con Faremi al frío amanecer invernal. El Klosterwall estaba oscuro y desierto mientras ellos caminaban hacia la parte trasera de la estación ferroviaria de Hamburgo, una cúpula de cristal y acero con casi un siglo de antigüedad, milagrosa superviviente de los bombardeos aéreos de la Segunda Guerra Mundial o, como a algunos hamburgueses les gustaba decir, testimonio de la mala puntería de los aviadores aliados que tantos miles de toneladas de potentes explosivos lanzaron sobre la población.

Faremi los guió a la parte posterior de la estación, más allá del acceso a la U Bahn, hasta llegar a la explanada que había frente a una de las dos entradas principales de la *bahnhof*. La explanada también era el centro de la droga de Hamburgo, e incluso ahora, a las cinco de la mañana, eran muchos los que transitaban por allí. Los vendedores se movían por entre ellos como arañas por entre hierba alta, murmurando los nombres de lo que vendían: «heroína», «hachís» y el más nuevo de sus productos, «skonk», porros que contenían una potente mezcla de hachís, heroína y tabaco.

Junto al frío muro posterior de la entrada de la U Bahn, un grupo de adictos rodeaba protectoramente a uno de los suyos, que estaba preparando una dosis en una cuchara. A la derecha de la salida de la estación, un chico y una chica permanecían abrazados y temblorosos a causa del frío y del síndrome de abstinencia de la heroína. Estacionada junto al bordillo había una furgoneta policial blanca y verde. Su conductor estaba derrumbado sobre el volante, dormido como un leño.

Los tres iraníes comenzaron a cruzar la explanada. Una muchacha ataviada con una andrajosa trenca roja y unos pantalones de esquí amarillos, con los ojos vacíos y el mugriento cabello caído sobre la frente, se acercó al segundo de los agentes de Faremi. Poniéndole la mano en la entrepierna, la mujer murmuró:

—Mamada y polvo, cincuenta marcos.

A Faremi le encantaba el espectáculo, ya que en él veía un compendio de la degradación, la debilidad y el colapso moral de la sociedad occidental que tanto despreciaba.

—Fijaos bien —susurró a sus dos pistoleros—. Ésta es la famosa libertad de la que tanto alardean. Libertad ¿para qué? Para convertirse en animales como los que

veis.

Siguió caminando, contemplando con placer a todos aquellos orgullosos jóvenes occidentales reducidos a la miseria a causa de su incontrolable apetito de drogas.

—Dicen que nosotros nos proponemos destruirlos —dijo despectivamente—. Pero ya veis que no es necesario. Ellos mismos se están destruyendo. —Con una sarcástica risa, añadió—: Naturalmente, nosotros hacemos todo lo posible para ayudarlos a seguir con su estúpido hábito.

En el vestíbulo principal de la estación, Faremi ayudó a sus hombres a comprar los billetes, y luego los condujo al andén nueve, donde al tren Inter City de Düsseldorf le faltaban cinco minutos para salir. Los abrazó a ambos y les aseguró:

—Dios mediante, gracias a valerosos jóvenes como vosotros, un día el mundo será nuestro.

«Centro de Windsurf de Lago Sebago», anunciaba un cartel sobre el escritorio del dueño de la gasolinera Texaco situada en las proximidades de la intersección de las rutas 11 y 14 de Maine, en el punto en que se iniciaba su recorrido por la orilla del lago, normalmente espectacular. Normalmente, porque en aquella frigidísima mañana de enero no había nada particularmente espectacular en el lago. Una gruesa capa de nieve compacta cubría la carretera. Conducir por aquella superficie requería el mismo cuidado que caminar sobre un estanque helado en zapatillas de deporte. Las ramas de los abetos que crecían junto a la orilla se doblaban bajo el peso de la nieve que se apilaba sobre ellas. El propio lago estaba helado, y su superficie se encontraba recubierta de un manto blanco que daba a la redonda masa de agua la apariencia de una inmensa hostia. Un cielo grisáceo, preñado de promesas de más nieve, daba un opresivo toque final a la escena.

Con los pies sobre el escritorio, el propietario de la gasolinera y del Centro de Windsurf de Lago Sebago estaba viendo una repetición de la serie *Hospital General* en su aparato de televisión cuando vio que un Honda negro que circulaba por la autopista se metía en los terrenos de la gasolinera. Sin embargo, el conductor no se detuvo frente a los surtidores, sino que se dirigió a la zona de estacionamiento situada tras la sección de lavado y engrase.

Se fijó en que el vehículo tenía matrícula de Georgia. Debía de ser uno de los coches que alquilaban en el aeropuerto de Portland o de Logan, y probablemente iría camino de Boston. Minutos más tarde, mientras en el televisor un equipo de médicos vestidos con batas verdes empujaban hacia el quirófano el aparato de reanimación cardíaca, el conductor del coche abrió la puerta de la oficina de la gasolinera.

Se trataba de un hombre alto y bien vestido, con traje, corbata y abrigo azul oscuro. Tenía canas en los aladares y llevaba el pelo muy corto, como un atleta universitario ya entrado en años. Calzaba bien lustrados zapatos negros con suelas de

cuero. Si no tiene cuidado, con esas suelas terminará partiéndose el culo, se dijo el propietario. Sin quitar los pies del escritorio, saludó:

—Hola.

—Buenos días —saludó su visitante.

—No me parece que sean demasiado buenos.

—Es cierto. —El hombre se frotó las enguantadas manos—. Debemos de estar a quince bajo cero.

—A veinte.

—No me extraña. Quizá pueda usted ayudarme.

—Pruebe.

—Ando buscando a un buen amigo mío. Se mudó aquí recientemente. Le encanta el *windsurf*. —Los ojos del visitante se dirigieron hacia la sala que había tras el escritorio, que contenía un par de maniquíes vestidos con trajes de goma junto a los cuales había un montón de tablas de *surf* apiladas. En la parte posterior de la sala se veía una serie de policromas velas de *windsurf*, que parecían paraguas esperando a ser recogidos por la mano de un gigante—. Estoy seguro de que mi amigo es cliente suyo.

El propietario dirigió una mirada a la helada superficie del lago.

—En esta época, poco *windsurf* se hace.

—Lo supongo —replicó su visitante, esforzándose por ocultar su impaciencia por el ocioso comentario—. Sin embargo, mi amigo llegó aquí en agosto y alquiló una casa a la orilla del lago para todo el año. Supongo que, antes de la llegada del mal tiempo, haría *windsurf* hasta hartarse.

—Posiblemente.

—Se llama Duffy, Jim Duffy. Un tipo de cincuenta años, corpulento, como de metro noventa, bastante calvo. De joven jugó en el equipo de fútbol de Oklahoma.

—¿Y ahora a qué se dedica? —El ceño del propietario de la gasolinera pretendía indicar al visitante lo mucho que el hombre se esforzaba en recordar la imagen del señor Duffy. Lo que en realidad pensaba el dueño de la gasolinera era: ¿Qué demonios quiere este tipo? ¿Por qué hace tantas preguntas?

—Está retirado.

—¿Retirado? ¿A los cincuenta?

—Trabajó durante unos años para el Gobierno.

—Ah, claro. ¿Cómo, si no, va a retirarse uno a los cincuenta? ¿No tiene usted su dirección?

—Sólo su apartado de correos.

—¿Teléfono?

—No figura en la guía.

—Bueno, la oficina de Correos está en la calle Mayor. Puede ir allí y esperar a

que su amigo aparezca a recoger la correspondencia.

—La verdad es que no dispongo de tanto tiempo. Tengo asuntos urgentes de los que ocuparme.

—Quizá la señora Hurd, la administradora de Correos, pueda ayudarlo. Ella debe de conocer la dirección de su amigo.

—La ley prohíbe a los funcionarios de Correos revelar las direcciones de los titulares de apartados. Y prefiero hacer mis indagaciones con discreción. Ya sabe usted que los administradores de Correos suelen ser bastante chismosos.

—Ajá.

Como casi todos los ciudadanos de Maine, el dueño de la gasolinera tendía al laconismo. Ya había decidido que su visitante debía de ser un picapleitos, que probablemente había viajado desde Boston para obligar al pobre Duffy a pagar una pensión de divorcio o algo así. Poca ayuda iba a encontrar por aquellos contornos, decidió el hombre.

Mientras tanto, el visitante se había fijado en la placa de la Legión Americana, Capítulo 37, que colgaba de una pared de la oficina.

—Veo que es usted excombatiente —dijo.

—Luché en Vietnam con el Primero de Caballería.

El visitante sacó su billetera, extrajo de ella una tarjeta de visita y se la entregó al dueño de la gasolinera.

—Verá... Duffy y yo somos antiguos colegas. Trabajamos juntos durante algún tiempo. Él también combatió en Vietnam. Quizás esto le indique lo importante que es que logre dar con él.

El dueño miró la tarjeta. En el centro había un sello azul con un águila de perfil contra un escudo. En torno al sello se leía: «CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY».

Aunque lacónico, el dueño de la estación de servicio, como casi todos los residentes de aquella comunidad junto al lago, también era un patriota. Y estaba al corriente de que Duffy había servido en Vietnam. Quitó los pies del escritorio y se sentó correctamente.

—Siga por la ruta catorce hasta el tercer semáforo. Luego gire a la derecha en dirección al lago. Gire por la primera a la izquierda. Su amigo vive en la tercera casa de la derecha. Al lado mismo del lago.

Su visitante asintió con la cabeza.

—Gracias por su ayuda —dijo, encaminándose a la puerta.

El dueño ya había vuelto a concentrarse en su televisor. Caramba —pensó—. Siguen bombeando el corazón de ese pobre tipo. En ese condenado hospital no saben hacer otra cosa.

Era tan poco frecuente que los sonidos de la civilización perturbasen la tranquila existencia de Jim Duffy, que el ruido de neumáticos sobre la nieve que cubría la rampa de acceso a la casa le hizo dar un respingo. A fin de cuentas, la tranquilidad no había sido exactamente una constante de su vida profesional. Miró con recelo al desconocido Honda negro que se había detenido a cincuenta metros de distancia. Duffy se sentía casi desnudo sabiendo que su 38 estaba en el interior de la casa. No obstante, al ver al hombre que se apeó del coche, se tranquilizó.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Qué te trae por aquí en un día como éste?

—Vengo a buscarte.

—¡Mierda! —Duffy había estado cortando leños para la chimenea, y ahora clavó el hacha en el tajo con un fuerte golpe—. ¿Y eso qué significa?

—Invítame a un café y te lo cuento.

—Muy bien. —Duffy se quitó los guantes de cuero, se los echó al bolsillo posterior trasero del pantalón y avanzó hacia su visitante con una sonrisa de bienvenida en los labios y la mano extendida—. Supongo que es lo menos que puedo hacer por ti.

Entraron en la cabaña, situada junto al lago. Su interior era sencillo, casi espartano. La parquedad de la decoración parecía proclamar a gritos: «aquí vive un hombre solo». Duffy condujo a su visitante hasta la sala pasando por la cocina. Junto a la chimenea se veía un montón de leños ordenadamente apilados. En el hogar de la chimenea había unos maderos listos para ser encendidos. Duffy cogió un fósforo de casi un palmo de largo y prendió el fuego.

—El café se está preparando. Ponte cómodo mientras voy a buscarlo.

Cuando Duffy regresó con dos humeantes tazas con emblemas azules y dorados, indicadores de que procedían del comedor del comandante de la Sexta Flota, su visitante estaba contemplando la pintura al óleo que colgaba sobre la chimenea. Era el retrato de una mujer de poco más de cuarenta años, de cabello dorado. Sus ojos, azul pálido, tenían la mirada fija en un distante e invisible horizonte.

—Qué maravilla —dijo a Duffy—. El parecido es asombroso.

—Ya. —Duffy tendió una taza a su visitante y dejó la suya en la mesa, junto a su sillón—. Le hicieron ese retrato tres meses antes de que el cáncer se la llevase. — También él contempló el retrato—. Es algo muy especial. A veces me parece como si fuera a salirse del lienzo para hacerme una visita.

—Para ver qué tal te portas. ¿Has encontrado ya a alguna que la sustituya?

—Ella era única. Nadie la puede sustituir.

Duffy sopló la superficie de su café y luego miró a su visitante.

—Bueno, ¿a qué debo el honor de tu inesperada visita?

—Queremos que vuelvas al trabajo, Jim.

—¿Cómo? —La palabra estalló en los labios de Duffy como el petardeo de

ignición de un motor fuera borda—. ¿Que vuelva a ese zoológico? ¿Después del modo como el cabrón de Woolsey me dio la patada tras haberme humillado premeditadamente y en público?

—Woolsey se fue hace tiempo. Está de nuevo redactando testamentos para viejecitas o lo que demonios hiciese antes de que Clinton lo pusiera al frente de la CIA. Todos en la agencia saben que te jodieron bien jodido. Recuerda que por eso respetamos tu derecho a recibir la pensión completa, ¿no?

—Sí, claro. —Duffy estaba alterado, reviviendo interiormente el dolor y la desazón de haber sido despedido de la CIA tras 26 años de servicio. Buenos Aires, Bagdad, Jartum, la guerra de Afganistán... Él había estado en todos aquellos lugares. Fue el oficial más condecorado del Directorio de Operaciones. En los años ochenta, fue el agente favorito de Casey. Acabada la guerra de Afganistán, lo pusieron tras un escritorio en Langley, como subdirector de la División de Asuntos Soviéticos. Cuando llevaba tres semanas en tal puesto, su ayudante le presentó un montón de papeles de rutina para que los firmase: evaluaciones para el expediente 201 de un oficial, órdenes de asignación de fondos, formularios para transferencia de personal, el tipo de papeleo por el que jamás había tenido que molestarse mientras estaba en el servicio activo. Uno de aquellos papeles autorizaba la transferencia de un tal Aldrich Ames, sacándolo de Asuntos Soviéticos y destinándolo al nuevo Centro Antinarcóticos. Duffy jamás había visto personalmente a Ames, así que firmó. Y cuando el Congreso estaba haciendo pedazos a Woolsey por no haber sido capaz de mantener a raya a los veteranos de la agencia a raíz del asunto Ames, ¿qué sucedió? Woolsey echó a Duffy a los perros, un hueso para librarse de los sabuesos del Congreso—. ¿Por qué demonios voy a regresar?

—Porque te necesitamos.

—¿Para qué?

—¿Recuerdas a tu amigo Said Djailani?

Una sonrisa disipó la ceñuda expresión que se había apoderado de las facciones de Duffy desde que su visitante mencionó su despido de la agencia.

—El Mujadín Gucci —rió. Le parecía ver de nuevo a Djailani, en plena guerra de Afganistán, recorriendo las callejas de Peshawar en su Pajero, uno de los Comandantes Pajero, como Duffy los llamaba. Djailani, con bordados dorados festoneando su túnica, y el penacho en las sandalias, distintivos ambos por los que lo apodaban «el Mujadín Gucci»—. Sí, era un tipo endiablado. ¿Qué fue de él?

—Ha desaparecido de la reserva.

—¿Y eso?

—Te daremos todos los detalles cuando regreses a Langley. En este asunto hay un montón de cosas que no estoy autorizado a mencionar.

—Déjate de historias, Frank. Recuerda que estás hablando con Jim Duffy, y que

nos conocemos desde hace más de veinticinco años.

Efectivamente, Frank Williams y Jim Duffy habían sido reclutados por la agencia al mismo tiempo en 1969. Realizaron juntos el adiestramiento «*boy scout*» en Camp Peary, y juntos echaron los dientes en el programa Phoenix de Vietnam. Luego Williams siguió su carrera en la central mientras Duffy se dedicaba a operaciones en ultramar. Durante los tres años en que Duffy estuvo dirigiendo la guerra de Afganistán sobre el terreno para la CIA, Williams fue su contacto en la central. Era Williams quien se ocupaba de arreglar las cosas en la séptima planta cuando las operaciones salían mal, quien susurraba las palabras adecuadas en el oído de Charley Wilson, el congresista tejano que mantenía viva la llama de los mujadines en los salones del Congreso, quien se cercioraba de que siempre hubiera fondos disponibles, quien mantenía sobre aviso a los agentes, y quien apercibía los transportes para trasladar desde Polonia, Checoslovaquia y Rumania hasta Pakistán las armas del bloque soviético que se utilizaban para librar la guerra. El conflicto afgano había sido y seguía siendo una operación envuelta en el secreto. Frank Williams y Jim Duffy eran quizá las únicas dos personas vivas que estaban al corriente de gran parte de aquellos secretos.

—Claro, Jim, no hace falta que me lo recuerdes. Pero preferiría que alguien más capacitado que yo te informara en detalle. Sin embargo, lo que básicamente ocurre es esto: Djailani se ha asociado con un grupo de extremistas islámicos iraníes. Los más fanáticos de la Pasdaran, la guardia revolucionaria. Estamos convencidos de que, entre otras cosas, se dedican al narcotráfico para financiar sus operaciones. Ocurre que, en el Afganistán de tus amores, la producción de amapolas se ha disparado...

—Pero eso no es ninguna novedad, Frank. Los afganos sólo saben hacer dos cosas: guerrear y cultivar droga.

—Es posible. Pero hace una década lo importante era la guerra. Hoy es la droga.

—Escucha, los tipos que hoy día cultivan allí amapolas son los mismos que hace diez años utilizábamos para que suministrasen droga al Ejército Rojo.

—Eso es lo malo. La heroína ha vuelto, y ha vuelto con ganas. En Washington existe la generalizada creencia de que la agencia es al menos parcialmente responsable de la situación, y de que estamos obligados a colaborar en la solución del problema.

Duffy se levantó de su asiento, fue a echar un leño en la chimenea y lo hizo con tal fuerza que un surtidor de chispas subió por el tiro.

—Escucha, estoy más que harto de esos liberales de Clinton que se pasan las horas muertas gimiendo y sollozando por los múltiples males que, supuestamente, la agencia le ha causado al mundo. Pero ahora, cuando se van a la cama por la noche, esos cabrones no sufren de insomnio preguntándose si, mientras ellos duermen, la Unión Soviética invadirá Alemania Occidental e iniciará una guerra termonuclear,

¿verdad? Y ¿por qué? Por nosotros. Por lo que la agencia hizo en Afganistán. Cuando a la Madre Rusia empezaron a llegar cadáveres de ojos azules envueltos en bolsas de plástico fue cuando la mierda comenzó a pegar en el Gran Ventilador Rojo. La guerra de Afganistán fue el primer gran conflicto en que el gran Ejército Rojo se vio seriamente implicado desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ¿no? ¿Y qué sucedió? Un puñado de campesinos y pastores analfabetos le dio una soberana paliza. Les guste o no a esos gilipollas liberales de Washington, fue en Afganistán donde ganamos la guerra fría.

—Bueno, recuerda que Gorbachov también nos echó una mano.

—Gorbachov nunca hubiera tenido pelotas para meterle mano al Ejército Rojo si nosotros no hubiéramos demostrado que en realidad esos tipos no eran nadie.

Duffy estaba demasiado irritado para volver a sentarse en su cómodo sillón. Paseó ante las llamas que crepitaban en la chimenea, viendo en sus cambiantes formas imágenes de hacía una década. Landi Kotal y el paso de Khyber, las desnudas peñas de Afganistán, los estoicos y silenciosos heridos afganos saliendo de entre las peñas a lomos de mula, doblados sobre sí mismos a causa del agónico dolor, pero sin manifestar su sufrimiento con un solo gemido. En una ocasión, el congresista Charley Wilson dijo que leyó la derrota del Ejército Rojo en los retadores ojos de un mujadín herido que vio en un hospital de campaña cercano a Peshawar. Y ahora los idiotas de Washington trataban de manchar la que había sido la máxima proeza de la CIA, y se rasgaban las vestiduras hablando de la droga y del fundamentalismo islámico. Ciertamente, algunos de los tipos que más rusos mataban eran también los que más droga cultivaban; pero... ¿qué demonios se esperaba que hiciera él? ¿Dejar de suministrarles armas para que no pudieran seguir matando rusos? Un día habló del asunto con Charley Wilson para sondear cuál sería la reacción del Congreso respecto al asunto. «Alguna de esta gente cultiva droga», le dijo. La respuesta del congresista fue: «Me importa una mierda».

Williams interrumpió sus pensamientos.

—Jimbo: el fantasma de Afganistán ha vuelto para atormentarnos. El Centro Contraterrorista acaba de completar un informe secreto de sesenta y siete páginas que te enseñaré cuando volvamos a Langley. Lo llamamos «el informe del mujadín errante». Actualmente, esos tipos están apareciendo por todas partes. Degüellan gente en Argelia. Hacen volar coches bomba en El Cairo. En Dhahran adiestran a los chiítas saudíes en el arte de matar a nuestros soldados. Quizás incluso estén detrás de accidentes aéreos, ¿quién sabe?

—¿Los afganos andan metidos en todo eso?

—No, qué va. Los afganos están demasiado ocupados matándose entre ellos. Son los egipcios, los pakistaníes, los sudaneses, los argelinos que acudieron a Peshawar para ganar su diploma de honor combatiendo en la *jihad*. Ahora muchos de esos tipos

se han puesto de acuerdo con los iraníes. No existe nada parecido a un Comintern ni un mando centralizado de esos radicales islámicos. Pero guste o no guste, los iraníes son los que llevan la voz cantante en el juego. Ellos proporcionan la mantequilla y los cañones. Entre los activistas hay muchos veteranos de la guerra de Afganistán.

—Eso me suena conocido.

—¿Verdad que sí? Ahora, introduzcamos en la ecuación el factor drogas. Las drogas socavan la salud espiritual y física de los hijos del Gran Satanás, ¿no? Y, al mismo tiempo, con ellas se consiguen los recursos financieros que los iraníes necesitan imperiosamente. La cosa perjudica a Occidente y beneficia al islam. Punto.

Duffy volvió a su sillón y dejó caer su fuerte corpachón sobre los mullidos cojines. La ira que lo dominaba hacía unos momentos se había desvanecido.

—De acuerdo, es una combinación horrible; pero... ¿qué tiene todo eso que ver con mi vuelta al trabajo?

—Lo que ocurre, Jim, es que nadie conoce la zona como tú. Nadie conoce mejor a los equipos... y a los jugadores. ¿Recuerdas el viejo póster de recluta, en el que el Tío Sam, señalando con el dedo, decía «tu patria te necesita»? Bueno, pues eso es lo que ocurre ahora. Hasta ahora, tú nunca has dicho no cuando tu patria te ha necesitado. ¿Vas a empezar a hacerlo ahora, conmigo?

—Hijo de puta. Detesto a la gente que para razonar usa las emociones en vez de la lógica.

—¿Significa eso que me acompañas?

—¿Que te acompañe, adónde?

—A Washington. Tengo un Learjet de la agencia esperándonos en el aeropuerto de Portland.

—¿Tan importante es la cosa?

—Tan importante.

—¿Dispongo al menos de tiempo para coger el cepillo de dientes, unos calcetines y unas mudas de ropa interior?

—Desde luego. Bien venido al redil.

Los hombres estaban sentados formando un semicírculo en el suelo de tierra de la cabaña, con las espaldas apoyadas en las blancas paredes, las piernas cruzadas bajo las largas faldas de sus *chalwars*, la prenda tradicional de los hombres afganos. Cada uno tenía frente a sí los restos de la cena que acababan de consumir. Los cacharros de barro que habían contenido los alimentos se encontraban en el centro del suelo, junto al brasero de bronce cuyas ascuas producían el escaso calor no humano que caldeaba la habitación.

Naturalmente, no había mujeres presentes. Ellas, tras encender el fuego del brasero y disponer los platos para la cena, se habían retirado a la cocina. No volverían

a aparecer hasta que el último invitado se hubiese ido. La pequeña cena podría haber sido una *shura* —un consejo comunitario— en miniatura, o una *jirga* tribal, los dos tipos de reunión tradicionales en Afganistán. Pese a las tragedias que habían asediado a su nación durante las dos últimas décadas, los afganos continuaban practicando la primitiva pero muy real democracia con la que llevaban generaciones gobernándose. Ya fuera en la *shura* o en la *jirga*, la reunión del clan en torno a su patriarca, o de los guerreros en torno a su líder, tradicionalmente la sociedad afgana daba gran importancia a las decisiones comunales. Con independencia de su rango, todos los participantes en una reunión comían los mismos alimentos, dormían en el mismo suelo, defecaban en la misma fosa al aire libre, y llevaban más o menos la misma ropa.

Los hombres reunidos aquella noche alrededor de los agonizantes tizones del brasero estaban unidos por el más fuerte de los vínculos: la sangre. Hijos, tíos, primos carnales o lejanos, hermanos o padres, todos pertenecían al mismo clan que, a su vez, estaba unido por remotos lazos a la familia de pueblos beluchis que vivían en el Afganistán suroccidental, el Pakistán noroccidental y el Irán suroccidental. Todos, naturalmente, eran musulmanes, y la mayor parte de ellos se manifestaban más devotos ahora que su provincia se encontraba bajo el control de los talibanes de lo que lo habían sido antes de que tales apóstoles del islamismo radical se hicieran con el poder. Sin embargo, lo que los había reunido en aquel primitivo entorno aquella fría noche de enero era un problema económico y no religioso. Todos, de uno u otro modo, participaban en el tráfico de opio.

La pequeña aldea de Regay se encontraba en la provincia afgana de Helmand, casi equidistante de las fronteras de Pakistán e Irán. Era una de las cinco mil pequeñas poblaciones afganas dedicadas al cultivo de la *Papaver somniferum*, la amapola del opio, de la cual se extraía el opio, la morfina y también, en su forma más destructiva y adictiva, la heroína. En los bien irrigados campos que rodeaban la media docena de casas de la comunidad había cincuenta *jeribs* (poco más de una hectárea) plantados de opio, que sólo constituían una ínfima parte de las 71 433 hectáreas dedicadas al cultivo de amapolas en Afganistán. La cosecha de esas tierras había convertido a Afganistán en el principal productor mundial de opio en bruto, una fuente de suministro de droga aún más importante que el famoso Triángulo de Oro del norte de Birmania.

No siempre había sido así. En los años precedentes a la invasión soviética de Afganistán, Helmand había sido el granero de la nación, produciendo grandes cantidades de maíz y trigo. Por entonces, era difícil encontrar un solo *jerib* plantado de amapolas. Ahora lo difícil era encontrar un *jerib* dedicado a otro cultivo.

Tres de los hombres apoyados contra la pared eran terratenientes. Siete de los otros eran aparceros que cultivaban las tierras del dueño. Todos estaban unidos por

algún tipo de parentesco familiar. Dos de los otros hombres eran mercaderes, *tudjarha-e-afin*, del cercano bazar de Sangin.

Junto a uno de los mercaderes se hallaba su hermano, el camionero local. Junto a él estaba el *mullah* de la región. Su presencia tenía un motivo más práctico que religioso. Nombrado para su cargo por el Consejo Supremo Talibán en Kandahar, su cometido consistía en levantar acta de los acuerdos que se tomaran en aquella cabaña. Los líderes talibanes comenzaron su marcha hacia el poder proclamando su oposición al tráfico de opio, pero esa acritud duró lo que tardaron en calcular los beneficios potenciales que suponía el tráfico. Luego se metieron en él de hoz y de coz. Habían obligado a los varones afganos a dejarse barba, y a las mujeres a ir envueltas entre los oscuros pliegues de la *burga*, pero el tráfico de opio había escapado a su justa ira, ya que se había convertido en su principal fuente de ingresos. El diez por ciento de los beneficios de cada granjero iba para el talibán, que lo destinaba principalmente a comprar armas con las que matar a los afganos que se oponían al establecimiento de un estado islámico.

Sentado entre los dos mercaderes se encontraba el invitado de honor, y su presencia era el motivo de la pequeña reunión. Ghulam Hamid era beluchi, nacido en Irán. Durante la última década del reinado del shah fue agente de la SAVAK en Beluchistán, responsable principalmente del tráfico de opio en la región. «Responsable» en el sentido de que había arrestado y encarcelado a los traficantes que no pagaban el adecuado tributo, al tiempo que facilitaba las cosas a los que sí lo pagaban.

Al estallar la revolución, huyó de Irán y se refugió en Quetta, Pakistán. Su cambio de residencia no implicó, sin embargo, un cambio en su actividad.

—Hermanos —dijo cuando llegó el momento de dejar a un lado la charla política que los había ocupado durante la cena para tratar asuntos más serios—, estoy aquí para comprar todo el opio que podáis venderme.

Hizo una pausa, y casi se relamió los labios anticipando la satisfacción que su próxima frase produciría en sus compañeros.

—Vosotros cobraréis un excelente, excelentísimo precio. Lo prometo con toda sinceridad.

Naturalmente, aquellas palabras formaban parte del pequeño juego en el que participaban todos los presentes. En comunidades como aquella, las semillas de la nueva cosecha acababan de ser plantadas, semillas de la amapola Shinwari, procedente del valle Chitral de Pakistán. Tales semillas tenían fama por las plantas de largo tallo que producían y por los bulbos del tamaño de pelotas de tenis que colgaban de ellas. Florecían en marzo y se cosechaban en mayo.

Los astutos granjeros vendían en época de cosecha el diez o el veinte por ciento de su producción para zanjar cuentas con los mercaderes del bazar. El resto lo

retenían a fin de venderlo posteriormente, en momentos como aquél, cuando los precios, inevitablemente, subían. No obstante, los tratantes como Ghulam Hamid jugaban al mismo juego. Ahora, en época de siembra, pagaban precios muy altos para animar a los granjeros a plantar más opio. Luego, cuando llegaba la cosecha, conseguían bajar los precios alegando que tenían exceso de existencias.

—¿Qué precio estás dispuesto a pagar? —preguntó uno de los terratenientes.

—Un precio muy, muy generoso —aseguró Hamid, dirigiendo a sus oyentes una intensa sonrisa—. Pagaré a mil quinientas rupias el kilo —anunció, como si la oferta equivaliese a canjear un kilo de oro por un kilo de opio. En la época de cosecha el precio que había pagado era de mil rupias.

La oferta no le pareció suficiente a su interlocutor. Aquel pequeño rincón de Helmand tal vez estuviera aislado del mundo, pero no tanto como para que el terrateniente no supiera cuál era la cotización del opio en bruto en Quetta.

—Recuerda, hermano, que después de la terrible guerra nos esforzamos denodadamente para alimentar a nuestros hijos y para reconstruir nuestras casas. — Por un momento, pareció como si el hombre fuera a estallar en llanto a causa del dolor que tales recuerdos le causaban—. No me cabe duda de que, por nosotros, te será posible hacer un esfuerzo y subir a, digamos, mil novecientas rupias el kilo.

Ante la simple mención de aquella cifra, pareció como si al mayorista iraní fuera a darle un fulminante infarto. Dedicó varios momentos a explicar pormenorizadamente los motivos por los que pagar tan exorbitante suma supondría la ruina para él y su familia. A renglón seguido ofreció 1650.

Entre los que se hallaban sentados en torno al brasero, ninguno seguía el regateo con mayor atención que Ahmed Khan, el sobrino del terrateniente. De joven había luchado con gran distinción con el mujadín de Haji, Abdul Khader, hasta que el proyectil de un helicóptero Hind soviético le arrancó la pierna por la rodilla.

Durante años, languideció en el campamento de refugiados de Girdjangan, en la frontera entre Afganistán y Pakistán, recibiendo tan sólo la rudimentaria atención médica que los mujadines podían ofrecerle. Ahmed Khan desesperaba ya de ser capaz de volver a llevar una existencia normal o de poder alimentar a su esposa y a sus dos hijas pequeñas y se encontraba al borde del suicidio, cuando su tío lo localizó en el campamento.

«Vuelve al lugar en que naciste», le dijo su tío. Tenía cinco *jeribs*, que entregaría a Ahmed para que los cultivase en calidad de aparcerero suyo. El sitio era ideal para el cultivo de la amapola del opio, con buena tierra y abundancia de agua y de sol. Entre la siembra y la cosecha, el opio requería de muy pocos cuidados. Su tío facilitada a Ahmed semillas, equipo agrícola y los peones necesarios para la siembra y la cosecha. A cambio, Ahmed entregaría a su tío la mitad de la cosecha. El resto podría venderlo como mejor le pareciera.

Para Ahmed fue como si las puertas del infierno en que vivía se hubieran abierto de par en par ante él. Se instaló con su familia en una cabaña semidestruida por la guerra, situada cerca de sus *jeribs*, y se puso manos a la obra. Caminando renqueante por sus campos apoyado en sus muletas de madera, observó cómo de las semillas surgían verdes brotes que luego se convirtieron en tallos de más de un metro de los que, a comienzos de abril, brotaron rosadas flores. Tres semanas más tarde, los pétalos se desprendieron de los bulbos de las flores y tales bulbos comenzaron a hincharse, pasando del color verde brillante al gris.

Su tío había tenido razón. Una semana después de la caída de los pétalos, los bulbos eran gruesos y redondos. Ahmed, su esposa, sus dos hijas y dos peones enviados por su tío salían a los campos hacia la hora del ocaso. Cada uno tenía un *nechtar* de seis hojas, un instrumento similar a un cuchillo que se utilizaba para hacer pequeñas muescas en los bulbos. De cada pequeña cicatriz, de no más de un milímetro de profundidad, brotaba una lechosa goma rosada, opio en su forma más primitiva. A la mañana siguiente volvían todos a los campos para rascar la goma de los bulbos, que ahora eran de color pardo oscuro, y meterla en vasijas de arcilla.

La cosecha fue prodigiosa. Ahmed había formado con la pardinegra pasta cuarenta y dos barras de un kilo y ahora escuchaba, fascinado, el regateo entre su tío y los mercaderes del bazar.

El hombre de Quetta ofreció:

—Mil ochocientas rupias pakistaníes. —El afganí, la moneda local, rara vez se utilizaba en tales transacciones—. Es lo máximo que puedo ofrecer, y lo hago porque sois mis amigos, mis hermanos. Por favor, no le digáis a nadie que estoy dispuesto a pagaros tal precio; porque, si la gente se entera, me arruinaré.

Poco después del siguiente mediodía, el camionero primo de Ahmed llegó a la cabaña de éste acompañado por el visitante, el *mullah* y uno de los mercaderes del bazar. Juntos, pesaron y contaron las cuarenta y dos barras de opio. Luego el mercader sacó un grueso fajo de rupias pakistaníes y contó 75 600, que a continuación entregó a Ahmed. El mutilado veterano de guerra jamás había visto tanto dinero junto.

No pudo verlo por mucho tiempo. Apenas le puso la mano encima, el *mullah* se adelantó para retirar la tasa del diez por ciento que correspondía al talibán.

—Hijo mío —dijo el *mullah* en su sosegado tono—, en el libro santo no hay nada que prohíba lo que has hecho. Además, te juro por Alá que lo que has cultivado servirá para hacer más débiles a nuestros enemigos.

—¿Enemigos? —preguntó Ahmed—. ¿A qué enemigos te refieres? Tenemos tantos...

—A los kafires. A ellos está destinado esto.

Ahmed sólo había visto en su vida a dos kafires, y los dos eran ya cadáveres,

soldados rusos muertos en una emboscada en el Pansher. Se encogió de hombros, indiferente, mientras el *mullah* y el mercader montaban en el camión de su primo para regresar al bazar de Sangin. Los miró alejarse por el camino de tierra que conducía a su cabaña, iniciando el largo y peligroso viaje que, en último extremo, llevaría el producto de su granja a los brazos, los pulmones y los cerebros de anónimos kafires de Londres o Liverpool, Nueva York o Filadelfia, París o Marsella, Madrid o Barcelona, Hamburgo o Frankfurt. Comparadas con lo que el producto de sus cuarenta y dos kilos haría ganar a otros hombres en las calles del mundo occidental, las 68 000 Ropias pakistaníes que le quedaban a Ahmed después de pagar la tasa a los talibanes eran una minucia.

No se preocupaba por ello. No dedicó ni un pensamiento a los que un día utilizarían su producto. No era problema suyo. Los cuarenta y dos kilos le permitirían cumplir una de las primeras obligaciones de cualquier musulmán devoto: atender a su familia. Aquel dinero le había devuelto su dignidad, porque con él le sería posible alimentar a su esposa e hijas durante un año y reconstruir la semiarruinada cabaña en que vivían. Ahmed dio media vuelta y echó a andar hacia su hogar. Casi por primera vez, desde que un proyectil soviético le había arrancado la pierna, se sentía feliz.

—¿A que estar aquí sentado te trae buenos recuerdos, Jimbo?

Frank Williams señaló con un ademán la sala de espera sobria y elegantemente decorada en la que se encontraba junto a Jim Duffy. Era una de las dos habitaciones idénticas adjuntas a la oficina del director de la CIA en el séptimo piso del edificio central de la agencia en Langley, Virginia. La primera se utilizaba para los visitantes distinguidos del otro lado del Potomac: congresistas, senadores, mandatarios de la Casa Blanca y hombres de negocios. La segunda sala se reservaba a los visitantes cuyos rostros no convenía que fueran vistos: representantes de servicios extranjeros amigos, personajes cuyos vínculos con la agencia eran un secreto celosamente guardado, y agentes del servicio clandestino.

—Algunos de los recuerdos son buenos; otros, no lo son tanto —gruñó Duffy—. Lo que recuerdo con toda claridad es el día de 1985 en que tú y yo estábamos sentados en esta misma sala esperando para ver a Casey. Yo acababa de regresar de Pakistán, ¿te acuerdas?

—Sí. Fue el día en que entraste ahí y le dijiste a Casey que para ganar la maldita guerra de Afganistán bastaba con que él te facilitara misiles Stinger. Cosa que nadie, absolutamente nadie, creyó en toda la ciudad.

—Bah, tampoco a nadie se le había ocurrido que realmente pudiéramos ganar la guerra. De lo que se trató desde un principio fue de combatir a los soviéticos hasta la última gota de sangre afgana. Ése era el trato: nosotros poníamos el oro y ellos la sangre.

—Ya. —Frank Williams se removió en el asiento, incómodo por los recuerdos que las palabras de su compañero evocaban—. Supongo que los mujadines siempre se dieron cuenta de que nosotros no estábamos allí por el amor que sentíamos hacia ellos.

La mesa lacada en negro que tenían ante sí estaba cubierta de ejemplares de *Time* y *Newsweek*. Una atenta secretaria ya les había llevado café y una pequeña fuente con galletitas. Williams se llevó una a la boca.

—¿Sabes una cosa, Jimbo? Nuestra victoria en Afganistán tenía dos caras. Lo malo fue que sólo nos fijamos en una de ellas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que, para nosotros, lo importante fue la derrota del Ejército Rojo, el final de la guerra fría y el desmoronamiento del comunismo. Pero ¿y para los mujadines? ¿Y para todos los fundamentalistas islámicos que andan sueltos por el mundo? ¿Nos paramos alguna vez a preguntarnos qué significó la guerra para ellos?

Duffy cogió unas nueces.

—Me doy cuenta de que te mueres por decírmelo, Frank, así que no voy a estropearle la diversión.

—Significó que ellos habían derrotado al gran Ejército Rojo valiéndose de poco más que de su fe... y de unos cuantos Stinger. Demostró a los extremistas del mundo islámico que, como el Profeta había vaticinado, la *jihad* era posible, pese a todas las maravillas tecnológicas del siglo xx. «Podéis lograrlo si tenéis suficiente fe». Créeme cuando te digo que ésa es la causa de muchas de las pesadillas que estamos viviendo en la actualidad.

Una mujer de mediana edad elegantemente ataviada, seguida por un guardia de seguridad que llevaba el *blazer* azul de la agencia, apareció en el umbral de la sala de espera.

—El director los espera, caballeros —anunció.

—Y también es la causa de gran parte de las pesadillas de las que ahora te vas a enterar —murmuró Williams *sotto voce*, al tiempo que se levantaban de sus asientos.

El actual director de la agencia era un hombre menudo, casi frágil, cuyas enormes gafas de gruesa montura parecían diseñadas para acentuar la ya de por sí tétrica seriedad de su rostro. «Parece uno de esos tipos que enseñan latín en las escuelas secundarias de Nueva Inglaterra», pensó Duffy. Estuvo a punto de saludarlo murmurando *Omnia Gallia in tres partes divisa est*, pero en vez de ello estrechó con su enorme puño la minúscula mano del director y dijo:

—Señor...

—Nos alegra mucho tenerlo de nuevo entre nosotros, señor Duffy —replicó el director—. Creo que ya conoce al subdirector de operaciones, Jack Lohnes. —El director señalaba al hombre situado a su izquierda.

Duffy lo conocía. Jack era un buen tipo y no le inspiraba ningún rencor pese al hecho de que, como director de los servicios clandestinos, Lohnes estaba ocupando el cargo que debería haber sido de Duffy.

—Éste es Tim Harvey —el director señalaba ahora al hombre de su derecha—, encargado de asuntos iraníes.

Dicho esto, señaló hacia la mesa de conferencias situada sobre una tarima, a la izquierda de su inmenso escritorio, donde ya había dispuesto un servicio de café. El director era tan aficionado al café como un contramaestre a la marina de guerra.

—Para empezar, debemos remontarnos a 1992 —comenzó el director—. ¿Dónde se encontraba usted por aquel entonces, señor Duffy...? ¿Puedo llamarlo Jim?

—Desde luego. Estaba en Praga, informando a Vaclav Havel sobre los exmiembros del KGB que trataban de infiltrarse en su Gobierno.

—Ya. Bueno, recordará usted que por aquella época había montones de coroneles y generales rusos que veían que su país se desmoronaba en torno a ellos, que sus carreras se iban a pique, y que sus pensiones, en el caso de que llegaran a cobrarlas, quedaban reducidas a la nada por culpa de la inflación. De resultas de ello, había mucha gente tratando de buscarse la vida. En mayo, el Mossad nos informó de que los iraníes habían conseguido comprar tres artefactos nucleares en Ulba, el gran centro nuclear ruso de Kazakstán, y trasladarlos hasta Irán.

—¿Identificaron los israelíes la fuente de esa información?

—Se negaron a hacerlo.

—Es comprensible. Siempre estuvieron convencidos de que, en cuanto a seguridad, este sitio era un coladero.

El director decidió no hacer ninguna apostilla al comentario. Ya le habían dicho que, en lo referente a diplomacia, Duffy no era gran cosa.

—Recibimos el informe con escepticismo. Sin embargo, decidimos efectuar una investigación a fondo. Todo el mundo: los Seis, los franceses, los alemanes, se implicó en ella. Utilizamos satélites espía e interceptores electrónicos. Los alemanes fueron de gran ayuda. Muchos de los científicos nucleares de Kazakstán eran rusos de origen alemán que Stalin había enviado a las estepas durante la guerra. Cuando la vieja URSS comenzó a derrumbarse, todos ellos se sintieron de pronto sumamente alemanes, y dispuestos a colaborar en lo que fuera necesario a cambio de un pasaporte nuevo.

El director se metió un índice bajo la montura de las gafas para quitarse una mota del lagrimal izquierdo. Realmente, parece un profesor de secundaria algo afeminado —pensó Duffy—. Seguro que estudió en Harvard.

—Lamentablemente, nos estrellamos contra un muro. No nos fue posible verificar la exactitud del informe del Mossad. Tampoco pudimos demostrar que fuera falso. La cuestión, simplemente, quedó en el aire.

—Así que el expediente quedó arrumbado en el último cajón de algún escritorio —fue el sarcástico comentario de Duffy.

—En efecto. Y allí permaneció hasta hace muy poco.

Ajá —se dijo Duffy—. Quizá vayan a decirme al fin para qué desean mi regreso.

—¿Sabe usted lo que es el berilio?

—Un metal exótico, ¿no?

—Exacto. Prácticamente, sólo tiene un cometido útil: como escudo deflector para hacer rebotar los neutrones en su forma pura contra el núcleo de un artefacto nuclear a fin de aumentar su índice de fisión y de multiplicar su potencia explosiva. Se da la circunstancia de que el viejo centro nuclear soviético de Kazakstán es uno de los escasos lugares del mundo en que se puede conseguir ese material. Recientemente nos hemos enterado de que los iraníes adquirieron allí cien kilos y lograron meterlos de contrabando en Irán. Esta vez no existe duda. Aquel viejo informe era correcto.

—¿Para qué demonios quieren ese material, si aún no han conseguido hacerse con un par de artefactos nucleares? —quiso saber Duffy.

El director se encogió de hombros, con el ademán de alguien acostumbrado a que todas las noticias sean malas.

—¿Para qué? Será mejor que Tim Harvey le explique nuestra teoría acerca de los propósitos de los iraníes.

—No cabe la menor duda de que los iraníes están haciendo absolutamente todo lo que está en sus manos por conseguir armas de destrucción masiva y medios para lanzarlas —comenzó Harvey—. Para ello utilizan dos caminos. El primero, el pakistaní, es más lento y metódico. Conseguir centrifugadoras e ir acumulando sus propias reservas de material fisionable, para luego comenzar a producir y almacenar armas. Por ese camino, calculamos que para el 2005 llegarán a ser una potencia nuclear.

—Bueno, si ése es el calendario, al menos disponemos de algún tiempo.

—Pero es que, simultáneamente, están yendo por otro camino más rápido: el de adquirir sistemas ya existentes. Y eso es lo que nos tememos que están haciendo ahora. Esto es ideal para ellos, ya que si pudieran echar mano de un artefacto ya existente, tendrían resuelto el problema de la implosión.

—Señor Duffy... Jim. —Era de nuevo el director. «Al tipo le cuesta llamar a la gente por el nombre de pila», pensó Duffy—. Hay algo que debe quedar muy claro: ésta es la mayor pesadilla a la que nos hemos enfrentado desde el fin de la guerra fría. Para el presidente, el hecho de impedir que armas de destrucción masiva lleguen a manos de terroristas iraníes y de la Hezbollah goza de prioridad absoluta. ¿Imagina las consecuencias que tendrá el hecho de que esos radicales islámicos consigan hacerse con una de esas armas nucleares y de que ésta termine en el maletero de un coche en Nueva York o Tel Aviv? Si los responsables del atentado del World Trade

Center hubieran envuelto sus potentes explosivos en material radiactivo, la parte baja de Manhattan habría sido inhabitable durante los próximos veinticinco mil años.

—Ya, señor, pero... Yo recuerdo haber estudiado todas esas hipótesis, y hay un hecho indudable: con sólo un par de artefactos nucleares, un país no se convierte en una potencia nuclear. Para ello es necesario ser capaz de defenderse contra las represalias. Si se detonase una de esas armas en Tel Aviv, se desencadenaría el efecto masada^[1]. Los israelíes se pondrían a matar y seguirían matando hasta acabar con todos sus enemigos. No quedaría ni un solo iraní con vida.

—Se ha quedado usted antiguo, Jim. No está al corriente de la doctrina estratégica de la posguerra fría. Efectivamente, en los tiempos de la guerra fría seguíamos la doctrina DMA: destrucción mutua asegurada. Tú me matas, yo te mato. Todo el mundo muere. Ésa era la rudimentaria y brutal lógica sobre la que descansaba el sistema. Las armas nucleares se convirtieron en un elemento disuasivo que dejaba congelada la situación existente. Esa doctrina ya no es aplicable.

—¿Por qué?

—Porque ya no podemos confiar en que la lógica mantenga la situación bajo control. Para ciertos fanáticos del mundo islámico radical, las armas de destrucción masiva son la herramienta del genocidio, el medio para producir la destrucción y, con ella, la purificación a escala masiva. Para ellos, la destrucción mutua asegurada no es un disuasivo, sino un fin que se pretende alcanzar por cualquier medio. Como logren hacerse con uno de esos artefactos, la lógica de la guerra fría saldrá volando por la ventana.

—No obstante, señor director, no creo que ninguno de esos *mullah* iraníes esté tan loco como para destruir a todo su país y hacer morir a todos los iraníes con tal de conseguir que uno de esos artefactos detone en Nueva York o Tel Aviv.

—Los *mullah* no tienen nada de locos, Jim. En lo referente a terrorismo, están llevando a cabo un juego sumamente astuto y premeditado. Son como el entrenador que dirige el juego desde la banda. Ellos jamás tocan la pelota. ¿Quiénes fueron los auténticos responsables de los atentados contra el World Trade Center, contra el Centro Judío de Buenos Aires o contra nuestra base aérea en Arabia Saudí? Siempre los iraníes. Pero en todos los casos se inventaron pantallas tras las que protegerse. Lo de Buenos Aires, por ejemplo, lo hicieron con un grupo terrorista del que nadie había oído hablar y que ellos inventaron sólo para la ocasión. Si los fanáticos consiguen el arma adecuada, existe el inmenso riesgo de que la pongan en manos de algún grupo de muchachos semieducados y que, señalando hacia Nueva York o Tel Aviv, les digan: «Adelante, ése es el camino que lleva al paraíso».

Jack Lohnes intervino:

—Jim, ciertos *mullah* fanáticos, no el presidente Jatamí ni el personal de su entorno, tienen el don de tejer dorados sueños en los que envuelven a los jóvenes

desmoralizados y sin educación que buscan como seguidores, convenciéndolos de que pueden salvar el mundo con una bomba. Si el jeque de una mezquita de Nablus es capaz de convencer a un chico de veinte años de que se ate diez kilos de explosivo plástico en torno a la cintura y los detone en un autobús de Tel Aviv, ¿crees que no podría persuadir con igual facilidad a otro chico igualmente ingenuo de que se meta en el centro de Tel Aviv con un coche en cuyo maletero vaya un artefacto atómico?

—Es posible —reconoció Duffy—, pero a mí no me gustaría estar en Teherán el día que algo así suceda. No me imagino a los israelíes esperando a tener pruebas que demuestren la autoría del hecho antes de responder al ataque. —Hizo una pausa—. Pero lo que realmente no entiendo es qué pinto yo en todo esto.

Harvey se echó a reír.

—Pensábamos que nunca ibas a preguntarlo. —Se echó hacia delante y dio un largo sorbo de café antes de responder—. Al fin y a la postre, todo se reduce a una cuestión de dinero.

—La eterna canción.

Harvey sonrió.

—Y el dinero, Jim, es algo que a los iraníes no les sobra. El año pasado, los ingresos petroleros apenas cubrieron la mitad del presupuesto nacional. Sin embargo, calculamos que invierten al menos cien millones de dólares anuales en mantener sus redes terroristas internacionales. La mitad de esos fondos va para la Hezbollah. El resto lo reparten entre otros grupos de activistas: en Egipto, Sudán, Túnez, Pakistán... y aún queda algo para algunos grupos de musulmanes negros extremistas de aquí en Norteamérica. La ideología es algo muy bonito, pero nada como el dinero para que una organización terrorista prospere.

—¿Y de dónde sacan los fondos?

—Si quieres ganar dinero rápido, el mejor sistema son las drogas. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, no ha habido grupo guerrillero que no haya traficado con ellas para financiar sus actividades.

—Pero los iraníes apenas cultivan opio suficiente para abastecer a sus propios adictos.

—Jim, no es mi intención ponerte al corriente sobre la situación del tráfico internacional de drogas. Otros se ocuparán de ello. —Harvey se había puesto en pie y había ido hasta un mapa mural del Cercano Oriente. Cogió un puntero y señaló Afganistán. Cómo les gusta a la gente de Washington jugar con los malditos punteros, pensó Duffy—. Únicamente te diré esto: los campos de amapolas de Afganistán producen actualmente más de tres mil toneladas de opio en bruto. Eso son, aproximadamente, trescientas veinte toneladas de morfina base. Casi la totalidad de esa producción se exporta.

Harvey clavó la mirada en Irán al tiempo que señalaba con el puntero las

fronteras de la nación.

—La VEVAK, el servicio de seguridad iraní, ha creado un cinturón protector de cuarenta o cincuenta kilómetros de ancho en torno a sus fronteras. En el interior de ese cinturón, la VEVAK es la autoridad suprema y tiene plenos poderes para detener, registrar y arrestar a cualquiera en cualquier lugar de esa zona.

Harvey señaló a continuación Afganistán.

—Nosotros, lo mismo que la DEA, Interpol, las policías europeas y la ONU, calculamos que aproximadamente el ochenta por ciento del opio afgano o sigue este camino —el puntero se movió hacia Herat, en el Afganistán noroccidental—, a través del norte de Irán hasta Turquía, donde se convierte en heroína, o bien en dirección norte, entrando en Turkmenistán, y luego oeste, hacia el Caspio. Cruzan el Caspio hasta Irán y luego continúan en dirección a Turquía.

Harvey se apartó del mapa con una fría sonrisa en los labios. La pequeña conferencia había llegado a su punto crítico.

—No existe ni la más remota posibilidad de que nadie pueda transportar toda esa cantidad de droga por el cinturón de seguridad montado por los iraníes sin el conocimiento, el permiso y la cooperación de los efectivos de la VEVAK.

—¿Y cuánto dinero pueden sacar de ese tráfico?

—Una estimación moderada podría ser treinta y cinco millones de dólares anuales.

Duffy lanzó un suave silbido, recordando su propia experiencia en la guerra de Afganistán.

—Un tercio de su presupuesto para terrorismo. Por esos contornos, con tanto dinero se pueden hacer un montón de cosas.

—Y también se puede utilizar para adquirir equipos de alta tecnología en Europa. —El director había vuelto a tomar la palabra. Curiosamente, la autoridad de su voz impresionaba menos que la autoridad inherente a su cargo—. Tenemos que rastrear la pista de los dólares del narcotráfico, Jim. Debemos seguirlos, ver adónde conducen. Con un poco de suerte, el rastro del dinero puede abrirnos una puerta a su programa de adquisición de armas. Y a sus grupos terroristas. Y, en último extremo, quizás incluso a su programa nuclear.

Volvió una hoja de papel del montón que tenía ante sí.

—Según lo que hemos interceptado recientemente, parece que su viejo amigo Said Djailani está desempeñando un papel clave en todo esto. ¿Qué clase de hombre es Djailani?

—Despiadado. Un autócrata absoluto. Como todas sus ideas pasan por La Meca, no tiene el menor reparo en provocar el máximo derramamiento de sangre y la máxima destrucción con tal de castigar a los enemigos del islam. También es muy inteligente. Y encantador cuando quiere. Siempre sabía qué tenedor usar. Los tiranos

pueden tener excelentes modales.

El director anunció:

—Oficialmente, lo que haremos será asignarlo a usted a nuestro Centro Antinarcóticos, situado en una de las plantas inferiores de este mismo edificio. Usted está familiarizado con Djailani y sabe a quién puede conocer, con quién puede hablar, trabajar, ponerse en contacto, lo que sea. Su trabajo, señor Duffy, consistirá en repasar todo lo que interceptemos, todo lo que nos llegue, para ver si logra detectar algún indicio del camino que siguen los dólares de la droga. Trabjará usted con Jack, en operaciones. Todos los recursos del servicio clandestino están a su disposición. Para cumplir su tarea, vaya a donde le parezca, pero permanezca bajo la cobertura de narcóticos. Y recuerde que abajo trabajará junto a usted gente destinada aquí procedente de la DEA, el FBI, Aduanas y Hacienda. Por lo que a ellos respecta, esta reunión nunca ha tenido lugar. Nada de lo que ha oído debe salir de los muros de esta habitación.

Ghulam Hamid examinó los dos mil kilos de opio crudo que contenía la plataforma de carga de su viejo General Motors dos por cuatro: placas, barras, pelotas del tamaño de un balón de fútbol envueltas en hojas. El olor procedente del opio era tan fuerte que casi mareó al narcotraficante beluchi cuando tapó con la lona la parte posterior del camión y la aseguró con unos nudos.

Dos mil kilos, el producto de una semana de trabajo en la provincia afgana de Helmand. Le había ido bien. Los dos mil kilos con los que se disponía a regresar a su laboratorio de la frontera afgano-pakistaní le habían costado, por término medio, treinta dólares el kilo, lo que hacía un total de sesenta mil dólares pagados en su totalidad en el acto y en efectivo en rupias pakistaníes. La cosecha de opio siempre se abonaba en dinero contante y sonante.

Hamid dio un ligero golpe con el pie contra uno de los gruesos neumáticos traseros del camión. «Si las máquinas hablaran —pensó—, menuda historia podría contar este camión». Una historia que tenía muchos y muy extraños paralelos con la suya propia. Destinado inicialmente al servicio del Séptimo Ejército estadounidense en Alemania, el vehículo había sido enviado con otros excedentes militares a Karachi a comienzos de los setenta como parte del programa de ayuda al ejército pakistaní. Con el comienzo de la guerra de Afganistán y el incremento de la ayuda estadounidense a los mujadines, el ejército pakistaní sacó de entre las bolas de naftalina los vehículos supervivientes y los destinó a la Célula Logística Nacional. Ésta era la organización encargada de trasladar armas para los mujadines por el paso de Khyber desde el puerto de Karachi o desde los aeródromos a los que las armas llegaban por vía aérea. Fue en este punto cuando Hamid apareció en escena, tras huir de la revolución de los *mullah* en su Irán natal.

Los rudimentos de la operación eran bastante simples. Los saudíes y los norteamericanos pagaban las armas. La CIA se las compraba, no a los israelíes, como afirmaba la leyenda popular, sino clandestinamente a proveedores del Pacto de Varsovia en Polonia, Checoslovaquia y Rumania a los que se pagaba por medio de cuentas bancarias suizas. Luego las armas se enviaban hacia el este, como si estuvieran destinadas a sátrapas soviéticos como los sirios.

Sin embargo, una vez que los envíos llegaron a Pakistán, el dictador militar de esa nación, el general Zia ul-Haq, se empeñó en que la tarea de escoltarlos hasta los mujadines corriera por cuenta del departamento de Inteligencia Inter-Servicios (ISI) pakistaní. Sin el uso de Pakistán como zona de preparación y abastecimiento para los mujadines, la guerra contra los soviéticos en Afganistán era simplemente imposible, de modo que Estados Unidos se dobló a las demandas de Zia.

Ghulam Hamid, que se jactaba de haber sido adiestrado por la CIA mientras trabajaba para la SAVAK del shah, se las arregló para que la ISI lo reclutase. Su primer cometido fue conducir Khyber arriba camiones como el que acababa de cargar con sus dos mil kilos de opio destinados a distintos campamentos mujadines. A Hamid le bastaron un par de viajes para darse cuenta de las oportunidades económicas que aquel trabajo ofrecía. Los camiones bajaban por el Khyber vacíos, lo cual, a su modo de ver, era o una estupidez o un escandaloso derroche. Como por su trabajo en la SAVAK sabía de drogas, estaba al tanto de lo que se cultivaba en los terrenos situados en torno a los campamentos a los que llevaba las AK-47: amapolas de opio.

Al mismo tiempo se enteró de que, a lo largo de la frontera afgano-pakistaní, había surgido una docena de laboratorios para retinar heroína. Al menos seis de ellos se encontraban en la región de Koh I Sultan, que se encontraba en manos de Gulbuddin Hekmatayar, el fundamentalista islámico al que iba destinada la parte del león de los alijos de armas de la CIA.

¿Por qué no organizar un pequeño servicio estilo Federal Express?, se preguntó Hamid. En vez de regresar con sus camiones vacíos, ¿por qué no llenarlos con droga? Entregaría la droga en la misma puerta del laboratorio. ¿Quién iba a detener ni inspeccionar un camión de la ISI? Nadie, naturalmente.

Hamid tuvo la astucia de hacer partícipes del plan a sus superiores pakistaníes de la ISI. Éstos tardaron aproximadamente treinta segundos en percatarse del potencial de la idea. Como Hamid había previsto, el volumen de droga que circulaba por el paso del Khyber aumentó con la expansión de la guerra y, por lo tanto, lo mismo ocurrió con los beneficios, y el dinero comenzó a entrar a raudales en las arcas de la ISI. Como es lógico, gracias a tal bonanza se hicieron ricos bastantes altos mandos de la ISI. Y, lo que resultó aún más importante, la organización pasó a contar con una fuente de fondos para las operaciones que el gobierno central no deseaba financiar, o

que la ISI deseaba realizar sin que Islamabad se enterase. Con el tiempo, el tráfico de drogas se convirtió en la principal fuente de fondos con los que comprar armas para las guerrillas musulmanas que se oponían al dominio indio de Cachemira.

Según fue pasando el tiempo, la pauta del tráfico cambió. A medida que la lucha se iba intensificando al norte y el este del Khyber, el centro de la producción de amapolas se desplazó hacia el suroeste, hacia la provincia de Helmand en la que Hamid acababa de recolectar sus dos mil kilos de droga.

Con este cambio se produjo otro en la ruta de salida de la droga de Afganistán: se hizo más fácil trasladar el grueso de la producción a través de la árida desolación de Beluchistán hasta Quetta, en Pakistán, en vez de transportarlo a través del paso de Khyber. Durante unos años, gran parte de esa producción fue convertida en heroína en laboratorios situados en los alrededores de Quetta. Luego la heroína se trasladaba a la costa de Makram, frecuentemente de noche y en caravanas de camellos. Desde la costa se transportaba en *dhow*s hasta barcos cargueros que luego se encargaban de llevarla a Europa y Estados Unidos.

Ahora todo había vuelto a cambiar. La última mutación en la pauta del tráfico se remontaba a la retirada del Ejército Rojo de Afganistán en febrero de 1989, que conllevó el fin de la guerra de Afganistán. Los fondos de la CIA dejaron de llegar. De pronto los caudillos afganos se encontraron imperiosamente necesitados de dinero con el que comprar armas para seguir matándose entre sí, ahora que ya no quedaban rusos a los que combatir.

Quetta se convirtió en el punto clave de la ruta que unía los campos de cultivo con las calles de Europa occidental y Estados Unidos. Tres familias, los clanes Issa, Rigi y Notezai, se convirtieron en santos patronos del tráfico de heroína. En los años noventa, la llamada Alianza de Quetta se convirtió para el tráfico de heroína en lo que los cárteles de Medellín y Cali supusieron para el tráfico de cocaína en los ochenta. En sólo siete años surgieron en la zona más de quinientos multimillonarios en dólares, todos los cuales debían su fortuna, directa o indirectamente, al tráfico. Uno de ellos era Ghulam Hamid. Se hicieron construir en el desolado panorama de Quetta fortalezas amuralladas, frescos y verdes oasis dotados de piscinas, fuentes, rosaledas, jardines colgantes de Babilonia en miniatura, exuberantes praderas de verde césped. Los garajes se llenaron con los BMW y los Mercedes Benz que los traficantes coleccionaban igual que los niños occidentales coleccionaban juguetes Tinker. Casaron a sus hijos en extravagantes ceremonias que costaban más de cincuenta mil dólares cada una y, con el dinero que les sobraba, compraron escaños en las asambleas regionales pakistaníes. El resultado fueron gobiernos que, estuvieran encabezados por Benazir Bhutto o por su rival político, Nawaz Sharif, eran igualmente corruptos. Era un mundo hecho a la medida para hombres como Ghulam Hamid, quien se había aliado con Mohammed Issa en calidad de visir, o supervisor,

de sus actividades. Issa personalmente jamás se ensució las manos con el tráfico.

El trato por los dos mil kilos de opio crudo que Hamid acababa de recolectar había comenzado, como ocurría en la actualidad con casi todos los tratos del narcotráfico, con un telefonazo desde Estambul. El que lo llamó era un compatriota iraní, un devoto seguidor del régimen *mullah*; pero maldito lo que eso le importaba a Hamid. Lo importante era hacer dinero, y no la religión ni la política. Su comunicante representaba a uno de los laboratorios para el refinado de heroína que operaban en la zona de Estambul, y encargó a Hamid doscientos kilos de morfina base. Quería además que el cargamento fuese entregado en el plazo de seis semanas a un nuevo intermediario en el interior de Irán que se ocuparía del transporte. El intermediario sería responsable de que los doscientos kilos atravesaran Irán y Turquía hasta llegar al laboratorio de Estambul.

Hamid sacó su camión del lugar en que lo había mantenido oculto y enfiló la carretera Kandahar-Quetta. Dos jeeps Cherokee, cada uno de ellos con cuatro hombres armados con fusiles AK-47, aguardaban para dar escolta a su camión. El jeep delantero llevaba como refuerzo armamentístico dos ametralladoras gemelas calibre sesenta montadas sobre la barra antivuelcos. Con un ademán, Hamid señaló el comienzo del trayecto hacia la frontera. No tardaron en salir de Kandahar, pasando bajo el «arco de triunfo» que los talibanes habían erigido en 1995 para conmemorar la captura de la primera gran ciudad de Afganistán. Festoneando los costados del arco estaban los restos de los trofeos que los fanáticos soldados talibanes habían arrebatado a la ciudadanía de Kandahar en su atan de inculcar en la población el sentimiento de pureza islámica. Había compactos, casetes de vídeo y audio con las cintas arrancadas, reproductores walkman, unos cuantos maltratados ejemplares de *Playboy* y *Penthouse*, así como muestras de pornografía pakistani. Todo ello eran símbolos del decadente y corrupto mundo occidental que los talibanes estaban decididos a erradicar de su nuevo Estado islámicamente puro. La grabación que más abundaba en aquel arco conmemorativo era el compacto o la casete de audio que hizo furor entre los jóvenes varones de Kandahar hasta la llegada de sus hermanos mayores talibanes. Se trataba del álbum de Madonna que había salido al mercado en las Navidades de 1992: «Sexo». Eso es algo que ahora no abunda en la zona, se dijo Hamid, mientras avanzaba en dirección sur con su pequeño convoy por la carretera de una sola pista.

En Europa, pasaban unos minutos de las nueve cuando dos Mercedes Benz 300 SL se detuvieron ante un espléndido edificio de oficinas de cristal y acero situado en la ciudad suiza de Chur, ubicada en las estribaciones de los Alpes y cerca de los centros de esquí más famosos del mundo. En la fachada, sobre la puerta principal, el logotipo de la compañía en rojo y blanco identificaba tanto el nombre de la firma a la

que albergaba como su cometido comercial: CIPHERS A. G.

En lo alto de la escalinata de entrada, tres ejecutivos suizos ateridos por el frío esperaban a que se apeasen los pasajeros de los Mercedes. La presencia de los ejecutivos era un mudo y deferente testimonio de la importancia de los visitantes, así como de la dimensión de las ventas potenciales que representaban.

Un tipo fornido con aspecto de guardaespaldas profesional salió del primer coche, oteó las inmediaciones y luego abrió la portezuela trasera del vehículo. La deferencia que mostró hacia el alto y canoso individuo que se bajó de la parte posterior del coche no dejó dudas acerca del hecho de que se trataba del jefe de los visitantes de CIPHERS A. G. El hombre lucía un espléndido abrigo de cachemir azul oscuro. Sus negros zapatos rechinaban de limpios. El hombre tenía el marcial porte de quienes estaban acostumbrados a dar órdenes y a ser tratados con respeto. La única nota disonante en su impecable aspecto era el hecho de que, según saltaba a la vista, llevaba varios días sin afeitarse.

Los tres ejecutivos suizos se abalanzaron escaleras abajo para recibirlo.

—Herr Profesor —saludó el portavoz—, bienvenido a CIPHERS A. G. ¿Tuvo usted buen viaje?

—Desde luego —sonrió el Profesor—. Llegamos anoche de Londres y pasamos una espléndida velada en el Baur du Lac de Zurich.

—Espero que el tiempo no le parezca demasiado frío, Herr Profesor. Supongo que no está acostumbrado a climas como éste. —Quien hablaba era un segundo ejecutivo suizo, más joven que el primero. En su tono había un ligerísimo matiz de altanería.

—En absoluto —replicó el Profesor—. Estoy bastante acostumbrado a este clima. Es parecido al que hace en invierno en nuestras montañas de Elburz, al norte de Teherán, donde, permítaseme añadirlo, las pistas de esquí no tienen nada que envidiar a las de ustedes aquí en Suiza. —La sonrisa que dirigió a su interlocutor fue tan fría como el aire de montaña que los rodeaba. Con ella el Profesor quería recordar al joven que no debía confundir a los iraníes con los árabes ni a Irán con las tórridas costas del golfo Pérsico.

—Nuestro *Geschäftsführer*, presidente y director general, Thomas Zurni, le aguarda en su oficina, Herr Profesor —anunció el primer ejecutivo—. Si me lo permite, le conduciré hasta allí.

La oficina del *Geschäftsführer* estaba forrada de paneles de caoba oscura, y de las paredes colgaban paisajes de los Alpes suizos pintados al óleo. Una gruesa y mullida alfombra azul en la que se hundían las suelas de los zapatos de los visitantes cubría el suelo. La larga mesa de conferencias ya estaba dispuesta, con cafeteras llenas de humeante café y bandejas con dorados cruasanes.

—Querido Profesor... —El sonriente Herr Zurni salió de detrás de su escritorio—. Es un placer tenerlo entre nosotros.

Los dos grupos dedicaron unos momentos al rito de intercambiar nombres, tomar asiento en torno a la mesa de conferencias, llenar sus tazas de café y untar con mantequilla los cruasanes. Luego el director de CIPHERS A. G. inició la charla de negocios.

—Lo mejor, Herr Profesor —dijo Zurni, será que nos explique qué clase de claves codificadoras quiere. Luego, tal vez a mi equipo y a mí nos sea posible satisfacer sus necesidades.

—Muy bien —replicó el Profesor. Reposó en la mesa las palmas de las manos y recorrió con la mirada los rostros de sus interlocutores suizos. ¿Qué buscaba en aquellos rostros, tan premeditadamente inexpresivos como premeditadamente neutral era la política exterior de su país? ¿Algún indicio de desaprobación, quizás incluso de animosidad?—. Imagino que todos ustedes saben que soy director gerente de la oficina londinense de la Compañía Nacional de Petróleo Iraní. En calidad de tal, soy el principal responsable de las exportaciones de crudo de mi país, que son, a su vez, nuestra principal fuente de divisas.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Supongo que se hacen cargo de que mi trabajo no es fácil. Existen potencias hostiles que desean poner obstáculos en nuestro camino. No necesito decirles ni quiénes son ni qué tácticas emplean. En cualquier caso, este negocio es sumamente competitivo y enormemente volátil. Si mi precio por barril es una décima de centavo más barato que el de mis rivales, yo me llevo el contrato. En caso contrario, me arriesgo a perderlo. Por consiguiente, para mí es vital disponer de un medio rápido y absolutamente seguro de comunicarme con mis subordinados. Un medio que nadie, y digo *nadie*, pueda interceptar.

Según hablaba, el Profesor había ido recorriendo con la mirada los rostros de los suizos. Ahora volvió a Herr Zurni.

—Por cierto: tengo entendido que ahora, cuando envían fondos al extranjero, los bancos suizos codifican sus transferencias telegráficas.

—En efecto, así es —dijo Zurni—. Y debo añadir que casi todos ellos utilizan nuestros equipos. Saben que la Agencia Nacional de Seguridad norteamericana intercepta todas nuestras transmisiones por satélite tratando de detectar blanqueos de dinero.

El Profesor hizo un gesto de asentimiento.

—Naturalmente, el centro de mi red de comunicaciones estaría en Teherán. Londres sería nuestra base secundaria y calculo que necesitaríamos unas treinta subestaciones. En ciertas ocasiones, quizá tengamos que transmitir por radio de onda corta, pero lo ideal sería disponer de un modo totalmente seguro de transmitir comunicaciones escritas vía satélite.

—Desde luego —sonrió Herr Zurni—. Creo que podremos satisfacer todas sus

necesidades. Permítame decir unas palabras respecto al mercado internacional de equipos de codificación. Los norteamericanos, debemos reconocerlo, tienen espléndidos sistemas: IBM, Datotek, E Systems. Los nuevos sistemas que utilizan con el ordenador Cray 3 de la NSA son una maravilla. Increíblemente poderosos.

Eso no fue exactamente música para los oídos del Profesor. Con cierta acritud dijo:

—Conozco la gran pericia técnica de los norteamericanos, aunque, en conjunto, su sociedad sólo me produce repulsión.

—Desde luego. Sin duda, usted también está al corriente del hecho de que en Estados Unidos está prohibido exportar *software* para sistemas de codificación sin la adecuada licencia. Esas licencias están clasificadas en la misma categoría que las armas de tecnología punta y las aplicaciones nucleares. Ahora bien, las firmas norteamericanas pueden obtener licencias de exportación y, de hecho, las obtienen. Pero con una condición: la NSA debe ser capaz de descifrar cualquiera de los mensajes codificados que el comprador transmita por medio del equipo que compra.

—Entonces los sistemas ya no son secretos.

—Me temo que no. Los norteamericanos no quieren que sus compañías vendan en el exterior cosas que algún día puedan ser utilizadas contra ellos. Y desean seguir siendo capaces de controlar las comunicaciones de los terroristas y las organizaciones criminales. Nosotros comprendemos esa preocupación y, a sabiendas, nunca venderíamos equipos a ese tipo de gente. —El rostro de Zurni se iluminó con una sonrisa tan amplia como grande esperaba que fuera el cheque que aquella mañana conseguiría para su empresa—. Afortunadamente, éste no es el caso.

—¿Informan ustedes a su Gobierno sobre las identidades de sus clientes?

—No, en absoluto. Sólo informamos a Berna del valor de nuestras exportaciones, con fines fiscales.

Consciente de que la primera norma del buen vendedor es saber cuándo hay que poner el cebo en el anzuelo, Zurni consideró que había llegado el momento de hacerlo. Volviéndose al ejecutivo sentado junto a él dijo:

—Tenga la bondad de demostrarle a nuestro huésped el funcionamiento de nuestro sistema, Herr Sprecher.

El aludido pulsó un botón situado bajo la mesa que hizo bajar del techo de la sala de conferencias una pantalla de representación visual. Luego Sprecher se puso en pie y, tras dirigir una respetuosa inclinación al Profesor, comenzó su disertación.

—La gente suele suponer que, como en el alfabeto hay veintiséis letras, una clave tiene que contener veintiséis caracteres. «A» se convierte en «S», «B» en «X», etcétera. En ese principio se basaba la mayor parte de las claves de la Segunda Guerra Mundial, la Enigma alemana, la *one time pad* inglesa y el código púrpura japonés, con las que seguramente está usted familiarizado. Las claves modernas no funcionan

de ese modo. Dependiendo del modelo, una clave moderna emplea cincuenta, cien, doscientos caracteres o bits, como nosotros los llamamos. Utilizaré como ejemplo la palabra «Mahmoud», un nombre bastante corriente en su idioma. Contiene siete letras o caracteres, ¿no?

Los iraníes asintieron en silencio.

—Para nuestra demostración utilizaré una de nuestras claves más poderosas, que consta de doscientos caracteres. La primera vez que salga la palabra «Mahmoud» codificada en esa clave, lo que tendremos será esto. —Apretó un botón y en la pantalla apareció «Z653AE#+K>»—. Diez caracteres en vez de siete, ¿no?

Sus oyentes iraníes asintieron.

—La siguiente vez que «Mahmoud» aparezca en el texto cifrado, será con esta apariencia. —Oprimió otra vez el botón y en la pantalla apareció «BYT51PZ{&MD%»—. Ahora son doce caracteres. —Apretó de nuevo el botón y lo que apareció fue «U@(9W»—. Y aquí la tenemos de nuevo, esta vez con sólo cinco caracteres, dos menos que el propio nombre.

Llegado este punto, su auditorio lo seguía con hipnótica atención.

—La única forma de descifrar esos textos es disponer de la clave. —Sprecher apretó tres veces el botón y, cada vez, el galimatías cifrado se convirtió en «Mahmoud».

—¿Qué apariencia tiene el equipo que efectúa ese trabajo? —preguntó uno de los iraníes.

Sprecher abrió un cajón de la mesa y sacó de él una caja negra.

—Ésta. Es muy parecido a un contestador telefónico normal. Se conecta una de las salidas de esta caja al ordenador y la otra a la línea telefónica o a un módem. Luego se mecanografía en el ordenador el mensaje que se desea enviar. Se pulsa la tecla de «entrada», y el texto claro del mensaje pasa a la caja negra. Entonces la caja negra convierte el texto claro en un texto codificado o en clave.

—¿Qué contiene esa caja negra? —preguntó otro de los fascinados iraníes.

—Un microprocesador o, si lo prefiere, un microchip. Sin embargo, de lo que en realidad se trata es de un algoritmo.

—¿Un qué?

—Básicamente, un algoritmo es una fórmula o una ecuación matemática. Dos más dos igual a cuatro es un algoritmo rudimentario. Lo que contiene nuestra pequeña caja negra es una serie de formulaciones matemáticas que tiene cien kilobytes de extensión, o aproximadamente cincuenta páginas completas que forman una única fórmula matemática integrada.

El Profesor sonrió.

—¿Y el código secreto que nos ofrece está ahí, en esa caja negra?

—No, en absoluto. La caja negra o el algoritmo, si lo prefiere, no es más que el

medio mecánico que convierte el texto claro en un mensaje cifrado, escogiendo sus caracteres de modo absolutamente aleatorio, según una clave codificadora secreta que el propio usuario ha programado y que nadie más conoce.

Cogió un disquete negro de ordenador.

—Lo que se hace es programar en un disquete como éste una clave codificadora para cada una de las subestaciones. Usted mismo programa cada disco separadamente, escogiendo su clave codificadora entre una variedad casi infinita de combinaciones. Luego programa usted la caja negra para la subestación de Amsterdam con la Clave Codificadora Número Uno, por ejemplo; la caja negra de Praga con la Clave Codificadora Número Dos, y así sucesivamente, hasta haber asignado a cada una de sus subestaciones su propia clave codificadora.

»Por último, se introduce todo ese material en la caja de la central del sistema. El número telefónico de cada una de las subestaciones estará vinculado a la clave codificadora de esa subestación concreta. Así que, una vez que usted haya mecanografiado en el ordenador su mensaje para, digamos Amsterdam, pulsa la tecla de «entrada». La caja negra codificará automáticamente el mensaje en la Clave Codificadora Número Uno, luego marcará el número telefónico de Amsterdam y enviará el mensaje cifrado. En Amsterdam, la caja negra sabrá que los mensajes procedentes de su número telefónico estarán en la Clave Codificadora Número Uno. Utilizando esa clave, la caja descifrará automáticamente su mensaje y lo mostrará en la pantalla del ordenador de Amsterdam.

Dos de los iraníes lanzaron silbidos de admiración. El Profesor preguntó:

—¿Cómo puedo estar absolutamente seguro de que nadie más tendrá copia de los disquetes que ustedes me entregarán?

—Porque cuando usted reciba los disquetes, éstos se encontrarán totalmente en blanco y sin formatear. Si lo desea, y para que la seguridad sea del ciento por ciento, puede usted utilizar sus propios disquetes. La única información que contendrán los disquetes codificadores será la que usted haya metido en ellos. Ya le he dicho que éste es un sistema de doscientos caracteres, uno de los más poderosos del mundo. Sus caracteres pueden utilizarse en una variedad de combinaciones casi infinita. En un mensaje largo, la letra «A», por ejemplo, puede aparecer en centenares de modos distintos. Usted y sólo usted será el único que conozca la clave codificadora programada en cada disco, porque usted y sólo usted la habrá escogido. Será usted quien decida todas las permutaciones en las que la letra «A» aparecerá en su texto cifrado. Por consiguiente, será usted y sólo usted quien posea la clave para convertir de nuevo el mensaje en texto claro.

Ahora el Profesor sonreía.

—Es un magnífico sistema —siguió el suizo—. No existe la posibilidad de robo ni de traición humana. Si alguien se introduce en su oficina de Londres y le roba su

caja negra, no tiene usted más que sustituirla con una nueva caja en la que programará una nueva clave. Praga no puede leer los mensajes de Amsterdam y viceversa.

—¿Cómo puedo tener la certeza de que mi clave no se puede descifrar? —preguntó el Profesor—. Todo el mundo sabe que los norteamericanos y la NSA interceptan todas las comunicaciones vía satélite e intentan descifrar las que están en clave.

—Esta clave no la descifrarán.

—¿Por qué?

—El número de permutaciones posibles que tendrá la clave que le facilitaremos será de diez elevado a cien. Eso significa que, para descodificar cada combinación posible de su clave, los ordenadores de la NSA tendrían que hacer mil billones de operaciones.

La magnitud de tal cifra resultó vertiginosa incluso para la atenta mente del Profesor.

—Ahora bien, lo supongo enterado de que un ordenador no puede funcionar a una velocidad más rápida que la de la luz, pues los electrones no pueden ir más deprisa.

El Profesor se hizo cargo de la validez de la afirmación del ingeniero suizo.

—En consecuencia, incluso utilizando sin parar sus ordenadores más potentes, la NSA sólo puede procesar un millón de combinaciones de nuestra clave por segundo. Para procesarlas todas, necesitaría más de treinta años. Para que un sistema descodificador valga de algo, debe ser capaz de descifrar un mensaje en cuestión de horas o, como máximo, de días. Nadie podrá descifrar su clave, Herr Profesor, se lo aseguro. Ni los norteamericanos, ni los ingleses, ni los israelíes. Nadie.

El Profesor sonrió con evidente agrado.

—Me ha convencido —declaró—. ¿Cuánto costará el sistema que yo necesito?

Herr Zurni, el jefe, tomó de nuevo la palabra.

—Cada subestación cuesta sesenta y cinco mil francos suizos, así que treinta subestaciones serán un millón novecientos cincuenta mil francos. La estación principal, por ser más potente, costará doscientos mil francos, y el *software* medio millón. El total ascenderá a dos millones seiscientos cincuenta mil francos suizos o, en dólares...

—En marcos alemanes, por favor —pidió el Profesor.

Zurni sacó su calculadora de bolsillo y anunció:

—Tres millones ciento cuarenta y nueve mil marcos.

El Profesor hizo una seña con la cabeza al hombre sentado junto a él. Éste sacó un talonario del banco iraní Melli de Munich y lo extendió para el Profesor, que lo firmó y lo entregó a Zurni.

Minutos más tarde, Zurni y sus socios observaron desde la ventana de la oficina

cómo los Mercedes de los iraníes se alejaban de la sede de la empresa.

El ingeniero que había informado a los iraníes preguntó:

—Thomas, ¿cómo puedes tener la certeza de que esos tipos no quieren la clave para la gente de la Hezbollah o para otra organización terrorista similar? ¿Por qué estás tan seguro de que se dedican al negocio petrolero?

—¿Seguro? —Zurni se echó a reír—. Yo, de lo único que estoy seguro es de esto —dijo, al tiempo que golpeaba con la uña el cheque que tenía en la mano y que representaba bastante más de un millón de dólares.

Unos años atrás, durante el transporte de su carga de opio crudo, Ghulam Hamid se hubiera encontrado con más de veinte controles armados repartidos por los cien kilómetros que separaban Kandahar de la frontera afgano-pakistaní, cada control comandado por una guerrilla armada distinta y, por las buenas o por las malas, en todos habría tenido que pagar peaje. Ahora tal abundancia de controles había desaparecido. Los talibanes eran los dueños de la carretera y, con la certificación firmada y estampillada de haber pagado el canon debido a los *mullah*, Hamid cruzó sin problemas los controles. El orden islámico tenía sus ventajas.

El destino de Hamid era su «laboratorio», un par de cuevas y un campamento situados cinco kilómetros al este de Spin Boldak, junto a un arroyo que recogía las aguas de las cumbres montañosas de ambos lados del paso de Khojak. Había sido aquel arroyo lo que había determinado el emplazamiento del laboratorio. La tarea que sus hombres estaban a punto de efectuar, convertir el opio en morfina base, requería, sobre todo, tener garantizado el suministro regular de agua.

La zona estaba vigilada por cincuenta miembros bien armados de un clan beluchi cuyo líder era pariente lejano del jefe de Hamid, Mohammed Issa. No estaban allí para proteger el laboratorio de una policía prácticamente inexistente, sino para repeler posibles incursiones de otros narcotraficantes.

El trabajo comenzó a la mañana del día siguiente. El resultado final, morfina base, era una sustancia granulada cuya consistencia estaba entre la del azúcar de caña y la de la harina. El color era de chocolate con leche. Para conseguir un kilo de base hacían falta casi diez kilos de opio crudo, de modo que los dos mil kilos de opio crudo de Hamid produjeron doscientos diez kilos de base.

Hamid no podía alejarse del lugar durante las dos semanas que requería el trabajo. Lo que estaba en juego, en términos de dinero y reputación profesional, era demasiado importante. Los sesenta mil dólares que su jefe Mohammed Issa había invertido en opio crudo a treinta dólares el kilo se convirtieron en morfina base, que valía unos doscientos ochenta y cinco dólares el kilo. A eso habría que añadir los costes de mantenimiento del laboratorio y los del traslado de los doscientos diez kilos, tras pesarlos y empaquetarlos en bolsas de plástico de un kilo, a través de la

inhóspita desolación del desierto de Registan hasta su siguiente destino, cincuenta kilómetros en el interior de Irán.

El precio acordado por Hamid con su contacto de Estambul —una cifra que, naturalmente, contaba con el visto bueno de Issa— era de 1250 dólares por cada kilo entregado en Irán. Hamid sabía que en Irán y Afganistán había serios y furiosos hombres, los apóstoles del islamismo radical, que veían en el producto de los campos de opio de Helmand una fuente de dinero con el que comprar las armas y los medios para destruir a la decadente civilización occidental que tanto despreciaban. Hamid había conocido a tales hombres. Había escuchado con frecuencia sus diatribas, les había oído recitar sus *fatwah*, sus edictos religiosos, en los que daban su aprobación al narcotráfico, ya que éste perjudicaba a los enemigos del islam.

Hamid despreciaba a tales hombres. El sólo participaba en el tráfico por un motivo: hacer cuanto más dinero mejor en el menor tiempo posible. En su hogar de Quetta tenía montones de ejemplares del *Wall Street Journal*, del *Financial Times* londinense y de *The Economist*. Nada le agradaba tanto como hojear tales periódicos en su estudio provisto de aire acondicionado, y jugar con el programa «Quicken» de administración de inversiones que había instalado en su ordenador, siguiendo el progreso de las inversiones que había hecho a través de corredores de bolsa de Karachi, Singapur y, hasta hacía muy poco, Hong Kong. En cuanto a los jóvenes europeos y norteamericanos que terminarían introduciéndose en las venas, los pulmones o la nariz el producto de sus tareas, Hamid no podía sentir una mayor indiferencia hacia ellos. En las raras ocasiones en que alguno de sus parientes o amigos de Quetta sacaba a relucir el tema de la supuesta «moral» del narcotráfico, la actitud de Hamid no podía ser ni más clara ni más simple. Si los consumidores occidentales eran lo bastante estúpidos para meterse en el cuerpo aquella mierda, que se jodieran. Se merecían de sobra los sufrimientos y la miseria que la droga acabaría reportándoles.

«Esta zona se encuentra bajo vigilancia permanente», advertía el letrero que ocupaba un lugar destacado de la puerta del número 4 de Victoria Street, en el centro de Londres, a apenas doscientos metros de las sonrientes gárgolas de la abadía de Westminster. «Los infractores serán sancionados por la ley». Sin embargo, al Profesor no parecía preocuparle tal posible sanción mientras avanzaba hacia la puerta en el penumbroso anochecer invernal. Aun antes de que llegase a ella, el vigilante de seguridad que aguardaba discretamente en el interior se la abrió.

Tras dirigir una seca inclinación al guarda, el Profesor pasó ante la gran foto de la refinería petrolera iraní de Abadan y se metió en el ascensor que había al fondo del pequeño vestíbulo, y que lo llevó directamente al piso sexto del edificio, conocido como la Casa NIOC^[2]. Comprado por el shah durante el auge petrolero de finales e los años setenta, el edificio de cristal y acero se había construido para que la

población londinense no olvidase la importancia que, para su vida cotidiana, tenían el petróleo, Persia y los Pahlevi. En la época del Gobierno Revolucionario de Irán, el edificio seguía siendo la central londinense de la compañía, y su entrada principal estaba a la vuelta de la esquina de la puerta lateral que el Profesor había usado.

Sin embargo, en la actualidad, los moradores de la Casa NIOC se ocupaban también de cosas muy distintas del petróleo. En palabras de un disidente iraní, el lugar se había convertido en un «nido de espías». El acceso a la sexta planta del edificio estaba vedado a cuantos no hubieran recibido el visto bueno del servicio de seguridad iraní. En aquella planta había archivos, un centro de comunicaciones, y tres apartamentos residenciales cómodos pero más bien espartanos. El más espacioso de ellos estaba reservado para alojamiento secreto del Profesor durante sus estancias en Londres.

Kair Bollahi, conocido entre sus amigos y subordinados como el Profesor, sólo era jefe del NIOC en Londres de modo nominal. Durante años, su auténtica misión fue definida por Teherán como la de «conseguir todo lo que le está prohibido a Irán; comprarlo, pagarlo y luego hacerlo llegar a Irán por cualquier medio posible».

Entró en el centro de comunicaciones y estudió su configuración. Allí era donde instalaría la central del inviolable sistema de comunicaciones que había comprado aquella mañana en Chur, un sistema por el que, casi con toda seguridad, la palabra «petróleo» apenas sería transmitida.

—¿Dónde está Mehdi? —preguntó al encargado de seguridad. Mehdi *Mike Mashad* era uno de sus principales lugartenientes.

—En el Inn del parque —replicó el encargado—. Allí espera su llamada.

Naturalmente, pensó el Profesor. Durante su visita, Mike había escogido para alojarse el hotel más lujoso y caro de la ciudad.

—Quizá puedas convencerlo de que abandone por unos minutos a las muchachas de su servicio de acompañantes y venga a verme.

Dicho esto entró en su apartamento privado. Los mensajes que había recibido durante su ausencia estaban extendidos sobre la cama, esperándolo. Teherán le había mandado unas indicaciones adicionales referentes a la charla que estaba a punto de tener con Mike. Más importante era un mensaje en el que se le informaba de que los cinco hombres de Teherán ya habían llegado y todo estaba listo para la operación de aquella noche. En el futuro, se dijo, mensajes como aquél le llegarían a través de su nuevo sistema, a prueba de intervenciones.

Abrió el portafolios, que contenía la más preciada de sus posesiones, un ejemplar del Corán con la inscripción «Que esto sea siempre tu guía», escrita por su amigo y mentor espiritual, el ayatolá Jomeini. Cuidadosamente, colocó el libro en el lugar de la mesilla de noche en que siempre lo ponía.

El Profesor pertenecía a un tipo de partidarios de la revolución iraní que era

mucho más numeroso de lo que los enemigos occidentales del régimen estaban dispuestos a reconocer o imaginar. Se trataba de un hombre de considerable talla intelectual, doctorado en ingeniería mecánica por la Universidad de Teherán. Pese a que siempre se opuso al shah, había trabajado como ingeniero jefe en una sucesión de grandiosos proyectos del régimen imperial. Había viajado mucho por Europa y hablaba perfectamente inglés y alemán.

Hijo de un clérigo menor de Ispahán, cayó totalmente bajo el hechizo del ayatolá y de su rígida interpretación de la ya rígida filosofía del chiísmo duodecimano islámico. A diferencia de muchos de los hombres de Teherán, despreciaba a los «*mullah* del Mercedes», gente que había adquirido su fe religiosa como el que se contagia de un virus pasajero. La fe del Profesor en el chiísmo era antigua, profunda e inquebrantable. Estaba absolutamente convencido de que el renacimiento islámico era la fuerza ideológica más poderosa del período de la posguerra fría.

«Objetivamente hablando —le gustaba decir a sus compañeros— el futuro es nuestro. ¿Qué han conseguido los occidentales con su liberalismo, su democracia y su abandono de la fe religiosa? Sida, homosexualidad y todo tipo de perversiones sexuales, codicia, veneración de lo material. Con sus satélites, su riqueza, su poder, su supuesta cultura y su abrumadora arrogancia, intentan imponer al mundo sus valores. No lo conseguirán. El islam les parará los pies. Conquistaremos el espíritu de la humanidad en nombre de la justicia y de los valores espirituales, y no del materialismo. No fracasaremos».

Para cuando hubo terminado de sacar sus escasas pertenencias, su ayudante, Mehdi *Mike* Mashad, ya había llegado.

Los dos hombres se abrazaron de modo más protocolario que afectuoso. El Profesor señaló a Mike un sillón.

—¿Té? ¿Café? ¿Naranjada? —ofreció.

Mike hubiera preferido un whisky, pero delante del Profesor jamás bebía abiertamente. En su hogar de Madrid, o en Marbella, en la Costa del Sol española, si él pedía una naranjada en presencia del Profesor, sus avisados sirvientes se la llevaban mezclada con vodka. Aquello, sin embargo, no iba a ocurrir allí.

—Café —replicó.

El contraste entre los dos no podía ser más marcado. El Profesor era un hombre solemne, carente casi por completo de sentido del humor, cuyo estilo de vida era sólo ligeramente menos puritano que el de su ídolo, el ayatolá Jomeini. Mike era un amante de la buena vida, el lujo y los placeres, características todas ellas que el Profesor encontraba despreciables en los occidentales. El engaño y la doblez eran cosas tan naturales para Mike como el afecto para un cachorro de labrador. Por otra parte, el Profesor poseía un sentido de la honestidad casi agobiante. Aun así, los dos llevaban varios años trabajando en armonía. El Profesor aspiraba a conseguir el

triumfo del islam militante, y Mike deseaba lograr los medios financieros para continuar con su lujoso estilo de vida en la Costa del Sol. Su devoción hacia el Profesor se consolidó en 1990, cuando lo arrestaron en Estados Unidos intentando comprar para Irán sistemas de guía de misiles cuya adquisición estaba prohibida.

El Profesor acudió a los suizos y los convenció de que Mike le había estafado cincuenta y cinco millones de dólares *con anterioridad* a su arresto en Estados Unidos, y exigió su extradición y que fuera sometido ajuicio en Ginebra. De mala gana, obligado por las presiones suizas, el Departamento de Estado norteamericano accedió al fin a la petición. Mike pasó dos semanas en la cárcel, el Profesor retiró la denuncia y los dos volvieron a trabajar juntos.

Mike era el único empleado de una corporación panameña llamada ARMEX con un capital nominal de un millón de dólares. En realidad, la firma era poco más que un montón de papeles en un cajón de su escritorio de su lujosa villa de Marbella. Las acciones al portador de ARMEX eran propiedad de otra compañía panameña llamada Falcon, cuyas acciones al portador habían sido entregadas a su vez al Profesor y, por mediación de él, al gobierno iraní. Utilizando ARMEX como tapadera y siguiendo instrucciones del Profesor, Mike efectuaba compras de material de tecnología punta dentro de la Comunidad Europea.

Suya fue la idea de adquirir el pequeño aeródromo al norte de Hamburgo. Junto con el aeródromo, adquirieron la propiedad de dos compañías alemanas: NORDAIR, una firma de reparaciones y mantenimiento aeronáuticos, y LFE, Luftfahrt Electronic, una compañía especializada en electrónica aérea y artefactos de navegación que había suspendido temporalmente su actividad comercial. Mike hizo ver al Profesor que, comprando el aeródromo, ARMEX podría actuar como intermediario de NORDAIR y Luftfahrt. ARMEX realizaría pedidos de alta tecnología para las dos compañías con la indicación de que las mercancías fueran enviadas a Hartenholm. Nadie los molestaría con peticiones de certificados de usuario final ni solicitaría permisos de exportación. ¿Por qué iban a hacerlo? Oficialmente, el material estaría destinado al uso en el interior de la Comunidad Europea. Para tales compras no se necesitaban esos documentos. Una vez que tuvieran los materiales en su pequeño aeródromo de Hartenholm, podrían enviarlos por vía aérea hasta Teherán sin que nadie se enterase.

Antes de iniciar la charla de negocios, el Profesor esperó a que su ayudante les hubiera servido café y los hubiera dejado solos en el dormitorio. Optó por no iniciar la conversación con las habituales preguntas acerca de la familia. Con Mike, hacerlo habría sido inadecuado. Su mujer había muerto recientemente al caer desde doce pisos de su apartamento de Madrid. Según se murmuraba, la caída había sido motivada por un empujón de Mike.

Abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó un cilindro metálico del tamaño de una estilográfica. Un cable surgía del capuchón superior. Cuidadosamente, lo dejó

sobre la mesilla.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Mike, al tiempo que tendía la mano hacia el cilindro.

El Profesor interceptó con la mano la de su compañero.

—No —dijo—. Si lo tocas de modo indebido, puede matarte.

Mike retiró vivamente la mano y se irguió en su sillón.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es? ¿Un nuevo tipo de explosivo?

—No, nada de eso. —El Profesor dio un lento sorbo a su café para disfrutar mejor de la sorpresa de Mike. Luego sacó del cajón un catálogo técnico publicado por una compañía norteamericana llamada EC&G. Señaló la foto de un pequeño bulbo de cristal del que surgían tres cables de nueve centímetros de largo, uno rojo, uno verde y uno blanco. Casi amorosamente, dejó el catálogo sobre la mesa.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Mike—. ¿Un renacuajo con la cabeza de cristal?

—No exactamente —siguió el Profesor, con bienhumorada sonrisa—. ¿Lees de vez en cuando nuestro Libro Santo y estás familiarizado con la historia de nuestra fe? —preguntó, en el más solemne de sus tonos.

—Sí, claro.

—Entonces tal vez recuerdes a Jalid, al que se conoció con el merecido nombre de Sable de Dios, el general que condujo a setecientos hombres a través del desierto desde el Éufrates hasta Damasco en dieciocho días, y luego derrotó al ejército bizantino del emperador Heraclio al oeste de Jerusalén, con lo que abrió toda Palestina a la conquista árabe.

—Claro que sí —replicó Mike, con una contundencia derivada de su absoluta ignorancia sobre Jalid y sus hazañas.

—Nuestros líderes de Teherán tienen un fino sentido histórico del que sin duda tú careces, Mike. —El Profesor sonrió con indulgencia—. Al plan en el que este pequeño artilugio desempeñará algún día un papel vital le han dado el nombre clave de Operación Jalid. Como la epopeya histórica por la que ha sido bautizada. Jalid está destinada a reabrir a la conquista árabe las puertas de Palestina, echando a los israelíes de la tierra que robaron a nuestros hermanos palestinos, para convertirla de nuevo en *Dar el Islam*, la tierra del islam.

—¿Y creen que van a conseguir eso con un... —Mike buscó la expresión adecuada— con una estilográfica que muerde y con un renacuajo con cabeza de cristal? Alguien en Teherán debe de haber perdido el juicio.

—No creo —replicó el Profesor, con la juiciosa superioridad del hombre de Dios que posee una inamovible fe en sus creencias—. En la Operación Jalid, nuestro cometido será garantizar que a nuestros hermanos de Teherán les lleguen cantidades suficientes de artefactos como éste. Esta tarea será la más secreta y la más importante

que jamás hayamos emprendido.

—Bueno, ¿qué demonios es ese chisme?

El Profesor señaló la foto del pequeño bulbo que Mike había descrito como un «renacuajo de cristal» y la miró con el afecto con que un monje bizantino hubiese mirado al más querido de sus iconos.

—Recibe el nombre de krytrón. Se trata de una especie de interruptor eléctrico que envía una potentísima carga predeterminada de energía eléctrica desde la fuente en que se encuentra almacenada hasta el blanco elegido. Y lo hace en un tiempo tan increíblemente breve que la mente humana es incapaz de concebirlo.

—Bien, entonces ni siquiera lo intentaré. ¿Para qué sirve?

—Configurado tal y como lo vemos aquí, la verdad es que sólo tiene tres usos. El primero es en los láseres de muy alta potencia que se usan para cortar o soldar metales muy pesados. El segundo, en programas de investigación universitaria de muy alto nivel.

—¿Y el tercero?

El Profesor hizo un gesto con una de sus elegantes y bien cuidadas manos, indicio evidente de que no tenía la más mínima intención de responder a aquella pregunta.

—Hace unos años, unos codiciosos genios occidentales llegaron a la conclusión de que construir láseres de gran potencia iba a convertirse en un negocio que enriquecería a un montón de gente. —Una sonrisa de placer casi inconmensurable iluminó su semblante—. Pero lo que ha sucedido es que un montón de gente se ha arruinado con ello.

Mike no dijo nada. Había escuchado de labios del Profesor pequeñas disertaciones similares a aquélla, y sabía que lo que se esperaba de él era silencio respetuoso y no curiosidad.

—Uno de los que se han arruinado es un tal Herr Rudolph Steiner, propietario de una empresa llamada LASERTEKNIK, con sede en Pinneberg, Alemania, cerca de Hamburgo. Nuestros agentes me han informado de que Herr Steiner está teniendo graves problemas financieros.

Ahora Mike no resistió la tentación de bromear:

—Como aquel dentista amigo nuestro de Hamburgo que dedicaba más tiempo a rellenar los bolsillos de su amiguita que las caries de sus pacientes.

—Tal vez. Lo que espero de ti, Mike, es que vayas a Hamburgo y averigües todo lo que te sea posible acerca de Herr Steiner. Cuáles son sus ideas políticas, qué opina sobre el conflicto del Próximo Oriente, hasta qué punto es crítica su situación financiera y qué riesgos corren él y su familia. Y, sobre todo, si da la sensación de ser uno de esos hombres de negocios alemanes dispuestos a hacer negocios con el diablo con tal de obtener un saneado beneficio. —Bollahi señaló a Mike con un admonitorio dedo y prosiguió—: Actúa con discreción. En ningún caso debes hablar

personalmente con Herr Steiner sin mi autorización. Y tampoco debes ponerte en contacto con nuestros agentes de la librería. No quiero que ellos se enteren de tu presencia en la ciudad ni del motivo que te ha llevado por allí.

El Profesor cerró los ojos, quizá para acelerar sus procesos mentales.

—Investiga sus antecedentes familiares. Si hay en ellos algo que permita suponer que el tipo siente odio o rencor contra los judíos, si algún pariente suyo, por ejemplo, sirvió en las SS o si fue considerado un criminal de guerra por haber trabajado como vigilante en un campo de exterminio.

—¿Qué me dices de su vida personal y sus preferencias sexuales? Algunos hombres de negocios alemanes están metidos en cosas muy raras, no sé si lo sabes — dijo Mike.

—Investígalo todo con discreción, Mike. Preferiría que, llegado el momento, abordásemos a Herr Steiner sobre una base de cordialidad, sin chantajes. Deseamos que el tipo nos esté agradecido por acudir en su auxilio. Tan agradecido como para que no tenga inconveniente en ayudarnos a conseguir una buena remesa de estos renacuajos con cabeza de cristal.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Ahora mismo. Lo más importante en este asunto, Mike, es la discreción. La discreción absoluta. Ya sé que eso es algo que a ti no se te da demasiado bien. Pero nadie, absolutamente nadie, debe enterarse de nuestro interés hacia Herr Steiner y su compañía.

A tres kilómetros escasos del dormitorio del Profesor, en una elegante residencia del número 5 de Chester Square, en el barrio londinense de Belgravia, una atractiva mujer rubia se estudió en el espejo de su tocador, una pieza decimonónica de caoba y bronce firmada por Pierre Phillippe Thomire. Estudió su reflejo con el mismo interés con que un comerciante de diamantes hubiera examinado una bandeja de piedras sin cortar. Nancy Burke Harmian era preciosa, de eso no cabía duda. Desde los cinco años, su apariencia física había sido una constante para Nancy, una especie de fantasmal otro yo que caminaba siempre junto a ella por los caminos de la vida.

Luego, durante la adolescencia, no fueron los chicos quienes escogieron a Nancy para salir. Fue Nancy la que eligió. El capitán del equipo de fútbol, que más tarde se convertiría en una figura del equipo de la Universidad de California en Los Ángeles; el presidente del consejo estudiantil; el moreno, serio y atractivo muchacho judío que parecía inmune a los encantos de sus compañeras de clase... Nancy los tuvo a todos. Era una de esas contadísimas personas que, sin vanidad ni jactancia, podían decir que durante su infancia no conocieron ni un solo momento de desdicha.

En la universidad, su actitud sufrió un cambio drástico. Arrastrada por el feminismo de comienzos de los ochenta, de pronto pasó a considerar su belleza como

un defecto, un obstáculo para la consecución de los valores que constituían su yo más íntimo. Se cortó el pelo dejando la nuca al descubierto, desechó los sujetadores, y la única prenda ceñida que siguió poniéndose fueron los guantes. Cualquier hombre que la piropease por su aspecto o le abriera una puerta, estaba acabado.

Había superado aquella fase. Ahora aceptaba su belleza como una faceta más de su personalidad, una baza de la que su mentalidad posfeminista le permitía hacer uso, aunque no abuso.

Sin embargo, contemplándose en el espejo aquella noche de enero detectó algo diferente, algo que era mucho más que la belleza: felicidad. Se dijo que nada sentaba tan bien a una mujer como la dicha, y ésa era la cálida emoción que la dominaba en aquellos momentos.

Instintivamente, se llevó una mano a la oreja izquierda. Había decidido llevar los pendientes de lapislázuli que había comprado en su primer viaje a Uzbekistán. Echó para atrás los rubios cabellos que le llegaban hasta el hombro para ver mejor las joyas. Eran muy hermosas, y su azulado resplandor entonaba con el color añil de sus ojos, unos ojos que, cuando era niña, su padre no dejaba comparar con el mar de Connemara en una mañana estival. Aquello era un buen ejemplo de los desvaríos irlandeses de su padre. Mucho después de que éste muriese, Nancy visitó la costa de Connemara una mañana de verano. Las aguas no eran añiles ni por asomo.

¿Serían ésos los pendientes adecuados para aquella noche? A fin de cuentas, se trataba de una velada muy especial, íntimamente relacionada con la sensación de felicidad que en aquellos momentos la embargaba. Estaba cumpliéndose el primer aniversario de su boda, y pensar en ello casi la hacía reír. Hubo tiempos en que la simple idea de que el matrimonio podía producir la felicidad le hubiera parecido tan ajena a ella como el álgebra avanzada para un indio del Amazonas. Pensaba ponerse su vestido de noche, impecablemente cortado por Armani, con una de sus finas blusas de seda. Iba a asistir a la cena a la que ella y su esposo habían invitado a ocho de sus más íntimos amigos y que tendría lugar en el Mark's Club. La velada demandaba joyas de más presencia que aquellos pendientes.

—¡Cariño! —llamó.

Segundos más tarde, el objeto de su llamada apareció en la puerta que comunicaba el dormitorio y el vestidor. Tari —Terry para sus amigos anglosajones— Harmian era diez años mayor que Nancy, medía algo más de metro ochenta y conservaba una delgadez y una buena apariencia que era la envidia de sus coetáneos menos afortunados. Él mismo definía en broma su moreno buen aspecto diciendo que era «la típica apariencia de los nacidos en Oriente Medio, aunque no se sepa bien dónde». Sin embargo, no ocultaba su auténtica nacionalidad. Era iraní o persa, término este último que él prefería, y se había refugiado en Occidente tras la revolución de Jomeini. Un bosque de rizados cabellos negros le cubría el pecho. Su

rostro tenía las facciones de una escultura a medio terminar. La nariz romana giraba súbitamente hacia la derecha a mitad de camino hacia los labios; sus oscuros ojos contemplaban el mundo desde el fondo de unas cuencas exageradamente sumidas, dando al rostro una permanente expresión quejumbrosa. El mentón se proyectaba hacia delante como la proa de un aguerrido galeón, abriendo ante sí los mares de la vida.

Besó los desnudos hombros de su esposa.

—Hum —ronroneó ella—. Cariño, esta noche me apetece ponerme los pendientes de oro y brillantes que me regalaste por mi cumpleaños.

—Muy bien. Vamos a por ellos.

Bajaron juntos los dos tramos de alfombrada escalera de su casa de Chester Square, camino del despacho de Terry, situado a la derecha del vestíbulo de entrada, junto a la puerta principal. El hombre fue hasta la caja fuerte empotrada, hizo girar los diales hasta que sonó el «clic» final, y luego abrió la pesada puerta.

Nancy se arrodilló y metió la mano en la caja. Excepto su joyero de piel verde, todo lo que allí había era de su esposo. Ahora, el joyero estaba cubierto parcialmente por un grueso sobre marrón. Lo apartó, advirtiendo que en la parte exterior había algo escrito no sabía bien si en farsi o en árabe. Dejó el joyero en el suelo, lo abrió y sacó de él los pendientes que buscaba. Con rápidos movimientos, se los puso y luego sacudió la cabeza para cerciorarse de que estaban bien sujetos.

—Bueno, son un poco ostentosos pero, después de todo, ésta es una noche muy especial, ¿no? —dijo, sonriente.

Veinte minutos más tarde estaban listos para salir.

—Rebecca —dijo Nancy a su ama de llaves—, no nos espere. Probablemente, volveremos tarde.

Bajaron por la escalinata de su mansión georgiana del siglo XVIII, uno de los monumentos arquitectónicos de la ciudad de Londres.

—Aparqué una docena de casas más abajo —dijo Terry cuando llegaron a la acera. Encontrar aparcamiento en Chester Square, incluso con un permiso de residente en el parabrisas, era siempre un quebradero de cabeza. Tomados de la mano, echaron a andar plaza abajo.

Mientras lo hacían, dos pares de ojos los vigilaban ocultos en el jardín privado del otro lado de la calle.

—Muy bien —susurró una voz cuando el Jaguar de Terry se separó del bordillo—. Avisa a los demás. Llegó el momento.

LIBRO SEGUNDO

Nancy

El Centro Antinarcóticos de la CIA está situado en el sótano del edificio central de la agencia en Langley, lo cual, según algunos, es adecuado reflejo de la importancia que la organización da a sus actividades. El Centro fue establecido después de la caída del muro de Berlín, cuando la agencia buscaba desesperadamente nuevas misiones para la posguerra fría, misiones que contribuyeran a justificar ante el Congreso y el público sus enormes recursos presupuestarios y de personal.

Duffy se dijo que la bienvenida que le dieron en el Centro después de sus charlas con el director y el director de operaciones había sido una mezcla de «salve, héroe victorioso» y «el regreso del hijo pródigo». El hombre que dirigía el Centro y que, técnicamente, era el superior de Duffy, tenía cinco años menos que éste. Presentó a Duffy a sus nuevos colegas con la adecuada deferencia. Los reunidos lo estaban esperando en torno a la habitual mesa de conferencias cubierta de tazas de café. Representaban al FBI, el Departamento de Aduanas, la DEA, el Tesoro y, naturalmente, la CIA. Había una sola mujer, la representante de aduanas, y el resto eran varones. Duffy advirtió que cada uno de ellos tenía ante sí su taza de café personal, adornada con los colores y el sello de su departamento. En los servicios gubernamentales estadounidenses nunca cambia nada, se dijo, tomando asiento en la silla de la cabecera de la mesa que el jefe le había ofrecido. Tras la habitual charla sobre lo insólitamente cálido que era el tiempo y lo mal que, como siempre, estaban jugando los Bullets de Washington, el director dio inicio a la reunión de trabajo.

—Jim —dijo—, se nos ha indicado que debemos ponerte al corriente de la situación mundial del tráfico de heroína y, particularmente, de la relación del problema con la heroína que se extrae del opio cultivado en tu antigua zona, Afganistán.

El director hizo girar el café de su taza, como si el oscuro líquido fuera un adecuado reflejo del negro panorama que iba a pintar para Duffy.

—El brutal y desdichado hecho es que el consumo de heroína se ha disparado en todo el mundo durante los últimos tres años. Y ese aumento ha sido mayor en Estados Unidos y Europa occidental. La opinión pública está convencida de que, con el sida y la cuestión de las agujas, la heroína ya no cuenta, y de que nuestro principal problema de drogas lo constituyen la cocaína y el crack. Lo cual no puede ser más inexacto. A escala mundial, el consumo de heroína es, con mucho, la más grave de todas las toxicomanías. Recientemente, el presidente Clinton afirmó que la heroína supone un problema a largo plazo mucho más grave para la sociedad de lo que lo fueron la cocaína o incluso el crack.

Cómo les gusta a estos tipos citar declaraciones de la Casa Blanca para respaldar cualquier cosa que digan, pensó Duffy. Eran como los jesuitas que lo habían educado en la escuela secundaria, que citaban a san Agustín para convencer a un montón de adolescentes sexualmente salidos de las virtudes de llegar vírgenes al matrimonio.

—El problema de la heroína no ha surgido de la noche a la mañana como ocurrió con el crack en 1985 —seguía el director—. Es algo que ha ido produciéndose poco a poco, mientras nosotros estábamos ocupados en otras cosas. Durante los últimos cinco años, la producción mundial de amapola de opio se ha más que duplicado. Lo cual significa que en el mercado hay el doble de heroína buscando clientes. Creemos que quienes mejor han calibrado el problema son los de la Interpol, en Lyon, Francia. Según sus cálculos, la producción mundial de heroína se ha multiplicado casi por cuatro, pasando de ciento veinticinco toneladas métricas en 1984 a quinientas en 1994. Y entre 1985 y 1996, es decir, casi el mismo espacio de tiempo, las incautaciones de heroína en Europa pasaron de poco más de dos toneladas a once toneladas. Y no se trata de una estimación, sino de cifras reales. Y en esto nos encontramos de nuevo con que las cifras se han multiplicado por cinco, lo cual parece confirmar los cálculos de la Interpol acerca de la producción mundial. Partimos de la base de que la policía captura aproximadamente el diez por ciento del total de los alijos de drogas, lo cual significa que, en la actualidad, cada año llegan a Europa más de cien toneladas de heroína. Y eso, puedes creerlo, es mucha, muchísima heroína.

A Duffy nunca le había preocupado particularmente la droga. Como era de imaginar, durante la época en que se ocupaba de la guerra de Afganistán había fumado bastantes porros de hachís. Y, a diferencia de otros, él se había tragado el humo^[3]. Le gustó, aunque no lo bastante para que su forma de vida cambiase perceptiblemente. El whisky y el vodka siguieron siendo sus favoritos. Como muchos de los que pertenecían a su ámbito social, tenía una imagen estereotipada de los drogadictos. Éstos, para él, constituían una pequeña minoría, y estaban predispuestos por algún tipo de debilidad moral al consumo que los estaba destruyendo. Su imagen de un yonqui era la de un antiguo adicto de los sesenta desmayado en el suelo de los servicios de una estación de autobús, con una goma en torno al codo y una aguja colgándole del antebrazo. O, más recientemente, de chicos negros enloquecidos por el crack. No sentía hacia ellos ni piedad ni rechazo; simplemente, no le importaban. No eran problema suyo.

—Hablemos ahora de Afganistán —estaba diciendo el director. La mención de su antigua zona hizo que Duffy volviera a prestar atención—. Ese país se ha convertido en el mayor productor mundial de opio. Más importante aún que el famoso Triángulo de Oro de Birmania septentrional. La Interpol calcula que, para el 2000, la cosecha afgana de opio alcanzará las cinco mil toneladas. Eso significa que, para entonces, sólo Afganistán estará produciendo más heroína de la que se producía en todo el mundo en 1994.

El director dirigió a Duffy una torcida sonrisa de resignación.

—Sin embargo, oficialmente no reconocemos esa particular realidad. Para la prensa y el público, el Departamento de Estado sigue con el antiguo embuste de que

el Triángulo de Oro es el principal productor mundial de heroína. A nosotros nos resulta más fácil denostar a la junta militar birmana que criticar a aliados nuestros como Pakistán y Turquía, que están metidos hasta el cuello en el tráfico de droga afgana. Y, naturalmente, tampoco nos apetece proclamar a los cuatro vientos el hecho de que los señores de la droga de los noventa son los mismos maravillosos héroes que en los ochenta se enfrentaban a los soviéticos. Esta agencia ya ha recibido bastantes críticas de los medios por la blandura con que trata a los narcotraficantes.

Duffy se encogió de hombros. No iba a ponerse a discutir con aquella gente sobre lo que se había conseguido o dejado de conseguir con la guerra de Afganistán.

—¿Y quién demonios está consumiendo toda esa droga?

—Jim... —La que habló fue la representante del servicio de aduanas. Era una mujer baja y fornida, que parecía capaz de echarse al hombro un vagón lleno de droga—. Lo cierto es que ha aparecido un nuevo tipo de heroinómano. No nos enfrentamos al antiguo adicto que se pinchaba en cualquier vena para conseguir un subidón. Los de ahora son jóvenes, la mayoría menores de treinta años. Por algún motivo que aún no hemos logrado desentrañar, hay entre ellos un exagerado número de mujeres. Y ésta no es una droga que afecte a una única clase social como el crack, cuyo consumo se reduce prácticamente al gueto afroamericano. Actualmente, la heroína abarca la totalidad del espectro social. Todo el mundo la consume. Estrellas del rock, peces gordos de Wall Street, guionistas y directores de Hollywood, maquilladores, diseñadores de moda, fotógrafos, y muchas modelos, porque creen que la heroína inhibe la gordura. El cretino de Calvin Klein convirtió la heroína en algo *chic* con esas depauperadas modelos de mirada vacua que le gusta usar en sus anuncios. Convirtió la condición de yonqui en algo elegante.

—Jim... —El director había vuelto a tomar la palabra—. Durante los últimos tres años se ha producido un drástico cambio de marea en el mundo de la droga. Ese cambio es la clave de que el consumo de heroína esté aumentando de modo tan espectacular. En los viejos tiempos, hacía falta una inyección en la vena para conseguir un subidón. La barrera de la aguja hacía que muchos se abstuvieran del consumo. A fin de cuentas, a nadie le gusta pincharse. Y también estaba el miedo de contagiarse del sida por utilizar agujas contaminadas. Todo eso ya pasó. La barrera de la aguja ha dejado de existir, así de simple. Los nuevos usuarios no se inyectan la droga.

—¿Y qué demonios hacen con ella? ¿Se la comen?

—La fuman. O la esnifan como cocaína. Es como una versión *light* de *El almuerzo desnudo*, de Burroughs. Y entre los consumidores existe la infundada creencia de que la heroína, fumada o esnifada en vez de inyectada, no crea hábito. Eso es totalmente falso, un completo embuste, pero muchos que deberían tener más sensatez lo creen a pies juntillas.

—Señor Duffy... —El que ahora hablaba era el representante de la DEA, un tal Mike Flynn. El hombre tenía el cabello negro y los ojos azules y evidentemente era, como Duffy, de ascendencia irlandesa. No debía de tener mucho más de treinta años. Y lo de haberlo llamado «señor» era indicio de que había sido un buen alumno de los curas y monjas de la escuela parroquial—. Esta nueva epidemia de heroína, si quiere que la llamemos así, está causada por tres factores. En primer lugar, como ya ha explicado el director, se debe al enorme aumento de la producción mundial de opio. En segundo lugar está el drástico descenso de los precios en la calle. Tradicionalmente, la heroína que se compraba en las esquinas costaba por gramo el triple o el cuádruple que la cocaína. A partir de 1991, el precio de la heroína comenzó a bajar en todo el mundo. En estos momentos, aquí en América ambas drogas se venden prácticamente al mismo precio. En ultramar, en Bruselas, Amsterdam y Viena, la heroína es más barata que la coca. El precio de ambas drogas viene a ser el mismo en Francia, Italia y Alemania. Los únicos lugares en que la coca sigue siendo más barata son España, Dinamarca y Londres. La auténtica causa del disparatado aumento del consumo de heroína no es ni el precio ni la producción —afirmó Flynn, convencido—. Es la pureza de la droga que se vende en las esquinas. Allá en los cincuenta y sesenta, cuando se produjo la última epidemia de heroína, los niveles de pureza que se encontraban en la calle eran de entre el tres y el diez por ciento. Con droga tan mezclada, era necesario inyectarse para conseguir un subidón. Si se esnifaba, lo único que se conseguía era estornudar. En la actualidad, aquí en Norteamérica, el nivel de pureza que se encuentra en la calle es de un sesenta y cinco por ciento. En Boston, por algún motivo que ignoramos, la cifra sube al ochenta por ciento. En Europa fluctúa entre el cincuenta y el sesenta por ciento.

Flynn se retrepó en su sillón, como si él mismo acabara de recibir una dosis de heroína purísima.

—Por eso los nuevos consumidores ya no se inyectan. No lo necesitan. Con esos niveles de pureza, les basta esnifar para colocarse a gusto. O mezclar la droga con el tabaco de un par de Marlboros y fumársela.

Duffy comentó:

—Me da la sensación de que debe de haber una especie de ejecutivo a lo Procter and Gamble que se ha planteado la cosa como una estrategia de marketing para aumentar la demanda y el consumo buscando un nuevo tipo de usuario.

—Eso es lo que sospechamos en los cuerpos de policía —asintió Flynn—, pero no tenemos pruebas que fundamenten tal hipótesis.

—¿Cuál es, según nuestros cálculos, la cifra actual de adictos?

—El cálculo oficial es que existen unos seiscientos mil adictos duros, de los que se inyectan. Todo el mundo considera que ése es un cálculo demasiado bajo. Pero lo que nos preocupa no es esa cifra. Lo grave es la cifra estimada de gente que esnifa o

fuma heroína de vez en cuando. Calculamos que son unos tres millones de personas. —Flynn se encogió de hombros—. Pero la realidad es que, simplemente, no lo sabemos. La heroínomanía es una adicción lenta e insidiosa. No golpea, como el crack, sino que va creciendo despacio sin que el interesado se dé cuenta, mientras éste sigue convencido de que tiene la situación bajo control.

—¿Qué entiende usted por «despacio»?

—Pueden ser dos, tres, cuatro, cinco años. Eso, con la heroína inyectada. Con la esnifada, aún no lo sabemos. Suponemos que los que esnifan y fuman pasarán a inyectarse cuando la adicción los golpee de lleno. Aunque sólo sea para ahorrar dinero. ¿Cuántos de esos tres millones de consumidores «blandos» se convertirán en duros? No tenemos ni idea. Pero cuando eso suceda, señor Duffy, será cuando la mierda se pegue en el ventilador.

La mujer de aduanas volvió a tomar la palabra.

—Jim, voy a enseñarle una filmación clandestina realizada recientemente por el departamento de policía de Nueva York en la sala VIP de un club nocturno llamado Limelight. Creo que, viéndola, se hará usted idea de la magnitud del problema.

Oprimió un par de botones, se amortiguaron las luces y bajó una pantalla en la que aparecieron unas difusas imágenes en blanco y negro.

—La filmación se realizó a las tres de la mañana de un sábado. Ésos son tipos de clase alta. Gente de la música, del espectáculo. En esa habitación no se entra sin conexiones ni dinero. Ahora, fíjese en los brazos de esos chicos. Todos ellos se están rascando, como si alguien hubiera soltado en ese lugar una marabunta de hormigas. Esos picores son típicos de los usuarios de heroína. Todos ellos están enganchados. Y ése es uno de los locales de juventud más elegantes de Nueva York.

La mujer encendió de nuevo las luces.

—Tiendo a considerar estos problemas desde el punto de vista del sociólogo. La coca fue la droga de los ochenta. Perfecta para los tiburones de Wall Street, para los años de bonanza de Reagan. La heroína es un mejor reflejo de los valores de los noventa. Como esos muchachos dicen: «la heroína te calma, no te saca de quicio, te pone bien». Han llegado a la convicción de que la heroína esnifada o fumada es más segura que el crack. Es un buen viaje, lo más «in».

La representante del servicio de aduanas sacudió la cabeza y siguió:

—Lo malo es que, para muchos de esos chicos, el viaje les conducirá a un infierno.

—¿Afecta la droga la vida sexual? —preguntó Duffy.

—La inhibe. Un heroínómano, simplemente, no tiene erecciones. Los chulos siempre tratan de que sus chicas se enganchen a la heroína inyectada. Eso les da una sensación de «yo no soy realmente yo» que les hace más fácil acostarse con el primer cliente que aparezca con unos dólares en el bolsillo.

Ahora ya sé por qué nunca he probado esa droga, se dijo Duffy.

—Volvamos por un momento a todo ese opio que están cultivando mis amigos afganos. ¿Adónde va? ¿Están los radicales islámicos metidos en el tráfico?

El hombre de la DEA replicó:

—Sobre eso también hay muchas teorías pero pocos hechos. Sabemos quién gobierna Afganistán: los talibanes. Son fundamentalistas. La Interpol calcula que entre el ochenta y el ochenta y cinco por ciento de la heroína que se consume en Europa es droga afgana refinada en Turquía. Pero... ¿cómo llega la droga a Turquía?

—¿Cómo?

—No lo sabemos. Sospechamos que la mayor parte se transporta de un modo u otro a través de Irán y, de ser así, puede usted apostar lo que quiera a que algún iraní se lleva una parte del negocio.

—¿Qué me dice de los turcos que refinan la droga? ¿Están vinculados con los fundamentalistas islámicos?

Flynn se removió en su butaca.

—Lamento decirlo de nuevo, pero eso no lo sabemos.

—No parece que sepan ustedes mucho —gruñó Duffy, a quien en aquellos asuntos le gustaba llamar a las cosas por su nombre.

El director decidió evitarle a Flynn un mal rato y tomó la palabra:

—Tenemos la certeza de que existen radicales islámicos que consideran que utilizar la droga para deshacerle el cerebro a la juventud de Occidente es cumplir el mandato divino. En Bruselas hay traficantes marroquíes que no permiten que sus hermanas salgan con un cristiano o que vayan por la calle con la cabeza descubierta, pero que están encantados de venderles droga a los consumidores belgas. Cada vez encontramos a más argelinos y marroquíes relacionados con el FSI, el Frente de Salvación Islámico, vendiendo droga en Francia y en el sur de Alemania, con órdenes de no abastecer a sus hermanos islámicos, sino sólo a europeos. En Suiza e Italia se han dado casos en los que traficantes palestinos les disputaban el terreno a traficantes italianos. ¿Tiene todo esto sus raíces en la ideología o se trata de simple y puro amor al dinero? Simplemente, no lo sabemos. Quizá tú puedas averiguarlo.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo Duffy, apurando el café de su taza—. Me alegro de haber vuelto al trabajo. Esto es bastante más divertido que cortar leña en Maine... Al menos, eso espero.

El Mark's Club ocupa un edificio de finales del siglo XVIII situado en el 46 de Charles Street, a unos pasos de la plaza de Berkeley, el otrora aristocrático óvalo de césped y plátanos donde se asegura que cantó el ruiseñor de la leyenda. Tal vez el ruiseñor siga cantando y nadie lo oiga porque su trino queda ahogado por el barullo

del tráfico finisecular que llena la plaza.

Juzgando por la fachada exterior del club, el viandante casual podría pensar que el edificio no es más que la mansión privada de una acaudalada familia inglesa. La sobria elegancia de su interior pretende evocar, tanto para los miembros como para los visitantes, toda una serie de establecimientos similares típicamente británicos: White's, Brooks, Boodle's... Todos ellos clubes masculinos. No obstante, hay una notable diferencia. Mark's parte de la base de que la humanidad se compone de dos sexos y no de uno. En el cenit de los alegres años sesenta su fundador, Mark Burley, tuvo la quijotesca idea de que a algunos de los caballeros de su misma esfera social les apetecería más almorzar en compañía de unas cuantas mujeres atractivas que estar rodeados por antiguos condiscípulos de Eton o Harrow.

Billy, el portero del club, reconoció el sonido del Jaguar de Terry Harmian aun antes de que el coche llegara. Cuando el vehículo se detuvo, el empleado ya estaba junto al bordillo para recibir a su propietario. Billy era un destacado personaje del club, ya que, según una bonita leyenda probablemente falsa, él había sido el conductor del coche en que huyeron los autores del robo de Brink's Matt, en noviembre de 1983. Billy abrió la portezuela a Nancy, le ofreció la mano para ayudarla a salir del bajo vehículo y, cuando ella se apeó, él no perdió la oportunidad de admirar sus bien torneadas piernas.

—Buenas noches, señor Harmian —dijo el hombre, rodeando el coche en dirección a la portezuela del conductor para llevarse el Jaguar a un estacionamiento—. Que disfruten de la cena.

James, el recepcionista del club, acudió a recibir a Nancy y Terry cuando éstos entraron en el local.

—Es un honor que hayan ustedes decidido celebrar su aniversario con nosotros —dijo, obsequioso, al tiempo que recogía el abrigo de Nancy. James, un irlandés de sesenta y tantos años, irradiaba una distinción con la que pocos de los aristocráticos miembros del club podían rivalizar—. Sus invitados están arriba, esperándolos —continuó, señalando con un mínimo movimiento de cabeza la escalera situada junto a la entrada del comedor principal.

Dada la naturaleza íntima de la celebración, Terry y Nancy habían decidido alquilar el comedor privado del club, en el segundo piso, sobre el bar. Tomados del brazo, comenzaron a subir la escalera, en cuyas paredes colgaban óleos decimonónicos de perros, niños y escenas de caza, temas que parecían los predilectos del propietario del club.

Bruno, el *maître*, los recibió en la puerta con la cordial gravedad que la celebración merecía. A sugerencia de Nancy, la larga mesa, preparada para diez comensales, estaba adornada con tres discretos ramilletes de camelias y azaleas. En un extremo de la sala, un auténtico fuego de leños crepitaba en la chimenea,

desafiando alegremente las ordenanzas londinenses contra la contaminación atmosférica. Los invitados, que habían aguardado sentados en los sillones y sotas dispuestos en torno al fuego, estaban ya en pie y yendo hacia ellos.

Señalando a una mujer de mediana edad ataviada con un vestido de seda negra y un pequeño delantal blanco, con aspecto de un ama de llaves victoriana, Bruno dijo:

—Henrietta los atenderá esta noche.

El resto de las palabras del hombre quedó ahogado por el bullicioso coro de bienvenidas y felicitaciones que se levantó en torno a la pareja que celebraba su aniversario. Terry y Nancy procedieron a abrazar y dar la bienvenida a todos sus amigos.

Allí estaba Said Abou Abrazzi, un saudí que, como Terry, era consultor privado de inversiones de un pequeño grupo de acaudalados clientes. El hombre estaba acompañado por Mona, su esposa siria, que parecía una virgen recién salida de un icono bizantino; Raymond Harris, un abogado o, más exactamente, según los términos en que los ingleses dividen su comunidad legal, un procurador. Su especialidad eran los paraísos fiscales y el establecimiento de compañías en el exterior para aprovechar las ventajas económicas que otros países ofrecían. Lo acompañaba su esposa Gilda. Otro de los invitados era David Nathan, un australiano que había hecho el tendido para la televisión por cable en gran parte del novísimo continente, obteniendo con ello una fortuna que podía rivalizar con las de Rupert Murdoch y Kerry Packer. Orgullosamente colgada de su brazo estaba Giselle, su nueva esposa francesa. A continuación estaban Dimitri *Grischa* Zumbrowski, un ruso de incierto origen étnico pero de indiscutible solvencia económica, acompañado por una espectacular modelo polaca rubia, su amante oficial. Y por último, el barón Theodore *Teddy* Van Weissendratt, un aristócrata flamenco de Amberes que era el único hombre cuya pericia en el póquer reconocía Terry como superior a la suya.

Yendo de uno a otro de sus invitados, Nancy se dijo que aquella era la típica reunión londinense: un solo inglés, como de muestra, encajado en un arca de Noé de gente de distintas nacionalidades.

Terry y Nancy volvieron con sus invitados junto a la chimenea, donde Henrietta los esperaba con copas de Dom Perignon. Terry chocó la suya con la de Nancy, rodeó a ésta con el brazo derecho y con el izquierdo alzó la copa hacia sus amigos.

—Salud, queridos amigos. Por nosotros, por todos vosotros. —Luego, con la mirada de un escolar enamorado de su maestra, se volvió hacia su esposa—. Y por ti, querida, por toda la maravillosa felicidad que has traído a mi vida. «Tú llenas la copa que limpia el presente de los remordimientos del pasado y de los temores del futuro».

Del grupo de amigos surgió un aprobador murmullo. Nancy bebió un sorbo de champán y luego miró con sonrientes ojos a su marido.

—Sospecho que hoy has estado hojeando el diccionario de citas, ¿no?

—En absoluto, querida. La frase pertenece al *Rubayyat*. Como todos los buenos persas, yo me lo sé prácticamente de memoria.

Durante media hora rieron y charlaron, y después se sentaron a cenar. Nancy había escogido el menú: caviar, salmón ahumado y canapés para empezar, y luego, los últimos faisanes, cuya época de caza terminaba el 31 de enero. Nancy había ordenado al *chef* que todas las aves fueran hembras, ya que con los faisanes ocurría lo mismo que con la humanidad: las hembras eran más tiernas que los machos.

Para acompañar la cena, Bruno había escogido un Chardonnay neozelandés y tres botellas de Château Figeac de 1961 que había encontrado en un escondido rincón de la bodega del club.

Fue una velada deliciosa, opípara y llena de risas. Una noche que quedaría grabada durante años en el recuerdo de todos los que participaron en ella.

Una vez que Henrietta hubo servido el oporto y el brandy y distribuido cigarros entre los caballeros, Terry golpeó su copa con una cuchara y se puso en pie.

—Una ocasión como ésta merece un brindis —dijo a sus amigos—. Brindo en primer lugar por vosotros, por acompañarnos en esta feliz noche. Espero que con esta cena hayamos establecido una tradición que seguiremos en años venideros. Ojalá todos los años podamos reunirnos en estas fechas para compartir nuestro afecto y nuestra amistad.

Luego, tomando en la suya la mano de Nancy, siguió:

—Pero, sobre todo, quiero brindar por mi esposa, que llenó de alegría y felicidad mi solitaria vida.

—¡Sí, muy solitaria! —rió el saudí, aludiendo a los activos días de soltero de Terry.

Cuando cesaron las risas, Terry hizo una pausa y, mirando a su esposa, recitó:

—«Verla fue amarla, amarla sólo a ella y amarla para siempre». Esto lo escribió una compatriota tuya, querida, Emily Dickinson. Y no he sacado la frase del diccionario de citas.

Nancy lanzó una encantada exclamación, se levantó y abrazó a su marido mientras sus invitados aplaudían puestos en pie.

Era pasada la una cuando al fin regresaron a Chester Square. Como de costumbre, frente a la casa no había sitio para aparcar.

—Entra mientras yo aparco, cariño —le dijo Terry.

Nancy subió la escalinata y, buscando las llaves en su bolso, se dijo que ningún londinense que se preciase estaría dispuesto a vivir en una casa construida en el siglo veinte. Por eso —reflexionó—, ninguno de nosotros tenemos garaje y nos volvemos locos buscando aparcamiento.

Entró en la casa, cerró la puerta tras de sí y, antes de quitarse el abrigo, se atusó el cabello.

Fue entonces cuando un brazo se cerró en torno a su cuello con la fuerza de un cepo y tiró de ella hacia arriba, alzándola literalmente del suelo. Al mismo tiempo, Nancy notó la aguda punta de un cuchillo pinchándole en la carne de la sien.

—¡Quieta! —susurró una voz—. No hagas ni un ruido.

El brazo le oprimía el cuello con tal fuerza que, por un instante, Nancy temió que su asaltante fuera a estrangularla. No le era posible tragar y notaba los ojos a punto de salirse de las órbitas. Dominada por la sorpresa y el terror, pensó que se enfrentaba a uno de esos crueles ladrones londinenses de los que tanto hablaba la prensa.

Otro intruso, éste con las facciones ocultas por una negra máscara de esquí, salió de entre las sombras que rodeaban la escalera. Tenía en la mano una gran tira de esparadrapo. Se acercó a ella y se la pegó en la cara de oreja a oreja, estirándola tanto que, cuando terminó, a Nancy apenas le era posible mover los labios ni las mandíbulas. El único sonido que así amordazada podría emitir sería un débil y patético gemido. Las rodillas se le doblaron y las náuseas se apoderaron de su estómago. Dominada por el horror y la desesperación, se preguntó dónde estaría su marido.

Mientras, el segundo intruso se había quitado unas esposas del cinturón y se las había puesto a ella en torno a las muñecas.

—Llévala arriba —ordenó al hombre que seguía con el brazo en torno al cuello de Nancy.

El primer asaltante retiró el brazo estrangulado se puso frente a ella y, agarrándola por las esposas, tiró de ella con todas sus fuerzas, casi arrastrándola hacia la escalera. El hombre también llevaba una máscara de esquí negra con orificios para los ojos y la nariz.

Apenas hubo dado unos pasos, Nancy tropezó y cayó de rodillas.

—¡Levanta! —masculló el hombre.

Exhausta y con una rodilla dolorida, Nancy logró a duras penas caminar junto a su captor hasta el descansillo del segundo piso. El hombre abrió la puerta del dormitorio y, empujándola brutalmente, la hizo caer al suelo de bruces. Luego cerró la puerta y se acercó a ella.

Dios mío —pensó Nancy, notando contra las mejillas las fibras de la alfombra de su dormitorio—, este malnacido me va a violar aquí mismo, en mi propia casa.

No era así.

—Levanta —masculló de nuevo el hombre.

Mientras se ponía trabajosamente en pie, con las medias desgarradas y la rodilla dolorida y comenzando a hincharse, Nancy vio a Rebecca, su ama de llaves, que estaba atada a una de las sillas del dormitorio, con un esparadrapo sobre la boca similar al de Nancy. Su asaltante la empujó a una segunda silla situada cerca de la de Rebecca. Nancy miró hacia la cama y vio que no estaba abierta. Eso significaba que a

Rebecca la habían hecho prisionera poco después de que ellos salieran hacia el restaurante. Los ladrones llevaban bastante tiempo en la casa y, sin embargo, no la habían saqueado como solían hacer, arramblando con el televisor, el equipo de música y la plata. ¿Por qué? ¿Por qué habrían esperado a que ellos llegaran para iniciar el pillaje?

De pronto Nancy comprendió. Se trataba de sus joyas. Alguien de la compañía de seguros habría informado a aquellos tipos de lo que valían sus alhajas. Así trabajaban los delincuentes profesionales, con información previa, sabiendo lo que buscaban.

Extrañamente, aquella idea la tranquilizó, calmando por unos segundos el terrible pánico que la dominaba. Al menos, aquellos tipos no se proponían matarlos. Se apoderarían de las joyas y huirían.

¿Qué pasaba con Terry?, se preguntó, angustiada. ¿Dónde estaba? A estas alturas, ya debía de haber vuelto a la casa. La puerta del dormitorio era a prueba de ruidos para facilitarles a ellos el sueño. Estaba atrapada en una bóveda silenciosa, incapaz de oír nada de lo que ocurría en la casa. Por Dios, cariño —suplicó interiormente—, no te hagas el héroe. Que se queden con las malditas joyas y se larguen.

Mientras ella se debatía presa de la angustia, uno de los individuos le había quitado las esposas y la estaba atando rápida y diestramente a la silla con un pedazo de cuerda. Primero le amarró los tobillos a las patas de la silla. Luego le inmovilizó las rodillas contra el asiento, pasando la cuerda por la parte posterior de la silla. A continuación procedió a atarle la cintura y el pecho contra el respaldo, apretándola con tal fuerza que a Nancy apenas le era posible respirar. Sin saber cómo, y pese al terror que atenazaba su cabeza y sus miembros, recordó algo que había visto en una película de televisión. En el momento en que su captor se volvió hacia la cama para coger más cuerda, ella inhaló lo más hondo que pudo para hinchar al máximo los pulmones, de modo que cuando el hombre terminase de atarla, a ella le bastaría vaciar los pulmones para dar un poco de holgura a sus ligaduras.

Su captor examinó las ataduras y luego cruzó la habitación, cerró las luces y abrió la puerta. Antes de cerrarla, permaneció por un instante en el umbral, silueteado por la luz del descansillo. Luego salió, dejando solas en la oscuridad a las dos temblorosas y aterrorizadas mujeres. Durante el breve instante que la puerta permaneció abierta, Nancy se esforzó por escuchar algún sonido, una voz, un grito, cualquier indicio de vida procedente de la planta baja. No oyó nada.

Escrutó la penumbrosa habitación, cuya única luz era la procedente de las farolas de Chester Square. Entre las sombras, a cosa de cinco metros de ella, estaba la mesilla de noche y, sobre ella, como negra promesa de salvación, el teléfono. Cinco metros. Lo mismo podría haber sido un kilómetro. Pero, como tenía las muñecas libres, si conseguía llegar a él tal vez pudiera descolgar el receptor y marcar en el dial la cifra mágica: 999. Pero... ¿reconocería la telefonista del servicio de emergencias

sus inarticulados gemidos como lo que eran, una desesperada demanda de auxilio? ¿O no haría caso, tomando a su comunicante por un bromista?

¿Cómo llegar hasta allí? ¿Cómo podía salvar la inmensa distancia que la separaba del teléfono?

Se preguntó si, moviéndose y retorciéndose en la silla, utilizando el peso de su cuerpo para avanzar, lograría cruzar el cuarto. ¿Y si echaba todo su peso hacia atrás, de modo que la silla quedara apoyada sólo en una de sus patas, por ejemplo la derecha? Luego podría echar su peso hacia delante y a la izquierda, de modo que, cuando la pata delantera izquierda volviera a caer sobre la alfombra, ella hubiese avanzado, quién sabe, quizá cinco centímetros. Repitiendo el movimiento muchas veces, tal vez pudiera llegar a su ansiado destino y pedir ayuda.

La puerta del dormitorio se abrió de repente. Nancy parpadeó, cegada por la súbita luminosidad que inundó la estancia. Ahora había dos tipos en el umbral, recortándose contra la luz del fondo. Avanzaron hacia ella. La alzaron en vilo y la llevaron abajo como si fueran enfermeros de un hospital trasladando a una paciente en su silla de una sala a otra. Mientras bajaban por la escalera, Nancy vio que había luz en el despacho de su marido. Una vez en la planta baja, los dos hombres la llevaron justamente hacia allí.

Al contemplar el espectáculo que la esperaba en la habitación, Nancy lanzó un grito que quedó ahogado por su mordaza. Por un instante, temió vomitar y morir asfixiada por los restos del banquete de su primer aniversario de boda.

Terry estaba derrumbado en el sillón de su escritorio. Su rostro era una irreconocible masa de sangre, carne y hueso. El ojo izquierdo estaba parcialmente salido de su órbita y colgaba sobre la parte superior del pómulos. Le habían aplastado la nariz, y por las fosas nasales brotaba un chorro de sangre que le resbalaba por la boca y la barbilla para caer al fin sobre la camisa, convertida en un sanguinolento trapo. Tenía la boca abierta, y Nancy advirtió que le faltaban casi todos los dientes delanteros. Contempló con horror uno de aquellos dientes, enganchado en la oscura tela de la chaqueta del traje. Terry respiraba trabajosamente, y con cada aliento se le formaba una especie de sanguinolenta espuma en los labios.

A uno y otro lado de su marido, Nancy vio a otros dos hombres cubiertos con pasamontañas. Un tercero permanecía recostado en el escritorio, como si su cometido no fuera otro que el de supervisar la tortura del pobre y maltrecho Terry. De pronto, el hombre se apartó de la mesa y salió del cuarto. Por el rabillo del ojo, Nancy lo vio cruzar el vestíbulo y arrancar de la pared un espejo veneciano del siglo dieciséis.

Mostrándolo como un piloto de fórmula uno mostraría un trofeo recién ganado; el hombre volvió a entrar en el despacho y puso el espejo ante el destrozado rostro de Terry.

—¡Mira! —ordenó. Luego, señalando a Nancy—: Si no nos dices la combinación

de la caja, este mismo aspecto tendrá tu esposa dentro de cinco minutos.

Terry farfulló algo por entre la sangre que le llenaba la boca. De pronto Nancy se dio cuenta de que su marido no hablaba en inglés, sino farsi. Aquellos hijos de puta no eran ladrones en busca de joyas. Eran iraníes. Eso era lo que Terry quería indicarle al hablar en farsi a sus torturadores. Ella sintió un escalofrío de terror. ¿Serían enviados de los *mullah*? En tal caso, se trataba de asesinos. Todos los iraníes conocían historias sobre los sicarios de la VEVAK, dedicados a matar a los enemigos del régimen refugiados en Occidente. ¿Habría pertenecido Terry, sin que ella lo supiera, a algún movimiento antigubernamental?

El que sostenía el espejo también había comprendido por qué Terry había hablado en farsi.

—¡Cabrón! —rugió, tirando el espejo al suelo. Del escritorio cogió una pistola y golpeó con ella la mejilla de Terry.

Luego se volvió, fue hasta Nancy en tres zancadas y la golpeó en el rostro con un gancho de derecha. Ella lanzó un grito que, a causa de la mordaza, se convirtió en un gemido apenas audible. Mentalmente, la mujer rogó a su marido: «¡Diles la combinación de la caja, Terry! ¡Dales lo que quieran! ¡No importa, lo único importante somos nosotros!».

Como si los dos estuvieran comunicados por poderes telepáticos, en aquel momento Terry murmuró:

—De acuerdo. Setenta a la derecha.

El hombre que se encontraba junto a Terry se arrodilló frente a la caja fuerte y, lentamente, hizo girar el dial.

—Ahora, doscientos treinta a la izquierda —dijo Terry, cuando el hombre hubo completado el primer movimiento.

El intruso realizó el movimiento indicado.

—Ahora, ochenta y cinco otra vez a la derecha —siguió Terry y, tras la adecuada pausa, añadió—: Y trescientos a la izquierda.

Lentamente, el hombre hizo girar el dial. Cuando llegó al 300, sonó un leve «clic» y la pesada puerta de la caja fuerte se entreabrió un par de centímetros.

—Bien —dijo el que parecía ser el jefe. Luego, mirando a los que habían bajado a Nancy desde el dormitorio como a la reina de Saba en su palanquín, ordenó—: Conducidla arriba de nuevo.

Esta vez, sus dos asaltantes sólo se molestaron en llevarla hasta la puerta del dormitorio. Una vez abierta ésta, dejaron la silla en pie sobre la alfombra y volvieron a salir apresuradamente. Por unos instantes, Nancy quedó jadeando, intentando controlar los temblores y las náuseas que le había producido la horrible experiencia que acababa de vivir.

A su recuerdo regresaron los macabros detalles de la escena. El maltratado cuerpo

de su pobre marido, la sangre que le manaba por la boca y la nariz, el horrible sonido de la pistola al golpear contra la cabeza. Aquel cabrón seguro que le había fracturado el cráneo a Terry. Si aquellos desalmados no le pegaban un tiro, seguro que el hombre moriría desangrado en su silla. Nancy se daba cuenta de que ella representaba la única oportunidad de sobrevivir que tenía su esposo.

De pronto advirtió que, al arrojarla de cualquier manera al suelo en su prisa por volver abajo, sus dos captosres habían reducido casi a la mitad la distancia que la separaba de la mesilla de noche. Ahora entre ella y la negra promesa de salvación que constituía el teléfono sólo había menos de tres metros. Puedes hacerlo, Nancy, se dijo, puedes y debes llegar a la mesilla de noche.

Lentamente, a fin de no caer de espaldas y quedar inmovilizada sobre la alfombra, se echó para atrás sobre la pata trasera derecha de la silla a la que estaba atada. Por un momento, osciló precariamente. Luego, empujando con la cadera y la rodilla izquierdas, impulsó la pata hacia delante. A continuación, echándose de nuevo hacia atrás, esta vez sobre la pata trasera izquierda, repitió el movimiento en sentido opuesto.

¡Dio resultado! Había acertado por lo menos ocho o diez centímetros la distancia que la separaba del teléfono.

Por un momento, permaneció inmóvil entre las sombras de la habitación, a la escucha. En la casa no se oía ni un ruido. ¿Pensarían aquellos hombres volver y matarla a ella y a Rebecca? ¿O habrían huido?

Tenía que hacerlo y podía hacerlo, podía llegar hasta el teléfono. Si regresaban para asesinarlas, al menos moriría intentando salvarse y salvar a su marido.

Comenzó a avanzar de nuevo a empujones, dolorosamente, centímetro a centímetro, hacia el negro aparato telefónico. Las cuerdas que la ataban a la silla se le clavaban en la cintura y en las rodillas con cada empujón. Cada vez que tocaba el suelo con la pierna izquierda, sentía un fuerte ramalazo de dolor en la maltrecha rodilla.

No tenía ni idea de cuánto tardó en realizar el corto, lento y dolorosísimo trayecto. Lo único que sabía era que un mismo pensamiento se repetía una y otra vez en su mente: «Si no llego al teléfono, mi esposo y yo moriremos».

Al fin, cuando sólo un metro la separaba de la mesilla, logró distinguir el negro aparato entre las sombras. Verlo le dio nuevos ánimos para seguir avanzando penosamente hacia su destino.

Agarró con los dedos el cordón del teléfono y arrastró como pudo el aparato hasta el borde de la mesilla, donde podría coger el receptor con las manos. Apoyándose contra la mesilla, tendió la mano atada y descolgó el receptor.

No había línea.

Aquellos cabrones habían cortado los cables del teléfono. Durante unos instantes,

quedó paralizada por el terror y la desesperación hasta que, como un deslumbrador relámpago que iluminase el cielo nocturno, tuvo una inspiración. ¡El móvil! Como no había querido que nada interrumpiese su cena de aniversario, poco antes de salir de la casa había sacado el móvil del bolso y lo había guardado en la mesilla de noche, allí mismo. Los intrusos no habrían pensado en eso. Probablemente, ni siquiera sabían lo que era un teléfono móvil.

Empujó la silla hasta que le fue posible abrir el cajón con las puntas de los dedos. Luego, por medio de una complicada y dolorosa maniobra, consiguió meter una mano en el interior del cajón.

¡Lo encontró! Sacó el aparato del cajón, dejó que la silla volviera a su posición normal y adelantó la cabeza todo lo que sus ataduras le permitían, a fin de reducir la distancia entre su amordazada boca y el teléfono.

Por fortuna, la gran ventaja del móvil era que estaba pensado para utilizarlo con una sola mano. Apretó el botón de conexión, escuchó el sonido de línea, y marcó el 999. Al cabo de sólo tres timbrazos, una voz femenina pronunció las palabras más alentadoras que Nancy había escuchado en su vida.

—Emergencias. ¿Qué servicio necesita? ¿Bomberos, policía o ambulancias?

Ella hizo lo único que podía hacer: lanzar tres ahogados gemidos. A kilómetro y medio de distancia, en el Complejo Central de Mando de Scotland Yard, Doris Maloney escuchó aquellos ininteligibles sonidos con el ceño fruncido. Según la pantalla de su ordenador, la llamada procedía del móvil número 0836372587. Su titular era una tal Nancy Harmian, del 5 de Chester Square.

—¿Es usted la señora Nancy Harmian? —preguntó.

De nuevo, Nancy respondió del único modo que le era posible, con un agudo gemido, y esperó que su interlocutora lo interpretase como una respuesta afirmativa a la pregunta.

Como los demás telefonistas que atendían la centralita de emergencias, Doris Maloney había hecho un concienzudo curso de adiestramiento antes de ocupar su puesto. El sistema 999 podía recibir hasta diez mil llamadas los viernes o sábados por la noche, y los encargados de atender la centralita debían saber diferenciar las llamadas urgentes de las chifladuras: la viejecita que quería que la policía buscase a su gato perdido, los desaprensivos que llamaban para dar un falso aviso de bomba, o los borrachos que sólo querían divertirse. La mujer tomó una rápida decisión.

—Señora Harmian —dijo—, le ruego que permanezca a la escucha. Voy a pasar su llamada al departamento de policía adecuado. —Accionó un botón e informó a su colega de la policía—: Tengo una llamada ininteligible hecha desde un móvil. Sospecho que la que llama es la propietaria.

Jake Cowe, agente número 1023, se hizo cargo de la llamada y estudió los datos que aparecían en su pantalla. La dirección, el 5 de Chester Square, correspondía a una

zona en la que no se había denunciado ningún suceso extraño. Y tampoco había constancia de que en aquellas señas viviera, por ejemplo, un hombre que acostumbra maltratar a su esposa.

—Señora Harmian..., ¿llama usted desde su casa, en el 5 de Chester Square?

De nuevo la única contestación que obtuvo fue un ininteligible sonido.

—No cuelgue, por favor, señora Harmian. Enviaré un coche patrulla a su residencia.

Ahora también Cowe tenía que tomar una decisión. Podía hacer que mandaran un coche de Scotland Yard, o bien de la comisaría de Gerald Road. La llamada podía ser una broma, y los coches del Yard eran vehículos de alta prioridad. Al fin decidió que era preferible pasar la llamada a Gerald Road. Oprimió una tecla y mandó la información de su pantalla a la sala de ordenadores de la comisaría. En la central de policía, el agente de guardia asimiló rápidamente la información y luego utilizó el sistema de radioteléfono para comunicarse con uno de los coches patrulla.

—Alfa Bravo Tres —llamó—. ¿Estás libre para acudir a una llamada?

—Sí, adelante —fue la respuesta.

—Recibimos extraños ruidos del teléfono móvil 0836372587, cuya propietaria reside en el 5 de Chester Square. Probablemente se trate de un incidente doméstico. Investiga, por favor. El número de la clave es diecinueve. Informa cuando llegues.

El agente volvió de nuevo a la línea telefónica.

—Señora Harmian, ¿sigue usted ahí? —preguntó.

Un nuevo gemido.

—Por favor, no cuelgue.

Resultó que el coche patrulla se encontraba a menos de un kilómetro de Chester Square. Al cabo de un par de minutos el coche volvió a llamar.

—Aquí AB Tres. Respecto a la clave diecinueve, estoy en el lugar. La casa se encuentra a oscuras. Investiga el agente Dansey.

Dansey, que era el conductor del coche y el agente más veterano, se apeó blandiendo la linterna.

—Quédate atendiendo a la radio por si hay problemas —ordenó a su subordinado, que patrullaba por primera vez en un coche con radioteléfono.

Lentamente, Dansey rodeó la casa, buscando algún indicio de que se hubiese forzado la entrada. No lo encontró. A través de las ventanas de la planta baja trató de iluminar el interior con la linterna, intentando detectar algún indicio de vida; pero no tuvo suerte. Apretó la oreja contra el cristal de una de las ventanas y no oyó nada.

—Atiende, Charley —dijo por radio al hombre de la central cuando regresó al coche—. El sitio está a oscuras y no hay ningún ruido. No quiero darle una patada a la puerta sin estar seguro de que hay motivo para hacerlo. ¿Sigues teniendo en línea a esa voz ininteligible?

—Afirmativo.

—Muy bien. Te diré lo que se me ha ocurrido. Voy a volver ahí y llamaré a la puerta con un largo timbrazo. Timmy se quedará en el coche, y le haré una señal cuando oprima el botón. Tú dile a la voz del teléfono que, si oye el timbre, gruña dos veces o haga lo que sea. De ese modo, al menos sabremos si dentro hay alguien en apuros o se trata simplemente de una estúpida broma.

Dansey volvió al portal de la casa, le hizo una señal a su compañero y luego apretó el botón del timbre.

—¡Lo han oído! ¡Lo han oído! —exclamó Timmy, con el entusiasmo de la primera noche en radiopatrulla.

Dansey regresó al coche y habló por la radio.

—¿Hay alguien que tenga en depósito la llave de la casa? —preguntó.

Cowe, en la central, ya había buscado esa información.

—Negativo —replicó.

—Entonces habrá que darle una patada a la puerta.

—Es preferible que rompas una ventana, Dansey. Recuerda que reparar una ventana es más barato que reparar una puerta.

—Hay una junto a la entrada principal. Puedo romperla con la linterna y meterme por ella, pero es preferible que antes de que entre me envíes un coche Panda de refuerzo, por si en el interior de la casa encuentro problemas.

En Londres, los agentes que patrullaban en los Rover RT no iban armados, pero algunos de sus colegas de los Panda sí lo iban.

—Alfa Bravo Seis en camino —dijo Cowe a Dansey. En menos de un minuto llegó el coche Panda, con las luces azules encendidas, y se detuvo detrás del Rover. Dansey habló con los ocupantes del coche y luego se volvió a su subordinado—. Acompañame, muchacho. Vamos a entrar.

Dansey permaneció un segundo inmóvil ante la puerta principal, tratando de percibir algún sonido procedente del interior de la casa. Al fin lanzó un suspiro y golpeó el cristal de la ventana que flanqueaba la puerta. Cuando lo hubo roto, metió la mano por el hueco, apartó las cortinas e iluminó el interior con su linterna. La habitación era el estudio de Terry Harmian.

—¡Dios bendito!

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó su subordinado, al tiempo que se asomaba para echarle un vistazo a la habitación. El haz de su linterna se unió al de la de Dansey, e iluminó a la figura atada a una silla al fondo de la sala. Lo que quedaba del rostro de Terry Harmian era una sanguinolenta masa, y la pared de detrás estaba salpicada de fragmentos de hueso y de materia gris cerebral. Aparentemente, a la víctima le habían descerrajado un tiro en la cabeza.

—¡Dios! —exclamó Timmy, con las náuseas agarrotándole la garganta.

—¿Qué pasa? ¿No habías visto nunca un cadáver?

—Como ése, no.

Mientras tanto, Dansey había sacado su radio personal y se comunicó con la sala de control de Gerald Road.

—Respecto a esa clave diecinueve, necesito una ambulancia, al oficial de guardia y a la brigada de Investigación Criminal. La situación aquí es grave. Creo que hay un muerto.

Desconectó la radio y se volvió hacia Timmy.

—Una cosa es segura: ese tipo no es el que ha estado haciendo sonidos por el móvil. En la casa tiene que haber alguien más.

En la central de policía de Gerald Road, el agente encargado de las comunicaciones ya había pedido que enviaran una ambulancia desde el hospital Westminster. Luego se puso en contacto con el inspector jefe, y ahora hablaba por la radio personal con el sargento detective de la brigada de Investigación Criminal que estaba patrullando en un coche sin identificaciones policiales, acompañado por un agente del departamento.

—AB Uno —le informó—, tenemos un incidente grave que requiere su presencia inmediata en el 5 de Chester Square.

—Aquí AB Uno. Estamos en Sloane Square y vamos para allá.

En la puerta del 5 de Chester Square, Dansey trataba de encontrar el modo de meterse en el estudio de Terry Harmian por la ventana, cuando el conductor del Panda le gritó:

—Los de la brigada criminal y el jefe vienen para aquí.

Casi en el mismo instante, Dansey escuchó el lejano gemido de una sirena resonando en la noche.

Dudó entre entrar o aguardar a la llegada de los jefes. Timmy, el agente novato, lo miraba con nerviosismo. Al cabo de veinticinco años en la policía metropolitana, Dansey sabía a la perfección cuándo convenía actuar solo y cuándo era preferible dejar la iniciativa a los jefes. Señalando en la dirección en que sonaba la sirena, dijo:

—Llegarán en un momento. Esperémosles.

Instantes después, el inspector jefe saltaba de su coche, corría escalinata arriba y miraba a través de la ventana la sangrienta escena del estudio mientras Dansey le informaba sobre lo ocurrido.

—Muy bien —dijo a Dansey—. Entre y ábranos la puerta principal. Y, por el amor de Dios, no toque nada.

Dansey cumplió la orden.

—Agente —dijo el inspector a Timmy una vez que la puerta principal estuvo abierta—, usted quédese aquí junto a la puerta. Saque su cuaderno y anote el nombre de todos los que entren, la hora de llegada y la hora de salida. Y que no entre nadie

sin mi consentimiento, salvo los de la brigada criminal y el equipo forense, ¿está claro?

—Sí, señor —replicó Timmy.

Con Dansey siguiéndole a respetuosa distancia, el detective entró en el estudio, localizó el interruptor con el haz de su linterna y, utilizando un pañuelo para hacerlo, encendió las luces. Los dos policías quedaron unos segundos inmóviles, estudiando con expertos ojos la maltrecha figura de Harmian atada a la silla, la caja de caudales, con la puerta entornada, los fragmentos de cristal que había en el suelo, procedentes del espejo veneciano roto de los Harmian. Avanzando con gran cuidado, el inspector cruzó la habitación hasta el cuerpo de Harmian. Sacó del bolsillo un espejo y lo acercó al sanguinolento muñón que antes había sido la nariz de un hombre. El cristal del espejo no se empañó.

—Éste ya no necesita la ambulancia —dijo.

Los dos hombres salieron del estudio y cerraron la puerta tras ellos.

—Usted —dijo el inspector a uno de los agentes del coche Panda—, quédese de guardia junto a esta puerta.

Mientras el agente obedecía, apareció el sargento de detectives de la brigada criminal. Dirigiéndose en respetuoso tono al inspector, el hombre preguntó:

—¿Qué tenemos aquí, jefe? —Aunque el inspector lo superaba en graduación, el detective de la criminal era el que tenía jurisdicción sobre la escena del crimen. En cuanto el inspector le hubo informado de la situación, el hombre quiso saber—: ¿Han inspeccionado ya la casa?

—No.

—Hagámoslo.

Los tres hombres, Dansey, el inspector y el detective, fueron recorriendo metódicamente las habitaciones. Al abrir el dormitorio, descubrieron a Nancy, con el móvil aún en la mano, y a Rebecca. Dansey hizo intención de arrancarle el esparadrapo a Nancy de la boca, pero el detective se lo impidió.

—Así —dijo, tirando suavemente del esparadrapo por los bordes, bajo la oreja izquierda y el mentón de Nancy, y luego lo fue levantando poco a poco. Sus movimientos no tenían como fin causarle a la mujer el menor dolor posible, sino conservar el esparadrapo intacto como prueba potencial.

—¡Mi esposo! —exclamó Nancy en cuanto le quitaron la mordaza y pudo articular sonidos inteligibles por primera vez en dos horas—. ¿Qué le ha ocurrido a mi esposo? ¿Está vivo? ¿Lo mataron esos malnacidos? ¿Dónde está, por Dios, dónde está?

—Nos estamos ocupando de su esposo, señora Harmian —dijo el detective, en el más sosegado de sus tonos—. Porque es usted la señora Harmian, ¿verdad?

—Sí, sí —sollozó Nancy—. ¿Dónde está Terry? Llévenme con él. Tengo que

verlo.

El sargento ya había decidido no permitir que la angustiada esposa entrase en la escena del crimen, pues hacerlo sólo aumentaría su conmoción y su trauma. La prioridad era conseguir atención médica para las dos mujeres. Luego, ya decidirían cuándo y cómo comunicarle a la señora Harmian la muerte de su esposo.

—Corte las cuerdas —ordenó el hombre a Dansey—. No las desate. Ciertos tipos son identificables por el modo como hacen los nudos.

Mientras Dansey liberaba a Nancy, el detective se arrodilló junto a ella.

—Ha pasado usted por una terrible experiencia, señora. Como le he dicho, ya nos estamos ocupando de su marido. Ahora tenemos que atenderla a usted y a esa señora. Las llevaremos al hospital en la ambulancia que aguarda fuera.

Nancy rechazó tajantemente la oferta.

—¡No! Estoy bien, no me pasa nada. Quiero ver a mi esposo. ¿Dónde está? ¿Lo han llevado ya al hospital?

La pregunta dio pie a la pequeña mentira piadosa que el detective necesitaba a fin de conducir a Nancy al hospital.

—Desde luego. Ya se lo dije, señora: nos estamos ocupando de él. Y ahora nos ocuparemos de usted y de su amiga.

Los de la ambulancia ya habían entrado en el dormitorio con sus camillas plegables.

—No se preocupe, todo irá bien —dijo el detective a Nancy—. Este agente —señaló a Dansey— las acompañará hasta el hospital. Yo me reuniré con ustedes en cuanto haya terminado aquí.

—Pero mi esposo...

—Ya se lo he dicho, señora: nos estamos ocupando de él. Ahora debemos atenderla a usted.

Aún protestando, Nancy se dejó colocar en una de las camillas. La metieron en la ambulancia y, no bien el vehículo se alejó, el sargento y el inspector, con las manos en los bolsillos para no correr el riesgo de contaminar el escenario del crimen, comenzaron la inspección del despacho del difunto.

—Da la sensación de que alguien no sentía gran aprecio por este tipo, ¿no? —comentó el detective—. ¿Qué sabemos sobre él?

—No mucho. Era iraní. Llevaba viviendo aquí una docena de años. Era residente de pleno derecho. No estoy seguro, pero creo que llegó en calidad de refugiado político tras la caída del shah. Debía de tener dinero, porque el contrato de arrendamiento de esta casa es por setenta años.

—¿La esposa?

—Norteamericana.

—Muy bien. —El detective se volvió hacia su agente—. Avise al Yard.

Necesitaremos un equipo de laboratorio, un forense, un fotógrafo y un experto en huellas. Y aproveche para hablar con el departamento de prensa. Que nos manden a alguien para quitarnos a los buitres de encima.

Dos extranjeros y un brutal asesinato en un vecindario de postín. El sargento detective sabía que el asunto era demasiado importante para que él lo llevara. La policía metropolitana de Londres se divide en cuatro áreas. Cada una tiene su equipo principal de investigación, formado por media docena de expertos de la brigada de Investigación Criminal, superintendentes de detectives, de los cuales siempre había uno de guardia. Esto es cosa del superintendente de grupo, se dijo, al tiempo que echaba mano de su radio personal.

El superintendente de detectives Fraser MacPherson dormía profundamente en el dormitorio de su casa de Clapham cuando sonó la llamada del sargento. Con los ojos aún cerrados, tendió automáticamente la mano hacia el radioreceptor personal que tenía sobre la mesilla.

—Dispense, señor —se disculpó el sargento—, pero tenemos un caso de asesinato que parece bastante delicado.

Siempre empiezan dorándole a uno la píldora, se dijo MacPherson. Luego, ya con los ojos totalmente abiertos, escuchó el informe de su comunicante. Su sufrida esposa iba ya camino de la cocina para prepararle el café que él iba a necesitar para enfrentarse a aquel trabajo de madrugada.

—Bien —dijo MacPherson cuando su comunicante hubo terminado—. Avise a mi sargento y dígame que pase a recogerme. Ahora mismo vamos. Mierda —se dijo yendo hacia el baño—, otra noche sin dormir en beneficio de la puñetera corona británica.

MacPherson, como indicaba su nombre, era escocés.

También era un hombre de palabra. En apenas treinta minutos, él y su sargento se encontraban ya ante el portal del 5 de Chester Square. Los agentes de uniforme le abrieron paso deferentemente cuando entró en la casa. MacPherson era un fornido hombretón que avanzaba con el paso de un marinero caminando sobre una cubierta resbaladiza. Aquel modo de andar le daba un cierto aire amenazador, aunque en realidad la cosa se debía a una lesión de espalda sufrida a consecuencia de un salto efectuado durante su servicio en el regimiento de paracaidistas.

—Buenos días, señor —lo saludó respetuosamente el detective que lo había arrancado del sueño.

MacPherson no contestó. Ya estaba estudiando la escena del crimen, viendo lo que se había hecho en la última hora, qué tal se había hecho y qué quedaba por hacer. Los agentes de Gerald Road habían acordonado la casa con cintas policiales. Un especialista estaba recogiendo pruebas en el estudio para realizarles un análisis láser y dactiloscópico. El hombre era joven, advirtió el superintendente con cierto

desmayo. La recogida de pruebas era uno de los trabajos más importantes. Si se cometía el más mínimo error, fuera por inexperiencia o por descuido, el abogado de la defensa haría pedazos a la policía durante el juicio. La doctora del departamento forense ya había firmado el certificado de defunción de la víctima. Aunque para hacer tal cosa, maldita la falta que hacía tener un diploma médico, era un trámite que debían cumplir.

Contempló la abierta caja de caudales.

—Antes de que nadie toque nada, quiero que saquen una serie completa de fotos de esa caja y de su contenido —dijo al especialista en pruebas. En el trabajo policial, el lema de MacPherson siempre había sido «Hacerlo despacio y hacerlo bien». No le gustaba sermonear a sus hombres, pero en ocasiones había que recordar a los atolondrados muchachos recién reclutados cuáles eran las principales prioridades en la escena de un crimen.

Estaba a punto de iniciar el examen de la víctima, cuando se presentó el detective que le había avisado, con una preocupada expresión en el rostro.

—Tenemos un problema, señor —dijo—. El agente que enviamos al hospital con la esposa acaba de llamar por radio. Dice que la mujer se está volviendo loca. Médicamente, no le ocurre nada malo, pero no deja de gritar llamando a su marido. «¿Dónde está mi esposo? ¡Llévenme con él!», cosas así, ya sabe.

En aquellos momentos estaban metiendo el cadáver de Terry en la bolsa de plástico en que haría el viaje hasta el depósito de cadáveres de Horseferry Road.

—Alguien debe ir al hospital a notificarle la muerte de su esposo.

—Claro —suspiró MacPherson, frunciendo las gruesas cejas que cada dos semanas se teñía, lo mismo que el cabello, en su barbería grecochipriota. Sabía quién sería el «alguien» en cuestión: él. Ser el policía de mayor graduación suponía también tener que ocuparse de las cosas más desagradables—. Avísele a mi sargento que nos vamos.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Lo sabía! —gritó Nancy en cuanto vio aparecer en su habitación del hospital Westminster a los tres cariacontecidos detectives. MacPherson se acercó a su cama y, con una ternura que parecía desentonar con su aspecto, le puso una mano en el brazo.

—Señora Harmian, tengo el penoso deber de notificarle que su querido esposo ha fallecido.

—¡Esos malditos lo mataron! ¡Sabía que lo harían!

MacPherson le hizo una casi imperceptible seña a su sargento, y éste sacó una minigrabadora del bolsillo.

—¿A quién se refiere, señora Harmian?

—A esos hombres. Eran iraníes. Terroristas. ¡Eran hombres de los *mullah*! ¡Estoy

segura!

—¿Cómo lo sabe?

Nancy le explicó a MacPherson que su marido había hablado en farsi para hacerle saber a ella que sus asaltantes eran iraníes.

En toda investigación, el sentido de la oportunidad es un factor clave. Aplicando estrictamente las normas policiales, habrían tomado declaración a Nancy más adelante, cuando ella hubiera comenzado a recuperarse de la horrible muerte de su esposo. Sin embargo, un detective astuto tiende a conseguir lo máximo en el mínimo de tiempo. La mujer parecía encontrarse bien y estaba deseosa de hablar. MacPherson le hizo las advertencias legales de rigor y a continuación le preguntó si se sentía con ánimos para hacer una declaración preliminar.

—Sí, sí... —sollozó ella.

MacPherson le indicó al sargento que pusiera la grabadora en marcha y luego, con tiento pero también con decisión, ayudó a la trastornada mujer a relatarle los acontecimientos de la noche.

Cuando Nancy llegó al punto en que los asaltantes exigieron a su esposo que abriera la caja de caudales. MacPherson la interrumpió por vez primera.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que podían buscar esos hombres en la caja fuerte? —quiso saber.

—No, ninguna en absoluto.

—¿Sabe lo que su esposo guardaba en ella?

—La verdad es que no. La caja era suya, y en ella guardaba todos los papeles de trabajo.

—¿Y qué profesión tenía su esposo, si no es indiscreción?

—Era asesor privado de inversiones. Ayudaba a unos cuantos clientes muy acaudalados a invertir su dinero.

—Comprendo. —MacPherson, por la amarga experiencia de sus muchos años de investigaciones policiales en Londres, sabía que lo de «asesor privado de inversiones» no era más que un modo elegante de decir «tiburón financiero». En la actualidad, Londres estaba lleno de ellos. La mayoría eran extranjeros, árabes o iraníes como el difunto. Y empezaban a llegar los chinos de Hong Kong. Los más capacitados se dedicaban a la asesoría fiscal, a idear sistemas para eludir impuestos. Los demás, o blanqueaban dinero, o invertían el dinero que otros habían ya blanqueado—. ¿Cuándo fue la última vez que utilizó usted la caja fuerte, señora?

—Esta noche, poco antes de salir de casa.

Bueno, algo es algo, pensó MacPherson.

—En estos momentos, señora, estamos vaciando la caja fuerte objeto por objeto, buscando huellas dactilares o cualquier otra cosa que nos ayude a encontrar a los asesinos de su esposo. Naturalmente, todo le será devuelto en cuanto terminemos

nuestra investigación. ¿Cree usted que, por la mañana, una vez que haya tenido usted oportunidad de descansar, le será posible pasarse por comisaría y darle un vistazo a lo que allí tenemos, a ver si echa de menos algo?

—Desde luego. No sé hasta qué punto podré ayudarlos, pero haré todo lo posible. MacPherson se levantó, dispuesto a irse.

—Detective...

—¿Sí?

—Mi marido era musulmán, y su religión tiene normas de inhumación muy estrictas. Creo que hay que enterrarlo antes de la puesta de sol de mañana.

—Comprenda, señora, que en un caso como éste hay que efectuar la autopsia. Haré lo posible por satisfacer su petición, pero no le prometo nada.

Husain Faremi hizo un deliberado esfuerzo por no prestar atención al cliente que estaba examinando viejas ediciones de poetas persas clásicos al fondo de su librería Nashravan, no lejos de la principal estación ferroviaria de Hamburgo. En realidad, sólo lo miró lo suficiente para tomar nota mental de cuál era el libro de la estantería que había estado hojeando. Luego siguió ocupándose de sus otros clientes.

En cuanto el cliente hubo salido, Faremi fue hasta el fondo del local. Haciendo ver que estaba poniendo de nuevo en orden los libros, cogió un torno encuadernado en piel roja. Se trataba del *Shahnameh*, de Ferdowsi, el gran poeta persa. Faremi sacó de entre sus páginas la nota que el mensajero le había dejado.

Dos horas más tarde, uno de sus empleados se sentó a la barra de la cafetería del bar de los iraníes en el aeródromo de Hartenholm, al norte de Hamburgo, y pidió una porción de tarta de manzana y un café.

Cuando estaba a mitad de su tarta, un hombre de poco más de treinta años con gafas Ray Ban se sentó en el taburete contiguo al suyo. Dirigió una inclinación a la camarera y pidió un café. Era el adjunto del gerente germano-iraní del aeródromo. También era miembro de la Pasdaran, la milicia revolucionaria iraní, y estaba destinado a Hartenholm con el cometido de vigilar el aeródromo en nombre de sus jefes de Teherán.

—¿Qué? —preguntó al visitante, cuando la camarera alemana se hubo retirado al otro extremo de la barra.

—Todo fue bien —replicó el hombre—. Regresarán mañana. Puedes comenzar a organizar su vuelta a casa.

El superintendente de detectives Fraser MacPherson trataba a Nancy Harmian con una deferencia mucho mayor que la que su sangre escocesa le hubiera permitido dedicar a su jefa máxima, la reina. Primero le buscó el sillón más cómodo de la

comisaría de Gerald Road. Luego le ofreció una taza del mejor té que podía ofrecer la policía metropolitana. Por último le dio las más encendidas gracias por acudir a la comisaría en unos momentos tan penosos.

Concluidas tales formalidades, se pusieron manos a la obra. Primero Nancy trató de establecer si faltaba algo de la caja fuerte de su marido. Teniendo en cuenta lo mucho que el hombre se resistió a dar la combinación a sus captores, la caja resultó estar sorprendentemente llena cuando la policía la examinó. Su contenido, etiquetado con sumo cuidado, se encontraba extendido sobre un plástico en la sala de pruebas de la comisaría, lo mismo que las fotos que la policía había tomado de la caja antes de vaciarla.

Lo primero que hizo Nancy fue examinar su joyero, del que no faltaba nada.

—Parece que su esposo guardaba gran cantidad de dinero en efectivo en la caja fuerte —comentó MacPherson, señalando un fajo de sobres sujeto por una goma elástica—. Y en distintas divisas.

—Lo sé. Era dinero para utilizar en sus viajes.

—Supongo que no sabrá usted qué cantidad solía guardar. Eso nos permitiría saber si falta algo.

—Lo siento, pero no tengo ni idea.

Nancy se fijó en los talonarios de cheques de su marido, que estaban sobre el mostrador junto con la correspondencia, las agendas de direcciones y otros documentos. ¿Cómo iba ella a saber si faltaba algo?

De pronto recordó una cosa.

—Había un sobre. Cuando bajé a recoger mis pendientes tuve que apartar un gran sobre marrón que había encima de mi joyero. Ahora no lo veo.

—¿Qué tamaño tenía, señora? ¿El de un folio?

—No, considerablemente más grande. Era un gran sobre marrón como de dos dedos de grueso.

—¿Tiene idea de cuál podía ser su contenido?

—No. Al verlo pensé que... no sé, que eran papeles, documentos, algo así.

—¿Recuerda algo más?

—Sí. Había algo escrito a mano en él. En árabe o en farsi.

—¿Era la letra de su esposo?

—Su letra en farsi no la reconozco. —Nancy estudió de nuevo el material que había sobre el mostrador—. El caso es que ha desaparecido. Eso es lo que buscaban, ese sobre, ¿no?

A medio mundo de distancia de la comisaría de Gerald Road, Ghulam Hamid, el traficante que les había comprado los dos mil kilos de opio crudo a los campesinos de la provincia afgana de Helmand, había concluido su largo y arduo viaje. Ya todo el

cargamento se había convertido en morfina base en el primitivo «laboratorio» situado en la frontera afgano-pakistaní. Ahora, totalmente seca, aireada y metida en bolsas de plástico de un kilo, la morfina base estaba lista para seguir hacia Irán.

Durante los largos y tediosos días que duró el proceso de conversión, Hamid había pasado muchas horas hablando por teléfono con sus intermediarios de Karachi y Singapur, y escuchando las noticias económicas de la agencia Reuter, tratando de decidir qué destino daría a sus setenta mil dólares. Acababa de tomar tal decisión cuando su capataz lo interrumpió.

—Hay un problema, *sahib*.

—¿De qué se trata?

—Sorprendimos a uno de los guardas tratando de robar un kilo de morfina.

—¡No! —rugió Hamid—. ¿Quién es? ¿A qué clan pertenece?

Era una pregunta crítica. El Beluchistán, que se extiende a lo largo de las fronteras de Irán, Pakistán y el borde suroccidental de Afganistán, es la parte más pobre de uno de los rincones más míseros del planeta, un desolado páramo de viento, arena y piedra. Contrabandear con todo tipo de mercancías era la eterna vocación de las tribus beluchis que vagaban por aquellos desiertos. Literalmente, no había otra cosa que hacer.

Aquellas tribus suministraban a los hombres como Hamid guardas armados, camelleros y trabajadores para los laboratorios. Para los consejos de ancianos tribales, los hombres que enviaban a trabajar sólo podían cometer dos pecados: el robo y la traición, consistente ésta en informar a la policía. Cuando el que había cometido alguno de esos dos delitos procedía de un clan importante, la tradición exigía que el narcotraficante lo entregase a su tribu para que en ella recibiese el castigo correspondiente. Al hombre que informaba a la policía lo mataban, arrasaban su casa, y entregaban a sus mujeres como esclavas a otros miembros de la tribu. A los ladrones se los mataba sin más. La sanción que debían recibir los que carecían de fuertes vínculos tribales se dejaba a la imaginación de los narcotraficantes.

—No es nadie. Un viejo camellero que vino a trabajar para nosotros hace un par de meses.

Hamid comenzó a devanarse los sesos buscando un castigo adecuado para el culpable. Debía ser algo a un tiempo ejemplar y doloroso y, naturalmente, tendría que realizarse en presencia de todos sus compañeros. Como los demás sospecharan que Hamid era un patrono débil, su morfina comenzaría a desaparecer como un cargamento de pescado dejado a merced de una horda de gatos hambrientos.

—Atalo y mételo en cualquier agujero —ordenó—. Me ocuparé de él esta noche, cuando vayamos a partir.

En la actualidad, las caravanas de camellos viajaban casi exclusivamente de noche, para evitar ser descubiertos, tanto por las patrullas policiales pakistaníes —

cosa que muy raramente ocurría— como por los satélites espía de la CIA. Los narcotraficantes esperaban que, moviéndose de noche, a las cámaras de la CIA les resultaría más difícil detectarlos.

Hasta hacía unos años, la mayor parte del tráfico iba en caravana de camellos hasta la costa de Makram. Los camellos podían recorrer cuarenta kilómetros en una noche, y los camelleros ganaban mil rupias por cada ciento cincuenta kilómetros recorridos. Incluso había animales, llamados «camellos guía», que iban desde la parte septentrional de Afganistán hasta Irán. Los conductores de aquellos animales los habían convertido literalmente en opiómanos. Eran capaces de dirigirse a su destino sin guía humana, en una especie de peculiar sistema de postas, ya que sabían que, al llegar a cada una de ellas, comerían un buen pedazo de opio.

Desde entonces, las grandes caravanas del desierto fueron sustituidas por caravanas más compactas de Toyotas 4 x 4, armados con lanzacohetes, cañones antiaéreos y ametralladoras pesadas. En una gruta cercana al laboratorio, a salvo de cualquier vigilancia aérea, los 210 kilos de morfina base de Hamid fueron cargados en cinco vehículos todoterreno. El ladrón, atado como una momia, fue echado en la plataforma trasera de uno de los Toyota. El hombre tenía poco más de cincuenta años, pero sus facciones, abrasadas por el sol, le hacían representar setenta.

La caravana, tras cruzar de nuevo Spin Boldak, se encaminó hacia las arenas del desierto de Registan. Orientándose por medio de la brújula y las estrellas, los vehículos llegaron a un *wadi*, el cauce seco de un río. Se trataba de un lugar potencialmente muy peligroso. A veces, grandes tormentas que caían en el norte convertían los *wadi* en rugientes torrenteras. Una de las ironías del desierto era que, en su árida desolación, un camellero tenía más posibilidades de morir ahogado que de sed.

Cuando la grisácea luz del alba comenzaba a teñir el cielo nocturno, Hamid dio la orden de alto y la caravana se detuvo. El hombre había ordenado a sus guardas que llevaran con ellos cuatro de las barras de hierro de dos metros que empleaban en el laboratorio para trasladar de un sitio a otro los barriles de hirviente líquido. Ordenó que las barras fueran clavadas en el suelo, formando un cuadrado de dos metros de lado. Hecho eso, sacaron del Toyota al ladrón, que sollozaba y suplicaba una clemencia que él mismo sabía imposible de obtener.

Hamid dio orden de que lo desnudaran y, abierto de brazos y piernas, lo ataran a las barras clavadas en la arena. Hecho esto, Hamid sacó un afilado cuchillo y le cortó los genitales al hombre. Mientras dos de sus hombres mantenían abiertas las mandíbulas del ladrón, Hamid le metió los órganos en la boca. Luego se inclinó y, con cuidadosos y precisos movimientos, usó el cuchillo para cortarle y arrancarle los párpados.

Se puso en pie y examinó el resultado de su trabajo. El implacable sol del desierto

tardaría un par de horas en lanzar sus ardientes rayos sobre los indefensos ojos del ladrón. Naturalmente, Hamid había hecho que todos sus trabajadores se reunieran en torno a la víctima para que se dieran buena cuenta del suplicio que esperaba al hombre.

—Al mediodía ya te habrás vuelto loco —dijo, riendo entre dientes—. Pero aún podrás ver a los buitres y a los chacales arrancándote la carne del cuerpo. Si tienes suerte, al anochecer ya estarás muerto. Si no... —Manifestó su absoluta indiferencia con un encogimiento de hombros, y ordenó a sus hombres que volvieran a los Toyota.

Cinco minutos más tarde, de nuevo avanzando por el *wadi*, Hamid lanzó una breve carcajada.

—¿De qué se ríe, *sahib*? —preguntó su chófer.

—Estaba imaginando lo que pensarían los chicos y chicas occidentales si supieran todas las cosas que hay que hacer para que no se queden sin su droga.

El superintendente de detectives Fraser MacPherson anunció a los hombres reunidos en torno a él en la comisaría de policía de Gerald Road, en Londres:

—Es evidente que no nos enfrentamos a un robo normal. Es posible que unos profesionales no hubieran tocado las joyas por ser éstas fácilmente identificables. Sin embargo, por lo que sabemos, tampoco se llevaron dinero. ¿Por qué?

Él y sus hombres habían iniciado el primer estudio de las circunstancias que rodearon el asesinato de Tari *Terry* Harmian. Sobre una mesita auxiliar se veían los restos de media docena de sándwiches, un par de amigadas bolsas de patatas fritas, y unas cuantas botellas de cerveza. Eran los restos del apresurado almuerzo que había precedido a la reunión.

—Sí, señor, pero recuerde que la esposa dijo que los tipos que mataron a su marido eran terroristas iraníes. —El que había hablado era el sargento de la brigada de Investigación Criminal que había llegado en primer lugar a la escena del crimen.

—Eso es lo que usted deduce, no lo que la esposa dijo —replicó MacPherson—. Ella se limitó a decir que su marido les habló en farsi. Y la señora admite que ése es un idioma que ella no habla. El hombre podía estar preguntándoles si les apetecía una taza de café. —MacPherson tenía sus enormes manazas de boxeador cruzadas sobre el estómago; pero hasta en reposo producían una sensación de poder y de peligro—. No debemos anticipar conclusiones.

—Aun así, creo que deberíamos comunicar a Trece lo ocurrido —insistió el sargento. «Trece» era Operaciones Especiales Trece, el grupo antiterrorista de Scotland Yard.

MacPherson se echó a reír.

—¿Cuántos iraníes cree usted que saben hablar gaélico? Si no tienen acento irlandés. Trece no sabe nada de ellos.

—¿Informamos a los de Box? —preguntó uno de los miembros más jóvenes del equipo.

«Box» (caja) era el apodo por el que la policía londinense conocía a MI6, el servicio británico de inteligencia, y a MI5, el servicio doméstico de contraespionaje. El apodo se debía al hecho de que ambas organizaciones tenían por costumbre enviar sus comunicaciones en viejas cajas de cuero.

—Sí, claro que les informaremos. —MacPherson sonrió—. Y luego, si tenemos suerte, algún tipo de MI6, vestido con un traje de Hawes and Curtis con caspa en las solapas, vendrá y nos contará unos cuantos chistes en latín. Todos ustedes saben latín, ¿verdad?

Unas leves risas acogieron el comentario.

—No, señores. —MacPherson, que tenía los pies apoyados en un archivador situado frente a su silla, los bajó al suelo—. La esposa quiere creer que se trataba de terroristas. Yo no. A mí esto me huele a ajuste de cuentas por algún negocio que se torció. O quizá se trate de una deuda de juego. Ya saben ustedes lo aficionados a jugar que son los iraníes.

—De la declaración de la criada se desprende que los asesinos sabían quién era el tipo. Según ella, preguntaron por su nombre cuando llamaron a la puerta, ¿no? —El que había hablado era el joven agente que se había encargado de recoger las pruebas.

—También puede desprenderse que sabían leer la guía telefónica —contestó MacPherson—. Pero es una buena observación. De lo contrario, ¿por qué las máscaras? Debían de temer que él los identificase. Para lo cual era necesario que los conociese, ¿no? Además, debían de haber estudiado sus movimientos a fin de sorprenderlo como lo hicieron en el momento adecuado.

—Hay algo que me desconcierta, señor —dijo el sargento de la Criminal—. El tipo tenía un montón de dinero metido en sobres. ¿Cuánto calculamos? Más de diez mil libras, ¿no? Según la esposa, era dinero para viajes. Gran parte estaba en libras chipriotas, y también había dinero húngaro, que ahora no recuerdo cómo demonios se llama. Pero en el pasaporte del difunto no había visados para esos países, ni tampoco sellos de entrada de aduanas. Raro, ¿no?

—Buena observación —aprobó MacPherson—. Quizás el hombre tuviera un segundo pasaporte escondido en la caja de seguridad de algún banco. Y no olviden que Hungría y Chipre pueden ser insignificantes países del segundo mundo; pero, en lo que se refiere a blanqueo de dinero, están en la cabeza de la lista.

—¿No podría tratarse de un asunto de drogas? —aventuró uno de los hombres más jóvenes.

—Sí, es posible. Según la descripción del sobre desaparecido que hizo la esposa, dentro podía haber un par de kilos de heroína. Pero también podía haber un millón de libras en bonos interbancarios, ¿no?

MacPherson se puso en pie e inmediatamente se tocó el disco lumbar que se había lesionado al servicio de la patria y la reina. Con la juiciosa moderación que caracterizaba todas sus investigaciones criminales, dijo:

—No quiero que nadie saque conclusiones precipitadas; pero, por el momento, partiremos de la base de que lo ocurrido está relacionado con los negocios de la víctima.

MacPherson había comenzado a pasear por la sala.

—Debemos averiguar cuanto podamos acerca de la vida de Harmian. Informes bancarios. Facturas del teléfono fijo y del móvil. Hay que interrogar a todos sus clientes. Averigüemos en qué invertía el dinero. Que un par de hombres de Asuntos Financieros les ayuden a estudiar sus finanzas. Sus tarjetas de crédito. Los lugares a los que viajó. ¿Hizo solo esos viajes? ¿Lo acompañó su esposa? Hay que investigar a fondo todo eso. Y examinen también sus ordenadores.

Se puso de puntillas para estirar mejor la espalda.

—Nos reuniremos aquí todos los días después del almuerzo para intercambiar informaciones. Y que ninguno de ustedes olvide que esto es una investigación policial, no una serie de televisión. Es un trabajo lento y antipático. Tómense el tiempo que necesiten, pero asegúrense de que las cosas se hacen bien.

El jumbo de Iranair procedente de Viena rodó por la pista, pasando ante la reluciente terminal de pasajeros del aeropuerto Mehrabad de Teherán en dirección a la terminal de carga situada al sur de los edificios principales. El vuelo había sido absolutamente normal salvo por una anomalía. Aunque oficialmente se trataba de un avión de transporte de mercancías, sentados en sillas plegables del compartimiento de carga había cinco jóvenes pasajeros varones. El equipo de asesinos que había acabado con Tari Harmian en su hogar de Londres había regresado sano y salvo a Teherán.

Desde el aeropuerto de los iraníes en Hartenholm, al norte de Hamburgo, los cinco habían volado a una pequeña pista de aterrizaje privada situada a unos cientos de kilómetros de Viena. Una vez allí fueron confiados a la custodia de los representantes de la Neptune Air Freight Services, la firma que se ocupaba de los transportes aéreos de mercancía iraníes en el aeropuerto de Viena. Ataviados con monos de trabajo de la compañía, los cinco ayudaron a cargar el aparato y luego, simplemente, se quedaron a bordo cuando el avión despegó.

Aquél era un ejemplo típico de los servicios «extraoficiales» que la compañía prestaba a los iraníes. A cambio, como es natural, de unos contundentes estipendios. Buena parte del equipo de tecnología punta y de las armas que partían de Hartenholm era sacada de Europa a través del aeropuerto internacional de Viena.

El jefe de los cinco hombres salió por la puerta de la cabina en cuanto ésta se abrió y bajó rápidamente por la escalerilla para besar el suelo de su tierra nativa,

como había hecho años atrás el ayatolá Jomeini al regresar a Irán procedente de Francia.

Sadegh Izaddine, el *mullah* encargado de la *Gouroohe Zarbat*, el grupo de ataque al que los cinco jóvenes pertenecían, esperaba la llegada de los viajeros y tenía dispuestos dos Mercedes Benz para recogerlos. Tendió la mano al jefe del equipo.

—Buen trabajo, hermano. La confianza que depositamos en ti y en tus compañeros no ha sido defraudada.

El joven dirigió una respetuosa inclinación a su interlocutor, y luego sacó un grueso sobre marrón del interior de su mono de trabajo.

—Tu paquete, *Ghorbar* —anunció.

Izaddine sonrió y entregó el sobre a un ayudante.

—Esto va para la ciudad —dispuso—. Para la Operación Jalid.

A continuación señaló los coches que aguardaban.

—Vamos, hermanos. Os espera la recompensa a un trabajo bien hecho.

Seiscientos cincuenta kilómetros al este de Teherán, en un sucio almacén abandonado de las afueras de la ciudad fronteriza de Zabol, el narcotraficante Ghulam Hamid estaba a punto de conseguir la recompensa a otro trabajo bien realizado. Tras dejar estacado en las arenas del desierto Registan al viejo camellero que había intentado robar un kilo de morfina base, Hamid condujo a su convoy de cinco Toyotas 4 x 4 a través de quinientos kilómetros de uno de los terrenos más inhóspitos del planeta.

En el interior del almacén, que apestaba a grasa y gasolina, Hamid observaba a sus hombres descargar de los todoterreno los 210 kilos de morfina base. Cada paquete de plástico se llevaba a una mesa plegable en la que era pesado por un par de iraníes. De cuando en cuando, uno de los iraníes abría un paquete al azar, inspeccionaba su contenido y verificaba su pureza.

El proceso ya casi había concluido cuando Hamid percibió una conmoción en el extremo del almacén. Volviéndose hacia allí, vio a un hombre que llevaba un sombrero Chitral afgano y una amplia túnica avanzar hacia él entre un grupo de acompañantes iraníes. Hamid se dijo que el hombre debía de ser el famoso cabecilla mujadín Said Djailani. El hombre rebasaba ampliamente el metro ochenta, y destacaba entre los iraníes que lo rodeaban como un caudillo bíblico entre su soldadesca.

Tal impresión no hizo más que aumentar al acercarse Djailani. Se trataba de un hombre tosco pero muy atractivo, con barba negra, ojos azules, nariz ganchuda y cejas tan pobladas que Hamid pensó que en ellas podrían cultivarse patatas. En la mejilla, a la izquierda de la boca, tenía un gran lunar marrón coronado por una negra pilosidad, lo cual le daba un gran parecido con las fotos que Hamid había visto del

gran caudillo saudí Ibn Saud en su juventud.

Cuando llegó ante Hamid, el hombre le dirigió una protocolaria inclinación, al tiempo que se llevaba la mano a la frente y el corazón.

—Las bendiciones de Alá sean contigo, hermano —entonó.

Hamid devolvió la inclinación y, al hacerlo, se fijó en las doradas cintas que adornaban las sandalias del hombre, un toque de color que desentonaba curiosamente del resto de su sobria indumentaria.

Djailani miró hacia la mesa plegable en la que el proceso de pesado y verificación de la morfina base de Hamid acababa de completarse.

—Me dicen mis hombres que todo está en regla. Te felicito, hermano. —Dio una breve palmada y señaló una baja mesa redonda que apenas se elevaba un palmo del suelo, situada diez o doce metros a su derecha—. Vamos. Tomaremos té y cerraremos nuestro negocio.

Fueron hasta la mesa, a la que Djailani se sentó al estilo tribal, sobre el suelo. Hamid lo imitó, y las articulaciones de sus rodillas protestaron con chasquidos. Un criado les sirvió sendas tazas de humeante té verde, bebida que, por lo general, los iraníes preferían al café árabe. De entre los pliegues de su amplia túnica, Djailani sacó una hoja de papel, una pluma y un sello de goma y comenzó a escribir en farsi con bella y bien formada letra.

Hamid sabía que, aunque había sido un guerrero mujadín con la barba infestada de piojos, Djailani era hombre educado. Sus manos eran capaces de matar, pero también de escribir poesía. Como su antiguo jefe y aliado Gulbuddin Hekmatayar, Djailani había estudiado en la Universidad Técnica de Kabul. Desde hacía años, en Afganistán se contaba la historia de que los dos hombres se habían dedicado a imponer los usos islámicos a sus condiscípulas arrojando ácido a los rostros de aquellas que osaban ir sin velo por el campus.

Cuando terminó, estampilló y firmó el documento y lo tendió a Hamid. Era la certificación del hecho de que Hamid le había entregado 210 kilos de morfina base de calidad aceptable, que serían pagados al precio convenido de 1250 dólares por kilo. Cuando regresara a Quetta, Hamid entregaría el documento a su patrono, Mohammed Issa. En cierto modo, aquél era el pagaré para Issa del propietario del laboratorio de Estambul, último destinatario de la morfina base.

Aquel sencillo documento formaba parte de un sistema bancario oriental llamado *Hawala* —referencia— en urdú, y «Hundi» —confianza— en hindi. El sistema movía millones de dólares diarios en toda Asia. Issa entregaría el papel a un banquero *hawala* de Quetta que, a cambio de una comisión, le adelantaría el resto de la cantidad adeudada. Luego el banquero se pondría en contacto con otro banquero *hawala* en Estambul, casi con toda certeza otro pakistaní, y éste, a su debido tiempo, le cobraría el dinero a los turcos e ingresaría la suma en la cuenta de su colega de

Quetta.

Zanjado el negocio, Djailani se retrepó para beber té y contemplar su recién adquirida morfina base. Comparado con los cargamentos que el hombre estaba acostumbrado a manejar, se trataba de un envío bastante reducido. Desde luego, Hamid, su proveedor, no tenía ni idea de que el precio ya convenido para la entrega final de la base a un laboratorio en Estambul era de cuatro mil dólares el kilo, una cifra que a los iraníes con los que Djailani trabajaba les reportaría unos beneficios de 577 000 dólares, más de ocho veces lo que Hamid acababa de ganarse con su trabajo.

En cierto modo, tal cifra representaba una «tasa de tránsito» cobrada por la Pasdaran, por permitir que la morfina cruzara Irán. La policía occidental tenía la convicción de que el ochenta por ciento de la producción de opio afgana, convertida en morfina base, llegaba a Turquía vía Irán. Eso podía representar unas 250 toneladas de base que, de ser todas ellas «tasadas», bastarían para cubrir la mayor parte de los cien millones de dólares que los *mullah* gastaban anualmente en actividades terroristas en todo el mundo.

Aun así, lo que interesaba a Djailani no eran las cifras, sino la bella simetría de la operación que, en primer lugar, mantenía la droga lejos de Irán y de los fieles. En tiempos, Irán tenía en su población un porcentaje de opiómanos sólo superado por el de China a finales del siglo XIX.

Mediante el actual sistema, se dijo Djailani, se conseguía que la maldición de la droga se transmitiese a la corrupta y depravada juventud occidental. Era como ser capaz de hacer que el virus de la peste bubónica pasara sin causar estragos por la propia nación para llegar luego a las puertas de los peores enemigos de esa nación. Y no era sólo que de aquel modo les fuera posible acelerar el colapso social del putrefacto Occidente que Djailani tanto despreciaba, sino que al mismo tiempo se conseguían los medios económicos mediante los cuales algún día lograrían destruir de una vez por todas aquella malvada sociedad.

Señalando los kilos de base de Hamid, cubiertos ahora por una lona protectora, Djailani dijo:

—Si os marcháis ahora, llegaréis antes de que salga el sol.

Hamid se dio cuenta de que aquello no era una sugerencia, sino una orden. Djailani no deseaba que él presenciase cómo la morfina iniciaba la siguiente etapa de su viaje hacia Occidente.

El nuevo trabajo de Jim Duffy en la CIA estaba resultando muy aburrido. Aunque el propio director lo hubiera llamado de vuelta al trabajo, saludándolo como el tipo que iba a salvar la nación de una amenaza de terrorismo nuclear, el único peligro que le preocupaba a Duffy en aquellos momentos era el de terminar enfermo de

claustrofobia en su oficina, un diminuto cubículo situado en el sótano del edificio de la CIA. O el de enloquecer a causa del tedio. En toda la CIA no había ocupación más aburrida y fatigosa que la de repasar las interceptaciones de la NSA en busca de alguna sutil pista, de la aguja en el pajar electrónico que, de pronto, arrojase un rayo de luz en el sombrío mundo del espionaje.

Disponía de un ordenador conectado directamente con la central de la NSA en Fort Meade, Maryland. Desde allí, le enviaban una sucesión de interceptaciones obtenidas por la agencia en el espacio aéreo de Irán. Cada interceptación de las que aparecían en la pantalla de Duffy iba precedida por una serie de indicadores clave: la fecha y la hora en que la interceptación se había realizado; el número telefónico desde el que se había efectuado la llamada y, si se disponía del dato, la ubicación de tal teléfono, el nombre al que estaba registrado, el número al que se había hecho la llamada y, también si la NSA disponía de tal información, el nombre del propietario del teléfono y la ubicación de éste.

A continuación seguía el texto de la interceptación en sí, dispuesto en dos líneas paralelas. La primera, en el idioma del comunicante, pushtu o farsi. En la segunda línea, situada inmediatamente debajo de la primera, aparecía la traducción al inglés de la conversación. Oprimiendo una tecla de su ordenador, Duffy podía escuchar la voz del comunicante por los auriculares que llevaba puestos y seguir —o al menos intentarlo— la conversación cuyo texto se reproducía en la pantalla.

Se suponía que, mediante aquel sistema, le sería posible reconocer la voz de Said Djailani, caso de que la voz del antiguo guerrero mujadín hubiera quedado grabada en alguna de aquellas interceptaciones. Era absurdo. Naturalmente, Duffy había hablado más de dos docenas de veces con Djailani durante la guerra de Afganistán, pero siempre se comunicaron por medio de un intérprete.

Desalentado, meneó la cabeza tratando de recordar el tono de aquellas conversaciones, de escuchar en algún perdido confín de su memoria el eco de la voz de Djailani. Sonrió al recordar la maravillosa noche en que llevó al congresista Charley Wilson a entrevistarse con Djailani y su superior, Gulbuddin Hekmatayar, el radical islámico que era el principal receptor de los abundantes fondos facilitados por la CIA.

Las mujeres ni siquiera se atrevían a mirar a los ojos a aquellos dos adalides islámicos. Envueltas en sus negros mantos, sólo aparecieron en la sala en la que se encontraban los dos hombres para limpiarles las sandalias a éstos, y luego se retiraron sumisamente.

¿Y qué ocurrencia tuvo el bueno de Charley? Se presentó en la entrevista del brazo de una especie de miss Conejita de *Playboy* ataviada con un vestido rosa que le estaba unas tres tallas pequeño. Djailani y Hekmatayar casi se cayeron de espaldas. Fue una reunión totalmente desperdiciada, en la que no hablaron en absoluto de

negocios, pues los dos mujadines no quitaron ojo de miss Conejita de *Playboy*, cuyo cuerpo a lo Malibu Beach los tuvo babeando toda la noche.

Las interceptaciones que estaba escuchando eran producto de un programa calificado de alto secreto y llamado ECHELON, diseñado y dirigido por la NSA. Por medio de un sistema eslabonado de puestos de escucha norteamericanos, británicos, canadienses, australianos y neozelandeses, ECHELON interceptaba y almacenaba en los ordenadores de la NSA todas las llamadas telefónicas, el correo electrónico y los mensajes en fax y en télex que eran transmitidos por las redes mundiales de telecomunicaciones. Aquél era un cesto al que iba a parar de todo: comunicaciones de gobiernos amigos y no tan amigos, conversaciones privadas y comerciales. Desde transferencias bancarias que suponían miles de millones de dólares hasta llamadas de hombres a sus amiguitas, todo era atrapado en el éter y almacenado en un programa de ordenador de la NSA cuyo nombre clave era PLATFORM.

Sin embargo, aquel indiscutible prodigio tecnológico estaba supeditado a la capacidad de los oídos de Duffy para detectar algún acento o sonido familiar que le permitiese identificar a un hombre cuyo idioma él no hablaba y al que llevaba cinco años sin ver.

¿Cuántas interceptaciones llevaría leídas o escuchadas aquella mañana? ¿Doscientas? Y de lo único que eran capaces de hablar aquellos idiotas era de Dios, del tiempo, de ganar dinero, o de sus abuelas enfermas. ¿Acaso en el Irán de los *mullah* nadie se divertía, nadie era infiel a su esposa o a sus socios? Aparentemente, nadie hacía nada que amenizase un poco el monótono trabajo que le habían confiado. Según decían, cuando George Bush era director de la agencia le encantaba escuchar las interceptaciones de Leonid Brezhnev diciéndole lindezas a su amante. Duffy se preguntó si no habría nadie en Irán haciendo cosas igualmente divertidas.

Duffy trató de concentrarse de nuevo en su trabajo. En la pantalla apareció una nueva interceptación que, afortunadamente, era corta.

—¿Jaffar?

—Sí.

—El envío de doscientas diez cajas de manzanas (tos) saldrá pasado mañana.

—Gracias por comunicármelo. Quedo a la espera de la llamada del conductor.

—La recibirás pasado (tos) mañana. Dios mediante.

Nada de particular, se dijo Duffy, accionando una tecla para que apareciese la siguiente interceptación. En ese momento, en su pantalla surgió la luz roja indicadora de que el agente de la NSA que le estaba enviando los textos vía ordenador quería hablar con él.

Levantó su teléfono directo.

—Duffy —anunció.

—¿La voz que acabas de escuchar te suena de algo?

Duffy pasó por segunda vez la intercepción, escuchando atentamente, tratando de detectar algún indicio, algún sonido que le recordase la voz de Said Djailani. Trató de recordar con detalle al mujadín Gucci sentado ante él en una casa segura de Peshawar, con la pistola sobre la mesa, comiendo las galletas de cardamomo con las que Duffy siempre lo obsequiaba y dando sorbos de té a la iraní. Pese a intentarlo con todas sus fuerzas, Duffy no detectó en la grabación nada que le recordase la voz de Djailani. Salvo la tos del hombre. Como casi todos los mujadines, Djailani fumaba como un carretero y tosía muy a menudo.

—La verdad es que no logro captar nada que me resulte familiar. Nada excepto la tos de ese tipo. ¿Por qué?

—Esa conversación me suena rara. ¿Crees que esos dos sujetos sabían que teníamos intervenidas sus comunicaciones?

—Escucha, amigo —dijo Duffy—. ¿Sabes lo que hacen los tipos de la Hezbollah de Baalbeck, en el valle Bekaa, cuando quieren enviar un mensaje a Beirut? Lo escriben a mano y luego lo envían por medio de un mensajero. El mensajero muestra el mensaje a su destinatario para que lo lea y luego lo quema. Así de preocupados están por la seguridad. ¿Qué te hace suponer que ese tipo hablaba en clave?

—Pues que ese individuo llama desde un lugar perdido en el noreste de Irán, junto a la frontera afgana. El culo del mundo. Lo único que hay allí es mierda de camello. Y, desde luego, es puñeteramente indiscutible que allí no crece un solo manzano.

—Vaya, eso es interesante. Las pescas al vuelo, amigo. ¿Sabes a nombre de quién está registrado el número?

—A nombre de algo llamado Zabol General Trading. Zabol es el nombre del villorrio desde donde el tipo ha efectuado la llamada.

—¿Y adónde llama?

—A un número de Estambul. Se trata de un móvil, así que no lo hemos podido localizar.

Duffy pensó en las palabras de su colega de la NSA. Quizá sólo tratara de jugar a detectives, pero tal vez hubiera descubierto algo de interés.

—¿Tienes alguna otra intercepción procedente de ese número? —preguntó, al tiempo que miraba la cifra que aparecía en su pantalla: 98 5421 637 405.

—Negativo. Es de suponer que de cuando en cuando llaman a Teherán, pero deben de hacerlo desde un teléfono fijo que no nos es posible intervenir.

Sí —pensó Duffy—, en el mundo del espionaje, la tecnología tiene sus límites.

—¿Durante cuánto tiempo conserváis las intervenciones inocuas, las cosas que no os interesan y que no investigáis?

—Durante sesenta días.

Haz que el tipo se sienta importante —se dijo Duffy—. Ésa es una buena táctica

empresarial.

—¿Qué recomiendas? ¿Crees que merece la pena hacer un rastreo de voz en el banco de datos, a ver si damos con algo importante?

—Sí, puede merecer la pena, aunque eso puede llevarnos tiempo.

—No importa. Hagámoslo.

Como todos los buenos diplomáticos, el embajador James Longman estaba acostumbrado a expresar, con una profesionalidad propia del presidente de la Sociedad de Pompas Fúnebres, su pésame a ciudadanos que, fuera de su país, llorasen la pérdida de un ser querido. Pero en aquella ocasión, el embajador estadounidense en Londres estaba cumpliendo con su deber con cierto auténtico interés. El asesinato del marido de aquella dama había aparecido en la primera plana de todos los periódicos británicos, así que Longman estaba familiarizado con sus más téticos detalles, y también sabía que la prensa había especulado con que el homicidio tuviera relación con el tráfico de armas o de estupefacientes. Además, el embajador tenía que admitir que, allí sentada con su negro atuendo de viuda, la señora Nancy Harmian resultaba tan impresionante como Sharon Stone. La mujer exponía sus argumentos con una fogosidad propia de la Pasionaria arengando a la ciudadanía de Madrid durante la guerra civil española.

—La policía no me hace el menor caso —afirmó Nancy por tercera vez desde el comienzo de la conversación—. Me harto de repetir que fueron los iraníes quienes asesinaron a mi esposo. ¿Y qué hacen ellos? Insisten en preguntarme por cuentas corrientes y cosas así, como si mi pobre esposo hubiera sido un delincuente financiero o algo peor.

—¿Tiene usted algún tipo de prueba de que su marido estuviese implicado en actividades contrarias al régimen iraní? —preguntó el embajador.

—No, pero... ¿por qué otro motivo iban a haberlo matado?

—Eso mismo le pregunto yo a usted: ¿por qué?

—¿No será que el Foreign Office está interfiriendo en la investigación porque teme molestar al odioso régimen de Teherán?

La tensa desazón que animaba a aquella hermosa mujer era tan palpable como en otras circunstancias lo hubiera sido el aura de su perfume.

—¿El Gobierno interfiriendo en una investigación de asesinato realizada por Scotland Yard, señora Harmian? No, no creo que eso sea posible. Resultaría algo extremadamente insólito.

—Entonces, ¿no hay nada que usted pueda hacer desde su puesto en la embajada para que esa gente me haga caso?

El embajador se colocó dos dedos sobre los labios como para enfatizar la seriedad con que estaba analizando los argumentos de su visitante.

—Comprenderá usted que a nosotros, como diplomáticos, no nos es posible intervenir de modo alguno en una investigación que está realizando la policía de nuestro país anfitrión. Y menos aún teniendo en cuenta que no existen ciudadanos estadounidense implicados en ella.

—Pero algo podrán hacer ustedes.

—Sí. Lo que haré, naturalmente con su permiso, es transmitir lo que usted me ha dicho a la gente de la embajada que se ocupa de estos asuntos. —Naturalmente, a Longman jamás se le hubiera ocurrido mencionar las temidas iniciales de la CIA, pero por la expresión de los ojos de la señora Harmian se dio cuenta de que no le era necesario hacerlo—. Ellos tienen métodos extraoficiales para investigar esas cosas.

—Me da lo mismo que los métodos sean oficiales o extraoficiales —dijo Nancy Harmian—. Lo único que deseo es que se haga justicia a mi pobre marido asesinado.

Al cabo de una hora de abandonar Nancy la embajada, a la mesa de Bob Cowie, jefe de la sede de la CIA en Londres, llegó un informe de la charla del embajador con la señora Harmian. Cowie también conocía los detalles del asesinato de Tan Harmian y había efectuado su propia investigación de rutina.

Basándose en la conversación de la viuda con el embajador, Cowie hizo tres llamadas, una a cada una de las organizaciones de disidentes iraníes con las que la agencia mantenía contactos: un grupo de realistas afincado en Londres, una organización de más amplia cobertura sita en París, y los viejos izquierdistas de Beni Sadr y el Tudeh en Alemania. Las tres organizaciones respondieron lo mismo. Ninguna de ellas había tenido el más mínimo trato con Harmian. El hombre no había hecho contribuciones a ninguna de las tres causas. El único interés de Harmian parecía haber sido no llamar la atención y ganar dinero. El informe del embajador fue a parar al archivo en que Cowie guardaba los asuntos sin importancia.

Veinticuatro horas después de que Ghulam Hamid hubo entregado su morfina base, un camión TIR (Transport Inter-Européenne) Fruehauf de cinco ejes con matrícula alemana entró en el almacén abandonado de Djailani. Esos enormes vehículos eran los animales de carga que abastecían a la Europa moderna. Cada día del año, literalmente millones de ellos se movían por las fronteras nacionales europeas, desde Dover a Estambul, desde Copenhague a Rostok. Eran las arterias por las que circulaba la sangre que daba vida al comercio europeo. También eran el sueño hecho realidad de los contrabandistas, y la pesadilla de los funcionarios de aduanas.

Los contrabandistas podían construir todo tipo de escondites en aquellos camiones: en los parachoques, en el interior de sus inmensas ruedas de repuesto, en compartimientos secretos situados bajo el suelo, en el techo, o en las paredes laterales. Y, aparte de en esos escondites, las drogas o el contrabando se podían esconder entre la variada carga que, frecuentemente, tenía los más diversos destinos.

Para registrar un camión TIR en busca de contrabando eran necesarias dieciséis horas de trabajo de dos agentes de Aduana expertos. Sin embargo, prácticamente ninguno de los camiones TIR que circulaban por Europa era registrado salvo que la policía tuviera informes concretos de que el vehículo llevase un cargamento ilegal.

Enfrentadas a aquella desagradable realidad, las naciones europeas habían optado por un método que requería que el servicio de aduanas del país de origen revisara la carga de los camiones, para colocar luego un sello nacional de aduanas en el vehículo y estampillar sus documentos de viaje. De este modo, un camión TIR podía cruzar sin ser inspeccionado todas las fronteras nacionales que encontrase en la ruta hasta su destino final. Para los departamentos de policía y los servicios de aduanas de tales rutas, sabedores de lo susceptibles a los sobornos que eran sus colegas de Turquía, Irán, Bulgaria, Rumania y Polonia, aquella solución era, en el mejor de los casos, una broma pesada. Pero, en el mundo real, las consideraciones de tipo comercial tenían siempre prioridad sobre las precauciones policiales.

La historia del gigantesco tráiler estacionado en el almacén de Djailani era tan interesante como instructiva. Pintado en uno de los paneles laterales figuraba el logotipo de su propietario oficial, la TNZ Freight Forwarding Services de Frankfurt, Alemania. Era uno de los cinco camiones que formaban la flota de transporte de la compañía.

La TNZ era propiedad de una sociedad instrumental con base en la isla de Jersey, en el canal de la Mancha, que actuaba en beneficio de su propietario real, un iraní residente en Londres. Uno de los tres hijos del propietario se ocupaba de regentar la empresa en Frankfurt. El problema era que los otros dos hijos estaban encarcelados en Teherán.

El padre, afiliado a un grupo contrario a los *mullah* con base en Alemania, había permitido entre 1991 y 1994 que sus camiones fueran usados para introducir explosivo plástico P4 en Irán, donde eran entregados a las guerrillas marxistas que se oponían al régimen. Desdichadamente, uno de los guerrilleros fue sorprendido con el plástico en su poder por la Pasdaran, la milicia revolucionaria. El hombre fue sometido a tortura, y reveló la procedencia del explosivo.

Resultó que los dos hijos menores del propietario se encontraban en aquellos momentos en Teherán, supervisando las operaciones comerciales normales de la compañía. Fueron arrestados por la VEVAK, y en Londres el padre recibió la noticia de que a partir de aquel momento el único contrabando que llevarían sus camiones sería el que el servicio secreto iraní colocara en ellos. Además, el hombre fue advertido de que, si algo le ocurría a aquellos envíos clandestinos durante el trayecto hasta su destino final, sus hijos morirían.

El camión ya tenía en su interior su carga normal, comestibles iraníes variados para un mayorista hamburgués que abastecía a la enorme comunidad de refugiados

iraníes de la ciudad.

Soltaron un panel metálico de la parte posterior de la plataforma del camión, justo por debajo de las grandes puertas, y que ocultaba un escondite construido bajo el suelo del vehículo. El escondite tenía una longitud de casi dos metros, y se accedía a él por una abertura de sesenta centímetros de ancho y quince de alto. Los 210 paquetes de plástico que contenían la morfina de Ghulam Hamid fueron cargados en una plataforma de madera que encajaba a la perfección en el escondido hueco. Luego volvieron a colocar el panel, y lo embadurnaron con mugre y grasa para que su presencia fuera prácticamente indetectable. Cenaron las grandes puertas traseras, y llamaron a un oficial de aduanas para que pusiera el sello a las puertas. El camión estaba listo para emprender viaje.

Partió a primera hora de la mañana siguiente, camino del cruce fronterizo turco de Gurbulak, vía Teherán y Mashad. Hasta el momento, el producto de los campos de opio de Ahmed Khan y otros campesinos de Helmand había viajado hacia el oeste en condiciones primitivas y precarias. Ya iba a dejar de ser así. A partir de aquel momento, anónima y casi imposible de descubrir la cosecha de los *jeribs* completaría su viaje perdida entre el inmenso océano del comercio mundial.

LIBRO TERCERO

Un pie en el paraíso

Era un sueño al fin hecho realidad, un sueño que para el coronel Dimitri Wulff llevaba años fraguándose. Segundos antes, el capitán del vuelo 847 de la Cyprus Airways procedente de Moscú había pronunciado la frase mágica.

—Señoras y señores, nos disponemos a aterrizar en el aeropuerto internacional Larnaca.

Mirando por su ventanilla, Wulff vio las luces que festoneaban el litoral de Chipre, relucientes diamantes que parpadeaban en el negro terciopelo de la noche. ¿Sería posible que estuviese realmente sobre Limassol? Limassol, donde Ricardo Corazón de León había coronado a su reina y donde él pronto coronaría a la suya, Nina, la pelirroja exmodelo de ojos verdes, veinte años más joven que él, cuya mano él tenía firmemente sujeta en aquellos momentos.

Wulff suspiró y apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento. Ya todo había terminado. Aquello era la culminación, el ansiado climax por el que llevaba más de seis años planeando y maquinando. En el baqueteado maletín de cuero rojo metido bajo el asiento de delante estaban las llaves de la tierra prometida. Durante años, se había esforzado por mantenerlas ocultas a las miradas de sus colegas, sus superiores y su esposa. Ahora, al fin, tanto él como ellas habían llegado a puerto seguro, terminado ya su largo y arduo viaje.

En el maletín iban también los resobados folletos informativos del conjunto residencial Les Sirenes, sito en la costa mediterránea de Limassol. Aquél era su segundo destino en Chipre. Nina y él ya habían escogido su vivienda, un apartamento de dos dormitorios en la quinta planta, desde cuyo balcón se dominaban las azules aguas del Mediterráneo. Pasarían perezosamente las mañanas en la playa, bajo un cielo sin nubes, almorzarían junto a la piscina olímpica del conjunto residencial, beberían vino blanco en una atmósfera perfumada por el aroma de los limoneros y las lilas, y harían el amor hasta el agotamiento bajo la luz del crepúsculo de aquella mágica isla, situada en la encrucijada de tres continentes, y que, de forma muy adecuada, era la legendaria cuna de Afrodita, la diosa griega del amor y la belleza.

Qué lejos quedaba todo aquello de Moscú, una ciudad cuyos horizontes eran tan negros como su futuro. Una ciudad llena de intrigas y corrupción, cuya atmósfera estaba saturada del fétido hedor de una sociedad que en tiempos fue grande, pero que ahora estaba dominada por el caos y la delincuencia. Wulff había sido un miembro distinguido de aquella gran sociedad, hasta que Gorbachov, Yeltsin, Chubais y la demás gentuza convirtieron el gran sueño socialista en una pesadilla de mafias y gánsteres. Vestido con su immaculado uniforme de coronel de las fuerzas de artillería de élite del Ejército Rojo, Wulff había sentido sobre sí el respeto y la admiración de sus conciudadanos cuando caminaba por las calles de la antigua Unión Soviética, fuera en Moscú, en Smolensko o en Almaty. Él había sido una persona privilegiada hasta que aquellos cerdos trataron de convertirlo... ¿en qué? En un mendigo. ¿Y qué

había sido de su amado Ejército Rojo, al que había dedicado toda su vida, el que fue orgullo de un gran pueblo y temor de todos sus enemigos? ¿Qué habían hecho con la mayor fuerza militar del mundo? La convirtieron en una caótica turba, mal entrenada, mal equipada, indisciplinada, mal alimentada, mal albergada, incapaz de derrotar a la chusma mañosa de Chechenia. Y, como último e imperdonable insulto, también mal pagada. Bueno, al menos él había conseguido sobrevivir al caos provocado por aquellos cerdos.

Cuando el avión terminó al fin de rodar por la pista, Wulff salió de sus ensueños. Se inclinó sobre Ninotchka y la besó en la mejilla.

—Bueno, pequeña *choopchik*, lo conseguimos —dijo. Luego se puso bajo el brazo el maletín y salió con su compañera del avión.

Una vez que hubieron cumplido los breves formalismos de inmigración, se dirigieron a la zona de recogida de equipajes.

—Espérame aquí, cariño —dijo Wulff—. Tengo que hacer una diligencia.

Una de las características que distinguen a la república de Chipre es una serie de leyes económicas y monetarias que tienen como fin convertir la isla en un importante centro de operaciones financieras y bancarias transnacionales, empresa en la que los chipriotas han conseguido un notable éxito. En las calles de Nicosia, la capital, podían encontrarse sucursales de bancos de todo el mundo. En la isla tenían sus oficinas más de setecientas grandes empresas comerciales, y miles de firmas privadas de menor entidad.

Entre las normas —o, en opinión de algunos, la falta de normas— que gobernaban las actividades financieras de la isla, había una que estipulaba que cualquier persona que llegara a la isla tenía derecho a llevar consigo cualquier cantidad de dinero en cualquier tipo de moneda, siempre y cuando la declarase a su llegada. Luego no tenía más que depositar el dinero en cualquiera de la infinidad de bancos extranjeros existentes en la isla, y transferirlo a cualquier lugar del mundo. Aquélla era una norma sumamente apreciada por los profesionales del blanqueo de dinero y la evasión fiscal.

Mientras Nina esperaba a que apareciera el equipaje de ambos, el coronel se dirigió al mostrador de declaración de divisas, situado junto a la zona de recogida de equipajes, y llenó su declaración, que no sorprendió en absoluto al aburrido funcionario chipriota que lo atendió. A fin de cuentas, durante la temporada alta de 1996, menos de cincuenta visitantes extranjeros habían declarado a su llegada más de veinte millones de dólares en distintas monedas, dinero más que suficiente para costearse unas excelentes vacaciones.

Con el viejo maletín bajo el brazo, Wulff volvió en busca de Nina y el equipaje. Salieron del aeropuerto y tomaron un taxi para realizar el trayecto de cincuenta kilómetros hasta el Holiday Inn de Nicosia. Haciendo uso de la cautela a la que se

había habituado durante sus años en el Ejército Rojo, Wulff decidió llamar al servicio de habitaciones para que les sirviesen la cena en la suite. La celebración tendría que aguardar hasta la noche siguiente. Sin embargo, una parte de tal celebración no fue pospuesta. Cuando se durmió, Wulff era un hombre exhausto. Su energía quedó felizmente agotada por las inexorables demandas de su joven compañera. Antes de quedarse voluptuosamente dormido, sólo tuvo tiempo para un pensamiento: ya tenía un pie en el paraíso.

A las nueve de la mañana siguiente, Wulff aguardaba ya a las puertas del Sovereign Guarantee Trust, en el bulevar Makarios. En cuanto explicó el motivo de su visita a la bonita recepcionista chipriota, fue conducido al despacho del vicepresidente encargado de las nuevas cuentas del banco. John Iannides.

Iannides pidió dos tazas del negro y fuerte líquido que, en la parte griega de Chipre, *jamás* recibe el nombre de café turco. Luego comenzó a explicarle al coronel las grandes ventajas que ofrecía el banco a sus futuros clientes. El coronel, por ejemplo, tal vez quisiera aprovecharse de las leyes corporativas chipriotas para formar su propia compañía en el extranjero. Luego podía cambiar la sede de su compañía y radicaría, por ejemplo, en la sede central del banco, en las islas Caimán, eludiendo así el pago de impuestos chipriotas por cuantos negocios realizase la empresa fuera de la isla.

Pese al desprecio que le merecían los nuevos amos capitalistas de Rusia, Wulff estaba familiarizado con los entresijos del sistema de libre empresa. Plenamente consciente de las ventajas que obtendría formando su propia corporación, indicó al banquero que eso era justo lo que deseaba hacer.

Iannides indicó con una inclinación de cabeza lo sabía que le parecía la decisión del coronel. Las nuevas corporaciones chipriotas, explicó, no podían emitir acciones en blanco o al portador, como ocurría en notorios centros de blanqueo de dinero como Panamá. Al decirlo, su cara era similar a la que habría puesto al morder uno de los famosos limones de la isla. Con tal expresión pretendió indicar al coronel la enormidad del abismo que separaba a la república de Chipre de paraísos fiscales como Panamá.

No obstante, se apresuró a añadir que, si el coronel no deseaba que en las acciones de su corporación figurasen los nombres de los accionistas, según las leyes chipriotas existía un modo de mantenerlos en el anonimato. Las acciones de la nueva corporación serían emitidas a nombre de un accionista nominal escogido personalmente por el coronel. Por ejemplo, él, John Iannides, podría aparecer en las acciones como titular nominal. Una vez provisto de un poder notarial, Iannides podría realizar cuantas transacciones comerciales el coronel le indicase. La identidad del coronel como propietario real de las acciones de la corporación tan sólo sería conocida por el Banco Central de Chipre, y éste se comprometía a no descubrir ante

nadie la identidad del propietario de una corporación, salvo en el caso de una investigación criminal sumamente seria y bien documentada.

El coronel estuvo de acuerdo en que hacer las cosas como Iannides indicaba sería lo más acertado y, a continuación, preguntó:

—Si deseo adquirir una vivienda en Limassol, ¿puede la corporación hacerlo en mi nombre?

—Claro que sí —repuso Iannides—. Siendo yo su representante nominal, garantizaría ante el consejo de ministros que la corporación y su propietario no poseen otras propiedades residenciales en la república. Ése es el único requisito que debe usted cumplir. Recibirá usted autorización para comprar su vivienda y habitarla por el tiempo que desee. Y, en calidad de residente extranjero retirado, los impuestos que tendrá que pagar aquí serán sólo del cinco por ciento de cualesquiera cantidades que usted desee traer a Chipre.

Una expresión de felicidad casi total iluminó el rostro normalmente sombrío del coronel.

—*Da* —dijo—. Formemos esa corporación.

Iannides sacó del cajón de su escritorio los papeles necesarios para formar una nueva empresa y abrirle una cuenta bancaria.

—¿Su primer depósito será de...?

—Un millón seiscientos mil dólares.

—¿En...?

—Efectivo.

La respuesta no sorprendió a Iannides, que desde el primer momento había advertido la fuerza con que el coronel sujetaba su maletín de cuero rojo. Éste, naturalmente, podría haber contenido cualquier otro instrumento financiero, bonos al portador o certificados de depósito en oro, pero pocos eran los rusos que habían alcanzado tales niveles de sofisticación financiera, y los instrumentos que solían usar eran dólares o marcos alemanes. Y tampoco sorprendió al banquero la cantidad mencionada por el coronel.

Wulff se desabotonó el cuello de la camisa y desenganchó de la cadena que le pendía en torno al cuello una llave que utilizó para abrir el maletín. Allí estaba su tesoro, dieciséis fajos de mil billetes de cien dólares: cien mil dólares por fajo. Estaban envueltos en un ya amarillento ejemplar del *Pravda* del 19 de abril de 1992, la fecha en que contó cuidadosamente los billetes, hizo fajos con ellos y, por último, ocultó el maletín que los contenía en un hueco hecho por él ex profeso tras el panel de uno de los armarios de su apartamento en Moscú.

A partir de ese momento se pasó años casi paralizado por un terror: el de que las llamas de un incendio en el apartamento devorasen su tesoro. Para evitar eso, e invocando los horrores del cáncer o del infarto, obligó a su esposa a que dejara como

él de fumar. Y ahora, al fin, allí estaba su tesoro, sobre el escritorio de un banquero, a punto de desaparecer en el enorme y anónimo océano del sistema bancario mundial.

Iannides dejó que fuera el propio coronel quien deshiciera los pequeños fajos. A Wulff parecía producirle tanto placer tocar su dinero que resultaba una lástima privarlo de tal delicia. Él, mientras tanto, había sacado de un cajón un contador de billetes Brandt. Habida la cantidad de depósitos en efectivo que se recibían, un buen contador de billetes identificaba a un banquero chipriota moderno del mismo modo que la estrella de latón identificó en tiempos a los *sheriffs* del Oeste norteamericano.

Mientras el coronel lo observaba con ojos muy abiertos, Iannides hizo pasar los billetes de a cien de los fajos a través del contador, que al funcionar producía un suave y armónico rumor. Como era de esperar, la cuenta del coronel era exacta, dieciséis mil billetes de cien dólares, un millón seiscientos mil en total.

Iannides pasó a continuación a ocuparse del papeleo necesario para crear la corporación del coronel y abrirle la cuenta bancaria correspondiente. Hecho esto, sólo quedaba un trámite por cumplir.

—El dinero que usted nos confíe, lo entregaremos al Banco Central de Chipre. Una vez que lo inspeccionen y den su visto bueno, los del Banco Central acreditarán en nuestro haber un millón seiscientos mil dólares, y luego nosotros podremos acreditarle a usted esa suma en la cuenta de su corporación.

»Existe otro trámite que debemos hacer —siguió Iannides—. No sé si lo sabe, pero hay en circulación gran cantidad de billetes falsos de cien dólares.

El coronel se encogió de hombros, indiferente.

—Eso dicen en Moscú; pero este dinero no procede de Moscú.

—Espléndido. Lo que, para nuestra protección y la suya, debemos hacer es fotografiar cada uno de esos billetes antes de mandarlos al Banco Central. De este modo, si el Banco Central descubre la existencia de algún dinero falso en los depósitos que le hagamos, nos es posible identificar al propietario de los billetes y ajustar su saldo en consecuencia.

—¿Y no pueden detectar las falsificaciones ustedes mismos?

—Pues no, porque se trata de falsificaciones sumamente sofisticadas. Para fotografiar el dinero utilizamos un tablero especial en el que caben cuatrocientos billetes cada vez. Así que, en el caso de su depósito, necesitaremos cuarenta fotos. Como se trata de su dinero, estoy seguro de que deseará usted estar presente durante la sesión fotográfica. De ese modo no le cabrá duda alguna de que el dinero que fotografiamos es el suyo y no el de otro. Por este motivo, le rogaremos que firme cada una de las fotos según vayan saliendo. ¿Está usted de acuerdo?

—Quisiera estar en Limassol a la hora del almuerzo.

—No se preocupe: tendrá tiempo de sobra. Además, daré orden de que un coche del banco lo lleve hasta allí en cuanto hayamos terminado.

Wulff sonrió. Aquella gente lo estaba tratando con respeto, como lo trataban en la Unión Soviética antes de que los malditos reformistas se hicieran con el poder.

Iannides lo condujo a la sala de fotografía, en la que, sobre una mesa, había un tablero de contrachapado lleno de huecos del tamaño de un dólar. Los primeros cuatrocientos billetes del coronel fueron colocados en los huecos. En el centro había una tarjeta con el nombre de Wulff, el número de su pasaporte y la fecha de su llegada a Chipre. La cámara estaba en alto. Cuando el tablero estuvo listo, se atenuaron las luces, se hizo la foto y el proceso se repitió con otros cuatrocientos billetes.

Terminaron bastante antes del mediodía. Iannides acompañó al coronel al coche del banco.

—Disfrute de su almuerzo —dijo el banquero—. Los papeles de su corporación estarán listos en cuarenta y ocho horas y luego, si lo desea, podrá comprarse su casa en Chipre. Como dice Otelo en la gran obra de Shakespeare: «Bien venido a Chipre, señor».

John Iannides regresó a su banco mediada la tarde, tras un tardío almuerzo. Para entonces, los rollos fotográficos de los billetes de cien dólares del coronel estaban revelados y copiados. Los billetes originales ya habían salido hacia el Banco Central en un furgón blindado. Llevado por la prudencia y también por la curiosidad, Iannides decidió echarle un vistazo a uno de los rollos para ver si entre el dinero del coronel había alguna falsificación. Pidió al encargado de fotografía que escogiese un rollo al azar y se lo llevase.

Iannides puso la primera foto sobre su escritorio y comenzó a estudiarla, aunque él no era experto en detectar la ultrasofisticada falsificación del billete estadounidense de cien dólares bautizada como «superbillete», que circulaba por los mercados monetarios mundiales. El billete era la falsificación más exacta de la historia, una copia tan perfecta del original, que el Gobierno de Estados Unidos se vio obligado a emitir un nuevo billete de cien dólares en febrero de 1996. Sin embargo, para no fomentar el pánico, el Departamento del Tesoro estadounidense no los retiró, por lo que miles, si no millones, de billetes falsos seguían circulando libremente. Como todos los banqueros del mundo, Iannides había recibido del Departamento del Tesoro una circular con instrucciones detalladas para distinguir los billetes falsificados.

Sólo se fijó en uno de los detalles que mencionaba la circular. Con una lupa examinó las trece estrellas de cinco puntas que rodeaban el sello del Tesoro estadounidense en la parte derecha de la cara de cada billete. En los billetes buenos, las puntas de las estrellas eran precisas y claramente definidas. En las falsificaciones, dos de las estrellas carecían de tal precisión y buena definición, como si el instrumento empleado por el grabador que había falsificado las placas estuviera

gastado por el uso.

No fue un trabajo fácil. Tuvo que dejarse los ojos en cada billete antes de decidir si era auténtico o falso. Para cuando llegó al final de la primera columna de veinte billetes, Iannides se sentía auténticamente horrorizado. Siete de los billetes eran, a su juicio, falsificaciones.

Marcó con un lápiz rojo cada uno de los billetes sospechosos, y procedió a verificar los restantes que aparecían en el rollo fotográfico. El resultado fue un desastre. Había marcado casi la mitad de los billetes como potencialmente falsos. Si sus estimaciones resultaban correctas, cuando el experto del Banco Central terminara de examinar el dinero, la mitad de la fortuna del coronel iría a parar al incinerador. Sería un pésimo trago darle la noticia a Wulff.

Aquello planteaba también a Iannides un pequeño problema práctico. Según las normas bancarias internacionales, si un banquero recibía billetes falsificados de un cliente que, en su opinión, actuase de buena fe, la única obligación del banquero era cerciorarse de que el papel moneda fuese destruido. Si, por el contrario, consideraba que su cliente intentaba introducir falsificaciones en el sistema bancario, entonces debía dar parte a la policía.

John Iannides recordó la entrevista con el coronel. Para presentarse en un banco con un maletín medio lleno de billetes falsificados era necesario ser un loco, o estar actuando de buena fe. Iannides tenía la convicción de que Wulff no estaba loco. Todo el mundo estaba al corriente de que en Rusia había gran cantidad de monederos falsos que se dedicaban a pasar billetes espurios, y uno de ellos debía de haber estafado al coronel. Iannides, sin embargo, se sintió obligado a telefonar al Banco Central para aconsejar que examinaran con gran cuidado la última remesa de dólares que él les había enviado.

Ya lo habían hecho. Debido a la enorme cantidad de dólares que llegaban a Chipre, el banco disponía de un experto adiestrado por el Departamento del Tesoro estadounidense para detectar los «superbilletes». El hombre había examinado ya el dinero de Wulff y llegado a la misma conclusión que Iannides: más de la mitad de los billetes del coronel eran falsos.

El procedimiento que se seguía en tales casos era muy simple. El Departamento del Tesoro estadounidense tenía a un agente de los servicios secretos estacionado permanentemente en Chipre. Lo llamaron y le hicieron entrega de los billetes espurios, a los que el Banco Central ya les había puesto el sello de «Falsos», para que fueran destruidos. Naturalmente, el agente preguntó de dónde procedía el dinero. Como el banquero que los había enviado al Banco Central había dicho estar convencido de que el cliente que se los había entregado actuaba de buena fe y no pretendía cometer un delito, el agente recibió una pétrea mirada por toda respuesta. Responder a su pregunta hubiera supuesto romper las normas de confidencialidad

bancarias, y los chipriotas no estaban dispuestos a hacer tal cosa salvo en los casos en que les dieran pruebas muy contundentes de que se había cometido un delito grave.

Pero lo que sí hizo el banquero en cuanto el agente del servicio secreto se hubo ido fue ponerse en contacto con la brigada de fraude de la policía chipriota e informar sobre los detalles del hecho. El funcionario encargado introdujo en el banco de datos la cantidad a que ascendía la remesa de dinero en la que habían aparecido las falsificaciones, el nombre del coronel ruso que había hecho el depósito en dólares, el número de su pasaporte, y la fecha en que Wulff había llegado a Chipre.

—Señor Duffy...

Jim alzó la vista y miró al joven agente que había aparecido ante él.

—¿Qué desea?

—El señor Lohnes le mega que suba usted a la séptima planta a verlo.

—Con tal de abandonar este cochino trabajo subiría la escalera caminando con las manos —replicó Duffy, y desconectó su ordenador.

La suite ejecutiva del subdirector de operaciones, contigua a la del director, estaba provista de amplias ventanas desde las que se divisaba la entrada principal de la agencia y un amplio paisaje del campo de Virginia. Lo mismo que la del director, la oficina poseía cocina, comedor y vestidor. «Si hubiera justicia, éste sería mi despacho», pensó Duffy al entrar, con el estómago revuelto por la indignación. Basta —se dijo—. Haz caso de lo que dice Shirley MacLaine: olvida las emociones negativas.

—¡Jimbo! —exclamó Jack Lohnes, que había salido a recibirlo a la antesala de su *suite*—. ¿Hubo suerte con las intercepciones?

—Ninguna en absoluto.

—No importa. Creo que tenemos algo para ti.

Lohnes hizo pasar a Duffy a su despacho privado. Se acomodaron en el tresillo que ocupaba un rincón de la oficina, y en el que estaba sentado un joven agente al que Jim no conocía y que Jack no se molestó en presentarle. El café ya estaba servido.

—Dime una cosa: cuando tú te fuiste, ¿teníamos ya el problema del billete de cien dólares falsificado? —preguntó Lohnes—. El que el Departamento del Tesoro bautizó con el apodo de «superbillete».

—Pues sí. Recuerdo que no lográbamos ponemos de acuerdo sobre quién lo estaba falsificando, si los sirios o los iraníes.

—Bueno, pues ya tenemos la respuesta. Eran los iraníes. Su maldita falsificación es tan buena que, para reconocerla, la Reserva Federal tuvo que reajustar los detectores de falsificaciones. Por eso tuvimos que sacar el nuevo billete de cien dólares. ¿Te das cuenta? Los ayatolás nos obligaron a efectuar el primer cambio

importante en nuestro papel moneda en setenta y cinco años.

—Claro que me doy cuenta. Y, como es natural, el público no tiene ni puñetera idea de a qué se debió ese cambio, ¿verdad?

—No, claro que no. Rubin y los gerifaltes del Tesoro sentían terror de que la cosa se convirtiera en un enorme escándalo público y produjese un pánico en el que todo el mundo tratara de deshacerse de sus billetes de cien. Por si no lo sabes, tenemos trescientos ochenta mil millones de dólares en papel moneda flotando por ahí, dos tercios de los cuales se encuentran en el extranjero, y un montón de ese dinero es en billetes de cien dólares. Lo cual equivale a un inmenso préstamo sin intereses hecho por la comunidad internacional al Tío Sam, así que, en unos momentos en los que pretendíamos reducir el déficit, ¿quién iba a atreverse a dar la voz de alarma?

—¿Cómo demonios consiguieron los iraníes hacer una falsificación tan buena? ¿De dónde han sacado tanta habilidad? ¿Y cómo es que tardamos tanto en averiguar quiénes eran los responsables del problema? Si no recuerdo mal, esas falsificaciones comenzaron a aparecer en 1992.

—Bueno, recuerda que las falsificaciones no son cosa nuestra, sino del servicio secreto. Y, en este asunto, el servicio secreto actuó muy chapucestamente. A nosotros no nos pasaron el problema hasta 1993, cuando la Administración ya estaba que se subía por las paredes. Gracias a las comunicaciones que interceptamos, para el otoño de 1994 ya teníamos la certeza de que los responsables de la falsificación eran los iraníes, pero no nos fue posible convencer de ello a Rubin.

—¿Por qué no?

—Ya te he dicho que el tipo estaba muerto de miedo. Le preocupaba la reacción de los mercados.

Duffy rió entre dientes. Pocas cosas le producían tanta hilaridad como ver a los burócratas del Gobierno en apuros.

—Aún no me has contado cómo consiguieron los ayatolás realizar una falsificación tan perfecta.

—Bueno... Te habrás dado cuenta de que, cuando se toca un billete nuevo, da la sensación de que el papel tiene pequeñas estrías, ¿no?

Duffy asintió con la cabeza.

—Eso se debe al método de impresión. La casa de la moneda utiliza un proceso italiano, algo que ellos llaman impresión Intaglio, y para lo que se necesitan unas inmensas prensas de sesenta toneladas que pueden ejercer enormes presiones por centímetro cuadrado. En todo el mundo, sólo hay dos firmas que fabriquen tales prensas, una norteamericana que trabaja para el Tesoro, y otra en Lausana, Suiza.

—Espero que no pretendas hacerme creer que fueron los suizos quienes facilitaron a los ayatolás los medios para meterse a monederos falsos.

—No, claro que no. —Lohnes había comenzado a limpiarse las uñas con un clip

doblado y, por unos instantes, se había distraído—. Fue el shah, que, a mediados de los años setenta, compró dos de esas prensas suizas para poder imprimir su propia moneda, como los chicos mayores. En aquellos días, era el Banco de Inglaterra el que se encargaba de imprimirle los riales. La compañía suiza De La Rue Giori instaló las prensas, una en Shimran, en los suburbios de Teherán, cerca del palacio de verano del shah, y otra en Karaj, cuarenta kilómetros al noroeste. Pero el pobre shah nunca llegó a utilizarlas, porque llegó la revolución y las prensas se quedaron allí durante años, recogiendo polvo. Luego, a mediados de los años ochenta, los ayatolás comenzaron a quedarse sin dinero a causa de la guerra con Irak y de nuestro embargo, y a algún tipo listo se le ocurrió una brillante idea. «¿Qué tal si utilizamos las prensas que compró el shah para imprimir nuestros propios dólares y así resolvemos nuestros problemas de liquidez?», propuso. A través de los alemanes orientales, de la Stasi, consiguieron que un par de expertos grabadores de Leipzig les hicieran las placas falsas. Aún no sabemos de dónde sacaron el papel, que es parecidísimo al que usamos nosotros.

—¿Cuánto dinero falso imprimieron?

—Nadie lo sabe. Públicamente, Rubin admite que fueron diez mil millones de dólares, lo cual es un chiste. Los de inteligencia estamos persuadidos de que la cifra real se acerca más a los veinte mil millones. El caso es que, como no pudimos convencer a Rubin de que lo que habíamos descubierto con nuestras interceptaciones era cierto, decidimos estacionar un satélite sobre Teherán. Para el otoño de 1995 ya teníamos unas estupendas fotos de esos cabrones metiendo sus bonitos billetes falsificados en camiones para llevarlos al mercado, por así decirlo. En esta ocasión, le gustase o no, la Administración tuvo que creemos.

—Supongo que la reacción de esos tipos fue echarse a llorar.

—No, por una vez demostraron tener pelotas. Enviamos una pequeña delegación a Nicosia para entrevistarse en secreto con los iraníes. Les dijeron que, como no se dejaran de bromas, sobre Teherán caerían unos cuantos proyectiles Cruise.

—¿Y ellos dejaron de falsificar dólares?

Lohnes se encogió de hombros.

—Creemos que, al menos, bajaron el ritmo de producción. Pero los del Tesoro están permanentemente sobre alerta, tratando de detectar nuevos dólares falsos. Y ése es el motivo de que te haya llamado. Ayer, al Banco Central de Chipre se le hizo entrega de casi un millón de dólares en billetes falsos.

Duffy lanzó un leve silbido.

—Como es natural, preguntamos a los chipriotas quién había depositado el dinero y, de modo igualmente natural, los chipriotas nos mandaron a la mierda diciéndonos que eso pertenece al secreto bancario. —Ahora en el rostro de Lohnes apareció una expresión de infinita satisfacción, aunque tal vez a un enemigo le hubiese parecido de infinita villanía—. No obstante, lo que sí hicieron fue informar a la policía chipriota.

Ése es el procedimiento habitual.

Se volvió hacia el joven que no había presentado a Duffy al principio de la reunión.

—Lo que ahora vas a oír, Jimbo, es altísimamente confidencial. El programa del que vamos a hablarte es uno de los mayores secretos que alberga este edificio.

El joven parpadeó tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Yo soy el experto en informática del subdirector de operaciones, señor Duffy. La policía chipriota utiliza un programa de *software* llamado Privilege para organizar su base de datos. Ese programa lo hacen en Maryland, al otro lado del río, pero nadie está al corriente de eso. La que lo comercializa como si fuera un producto alemán para los departamentos de policía de todo el mundo es una empresa de Hamburgo. Se hace así para ocultar su origen norteamericano.

Vaya —pensó Duffy—, eso está bien pensado.

—La enorme ventaja de ese programa de *software* es que tiene una puerta trasera, una especie de caballo de Troya, por así decirlo. Eso nos permite obtener acceso clandestino a los ordenadores que funcionan con ese programa. Cuanto tenemos que hacer es acceder vía módem a los ordenadores de cualquier departamento de policía del tercer mundo y, por medio de lo que llamamos una superclave de usuario, podemos bajar todo lo que tienen en su banco de datos sin dejar el menor rastro de que nos hemos infiltrado en sus ordenadores. Es un excelente sistema para conseguir información sobre terroristas de gente que, como los griegos, se muestra muy poco dispuesta a cooperar en asuntos de terrorismo internacional.

—Comprendo que el programa sea alto secreto.

Lohnes intervino:

—Cuando anoche recibimos el informe de que en Chipre habían aparecido esos billetes falsos, nos introdujimos en la base de datos de la policía de Nicosia para ver qué información tenían al respecto. El depósito lo efectuó un excoronel del Ejército Rojo llamado Dimitri Wulff que llegó a Chipre hace cuarenta y ocho horas.

Lohnes hizo una pausa y siguió:

—Y ahora viene lo grave. Buscamos su nombre en el banco de datos de la sede en Moscú. El tipo pertenecía al cuerpo de artillería soviético. Se encontraba destinado en Ulba, Kazakstán, en la primavera de 1992, cuando se estaban retirando de allí los proyectiles nucleares. Por esas fechas el Mossad nos pasó el informe que te mencionó el director.

—¡Cristo bendito! —exclamó Duffy—. ¿Sigue ese tipo en Chipre?

—Por lo que sabemos, sí.

—Tengo que ir allí cuanto antes.

—Ése es su hombre.

Con un casi imperceptible movimiento de cabeza, el jefe de la sede de la CIA en Nicosia señaló hacia el fornido individuo inclinado sobre un plato de *moussaka* que apenas había tocado, sentado en uno de los reservados de la taberna. Junto a él tenía una botella de vodka, a cuyo contenido le había hecho bastante más caso que al de su plato.

—Supongo que acaba de recibir la buena noticia de que su fondo de pensiones va a ser de un millón de dólares menos de lo que él esperaba —comentó Jim Duffy.

—No creo que el banco se haya molestado en comunicárselo. Quiero decir que siempre hay algún simpático tipo que se encarga de dar las malas noticias. —El jefe de la sede dio un sorbo a la cerveza que había pedido para justificar su presencia en la taberna—. Llegó acompañado por una pelirroja, un pimpollo al que él dobla en edad. La chica salió ayer hacia Moscú. Probablemente se dijo que, con un millón de dólares menos en el banco, el tipo ya no iba a ser el tórrido amante que ella esperaba.

Por las ventanas del reservado del coronel, a Duffy le era posible ver las majestuosas murallas venecianas del siglo XVI que rodeaban la parte vieja de Nicosia. Simulando estar fascinado por aquellas viejas piedras, dirigió a su hombre una serie de rápidos y subrepticios vistazos. La capacidad de los coroneles del Ejército Rojo para absorber alcohol era legendaria. Aun así, si el ruso se había metido entre pecho y espalda dos tercios de botella de vodka, por mucho que aguantase debía de estar considerablemente borracho.

Sin embargo, al observarlo, a Duffy le resultó imposible detectar en Wulff indicios de ebriedad. De cuando en cuando, los hombros le temblaban ligeramente, pero enseguida controlaba tales movimientos con los instintivos reflejos del bebedor experto. Wulff poseía una gran cabellera plateada cuidadosamente peinada. Desde lejos, sus cejas, también canosas, parecían cubrirle media frente. Tenía el rostro encendido, probablemente a causa del vodka, y no del contacto con la intemperie. Los hombros eran fuertes e inmensos, lo mismo que el puño que tenía cerrado en torno al vaso de agua situado junto a la botella de vodka.

Duffy se dijo que Wulff era el típico hombre soviético, surgido del proletariado y educado para defender la Gran Revolución Marxista Leninista. Probablemente, se había unido al Ejército Rojo después de ver un montón de películas de propaganda sobre la Gran Guerra Patriótica y, a pesar de lo sucedido desde 1989, o quizá debido precisamente a ello, Wulff seguiría siendo un devoto creyente en la fe soviética. Era como los chiquillos irlandeses educados por los jesuitas que, aunque no volvieran a pisar una iglesia el resto de su vida, llevaban el catolicismo grabado en el alma por toda la eternidad.

Duffy se preguntó cómo abordarlo. ¿Acercándose directamente a él y hablándole? Duffy dominaba el ruso. Había estudiado la lengua en Oklahoma, y ése fue el motivo por el que la CIA se había interesado por sus servicios. Debía de ser el primer jugador

de fútbol americano de la década que hablaba en ruso como un nativo.

Vio que el coronel cogía la botella y, con firme pulso, se servía dos dedos de vodka en el vaso de agua. Hizo girar el licor en el vaso por un momento y luego lo apuró de un trago, al típico estilo del Ejército Rojo.

Duffy se dijo que tenía que tener en cuenta dos cosas. En primer lugar, Wulff debía de sentirse hecho polvo por su desgracia, y ése era el motivo de que estuviera trasegando vodka de aquel modo. A fin de cuentas, el vodka era el principal lubricante de la melancolía rasa, y aquel tipo tenía excelentes motivos para sentirse melancólico. En segundo lugar, ¿sabía el hombre que eran los iraníes los que le habían endosado los billetes falsos? Y, si lo ignoraba, ¿cómo reaccionaría al enterarse? ¿Con incredulidad? ¿Con furia? ¿Estaría lo bastante indignado para contarle a Duffy lo que la agencia deseaba saber?

—Pida algo de comer y una botella de vodka —ordenó al jefe de la sede—. Mientras él termina su botella, yo me echaré algo al estómago.

Veinte minutos más tarde, Duffy vio que Wulff estaba dando fin a la botella. Él cogió la suya y se acercó al reservado del coronel.

—*Mir y drushba*, paz y amistad —dijo, mostrando la botella—. Permítame que lo invite. —Rió cordialmente—. Ése es el espíritu del nuevo mundo, ¿no?

Vertió un par de dedos de vodka en el vaso del coronel y, sin esperar a que el otro lo invitase, se sentó a la mesa del reservado. El raso tenía los ojos enrojecidos. ¿Habría llorado? ¿Por el perdido millón de dólares? ¿Por su pelirroja? Duffy chocó su vaso contra el del coronel.

—A su salud. Bonita isla, Chipre, ¿verdad?

El ruso apuró el vodka de un trago y gruñó:

—Sí, supongo.

—¿Ha venido de vacaciones?

El coronel pareció desconcertado, como si por un momento le costase recordar cuál era el motivo de su presencia en la isla. Y, en cualquier caso, ¿qué demonios le importaba a aquel impertinente norteamericano lo que él hiciera o dejara de hacer? Los norteamericanos siempre andaban metiendo las narices en los asuntos ajenos. Sin embargo, el tipo traía una botella de vodka entera.

—*Da* —admitió de mala gana, sin quitar ojo a la botella—. Estoy de vacaciones.

Con la adecuada mezcla de envidia y admiración, Duffy replicó:

—Vaya, tiene usted suerte. Lamentablemente, yo estoy aquí por trabajo y no por placer.

El coronel se dijo que los norteamericanos estaban siempre obsesionados por el trabajo. Lo que en general solían decir después del «hola» era «¿de dónde es usted?», o «¿a qué se dedica?». Como a él le importaba un bledo de dónde hiera aquel tipo, parecía que lo más oportuno era hacerle la segunda pregunta.

—Soy un experto en dinero.

—¿En ganarlo?

—Ojalá. No. Persigo a los que hacen dinero.

Un resplandor de comprensión iluminó las facciones del coronel.

—O sea que es usted inspector de Hacienda.

Duffy se echó a reír y se acercó más al coronel, como si estuviera a punto de hacerle una importante revelación.

—Soy experto en falsificaciones de moneda y trabajo para el banco Chase Manhattan. Los norteamericanos nos enfrentamos a un terrible problema. —Al tiempo que decía esto, Duffy sacó del bolsillo dos billetes de cien dólares.

El coronel lo miró con recelo, justo la emoción que Duffy deseaba suscitar. Extendiendo los dos billetes sobre la mesa, dijo:

—Este billete —explicó, señalando el primero— es auténtico. Pero este otro —ahora tenía el «superbillete» en la mano— es falso. —Rápidamente, señaló los escasos y casi invisibles fallos del billete espurio—. La mejor falsificación de la historia. ¿Tiene usted idea de quién la hace?

En el rostro del coronel, el recelo había dado paso a la abierta hosquedad. Pese a todo, negó con la cabeza y, por su expresión, estaba claro que su ignorancia no era fingida. Bueno, amigo —pensó Duffy—. Te pondré al corriente, a ver qué tal reaccionas.

—Los iraníes.

—¡Los iraníes! —Sin lugar a dudas, la sorpresa y la conmoción del coronel eran auténticas—. ¡Imposible!

—Lo sabemos con absoluta certeza, amigo mío. Los hacen en Teherán. Han impreso billetes por valor de veinte mil millones de dólares.

—¡Esos cabrones! —El coronel lo dijo con un gruñido tan amenazador que Duffy no necesitó saber más y, con movimiento lento y deliberado, se retrepó en su asiento, se echó de nuevo al bolsillo el billete bueno, conservando la falsificación en la mano, y contempló ésta con fijeza por unos momentos.

—Sí, con estos papeles le han hecho daño a mucha gente. Sobre todo en su país. Han destrozado un montón de sueños.

El coronel, tras servirse un buen trago de vodka de la botella de Duffy, lo apuró de un trago.

—¡Cabrones! —gruñó de nuevo.

—Sí, eso justamente son —dijo Duffy, sonriendo sin la menor alegría. Había llegado el momento de quitarse la máscara—. Coronel Dimitri Wulff, permítame hablarle con toda franqueza.

—¿Conoce usted mi nombre!

—Pues claro que sí. Y también sé que el lunes por la mañana depositó usted cerca

de un millón de dólares falsos en el Sovereign Trust. Y que estuvo usted estacionado en Ulba, Kazakstán, en 1992.

En silbante susurro, el coronel dijo:

—Así que es usted de la CIA, ¿no?

Duffy se encogió de hombros.

—Posiblemente. Pero lo que importa es que ahora su país y el mío son amigos. Podemos colaborar. Usted me ayuda, yo lo ayudo.

—¿Me devolverá mi millón de dólares?

—Me temo que eso va a ser imposible. Ese dinero se convirtió en humo en el incinerador de la embajada. Pero lo que sí puedo hacer es protegerlo de cierta gente. Siempre que usted me diga qué fue lo que les dio a los iraníes a cambio de ese dineral. Cuénteme cómo lo hizo.

—No pienso decirle nada.

De nuevo Duffy se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Es usted oficial de artillería. ¿Ha oído hablar de un canadiense llamado Bull?

—No.

—El tipo estaba trabajando en una pieza de artillería de largo alcance para los iraquíes. Una noche, en Bruselas, lo mataron a tiros.

—¿Quiénes lo mataron?

—Adivine. Dígame algo: ¿se da cuenta de lo cerca que estamos de Tel Aviv? A sólo veinte minutos de avión. Suponiendo que fueran los judíos quienes liquidaron al señor Bull, ¿cómo cree que reaccionaría el Mossad si se enterase de que el coronel Dimitri Wulff, que vendió cabezas nucleares a los iraníes, se aloja en la habitación trescientos seis del Holiday Inn de Nicosia? ¿Cree que le sería a usted posible gastarse seiscientos mil dólares en, digamos, un par de horas, antes de que lleguen los agentes del Mossad?

—Es usted un hijo de puta, como todos los norteamericanos.

—No le digo que no, amigo mío. Pero si usted me habla sobre esas armas nucleares que les vendió a los iraníes, yo me olvidaré de que lo he visto. De lo contrario, tal vez opte por decirles a mis amigos del Mossad dónde pueden encontrarlo. Usted decide. —Duffy sirvió más vodka a Wulff—. Tome, beba. Le ayudará a pensar.

—¿Por qué cree que les vendí armas nucleares?

—Porque no imagino a los ayatolás pagando un millón seiscientos mil dólares por unos cartuchos de dinamita.

El coronel apuró el vodka que Duffy le había servido. Sus hombros comenzaron a oscilar de nuevo, pero esta vez el ruso no hizo nada por controlar el movimiento.

—¿Dónde se pusieron los iraníes en contacto con usted? —insistió Duffy—. ¿En Ulba?

—No. Fue cuando me encontraba de permiso en Almaty.

Pese al vodka que le nublabla el cerebro, el coronel revivió la escena con toda claridad. Había asistido a la recepción de la recién inaugurada embajada. Vestía su uniforme de gala y llevaba todas sus condecoraciones. Los dos iraníes se acercaron a hablarle y lo trataron con un respeto y una deferencia que, en Moscú, rara vez se mostraba ya hacia los coroneles del Ejército Rojo. El de más edad, al que el otro llamaba «Profesor», era un hombre elegante y bien vestido, pese a tener barba de tres días. Como buen musulmán, estaba bebiendo zumo de fruta.

Más tarde, cuando ya se retiraba, el Profesor se acercó otra vez a él.

—Desearía verlo de nuevo, coronel —dijo—. Aunque sería mejor en un lugar más discreto.

Al no contestar Wulff, el Profesor continuó:

—Mañana pienso visitar la catedral de Zenkov. Insólito para un musulmán, ¿no? Luego, a las dos, estaré sentado en un banco del parque Panfilov, frente a la entrada de la catedral. Estoy seguro de que lo que voy a proponerle le interesará a usted mucho.

Wulff acudió a la cita.

—Una obra de incomparable belleza —dijo el Profesor, señalando la fachada blanca y rosa de la catedral—. La iglesia de madera mayor del mundo. Y fue construida sin utilizar un solo clavo. Una proeza que, como ingeniero, no puedo dejar de admirar.

Wulff no contestó. Tenía por norma dejar que fueran los otros quienes hablaran.

—Sería una lástima que un edificio tan magnífico fuera destruido... como tantas otras cosas de su gran país. —El Profesor dedicó diez minutos a lamentar el colapso de la URSS, pese a lo raro que resultaba tal lamento en un musulmán devoto—. Su mundo se está derrumbando en torno a usted, querido coronel, el mundo en que usted creía y al que con tanta fidelidad sirvió. Los que ahora mandan en Moscú se proponen echar a los que son como usted al cubo de basura de la historia. —El hombre continuó, haciendo un retrato dolorosamente exacto de Rusia y del futuro del coronel. Luego propuso la solución, el modo mediante el cual el coronel podría librarse de la miseria que le aguardaba.

—¿Qué deseaba conseguir? —preguntó suavemente Duffy—. ¿Cabezas nucleares para misiles balísticos de medio alcance?

El coronel desechó tal fantasía con un movimiento de la mano.

—Esas cosas, yo ni siquiera las había visto.

—¿Y proyectiles nucleares de artillería? Eso sí que lo había visto.

El coronel miró a Duffy con una mezcla de odio e impotencia.

—Sí, claro que sí. Eran mi especialidad, como usted sin duda sabe.

A Duffy le era indiferente el odio de Wulff; pero la impotencia sí le interesó.

—Bueno, ¿cuántos le vendió?

—Tres.

—¿Le fue difícil sacarlos a escondidas?

El coronel rió secamente y se sirvió más vodka.

—Fue sencillo. En aquellos días, todo andaba manga por hombro. Nuestro proyectil nuclear lleva dos bandas rojas en torno a la vaina para distinguirlo de los proyectiles convencionales. Cogimos tres proyectiles del arsenal de explosivos convencionales, les pintamos las bandas, y los cambiamos por tres proyectiles del arsenal nuclear.

—¿Le ayudó alguien?

—El sargento de guardia.

—¿Y cómo los sacó?

—Fue sencillo. Yo era responsable de la seguridad del arsenal nuclear. Una noche, mientras el sargento vigilaba, los metí en mi coche oficial y me fui con ellos.

—Dígame algo, Dimitri: ¿no le preocupó la idea de que algún día aquellos proyectiles fueran utilizados contra ustedes?

—Está usted loco. A los iraníes jamás se les ocurriría hacer esa locura. Los querían para utilizarlos contra los judíos.

Por el tono con que el coronel lo dijo, fue evidente que, como ocurría con muchos rusos, el antisemitismo estaba profundamente acendrado en él. El uso que sus benefactores pudieran llegar a hacer de los proyectiles no le preocupaba en absoluto.

—Así que tuvo una entrevista en plena noche con el tal Profesor, y le hizo entrega de los proyectiles, ¿no?

—Exacto. Nos encontramos en una carretera de la estepa. Él y dos de sus hombres sacaron los proyectiles del coche. Luego el Profesor me entregó un maletín en el que, supuestamente, había dos millones de dólares. Cuatrocientos mil para el sargento y el resto para mí. ¡Cabrones! Casi todo el dinero era falso.

Duffy respondió con una risa carente de alegría.

—¿Qué quiere usted que le diga, amigo? La vida es una mierda.

Las conferencias de delegados en circuito cerrado son una innovación bastante reciente en los centros de crisis de Washington. En principio, se idearon para mantener al cuerpo de prensa de la Casa Blanca en la ignorancia de que se estaba cocinando una crisis, evitando el desfile de altos dignatarios que llegaban a la Casa Blanca en limusinas, un espectáculo que, para los reporteros, era indicio seguro de que algo grave estaba ocurriendo.

La conferencia de delegados comunica por medio de un circuito de televisión cerrado y seguro a los jefes de todos los departamentos de la agencia implicados en la seguridad nacional: Estado, Defensa, Alto Estado Mayor, la CIA, Justicia y el

Consejo de Seguridad Nacional (NSC). Las reuniones las preside el consejero de seguridad nacional o su representante desde la sala de conferencias de la NSC en el sótano de la Casa Blanca.

Las conferencias resultaron un método de trabajo tan eficaz que actualmente se han convertido en algo cotidiano, con crisis o sin ellas. En la tarde del día en que regresó de Chipre, Jim Duffy fue llamado a participar en una de ellas al lado del subdirector de la agencia.

—El primer asunto de nuestra agenda constituye un grave riesgo para la seguridad nacional —anunció el consejero de seguridad nacional, comenzando la conferencia en un tono adecuadamente solemne. Mirando el rostro del subdirector de la CIA, que aparecía en uno de los monitores, dijo—: Cuéntalo tú, Harry.

El aludido replicó:

—Como muchos de ustedes ya saben, llevamos algún tiempo preocupados por un informe según el cual los iraníes consiguieron hacerse con tres artefactos nucleares en Kazakstán en la época en que los soviéticos estaban desmantelando los arsenales nucleares de la zona. Pese a todos nuestros esfuerzos, en los que desplegamos nuestros mejores recursos técnicos y humanos, no nos fue posible establecer si el informe era falso o verdadero. Lamento comunicarles que tenemos pruebas concretas e incontrovertibles de que el informe es sin duda cierto. Los iraníes poseen tres proyectiles nucleares de artillería de ciento cincuenta y dos milímetros. Se los vendió un coronel renegado del Ejército Rojo. —Volviéndose hacia Duffy, dijo—: Cuenta a nuestros amigos lo que descubriste, Jim.

Cuando Duffy hubo terminado su informe, en el sistema de audio se produjo un reflexivo silencio. Luego, el subsecretario de Estado dijo en un susurro:

—¡Cristo! ¡La peor pesadilla del presidente se ha hecho realidad!

—He pedido al doctor Leigh Stein, experto en armas nucleares de Los Álamos, destinado actualmente en el Departamento de Energía, que se conecte con nosotros y nos aclare el significado de este suceso —anunció el consejero de seguridad nacional—. Cuando quiera, Leigh.

Un hombre calvo y de gruesas gafas, con todo el aspecto de un profesor dispuesto a dar clase a un grupo de escolares particularmente lerdos, apareció en el monitor del Departamento de Energía.

—Por lo que sé, esos proyectiles pertenecían sin duda a la última generación de artillería nuclear soviética, y emplean plutonio dos tres nueve como material fisionable.

—¿Cuál es su fuerza explosiva? —preguntó el subsecretario de Estado.

—En su actual estado, no mucha. Esas anuas están diseñadas para ser utilizadas contra grandes formaciones blindadas. Quiero decir que no van a desperdiciarse usándolas contra un pelotón de infantería. Su potencia es de pocos kilotones.

Aunque Stein no podía ver a todos los miembros de su audiencia adivinó el alivio que sus palabras les habían producido. Idiotas. No tenían ni idea de armas nucleares.

—He dicho «en su actual estado», caballeros. La verdad es que no me imagino a los iraníes metiendo esos proyectiles en un obús y disparándolos contra alguien. ¿Contra quién? ¿Contra los pescadores del mar Caspio?

—¿Contra quién cree que los pueden usar? —La pregunta la hizo el consejero de seguridad nacional, con evidente inquietud.

—Sospecho que lo que harán será extraer los núcleos de plutonio de los proyectiles y, con ellos, tratarán de fabricar un artefacto capaz de generar una explosión muchísimo más fuerte.

—Fuerte, ¿hasta qué punto?

—Si utilizan el berilio que supuestamente tienen, inmensamente fuerte. Si pueden configurarlos para una explosión nuclear de máxima eficiencia, podrían alcanzar hasta treinta kilotones, suficientes para borrar cualquier ciudad de la faz de la Tierra.

Entre los invisibles oyentes del doctor Stein, algunos respingaron de honor, y otros mascullaron ahogadas maldiciones.

—Pero... ¿están los iraníes en condiciones de hacer eso? —quiso saber el consejero de seguridad nacional—. ¿Poseen los medios y la sofisticación necesarios?

De pronto, en el monitor del Departamento de Energía apareció una atractiva mujer, dispuesta evidentemente a responder la pregunta. Se trataba de la doctora Jean *Rocky* Robotham, titulada en física nuclear por la Universidad de Michigan, subsecretaría de Energía. A sus 42 años, era uno de los físicos nucleares mejor cualificados del país, aunque poseía una cordialidad y un encanto que hubiera envidiado cualquier presentadora de coloquios televisivos.

—Es frecuente detectar en los occidentales una cierta arrogancia que parece ignorar el hecho de que el tercer mundo está lleno de científicos de gran talla perfectamente capacitados para producir sus propias superarmas. Intellectualmente, la infraestructura científica iraní es muy superior a la iraquí, y recuerden lo cerca que estuvieron los iraquíes de llegar a producir armas nucleares.

La mujer hizo una pausa. El anterior cargo de la doctora Robotham había sido la dirección de los equipos de detección nuclear del Departamento de Energía. La pesadilla que ahora los ocupaba había sido la constante preocupación de la mujer durante cinco años.

—La barrera que impedía a naciones como Irán o Irak conseguir sus propias armas nucleares había sido siempre la dificultad de conseguir material fisionable. En este caso, tal barrera ha desaparecido. Ahora lo único que les hace falta es dinero y los medios para conseguir en Occidente equipamientos de alta tecnología. Los medios intelectuales ya los tienen.

El consejero de seguridad nacional quiso saber:

—¿Cómo pueden lograr sus propósitos, doctora Robotham? ¿Y qué podemos hacer nosotros para impedirselo?

En la pantalla aparecieron dos caras, la del doctor Stein y la de la doctora Robotham. La admiración con que Stein miraba a su colega no era tan sólo científica.

—¿Por qué no les cuentas cómo funcionan esas armas, Rocky? —propuso el hombre—. Tú te explicas mucho mejor que yo.

Su colega mostró en los labios la cálida sonrisa de una Oprah Winfrey ante una pregunta particularmente feliz.

—Muy bien, trataré de no expresarme en términos demasiado técnicos, pero si lo hago no duden en decírmelo. Como el doctor Stein les ha dicho, lo que harán para obtener la máxima potencia explosiva del plutonio dos tres nueve contenido en esos proyectiles será reconfigurarlo. Paso primero: sacarán el plutonio de los proyectiles. Éstos serán de forma elíptica, así que tendrán que fundir el metal para darle forma esférica. Con eso obtendrán unos cinco kilos de metal de plutonio fase alfa, con una densidad de 19,86 gramos por centímetro cúbico. Eso, señores, es plutonio del mejor. Luego deberán establecer con extraordinaria precisión la ubicación exacta de una serie de puntos de detonación que se deberán colocar en torno a los perímetros de cada una de las esferas que obtuvieron con sus proyectiles. Probablemente, serán necesarios unos treinta puntos.

—¿Realmente los cree capaces de hacer algo así? —preguntó el consejero de seguridad nacional, que poseía amplios conocimientos sobre el diseño de armas nucleares.

—Sí. No será fácil. Se trata de un proceso científico sumamente complejo. Tendrán que efectuar gran cantidad de simulaciones por ordenador para cerciorarse de que lo han calculado bien, pero disponen de los ordenadores necesarios, eso lo sabemos. La tecnología, si se sabe buscar, está recogida en libros que pueden encontrarse en cualquier librería. Les llevará tiempo, pero estoy convencida de que podrán hacerlo.

El consejero de seguridad nacional suspiró, agobiado.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué más, doctora?

—La clave para explotar un núcleo de plutonio es conseguir que detonen simultáneamente los potentes explosivos situados en cada uno de los puntos de detonación, llamados «lentes». —Colocó las manos ante sí, como si estuviera sujetando un balón de rugby—. De ese modo se consigue ejercer una presión totalmente simétrica sobre el plutonio. Cada uno de los puntos de detonación requerirá tres cosas. En primer lugar, el explosivo que ya mencioné. El HMX servirá. Ésa es la parte sencilla, porque se trata de un material sumamente fácil de conseguir.

Como buena maestra, la doctora abrió el cajón de su escritorio para extraer de él los materiales que iba a necesitar para ser bien entendida.

—Para cada uno de esos puntos de detonación, también necesitarán dos piezas de alta tecnología bastante sofisticadas.

Mostró un pequeño bulbo de cristal del que pendían tres cables.

—Esto es un krytrón. Contiene un gas inerte, ligeramente radiactivo. Para entendemos, se trata de un interruptor eléctrico o, si lo prefieren, de una válvula. Puede que algunos de ustedes tengan edad suficiente para recordar los viejos retretes que utilizaban nuestros abuelos. Se tiraba de una cadena, y una enorme cantidad de agua caía de golpe en la taza del inodoro. En cierto modo, un krytrón funciona como esas viejas cisternas. Cuando se abre, permite el paso, rapidísimo y sin la menor obstrucción, de una descarga eléctrica de inmensa potencia. Ésa inmensa velocidad es el factor crítico de este artefacto.

Lo depositó sobre el escritorio y mostró a la cámara lo que parecía ser un grueso lápiz.

—Esto recibe el nombre de condensador. Lleva dentro un núcleo central de hilo de cobre que rodea un cable coaxial. Básicamente, un condensador sirve para almacenar en un espacio muy limitado una enorme cantidad de corriente eléctrica lista para ser descargada.

La doctora lanzó un suspiro y dejó el condensador sobre el escritorio, junto al krytrón.

—Lo que los iraníes tendrán que hacer para conseguir su explosión nuclear es colocar con gran exactitud un krytrón y un condensador en cada uno de los treinta y tantos puntos de detonación. Luego se conecta todo a un relé eléctrico dispuesto para lanzar una descarga eléctrica en respuesta a una señal de radio, o a un cambio en la presión atmosférica si se trata de una bomba, o a un temporizador, o a lo que sea. Así que en cada uno de los treinta puntos de detonación hay un condensador unido a un krytrón unido al explosivo, ¿de acuerdo? Cuando se produce la descarga eléctrica, lo que sucede es que las válvulas de los treinta krytrones se abren simultáneamente. Cuando eso ocurre, la carga de veinticinco mil amperios almacenada en cada uno de los condensadores unidos a los krytrones se desencadena, pasa a través del gas inerte de los krytrones, y alcanza con inmensa fuerza el explosivo de cada uno de los treinta detonadores. La clave del proceso es la increíble velocidad, pues todo ocurre en cuestión de nanosegundos, en un espacio de tiempo tan breve, que la mente humana ni siquiera es capaz de concebirlo. Pero lo fundamental es que todos los detonadores estallan en el mismo preciso instante, con lo cual se consigue la perfecta sincronización necesaria para provocar una explosión nuclear.

Una sonrisa de circunstancias cruzó por los labios de la doctora, señalando el final de su pequeña disertación.

—¿Dónde pueden hacerse los iraníes con esos krytrones y condensadores? ¿Hasta qué punto les será difícil conseguirlos? —quiso saber el preocupado consejero de

seguridad nacional.

—Eso es muy difícil decirlo. —De las atractivas facciones de la doctora Robotham había desaparecido la sonrisa—. Aquí en nuestro país, quienes los fabrican son EG&G y Maxwell Technologies en Massachusetts y CSI Industries en San Diego. No creo que esas empresas deban preocuparnos.

—¿Y en Europa?

—Alemania, Suiza, Francia, el Reino Unido.

—Los alemanes son quienes se llevan la palma en lo de vender alta tecnología a la gente indebida —gruñó el subsecretario de Defensa.

—Sí —apostilló su homólogo de la CIA—, y los suizos le venden a cualquiera cualquier cosa. Para algo son neutrales, ¿no?

—Lo malo es que uno y otro artilugio tienen otros usos que son perfectamente legítimos. —El doctor Stein había tomado el micrófono del Departamento de Energía de manos de la doctora Robotham—. Los condensadores, por ejemplo, se utilizan para la fotografía ultrarrápida, y los krytrones para cebar los láseres de dióxido de carbono de alta energía. Eso dificulta controlar su venta y su uso. Particularmente, como usted ha mencionado —lo dijo señalando al subsecretario de Defensa—, en ciertos países.

»Sin embargo, los krytrones y condensadores necesarios para detonar una bomba nuclear deben tener unas especificaciones sumamente precisas. Por ejemplo, para poder utilizarlo en una bomba, un krytrón debe tener una velocidad de actuación increíble, digamos de diez nanosegundos como máximo. Eso es lo que indica para qué quiere el comprador tales artilugios.

—Doctor Stein... —el consejero de seguridad nacional había vuelto a tomar la palabra—, ¿cuántos de esos chismes van a necesitar? ¿Y cuál será su precio?

—Les harán falta al menos noventa krytrones y noventa condensadores. Más, pongamos otros treinta de cada uno como mínimo para experimentar y cerciorarse de que la cosa funciona. Así que digamos unos doscientos o doscientos cincuenta. Les costará varios miles de dólares cada uno. Y a eso hay que añadir lo que paguen en sobornos. El presupuesto total no bajará de tres o cuatro millones de dólares.

—¿No hay forma de reducir el presupuesto? ¿No pueden montar sus bombas sin necesidad de todos esos chismes?

—Bueno... —La doctora Robotham midió con gran cuidado sus palabras—. Es posible, simplemente posible, montar un circuito detonador menos complicado que el que les he descrito, pero la técnica y los trucos necesarios para ello no se encuentran en la bibliografía pública. Haría falta un diseñador de bombas muy experto y, también, algo llamado cañón de neutrones, un artefacto sumamente sofisticado y extremadamente difícil de utilizar adecuadamente para la detonación de un artefacto nuclear. —Hizo una pausa—. Así que mi respuesta es no. Estoy absolutamente segura

de que utilizarán el sistema que les he descrito hace unos momentos.

—Y, suponiendo que sean capaces de montar una bomba nuclear, ¿cómo la llevarían a su destino?

La contestación del doctor Stein no tuvo nada de tranquilizadora.

—Como les diese la gana. Es algo que cabe en uno de esos misiles Shahab 3 que están perfeccionando o en el compartimiento de bombas de un avión.

—¿Qué tamaño tendría la bomba y cuánto pesaría?

—El peso sería de menos de doscientos kilos. En cuanto al tamaño, cabría en una caja grande.

—O sea que, si les diera la gana, podrían meter el maldito chisme en el maletero de un coche.

—Pues sí. Y también podrían dejar el coche aparcado en cualquier sirio y hacerlo detonar por radio.

El consejero de seguridad nacional sacó un pañuelo y se lo pasó por la sudorosa frente. Volviéndose hacia el subsecretario de Estado, preguntó:

—¿Cómo interpreta su departamento la situación?

—Es importante saber que los iraníes tienen ya ese plutonio. Y acepto la exactitud de cuanto nos han manifestado nuestros asesores científicos. En lo que no estoy tan de acuerdo es en que esa gente vaya a ser tan loca como para hacer uso de un arma así. En estos momentos, Irán es un hervidero. El viejo celo revolucionario ha desaparecido. La corrupción está generalizada en todos los estratos de la sociedad, desde los *mullah* hasta los campesinos. La mitad de los bienes de consumo entran en el país de contrabando y por medio de sobornos. En Teherán, las clases alta y media hacen en sus casas lo que les place. Beben. Bailan. Pagan a la Pasdaran, la milicia religiosa, para que mire en otra dirección. En las altas esferas existe un núcleo cada vez mayor de lo que podríamos llamar pragmáticos que intenta sacar al país de su aislamiento económico y político. Los del Departamento de Estado no nos imaginamos a esos tipos haciendo uso de artefactos nucleares.

—Bueno, la agencia interpreta la situación de modo muy distinto —anunció el subdirector de la CIA. La cosa no tenía nada de insólito, desde luego. Ambas organizaciones rara vez veían el mundo a la misma luz—. Lo que en nuestra opinión se está produciendo en Irán es una intensa lucha por el poder entre los llamados pragmáticos y los *mullah* duros. Esas bombas pueden ser lo que los *mullah* necesitan para que la lucha se decante en favor de ellos. Existe un poderoso núcleo de fanáticos que se congregan en torno a Alí Jameni y que están dispuestos a cualquier cosa con tal de evitar el acceso de los pragmáticos al poder. El ayatolá dejó sentado un principio cardinal para el Gobierno de Irán: son los *mullah* quienes tienen el poder político supremo para gobernar el país según los dictados del Corán y la Sharia, la ley islámica. Eso es algo a lo que los *mullah* jamás renunciarán. En estos momentos,

organizan sus actividades terroristas con plena independencia de Jatamí y de los llamados pragmáticos. Nadie echa ni un vistazo a lo que están haciendo. Se me escapan por completo las razones que puede tener nadie para pensar que los *mullah* no van a utilizar esas bombas como medio de afirmar su indiscutible poder, de demostrar al mundo musulmán que son ellos y sólo ellos quienes tienen la fuerza y la energía necesarias para acaudillar el radicalismo islámico. Si los científicos les dicen «adelante», ellos encontrarán el modo de hacer uso de esos malditos chismes, pueden creerme.

El consejero de seguridad nacional emitió un sonido mezcla de suspiro y gemido.

—Señor Duffy, le felicito. Nos ha prestado un gran servicio al ponemos al corriente de lo que ocurre, por ingrato que nos resulte. Los antiguos griegos atravesaban con una lanza el pie de los portadores de malas noticias, pero yo me limitaré a rogarle que nos exponga su opinión sobre las consecuencias de lo que ha averiguado.

—Me parece que la cuestión más importante ni siquiera la hemos tocado.

—¿Ah, sí? —De la voz del asesor había desaparecido todo rastro de cordialidad—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que cómo vamos a averiguar dónde han metido esos condenados chismes. No podemos quedarnos cruzados de brazos mientras ellos hacen todas esas cosas que los expertos nos acaban de describir. Debemos averiguar dónde demonios tienen escondidos esos chismes e ir a por ellos, no vaya a ser que una buena mañana, al despertamos, nos enteremos de que una bomba atómica ha detonado en Tel Aviv o en Washington.

—¿Propone que mandemos un contingente de Fuerzas Especiales a recuperar el plutonio? —preguntó el subsecretario de Defensa.

—¿Para qué molestamos? —replicó el subsecretario de Estado—. Averigüen el paradero de esos artilugios, nosotros les susurraremos la dirección a los israelíes y que ellos se ocupen del problema. Como hicieron hace unos años con aquel reactor nuclear de Bagdad. Por cierto, señor Duffy, ¿cómo propone que averigüemos el paradero de esos malditos chismes? Irán es un país enorme, lleno de lugares en los que ocultarlos.

—Sí, los hay a montones —suspiró Duffy.

—¿Qué propone que hagamos? —El asesor no hacía el menor esfuerzo por enmascarar su impaciencia.

—Supongo que lo primero es no contar con que nuestros satélites nos saquen de este apuro. —Duffy aún estaba dándole vueltas al problema, tratando de responder a sus propias preguntas—. Aunque estacionásemos todos nuestros pájaros en una misma órbita fija sobre Irán, no creo que encontráramos ni rastro de esos tres proyectiles nucleares.

—¿Qué me dice de las interceptaciones de la NSA?

Duffy no pudo evitar sonreír ante la pregunta.

—Uf, son divertidísimas. Créame, porque soy experto en ellas. Pero sí, también son una posibilidad, aunque supongo que los iraníes tendrán la prudencia de comunicarse por medios no tecnológicos, o de utilizar un código tan abstruso que no tengamos ni idea de lo que dicen.

Se acarició su cada vez más amplia frente.

—Ya sé que voy a mencionar algo que actualmente no resulta muy popular en Washington; pero creo que esto tendremos que resolverlo con inteligencia humana.

—¿Está sugiriendo que la agencia tiene agentes en Irán que nosotros desconozcamos?

—Ojalá fuera así, pero, como todos ustedes saben, la actual Administración ha reducido salvajemente el presupuesto de la agencia. Nuestro departamento de recursos humanos fue de los primeros en sufrir el golpe.

—Entonces, ¿qué sugiere? —preguntó el asesor de seguridad nacional, tras dirigir una torva mirada a Duffy.

—De las palabras del doctor Stein me ha parecido deducir que esos krytrones son el ojo de la aguja por el que los iraníes tendrán que pasar si quieren conseguir una bomba que funcione. Y tendrán que venir a Occidente a por ellos.

—¿Por qué no a China? —inquirió alguien.

—¿No se ha enterado del lío que tienen los chinos con sus propios musulmanes? —replicó Duffy—. ¿Cree que van a ayudar a fabricar armas nucleares a un puñado de chiflados islámicos? No. A los iraníes no les quedará más remedio que venir a Occidente a por los krytrones. Lo que quisiera hacer, si mi jefe me lo permite —dirigió una mirada al subdirector de la agencia—, es ir a Salem, Massachusetts, y tener una charla con la buena gente que fabrica esos krytrones.

Unas setenta y dos horas después de que Jim Duffy abandonase Chipre, un madrugador que hacía *footing* descubrió el cuerpo del coronel Dimitri Wulff tirado en una cuneta en las proximidades de las viejas murallas de Nicosia. La investigación policial determinó que había muerto a causa de un balazo en la sien derecha disparado a bocajarro por una Makarov del 38, el arma corta reglamentaria del Ejército Rojo. La pistola fue hallada a cosa de dos metros del cadáver del coronel. ¿La había dejado allí el asesino? ¿O la había arrojado el coronel en un último y agónico movimiento después de suicidarse? Ésa fue una cuestión que la policía chipriota jamás fue capaz de esclarecer.

LIBRO CUARTO

La conexión turca

Jim Duffy rodeó el estacionamiento de coches de alquiler del aeropuerto Logan de Boston y enfiló la carretera 1-A en dirección a Maine y New Hampshire. Aunque hacía veinte años que había dejado de fumar, sintió que necesitaba desesperadamente un cigarrillo para aliviar las tensiones que se habían acumulado en su sistema nervioso durante el vuelo desde Washington.

¿Sería aquel viaje una especie de clavo ardiendo al que él se agarraba con la esperanza de conseguir alguna pista que le permitiera localizar los tres artefactos nucleares antes de que los «mulas» los utilizaran? ¿Con qué frecuencia, se preguntó, resultaban de alguna utilidad los clavos ardiendo?

Al pasar frente al desvío hacia el túnel Ted Williams, vio un letrero en el que figuraban los nombres de las localidades que jalonaban la ruta hasta el Nort Shore de Boston: Revere Beach, Lynn, Salem, Marblehead, Newbury Port. Una tenue sonrisa de tristeza suavizó por unos momentos su ceñuda expresión. Marblehead. Newbury Port. Sí, los nombres de aquellos lugares le eran familiares desde hacía mucho tiempo. Eran los lugares de recreo de los padres fundadores de la agencia, tipos como Tracy Barnes, Dick Bissell, C. D. Jackson, Des Fitzgerald... Todos habían muerto, del mismo modo que había muerto el peculiar estilo de la agencia que ellos habían fundado. Constituyeron una élite casi aristocrática, inspirada por el sentido del deber y el servicio a la nación; graduados por Groton y Saint Paul, por Yale y Harvard, hombres que habían recibido mucho de su país y que también estuvieron dispuestos a dar mucho a cambio.

Naturalmente, la mayoría de ellos podían permitirse ser abnegados servidores de la nación. Sus padres habían acumulado fideicomisos, inversiones de óptima calidad, propiedades inmobiliarias de primera... Nada que ver con las hipotecas vencidas, las deudas acumuladas y los hoscos cobradores que aparecieron en la vida del padre de Duffy. Sin embargo, había que reconocer que aquellos tipos supieron hacer las cosas. Ellos marcaron las normas, el tono y la tradición de su pequeña fraternidad: servicio, sacrificio y deber. Y, naturalmente, silencio. Sobre todo, silencio. No como en la actualidad, que uno no podía coger un periódico sin ver en alguno de los titulares las iniciales CIA.

Él y los tipos como Frank Williams pertenecían a la segunda generación de la agencia. No procedían de ninguna de las viejas y prestigiosas universidades, sino de Notre-Dame y de Texas A&M, de Michigan y de Tulane. En vez de azul, la sangre que corría por sus venas era roja, tan roja como solía serlo el color de los saldos de sus cuentas corrientes. Pero Duffy y sus coetáneos recibieron el ejemplo de los padres fundadores, abrazaron sus valores y siguieron su ejemplo.

¿Qué ocurría en la actualidad? Su propia generación caminaba también hacia el ocaso, y probablemente lo mismo ocurría con la agencia que alumbraron los Dulles, los Barnes y los Bissell. Aunque la CIA apenas había cumplido los cincuenta años, en

el lugar ya se percibía el tufillo de la muerte inminente. Ya nadie sabía a ciencia cierta cuál debía ser el cometido de la agencia. En otros tiempos, la palabra «misión» se pronunciaba en los pasillos de Langley con el mismo fervor con el que un sacerdote decía «cuerpo de Cristo» al administrar la eucaristía. Ahora, si alguien pronunciaba aquel término era probablemente para referirse a algún predicador baptista que había montado su carpa junto al monumento a Washington. A los nuevos agentes parecía preocuparles más el estado de su pensión que el estado de la nación. ¿Y qué decir de los jefes? El director de la Agencia Central de Inteligencia se había convertido en material desechable. Sólo Clinton había tenido cuatro.

Sin embargo, si se hacía un examen serio de los problemas del mundo, el planeta seguía siendo un lugar tan peligroso como lo fue en los viejos tiempos de la guerra fría. Los soviéticos, el KGB y los partidos comunistas de los países satélites habían respondido al menos a una cierta lógica y reaccionado con unas normas de conducta razonada. Bien era cierto que se trataba de su peculiar lógica y de sus peculiares normas de conducta, pero, de todas maneras eran sistemas de valores a los que uno sabía que el enemigo iba a atenerse.

¿Qué ocurría en la actualidad? El mundo era asimétrico, y los países de Occidente —y en particular Estados Unidos— eran, con diferencia, el bando más fuerte. Pero los fanáticos que formaban en el otro bando de aquel mundo asimétrico habían llegado a la convicción de que, espiritualmente, eran los más poderosos. Y estaban convencidos de que aquella fortaleza espiritual les confería un poder del que los occidentales, con su idealización del individualismo a ultranza, carecían.

No había más que fijarse, por ejemplo, en los tipos de Hamas detenidos en Brooklyn por el FBI. Lo que habían planeado era meterse con explosivos amarrados a la cintura en una estación de metro abarrotada y detonarlos a fin de matar a un montón de inocentes. ¿Por qué? ¿Pretendían acaso con aquel acto de total irracionalidad demostrar su superioridad espiritual sobre la sociedad occidental? ¿O actuaban movidos por la ciega desesperación de quienes se sienten indefensos y maltratados por un mundo que no siente hacia ellos más que indiferencia?

Duffy meneó la cabeza, bajó la ventanilla y dejó que el gélido aire le refrescara el rostro. Un encapotado y opresivo techo de nubes se cernía sobre el paisaje. A lo lejos, a la derecha, Duffy entrevió las aguas del Atlántico, cuya superficie era tan gris y opaca como las nubes que lo cubrían.

Últimamente, la Casa Blanca, el Congreso, la prensa y la parte pensante del público no hacían más que clamar pidiendo la cabeza de la agencia. Decían que era demasiado grande, demasiado costosa, que ni siquiera podía librar al mundo de Saddam Hussein... pese a que a la agencia le estaba prohibido por ley asesinar a jefes de Estado extranjeros. Las voces críticas afirmaban que ya carecía de razón de ser, que navegaba sin rumbo por un mar de indecisiones.

Bien —pensó torvamente Duffy—, veremos qué pasa si esos enloquecidos «mulas» encuentran el modo de aprovechar sus proyectiles nucleares de artillería y hacen detonar alguno. Seguro que entonces todas esas voces críticas comprenderán en un instante cuál debería haber sido la misión de la agencia. Lo malo era que, si eso llegaba a ocurrir porque a la agencia no le fuera posible frustrar los planes de los «mulas», sería demasiado tarde. Los fantasmas de los padres fundadores que antaño surcaron aquellas aguas con sus botes de goma podían irse despidiendo para siempre de su agencia.

Mientras Duffy meditaba sobre el destino que aguardaba a su agencia, a unos 6500 kilómetros al este, un camión TIR Fruehauf de cinco ejes que llevaba rotulado en los costados el nombre de la TNZ Freight Forwarding Services avanzaba por la carretera que ascendía a las montañas Zaki desde la aldea iraní de Maku. El conductor del vehículo tardó casi una hora en recorrer los veinte kilómetros que separaban Maku de los encalados edificios del puesto fronterizo irano-turco.

Pese a lo tardío de la hora, cuando el camión se unió a la cola, aún había otros camiones TIR esperando para pasar la aduana. Gurbulak era el cruce terrestre oriental más concurrido de Turquía. Un promedio de ochocientos camiones lo cruzaban todos los días, tras pasar una inspección efectuada por media docena de agentes de aduana agobiados de trabajo y mal pagados. A la izquierda del lugar en que el camión de la TNZ aguardaba tumo se alzaba un enorme cobertizo equipado con grúas, cabrias, gatos hidráulicos y otras potentes máquinas de inspección. El cobertizo fue construido y pagado por el Programa de Control de Drogas de las Naciones Unidas, radicado en Viena. Con ello pretendían ayudar a los aduaneros turcos en su cometido de impedir el paso hacia Occidente de la cosecha de los campos de amapolas afganos. Aquella noche, como venía sucediendo desde el momento de su inauguración oficial, el cobertizo estaba desierto.

Con su chófer medio amodorrado por las baladas turcas que emitía la radio del camión, el vehículo avanzaba lentamente en la cola hacia el puesto de aduanas. No había que sobornar a nadie para cruzar la frontera. Eso no era necesario debido a que, para todos los efectos prácticos, los camiones que por allí pasaban no eran objeto de la menor inspección. Un agente de aduanas turco arrancó la primera página del carné internacional TIR del conductor, y luego fue hasta la parte posterior del vehículo para cerciorarse de que el sello de la aduana iraní de las puertas traseras estaba intacto. Luego hizo seña al chófer de que siguiera.

El lado turco de la frontera, un terreno montañoso y poco poblado, estaba bien patrullado por el ejército y la gendarmería turcos, que defendían la zona de las bandas guerrilleras del PKK, el Partido Marxista Obrero Kurdo. En las afueras de Agri, la primera población de su ruta, el chófer se metió en la primera de las *alani*, las áreas

de servicio situadas a lo largo del recorrido de la autopista Transeuropea por Turquía. Allí los conductores podían comer, refrescarse y dormir unas horas en sus cabinas. El chófer se apeó, cerró el camión y luego se metió en el pequeño café para tomarse una taza de té. Cuando hubo terminado se dirigió al teléfono público. Sacó el papel que le habían dado en Zabol, y marcó el número en él anotado para anunciar que había cruzado sin problemas de Irán a Turquía. Al hombre le pareció extraño que, aunque su lugar de destino se encontraba en las afueras de Estambul, el número que le habían dado no correspondiese a Estambul. El código de zona de Estambul era el 212, y el número que debía marcar comenzaba por 05. Debe de tratarse de uno de esos teléfonos móviles, se dijo. De todas maneras, y como esperaba, le respondió un contestador automático. Dejó grabado un breve mensaje y regresó al camión.

—Así es como nos mantenemos en forma —dijo la muchacha con una sonrisa señalando el lejano cuadrado de luz situado al fondo del pasillo en que se encontraban—. Desde aquí hasta el final hay casi medio kilómetro —informó orgullosamente a Jim Duffy.

—¿Cuántas veces al día hace usted este mismo recorrido? —preguntó Duffy.

—No menos de una docena. Seis kilómetros. No está mal. Como ve, la EG and G Electro Optics no necesita disponer de un gimnasio para sus empleados. Aunque tal vez debiera ofrecer patines a los visitantes distinguidos como usted.

EG&G Electro-Optics, la empresa que Duffy había acudido a visitar, era filial de una compañía que había estado íntimamente relacionada con el programa de armas nucleares estadounidense desde la época del Proyecto Manhattan. Sus fundadores eran tres genios de la física, graduados en el MIT, cuya contribución al desarrollo y perfeccionamiento del arsenal nuclear estadounidense había sido inmenso. En la actualidad, la empresa por ellos fundada se dedicaba a una enorme cantidad de actividades ajenas al programa de defensa, desde rayos X y máquinas de diagnóstico hasta aparatos de sellado. Sin embargo, allí, en aquel inmenso almacén situado al borde de la bahía de Salem, la EG&G continuaba fabricando los artefactos ultrasecretos que, en definitiva, serían responsables de detonar las armas nucleares estadounidenses en el ya poco probable caso de que surgiera la necesidad de utilizarlas.

La sonriente guía de Duffy lo acompañó al despacho del doctor Harry Aspen, el jefe de división encargado de supervisar la fabricación de dichos detonadores. Los amplios ventanales de la estancia daban a la bahía, y desde ella se divisaban media docena de veleros que esperaban cubiertos con lonas el final del invierno. Durante la época estival, a Aspen le era posible salir de su oficina a la hora del almuerzo y pasar un agradable rato navegando. Aquello resultaba envidiable incluso para un campesino de Oklahoma como Duffy.

El doctor Leigh Stein, el experto en armas nucleares del Departamento de Energía que había participado en la conferencia de delegados en circuito cerrado cuando Duffy regresó de Nicosia, había concertado la entrevista de Duffy con Aspen. Si bien era casi seguro que Stein no lo había identificado como miembro de la CIA, Duffy supuso que Aspen sería lo bastante avisado para deducir a cuál de las organizaciones de Seguridad Nacional pertenecía su visitante.

—¡Vaya! —exclamó alguien detrás de Duffy—. Un hombre deseoso de aprenderlo todo sobre los krytrones.

Duffy se volvió y se encontró frente a su anfitrión, un hombre desgarrado y con el canoso pelo cortado a cepillo. Sus hombros estaban ligeramente caídos, como correspondía a alguien que había pasado buena parte de su vida ante la pantalla de un ordenador.

—¿Qué tal un café para hacer la lección más llevadera?

Durante unos minutos, como era costumbre hacerlo antes de tales reuniones, los hombres charlaron de temas insustanciales: el pésimo tiempo, el viaje de Duffy desde Logan, lo mal que estaban quedando los Celtics de Boston... Al fin, pasaron a ocuparse del tema de la reunión.

—Bueno —dijo Aspen—. ¿Qué quiere que le cuente sobre los krytrones?

Aunque estaba seguro de que Aspen era de toda confianza, Duffy no estaba dispuesto a revelar a su anfitrión la información reservada referente a los tres artefactos nucleares iraníes.

—En resumidas cuentas, lo que quiero saber es si a los iraníes les resultaría muy difícil hacerse con doscientos de esos krytrones.

El científico de la EG&G sonrió.

—Supongo que se refiere usted a los krytrones que se usan para detonar una bomba nuclear.

—Desde luego.

—Los del tipo que fabricamos aquí son prácticamente imposibles de conseguir.

Por primera vez desde que se había despertado aquella mañana, Duffy experimentó una sensación parecida al alivio.

—Eso, sin duda, resulta tranquilizador. Pero... ¿qué le hace estar tan seguro de que es así?

Aspen abrió un cajón de su escritorio y sacó un bulbo de cristal al que estaban conectados varios cables. Duffy lo reconoció inmediatamente como el artefacto que el doctor Robotham, del Departamento de Energía, había mostrado durante la conferencia de diputados.

—Éste es nuestro krytrón modelo KN22. Es el único krytrón del mercado que posee las características necesarias para hacer detonar una bomba nuclear.

—¿Quiere eso decir que ni los ingleses, ni los franceses ni los israelíes los

fabrican?

—Claro que los fabrican. En pequeños laboratorios gubernamentales cuya producción se destina estrictamente al estamento militar. Los artefactos que fabricamos en este edificio para el Pentágono no se parecen en nada a éste. Ni siquiera reciben ya el nombre de krytrón. Sólo los militares norteamericanos, y absolutamente nadie más, tienen acceso a ellos.

—Pero acaba usted de decirme que ese pequeño chisme llamado KN22 puede hacer detonar una bomba nuclear, ¿no?

Aspen cogió el krytrón, jugueteó unos momentos con él y luego lo entregó a Duffy.

—Pues sí, claro que puede. Lo que este artefacto hace es descargar contra un blanco predeterminado una inmensa cantidad de energía eléctrica almacenada. Su tiempo de subida... así lo llamamos, es tan breve que, comparado con él, un parpadeo dura una eternidad.

El científico señaló el bulbo de cristal.

—Ahí dentro hay un vacío en el que sólo existe un gas ionizado y una fuente radiactiva, el Níquel sesenta y tres.

—Muy bien, pero... ¿por qué a los iraníes no les es posible hacerse con un par de centenares de esos malditos chismes?

—Como ya le he dicho, señor Duffy...

—Jim.

—Nosotros somos la única empresa del mundo que comercializa estos artefactos. Pero nadie nos los puede comprar sin haber conseguido antes una licencia de exportación del Departamento de Comercio. Hay una lista negra de lugares en los que este producto no se puede vender, y puede usted apostar lo que sea a que Irán figura en uno de los primeros puestos de esa lista.

—Sí, doctor; pero el mundo está lleno de gente que se dedica día y noche a idear nuevos métodos para saltarse los controles de exportación norteamericanos.

—Bueno, nunca falta gente que viene aquí tratando de conseguir krytrones. Incluso ha habido chiflados que han venido con grandes fajos de billetes para tratar de comprar unos cuantos directamente. Hablando de los iraníes, hace poco, una compañía londinense llamada Quadro-Bio Systems que, según nos consta, tiene conexiones con Irán, quiso conseguir una cuota de nuestros krytrones. Excuso decirle que los mandamos a paseo. Con gran cortesía, naturalmente.

—Pero cuando alguien acude a ustedes para comprarles esos artefactos después de rellenar debidamente todos los formularios, ¿cómo pueden tener la certeza de que no les está mintiendo?

—Bueno, no podemos tenerla. Esto es una cadena y, como en todas las cadenas, hay eslabones débiles. Cuando alguien nos pide que le vendamos krytrones, tiene que

decimos con toda exactitud para qué los quieren, en qué instrumentos van a usarlos y dónde se proponen utilizarlos.

—¿Y si alguien les explica un cuento chino?

—Bueno, el sistema se basa en gran medida en la honradez de nuestros clientes. Pero el mundo en que nos movemos es muy pequeño. Los usos de un KN22 no son tantos. Láseres de gran potencia para cortar metales. Conocemos a todos los usuarios. Somos recelosos. Naturalmente, el cometido de nuestros representantes es vender, pero ellos saben a qué juego jugamos. Están al corriente de todo lo que ocurre. Sin embargo, existe un factor aún más importante, Jim. Antes me ha preguntado cómo podrían conseguir los iraníes doscientos krytrones, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues nosotros sólo fabricamos un centenar de ellos cada año. Nunca vendemos más de una docena cada vez. Cuatro o cinco son el pedido habitual. Si recibiéramos un pedido de doscientos, comenzarían a sonar timbres de alarma en todo este edificio. —Dirigiendo a Duffy una sonrisa de complicidad, Aspen añadió—: Y sospecho que en otros cuantos edificios de Washington ocurriría lo mismo.

—¿Y éste es el único lugar en que se fabrican los krytrones?

—Exacto. La fabrica lleva aquí treinta y cinco años. Antes de eso, los hacíamos bajo las gradas de Fenway Park.

—¿Fenway Park? ¿Donde juegan los Red Sox? ¿Quiere decir que fabricaban ustedes chismes para hacer detonar bombas atómicas con Ted Williams y Johnny Pesky dándole a la pelota encima de su cabeza?

Aspen se echó a reír.

—No exactamente encima de nuestra cabeza, pero casi.

—¿Qué hay de los rusos? ¿No podrían los iraníes comprarles un par de centenares de krytrones?

—Lo dudo. Según nuestros informes, los rusos han dejado de fabricarlos.

Duffy echó cuentas mentalmente. Una docena o así al año. A ese ritmo, los «mulas» necesitarían un montón de tiempo para conseguir doscientos.

—Me tranquiliza usted, doctor. Parece que los iraníes tienen las cosas mucho más difíciles de lo que yo pensaba.

—Bueno, pues no se tranquilice usted demasiado.

Al oír aquello, a Duffy se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Y eso qué diablos significa?

—Mire, nosotros fabricamos y vendemos estas cosas porque, aunque con ellas se puede detonar un artefacto nuclear, también tiene otros usos perfectamente legítimos. Si a quienes los necesitan para tales usos les resultara imposible conseguirlos, siempre aparecería alguien que los fabricase para ellos. Y tal vez esos fabricantes no mostraran tanto celo como nosotros a la hora de evitar que los krytrones cayeran en

las manos indebidas.

—Ya, pero acaba usted de decirme que no hay nadie más que los venda, así que los iraníes siguen quedándose a dos velas, ¿no?

En el rostro de Aspen apareció la expresión típica de los escépticos profesionales, la de un crítico de arte examinando una obra de dudoso origen.

—No esté usted tan seguro. A ese respecto, tengo mis propios temores. Tal vez los iraníes no nos necesiten para conseguir sus doscientos krytrones. Es posible que los puedan fabricar ellos mismos.

—¿Fabricar krytrones? ¿En Irán? ¿Lo dice en serio? —El asombro de Duffy estaba motivado por su absoluta fe en la supuesta superioridad tecnológica que tenía Estados Unidos respecto al resto del mundo.

—Por supuesto que hablo en serio. Como muchas de las cosas que parecen poco menos que imposibles, fabricar krytrones no es tan difícil. Por suerte, esa circunstancia no es de dominio público. Pero si unos ingenieros mínimamente competentes se hicieran con una docena de esos chismes, mucho me temo que no les costaría gran cosa encontrar el modo de copiarlos. Los japoneses llevan un montón de años plagiando diseños de ingeniería.

Tal revelación le sentó a Duffy como un mazazo, y el hombre pareció hundirse en su asiento bajo el impacto.

—Así que no necesitan doscientos de esos malditos krytrones. Con una docena se las podrían apañar.

—En efecto: para copiarlos, no necesitarían más.

—¿Y dónde pueden conseguirlos?

—Probablemente, el ochenta por ciento de los láseres de alta potencia que podrían utilizar esos artefactos se fabrican y usan en Alemania. Lamentablemente, los alemanes están dispuestos a comerciar casi con cualquiera. Supongo que Alemania es el primer sitio al que los iraníes recurrirían.

Duffy se sintió envuelto por una especie de nube de desilusión.

—Hace unos minutos estaba a punto de decirle que me había usted alegrado el día, pero diría que acaba usted de amargármelo.

—Lo lamento, pero en estas cosas, lo mejor es ser totalmente sincero.

Duffy se puso en pie y miró hacia las grisáceas aguas de la bahía de Salem.

—Doctor, ya sé que se muestran ustedes sumamente cautelosos respecto a la gente que quiere comprarles esos artefactos. Sin embargo, puesto que en estos momentos nos encontramos ante un problema bastante grave, quisiera pedirles que estrechen aún más si cabe la vigilancia. Si en lo tocante a los krytrones detectan ustedes cualquier cosa... y digo cualquier cosa... que les resulte insólita o sospechosa, llamen cuanto antes al doctor Stein y se lo comunican. El sabe cómo localizarme.

—Estaré encantado —dijo Aspen, levantándose también de su sillón.

El Kapali Carsi, el Gran Bazar cubierto de Estambul, rivaliza con los otros atractivos turístico-históricos de la ciudad: la Mezquita Azul y Santa Sofía. Se trata de una ciudad dentro de la ciudad, medio museo, medio mercado, un dédalo de calles y callejas que alberga más de cuatro mil tiendas, centenares de almacenes, una mezquita, diecinueve fuentes y una docena de pozos artesianos, todo ello al cobijo de unos soportales que datan de tiempos bizantinos.

En los polvorientos y umbríos corredores del bazar, el comprador encuentra de todo: desde chucherías que cuestan un par de dólares a brazaletes otomanos de esmeraldas y diamantes que valen una fortuna, cacharros de latón y cobre, muñecos de derviches danzantes, narguiles, pipas de agua, cajas de cedro con incrustaciones de perlas, los feces rojos prohibidos por Atatürk, porcelana de Yildiz, vasos de opalina, monedas de oro con mil años de antigüedad, relojes Patek Philippe recién llegados de Ginebra, alfombras y tapices, amuletos de cerámica blanquiazules que protegen a su portador del mal de ojo y elixires mágicos que hacen fértiles a los estériles.

El bazar es también una inmensa máquina de dinero por la que pasan anualmente más de ocho mil millones de dólares, casi todos ellos en moneda estadounidense o alemana. Si se conoce a un cambista adecuado (*doviz*), uno puede deshacerse de un millón de dólares en efectivo sin dejar rastro de él con la misma facilidad y rapidez con las que cualquier turista puede extraviarse en el laberinto de callejas del bazar.

Como hacía todos los días laborables a las ocho en punto de la mañana, Jaffar Bayhani abrió la puerta de su aparentemente humilde puesto de venta en el Fesciler Sokagi, la calle que albergaba a los miembros del antiguo gremio de fabricantes de feces. De insignificante aspecto, baja estatura y pelo blanco y aparentando tener bastantes más de los cincuenta y dos años que en realidad tenía. Jaffar Bayhani podía resultar físicamente enclenque, pero, en lo referente a mover dinero, era un titán. Desde su anónimo puesto del mercado era capaz de enviar millones de dólares a cualquier lugar del globo.

Bayhani era uno más del millón de iraníes que vivían en Estambul y convertían la ciudad turca en el mayor centro de expatriados iraníes del mundo. Descendiente de una familia de *sarraff*, término farsi con que se designa a los cambistas, instaló su puesto de cambio en el Gran Bazar cuando llegó a Estambul en 1972 huyendo del régimen del shah. El hombrecillo trabajaba sentado a un escritorio de la parte delantera de su tienda, donde todos los transeúntes que pasaban podían verlo. Pero su auténtica oficina estaba en la trastienda, hacia la que se encaminaba en estos momentos. La trastienda albergaba una inmensa caja fuerte, tres aparatos de fax y dos ordenadores, uno de ellos conectado a Internet. Disponía también de seis teléfonos móviles, tres fijos, y un teletipo conectado al servicio de noticias financieras de la

agencia Reuter. Junto al segundo ordenador había un retrato del hombre que seguía siendo guía e inspiración para Bayhani: el ayatolá Jomeini.

Aquel insignificante hombrecillo de desaliñado aspecto, con su barba blanca de tres días cubriéndole las mejillas como la escarcha cubre los campos de trigo, era el eslabón que unía a varios de los principales narcotraficantes de la ciudad con la Pasdaran iraní, que, por un precio razonable, garantizaba el libre paso por sus tierras de la materia prima —morfina base— que los laboratorios turcos de heroína necesitaban para su producción. La gran ventaja de ese modo de operar era que sólo aquel desastrado cambista sabía quiénes eran todos los participantes en el juego: el turco que compraba la base, los pakistaníes que se la suministraban y los iraníes que se ocupaban de que llegase sin contratiempos a Estambul.

Bayhani advirtió el parpadeo de la luz roja indicadora de que había un mensaje en el contestador de su equipo de teléfonos móviles. El mensaje había llegado en el momento esperado. Tras escucharlo, Bayhani consultó sus «archivos», un montón de notas manuscritas repletas de cifras y de signos cuyo significado sólo él conocía, una información tan fácil de descifrar como los jeroglíficos de una tumba faraónica.

Hacia seis semanas que Selim Osman, el mayor de los cinco hermanos que dirigían la organización de tráfico y contrabando de heroína más importante de la ciudad, había acudido a la tienda de Bayhani y efectuado el pedido de la morfina base que en aquellos momentos viajaba por la autopista Transeuropea.

Aquella misma noche, los hombres de Selim Osman descargarían del camión TIR TNZ los 210 kilos de base. Entonces la droga pasaría a ser propiedad de la familia Osman, y el representante de ésta se comprometería al pleno pago de los cuatro mil dólares por kilo acordados, con independencia de lo que ocurriese con la base una vez descargada del camión. Selim había transferido ya un anticipo de 200 000 dólares a la cuenta de Bayhani en las Caimán. Bayhani confiaba plenamente en que Selim enviaría la cantidad restante antes de veinticuatro horas. Luego Bayhani procedería a transferir el total de esa cantidad —menos su comisión de cuarenta mil dólares— a otra cuenta del departamento fiduciario de otro banco de las islas Caimán. Aunque el cambista no conocía la identidad del hombre o los hombres de Teherán que controlaban la cuenta, estaba seguro de que eran, como él, viejos miembros de la Pasdaran. Hombres que invertirían aquellos fondos en la gran tarea de hacer llegar al mundo el mensaje de un renovado, reforzado, orgulloso e iracundo Irán.

Bayhani se enorgullecía de formar parte de aquel movimiento, cuyo avance podía percibir en torno a él en Estambul. En el barrio obrero en que vivía, la inmensa mayoría de los votantes apoyaba al Partido Islámico de la Prosperidad. En aquellos momentos había dos docenas de mezquitas en las que *mullah* formados en Irán predicaban todos los viernes la renovada y militante fe islámica. En el municipio de Estambul regían las normas islámicas, y toda mujer que lo visitase debía presentarse

con el recatado atuendo de las creyentes.

Bayhani había desempeñado un papel vital, aunque invisible, en la implementación de todos aquellos cambios en la secularizada patria de Kemal Atatürk. Algunos de los traficantes turcos que tenía como clientes pagaban la droga en efectivo. Siguiendo órdenes de Teherán, él guardaba el dinero en su enorme caja de caudales. De vez en cuando, alguien aparecía por su puesto, le daba la contraseña acordada por Teherán y le pedía una cantidad equis de dinero.

Bayhani no tenía ni la menor idea de la identidad de su visitante ni de en qué iba a invertir el dinero. Eran hombres que no repetían la visita. Sin embargo, el cambista tenía la certeza de que el dinero se invertía en apoyo de la causa, fuera para sufragar las actividades del ilegalizado Partido Islámico de la Prosperidad o para ayudar a los hermanos iraníes que enviaban a Irán a jóvenes turcos cuidadosamente escogidos para ser adiestrados en el uso de armas y explosivos, en espera del día en que los fieles tuvieran que utilizar tales armas para defender su fe contra los descreídos generales turcos.

Sin embargo, nada de todo aquello ocupaba de momento su mente. Ahora lo que urgía era dar la buena noticia al comprador, Selim Osman. Marcó en uno de sus teléfonos locales el número del Gran Hotel Barcelona de Aksaray, a menos de un kilómetro de distancia.

—Querido amigo —saludó con la alegre voz de una enfermera que anuncia a un padre el nacimiento de su primogénito—, lo suyo ya está en camino. Llegará al punto de entrega mañana por la noche.

Selim Osman recibió la llamada de Bayhani mientras contemplaba desde su ventana del Gran Hotel Barcelona la multitud que atestaba el Pasazade Sokak. Una muchedumbre de rusos, ucranianos, bielorrusos, rumanos y búlgaros iba de tienda en tienda, estudiando las mercancías expuestas, palpándolas, regateando con profusión de ademanes, como un italiano ensalzando las cualidades de su hermana o discutiendo con un policía sobre una multa de tráfico. En los años ochenta, los japoneses y los alemanes, para bien o para mal, habían convertido Bangkok en la meca del «turismo sexual». Lo que ahora llenaba de gente las callejas del Aksaray de Estambul era un nuevo tipo de turismo, el «turismo textil».

Rusia, que en tiempos fuera el rival potencial más temido de Turquía, se había convertido en su principal cliente comercial gracias a las hordas que se movían bajo la ventana de Osman. Cada uno de aquellos viajeros llegaba a Turquía como turista, y se le permitía volver a casa con mil dólares en artículos libres de impuestos. Naturalmente, se llevaban el doble de esa cantidad, y ocultaban el importe real de sus compras por medio de las facturas falsas que los tenderos del Pasazade Sokak les extendían con todo gusto.

El auge de la industria textil había sido una bendición para Selim Osman y sus hermanos, y coincidió con una época de enorme prosperidad en el principal negocio familiar, el contrabando de heroína a Europa occidental. Tal coincidencia les dio la idea de montar, como tapadera ideal para sus actividades, un negocio textil familiar llamado Texas Country Jeans.

Osman se apartó de la ventana y volvió al escritorio de su recargada oficina. Se la había decorado a muy alto precio Gul Oztark, una dama que poseía una gran influencia en la sociedad de Estambul. Ella le había asegurado que la seda tejida a mano y la alfombra de lana del suelo habían estado inicialmente destinadas a una de las 285 habitaciones del palacio del sultán Abdul Mecit en Dolmabahce, y que el tablero de su escritorio estaba elaborado con las maderas de uno de los barcos del emperador otomano perdido en la batalla de Lepanto. Osman jamás había oído mencionar la batalla de Lepanto cuando madame Oztark le vendió el escritorio, pero daba igual. Lo importante era el prestigio que todas aquellas cosas conferían.

En realidad, Osman apenas sabía leer ni escribir. Ni siquiera terminó los estudios primarios en su provincia natal de Lice, en la Turquía suroriental. Jamás había leído un libro, rara vez iba al cine, nunca al teatro y ni siquiera sabía lo que era la ópera. Su máxima proeza intelectual consistía en ser capaz de determinar con una calculadora de bolsillo su margen de beneficio en cualquier transacción.

Eso sí que lo hacía bien. Sus cuatro hermanos menores participaban también, bajo su dirección, en el tráfico de heroína, y cada uno tenía sus responsabilidades nítidamente definidas. El segundo hermano, Hassan, se ocupaba del laboratorio en el que el cargamento de morfina base que iba a llegar durante la noche sería convertido en heroína pura. Refat, el tercer hermano, era el brazo armado de la familia, el ejecutor indispensable en toda empresa criminal que se precie. Se ocupaba de «matar y eliminar». Contrataba a los «perros», los guardaespaldas, organizaba los asesinatos o las amenazas de asesinato y trabajaba con los propietarios y chóferes de los vehículos TIR y de los autocares de turistas que trasladaban a Europa la heroína de la familia. Abdullah, el cuarto hermano, se encontraba afincado en Amsterdam. La familia utilizaba Holanda, con su permisividad para todo lo relacionado con la droga, como almacén en el que guardar grandes cargamentos de heroína. Después serían divididos en alijos menores y más fáciles de ocultar y posteriormente enviados a Francia, España, Alemania y el Reino Unido. El hermano menor, Behcet, vivía en Stoke Newington, Londres, y se le había confiado la tarea de extender a Inglaterra el negocio familiar.

Todos eran multimillonarios y tenían la mayoría de sus millones ocultos en bancos de ultramar, lejos de la impertinente mirada del Gobierno turco. Parte de su dinero lo habían blanqueado comprando propiedades como el Gran Hotel Barcelona de Selim. Hasta el último céntimo de los veintidós millones de dólares que había

invertido en el hotel procedía de los heroinómanos europeos y estadounidenses. Había instalado su oficina en el edificio, consiguiendo así una base prácticamente anónima desde la cual llevar a cabo sus negocios. En el último piso del hotel había cuatro habitaciones dobles que Osman reservaba para unas turistas rusas muy distintas a las que atestaban las calles de Aksaray en busca de prendas de vestir. Se trataba de «Natashas», como él las llamaba en broma, jóvenes rusas que financiaban su estancia en Turquía vendiendo una mercancía bastante más agradable y costosa que los pantalones vaqueros.

El éxito de la familia Osman en el tráfico de heroína no se debía, sin embargo, únicamente a la habilidad comercial de Selim. Los Osman eran kurdos, jefes casi feudales de un gran clan tribal con base en el pueblo kurdo de Tepe, cuarenta kilómetros al este de Diyarbakir. Selim, el mayor de cinco hermanos, se convirtió, a la muerte de su padre en dueño de cincuenta pequeñas aldeas situadas en las colinas de los alrededores de Tepe. Como su padre y su abuelo antes que él, Osman era, en un sentido muy real, el dueño y señor de aquellos aldeanos.

Los hermanos Osman y sus aldeanos siempre habían sido leales al Gobierno central turco de Ankara. Selim despreciaba al Partido Kurdo de los Trabajadores, el PKK, y a sus doctrinas marxistas. No tenía intención de permitir que un puñado de terroristas lo obligara a bajarse de su Mercedes 600 y a ir en autobús como todo el mundo.

Los vínculos de la familia con Ankara se habían reforzado inmensamente en 1990 y 1991. Por entonces, la morfina base que llegaba a Turquía procedente de Irán la controlaban kurdos aliados con el PKK, y los narcodólares que producía el tráfico se invertían en armas, asesinatos, atentados y otros actos terroristas contra Turquía. Viendo que el ejército turco no era capaz de utilizar tácticas lo bastante brutales para acabar con los insurgentes del PKK, el Gobierno de Tansu Ciller decidió utilizar tácticas terroristas contra los terroristas. Persiguieron sin tregua a sus jefes y en particular a los barones de la droga que financiaban sus actividades, y los asesinaron por medio de mercenarios.

Para tales actividades se había formado una organización, la Ozel Harekat, una especie de servicio civil de inteligencia del Ministerio del Interior que reclutaba a gente como los Osman para que les consiguieran los pistoleros necesarios. A cambio, los que facilitaban los pistoleros podían quedarse con la parte del negocio de la heroína controlada por los barones de la droga del PKK que ellos mismos se encargaban de hacer asesinar. La familia también facilitó al Ministerio del Interior más de quinientos jóvenes de las aldeas familiares para que sirvieran como guardas armados y ayudaran a mantener alejados a los agentes del PKK. Ankara agradeció debidamente tales favores.

La segunda gran baza que jugaba en favor de los Osman era un acendradísimo

sentido familiar que se reflejaba en cada uno de sus actos. En todo el mundo, el éxito de la represión del narcotráfico depende de la posibilidad de infiltrarse en las organizaciones de traficantes, y no había organización más difícil de conseguir infiltrarse que la turca. La mafia italiana gustaba de utilizar la palabra «familia» para designar sus bandas de delincuentes, pero el nombre inducía a equívoco. Los mafiosos estaban unidos por el voto de *omertà* (silencio) y lealtad, pero no por lazos de sangre. Las tríadas chinas confiaban en la unicidad de su cultura china, en sus orígenes regionales y en la brutalidad de sus sicarios para proteger a sus clanes de la policía.

Con los turcos, la cosa era mucho más sencilla y eficaz. Si uno no era miembro de la familia en el sentido literal de la palabra, si no era uno hermano, primo, tío o sobrino, no pasaba de la puerta principal. Eso hacía que los esfuerzos de la policía por penetrar en la organización fueran totalmente inútiles.

Los cinco hermanos muy raramente ponían las manos sobre la droga. Los que trabajaban en el laboratorio secreto, los conductores de autobús cuyos vehículos transportaban la droga de la familia nunca eran parientes cercanos, sino leales aldeanos de la zona de Tepe. Hombres que sabían que si los detenían con la droga, los hermanos Osman se ocuparían del asunto en tanto en cuanto ellos supieran mantener la boca cerrada. Si, por ejemplo, el cuerpo de aduanas de su británica majestad descubría un alijo de Osman en uno de sus camiones TIR podía contarse con que el conductor, boquiabierto, replicase: «¿Heroína? ¿En mi camión? ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?».

El hombre cumplía su condena con la certeza de que, en Estambul, su familia estaba perfectamente atendida y su salario le era ingresado todos los meses en el banco. A su regreso, los agradecidos hermanos Osman lo recompensarían por su buen comportamiento regalándole un camión TIR nuevito. En las contadas ocasiones en las que alguien amenazaba con hablar, Refat iba en el negro Mercedes 600 con matrícula «34» de Estambul hasta la remota aldea en que vivían los parientes del insumiso. Por lo general, su aparición bastaba para que la familia convenciera al hombre de que el silencio era el único camino acertado y honorable.

Si el tipo persistía en su actitud, el castigo que aplicaban los hermanos Osman era reflejo de lo mucho que respetaban los valores familiares. Para un turco, su primogénito era lo más importante. La vida de ese hijo significaba más para él que la suya propia o la de su esposa. Así que cuando alguien se rebelaba, era su primogénito el que moría.

Todos ellos llevaban vidas confortables pero discretas. No eran dados al exuberante exhibicionismo de los colombianos como el difunto Pablo Escobar, con su zoológico privado, o como los hermanos Ochoa, con sus enormes fincas llenas de toros bravos y caballos de exhibición. Selim y Refat, el ejecutor, vivían el uno junto

al otro, en villas idénticas de Florya, la más nueva y costosa urbanización residencial de Estambul. Hassan, el encargado del laboratorio secreto familiar, vivía fuera de Estambul, al otro lado del Bósforo, en la ensenada de Izmit. Selim Osman fue quien escogió la enorme casa de madera de cuatro plantas rodeada por cuatro hectáreas de bosques y jardines y la pagó con los beneficios de la heroína. Se trataba de una mansión enorme en la que todos los veranos, durante el mes de agosto, la familia completa se reunía allí, los hermanos, sus esposas e hijos, para pasar unas largas vacaciones que fortalecían el vínculo familiar y les daban la oportunidad de discutir sobre la expansión del negocio. La casa tenía una ventaja adicional. Al estar cerca del laboratorio secreto, en caso necesario Hassan podía seguir supervisando sus operaciones desde ella.

Selim, el mayor de los hermanos, era el que marcaba la pauta de conducta a la que debía atenerse toda la familia Osman. Respetaba casi todas las manifestaciones externas de su fe islámica. Ayunaba durante el Ramadán, lo cual le ayudaba a no subir de peso y a regular sus excesos en la bebida. Acudía al menos un viernes al mes a las plegarias de la mezquita, sobre todo cuando le parecía importante ser visto en los servicios. Sin embargo, rara era la noche en que no paladeaba un par de vodkas y una buena dosis de fuerte vino tinto turco. Y jamás le decía que no ni a una buena salchicha ni a la oportunidad de irse a la cama con la bailarina del vientre más sexy de Estambul.

Se sentía muy unido a su esposa e hijos, en particular a sus dos varones. El divorcio era algo insólito en su círculo de amigos, y la simple idea constituía un anatema para el propio Osman. Eso, sin embargo, no tenía nada que ver con su derecho, su prerrogativa como varón turco, de obtener sus placeres sexuales con quien le apeteciera y donde le apeteciera.

A Osman jamás se le había pasado siquiera por la imaginación que la droga con que traficaba, y que transportaba al cielo y luego al infierno a tantos jóvenes europeos y norteamericanos, pudiera un día afectar a sus propios hijos. ¿Por qué iba a ser así? A fin de cuentas, él era un padre amoroso pero rígido que, a diferencia de lo que hacían los indulgentes europeos y norteamericanos, estaba pendiente de la educación y la crianza de sus vástagos. Ocurría que los narcotraficantes turcos, muchos de los cuales eran amigos de Osman, jamás tocaban el veneno que vendían, y la adicción a la heroína era algo casi desconocido en Turquía.

Osman descolgó uno de los tres teléfonos de su escritorio y llamó al móvil de su hermano Hassan.

—Nuestros tejidos llegan esta noche. Serán doscientos diez bultos.

El hecho de que hubiera diez kilos de más no tenía importancia. El proceso de conversión no era una ciencia exacta, y el peso rara vez era exacto.

—¿Al depósito de siempre?

—Sí. ¿Querrás encargarte de recogerlos?

—Desde luego. Ya le he dicho al Halcón que vaya a supervisar la entrega.

El Halcón recibía tal apodo porque de joven, en la provincia de Lice, su hobby era la crianza y adiestramiento de halcones para cetrería. Era primo de los Osman, lo bastante próximo para ser de confianza y también lo bastante lejano para que, si algo salía mal, para relacionar al Halcón con los cinco hermanos, la policía tendría que poseer no sólo una considerable imaginación, sino también pruebas sustanciales.

—Sería una buena idea que esta noche cenáramos todos juntos. Quizás en Beyti.

Beyti, ubicado en Florya, se especializaba en platos de carne y era unánimemente considerado como el mejor restaurante de su tipo no sólo de Estambul, sino de toda Turquía.

—Lleva también a tu esposa y a los niños.

La oferta de Osman era más una orden que una invitación. En el improbable caso de que las cosas se torcieran durante la entrega de la droga, ¿quién iba a acusar de nada a los hermanos Osman, que habían pasado la velada disfrutando de una reunión familiar frente a docenas de testigos?

Ahora Osman debía pensar en cómo y adónde enviar la carga de morfina base una vez el laboratorio familiar la hubiese convertido en heroína. Como mejor reflexionaba Selim era en la tranquilidad del *hamam*, el baño turco. Además, un vistazo a su reloj le indicó que era hora de comenzar con los placeres del mediodía. Llamó a sus guardaespaldas y al chófer.

Al otro lado del Atlántico, un aburrido Jim Duffy estaba acomodándose en el pequeño cubículo que le servía de despacho. Su «día de vacaciones» en Salem, en Massachusetts, ya había quedado atrás. Se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se puso los auriculares, dispuesto a concentrarse en la pantalla del ordenador que lo conectaba con la central de la NSA. Cuando encendió el aparato, en la pantalla parpadeó una luz roja. El hombre de la NSA encargado de enviarle los textos quería hablar con él.

—¿Duffy?

—No me digas que ya has conseguido efectuar el análisis de voz que necesitábamos y tienes listos los resultados —dijo Duffy—. O quizá tengas para mí una noticia auténticamente buena, como la de que ya no hay más interceptaciones.

—No te preocupes, aún me quedan bastantes. Y no, la lista de espera para el uso de los ordenadores Cray es muy larga, y su petición se encuentra al final de esa lista. —Evidentemente, el sentido del humor no era el rasgo más acusado de la personalidad del comunicante de Duffy—. De todas maneras, he descubierto algo que a lo mejor te interesa.

—Suelta.

—¿Recuerdas que te comenté que el tipo al que escuchamos hablar desde aquel villorrio del Irán oriental estaba llamando a un teléfono móvil de Estambul?

—Sí.

—¿Sabes algo acerca de la clonación de teléfonos móviles?

Duffy se dijo que probablemente estaba hablando con uno de los genios tecnológicos que a la NSA le gustaba reclutar, tipos con doctorados en cálculo avanzado cuya idea de la diversión era quedarse en casa toda la noche tratando de derrotar al programa «Chess Master» de ajedrez de IBM.

—De clonar ovejas, como a *Dolly*, he oído hablar, pero lo de clonar teléfonos no me suena para nada.

—Bueno, pues los móviles clónicos son algo que a ciertos delincuentes muy listos les gusta usar. Lo que hacen es conseguir un móvil robado. Para hacer un clónico, lo único que se necesita en un ordenador portátil normal es el programa de *software* adecuado y otro móvil. Conectas el móvil robado con el ordenador programado con ese *software*, y consigues extraer el NSE, el número de serie electrónico, y el número telefónico, que se encuentran almacenados en un chip del móvil robado. ¿Me sigues?

—Claro.

—Luego conectas tu teléfono nuevo al ordenador, le quitas el NSE y el número telefónico y sustituyes ambos por los que extrajiste del aparato robado. Luego ya puedes tirar a la basura el móvil robado. ¿Entendido?

—Desde luego. Pero ¿de qué sirve eso, si probablemente el dueño del teléfono robado ya se habrá dado de baja del servicio hace semanas? El aparato resulta inútil.

—En efecto: para hacer llamadas, no sirve. Pero el número telefónico del móvil robado sigue ahí, programado en el chip de tu clónico. Si alguien lo marca, el clónico sonará. Así que ya tienes un modo de recibir llamadas que es prácticamente imposible de rastrear.

—Muy bien. ¿Y qué?

—Me puse en contacto con el representante de la NSA en la embajada en Ankara y le pedí que me consiguiera una lista de todos los móviles que han sido dados de baja del servicio en Turquía durante los últimos seis meses debido a robos. ¿Sabes qué descubrí?

—¿Nuestro móvil figura en esa lista?

—Exacto. Pertenece a un agente inmobiliario de Izmit. El hombre informó del robo hace siete semanas. Y nosotros interceptamos una llamada a su móvil hace tres semanas. Es inevitable llegar a la conclusión de que quien está usando ahora ese móvil es un tipo listo que quiere recibir llamadas imposibles de rastrear por medio de un clónico.

—Buen trabajo, querido amigo, muy buen trabajo. Ahora lo que tienes que hacer

es pasar el número de ese móvil robado por los bancos de datos de la NSA para ver si descubrimos algo interesante.

—Sí, eso resultaría muy conveniente, pero ya te he dicho que tenemos que aguardar turno para usar los Cray y los Intel TerraFlops.

—No te preocupes. Yo me encargo de eso.

En aquel mediodía invernal, Selim Osman iba camino de uno de sus lugares favoritos de Estambul, el Mahmut Pasa Hamai, el baño público más viejo de la ciudad, construido en 1476. Los extranjeros no solían ir por allí, y ése era el motivo de que Osman frecuentase el establecimiento.

Como les sucedía a la mayor parte de los otros narcotraficantes turcos, a Selim le incomodaba la presencia de *yabanci*, extranjeros. Si un narcotraficante extranjero llegaba a Cali o a Medellín, en Colombia, para hacer negocios, era una ocasión festiva. Sus anfitriones colombianos lo llevaban a los mejores restaurantes, lo agasajaban, recorrían con él las discotecas y clubes nocturnos y se cercioraban de que el visitante estuviera rodeado de bellas muchachas.

Cuando un turco como Selim recibía la visita de un forastero, se reunía con él a última hora de la tarde en el vestíbulo de algún anónimo hotel de tres estrellas. Café turco era la bebida que se ofrecía al visitante, y si el hombre quería compañía femenina —o masculina—, tenía que pedirla. El anfitrión se ocupaba de que el visitante la consiguiese, pero también procuraba hacerse con un informe sobre las posibles rarezas sexuales del visitante. Nunca se sabía qué informaciones podían resultar útiles.

Como muchos turcos, Osman era un hombre serio, casi torvo, poco dado al humor. Su rostro tenía una permanente expresión desaprobadora, similar a la de un sacerdote que estuviera escuchando una confesión particularmente sórdida. Era más bien rechoncho, y su otrora musculoso cuerpo estaba cubierto por una capa de grasa. Como muchos turcos de su edad, conservaba una poblada cabellera de pelo negro azabache. Los tintes para el cabello masculino eran un producto casi desconocido en las perfumerías turcas.

Su único rasgo distintivo era un tic nervioso bajo el ojo izquierdo cuyo movimiento tendía a acelerarse por las noches, según aumentaba la ingestión de vodka. Otro rasgo notable de Osman eran sus manos, que parecían un par de enormes guantes unidos a las muñecas. Eran gruesas y tenían la parte superior cubierta de vello negro. Los dedos eran cortos y amorcillados. Eran manos heredadas de generaciones y generaciones de varones dedicados al duro cultivo de la tierra.

Un empleado de los baños estaba ya aguardando cuando el Mercedes de Osman llegó al establecimiento. Sonriendo ligeramente, el narcotraficante siguió al empleado al gran vestuario público de los baños donde, como todos los días, habían instalado

un pequeño biombo especialmente para él. Su masajista también lo esperaba.

Osman se desnudó, se puso una toalla en torno a la cintura, se calzó unos zuecos de madera y se dirigió a la «sala fría». En ella también tenía su cubículo privado. La pequeña celda, similar a la de un monasterio, disponía de una pila de mármol en la que corría el agua. Osman se enjabonó y se frotó concienzudamente. Luego pasó a la «sala caliente», donde se tumbó en una mesa de tablero de mármol para que el masajista le trabajara los flácidos músculos. A continuación el hombre lo enjabonó y enjuagó repetidamente con agua caliente, hasta que Osman estuvo listo para relajarse en su sala de descanso privada.

Una vez en ella, cerró los ojos y dejó que cuerpo y mente se relajaran por completo, quedando en el casi perfecto estado de animación suspendida que siempre seguía a su baño. Luego, sus pensamientos se centraron en los 210 kilos de morfina base que, una vez refinados, se convertirían en unos 240 kilos de heroína.

Ya tenía comprador para cincuenta kilos del alijo. Se trataba de un traficante británico, Paul Glynn. Lo malo de Glynn era que, como tantos de los europeos con los que Osman tenía que tratar, pagaba con gran lentitud. Glynn había encargado cincuenta kilos del próximo alijo, y ni siquiera pestañeó cuando Behcet le dijo que el precio sería de 8500 dólares por kilo, más otros mil dólares por kilo por el transporte hasta Amsterdam. Osman había fijado las condiciones de la transacción: Glynn tendría que pagar la mitad del pedido —237 500 dólares— antes de recibir ni un gramo de droga.

Como segunda venta, tenía apalabrados veinticinco kilos con un kurdo de Hamburgo. En este caso no había problema de dinero. El tipo pagaría el importe completo contra reembolso. El kurdo actuaba en nombre del PKK, partido que disponía de una importante red de narcotráfico en Alemania con la que, friéndoles los sesos a los jóvenes alemanes, financiaba la guerra santa en pro de una patria kurda. Osman se pasó una toalla por la cara, cerró los ojos y se concentró en las distintas alternativas que se le ofrecían para colocar los 165 kilos que aún le quedaban y que suponían unos ingresos potenciales de 1 350 000 dólares, cifra que prácticamente representaba el beneficio neto que la familia sacaría de la operación.

La primera y más evidente opción era enviar la totalidad del alijo al almacén de la familia en Amsterdam, donde la droga se encontraría bastante más segura que en Turquía. Una vez allí, el cargamento se dividiría en pequeños lotes que luego se repartirían entre los países próximos a Holanda.

Praga era otra posibilidad. Algunos de sus colegas del narcotráfico estaban comenzando a utilizar la capital checa como centro de distribución para su droga. La policía checa estaba falta de personal, de fondos, de capacitación y, además, cobraba sueldos irrisorios. Sus agentes eran blancos ideales para el soborno. Desde Praga resultaba fácil enviar alijos de veinte kilos cada uno a Europa occidental. El método

para hacerlo era comprar en Polonia un Opel Astra o un Vega robados. En aquel país había más vendedores de coches robados que de coches nuevos. Luego se cambiaban los depósitos de gasolina originales y se sustituían por otros divididos en dos compartimientos, uno para el combustible y el otro para la droga. Luego la carga podía seguir hasta su destino sin problemas. Era muy fácil.

Existía una tercera posibilidad: Estados Unidos. Los turcos y los colombianos se habían reunido en un cónclave secreto celebrado en la ciudad holandesa de Arnhem, al que asistieron dos representantes del cártel de Cali y miembros de cuatro de las doce familias turcas que utilizaban Holanda como base de sus operaciones de narcotráfico. Abdullah, el cuarto hermano de Osman, figuró entre los presentes.

Actuando como si fueran los vicepresidentes encargados de operaciones en el exterior de dos conglomerados multinacionales, los representantes de las dos naciones que dominaban el narcotráfico mundial habían establecido un acuerdo de cooperación y reparto de mercados.

Los turcos se comprometieron a ayudar a los colombianos a mejorar la calidad de la amapola de opio que los latinoamericanos comenzaban a cultivar en las faldas de los Andes. Los turcos también se ofrecieron a ayudar a los químicos colombianos a mejorar su técnica para refinar opio y convertirlo en heroína. Los turcos eran, para la industria de la heroína, lo que los japoneses para la industria del automóvil. Los estrictos controles de producción que imponían hacían que la calidad de su droga fuera buena.

Lo que los turcos consiguieron a cambio fue un acuerdo con los colombianos para iniciar un trueque regular de heroína por cocaína y viceversa, sobre una base de paridad en el precio por kilo. Los colombianos utilizaban como mano de obra para sus redes de distribución a sus miles de compatriotas expatriados en Estados Unidos. Sin embargo, los turcos residentes en Norteamérica eran pocos y, de resultas de ello, los distribuidores de heroína turcos jamás habían logrado poner firmemente el pie en el mercado estadounidense. Por otra parte, Europa occidental estaba llena de turcos, y en el Viejo Continente, excepción hecha de España, casi no había ningún colombiano. En Europa, la principal droga era la heroína. En Norteamérica era la cocaína en forma de crack. Aquella era la ocasión de oro para abrir los dos mercados a ambas drogas.

Osman invirtió casi una hora en tomar varias decisiones. Una vez tomadas, se dirigió al restaurante Facyo, en Tarabya, desde donde se divisaba el Bósforo. Comió solo, como le gustaba, saboreando su plato de fresquísimo pescado mientras contemplaba el tráfico marítimo que circulaba por el brazo de mar que separaba Europa de Asia.

A las tres, fresco, bañado, alimentado y descansado, regresó al Gran Hotel Barcelona, donde aún le quedaba un ritual cotidiano por cumplir. En vez de dirigirse a la planta en que se encontraba simada su oficina, subió en ascensor hasta el último

piso de su hotel. Una vez allí, permaneció unos momentos inmóvil, estudiando las puertas que daban al rellano. Al fin se decidió por una y llamó fuertemente a ella con los nudillos.

Le abrió Irina, una preciosa rusa de pelo rubio platino que le llegaba hasta la cintura. La muchacha se estaba sujetando en torno al esbelto cuerpo los pliegues de una bata azul de seda. Una tenue sonrisa apareció en sus labios cuando vio a Osman en la puerta. Había llegado el casero a cobrarse el alquiler semanal.

—Dadnos una bomba para atárnosla a la cintura —cantaban los jóvenes que se manifestaban en la calle—. Moriremos con una sonrisa, pues ése es el camino más corto al paraíso.

Desde la ventana de su oficina, situada en el tercer piso de un edificio ubicado en el Teherán suburbano, Alí Mohatarian miraba con una sonrisa al pequeño grupo de manifestantes. La contemplación de los relucientes ojos oscuros de los jóvenes lo reconfortaba en momentos de dudas y vacilaciones como los que ahora estaba atravesando. Aquellos muchachos representaban el futuro, eran la vanguardia de una sociedad nueva y mejor, inspirada por la gran Revolución Islámica iraní. Todos aquellos jóvenes estaban dispuestos a convertirse en agentes de la voluntad divina, en mártires, en miembros de una selecta fraternidad. En la élite del país.

Con su habitual ignorancia, la prensa occidental volvería a hablar de jóvenes que se manifestaban suplicando convertirse en «terroristas suicidas». ¡Qué estupidez! El islam condenaba el suicidio. Aquellos muchachos clamaban por convertirse en mártires, no en suicidas. El martirio era un acto que únicamente se podía alcanzar con la sanción de una autoridad religiosa, y aun en ese caso, sólo cuando tenía como propósito socavar la fortaleza del enemigo infiel.

Socavar la fortaleza del enemigo infiel era lo que pesaba en el ánimo de Mohatarian aquella tarde cuando regresó a su enorme escritorio del siglo XVIII, un recuerdo que dejaron tras de sí los anteriores ocupantes del edificio, el servicio de seguridad del shah, la SAVAK. Había convocado para dentro de unos minutos una reunión del Comité de Operaciones Secretas, el Komitete Amaliatoh Makhfi, el órgano más secreto e importante del Gobierno revolucionario iraní. En un sentido muy real, el comité actuaba como supervisor de la organización terrorista más temida del mundo. Su cometido era la eliminación de los enemigos del régimen de los *mullah* tanto en el interior como en el exterior de Irán. Mohatarian se había mostrado implacable en el cumplimiento de esa misión en Europa y Estados Unidos. Sin embargo, ahora el hombre estaba convencido de que el auténtico peligro para el régimen se encontraba en el propio interior del país. El descontento hacia el rígido Gobierno de los *mullah* aumentaba por doquier. La enorme mayoría obtenida por el

presidente Jatamí en las últimas elecciones presidenciales había sido un duro golpe para los hombres como Mohatarian, una devastadora revelación de lo extraordinariamente impopular que se había hecho el régimen islámico. «La revolución agoniza», era la consigna que se susurraba en todas las esquinas de Teherán. Pese a las prohibiciones de los *mullah*, en el país existía un floreciente mercado negro de productos occidentales. En los hogares de los barrios de clase media de la capital, la gente bebía whisky escocés y vinos franceses, las mujeres desechaban sus velos, bailaban, jugaban, veían películas occidentales en sus vídeos. Cuando la otrora temida Pasdaran, la milicia revolucionaria, llamaba ahora a la puerta, no era para aumentar el número de presos de las cárceles de los *mullah*, sino para cobrar un soborno.

El régimen había prohibido las antenas parabólicas para evitar que las malignas y decadentes imágenes de la televisión occidental mancillasen la mente y la moral del pueblo. ¿Qué sucedió? Los contrabandistas comenzaron a introducir parabólicas menores y más fáciles de ocultar y Pamela Anderson se había convertido en una admirada diosa del sexo en la tierra del casto y púdico chador negro.

Sin embargo, lo que era mucho más preocupante era el hecho de que la autoridad de hombres como Mohatarian, que eran la base del régimen *mullah*, estaba siendo puesta en entredicho por los llamados «moderados» que se agrupaban en torno al presidente Jatamí. El propio ayatolá Jomeini había establecido cuáles debían ser aquellos cimientos, y esto quedó bien claro en el artículo cinco de la Constitución nacional: «*Velayat e faqih*», (La tutela del legislador prudente). En el Irán islámico, la autoridad suprema no debía corresponder a un shah, ni a un dictador, ni a un presidente elegido por sufragio, sino al dirigente religioso más destacado e inflexible del país.

¿Cómo se podía ser «moderado» en la lucha contra los enemigos del islam? Si el glorioso experimento iraní de Gobierno islámico friera desbaratado, el descreído mundo moderno aduciría que el islam no era el marco adecuado para el gobierno de los pueblos, de que la *sharia*, la ley islámica, no servía para la administración de la sociedad.

Era necesario algo que salvase la revolución, una triunfal exhibición pública de que, lejos de estar agonizando, se encontraba vibrantemente viva, algo que hiciera que todos se diesen cuenta de que la Revolución Islámica iraní era la clave del futuro del islam y, por consiguiente, del mundo.

Mohatarian se retorció la punta de su largo bigote negro, un abstraído gesto que solía hacer cuando las preocupaciones lo agobiaban. Al hombre le faltaban unos meses para cumplir cincuenta años, y tenía el febril y depauperado aspecto de los auténticos ascetas, de aquellos para quienes los placeres de la vida carecían totalmente de importancia. Recogió sus papeles, dirigió una última mirada de afecto a

los jóvenes congregados en el exterior y salió hacia la sala de conferencias.

Los ocho miembros del comité secreto se encontraban esperando a que él abriera la reunión. Tras tomar asiento, Mohatarian miró a los reunidos y pensó: «si los norteamericanos supieran que estamos reunidos aquí, entrarían misiles Cruise por cada ventana del edificio».

Los presentes eran Rafiq Dost, el mago financiero del régimen; el profesor Kair Bollahi, que había regresado de Europa con un informe sobre los progresos de la Operación Jalid; Sadegh Izaddine, el comandante de la Fuerza de Choque, la *Gouroohe Zarat*; Imad Mugniyah, el líder de la Jihad Islámica, la facción armada de la Hezbollah, y responsable del atentado contra el cuartel de los marines norteamericanos en Beirut, un hombre al que la CIA consideraba su enemigo número uno; el brigadier Ahmed Sherifi, que coordinaba las actividades de la Hezbollah en el golfo Pérsico y había actuado como enlace con los hombres que mataron a diecinueve aviadores norteamericanos en sus cuarteles de Dharan, en Arabia Saudí; Said Djailani, el excombatiente afgano responsable de supervisar la recaudación de los fondos procedentes de la droga que financiaban gran parte de los trabajos de agitación y terrorismo; Ahmed Vahidi, a cargo de la Fuerza Quds-Jerusalén, responsable de la coordinación de los movimientos islámicos en el exterior de Irán que recibían fondos y asesoramiento iraníes, así como de la infraestructura de apoyo necesaria para todas las operaciones de Mohatarian: documentos falsos o auténticos, pasaportes, visados, dinero, casas seguras, armas.

Como era su costumbre, Mohatarian inició la reunión con una evocación de la memoria de su difunto gran líder, el ayatolá Jomeini.

—Hermanos —dijo—. Destruir lo que se opone a nuestro avance supone cumplir la voluntad de Dios. El islam dice: «Matad en nombre de Alá a cuantos puedan desear mataros». No olvidemos nunca las palabras de nuestro gran líder, que en paz descansa: «No me importa que nos comprendan. Lo único que quiero es que nos teman».

Los componentes de su reducida audiencia murmuraron aprobatoriamente *Allah Akhbar!* (¡Dios es grande!), lo mismo que la congregación de una iglesia baptista hubiera respondido con un coro de «amenes» a las exhortaciones de su predicador.

Mohatarian se volvió a continuación hacia Sadegh Izaddine, el comandante de su Fuerza de Choque.

—Hermano, debemos felicitarte a ti y a los miembros de tu organización por un nuevo trabajo bien hecho.

Izaddine agradeció el elogio con una inclinación y, de entre los pliegues de la holgada túnica que cubría su protuberante estómago, sacó una vieja cartera de cuero de la que extrajo un grueso sobre de papel marrón y lo entregó al Profesor, sentado frente a él en la mesa.

—Espero que dentro esté todo lo que necesitas. Mis agentes no tuvieron tiempo de cerciorarse de que no faltaba nada antes de salir de la casa del traidor. Y, francamente, de todas maneras no creo que hubieran comprendido lo que tú andabas buscando.

El Profesor miró la palabra escrita en farsi en la parte delantera del sobre: «Jalid».

—Tus hombres hicieron un gran trabajo.

El Profesor abrió el sobre con nerviosos dedos, fue sacando uno a uno los documentos que contenía y los fue dejando delante de él en la mesa, con la precisión de una abuela disponiendo sobre una repisa de la cocina los ingredientes de su receta favorita.

Cuando hubo terminado, frente a él había ocho gruesos fajos de papel. Algunos de los documentos eran sencillos, pero la mayoría estaban bellamente grabados con vivos colores y abundancia de dorados, y cubiertos de águilas, banderas y graves rostros masculinos, los fundadores de naciones tan diminutas que los hombres reunidos en la sala de conferencias de Fallahian apenas conocían su existencia.

Eran resguardos de acciones, los títulos de propiedad de ocho compañías distintas. Todos estaban extendidos al portador, lo cual significaba que, a todos los efectos prácticos, cualquiera que los tuviera en su poder controlaba la compañía que tales documentos representaban. Procedían de Panamá, de las islas Turcos y Caicos, de las Gran Caimán, de Singapur. Los lugares en que tales compañías habían establecido sus sedes constituían una especie de *Quién es quién* de los centros bancarios extraterritoriales.

Protegidos por estrictas leyes de secreto bancario y con una mínima supervisión de las autoridades monetarias locales, aquellos grandes centros extraterritoriales repartidos por todo el mundo se habían convertido en el refugio del 60% del dinero mundial, en paradisíacas islas para los evasores de impuestos, narcotraficantes, delincuentes, estafadores y terroristas como los ocho hombres sentados en torno a la mesa de Alí Fallahian.

Unidos mediante una grapa a cada fajo de resguardos de acciones había dos documentos. El primero era un mandato de procuraduría que autorizaba a un individuo determinado para actuar con plenos poderes en nombre de la compañía representada. En todos aquellos mandatos de procuraduría figuraba un mismo nombre: Tari Harmian.

El segundo documento era una relación de los activos financieros que poseía cada una de las compañías representadas por aquellos resguardos de acciones: bonos del Tesoro estadounidenses, certificados de depósito en oro, depósitos en efectivo, acciones en compañías que cotizaban en Wall Street, el Stock Exchange londinense, la Bourse parisiense y los mercados de valores de Tokyo, Frankfurt y Singapur. En la mayor parte de los casos, tales activos y acciones eran administrados para las ocho

compañías por el departamento de administración de bienes de un banco de las islas Gran Caimán. Estas islas no eran más que unos insignificantes arenales situados ochocientos kilómetros al sur de Miami. En 1975, las Caimán eran poco más que unos islotes azotados por los vientos del Atlántico. En la actualidad eran el quinto centro bancario mundial, sede de más de quinientos bancos a través de los cuales todos los años pasaba cerca de un billón de dólares, sin que ninguna autoridad bancaria solvente supervisara ninguna de aquellas transacciones. Los departamentos de administración de bienes de los bancos de las Caimán eran como impenetrables blindajes tras los cuales se ocultaba buena parte de las grandes fortunas mundiales. Por comparación con ellos, los bancos suizos resultaban transparentes.

El Profesor conectó su ordenador portátil y comenzó a comparar los activos anotados a nombre de cada una de las ocho compañías. De todos los presentes, el que lo observaba con mayor fascinación era Said Djailani. Éste sabía que buena parte de los millones de dólares que tenían en sus cuentas bancarias aquellas ocho corporaciones eran producto de las tasas de tránsito que él había recaudado por la morfina base que pasaba a través de sus puestos de control camino de los laboratorios de heroína turcos.

Los intereses que el Tesoro estadounidense pagaba por los bonos que obraban en poder de las compañías del Profesor ayudaban a financiar el programa nuclear iraní. Y también el campamento Janta en las afueras de Baalbeck, donde se preparaba a los mejores agentes de la Hezbollah. Y los trabajos en «las bombas atómicas de los pobres» —es decir, las armas de guerra biológica, química y bacteriológica— que se realizaban en el centro médico Imam Reza de Mashad y en Damghan, al oeste de Teherán.

—Te felicito, hermano —dijo el Profesor mientras desconectaba el ordenador—. Está todo. El traidor no tuvo tiempo de cumplir su amenaza.

—¿Cómo han reaccionado en Londres ante la ejecución del traidor? —preguntó Mohatarian al comandante de la Fuerza de Choque.

—Aparentemente, la policía no nos culpa de ella a nosotros. Al menos, eso parece por los periódicos. Sospechan que la muerte está relacionada con algún tipo de delito financiero. O quizá con el narcotráfico.

Fallahian lanzó una seca risa.

—Es lógico. ¿En qué otras cosas piensan esos estúpidos?

Puso las manos sobre la mesa de conferencias, dispuesto al fin a abordar el tema por el que había convocado aquella conferencia secreta.

—Bien, hermanos, hablemos ahora de la Operación Jalid. Profesor...

El Profesor se puso en pie y se dirigió a la cabecera de la mesa, de modo que pudiera dirigirse a los presentes de modo adecuadamente profesoral.

—Como recordaréis por mi último informe, hemos conseguido extraer los

núcleos fisionables de los tres proyectiles nucleares de artillería que obtuvimos en Kazakstán. Como suponíamos, el núcleo era de plutonio doscientos treinta y nueve de muy alta calidad. Cada núcleo pesa cinco kilos y setecientos gramos y fue configurado en forma oval para adecuarlo a su utilización como proyectil de artillería.

El Profesor hizo una breve pausa para cerciorarse de que sus oyentes, legos todos en cuestiones de física nuclear, habían entendido sus palabras.

—Mis expertos en metalurgia han logrado fundir los núcleos ovales para darles forma esférica, lo cual resultaba fundamental para obtener con ellos la máxima fuerza explosiva.

—¿Qué potencia tiene la explosión de la que hablamos? —preguntó Imad Mugniyah.

La bomba que este hombre había hecho explotar en el cuartel de los marines de Beirut había sido la detonación no nuclear aislada más fuerte desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

—Sería posible obtener treinta kilotones de cada esfera. Sin embargo, lo más probable es que sean sólo veinte o veinticinco.

—¿Y eso qué significa? ¿Qué efectos tendría una explosión de esa fuerza sobre una ciudad?

—Significa que una de esas bombas, debidamente colocada, borraría prácticamente a Tel Aviv de la faz de la tierra.

Un reverente silencio, acorde con la magnitud de las palabras recién pronunciadas, acogió tal declaración.

—Al fin —murmuró alguien, rompiendo el silencio—. Al fin tenemos en nuestras manos el medio para destruir a Israel.

—No, todavía no —dijo el Profesor—. Ese día puede llegar, pero aún no ha llegado. Aún tenemos por delante una larga y difícil tarea.

—¿Hasta qué punto difícil? —preguntó Mohatarian—. Es posible que necesitemos tus armas antes de lo que pensamos.

—Eso es imposible decirlo. Pero, desde nuestra última reunión, hemos efectuado grandes avances. Mis expertos en armas han trabajado sin descanso para conseguir un diseño que permita extraer la máxima fuerza explosiva de cada una de esas tres esferas nucleares que os acabo de mencionar. Ésa es la clave de nuestro éxito. Por daros un ejemplo, la bomba que destruyó Nagasaki utilizó menos del dos por ciento de su capacidad destructiva. Mis expertos han hecho pruebas exhaustivas en nuestros más sofisticados ordenadores. Están convencidos, y yo comparto su convicción, de que si logramos montar esas tres esferas de plutonio de acuerdo con su diseño, nos será posible hacerlas explotar con una fuerza auténticamente terrorífica.

—¿Cómo las haremos detonar? —preguntó Mugniyah.

Todo lo referente a la fabricación de armas explosivas le fascinaba.

—Si así lo deseamos, por medio de una señal de radio transmitida a distancia.

—¡Fantástico! —exclamó Mugniyah—. Podríamos llevar las bombas a su destino en un camión, como hice en Beirut.

—Sí, claro que podríamos hacerlo.

—Entonces, si ya tenemos el plutonio y el método para hacerlo detonar, ¿a qué esperamos?

—Nos faltan dos artefactos de alta tecnología que son básicos para el funcionamiento del plan diseñado por nuestros expertos.

—¿De qué artefactos hablas? —preguntó Mugniyah—. ¿Por qué no los tenemos ya? Dinero no nos falta.

—Hacernos con ellos puede ser la fase más difícil de la Operación Jalid —dijo el Profesor—. Mucho más difícil de lo que nos resultó conseguir los tres proyectiles de artillería.

—O pagarlos.

Rió Mugniyah, que había participado en el plan para falsificar un billete de cien dólares. El hombre era un asesino sin escrúpulos, pero no carecía de sentido del humor.

—Los artefactos que necesitamos se llaman capacitores y krytrones —siguió el Profesor.

Por la cara que pusieron todos sus oyentes, quedó claro que ninguno de ellos había oído hablar de tales cosas.

—Bueno, ¿dónde podemos adquirirlos? —preguntó alguien.

—No podemos adquirirlos, porque somos los odiados iraníes y nadie nos los querrá vender —replicó el Profesor—. Los norteamericanos son los únicos que venden krytrones del tipo que necesitamos, y harán todo lo posible por impedir que nosotros los consigamos. Pero... *Insh'alla*, tal vez no consigan evitarlo.

—¿Por qué? —preguntó Mugniyah, receloso.

—De momento, no deseo extenderme más. Pero tengo una idea que tal vez nos permita hacerlos con ellos. Se trata de un plan que requerirá de algún tiempo. Y puede resultar costoso. Afortunadamente, y gracias a nuestro hermano Djailani, el dinero no será problema. Y gracias a nuestro hermano Izaddine, ahora tenemos pleno control sobre nuestros fondos. No deseo pecar de excesivamente confiado, hermanos, pero estoy convencido de que, en poco tiempo, obtendremos lo que deseamos.

Mohatarian meneó la cabeza, como dando la bendición a la profecía que acababa de formular el Profesor. No sonrió. Al más destacado de los terroristas iraníes sonreír le costaba tanto como a una mujer que acabara de hacerse su quinto estiramiento facial.

—Dispondrás de cuanto tiempo necesites, hermano. Tu devoción hacia nuestra gran causa nunca ha Saqueado. Mientras tú te afanas en tu tarea, nosotros debemos

decidir y planear cómo utilizaremos esas espléndidas armas cuando tú nos las entregues. —El hombre se volvió hacia Mugniyah—. Quiero que te dirijas al campo de Janta y escojas a los mejores y más valerosos soldados para que lleven nuestras bombas hasta el propio corazón de las tierras de Israel.

El campo de Janta era el centro de adiestramiento más sofisticado de la Hezbollah. Muchos de los jóvenes de uno y otro sexo que allí se encontraban habían sido escogidos porque no tenían aspecto árabe y porque hablaban con fluidez alguno de los idiomas europeos. En cierto modo, aquélla era la élite de la Hezbollah, jóvenes dispuestos a llegar al máximo sacrificio y que además podían hacerse pasar por alemanes, franceses, españoles o anglosajones.

—Debes comenzar los preparativos del plan, de un plan infalible —continuó Mohatarian—. Israel no debe disfrutar de paz ni de seguridad en la tierra de nuestros hermanos islámicos. Eso que llaman proceso de paz es una completa abominación. Nuestra guerra con Israel sólo terminará cuando Israel haya desaparecido por completo de *Dar el Islam*.

—Antes de dar por concluida esta reunión —intervino el Profesor— deseo tocar un punto clave. Para nosotros, lo más importante es mantener en el más absoluto de los secretos la Operación Jalid. Los únicos que deben conocer la existencia de nuestro proyecto son mis ingenieros y los que nos encontramos en esta sala. Para tratar de nuestro proyecto no debemos hacerlo ni por escrito, ni por teléfono ni por radio. Ni siquiera debemos hablar de él de una habitación a otra de este edificio por el teléfono interno. Los americanos tienen una capacidad endiablada para interceptar comunicaciones. Por fortuna, ahora disponemos de un modo seguro de eludir su vigilancia.

El Profesor procedió a continuación a contar detalladamente el funcionamiento del equipo codificador que había comprado en Suiza.

—Todas las comunicaciones referentes a la Operación Jalid deben hacerse única y exclusivamente por medio de ese nuevo sistema.

—Se hará como dices —asintió Mohatarian—. Y aún más importante, nadie debe hacer mención de nuestro proyecto a ninguno de los moderados que forman en el bando de Mohammed Jatamí. —Dirigiéndose al Profesor, preguntó—: ¿Cuándo regresarás a Europa?

—Salgo mañana para Alemania.

—Que Dios bendiga tu noble trabajo.

La noche ya había caído hacía rato en el Mediterráneo oriental cuando una camioneta Dodge se desvió de la E-80, la Autopista Transeuropea, y entró en la vía de acceso al *alani* —zona de descanso— de Gebeze, cincuenta kilómetros al este de Estambul. El chófer conducía tan despacio que daba la sensación de que intentaba

meter su vehículo a hurtadillas en la enorme explanada.

Poco justificado estaba tal sigilo. El área de descanso, del tamaño de un par de campos de fútbol, se encontraba casi desierta. Media docena de camiones, cuatro de ellos remolques TIR, estaban diseminados por la enorme explanada, y sus oscuras formas parecían elefantes pastando en un claro de la jungla en mitad de la noche. En el borde exterior de la zona de estacionamiento brillaba la débil luz amarilla de la caseta que alojaba los servicios y un pequeño café. Por lo que el Halcón pudo ver cuando pasó frente a ella en la camioneta, la pequeña construcción estaba vacía. Ninguno de los camiones estacionados tenía encendidas las luces de la cabina. Probablemente, todos los chóferes dormían en los camastros de detrás de los asientos. No se veía ni un solo coche privado.

El Halcón encontró el vehículo que buscaba cerca de la salida, apartado del resto de los TIR de la explanada, como un elefante expulsado de la manada por sus compañeros. Rodeó el camión y estacionó de modo que la parte trasera de la camioneta quedase paralela a la parte trasera del TIR.

El Halcón encendió un cigarrillo, se apeó de la camioneta y paseó unos momentos por la zona de estacionamiento, tratando de detectar algún indicio de emboscada policial. La policía rara vez hacía acto de presencia en aquellas áreas, pero cuando uno trabajaba para los Osman no corría ningún riesgo. Sin embargo, lo único que vio fue el lejano brillo de la luna sobre el mar de Mármara.

Tranquilizado, regresó con lento paso al camión de la TNZ, trepó a la portezuela de la cabina y golpeó ligeramente en la ventanilla. Apareció un rostro soñoliento y luego una invisible mano hizo bajar unos centímetros el cristal.

—Naranjas —dijo el Halcón—. Vengo a por las naranjas.

—*Efendim...* —replicó el conductor, y el Halcón supuso que la palabra, que significaba «señor», era todo el turco que el chófer iraní sabía.

«Llevamos dos mil años viviendo junto a estos tipos —se dijo el Halcón—, y aún no somos capaces de entendernos entre nosotros».

Naturalmente, el chófer sabía que transportaba droga, pero no tenía ni idea de dónde estaba oculta. Si lo hubiesen detenido unos agentes de aduana recelosos, él no habría podido decirles nada que los ayudase a encontrarla. El Halcón, sin embargo, sabía exactamente dónde se hallaban las «naranjas», y se encaminó hacia su escondite en la parte posterior del camión. El chófer se durmió de nuevo en el camastro, pues no le pagaban para trajinar con droga.

En la parte trasera del TIR, el Halcón localizó la barra de soporte de las luces, y pasó lentamente las puntas de los dedos por su superficie interna hasta encontrar lo que buscaba, un botón no mucho mayor que el grano de un adolescente. Lo oprimió. El panel que ocultaba la portilla de sesenta centímetros que daba acceso al escondite situado en la parte inferior de la plataforma de carga se abrió. Ahora cuanto tenía que

hacer el Halcón era agarrar los bordes de la bandeja de madera sobre la que estaba la morfina base y comenzar a sacarla de la trampa.

Trabajó con toda la rapidez posible. Aquéllos eran los momentos críticos. Si ahora aparecía un coche patrulla porque un policía deseaba orinar o echar un sueño, estaba perdido. Descargar la morfina base le llevó poco más de veinte minutos. Al terminar, el Halcón volvió a colocar la bandeja en su sitio, cerró el panel y se alejó en su camioneta. No se molestó en despertar al chófer. ¿Para qué?

Tras recorrer unos kilómetros, se salió de la autopista hacia el destino señalado por un indicador de carretera: «*Feribot*», (transbordador). El Halcón había calculado su llegada de forma que su vehículo fuera el último que accediera al transbordador. De este modo podía tener la certeza de que nadie había seguido a su Dodge. También se cercioró de que el suyo fuera el último vehículo que desembarcó del transbordador en Yalova. De esta forma volvió a tener la seguridad de que nadie lo seguía mientras él conducía por la carretera costera que bordeaba el pequeño cabo que penetraba en el mar de Mármara desde Izmit. En la aldea de Taskopru se desvió a la izquierda por el camino de tierra que trepaba por las montañas que se alzaban sobre la ensenada.

El laboratorio estaba a menos de un kilómetro de la aldea de Kabakli Kogu, consistente en una docena de primitivas casas congregadas en torno a la mezquita. Junto a ésta se alzaba un ayuntamiento construido en 1933 para que el *mullah* y sus feligreses se enterasen del nacimiento de la nueva y secular Turquía de Mustafá Kemal Atatürk. El laboratorio en sí ocupaba un promontorio desde el que se dominaban trece hectáreas de tierra baldía. Una docena de mustios manzanos, que un agente inmobiliario con imaginación describió como «huerta», crecía al borde del barranco situado en el extremo del promontorio.

Sin embargo, precisamente en aquel barranco se encontraba el precioso y vital elemento que decidió a Osman a comprar la propiedad en cuanto la vio: un pozo de agua enormemente productivo.

Disponer de agua abundante era un factor crítico para el funcionamiento de un laboratorio de heroína. De aquel pozo, los trabajadores podían sacar toda la que necesitasen para su trabajo sin que a ninguna compañía de abastecimiento de agua le resultara sospechoso un consumo tan enorme para irrigar trece hectáreas de tierra baldía. Una vez usada, podían arrojarla de nuevo a la montaña, donde desaparecerían los rastros de los ingredientes químicos utilizados para el proceso de refinado.

El laboratorio no era mucho mayor que un garaje para dos coches. Los aleros del tejado disponían de bisagras, de modo que pudieran ser levantados durante el proceso de conversión para evacuar los gases nocivos que se producían. El resultado final se parecía tanto a un laboratorio propiamente dicho como una tartana se parece a un Rolls-Royce. Era tosco, primitivo y miserable, y se mezclaba a la perfección con el entorno en que estaba ubicado. Desde 1992, cuando se utilizó por primera vez para

procesar morfina base, el laboratorio había producido cerca de 2500 kilos anuales de droga, dos toneladas y media, una contribución impresionante a las exportaciones anuales turcas de heroína.

El laboratorio contenía un elemento añadido por el propio Osman. Se trataba de un sótano excavado en la falda de la montaña y al que se accedía por una trampilla que, cuando el laboratorio no estaba en funcionamiento, permanecía cubierta de tierra. Era en aquel sótano donde los tres trabajadores del laboratorio guardaban los bidones de 250 litros de anhídrido acético y éter, una mezcladora de las que se utilizaban en hostelería y los barreños de plástico de un metro de diámetro, todo el equipo necesario para el trabajo. Si alguien entraba en el laboratorio cuando éste no se encontraba en funcionamiento, no veía más que un cobertizo de herramientas como tantos otros.

El Halcón se detuvo frente al laboratorio e hizo un cambio de luces. La entrada estaba cerrada por medio de una reja blanca de hierro, la mitad de la cual colgaba como una bandera a media asta de una rota bisagra. Respondiendo a su señal, dos sombras salieron corriendo de la cabaña y fueron a abrir la puerta. El Halcón avanzó con la camioneta por el costado de la cabaña hasta la puerta del laboratorio.

El Halcón se dirigió a la cabaña, dejando que los dos trabajadores se ocuparan de llevar a la mesa dispuesta en el interior del cobertizo los 210 sacos de morfina base de la camioneta. En la sala de la cabaña había otros dos hombres, mirando un vídeo pornográfico alemán en el que todos los gruñidos y gemidos se habían traducido meticulosamente al turco mediante subtítulos. Uno de ellos era el hombre clave de la operación, el químico o «cocinero». Éste era un hombre cercano a la cincuentena, de más de metro ochenta, flaco, con el canoso pelo cortado a cepillo, mejillas hundidas y expresión distante y melancólica. Como todos los cocineros de los laboratorios clandestinos de Turquía, recibía el respetuoso tratamiento de «doctor» y, como casi todos sus colegas, era un adicto sin remedio a la tóxica sustancia que elaboraba. Los vapores que se producían en el proceso de conversión hubieran bastado para drogar a un elefante. Los otros trabajadores podían salir al aire libre de cuando en cuando, pero no el doctor. Él debía permanecer en el cobertizo, supervisando las operaciones, limitando en lo posible la inhalación de los tóxicos gases por medio de una mascarilla quirúrgica. Él y los otros cocineros adictos eran refutaciones ambulantes a la absurda idea de que la heroína fumada no crea hábito.

A causa de su adicción, el doctor, como muchos de sus colegas, cobraba una parte de sus honorarios en efectivo y otra en heroína, una táctica que utilizaban quienes los empleaban para mantenerlos dóciles y manejables entre cargamento y cargamento de heroína.

Nada más absurdo que pensar siquiera que el título de «doctor» implicaba en aquel caso algún conocimiento, por mínimo que fuera, de cuestiones académicas. El

hombre había terminado de milagro la enseñanza primaria. Como la mayor parte de los buenos cocineros turcos, aprendió el oficio siendo niño en la provincia de Lice a fines de los años sesenta, viendo trabajar a otro cocinero, que era además tío suyo. A tales conocimientos prácticos básicos del proceso de conversión de la base en heroína, él, como todos los buenos cocineros, había añadido una particular intuición para el trabajo. Lo mismo que existen *chefs* que parecen materialmente incapaces de elaborar una mala salsa, existen doctores que poseen un genio innato para la conversión de la morfina base en heroína.

En cierto modo, aquel turco semianalfabeto era descendiente directo del padrino de los modernos químicos de heroína, un marino mercante francés carente de toda instrucción llamado Joseph Cesari, santo patrón de la famosa French Connection. En la cocina de una granja de Provenza, a cincuenta kilómetros de Marsella, Cesari producía una heroína que alcanzaba un asombroso 98% de pureza, hazaña que cuarenta y cinco años más tarde pocos cocineros lograban igualar. Cuando, en 1964, la policía francesa descubrió al fin el laboratorio de Cesari, los agentes invitaron a un profesor de química de la Universidad de Marsella a que lo inspeccionase.

—¿Un laboratorio? —preguntó el hombre tras dirigir una desdeñosa mirada a las instalaciones—. Esto ni siquiera es una cocina decente.

Luego le mostraron la fórmula de Cesari para el proceso de conversión. El profesor se rió de ella, diciendo que: «Esto es como lo que utilizaba mi abuela para hornear el pastel de chocolate».

Al ver aparecer al Halcón por la puerta, el doctor detuvo el vídeo pornográfico a mitad de orgasmo y se puso en pie.

—Bueno, ¿cuándo empezamos?

—Cuando gustes.

El doctor cogió un reloj despertador, lo sincronizó con su propio reloj y luego salió por la puerta hacia el cobertizo. El proceso que iba a iniciar duraba veinticuatro horas y constaba de diecisiete pasos distintos. Una vez empezado, no podía interrumpirse sin perder toda la droga que se estaba cocinando.

El doctor comenzó pesando en su balanza cuarenta de los sacos de un kilo de la base obtenida por Ghulam Hamid, para verificar la exactitud del peso. Luego arrojó su contenido en el primero de los tres grandes barreños del cobertizo. Podía procesar cuarenta kilos de base diarios, una notable mejora del récord de Joseph Cesari, pero, por lo demás, el proceso que acababa de iniciar había cambiado muy poco desde los días en que el marino mercante francés se convirtió en el Brillat Savarin de los cocineros de heroína.

A continuación pesó un kilo de anhídrido acético, un líquido incoloro y altamente inflamable. La proporción era un kilo por cada uno de los cuarenta kilos de base. Los bidones de los que sacaban el producto aún llevaban el nombre de la firma

productora, Hoechst GmbH de Frankfurt, la mayor fabrica de productos químicos de Alemania. Turquía no producía ni un solo bidón de anhídrido acético, ingrediente que se utilizaba, entre otras cosas, en insecticidas, medicinas y para el revelado fotográfico.

Al ser el anhídrido acético un elemento tan básico para la conversión de morfina base en heroína, en 1988 las naciones europeas firmaron en Viena un tratado por el cual, supuestamente, se controlaban las exportaciones del material cuando existían motivos para temer que fuera a hacerse un uso ilegal de él. En un gesto de flagrante indiferencia hacia las limitaciones legales que imponía el tratado, en 1993 Hoechst accedió a enviar nada menos que doscientas toneladas del material en el plazo de un año a una compañía siria que operaba en el puerto libre de Abu Dhabi. Por entonces, el departamento estadounidense de lucha contra el narcotráfico calculaba que los turcos exportaban cerca de ochenta toneladas de heroína al año. Así que, cumplimentando un solo pedido, Hoechst se había prestado a enviar suficiente anhídrido acético para procesar el equivalente de toda la heroína que Turquía exportaría a Europa durante los treinta meses siguientes.

Cuando, cumpliendo las normas establecidas por el tratado, el empleado que debía autorizar la venta preguntó para qué se iba a utilizar el producto, fue informado de que se emplearía en fabricar champú para camellos. El camello no forma parte de la fauna de Abu Dhabi, y la cantidad de anhídrido acético era más que suficiente para lavarles el pelo varias veces a todos los camellos del mundo. Sin embargo, el empleado de Hoechst procedió a dar el visto bueno a la venta.

Naturalmente, el anhídrido acético no sirvió para enjabonar la joroba de un solo camello. La policía turca capturó dos enormes alijos del producto cuando los narcotraficantes intentaron pasarlos de contrabando a Turquía. El anhídrido acético del cobertizo del doctor pertenecía a los cientos de bidones que no fueron interceptados durante el viaje a los laboratorios ilegales.

Lenta y cuidadosamente, el doctor vertió los cuarenta kilos del producto sobre los parduscos granos de la morfina base que llenaban el barreño. El anhídrido acético comenzó a mezclarse con la base, convirtiéndola en una amarronada papilla. El doctor llevó la mezcladora de hostelería al barreño, la conectó a uno de los generadores diésel y empezó a batir la mezcla para acelerar el proceso. A los pocos minutos ya estaba fraguándose otra enorme tarta de chocolate de la abuela al estilo Joseph Cesari.

LIBRO QUINTO

«Rien ne va plus»

Jim Duffy estaba comenzando a despachar su cuota diaria de intercepciones cuando la luz roja de su ordenador comenzó a parpadear, indicación de que su enlace en la NSA deseaba hablar con él.

—Duffy, creo que tengo algo para ti.

El joven agente de la NSA no hizo nada por ocultar su euforia. «El tipo quiere demostrarme que la agencia para la que trabaja vale los cuatro mil millones de dólares que los contribuyentes pagan anualmente por ella», pensó Duffy.

—Como me pediste, mandé que hicieran un rastreo por ordenador del número de aquel teléfono móvil clónico de Estambul. Aparecieron dos llamadas —informó el hombre—. Ambas proceden del mismo número telefónico de Londres.

—¿Conoces la ubicación del teléfono de Londres?

—Sí. Es una de esas cabinas telefónicas rojas inglesas. Está en Eccleston Street, en Belgravia, frente al consulado belga. Una zona muy cara.

—¡Mierda! —gruñó Duffy—. Un teléfono público, maldita sea. ¿Está la embajada iraní en las proximidades de la cabina?

—No, qué va.

—Esas llamadas, ¿fueron en inglés?

—No. En farsi las dos. Pasé ambas intercepciones a nuestros expertos en lingüística. Dicen que, sin lugar a dudas, la lengua nativa de ambos comunicantes era el farsi.

—¿Cuándo se realizaron las llamadas?

—Hace poco más de tres semanas. Hubo tres días de intervalo entre una y otra. Ambas se efectuaron a eso del mediodía.

—O sea que, o bien el tipo que hizo las llamadas temía que el teléfono de su casa o de su despacho estuviera intervenido, o bien no quería que nadie pudiera rastrear hasta él esas llamadas.

—O ambas cosas.

—Exacto. Probablemente, vive o trabaja cerca de esa cabina, digamos que a menos de un kilómetro, ¿no te parece?

—Pues sí, creo que eso es lo más probable. ¿Quieres escuchar las llamadas? Las hemos traducido. Parece como si se esforzaran en ser lo más discretos posible.

—Ponlas.

Duffy conectó su módem con la NSA en Fort Meade, en Maryland, y el texto de la primera llamada apareció en su pantalla.

—¿Jaffar?

—Sí.

—Soy Tari. ¿Estás bien?

—Sí, a Dios gracias.

—Me entrevisté recientemente con el Profesor en Budapest. Decidimos que había que hacer ciertos cambios en nuestras operaciones.

—Como os parezca.

—Los norteamericanos van a crear problemas allí. Ahora existen otros lugares mejores. Como Budapest. Recibirás instrucciones por correo. ¿Tienes muchos... —pausa del comunicante— envíos de Said?

—Cuatro.

—¿Cuál es su valor?

—Cerca de millón y medio.

—Guárdalos en tu cuenta de las islas. Ya te indicaré cuándo debes transferirlos.

—Comprendo.

—Said sabe hacer estas cosas.

—Todo va bien desde que él está al mando.

—¿Sigue llevando sandalias de oro?

—No lo sé, amigo mío. Nunca lo he llegado a ver en persona. Sólo hablamos.

—Bueno, hasta pronto.

—Dios mediante.

—Ésa es la primera —informó el agente de la NSA. ¿Sandalias de oro? Duffy se sienta a punto de dar saltos de alegría. El tipo de Estambul podía ser un enlace con su mujadín Gucci. Era evidente que el tal Tari estaba hablando de dinero con su amigo de Estambul. ¿Era aquél el dinero que Djailani sacaba del narcotráfico? Al fin aquellas malditas interceptaciones estaban sirviendo para algo.

—Muy bien. Ponme la segunda —ordenó.

—¿Jaffar?

—Sí.

—Soy Tari. ¿Estás bien?

—Sí, a Dios gracias.

—¿Recibiste las nuevas instrucciones?

—Esta mañana.

—Aparte de las entregas que mencionaste, ¿esperas algo más?

—Said me dijo ayer que hay tres más en camino.

—Bien. Ya sabes que tienes que actuar según las nuevas instrucciones.

—Como ordenes. ¿Informo a nuestros hermanos en Teherán?

—Yo me ocuparé de hacerlo. Hablaremos pronto.

—Dios mediante.

Duffy estudió la pantalla de su ordenador por unos instantes.

—Consigue todo lo que te sea posible acerca del número que interceptamos en Irán al día siguiente de esa llamada. La cosa se pone al fin interesante. Voy a hacer un par de llamadas y vuelvo contigo.

Duffy consultó su reloj. Eran las cuatro y media, las nueve y media de la noche en Londres. Sin duda, el jefe de la sede, un viejo camarada de Duffy, ya se habría ido de la oficina. ¿Dispondría en su domicilio de una línea segura con Langley? Casi seguro que sí. Pero... ¿estaría él en su casa? ¿O se encontraría en una recepción en la embajada de Mongolia interior, celebrando la fiesta nacional de ese país? Aquél era el tipo de misiones peligrosas que se le encomendaban actualmente a los jefes de sede de la CIA. ¿Lo avisaba por el buscapersonas, para transmitirle la orden de que volviese a la embajada a fin de hablar por una línea segura de lo que podía no ser más que una falsa alarma?

Ya casi había decidido dejar que el tipo terminase en paz su velada cuando recordó la enorme cantidad de veces que Washington lo había sacado a él de la cama en plena noche para comunicarle algo tan urgente como el segundo apellido del ministro de Asuntos Exteriores de Sudán. «Que se fastidie», decidió, y ordenó que enviaran a Londres un mensaje urgente de acción nocturna.

Una hora más tarde, cuando ya se disponía a recoger e irse, sonó el teléfono de su oficina.

—Habla usted por línea segura —le informó la voz de una telefonista cuando descolgó.

—¡Jimbo! —exclamó su comunicante—. Bienvenido a casa. Ya me enteré que de nuevo te han obligado a trabajar para vivir. ¿De qué te ocupas?

—De amargarles la vida a los buenos chicos como tú.

Duffy había reconocido inmediatamente la voz. Él y Bob Cowie, el jefe de la sede de Londres, trabajaron juntos durante poco tiempo en Bagdad en los años sesenta.

—¿Has visto alguna buena revista porno últimamente?

—¡So cabrón! —Cowie rió—. No he vuelto a tocar una desde aquella broma.

«Aquella broma» tuvo lugar en 1966, cuando Cowie era un joven agente asignado a la central de Bagdad en su primera misión de ultramar. Irak estaba por entonces gobernada por el comandante Kamal Bakr, un hombre de paja de Saddam Hussein, que era ya quien realmente mandaba en el país. Se encontraban en el punto álgido del idilio de los soviéticos con los iraquíes, y los primeros estaban surtiendo a sus nuevos amigos de Oriente Medio todo tipo de juguetes militares procedentes del arsenal soviético.

Dos semanas antes de salir de Washington, Cowie recibió un cablegrama cifrado mandado por Duffy, el segundo agente de la central. En el mensaje se ordenaba a Cowie que se dirigiera a los sex-shops que por entonces atestaban la calle Catorce y

comprara al menos tres maletas de las revistas eróticas más sucias, obscenas y explícitas. «Tan obscenas —decía el cablegrama— como para hacer sonrojarse a un estibador de los muelles de Brooklyn».

Con intensa vergüenza, el recién casado Cowie se pasó las noches de toda una semana recorriendo las tiendas, comprando revistas porno en cantidades industriales y dejando convencidos a cuantos vendedores lo atendían de que sufría trastornos sexuales particularmente graves. Llevó las revistas a Bagdad en la valija diplomática, y en la mañana de su primer sábado en el nuevo destino, su jefe lo llamó a la embajada.

El jefe tenía ante sí una bolsa de deporte azul marino que procedió a llenar con una veintena de revistas porno que Cowie había traído en sus maletas. Luego ordenó a Cowie:

—Vaya usted con esto al principio de la calle Rashid, donde encontrará la tienda de artículos de cuero de Alí Moquattam. Pregunte por Alí, y dígame que tiene usted que comprar unas cosas para su esposa en el zoco, y pídale que, mientras lo hace, él le cuide su bolsa.

Cowie siguió tales instrucciones. El sonriente Alí se quedó con todo gusto con la bolsa, Cowie estuvo una hora dando vueltas por el zoco, le compró a su esposa un par de ceniceros de latón, volvió a la tienda de Alí, recogió la bolsa y regresó a la embajada.

En cuanto tuvo la bolsa en su poder, el jefe de sede la abrió con ansiosos dedos. Las revistas porno habían desaparecido. En su lugar había una colección de los manuales de servicio de los últimos aviones soviéticos estacionados en el aeropuerto de Bagdad.

—Espero no haberte apartado de ningún asunto de capital importancia para la seguridad nacional —dijo Duffy—. Como, por ejemplo, una cena en Annabel's.

—No, nada de eso. Estaba en una pequeña cena para ocho en casa del barón Bentinck. Tu llamada sirvió para aumentar la aureola de misterio de que me gusta rodearme.

—Pues eso no es tan fácil ahora que tratan de convertimos a todos en chupatintas —comentó Duffy.

—¡Y que lo digas! Es deprimente ser el guardián de los secretos cuando parece que ya no hay secretos que guardar. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

Duffy se lo explicó y, cuando hubo acabado de hacerlo, Cowie se echó a reír.

—Así que tengo que encontrar a un iraní llamado Tari o, más probablemente, Tariq, que anda metido en asuntos de dinero y, supuestamente, también de drogas, y que frecuenta Belgravia, lugar que, con toda franqueza, es el último lugar en el que se pueden encontrar admiradores de la revolución iraní. Del llorado Shahinshah que en paz descansa, tal vez; pero de los *mullah*, desde luego no.

—Por absurdo que te parezca, éste es un asunto de primerísima prioridad —dijo Duffy—. El director en persona. Dios lo bendiga, se ocupa de él.

De pronto, algo hizo clic en el cerebro de Cowie.

—Puede que tenga algo interesante para ti —dijo—. ¿Estás en tu despacho?

—Claro.

—No te muevas de ahí. Vuelvo a llamarte dentro de un momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Duffy cuando, minutos más tarde, su teléfono volvió a sonar.

—Resulta que tengo para ti un surtido de buenas y malas noticias.

—Empieza por las buenas.

—He encontrado a tu iraní. Se llama Tari, como decías. Su apellido es Harmian. Su residencia está a menos de siete minutos a pie del teléfono público desde el que hizo la llamada.

—¡Fantástico! No sé qué mala noticia me puedes dar después de decirme eso.

—El tipo está muerto.

—¡Mierda!

—Lo asesinaron de modo particularmente salvaje hace cosa de un mes. En su casa. Prácticamente delante de su esposa. El suceso fue primera página del *Daily Mail* y del *Daily Express*, lo que se dice todo un réquiem. El *Mail* apuntaba a que el tipo estaba metido en algo de drogas. El *Express* se inclinaba por el tráfico de armas.

—¿Qué dice la policía?

—Opina que se trató de un asesinato muy profesional. No dejaron ninguna pista. Parece que, de momento, Scotland Yard no tiene ni idea de quién lo hizo. Pero hay algo que a nosotros nos resulta muy llamativo.

—Cuenta.

—La esposa. Es norteamericana. Una chica de California. A los pocos días del asesinato vino aquí a hablar con el embajador. La mujer asegura que su marido fue víctima de los servicios secretos iraníes.

—¿Y por qué dice eso?

—Según ella, su esposo habló con los asesinos en farsi. Por consiguiente, los tipos tenían que ser iraníes. La mujer se queja de que los del Yard no le hacen caso. Para ellos, la muerte se debió a algún asunto económico que salió mal, o quizá fue motivada por deudas de juego por pagar.

—¿Qué sabéis sobre el tipo?

—No mucho. A todos los efectos, parece haber sido un miembro más de la nutrida colonia de expatriados iraníes en Londres, casi todos los cuales se encuentran en buena posición. Refugiados de los *mullah*. Tenía pasaporte de apátrida. Al parecer, se trataba de un tipo culto y distinguido. Tras la visita de su esposa al embajador, pregunté por él a los disidentes con los que mantenemos contacto. Ninguno de ellos

lo conocía.

—Bueno, Robert, creo que lo mejor será que me vaya por allí a charlar con los del Yard y con la llorosa viuda. ¿Te llevo algo? ¿Qué tal un par de revistas porno?

—Jim, has estado alejado demasiado tiempo. —Jack Lohnes, subdirector de operaciones de la agencia, dirigió una irónica sonrisa a su primer visitante de la mañana—. No tienes ni idea de lo suspicaces que se han vuelto los británicos. No nos es posible metemos en su terreno sin consultar antes con nuestros colegas de MI6.

—Bueno, sólo se trataría de una especie de investigación preliminar. Para verificar las implicaciones de lo que descubrimos por medio de las interceptaciones. A fin de cuentas, la esposa es uno de los nuestros y tenemos derecho a charlar con ella si ella no tiene inconveniente. Y después de lo que le dijo al embajador, no creo que lo tenga.

—Jim, es posible que ella nos pueda ayudar, pero los que realmente te interesan son los del Yard. Ellos habrán estado en la casa del tipo, y también habrán examinado sus papeles, sus disquetes, sus cuentas telefónicas y bancarias. Si en algún lugar existe una pista de lo que hacía el tal Harmian con Djailani, ese lugar es el Yard. ¿Cómo crees que vas a pedirle que te pongan al corriente de lo que han descubierto durante la investigación sin decirles antes a qué departamento perteneces?

Duffy extendió por sus labios la más encantadora de sus sonrisas. Según estaba descubriendo, la timidez se había convertido en el marchamo de la CIA.

—Qué demonios, Jack, ¿y por qué no les contamos a los británicos lo que averigüé en Chipre acerca de esos tres proyectiles nucleares iraníes? Si nosotros nos sinceramos con ellos, tal vez ellos se sinceren con nosotros y nos informen sobre lo que han descubierto acerca de ese asesinato.

—No creo que por aquí encontremos a nadie muerto de ganas de hacer eso, Jimbo. No tienes ni idea de cómo reaccionan ahora nuestros valerosos aliados europeos. Empezarán con el cuento de que «ya están los pérfidos norteamericanos machacando otra vez a los pobres iraníes». Tendrías que haber oído los gritos de justa indignación que lanzaron en París y Bonn cuando insinuamos la posibilidad de mandar un par de misiles Cruise a Teherán como respuesta al asesinato de aquellos diecinueve muchachos de la Fuerza Aérea en Arabia Saudí. Como se nos ocurra decir «escuchen, los iraníes tienen proyectiles nucleares», París y Bonn y nuestros amigos laboristas de Londres filtrarán la noticia. Le susurrarán a la prensa que estamos dispuestos a machacar a Irán basándonos sólo en un rumor. Tony Benn aparecerá en el Canal Cuatro rasgándose las vestiduras, diciendo que los norteamericanos continúan con la nefasta política imperialista que vienen siguiendo desde que terminó la guerra fría. Eso alertará a los iraníes del hecho de que los tenemos en el punto de mira, y jamás nos será posible encontrar esos malditos chismes.

Duffy apoyó los pies en la mesita de café de su amigo y se retrepó en el sofá modelo 14B que el Gobierno suministraba a las oficinas de autoridades cuyo rango fuera equivalente o superior al de general de brigada. Se daba cuenta de que Lohnes no se estaba mostrando tímido, sino realista.

—Muy bien —dijo, tras una breve reflexión—. Enfoquémoslo desde otro ángulo. Juguemos la baza de las drogas. Somos la DEA. Sospechamos que Harmian pudo estar metido en el narcotráfico, cosa que, al menos tangencialmente, es cierta. Queremos reunirnos con nuestros primos británicos, enseñarles lo que tenemos y ver lo que ellos tienen, todo en pro de nuestros intereses comunes en la lucha contra las drogas.

Lohnes se echó a reír.

—O sea que propones que, en vez de pasar ante ellos de puntillas mientras no miran, hagamos uso del disimulo, las mentiras y la doblez.

—Exacto: un montón de fantásticas virtudes.

—Puede que funcione —reconoció Lohnes.

—Ya sabes: podríamos almorzar informalmente con ellos, bebernos juntos unas pintas de Guinness, cambiar impresiones, comparar notas. ¿La CIA? ¿Quién demonios es la CIA? Jamás hemos oído hablar de ella.

Lohnes quedó por un momento en silencio, preguntándose si debía consultar aquello con el director para cubrirse las espaldas si algo salía mal. Había tipos en la agencia que tenían los dedos tiesos de tanto usarlos para averiguar por dónde soplaba el viento. Lohnes, sin embargo, no era uno de ellos.

—De acuerdo, puede que tu idea funcione. Pero lleva contigo a Flynn, el hombre de la DEA que trabaja con vosotros. Él sabrá cómo hablar a los británicos. Tú límitate a quedarte sentadito, escuchando y aprendiendo.

—*Rien ne va plus.*

En Estambul o Montecarlo, en Las Vegas o en Londres, aquellas palabras del crupier siempre tenían la misma nota de inevitabilidad, eran el sonido que precedía al de la bolita comenzando a saltar sobre las casillas de la ruleta.

—Diecisiete, negro, impar, *dix-sept, noir, impair* —cantó el crupier una vez la bolita se hubo detenido en una casilla.

Mientras el crupier retiraba las apuestas perdedoras, Refat Osman, el tercero de los cinco hermanos Osman, se acercó a la mesa precedido por el tipo de séquito que hubiese podido acompañar al jefe de un Estado de una pequeña nación africana en visita oficial a París.

Primero iban tres de sus «perros», guardaespaldas, tipos fornidos y mal encarados que no dejaban de mirar a su alrededor tratando de detectar un rostro hostil o un gesto amenazador. Los seguían dos «Natashas», las damas rusas de la noche de Estambul.

Ambas eran rubias, una llevaba el cabello cardado y la otra liso y por los hombros. Las dos lucían vestidos que se ceñían a unas figuras tan distintas a las de las astrosas *babushkas* que apaleaban nieve en los días del estalinismo, como Beverly Hills podía serlo de Smolensko. Por último, caminando con el solemne paso de un general pasando revista a su guardia de honor, iba el hermano Osman encargado de «matar y eliminar» en nombre de la familia.

Diez años menor que su hermano Selim, el patriarca de la familia, Refat era más alto y, debido a que pasaba más tiempo en el gimnasio que en el *hamam*, considerablemente más atlético. También hubiera resultado bastante más atractivo de no ser por el hecho de que sus frías facciones estaban congeladas en una máscara de inexpresividad. Refat era un hombre que desconocía el significado de las palabras «humor» y «compasión».

De igual modo que su hermano utilizaba el Gran Hotel Barcelona como oficina, aquel club privado era el lugar predilecto de Refat para llevar sus negocios, y aquella tardía hora de la noche marcaba el momento álgido de su jornada. Nada que no fuese el funeral de un amigo o un enemigo lograba sacar a Refat del dormitorio de su dúplex de Florya antes del mediodía. En uno de sus últimos actos oficiales, el Gobierno islámico de Turquía había cerrado los casinos de juego de la nación, pero las mesas de juego seguían existiendo en unos cuantos clubes privados como aquél, situado en la zona de Taksim, en Estambul.

Normalmente, Refat pasaba parte de la tarde recorriendo los bares y hoteluchos de Laleli, un barrio pobre, habitado por ciudadanos del tercer mundo: pakistaníes, nigerianos, libaneses, iraníes, gente a la que Refat recurría de cuando en cuando para que realizara los trabajos más sórdidos. Pero era en aquel club donde celebraba sus reuniones más importantes. Para Refat, el lugar era el ideal para establecer contacto con los políticos y policías que tenía en su nómina.

Puso una ficha de quinientos dólares en la mano de cada una de sus Natashas y las animó a que fueran a divertirse mientras él charlaba con unos amigos. Con un movimiento de cabeza, indicó a uno de sus «perros» que las vigilase mientras estaban lejos de él. A fin de cuentas, las dos mujeres eran de su propiedad, y él no quería intrusos en ninguna de sus propiedades. Luego caminó por entre el público en busca del primero de los dos hombres que deseaba ver.

Se trataba del funcionario del Ministerio del Interior en Ankara encargado de la Ozel Harekat, la fuerza especial del ministerio que se ocupaba de la guerra secreta contra los terroristas del PKK kurdo. El hombre, que llevaba años colaborando en los negocios de la familia Osman, era el que había solicitado la entrevista.

Refat contempló con indiferencia a los jugadores que estaban tomándose un breve respiro en el bar. Al fin localizó a su contacto, sentado solo en un extremo de la barra. Se dieron la mano y el funcionario le ofreció una copa.

—¿Qué tal va tu suerte? —preguntó—. ¿O no estás jugando?

—Otras lo hacen por mí.

El funcionario sonrió y alzó su copa.

—Entonces, brindo porque tengan suerte.

Se levantó de su taburete e, indicando con un gesto a Refat que lo siguiera, se dirigió hacia un rincón.

Se sentaron el uno junto al otro a una mesa, lejos de la concurrida barra.

—Pareces preocupado —comentó Refat.

—Sí. Estamos otra vez a vueltas con el maldito accidente.

El «maldito accidente» fue un fortuito choque que se produjo en la autopista Estambul-Izmir el 3 de noviembre de 1996. Un Mercedes que circulaba a 160 kilómetros por hora embistió contra la parte posterior de un camión remolque en las proximidades de la aldea de Susurluk. Entre los que murieron en el Mercedes había un pistolero perteneciente a los Lobos Grises, una organización terrorista de ultraderecha, un individuo buscado por una docena de asesinatos y convicto como traficante de heroína en Francia. Se había fugado de una cárcel suiza donde cumplía condena por delitos relacionados con la droga. Aunque Abdullah Catli fuese un asesino profesional, los policías que investigaron el accidente descubrieron que el hombre llevaba una licencia oficial de armas firmada por el entonces ministro del Interior, Mehmet Agar.

Junto a él, en el asiento trasero, murió el cofundador de las fuerzas especiales anti-PKK para las que trabajaban los Osman, un hombre al que se sabía muy metido en el tráfico de heroína. El único superviviente del choque fue un diputado turco del Partido de la Justa Vía de Tansu Ciller. Como los Osman, el hombre era el cabecilla tribal de centenares de aldeas de la Turquía suroriental y, como ellos, aportó cientos de guardias de aldea a la lucha contra el PKK.

Aquella era una extraña colección de compañeros de cama a la que se sumaba una compañera de cama, una exreina de belleza turca. Una comisión del Parlamento turco investigó el accidente, pero el Gobierno logró mantener ocultas las pruebas que le eran más perjudiciales. Sin embargo, para cualquiera que tuviese ojos y viera aquellos cadáveres, resultaba clarísimo que el Gobierno turco estaba protegiendo a los narcotraficantes a cambio de que éstos colaborasen en la guerra sucia contra el PKK.

Era la segunda vez que salían a relucir los vínculos entre el Ministerio del Interior y los narcotraficantes. A fines de 1993, Cem Ensever, un comandante de la inteligencia militar turca, la JITEM, se infiltró en la «guerra sucia» del Ministerio del Interior contra el PKK. Ensever incluso fue testigo de una reunión entre representantes del Gobierno de Teherán y los turcos en la cual se habló de la protección conjunta a ciertos narcotraficantes «aprobados». Enterarse de ello le costó

al comandante la vida. Fue asesinado el 23 de diciembre de 1993, antes de que tuviera tiempo de presentar su informe oficial al ejército.

Tras dar un sorbo a su bebida, el funcionario de los servicios de inteligencia preguntó:

—¿Has oído hablar de Dobra Becit? Es una mujer que escribe para el *Daily News* turco.

—No, no me suena. Yo no entiendo el inglés —replicó Refat.

Mientras lo decía, notó que el funcionario le metía algo en un bolsillo de su terno azul.

—Ahí tienes su foto. Esa mujer es una metomentodo. Está investigando las cosas que logramos que no aparecieran en el informe de la comisión. Parece que se encuentra a punto de entregar su reportaje al periódico. Eso supondría problemas muy graves. Los norteamericanos leen ese maldito papelucho como si fuera la Biblia.

Refat asintió con la cabeza, adivinando lo que su interlocutor iba a decir a continuación.

—Sería muy conveniente para todos que esa mujer sufriera un accidente.

—¿Dónde vive?

—Aquí mismo, en Taksim. Omar Pasha Cadessi, treinta y cuatro. La cosa es urgente. Hay que eliminar a esa mujer antes de que entregue el reportaje a sus jefes. Te aseguro que te quedaremos sumamente reconocidos.

Refat dio un sorbo a su vaso y miró en dirección a la mesa de ruleta en la que jugaban sus Natashas. La gratitud oficial era una de las monedas que él más valoraba.

—Muy bien. Será mejor que vaya a ver qué tal les va a mis dos jugadoras.

Mostró los dientes en lo más parecido que le era posible a una sonrisa, estrechó la mano de su amigo y se dirigió a la mesa de juego.

Las dos Natashas apostaban a la ruleta con la concentración de los jugadores empedernidos. Cuando ganaban, se abalanzaban para recoger sus fichas con la feliz voracidad de un oso kodiak arrancando un salmón de un arroyo de Alaska.

Las dos se apartaron para dejar sitio a Refat y le dirigieron sendas sonrisas que eran más de preocupación que de bienvenida. Déjanos seguir jugando, venían a decir sus expresiones, y verás qué delicias te ofreceremos más tarde.

La preocupación de las dos mujeres era infundada. Refat tenía otras cosas que hacer antes de aceptar la oferta implícita en aquellas sonrisas.

Echó mano al bolsillo y sacó discretamente la foto que le había pasado su amigo del Ministerio del Interior. Era una instantánea a color, de cabeza y hombros, del tipo de las que la mujer del retrato habría utilizado para conseguir el pasaporte. O, más probablemente, se dijo Refat, para conseguir algún pase de prensa que sólo el Ministerio del Interior podía emitir. Era joven, de poco más de treinta años, y tenía el pelo rubio rojizo y los ojos verdeazulados. Insólito en una turca. Quizá su familia

procediera de Salónica, como Ataturk. Su expresión era abierta, casi inocente, la de alguien que confiaba en la humanidad, que, pese a las abrumadoras pruebas en sentido contrario, aún creía en la inherente bondad de las personas. Mala suerte, se dijo Refat, guardándose de nuevo la foto de la joven.

Consultó su reloj y vio que faltaban diez minutos para la hora de su segunda cita. Las Natashas apenas le prestaban atención. Nada de lo que él era capaz de ofrecerles podía competir con la fascinación de la ruleta.

Recordó su recorrido vespertino por Laleli. Había hecho una de sus paradas en un miserable bar con ínfulas de discoteca, el Paradise Inn. El barman era uno de los suyos, un joven procedente de una aldea cercana a Tepe que, como tantos otros, estaba agradecido a los Osman por haber patrocinado su traslado a Estambul. Era un hombre que sabía mantener las orejas abiertas y la boca cerrada, atributos ambos que los Osman admiraban grandemente.

El barman le había comentado a Refat que uno de los nigerianos que frecuentaban el club estaba haciendo correr la voz de que deseaba comprar cinco kilos de heroína. El barman se había hecho el desentendido. Estaba convencido de que el nigeriano no tenía los 42 500 dólares que costaba esa cantidad de droga. Trataría de obtenerla dando por adelantado un tercio del precio para luego desaparecer, probablemente volviendo a Lagos. En su momento, Refat felicitó al barman por su acertada decisión; pero ahora, pensando nuevamente en el asunto, se le ocurría que aquel nigeriano podía pagar de otro modo los cinco kilos de heroína.

Al fin, tras dirigir una sonrisa a sus Natashas, se encaminó hacia su siguiente cita. Las chicas, absortas en el giro de la ruleta, ni siquiera advirtieron su marcha.

El segundo contacto de Refat era el propietario de una empresa de camiones TIR, una de las 425 existentes en Turquía. Tales empresas variaban en tamaño, desde las que constaban de un solo hombre y un solo camión hasta los gigantes del transporte que poseían flotas de más de mil vehículos que viajaban por Europa, las repúblicas de la antigua Unión Soviética, Siria y el Líbano. Formaban la mayor flota europea de tales camiones. Según los turcos, tal flota era vital para enviar sus productos agropecuarios a los mercados europeos y para importar las manufacturas que el país no producía. Cuentos, comentaban los incrédulos policías y funcionarios de aduanas de Europa occidental. Los turcos necesitaban todos aquellos camiones para transportar droga.

El contacto de Refat tenía una empresa de tamaño medio poseedora de cincuenta camiones que viajaban principalmente a Alemania, Holanda y Francia. Llevaba casi un año siendo el principal transportista de la heroína de los Osman. Refat tenía gran confianza en el hombre. Sin embargo, una vez entregaba la droga al camionero, no tenía la menor idea de en qué camión viajaría la droga hacia el oeste, qué ruta seguiría ese camión, ni quién sería el conductor. Ésos eran secretos que el camionero

se guardaba para sí.

Tras dar un sorbo al whisky que Refat había pedido para él, el camionero dijo:

—O sea que tienes ciento ochenta pares de vaqueros listos para la entrega, ¿no?

Un par de vaqueros era el término clave que empleaban para referirse a un kilo de heroína.

—Exacto. Me dicen que estarán listos para entregártelos el lunes por la noche.

—¿A dónde van?

—A Amsterdam. El lugar de costumbre.

El camionero era un corpulento cincuentón que comenzó como conductor y había llegado a empresario. Su cabello, o lo que quedaba de él, era blanco y su tez rubicunda. Usaba una dentadura postiza que Refat la oía entrechocar mientras el hombre se enjuagaba la boca con el trago de whisky antes de engullirlo.

—Muy bien —dijo—. Ningún problema.

Y, efectivamente, durante el pasado año, el hombre había estado llevando heroína al depósito que los Osman tenían en Amsterdam sin mayores dificultades que las que la Federal Express tenía para enviar paquetes urgentes al otro lado del Atlántico.

—¿Te parece que nos reunamos en el banco a las diez? —sugirió.

Refat asintió con la cabeza. La reunión en el banco a la que el camionero había hecho alusión era una medida de seguridad ideada por Refat para asegurar la heroína familiar durante el traslado. Una vez entregase la droga al camionero, era responsabilidad de éste cerciorarse de que hasta el último gramo de la carga llegase a su destino. Esta norma sólo tenía una excepción. Si la policía o los aduaneros capturaban el alijo, la pérdida sería de los Osman.

El martes, los dos hombres alquilarían una caja de seguridad conjunta, con dos cerraduras, en el Banco Comercial Turco de Bebe. Refat metería en ella 180 000 dólares en efectivo, la paga al camionero por el transporte de la heroína. El camionero pondría un sobre sellado junto al dinero. En el sobre figuraría el nombre del conductor encargado de llevar la droga y el número de registro de su camión. De este modo, en el improbable caso de que, en algún punto del recorrido, la policía o los aduaneros descubrieran el alijo, al camionero le sería posible, con sólo cotejar la información del sobre con los detalles de la noticia de la captura que aparecieran en los periódicos, demostrar que efectivamente el alijo confiscado por las autoridades pertenecía a los Osman.

Refat palmeó al camionero en el muslo, procurando apartarse del rostro del hombre, cuyo fétido aliento se podía cortar.

—El lunes te confirmo la hora de entrega.

Dicho esto, miró hacia el salón de juego. Sus Natashas seguían pendientes de los giros de la ruleta. *Rien ne va plus*, muchachas, pensó. Se puso en pie y estrechó la mano del camionero.

Aquella noche invernal, el vuelo 918 de la United Airlines despegó del aeropuerto Dulles de Washington con destino a Heathrow, en Londres, con treinta minutos de retraso. Una vez alcanzada la altura de crucero, Jim Duffy se soltó el cinturón de seguridad y se retrepó cómodamente en su asiento de clase club.

Según las normas del Gobierno estadounidense, todos los empleados federales debían efectuar los vuelos transatlánticos en clase económica, como hacía la mayoría de sus compatriotas. Sin embargo, Washington exceptuaba de tal regla a los funcionarios a nivel de embajador o más alto, y a los que tenían algún impedimento físico que pudiera convertir el vuelo en clase turística en un incómodo trance.

En 1985, la rodilla izquierda de Jim Duffy recibió una generosa rociada de metralla procedente de un lanzacohetes soviético cuando saltaba para refugiarse durante una escaramuza en el Pico del Loro, al norte de Landi Kotal. Aquél era un sitio en el que jamás debió encontrarse. Según las estrictas órdenes dadas por Casey, ningún agente de la CIA debía rebasar por el norte la frontera afgano-pakistaní. Nada le hubiera gustado más a Moscú que poder mostrar ante la televisión mundial a un agente de la CIA hecho prisionero en Afganistán mientras combaría al lado de los mujadines.

Por otra parte, Duffy sabía que los afganos no respetaban a los que no estaban dispuestos a enfrentarse al peligroso fuego enemigo. ¿Qué podía hacer Duffy? ¿Cómo puede uno enviar hombres a la muerte si tales hombres no lo respetan a uno ni, por extensión, tampoco respetan a lo que uno representa? Tuvo que optar por hacer caso omiso de las órdenes de Casey y, vestido con la túnica de los combatientes afganos, acompañó a sus comandantes hasta el otro lado de la frontera.

Los mujadines mandaron al herido Duffy a uno de sus campos de adiestramiento en Pakistán, y sus lesiones fueron atribuidas a la explosión accidental de una granada de mano. Durante un par de años, Duffy tuvo la rodilla izquierda rígida y ocasionalmente dolorida, y los médicos de la agencia le dieron un permiso especial para que, cuando volara, lo hiciese en clase club.

Ahora tenía la rodilla tan flexible como la de una *prima ballerina*, pero cuando regresó al servicio, un doctor amigo le hizo un guiño de complicidad y confirmó el permiso. Aduciendo que tendrían que hablar de trabajo durante el vuelo, Duffy consiguió que Mike Flynn, el hombre de la DEA, viajara a su lado.

—¿Les apetece una copa antes de cenar, caballeros? —preguntó la azafata, colocando dos latas de nueces de macadamia en el reposabrazos que había entre los asientos.

—¿Por qué no? —Duffy sonrió—. Un whisky con soda con mucho hielo. Y mejor que sea doble, y así se ahorra usted hacer un segundo viaje.

—Desde luego. ¿Y usted, señor? —preguntó la joven al agente de la DEA.

Tras una breve reflexión, Flynn replicó:

—Bueno, una Coca-cola light.

Duffy miró a su compañero, conteniendo apenas su desagrado. ¿Una Coca-cola light?

—¿De dónde eres, Flynn?

—De Worcester, en Massachusetts.

Duffy trató de recordar algo que supiera acerca de la población.

—Ah, sí —dijo—. El Colegio de la Santa Cruz. ¿Fuiste a él?

—Sí. Siempre he admirado el rigor intelectual de los jesuitas.

Dios bendito —se dijo Duffy—. ¿Coca-cola light? ¿El rigor intelectual de los jesuitas? El viajecito se presentaba de veras divertido. Más valía que tratase de establecer una buena relación de trabajo con su compañero.

—Bueno, ¿qué tal te sientes desde que te asignaron al centro antinarcóticos de la agencia? Esto debe de ser muy distinto a lo que estás acostumbrado a hacer para la DEA.

Duffy acompañó su comentario con lo más parecido a una sonrisa de fraternal camaradería.

—Bueno, ya voy acostumbrándome a vuestra manera de hacer las cosas.

—La verdad es que actuamos de forma algo más discreta que las fuerzas de policía normales.

Apenas hubo pronunciado tales palabras, Duffy se dio cuenta de lo presuntuosas que resultaban.

—¿Discreta? —Flynn rió—. Tortuosa sería una palabra más adecuada. Pero como educación política, la experiencia está resultando valiosísima.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—En la DEA tendemos a pensar en blanco y negro. Las cosas, o son legales, o son ilegales. Con tu gente, he aprendido que son otras las realidades que gobiernan, por no decir que limitan nuestra capacidad para combatir el narcotráfico.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, tomemos sin ir más lejos el tráfico de heroína, un tema del que tú estás al corriente. ¿Te han dicho lo que ocurre en la actualidad en tu viejo territorio afgano-pakistaní?

Duffy asintió con la cabeza.

—Tú sabes tan bien como yo que el Tío Sam está al corriente de que la inteligencia interservicios pakistaní está llena de oficiales que venden droga como Wrigley vende goma de mascar. ¿Qué hacemos nosotros? Nada en absoluto. ¿Por qué? Porque éstos son los tipos que están dispuestos a hacernos favores. Favores como el de meter en plena noche al señor Mir Amal Kasmi en un avión de la Fuerza Aérea norteamericana estacionado en un aeródromo secreto para que nosotros

pudiéramos llevarlo a Estados Unidos para someterlo a juicio por haber asesinado a dos miembros del personal de la CIA en las puertas de Langley. Con tanto respeto hacia el debido proceso legal como el que el Papa siente hacia el aborto.

Duffy miró hacia el fondo del pasillo del avión.

—¿Qué demonios pasa con mi whisky? —gruñó—. Muy bien. Y sin esos tipos tampoco nos hubiera sido posible traer aquí a Ramzi Joyssef para juzgarlo por el atentado del World Trade Center. ¿Qué se le va a hacer? Así son las cosas. ¿Qué pasa cuando algún miserable traficante se carga a un agente de la DEA? ¿Acaso no vais tras él blandiendo las pistolas? ¿Qué ocurre si lo encontráis una noche en un callejón oscuro? ¿Le preguntáis a qué abogado quiere llamar? Tonterías. Aplicáis al tipo la ley de fugas y lo coséis a balazos mientras intenta escapar. ¿O no? Pobre diablo. Nunca tuvo ocasión de enterarse de cuáles eran sus derechos.

En el ínterin, la azafata había aparecido para ayudarlos a disponer las bandejas en sus asientos para la cena.

—Cualquiera que liquide a un agente de la CIA sabe que lo buscaremos hasta el fin del mundo. Un día echaremos mano al cabrón de Mugniyah, que, en Beirut, torturó hasta la muerte a nuestro jefe de la sede en Oriente Medio. ¿Crees que perderemos mucho tiempo preguntándole cuál es su abogado?

Dio un largo trago del whisky que la azafata le había llevado y comió unos cacahuetes.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas lo que te parecieron las intercepciones que te mostré?

—Resulta difícil no llegar a la conclusión de que el difunto señor Harmian estaba robándoles a sus camaradas de Teherán, ¿no? Esa última frase, en la que le dice al tipo con el que está hablando en Estambul que no se preocupe, que él mismo hablará con Teherán, es muy significativa.

—Desde luego —dijo Duffy—. No puede uno evitar preguntarse si el otro tipo llamó a Teherán de todas maneras, sólo para cerciorarse de que todo iba bien. Eso hubiera hecho sonar unas cuantas señales de alarma, ¿no crees?

—Desde luego. Una de las cosas que podríamos pedirles a los del Yard es que investiguen el registro de llamadas del teléfono público que usó Harmian. Quizá también lo usó para otras llamadas que no quería que fuesen intervenidas.

—Buena idea. Por cierto... ¿crees que nuestros amigos británicos se darán cuenta de que yo no pertenezco a la DEA?

—Probablemente, sí. Los británicos no son tontos. Y cuando se den cuenta, esto no va a mejorar nuestras relaciones con ellos.

Flynn, naturalmente, no había sido informado de que los iraníes poseían tres artefactos nucleares.

—Bueno, ya llegará el momento en que los pongamos al corriente de lo que

ocurre. Entonces comprenderán que estaban en juego intereses nacionales de más alto nivel.

—Dime una cosa, Jim. En tu fondo más íntimo, ¿qué opinas del problema de la droga y de su impacto sobre nuestra sociedad?

—Mira, te lo voy a decir bien claro para que no existan equívocos entre nosotros. Me importan una mierda las drogas, y me importan una mierda quienes las consumen. Son gente débil y estúpida que se arroja de cabeza a un estercolero y luego se pone a pedir ayuda a gritos. ¿Quieren matarse con esa mierda? Que se maten. El mundo estará mejor sin ellos.

Flynn se retrepó en su asiento y dio un largo trago de Coca-cola. La reacción de Duffy no le sorprendía. Era la típica del norteamericano medio que jamás había tenido que enfrentarse al problema de modo personal.

—Dime una cosa: ¿cuánto tiempo crees que estaremos en Londres?

—No sé. Pero yo no tengo demasiada prisa por volver a Washington. ¿Y tú?

—Yo tampoco. ¿Te puedo pedir un favor personal?

—Desde luego.

—Mientras estemos en Londres, una noche me gustaría que me dedicaras un par de horas. Hay algo que me gustaría enseñarte.

«Amable caos» era, quizás, el mejor término para describir el bullicio que rodeaba a Refat Osman mientras bajaba aquella tarde por el angosto callejón que comenzaba en los lujosos edificios de la plaza Taksim de Estambul y terminaba en las aguas del Cuerno de Oro. Se trataba de una calle tan estrecha que por ella no cabían dos coches a la vez y, cuando intentaban hacerlo, la consecuencia era un concierto de bocinazos y voces airadas. Los edificios de cinco y seis pisos que se alzaban a los lados del callejón se apoyaban unos en otros como una fila de ancianos avanzando contra un fuerte viento. De los tendederos de las ventanas colgaban todo tipo de ropas, desde pañales hasta sábanas, que se agitaban al frío viento procedente del Bósforo como las velas de una flotilla de veleros compitiendo en una regata. Alborotadores niños que lucían la camiseta roja y azul del equipo Besiktas jugaban al fútbol a todo lo largo del callejón.

Era un vecindario de gitanos, gánsteres y talleres de automóviles. Refat se dirigía a uno de los más de veinte pequeños garajes del callejón, el Opel Oto Mekanik. El negocio pertenecía en realidad a los Osman. Cuando Refat entró, el mecánico corrió a estrecharle la mano.

—¡Tengo uno! —anunció, alborozado.

—¿En esta época del año? —preguntó Refat—. ¿De veras?

—Sí. En Beykoz. —Beykoz era una comunidad de la zona asiática del Bósforo—. Un Vega de 1996. El dueño vive en Hamburgo. Ha venido al entierro de su padre y lo

acompaña su esposa. Volverán en coche a Alemania dentro de una semana. Y la esposa es alemana, no turca.

Lo que tan entusiasmado tenía al mecánico era la perspectiva de poner en juego un imaginativo plan ideado por Refat para meter heroína de contrabando en Europa occidental. Por eso había comprado aquel garaje. Jamás había conducido un Opel, ni entraba en sus planes hacerlo.

Dentro de uno o dos días, el inocente turco que había ido a Beykoz para asistir al entierro de su padre saldría de compras. Detenido ante un semáforo en rojo, en mitad del caótico tráfico de Estambul, el hombre escucharía de pronto un fuerte golpe debido a que otro coche habría embestido contra la parte posterior de su Opel.

El conductor del otro vehículo, que frecuentemente era el Halcón, se apearía, solícito y, en vez de ponerse furioso como acostumbran a hacer los conductores turcos, se mostraría contrito. Diría que había sido culpa suya. Se había distraído al ver a una chica bonita, o debido a lo preocupado que estaba por la salud de su madre. Y lo más terrible era que no había renovado su seguro. Sin embargo, afortunadamente, un hermano, o un primo, o un amigo suyo, tenía un taller Opel y era un auténtico genio de la mecánica. Él le dejaría el coche como nuevo y, además, se lo pintaría gratis para compensarlo por las molestias. Naturalmente, siendo él el culpable, sería también él quien le pagase directamente la factura de la reparación.

Y, en efecto, el Opel Oto Mekanik de Refat realizaría un trabajo de primera en el coche... añadiendo de propina un par de toques imaginativos. La dirección del propietario en Hamburgo sería debidamente copiada de los documentos de registro. Se haría un duplicado de las llaves. Y luego el mecánico habilitaría bajo el fieltro de la base del asiento posterior un pequeño hueco en el que cabrían entre diez y quince kilos de heroína.

El turco y su esposa alemana se irían en su coche recién pintado, y volverían a Hamburgo con quince kilos de heroína metidos en el escondite secreto de Refat.

En Hamburgo, uno de los hombres de los Osman seguiría al coche, tomando buena nota de los hábitos del turco. ¿Que por la noche el coche dormía frente a la casa? Una madrugada, a eso de las dos, utilizando el duplicado de las llaves hecho en Estambul, los hombres de los Osman cogerían el coche, lo llevarían a una calle tranquila, descargarían la heroína y devolverían el vehículo a su puesto de estacionamiento.

Cuando más eficaz resultaba aquel ardid era durante el otoño y el verano, época en la que miles de turcos residentes en Alemania y otros lugares de Europa volvían a casa de vacaciones. En el improbable caso de que el confiado turco fuera detenido en un control de aduanas, ¿qué podía hacer? No tenía ninguna factura, ningún papel, ningún presupuesto que demostrase que su coche había pasado siquiera por el Opel Oto Mekanik. En todo el Dolpadere había docenas de garajes como el

suyo. Bueno, qué demonios, pensó Refat. Era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. El turco de Beykoz volvería a Hamburgo con su Opel Vega recién pintado.

La siguiente parada de Refat en su ronda vespertina de negocios fue en el Paradise Inn de Laleli. Se sentó a una mesa apartada, desde la que podría estudiar a los clientes durante la «hora feliz» del bar, en la cual se servían dos copas por el precio de una.

—Escucha —le dijo al barman, que era un «primo» suyo de Tepe—. Si aparece el nigeriano que el otro día andaba buscando cinco kilos de heroína, señálame, por favor. No le digas a él quién soy. Lo único que quiero es echarle un vistazo.

Como era bien sabido entre los narcotraficantes de heroína, los nigerianos eran campeones en el arte del contrabando corporal. El sistema consistía en tragarse la droga o en introducirla en el recto en paquetes con forma de supositorio y del tamaño de pequeños plátanos. Naturalmente, los dueños de las gargantas y de los rectos jamás eran nigerianos. Los nigerianos no contrabandaban personalmente. Convencían a otros de que lo hicieran, a incautos muchachos europeos o norteamericanos que se hubieran quedado sin dinero en Bangkok, Moscú, Peshawar o Nueva Delhi, y necesitasen un pasaje gratis para regresar a casa. O muchachas que se habían prendado de ellos y estaban dispuestas a hacerlo tanto para satisfacer a su amante como para ganarse un par de miles de dólares por volar a Nueva York o Londres llevando unos cuantos kilos de heroína alojados en el intestino bajo.

Existía la creencia popular de que los nigerianos metían la droga en condones. Eso, como Refat bien sabía, era inexacto. Preferían usar dedos cortados de guantes de cirujano. La goma era más fuerte y en su interior se podía apretar más la droga sin correr el riesgo de romperlos. Su menor tamaño hacía también que fueran más fáciles de tragar o insertar que los condones, y el riesgo de que se rompieran durante el viaje poniendo en riesgo la vida del portador era mínimo. Según se aseguraba en Estambul, un nigeriano experto podía cargar a un solo portador hasta con cinco kilos de heroína.

Con anterioridad a su partida, los portadores o «mulas» se mantenían a dieta líquida durante setenta y dos horas, a fin de evacuar los intestinos. Los nigerianos no querían que sus «mulas» sintieran la imperiosa necesidad de ir al retrete de un 747 con trescientos mil dólares de heroína en las tripas. La heroína podía venderse en Estambul a 8500 dólares el kilo. Sin embargo, aquellos cinco kilos, llevados corporalmente a Nueva York, podían hacer ganar a su comprador nigeriano 300 000 dólares una vez la droga se extrajera por medio de laxantes del cuerpo de la «mula» y se limpiara.

Los nigerianos que merodeaban por Laleli se ganaban muy bien la vida de aquel modo. Evidentemente, el que había tanteado al barman del Paradise Inn era uno de ellos. Aunque no desaprovechaban la oportunidad de utilizar muchachos

norteamericanos o europeos, sus «mulas» habituales eran los campesinos turcos desesperadamente pobres que habían emigrado a Estambul desde Asia Menor con la esperanza de conseguir trabajo y una vida mejor, para no encontrar más que miseria y más miseria.

Refat tuvo que esperar casi una hora antes de que aparecieran tres nigerianos en el bar. A los pocos minutos de la llegada del trío, el barman se acercó para dejar un vaso con té sobre la mesa de Refat.

—¿Ves al tipo de la cazadora de cuero y la boina verde? Ése es.

Refat observó al hombre que planeaba utilizar como asesino. Era un individuo alto, de más de metro ochenta, delgado, de amable sonrisa y con un bigotito a lo Clark Gable. Quizás incluso se crea un Clark Gable, se dijo Refat. Los chulos nigerianos tenían fama por su encanto y por estar muy bien dotados sexualmente. Por eso conseguían que tantas estúpidas muchachas europeas y norteamericanas contrabandearan para ellos. El tipo era sin duda bien parecido y, probablemente, también poseía la astucia necesaria para ganarse la confianza de la periodista al decirle que estaba dispuesto a contarle una gran historia sobre el narcotráfico visto desde dentro.

Sacó del bolsillo la foto de la muchacha y contempló de nuevo sus plácidas y amables facciones. Sí, aquél sería el mejor sistema. Todo el mundo sabía que los periodistas eran capaces de cualquier cosa con tal de conseguir un gran reportaje. Lo lamento, amiga mía —se dijo, volviendo a guardarse la foto de la joven—. No deberías haber metido las narices donde nadie te llamaba.

Cinco kilos... Para el nigeriano que se estaba riendo con sus amigos en el bar, no sólo iba a ser cuestión de ahorrarse 42 500 dólares. También iba a ganar 300 000. ¿Quién diablos se iba a negar a cometer un asesinato por una cantidad así?

El problema era cómo abordarlo. Cómo plantearle el negocio. Refat no pensaba hablar cara a cara con aquel nigeriano. Entonces, ¿quién lo haría? Al Halcón se le daban bien aquellas cosas, pero ése era el problema. El hombre estaba metido de hoz y de coz en los negocios de la familia, sabía demasiado para que participase en un asunto tan arriesgado como aquél.

Estaba también el barman que le había señalado al nigeriano. Lo malo era que nunca habían probado a aquel tipo. Y, peor aún, estaba vinculado a aquel bar. Si algo salía mal, el asesinato sería relacionado con el local. Refat tenía que utilizar a alguien anónimo, alguien a quien el nigeriano no conociese ni pudiera encontrar después del asesinato. El intermediario tendría que abordar al nigeriano, mostrarle la foto de la chica, explicarle lo que había que hacer, sugerirle cómo hacerlo y, si el hombre aceptaba la misión, entregarle un kilo de droga como anticipo. A las veinticuatro horas de que la noticia de la muerte de la chica apareciera en los periódicos, recibiría el resto.

Como lugar anónimo en el que entregar al nigeriano los cuatro kilos restantes, Refat utilizaría la Otogar, la enorme terminal de autobuses situada camino del aeropuerto Ataturk de Estambul. Era la mayor instalación de su tipo de Europa y quizá del mundo. Más de dos mil autobuses entraban y salían todos los días de sus 168 andenes, comunicando Estambul con Bagdad, Moscú, Düsseldorf, Berlín y todas las ciudades turcas. En cuanto los periódicos publicasen la noticia del asesinato, le indicarían al nigeriano que fuera al andén 138, donde tenía su terminal la línea Izmir-Estambul. Allí lo estaría esperando un paquete con los últimos cuatro kilos.

Aquello requeriría un cierto grado de confianza por parte del nigeriano, pero los narcotraficantes turcos tenían fama de ser hombres de palabra. Refat decidió que utilizaría a uno de sus «perros», de sus guardaespaldas, para hacer el contacto con el nigeriano. Si éste accedía al trato, Refat mandaría al guardaespaldas a Izmir con los cuatro kilos y luego, una vez hubieran sido enviados al andén 138 de la Otogar de Estambul, Refat le diría que se tomase tres meses de vacaciones en su aldea cercana a Tepe. La policía turca no era mundialmente famosa por su ternura a la hora de conseguir confesiones. Si el nigeriano cometía un error y lo atrapaban, lo medio matarían de una paliza para sacarle la verdad. Pero... ¿qué podría decir que relacionase a la familia Osman con el asesinato? Nada.

—¿Detective jefe MacPherson?

—Al habla —replicó Fraser MacPherson.

—Aguarde un momento, por favor. Le va a hablar el jefe de operaciones especiales.

MacPherson frunció las pobladas cejas, preocupado. ¿Qué querría de él el JOE, que sólo hablaba con él en contadísimas ocasiones?

—¿Qué tal, MacPherson? —dijo la voz del JOE, saturada de falsa cordialidad—. ¿Cómo va todo?

—No va mal, comandante. ¿En qué puedo servirlo?

—Quería hablarle del asesinato que está investigando...

—¿Cuál de ellos? Estoy investigando seis.

—El del iraní.

—Ah, ése.

—¿Algún progreso?

Alguien del Home Office lo está presionando, se dijo MacPherson. Por algún motivo, el caso estaba suscitando interés entre los políticos, lo cual era inquietante.

—Me temo que no mucho. Es un caso difícil. ¿Por qué?

—Acabo de recibir la llamada de un amigo de la embajada norteamericana. El representante de la DEA, el que se ocupa del narcotráfico. Han llegado a Londres dos peces gordos de Washington. Por lo visto, están interesados en el caso y quieren

hablar con usted.

Sí, claro, pensó MacPherson. Aquello era una coincidencia similar a la de que las campanadas del Big Ben sonaran a medianoche. Quería decir que los norteamericanos sabían algo acerca de Harmian. La cuestión era si estarían dispuestos a compartir con él su información. No parecía muy probable, teniendo en cuenta sus métodos habituales de trabajo. No obstante, la cortesía profesional lo obligaba a aceptar la invitación... teniendo sobre todo en cuenta que era el jefe de operaciones especiales quien se la transmitía.

—Desde luego, comandante. ¿Qué sugiere?

—¿Le viene bien almorzar con ellos mañana? ¿Qué tal en el pub El Racimo de Uvas, en Brompton Road, junto a Harrod's? Quizás esos visitantes deseen ir de compras después de comer. ¿Le parece a la una de la tarde?

—Será un placer.

A la semana escasa de que el Halcón hubiera descargado los 210 kilos de morfina base del camión TIR en el área de estacionamiento de las afueras de Estambul, el material estaba ya convertido en heroína. Luego envió los 240 kilos envasados al vacío en paquetes de un kilo a la fabrica-almacén de la Texas Country Jeans, la empresa familiar, situada junto a la aldea de Enseler, en la carretera que conducía al aeropuerto Ataturk de Estambul. La fábrica-almacén formaba parte de una hilera de edificios vagamente parecidos a viejas cabañas Quonset de la Segunda Guerra Mundial. De allí salían todos los días centenares de balas conteniendo productos textiles turcos que iban desde pantalones vaqueros hasta cazadoras de cuero.

Los hermanos Osman habían mandado construir un closet con puerta ignífuga de acero en un rincón de su oficina, supuestamente para guardar en él papeles y objetos de valor, aunque lo que en realidad escondían allí era la más valiosa de sus posesiones, la heroína refinada lista para ser enviada a Europa. Cuando el Halcón llegó al almacén, allí sólo estaba Refat. Éste inspeccionó los sacos uno a uno.

Dos horas más tarde, al almacén llegó otra camioneta, a cuyo volante iba uno de los hombres de confianza del camionero con el que Refat había hablado la noche anterior en su «oficina». Refat observó en silencio cómo el chófer cargaba en la camioneta 180 de los sacos recién llegados. Luego el hombre se marchó y un millón y medio de dólares en «mercancía» desaparecieron con él en la noche. Ninguno de los hermanos Osman tendría la menor idea del paradero de su droga ni de lo que sucedía con ella hasta que apareciese en el almacén de Amsterdam al cabo de una, dos o tres semanas.

Antes de cenar la puerta blindada del escondite y de salir del almacén, Refat cogió cinco kilos de heroína de los sesenta que aún quedaban. Luego se dirigió al lugar en que aguardaba su coche y su guardaespaldas. El envío de los 180 primeros kilos había sido fácil. Ahora llegaba la parte delicada.

Duffy pensó que su grupo y el británico se miraban recelosamente desde lados opuestos de la mesa del almuerzo como si fueran un par de equipos estudiantiles dispuestos a enfrentarse en uno de esos apasionantes concursos locales de televisión cuyos únicos espectadores eran las madres de los participantes.

Por el bando británico estaba el jefe de operaciones especiales de Scotland Yard, el detective encargado de la investigación del asesinato de Tari Harmian, que iba acompañado por su sargento. Por el bando norteamericano, estaba el agregado de la DEA para la zona de Londres, Mike Flynn y Duffy. Para congraciarse con los británicos, Duffy había pedido una pinta de cerveza Guinness, de la cual dio ahora un sorbo. Estaba casi tan caliente como el caldo de gallina que le preparaba su madre cuando él, de niño, se sentía indispuerto.

—Jim y Mike —decía el agregado de la DEA— forman parte de un equipo de trabajo de Washington que estudia los actuales procedimientos de blanqueo de narcodólares. Tienen contundentes motivos para sospechar que el señor Harmian andaba metido en ese tipo de asuntos.

—¿Por qué sospechan eso? —preguntó MacPherson.

Flynn, que había recibido instrucciones de ser quien hablase en nombre de la DEA durante la conversación, replicó:

—En primer lugar por el trabajo de Harmian. Según la prensa británica, era «asesor privado de inversiones». Al menos en Estados Unidos, eso es sinónimo de blanqueador de dinero. —Mirando al comandante, siguió—. Quizás aquí ocurra lo mismo.

—El tipo se dedicaba a mover dinero, eso es indiscutible —dijo MacPherson—, pero... si lo que sospechan es que estaba relacionado de algún modo con el mundo de la droga, lo cierto es que no hemos encontrado indicios de que así fuera.

Antes de enseñar sus cartas, quería obligar a los norteamericanos a mostrar las de ellos. Algo sabían. No habían viajado desde Washington sólo para beber cerveza caliente.

—Estamos convencidos de que, hoy en día, los iraníes desempeñan un papel muy destacado en el tráfico internacional de heroína y, particularmente, en el tráfico de la heroína que llega a este país. Y, a fin de cuentas, el asesinado era iraní.

—Es posible, pero las pruebas tienden a indicar que el tipo carecía de todo vínculo con el régimen de Teherán. Investigamos sus antecedentes, y Harmian era partidario del shah.

—A veces la gente asume políticas falsas para ocultar sus verdaderas actividades. MacPherson se encogió de hombros y dijo:

—Puede ser. Ustedes supongan lo que quieran, pero yo me atengo a las pruebas. Y hasta ahora no he encontrado pruebas que relacionen al señor Harmian con las

drogas ni con los *mullah*. Ahora bien, si ustedes saben algo que yo ignoro y que arroja nueva luz sobre la investigación...

Antes de finalizar la frase, el atento escocés advirtió que Flynn miraba hacia el corpulento norteamericano que lo acompañaba. «En efecto —pensó—. Saben algo que, en su opinión, relaciona a Harmian con las drogas y con Teherán, y han recurrido a mí para que confirme sus sospechas».

Duffy bebió con mínimo entusiasmo un sorbo de la Guinness tibia. Para hacer hablar a aquel correoso escocés tendría que darle algo a cambio. Sacó de un bolsillo la copia de las dos interceptaciones de la NSA y se la tendió a MacPherson.

—No creo que sea necesario decirle con pelos y señales de dónde procede este material, inspector, y mucho le agradeceremos que sea discreto. Uno de los dos comunicantes de estas interceptaciones es el difunto señor Harmian. El otro es un tipo de Estambul. Aún no hemos podido demostrarlo, pero sospechamos que se dedica a mover dinero iraní de la droga.

MacPherson estudió con gran atención las dos interceptaciones, y luego se retrepó en su asiento. La información que allí aparecía daba un giro totalmente nuevo a su investigación. Al fin, lanzó un profundo suspiro, hondo y doloroso, casi un gemido. Lo que estaba a punto de decir no le haría ganar demasiados puntos positivos con su comandante.

—Miren —dijo a los reunidos en torno a la mesa—, al principio de la investigación estaba casi seguro de que la muerte de Harmian guardaba relación con su trabajo. O quizá la causa del asesinato fuera una deuda de juego. La viuda estaba empeñada en que habían sido terroristas, pero era sólo porque su marido les dijo algo en farsi a los asesinos. Con toda franqueza, no lo creí. Me parecía mucho más probable que, tras el asesinato, hubiera algún turbio asunto de negocios, así que de ese punto partimos. Después de ver lo que usted acaba de enseñarme, me temo que nos equivocamos. Debí hacer caso a lo que dijo la viuda.

—Mykonos —añadió Duffy.

—¿Cómo?

—Me refiero a un incidente que se produjo en Berlín. Los iraníes enviaron a un grupo de asesinos a matar a dos disidentes kurdos en un restaurante griego. Cuando se hizo público el veredicto del juicio, se armó un gran barullo. Es el modo de actuar típico de los iraníes. Creo que el caso de Harmian es idéntico.

Torvamente, MacPherson comentó:

—De ser así, nunca lo resolveremos. Esos tipos se habrán esfumado.

—No se culpe usted por ello, inspector —aconsejó Duffy, afable—. Si los asesinos eran agentes de Teherán, ya habrían salido del país antes incluso de que usted pudiera hablar con la viuda de Harmian.

Dirigiéndose a MacPherson, el comandante dijo:

—¿Por qué no resume para nuestros amigos todo lo que ha averiguado usted durante la investigación, inspector?

—Desde luego, señor.

MacPherson se dijo que, ya que el norteamericano había sido sincero con ellos, él haría lo mismo. Cuidadosa y metódicamente, les contó lo que sabía. Habló del sobre desaparecido, de las llamadas que Harmian hizo a su esposa, supuestamente desde París, pero en realidad hechas desde Budapest y las Caimán, de la tarjeta Visa sin límite de fondos y del hecho de que su nivel de vida no se correspondía con su nivel de ingresos.

—¿Qué demonios habría en ese maldito sobre? —gruñó Flynn.

—Responda a eso, amigo mío, y le diré quién mató a Harmian y por qué. Pero la información que usted nos ha facilitado nos permitirá cerrar este caso. Usted y su compañero pueden venir a verme cuando quieran y estaré encantado de enseñarles todas las pruebas antes de enviarlas al almacén.

—Por cierto, ¿qué me dice de la viuda? ¿Los ha ayudado en la investigación?

—Se encuentra auténticamente desolada. Pero sí, se muestra muy colaboradora.

—Espero que no les importe que la visitemos para manifestarle nuestro respeto.

—No hay ningún inconveniente.

El resto del almuerzo transcurrió mortecinamente, sin que la torva actitud de MacPherson contribuyera a animar las cosas. Al fin, el agregado de la DEA pidió la cuenta. El comandante hizo intención de abonarla.

—Vamos —dijo el agregado—, no podemos permitir que Isabel de Windsor pague nuestro almuerzo.

—¿Y por qué demonios no? —gruñó MacPherson—. Con todo el dinero que tiene, bien se lo puede permitir.

Por Dobra Becit, reportera de investigación, The Turkish Daily News.

ESTAMBUL. —¿Se encuentra Turquía a punto de convertirse en otro México o en otra Colombia, en una nación cuya jerarquía política gobernante está infectada por el corruptor virus de los narcodólares? Lamentablemente, resulta difícil no sacar esa conclusión en vista del material descubierto por esta reportera durante la investigación de las circunstancias que rodearon el accidente automovilístico que se produjo en la autopista Izmir-Estambul en noviembre de 1996. Como los lectores recordarán, en ese accidente perecieron un pistolero de la mafia, un alto jefe policial relacionado con el entonces ministro del Interior y una turbia figura de la «guerra sucia» que el Gobierno lleva a cabo contra los terroristas del PKK kurdo. Una lectura cuidadosa del aludido material, que el Gobierno ocultó a la comisión parlamentaria que investigó el accidente, deja claro que el rastro de los

narcodólares que se filtran hasta los círculos gubernamentales conduce hasta la puerta de Mehmet Agar, el ministro del Interior del gobierno Erbakan-Ciller, que estaba en el poder en las fechas en que se produjo el accidente.

Los dedos de la periodista habían volado sobre el teclado del ordenador con el frenético ritmo de una bailarina de claqué acercándose al final de su número. La mujer se daba cuenta de que aquél era el tipo de reportaje que podía consagrar a una periodista principiante. Sin duda, el *New York Times* lo reproduciría. Y también el *Washington Post*. Quizás incluso la invitasen a hacer una aparición especial en la CNN.

—¡Yupi! —exclamó, entusiasmada por la idea, y reanudó su rápido tecleo.

La Interpol de Lyon, Francia, informó el año pasado que el 7% de la heroína confiscada en Europa procedía de Turquía. En Londres, el servicio de aduanas de su majestad ha declarado públicamente que el 90% de la heroína que entra en el Reino Unido llega desde Turquía. Aquí, en Estambul, la DEA estadounidense calcula que, de nuestro país, todos los meses salen entre seis y siete toneladas de heroína refinada, entre setenta y dos y ochenta y cuatro toneladas al año. Téngase presente que, en el momento más agudo de la epidemia de heroína de la French Connection, en los años cincuenta y sesenta, en Estados Unidos no entraban más de catorce toneladas al año.

Los turcos clamamos por ingresar en la UE y, sin embargo, nos hemos convertido en los colombianos de la Europa occidental, y estamos inundando de mortíferas drogas las naciones vecinas.

¿Cómo ha llegado a producirse esta desastrosa situación? Lo que sigue es un intento, basado en tres meses de trabajo de investigación, de dar a nuestros lectores la respuesta a tal pregunta.

De pronto el timbre de la puerta la sacó de su concentración. Se preguntó quién diablos podría ser. Ah, se dijo, debía de ser el atractivo nigeriano que le había prometido darle una visión desde dentro del funcionamiento del tráfico de heroína en Laleli.

—¡Ya voy! —gritó.

A última hora de la tarde siguiente, Refat Osman leyó la noticia en las páginas del *Hurriyet*. El periódico publicaba una foto de la periodista asesinada. En ella parecía mucho más bonita que en la foto de carnet que el tipo del Ministerio del Interior le había entregado. Qué lastima, se dijo Refat. Era una pena que a la muchacha le

hubiese dado por husmear en lugares en los que nada se le había perdido.

Según el periódico, la muerte había sido provocada por estrangulamiento. El asesinato carecía de móvil aparente. El apartamento de la mujer no había sido robado. Lo único que se había echado en falta era el ordenador portátil.

Tipo listo, aquel nigeriano —se dijo Refat, doblando el periódico—. Esperemos que siga siéndolo y se largue cuanto antes de Estambul. Refat tenía otras cuestiones de las que ocuparse. Su hermano mayor Selim se había pasado a verlo después de comer para decirle que había encargado a su contacto iraní otros quinientos kilos de base. Así eran las cosas. Apenas se había librado uno de un cargamento, ya había otro en camino.

Aquella misma tarde, un camión rojo y amarillo de la Interstate Rapid Serviz Shipping Company se incorporó a la cola de vehículos TIR que esperaban pasar la aduana en el puesto de Halkali, junto al aeropuerto internacional de Estambul. El camión transportaba una variada carga: pasas para un mayorista de frutos secos de Düsseldorf, tomates para una enlatadora de Frankfurt, neumáticos para un vendedor de automóviles usados de Amberes y tejidos para plantas textiles de Aquisgrán, Rotterdam, La Haya y Amsterdam.

Como el resto de los camioneros de la cola, el conductor tuvo que pasar crece controles antes de conseguir el visto bueno. El chófer debía tener notas de entrega por cada uno, con documentación suplementaria referente al peso, contenido y valor de las mercaderías que transportaba.

Era en el octavo punto de control donde se colocaba oficialmente el sello de aduanas turco en las puertas traseras del vehículo. A no ser que el camión transportase ciertos productos textiles sujetos a desgravaciones arancelarias, la posibilidad de que un inspector de aduanas inspeccionase realmente la carga del camión era casi nula. Por lo general, el inspector se limitaba a echar un rápido vistazo al compartimiento de carga. Luego el chófer cerraba las puertas del camión y el inspector colocaba en ellas su sello, de modo que fuera imposible acceder a la carga sin romperlo. Cada sello llevaba el número del inspector que lo había colocado, lo mismo que las estampillas oficiales que el funcionario puso a continuación en todas las páginas —una por cada frontera que el camión cruzaría camino de su destino final— del carné internacional TIR del chófer. Como todas las entregas tendrían lugar en el interior de la Comunidad Económica Europea, el propio conductor rompería el sello en Alemania, cuando realizase la primera entrega.

Era un sistema burocrático muy complejo y prácticamente inútil. Como los exasperados agentes de aduanas de naciones como el Reino Unido solían decir: «un sello de aduanas turco no vale ni una mierda, y el que piense lo contrario vive en las nubes».

En cuanto hubo recibido el visto bueno final, el conductor partió con su camión por la autopista transeuropea en dirección al cruce de la frontera turco-búlgara de Kapitan Andrevo llevando 180 kilos de heroína de los Osman cuidadosamente escondidos tras unos falsos paneles en la cabina de su camión.

Un examen aduanero a fondo, de los que duran ocho horas, habría revelado la existencia del compartimiento secreto. Sin embargo, las posibilidades de que el vehículo fuera sometido a un examen así eran mínimas. Durante el año 1996, *sólo en Turquía*, circularon más de 800 000 camiones TIR. Sin embargo, en ese mismo año, *en toda Europa*, sólo fueron interceptados veinte camiones TIR que contrabandeaban heroína. Casi sin excepciones, todos fueron descubiertos a causa de un soplo y no gracias al celo de los agentes de aduanas. Así de improbable resultaba que uno de los camiones de la Interstate Rapid fuera descubierto con un alijo de droga.

En la frontera, el aduanero turco verificó que el sello de las puertas posteriores estaba adecuadamente colocado. El búlgaro hizo lo mismo, arrancó del carné TIR del conductor la hoja correspondiente a Bulgaria y le franqueó el paso. A partir de aquel momento, la luz verde hasta su primer punto de entrega en Alemania estaba prácticamente garantizada.

Lubricado por la sangre de un viejo campesino de Beluchistán y por la de una ambiciosa periodista turca, el producto de los *jeribs* de Ahmed Khan, de la codicia de Ghulam Hamid y de la ambición de la familia Osman avanzaba ahora viento en popa hacia su destino final: los pulmones, narices y venas de un anónimo regimiento de jóvenes occidentales. Algunos mezclarían la heroína con tabaco y la fumarían. Los más la consumirían en «chirris», espolvoreándola sobre un pedazo de papel de aluminio para calentarla luego con un encendedor y aspirar los vapores que producía al fundirse. Otros la esnifarían. Unos cuantos, tras mezclarla con lactosa o levadura, se la inyectarían por vía intravenosa, intramuscular o subcutánea. Sin embargo, la empleasen como la empleasen, la droga permitiría tener a cada usuario un breve atisbo del paraíso que, a la larga, terminaría convirtiéndose en una invitación al infierno.

LIBRO SEXTO

La agonía de Belinda F.

Cada vez que se ponía ante el espejo de su tocador Pierre Phillippe Thomire, Nancy Harmian revivía el horror del asesinato de su esposo. Al mirarse el rostro en aquella mañana de febrero lo vio aún demudado, ojeroso y con los ojos llenos de lágrimas.

Había pasado más de un mes desde la muerte de Terry y ¿qué habían hecho los detectives del famoso Scotland Yard? Nada. Estaban persuadidos de que a Terry, que había sido el más honrado de los hombres, lo habían matado como venganza por algún turbio asunto financiero. O bien, cosa aún más descabellada, sospechaban que él, que nunca jugaba, podía haber contraído algún tipo de deuda de juego. Por la forma como aquellos hombres actuaban daba la sensación de que el criminal había sido el pobre Terry, y no los hombres que lo habían asesinado. En cuanto al embajador estadounidense, se había limitado a darle a ella su más sentido pésame.

Miró el reloj Patek Phillippe que Terry le había regalado por su cumpleaños y nuevas lágrimas le afloraron a los ojos. Eran las diez y veinte. Mary llegaría en diez minutos —si era puntual, cosa que rara vez ocurría— para ir juntas al mercadillo de antigüedades de Alfie, lo cual sería su primera salida tras la muerte de Terry. Quizás allí, en los puestos y riendas del mercadillo, buscando tesoros ignotos, como una pintura a buen precio o una estatua cuyo auténtico valor desconociese el anticuario, podría apartar de su cabeza la muerte de Terry al menos durante un par de horas.

—Señora. —Era Rebecca, que seguía sirviendo en la casa pese a los terribles recuerdos de la aciaga noche—. Dos señores desean verla.

—¿Dos señores? —preguntó Nancy—. ¿Quieren verme? ¿Qué son? ¿Policías?

—No, señora. Dicen que vienen de la embajada.

—¡Ah! Hágalos pasar a la sala y ofrézcales un café, Rebecca. Bajaré en cuanto termine de maquillarme.

En la casa de los Harmian en Belgravia, la sala se encontraba en el primer piso, la planta noble. Yendo hacia el sofá que la criada le señalaba, Jim Duffy hizo un rápido inventario visual de la estancia. Su decoración era una obra maestra de la discreta elegancia. Reconoció una máscara faraónica, de las que uno espera encontrarse en lugares como el Museo Smithsonian, media docena de miniaturas de marfil mogólicas colgadas de una pared, y una mesa redonda con tablero de cristal que encerraba lo que parecía ser una colección de artefactos de la Edad del Bronce. Quienquiera que hubiese decorado aquella estancia, no sólo tenía buen gusto, sino también una saneada cuenta corriente.

—Caballeros...

El embajador le había comentado a Duffy que Nancy Harmian era una mujer atractiva, pero sus palabras no lo prepararon adecuadamente para enfrentarse a la joven que ahora avanzaba hacia él. Era alta, cerca de metro ochenta, y casi marcialmente apuesta: espalda recta y cabeza y mentón levantados. Era como si se impusiese aquella erguida postura para hacer más llevadera su dolorosa carga.

Llevaba el rubio cabello inmaculadamente peinado, y su rostro parecía ligeramente demacrado, como si el dolor le hubiese hecho perder un par de kilos en las semanas transcurridas desde la muerte de su esposo. Sobre todo, se dijo Duffy, parecía irradiar compostura y dignidad. No parecía una mujer con la que se pudiera jugar.

—Señora Harmian, me llamo Jim Duffy. Éste es mi colega, Mike Flynn. El embajador nos sugirió que la visitásemos, pero primero permítame expresarle nuestro más sentido pésame por el horrible asesinato de su esposo.

—Gracias —replicó Nancy, al tiempo que pensaba: «Siempre el mismo blablablá»—. Siéntense, por favor.

Ella se acomodó en una butaca enfrentada al sofá en el que Rebecca había hecho sentarse a los visitantes. Desde aquella posición, le fue posible estudiar a los dos hombres mientras la criada servía café. Duffy, el que había hecho las presentaciones, debía de tener cerca de cincuenta años. Sus manos eran enormes, y los hombros parecían hechos ex profeso para derribar puertas... o para derribar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Llevaba la chaqueta suelta y en torno a la cintura no se detectaba ni atisbo de grasa. Nancy no imaginaba que la carrera diplomática de aquel hombre hubiese consistido en estampillar visados estadounidenses en pasaportes ajenos. Aunque su sonrisa era cálida, había en sus ojos una expresión distante, casi triste. ¿Tendría algún dolor oculto que no deseaba compartir con nadie?

El joven que lo acompañaba contaría poco más de treinta años, y era tan flaco como Duffy fornido. Parecía incómodo, como si, de algún modo, actuar como subordinado del tal Duffy no fuera plato de su gusto.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —preguntó Nancy, tras dar el primer sorbo de café.

—Señora Harmian —comenzó Duffy—, el embajador nos ha mostrado las notas que tomó cuando habló con usted a raíz del asesinato de su marido, y nos gustaría comentarlas, si no le resulta demasiado doloroso.

—Pregunten cuanto deseen. Lo que quiero es ayudar.

—Me llamó particularmente la atención el hecho de que estaba usted convencida de que a su marido lo asesinaron agentes enviados por el régimen de Teherán.

—Estoy segura de que así fue. Sin embargo, la policía no me hace el menor caso.

—Le aseguro que yo se lo haré, señora Harmian.

—Llámeme Nancy, por favor. ¿Trabajan ustedes en la embajada?

Duffy carraspeó ligeramente, y a Nancy le dio la sensación de que lo hacía a fin de disponer de unos instantes para sopesar la cuestión «mentir o no mentir».

—No —dijo Duffy—. Venimos de Washington.

Bueno, al menos el hombre es sincero —se dijo Nancy, sonriendo interiormente—. Quizás incluso admita que pertenece a la CIA.

—Tengo entendido que llegó usted a esa conclusión debido al hecho de que su

esposo habló a sus asesinos en farsi. ¿Es así, Nancy?

—Exacto.

—Pero usted no habla esa lengua.

—Ya, pero conozco a mi marido, y... —Nancy se interrumpió y ahogó un sollozo—. Dispensen. Apenas ha pasado un mes. No me acostumbro a hablar en pasado. Conocía a mi marido. Estoy segura de que lo hizo deliberadamente. Fue su manera de decirme que sus asesinos eran iraníes. Y que no eran iraníes de los que están exiliados en Londres.

—La verdad, Nancy, es que creo que está usted en lo cierto. El asesinato de su esposo tiene el sello del servicio secreto iraní, lo que ellos llaman la VEVAK. Nunca envían a un solo asesino. Trabajan en equipos de cuatro o cinco miembros, como ocurrió en este caso. Lo hacen para cubrir todas las contingencias posibles. Son asesinos profesionales, muy bien adiestrados. No dejan huellas ni pistas que la policía pueda seguir.

—Sí, he oído hablar de ellos.

—Que nosotros sepamos, han cometido más de noventa asesinatos tipo ejecución en Estados Unidos y Europa occidental. Y muy pocas veces se los ha detenido. Lo cual es todo un récord.

¿Que *nosotros* sepamos? —pensó Nancy—. Decidido. Este hombre es de la CIA. ¿Qué otra cosa puede ser?

—La cuestión, Nancy, es ésta: hemos estudiado detenidamente esos asesinatos. Todos responden a una misma pauta. Teherán no los ordena caprichosamente. Los iraníes los utilizan para eliminar a individuos de quienes sospechan que trabajan activamente para conseguir la caída de su régimen. O para castigar a personas por las que se consideran traicionados. En Teherán, antes de ordenar esas muertes, incluso las discuten ante lo que ellos llaman un tribunal revolucionario.

Duffy vaciló un instante antes de continuar:

—Así que, en caso de que en realidad los asesinos de su esposo pertenecieran a los servicios secretos iraníes, lo primero que debemos preguntamos es «¿por qué?».

Duffy tuvo la sensación de que, por primera vez desde que había entrado en la sala, Nancy Harmian perdía parte de su compostura. Pareció hundirse más en los cojines de su butaca y su casi arrogante actitud quedó disminuida.

—Yo misma me paso las noches en vela haciéndome esa misma pregunta: ¿por qué? —reconoció.

—¿Sospechó usted alguna vez que su marido trabajase para alguna organización cuyo objetivo fuese acabar con el régimen de los *mullah*? —Duffy, naturalmente, conocía la respuesta a aquella pregunta, pues no en vano había escuchado las grabaciones de la NSA.

—Jamás sospeché algo así, señor...

—Jim.

—Bueno, Jim, recuerde que sólo conocí a mi esposo durante dos años. No le puedo dar pelos y señales de su vida durante la época anterior a nuestra boda. Pero casi nunca hablábamos de política, ni entre nosotros ni con otra gente, al menos estando yo delante. Alguien podría atribuir eso al machismo de los hombres de Oriente Medio: ya sabe: con las mujeres no se habla de política. Pero no creo que fuera ése el motivo. Creo que, simplemente, Terry no sentía excesivo interés por la política.

—¿Qué opinaba su esposo del régimen de Teherán?

—¿De los *mullah*? Por lo que yo sé, no le hacían ninguna gracia. Pensaba que intentaban meter a Irán en el siglo XXI con valores del siglo VII. De todas maneras, no me daba la sensación de que pensara demasiado en ellos ni en un sentido ni en otro. A él sólo le preocupaban los mercados financieros.

—¿Era religioso?

—No, nada en absoluto. Que yo sepa, nunca rezaba. No respetaba el Ramadán. Bebía. No mucho, pero lo que le apetecía y cuando le apetecía.

—Sin embargo, usted quiso que el entierro fuera musulmán.

—Desde luego. Terry siempre se tuvo por musulmán, aunque no practicase su fe. En eso era como yo. Si me pregunta usted lo que soy, le contestaré que católica, aunque lleve meses sin ir a misa. Por eso me pareció que mi esposo debía recibir un entierro musulmán. Creo que él lo hubiese preferido.

Duffy se arrellanó en el sofá. Ser buen juez de las personas era tan importante para un miembro de la CIA como saber utilizar una ganzúa para un ladrón. Le daba la sensación de que la mujer que tenía ante sí estaba diciendo la verdad. Su ignorancia acerca de la relación de su esposo con los *mullah* era real, no fingida. Ahora había llegado el momento de ir un poco más allá, de verificar el hecho de que el hombre que hablaba en las grabaciones de la NSA y el difunto señor Harmian eran, efectivamente, la misma persona.

—Nancy, aunque ya sé que usted no habla farsi, quiero preguntarle algo. Si escuchase usted a su esposo hablando en ese idioma, ¿cree que le sería posible reconocer su voz?

Nancy se encogió de hombros.

—Creo que sí. ¿Por qué?

Duffy le hizo una seña a Flynn, y éste sacó de un bolsillo una grabadora de microcasete.

—Ya sé que esto puede resultarle doloroso, Nancy, y, de ser así, me disculpo con usted, pero piense que con ello puede ayudarnos a identificar a los asesinos de su esposo. ¿Le importa escuchar las voces de esta cinta y decimos si reconoce entre ellas la de su esposo?

Para cerciorarse de la habilidad de la prueba, Duffy había insertado al comienzo de la cinta una conversación entre dos intérpretes de la agencia que hablaban farsi, y eliminado la palabra «Tari» de las dos conversaciones en las que Harmian intervenía. Nancy permaneció inexpresiva durante la primera conversación. Pero en cuanto escuchó las palabras «Me entrevisté recientemente con el Profesor en Budapest», dio un respingo y lanzó una ahogada exclamación.

—¡Es él! —exclamó—. ¡Mi Terry!

Escuchó, entre horrorizada y fascinada, las dos conversaciones telefónicas, indicando con un movimiento de cabeza cada intervención de su esposo. La identificación de la voz fue indudable para Duffy y Flynn. El hombre cuyas llamadas había interceptado la NSA era el esposo de Nancy, Tari Harmian.

—¿Con quién hablaba mi marido, Jim? —preguntó la mujer cuando terminó la grabación—. ¿De dónde ha salido esa cinta?

—Ojalá conociéramos la identidad de su interlocutor. Lo único que sabemos es que era iraní y que reside en Estambul. En cuanto a la procedencia de la cinta... Bueno, la supongo al corriente de que disponemos de servicios que se ocupan de este tipo de cosas.

—¿De qué hablaban?

—Tampoco de eso podemos estar seguros. Utilizaban una clave. Sospechamos que hablaban de mover dinero. Pero tenemos indicios de que el hombre con el que hablaba está relacionado con el régimen de Irán. —De momento, se dijo Duffy, no había hablado de las drogas. Existía el riesgo de que la mención de tal tema pudiera hacer que los deseos de colaborar de Nancy disminuyeran.

—¿Quiere eso decir que ustedes sospechan que Terry también estaba implicado de algún modo con los *mullah*?

Nancy percibió un matiz de auténtica tristeza en la mirada que Duffy le dirigió.

—Me temo que sí, Nancy. —El tono de su voz se había suavizado, y ahora parecía el de un médico dándole una mala noticia al pariente más próximo de un enfermo—. Aún no sabemos qué hacía para ellos, pero la cosa está relacionada con el asesinato. Y con el contenido, fuera cual fuera, de aquel sobre. Debía de ser algo extraordinariamente importante para haberlo matado como lo hicieron.

Nancy apoyó la nuca en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Movié los labios en silencio, como si estuviese murmurando una oración por su marido asesinado.

—Supongo que todo eso significa que nunca encontraremos a los asesinos de Terry, ¿no?

—No necesariamente, pero dar con ellos no será fácil. Su esposo trabajaba en casa, ¿verdad?

—Sí. Su estudio estaba abajo, en la habitación donde lo asesinaron.

—Para nosotros sería una gran ayuda que tratara usted de hacer memoria, Nancy,

por si recuerda a algún visitante de su marido que a usted le pareciera sospechoso. Cualquier persona, o cualquier conversación telefónica que escuchara usted casualmente y en la que creyera detectar algo extraño, o si vio por la casa algún sobre o paquete que le resultase raro.

—La mayor parte de los visitantes que recibíamos eran ingleses. Gente de la City. O clientes de mi marido, a los cuales, como es lógico, yo conocía. Si yo pasaba cerca del estudio y ellos estaban allí, me asomaba a saludarlos.

—¿Le importaría que echáramos un vistazo al estudio de su esposo?

Nancy lanzó un suspiro y se levantó de su butaca.

—¿Por qué no? Pero les advierto que no he entrado allí desde aquella noche. Una vez que la policía terminó su trabajo, llamé a un servicio de limpiezas para que viniera a poner orden, y luego cerré la habitación.

—Nancy, si esto va a resultarle demasiado doloroso...

—No se preocupe, Jim. Alguna vez tengo que volver a entrar en esa habitación, ¿no? Supongo que éste es un momento tan bueno como cualquier otro. —Dicho esto, Nancy tomó la mano de Duffy como una hija hubiese cogido la de su padre en un momento tenso de una película de televisión, y condujo al hombre abajo.

Cuando la mujer abrió la puerta del estudio, por ella salió una vaharada de olor a detergente y a desinfectante. El escritorio de Harmian estaba limpio, y de la pared de detrás había desaparecido la sangre. La caja de caudales tenía la puerta abierta y el interior vacío. Evidentemente, los papeles que había contenido seguían en Scotland Yard. Frente al escritorio de Harmian había un gran sillón de orejas.

—Ahí es donde se sentaban los visitantes —susurró Nancy. Casi inmediatamente, soltó la mano de Duffy—. ¡Un momento! —exclamó—. Me ha preguntado si Terry recibió alguna visita extraña. Recuerdo una, cosa de tres semanas antes de que a él lo mataran. Yo volvía del mercado a eso de las cinco de la tarde. Cuando abrí la puerta principal, escuché a Terry y a otro hombre gritando en farsi aquí dentro. Parecía que se estaban peleando, pero cuando me asomé para decir «hola», los dos eran todo sonrisas. Me dio la sensación de que disimulaban.

—¿Conocía usted al hombre que estaba con su marido?

—No, jamás lo había visto. Terry nos presentó, pero no recuerdo el nombre.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era alto, más que Terry. Como de cincuenta años. Muy erguido, con aspecto marcial, como si fuera militar. Llevaba ropas excelentes. Apuesto a que el traje azul que llevaba se lo habían hecho en Savile Row. —Hizo una pausa, tratando de recrear el episodio en su memoria—. Un detalle de ese hombre se me quedó grabado: parecía llevar cuatro o cinco días sin afeitarse. Pensé que tal vez tuviera alguna afección en la piel.

—Quizás estuviera dejándose crecer otra vez la barba del profeta que había tenido

que afeitarse por algún motivo —aventuró Duffy—. ¿Cree usted que si viera una foto de ese visitante sería capaz de reconocerlo?

—Tal vez. Es difícil decirlo sin ver la foto.

—Escuche, Nancy: veré si en la embajada puedo conseguir fotos para enseñárselas. ¿Estará usted en casa esta tarde?

—A partir de las cinco.

—Si no tiene usted inconveniente, volveré por aquí a esa hora.

—Hágalo. —Nancy les abrió la puerta principal. En cuanto Flynn hubo salido, Duffy se volvió hacia la mujer, y esta vez fue él quien le tomó la mano.

—Nancy —dijo—, creo comprender lo mucho que está usted sufriendo. Hace algún tiempo, yo perdí a mi esposa a manos de un asesino distinto: el cáncer.

Ah —pensó Nancy—. Eso explica la tristeza que reflejan sus ojos.

—Es duro, muy duro —susurró Duffy—. El tiempo mitiga las cosas. Es cierto. Pero digan lo que digan, no cura el dolor: sólo lo apacigua. Lamento mucho lo mal que lo está usted pasando.

Impulsivamente, Nancy se aproximó más a él y lo besó en ambas mejillas.

—Gracias —susurró.

La estación de la CIA de la embajada estadounidense en Londres, sita en Grosvenor Square, se encuentra aislada del resto del edificio por su propio sistema de seguridad biométrico. Jim Duffy marcó su clave personal en el teclado numérico situado a la entrada de las oficinas de la sede, y luego metió la mano en la boca del escáner situado bajo el teclado. El escáner comparó la huella de la mano de Duffy con la que tenía almacenada en su banco de datos y, tras verificar que los parámetros biológicos coincidían, abrió automáticamente la puerta.

El ayudante del jefe ejecutivo de la sede aguardaba para acompañarlo al despacho de Bob Cowie. El término «secretario» había sido borrado del léxico de la agencia mucho antes de que se convirtiera en un término políticamente incorrecto en los manuales de otras empresas.

—Bueno, ¿qué tal la reunión? —quiso saber Cowie, con una sonrisa. El hombre vestía un traje azul oscuro cuya chaqueta tenía doble abertura atrás y estaba entallada en la cintura. Duffy pensó que Cowie siempre vestía como si fuese a ir a una boda o a un entierro.

—Bien. La mujer hace todo lo posible por ayudarnos. Dime una cosa, ¿tenemos fotos de agentes secretos iraníes?

—Muy pocas. Y de los hombres que mataron a Harmian, seguro que ninguna. Supongo que Teherán los mandó aquí expresamente para esa única misión. Seguro que ahora están sanos y salvos en sus casas. Y no es probable que vuelvan a aparecer por Occidente.

—¿Cómo consiguen los iraníes introducir a sus agentes en Europa con tanta facilidad?

—Para empezar, disponen de una cadena de casas seguras en toda Europa, muchas de ellas en Alemania. Nosotros y nuestros valerosos aliados europeos hemos descubierto alguna que otra, cuando los europeos han recibido algún soplo. De dos cosas estamos seguros: esos tipos tienen dinero a espuestas, normalmente en metálico. Y en Teherán disponen de una especie de fabrica de falsificaciones que les facilita documentos espurios de primera clase.

—Eso no resulta demasiado sorprendente teniendo en cuenta que lograron una falsificación casi perfecta del billete de cien dólares. Aun así, ¿cómo logran entrar y salir con tanta facilidad de Inglaterra que, a fin de cuentas, es una isla? Se supone que hacerlo no es fácil.

—Es más fácil de lo que crees. El tren Eurostar que circula bajo el canal de la Mancha es uno de sus medios favoritos. Cuando llega un tren, los de inmigración se ven agobiados por el trabajo. Y, como te digo, los iraníes cuentan con documentos falsos de primera. Los agentes viajan con billete de ida y vuelta y tienen una reserva de cinco días pagada de antemano en el Holiday Inn. Lo único que necesitan es un visado de turista para ir y venir a su gusto y presenciar el cambio de la guardia en el palacio de Buckingham. Los peces gordos llegan a Heathrow, quizá con una falsa *carte de séjour* francesa si es que saben hablar francés, o con un pasaporte diplomático iraní falso emitido a nombre de alguien que no figura en la base de datos de los de inmigración.

Cowie encendió su ordenador, marcó su clave secreta e hizo girar el monitor, de modo que Duffy pudiera ver la pantalla. Pulsó unas cuantas teclas, y en la pantalla apareció la imagen de un hombre corpulento vestido con una holgada túnica negra, subiéndose a un Mercedes 600.

—Éste es Sadegh Izaddine, el comandante de la Fuerza de Choque, la unidad que sin duda fue responsable del asesinato del señor Harmian.

—Buen coche.

—Amigo mío, los *mullah* dejaron los andrajos en cuanto se subieron al carro del poder.

—¿Dónde le hicieron esa foto?

—En Teherán. Un disidente se la tomó para nosotros desde el otro lado de la calle. La cámara que usó fue una de esas superminiaturas que pueden pasar por un botón de abrigo y llevan en su interior un rollo de microfilm.

—Espléndido. ¿Tenemos en nómina a muchos tipos como el que hizo la foto?

Tras una breve vacilación, Cowie decidió que la «necesidad de saber» de Duffy justificaba responder a su pregunta.

—A unos cuantos. Básicamente, en Europa existen cuatro organizaciones de

disidentes iraníes, y nosotros trabajamos con las cuatro. Hay una aquí, en Londres. De ideología monárquica. Quieren instalar al hijo del shah en el trono del Pavo Real en calidad de monarca democrático, una especie de Juan Carlos iraní. Personalmente, creo que la idea es utópica, pero esos tipos tienen buenas conexiones en el interior de Irán. Una penetración de primera. Luego existen dos grupos asentados en París. Uno se llama Bandera de Libertad. Liberales demócratas. Cuentan con un gran apoyo clandestino en el interior del país, sobre todo en las grandes ciudades. Si lo desean, pueden poner panfletos de propaganda en los parabrisas de miles de coches de Teherán en una sola noche.

—Impresionante.

—Pues sí. El tercer grupo es el Consejo Nacional de Resistencia. Es el más numeroso y el más duro. Está dividido entre París y Bagdad. Disponen de treinta mil hombres armados. Lo malo es que están enamorados de nuestro querido amigo Saddam Hussein. Necesitan estarlo, si desean seguir con vida. Muchos de sus miembros son antiguos marxistas, aunque desde que comenzaron a acercarse furtivamente a nosotros para conseguir subvenciones, parecen haber visto la luz de la razón política.

Cowie hizo una pausa, como si estuviera repasando mentalmente la lista de los disidentes iraníes.

—Por último, tenemos a la gente de Beni Sadr. Como sin duda recordarás, el hombre fue el primer presidente de la República Islámica de Irán. Esos tipos tienen mucha fuerza en Alemania.

—¿Y la agencia apoya a todos esos grupos?

—Hasta cierto punto. Y, ojo: sólo con dinero. Nada de explosivos ni armas. La política del Gobierno de Estados Unidos no consiste en fomentar una revuelta armada contra los *mullah*.

—Supongo que ahora nos hemos vuelto excesivamente remilgados para meternos en asuntos así.

—Más o menos —rió Cowie que, como muchos otros miembros de la CIA entre los cuales no estaba Duffy, era de ideología política muy liberal—. Los mujadines iraníes trataron de actuar por las malas en los años ochenta. ¿Qué sucedió? Pusieron unas cuantas bombas en edificios oficiales, y mataron a una docena de personas. Los *mullah* detuvieron a cincuenta personas que podían tener o no ciertas vagas simpatías hacia los mujadines y su causa y las ejecutaron. Ojo por ojo. Un círculo vicioso que no los condujo absolutamente a ninguna parte. Así que nuestra actual política es pagar a esa gente por los informes de inteligencia que nos suministran. Naturalmente, si deciden usar nuestro dinero para comprar explosivos y balas, nosotros no podemos impedirselo. Pero la idea es fomentar una revolución blanda y no dura.

—Vamos, Bob, no me vengas con cuentos. No creía que en la agencia hubiese

tipos de cincuenta años que aún creyeran en Papá Noel.

Cowie se echó a reír.

—¿Recuerdas la cantidad de cursos de adoctrinamiento político que recibimos en nuestra época de reclutas en Camp Peary, Jim? No dejaban de machacarnos que lo mejor que había hecho la CIA era provocar el famoso golpe de Estado en Irán en 1953. Nos decían que había sido poco menos que una genialidad pagar a todos aquellos comerciantes del bazar y luchadores de lucha grecorromana para que se levantaran contra Mossadegh e hicieran volver al shah de su exilio en Roma. Era un maravilloso ejemplo de la CIA cumpliendo su cometido de defender la democracia y los intereses de las grandes compañías petroleras. Bueno, pues todo eran cuentos, zarandajas. El golpe contra Mossadegh fue el acto más estúpido que ha cometido la agencia en toda su historia.

—Supongo que te das cuenta de que hablas como un redomado hereje, Bobby.

—Dime una cosa: ¿qué hubiese ocurrido si no organizamos ese golpe de Estado? El shah se hubiera pasado la vida en su dorado exilio, entre Saint Moritz, París y Marbella, con lo cual hubiera sido mucho más feliz que tratando de convertirse en un déspota en Oriente Medio. Irán habría terminado convirtiéndose en una seudodemocracia y en estos momentos a nosotros no nos estarían volviendo locos los malditos *mullah*.

—Pero... ¿qué dices, Bob? Mossadegh era un sinvergüenza.

—Como otros muchos líderes a los que, a lo largo de los años, hemos tratado con todo mimo. Estigmatizamos a Mossadegh como criptocomunista porque deseaba nacionalizar el petróleo anglo-iraní. ¿Acaso organizamos un golpe de Estado para derrocar al rey Feisal de Arabia Saudí cuando se apoderó de la ARAMCO? ¿O contra la familia El-Sabbagh cuando nacionalizó la Kuwait Oil Company? Qué demonios, claro que no. El gran pecado de Mossadegh fue adelantarse unos años a su momento, eso es todo.

Cowie pulsó varias teclas de su ordenador.

—Pero no estamos aquí para hablar del pasado. De todas maneras te resumo en una palabra lo que hemos averiguado sobre los agentes de la VEVAK destacados en Londres: nada. El hecho de que esos tipos se den de cabezazos contra el suelo cinco veces al día mientras dicen sus plegarias no significa que tengan los sesos reblandecidos. Saben perfectamente que tenemos pinchados muchos de sus locales y lo único que dicen en ellos es lo que quieren que MI5 sepa. Ahora... —Señaló la pantalla del ordenador, en la que había aparecido la foto de un grupo de mujeres iraníes manifestándose frente a la embajada de ese país en Londres. Un hombre, cuyo rostro estaba rodeado por un círculo, las miraba desde uno de los balcones de la sede diplomática. Cowie pulsó unas teclas y el rostro del hombre llenó la pantalla—. Éste es el jefe de la VEVAK en Londres. En los viejos tiempos, encabezaba una

organización estudiantil contraria al shah.

Cowie fue haciendo desfilar por la pantalla una sucesión de fotos, e hizo una rápida descripción de los hombres que en ellas aparecían y de las funciones que cumplían. Se detuvo cuando apareció la foto de un individuo con abrigo azul que caminaba por una calle llena de gente con un maletín negro en la mano.

—Éste es un fulano de lo más interesante. Dirigía la oficina en Londres de la Compañía Nacional de Petróleos Iraní. Sin embargo, su auténtico cometido era el de comprar alta tecnología para la industria armamentística de los *mullah*. Un tipo muy listo. Se llama Bollahi, pero lo apodan «el Profesor».

—¡El Profesor! —Duffy se echó hacia delante en su asiento. El Profesor era la palabra usada por Tan Harmian para referirse al hombre con el que, supuestamente, se había entrevistado en Budapest. Al hombre que había reclutado al coronel Wulff en Almaty también lo llamaban el Profesor. ¿Serían los dos el mismo? ¿Era posible que el profesor Bollahi fuese también el visitante con el que Harmian había discutido en su estudio tres semanas antes de que lo asesinaran?—. ¿Sabes si Bollahi suele llevar barba?

—Mira, Jim, esta gente no hace más que afeitarse y volverse a dejar barba. Se afeitan cuando no quieren ser identificados como musulmanes. Por lo general, van rasurados cuando viajan con identidades falsas.

—¿Por qué no miras lo que hay en los ordenadores sobre este tipo?

Cowie marcó en el teclado el nombre del Profesor, Bollahi, y la clave de acceso para el banco de datos central de la agencia sobre Irán. En la pantalla aparecieron cinco páginas de texto a un espacio. Duffy se echó hacia delante y comenzó a leer.

—¡Un ingeniero! —exclamó—. Se doctoró en ingeniería mecánica. ¿Qué demonios hace un tipo así con los *mullah*?

—Necesitan gente de ese calibre si quieren manejarse adecuadamente en el mercado internacional. Rezar es una cosa y comprar armas otra muy distinta.

Duffy estaba fascinado por lo que iba leyendo en la pantalla del ordenador.

—Por dos veces se informó de su presencia en la antigua RDA, antes de la caída del muro. Según uno de nuestros informantes, estaba buscando materiales nucleares.

—¿Y por qué no? A fin de cuentas, los han buscado por todas partes.

Duffy seguía con la vista fija en lo que iba apareciendo en pantalla.

—¡Dios bendito, Bobby! —exclamó de pronto, señalando la pantalla—. ¡Mira esto!

Informe\DD\AFF\N\232 fecha 10-12-97

La clave indicaba que el informante era un alemán dedicado a las finanzas.

El sujeto es único titular de la cuenta #00314572 del Banco Melli de Munich. El informante vio el estado de la cuenta una semana antes de la fecha del informe. Había un saldo favorable de más de 500 000 dólares.

—Los iraníes están arruinados, la mitad de su pueblo vive de cacahuets, y este tipo dispone de medio millón de dólares en su cuenta bancaria... Tiene que ser un pez muy, muy gordo.

—Las armas cuestan dinero, muchacho. Particularmente, las que al Profesor le gusta comprar.

Duffy continuó estudiando el texto que iba pasando por la pantalla hasta llegar a la última anotación acerca de Bollahi.

El sujeto abandonó el Reino Unido en dirección a Teherán cuando se supo que las autoridades alemanas deseaban interrogarlo respecto a la compra por parte de los iraníes de un aeródromo privado en Hartenholm, al norte de Hamburgo, Alemania. La sede de Londres no tiene conocimiento de que haya regresado a su trabajo en la NIOC de Londres, aunque se cree (fue visto por un agente el 17-1-97) que volvió al Reino Unido con un pasaporte diplomático iraní falso. Informes de segunda mano sitúan al sujeto trabajando en las zonas alemanas de Colonia-Düsseldorf y Schleswig-Holstein. Facturas telefónicas confiscadas por el servicio de aduanas alemán en un registro de la central en Düsseldorf de la OID (Organización de Industrias de Defensas) iraní efectuado en octubre de 1996 revelaron seis llamadas hechas desde la OID al número de la oficina de Teherán que utiliza el sujeto. Fuentes fidedignas informan también de la presencia del sujeto en Milán, Italia, utilizando como tapadera las oficinas de la Fundación para los Oprimidos, situada en Via Padona, en el primer piso del edificio que alberga el Banco Larino. El informante BM/I/34 afirmó que el sujeto tenía acceso a una sala del consulado iraní en Milán que contiene documentos relacionados con materias nucleares, a los cuales, supuestamente, sólo tiene acceso otro individuo, apellidado Yazdi.

Duffy lanzó un gruñido. La *Bunyod e Mustazafin* —Fundación para los Oprimidos— era una de las instituciones más ricas y corruptas de los *mullah*. Canalizaba las ganancias de empresas como el hotel Hilton de Teherán, nacionalizado por los *mullah*. Supuestamente, la fundación se dedicaba a ayudar a los pobres y desposeídos. A quienes en realidad ayudaba era a los altos jefes de los *mullah*, y a sus proyectos secretos de defensa e inteligencia, subvencionando los esfuerzos iraníes por conseguir armas nucleares y biológicas, y las actividades terroristas islámicas en todo

el mundo. Aquel hijo de puta, el Profesor, estaba metido hasta las orejas en el programa nuclear, de eso no cabía duda. Tenía que ser el tipo que le había comprado los tres proyectiles nucleares al difunto coronel ruso. Si en Milán había consultado documentos secretos referidos a tecnología nuclear, lo más probable era que estuviese intentando encontrar el modo de hacer el mejor uso de su compra.

—Escucha, Bob, ¿por qué no me imprimes una docena de fotos de esa gente? Incluida una del Profesor. Quiero ver si Nancy identifica a alguno.

—¿Nancy?

—La señora Harmian.

Al otro lado del canal de la Mancha, el vehículo amarillo y rojo de la compañía de transportes iraní Interstate Rapid Serviz circulaba por la autopista circular A-10 de Amsterdam con rumbo a su destino final. El camión estaba ya vacío, salvo por los 180 kilos de heroína escondidos en el panel lateral.

Para el conductor, el viaje había sido particularmente tranquilo. Como la mayoría de los chóferes de vehículos TIR, había dormido en el jergón de la cabina, y sólo se separó del vehículo para comer, ducharse y utilizar los servicios de las áreas simadas a lo largo de la ruta. Una vez que hubo cruzado la frontera turco-búlgara, ya no tuvo que preocuparse para nada de los aduaneros. En su primera parada, el almacén de un mayorista de frutos secos de Düsseldorf, él mismo había roto el sello de aduanas de las puertas traseras de su camión antes de entregar al mayorista doscientos kilos de uvas pasas.

Pasadas las seis de la tarde, se metió por el túnel Goen bajo el canal del mar del Norte y tomó dirección oeste, hacia la salida de la autopista correspondiente a Volendam. El negro manto de la noche invernal ya había caído, y la autopista frente a él estaba atestada de otros camiones. Tres de los puertos más grandes del mundo, Rotterdam, Amberes y Amsterdam, se encontraban en un radio de ciento sesenta kilómetros. De cada uno de aquellos puertos salía un flujo continuo de camiones contenedores que se incorporaban a los miles de vehículos TIR que circulaban por las autopistas cercanas. De resultas de ello, por las carreteras de Holanda, Bélgica, Alemania occidental y Francia septentrional se movía más tráfico comercial pesado que en ninguna zona de tamaño comparable del resto del planeta, más incluso que en el corredor Boston-Baltimore del litoral atlántico de Estados Unidos.

El conductor tenía la certeza de que, inmerso en aquella enorme masa de tráfico, se encontraba totalmente a salvo de cualquier inspección aduanera aleatoria. Además, en el improbable caso de que hubiese aduaneros holandeses patrullando las autopistas, a aquella hora ya no existía el más mínimo riesgo. Todos sabían que los aduaneros holandeses paran de trabajar a las cinco en punto. Según una famosa anécdota, en una ocasión la DEA norteamericana informó a la aduana holandesa de

Rotterdam de que en el interior de cierto contenedor había 14 000 kilos de hachís destinados a Polonia. El informe llegó poco antes de las cinco, la hora a la que todos se marchaban a casa, así que el contenedor, con el hachís todavía dentro, fue estacionado durante la noche en un garaje del servicio de aduanas. A la mañana siguiente, cuando entró a trabajar el siguiente turno, el enorme contenedor y los 14 000 kilos de hachís se habían esfumado y nunca volvieron a aparecer.

Silbando suavemente, el conductor se desvió de la A-10 para entilar el Nieuwe Leeuwarderweg, que iba en dirección sur hacia el canal Het Ji y el laberinto de pequeñas vías fluviales, ensenadas y varaderos que llenaban el canal. Luego se metió por la Papaverweg, un fino cabo que se extendía paralelamente a las aguas del canal. El cabo albergaba casi exclusivamente depósitos en los que las mercancías descargadas aguardaban a ser distribuidas en el interior de Holanda, o a ser exportadas a otros países, o simplemente permanecían allí en espera de que se decidiese su destino final. Algunos de los almacenes eran relucientes edificios de tres o cuatro pisos de vidrio y acero; otros, como aquel al que el conductor se dirigía, situado en el número 36A, eran sencillas estructuras de madera de una o dos plantas.

Abdullah, el cuarto de los cinco hermanos Osman metidos en el tráfico de heroína, se encontraba en su despacho de la parte posterior del edificio cuando el conductor estacionó su camión frente al andén de carga. La parte delantera del edificio albergaba un almacén de muebles cuyos propietarios, que ahora se encontraban en casa, frente a la chimenea, no tenían ni idea de las auténticas actividades de sus vecinos. En cualquier caso, un camión TIR estacionando frente a un andén junto a la Papaverweg llamaba tan poco la atención como un ciudadano holandés pedaleando en bicicleta por las calles de Amsterdam.

Abdullah salió de su despacho y, entre él y el conductor, abrieron la trasera del vehículo y retiraron el panel secreto. La heroína, metida en sacos de plástico de un kilo unidos entre sí como salchichas por una malla de plástico, había sido difícil de cargar, pero la gran ventaja del sistema usado era la facilidad y rapidez con que ahora podía sacarse la droga de su escondite. La operación de descarga duró menos de diez minutos, y tras ella el conductor emprendió el viaje de regreso a Turquía.

La mitad del edificio correspondiente a Abdullah Osman había sido arrendada a nombre de una empresa holandesa, la Turktext BV, que tenía como dirección oficial el 36A de la Papaverweg. Los Osman utilizaban efectivamente el almacén como depósito para los vaqueros y cazadoras de cuero que servían de pantalla para sus operaciones de narcotráfico. Una especie de cobertizo situado detrás de las oficinas que se utilizaba como almacén para las mercancías servía también de escondite subterráneo para la droga. Abdullah guardó en él con todo cuidado aquel último alijo de heroína.

Finalizada su tarea, Abdullah subió de nuevo al despacho. Lo primero que hizo

fue telefonar al menor de los cinco Osman, Behcet, a su casa del suburbio londinense de Stoke Newington.

—Escucha, Babe —dijo, utilizando el apodo del benjamín de la familia—, el material ya ha llegado. Puedes decirle a tu irlandés que vaya preparando el dinero.

El tráfico de heroína en Holanda lo controlaban nueve familias turcas, seis en Amsterdam, una en Rotterdam, otra en Arnhem y otra en Apeldoorn. La familia Osman era, quizá, la más importante. Todas tenían buen cuidado de no pelearse unas con otras en Holanda. Las disputas se zanjaban en Turquía. Los turcos consiguieron hacerse con el control del tráfico de heroína en Holanda en 1976 debido a que las triadas chinas de Hong Kong que se habían ocupado hasta entonces del negocio se enzarzaron en una sangrienta guerra entre bandas. Eso irritó a los holandeses, normalmente tan tolerantes. La policía detuvo a los principales traficantes, que luego fueron expulsados del país. Aquello había sido un error por parte de los chinos que los turcos como los Osman no pensaban repetir.

A sus treinta y dos años, Abdullah era un representante típico de la nueva clase de narcotraficantes que controlaba el mercado holandés de la heroína. A diferencia de sus hermanos mayores, era delgado, casi frágil. Con sus gafas, su cabello rubio que comenzaba a escasearle, y el aire de casi infinita bondad que trataba de irradiar en público, se parecía a un pastor de la Iglesia reformada holandesa predicando la tolerancia como reflejo supremo de la bondad cristiana. Llevaba una impecable vida familiar con su esposa y sus dos hijos, jamás había pisado el interior de una de las discotecas holandesas en las que el consumo de éxtasis era rampante, y conducía un discreto Peugeot francés. Sin embargo, era un hombre enormemente astuto cuya norma de trabajo era no hacer nada que llamase la atención de las autoridades holandesas.

Era comprensible. Probablemente, menos del veinte por ciento de la heroína que acababa de recibir terminaría en pulmones o narices holandeses. Lo mismo que las otras ocho familias turcas, Abdullah utilizaba Holanda principalmente como depósito en el que almacenar la droga hasta que fuera posible enviarla a sus clientes del Reino Unido. Bélgica, Francia, Alemania y España. No pensaba poner en peligro una situación tan ventajosa creándole problemas a la simpática policía holandesa. La Interpol de Lyon, la OCTRIS francesa, el servicio de aduanas de su majestad británica y la DEA norteamericana calculaban que en 1996 entró en Holanda un *mínimo* de 14 000 kilos de heroína. Tal cifra, que suponía más del quíntuplo de las necesidades de los heroinómanos holandeses, había convertido a Holanda en el almacén de heroína de Europa. Las autoridades alemanas, francesas, inglesas y belgas calculaban que entre el setenta y el ochenta por ciento de los alijos requisados en sus países había pasado previamente por Holanda.

Los frustrados aduaneros del Reino Unido afirmaban que Holanda se había

convertido en el México de Inglaterra.

Jim Duffy iba dejando una a una frente a Nancy Harmian las diez fotos que le había facilitado la embajada. La mujer estudiaba cada una de ellas con un interés indicador de su ardiente deseo de colaborar en la captura de los asesinos de su esposo. Desechó las cinco primeras con otros tantos movimientos de cabeza, indicando que no le decían nada, y las fue dejando boca abajo sobre la mesa que tenía al lado.

La foto del Profesor era la sexta del montón que Duffy sujetaba en la mano. La dejó frente a Nancy esforzándose especialmente en que su rostro no denotase nada que pudiera indicar a Nancy la importancia que tenía aquella foto en particular. Ella estudió al hombre del traje azul con el mismo interés que había puesto en las otras fotos, y luego la dejó boca abajo con las que ya había rechazado.

El decepcionado Duffy iba a colocar la siguiente foto ante ella cuando Nancy tomó de nuevo la foto del Profesor.

—Déjeme mirar mejor ésta —dijo.

Estudió de nuevo la foto del Profesor y al fin dijo:

—Trato de imaginar qué aspecto tendría este hombre con barba.

—No olvide, Nancy, que cualquier hombre puede dejarse barba y volvérsela a afeitar.

Ella dejó a un lado la foto del Profesor y luego terminó de estudiar las últimas fotos de Duffy. Ninguna de ellas le dijo nada. Cuando hubo acabado, cogió de nuevo la foto del Profesor, la estudió detenidamente, y cerró los ojos.

—Sí —anunció al fin—. Creo que es él. Aunque no lleve barba. ¿Sabe usted cómo se llama?

—Bollahi.

—¡Sí! —Su exclamación sonó como el grito de triunfo de un jugador de tenis tras anotarse un tanto de partido—. Ése es el hombre. Ahora lo recuerdo. Cuando nos presentó, Terry lo llamó profesor Bollahi.

Duffy sonrió y procedió a recoger sus fotos.

—Ésta era la foto que esperaba que identificase. Confío en no haberle mandado a usted algún mensaje extrasensorial que le hiciera señalarla.

—Pero Jim, no me diga que cree usted en esas patrañas. ¿A qué se dedica este hombre?

—Bollahi era el encargado en Londres de las operaciones petroleras iraníes, pero su auténtica misión era conseguir armas y tecnología punta para el Gobierno de Teherán.

—¿Cree usted que participó en el asesinato de Terry?

—Directamente, lo dudo. Indirectamente, es muy posible. Probablemente pidió a

la gente de Teherán que se ocupa de tales cosas que organizase el asesinato.

—Pero Dios bendito... ¿por qué?

—Ojalá lo supiéramos, Nancy.

—No estará usted sugiriendo que mi Terry andaba metido en el tráfico de armas para los *mullah*, ¿verdad? Es una posibilidad que me niego a creer.

—Piense usted, Nancy, que pudo meterse en ello durante la guerra irano-iraquí, antes de que usted lo conociera. Con independencia de su opinión acerca de los *mullah*, creo que en aquellos días a cualquier iraní debía de resultarle difícil no sentir el influjo del patriotismo.

Nancy meneó la cabeza, incrédula. Duffy insistió:

—El tráfico de armas es como los antiguos papeles cazamoscas: fácil de agarrar, pero casi imposible de soltar.

—Terry debía de trabajar para la CIA o para algún grupo antirrégimen, informando de las actividades de los *mullah*.

—Si hubiese estado en contacto con alguno de los grupos antirrégimen, yo lo sabría. A su esposo lo asesinaron porque en Teherán tenían suficiente interés por hacerse con el contenido de aquel maldito sobre para matar por él.

—Pero por el amor de Dios, Jim, ¿qué podía contener el sobre?

—Montones de cosas. Unos cuantos millones de dólares de los *mullah* en bonos al portador. O en certificados de depósito en oro. Pero en mi opinión, lo más probable es que su esposo hubiera tenido acceso a una relación de los escondites en el extranjero del dinero de los *mullah*. Los bancos y las cuentas bancarias que usan, en qué refugios bancarios ocultan sus fondos. Esa gente tiene más dinero fuera de Irán del que nunca tuvo el pobre shah.

Una expresión de casi desesperada incompreensión se extendió por las atractivas facciones de Nancy.

—¿Cómo es posible compartir durante dos años completos la vida, el lecho, el cuerpo, la mente y las esperanzas con un hombre y, no obstante, ignorar la combinación de la caja fuerte interior en la que él guarda sus más íntimos secretos?

—Es más fácil de lo que imagina. —Duffy no pensaba hablar aún a Nancy de que su marido había viajado a las Caimán o a Budapest pese a haberle dicho a ella que su destino era París o Roma. Y tampoco quería hacer mención de las drogas. Ya se lo diría en otra ocasión. Por hoy, la mujer había sufrido bastante. Además, aquellos viajes estaban relacionados casi con toda certeza con los narcodólares, y no con posibles devaneos extramatrimoniales—. Eleanor Philby, la última esposa de Kim Philby, el espía ruso, jamás sospechó que su marido trabajase para el KGB. La que fue amante en Tokio de Richard Sorge durante la Segunda Guerra Mundial nunca supo que el auténtico jefe de Sorge era Stalin y no Hitler. Creo que hay gente que nace para la simulación, y se mueve en ella como pez en el agua. Creo que eso le

ocurría a su marido, y es lo que explica su lamentable fin.

Poniéndose en pie, Nancy dijo:

—Necesito beber algo para asimilar todo esto. ¿Me acompaña?

Duffy consultó su reloj. Eran las siete y media.

—Bueno, supongo que a estas horas ya no estoy de servicio. Tomaré un whisky con hielo.

Nancy se lo sirvió, y se puso un vodka para ella.

Duffy alzó su vaso hacia ella.

—Por el bálsamo del tiempo, que ojalá cure sus dolores y los míos.

A Nancy los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Gracias, Jim —murmuró.

—Le prometí a mi colega, el señor Flynn, que pasaría la velada con él —explicó Duffy, tras dar un sorbo a su whisky—, así que tendré que irme pronto. No sé lo que Flynn me tiene preparado, pero no creo que sea nada demasiado divertido. Usted y yo debemos volver a hablar pronto. Quizá, si usted no tiene inconveniente, podamos cenar juntos una noche.

Duffy no daba crédito a lo que acababa de decir. Desde la muerte de su esposa, no se le había pasado por la cabeza invitar a una mujer ni a un vaso de agua. Y ahora estaba proponiéndole salir a cenar a una mujer cuyo esposo apenas llevaba cinco semanas en la tumba.

Nancy vaciló. Evidentemente, la oferta la había sorprendido. Dio un largo trago de vodka y, mirando a su interlocutor fijamente a los ojos, replicó:

—De acuerdo, Jim. Estaré encantada.

En aquellos momentos, en el gran puerto alemán de Hamburgo, el hombre cuya foto tanto había interesado a Jim Duffy y a Nancy Harmian estaba cruzando lentamente el Kennedybrücke, el puente que cruzaba el lago Alster. Aquella noche el Profesor iba afeitado, como aparecía en la foto en la que Nancy lo reconoció como el hombre al que había visto en la oficina de Terry tres semanas antes de que lo asesinaran.

Como había dicho a sus colegas de Irán que se proponía hacer, había volado de Teherán a Viena poco después de la reunión del Comité de Operaciones Secretas, dispuesto a hacer lo necesario a fin de obtener para la Operación Jalid el material de alta tecnología imprescindible para detonar los tres proyectiles nucleares. Desde Austria voló en una Cessna de matrícula alemana hasta el aeródromo privado de los iraníes en Hartenholm. El lento paso con el que ahora caminaba por el puente era premeditado. El Profesor había seguido un cursillo para detectar y eludir cualquier vigilancia. Su maestro, un exmiembro del servicio secreto del shah, le había enseñado los trucos aprendidos de sus instructores de la CIA y del Mossad israelí. El Profesor

se dijo que era maravilloso que los rituales del mal se transmitieran con tanta facilidad.

El puente era un lugar ideal para detectar un seguimiento. No había coches ni furgones estacionados desde donde lo pudieran observar. No circulaban otros peatones. El tráfico tenía que seguir su marcha, así que de lo único que debía estar pendiente era de si algún coche o, más probablemente, dos o tres coches estaban dando vueltas y pasando repetidamente a su lado mientras él se dirigía hacia su destino.

Convencido ya de que nadie lo seguía, Bollahi dejó el puente y se dirigió hacia una farmacia de la Warburgstrasse. Entró y, tras pasar unos momentos simulando estudiar los remedios contra el catarro a fin de cerciorarse de que nadie lo había seguido, compró un paquete de aspirinas y se fue. Frente al local no había nadie remoloneando, y Bollahi se dirigió al coche que ya lo aguardaba al otro lado de la calle y se metió en él.

—Bueno, volvemos a encontrarnos —dijo al conductor.

—¿Qué tal, amigo mío? —replicó el conductor, estrechándole la mano—. Tienes un aspecto magnífico. Estás mucho más joven que la última vez que nos vimos. Seguro que lo que te mantiene tan en forma es el hecho de que a los musulmanes vuestra religión no os permite beber.

«En forma» era una expresión que nadie habría utilizado para describir al conductor. Josef *Joe* Mischer tenía el rostro rotundo y carnoso. Una gran papada le colgaba bajo la barbilla, y el bigote a lo Dalí que lucía hacía que la sotabarba llamase aún más la atención. Estaba tan grueso que no lograba mantener los faldones de la camisa dentro del pantalón. El Profesor siempre lo había considerado un pelma bien educado, útil —después de todo, era un ingeniero de primera—, pero con tendencia a actuar como un estibador borracho de juerga por la Reeperbahn.

Sonrió mientras Mischer aceleraba, alejándose del bordillo.

—No te preocupes, amigo. No perderé el tiempo soltándote un sermón acerca de los valores del ascetismo islámico. Tenemos mejores cosas de las que hablar.

—¡Espléndido! —exclamó Mischer—. Ya supuse que no habías venido aquí a ver a las chicas de las vitrinas. Sería estupendo que volviéramos a trabajar juntos.

Y también provechoso. A Mischer le constaba que los elegantes trajes azules que tanto gustaban al Profesor siempre tenían los bolsillos llenos de billetes, y lo que a Joe Mischer más le interesaba no era la ingeniería, sino ganar dinero, sin importarle mucho cómo. Antaño había tratado de ayudar al Profesor a conseguir tecnología nuclear en la ya extinta Alemania Oriental. En la actualidad Mischer se dedicaba a vender la producción de tres holandeses que preparaban tabletas de éxtasis en su garaje de Hilversum.

—Bueno, ¿qué pasa? —siguió—. Tienes al viejo Mike trabajando como loco allá

en Pinneberg, y no me ha dicho ni una palabra de lo que le has encargado hacer.

Mike Mashad era el principal ayudante del Profesor, el exiliado iraní residente en Marbella al que Bollahi había salvado de una cárcel norteamericana contándoles a los suizos la historia de que Mike le había estafado un montón de millones de dólares. Eso, para los suizos, era un delito mucho más grave que el de tratar de obtener acceso a equipos de tecnología nuclear.

—Bien por Mike. Él se da cuenta, lo mismo que tú, sin duda, de lo mucho que valoro la discreción en mis socios. ¿Recuerdas los dos viajes que hicimos juntos a la RDA antes de que cayera el muro de Berlín?

—Fuimos a comprar láseres de alta velocidad que pudieran utilizarse en la separación de isótopos —rió Joe—. Isótopos, por ejemplo, de uranio.

—Tu fuerte no es el sentido del humor, querido Joe —advirtió el Profesor—. Pero tienes razón. Fue una lástima que los alemanes orientales no quisieran hacer negocios con nosotros. A ellos les hubiera venido bien nuestro dinero, y a nosotros su tecnología. Según recuerdo, tú tenías grandes conocimientos sobre los láseres de alta energía.

—Sí, pasé muchísimo tiempo estudiando el tema.

—Espléndido. Quizá podamos hacer uso de tus conocimientos. ¿Dónde está Mike exactamente?

—Se aloja en un pequeño hotel de Pinneberg, a veinte minutos de aquí.

Cuando llegaron a la salita de la suite de Mike, éste los estaba esperando. El Profesor se dijo que su ayudante parecía un escolar ansioso de que el maestro le preguntara a fin de tener oportunidad de demostrar lo bien que se sabía la lección. Casi de mala gana, encargó café para todos y logró mantenerse callado hasta que hubo salido el camarero del servicio de habitaciones.

—Muy bien, Mike —dijo al fin el Profesor—. Oigamos tu informe. Delante de Joe puedes hablar con toda libertad, porque, probablemente, desempeñará un papel importante en la próxima fase de nuestra operación.

Mike se puso en pie.

—Bueno, en primer lugar, como sospechabas, el bueno de Herr Steiner está de mierda hasta las orejas.

—Pobre hombre —se compadeció el Profesor.

—Sí, pobre será, y muy pronto —siguió Mike—. El tipo estuvo doce años con los Haas, los grandes especialistas alemanes en láser. Su trabajo consistía en desarrollar nuevos productos para ellos, ¿comprendes?

El Profesor hizo un vago ademán con la mano que lo mismo podía ser de comprensión que de indiferencia.

—En 1995 tuvo una brillante idea, o al menos una idea que a él le pareció brillante, para construir uno de esos láseres que se utilizan para grabar números de

serie en el metal de las máquinas. De los automóviles, por ejemplo. Aunque no lo creas, incluso los usan para grabar los números de serie en las botellas de cerveza. Todo el mundo sueña con inventar un láser que funcione con mayor rapidez, y que tenga más potencia de corte. Así que Steiner dejó a los Haas y se estableció por su cuenta, dispuesto a construir el mejor láser del mundo.

—Olvidando, de modo muy conveniente, el hecho de que los conocimientos que iba a utilizar para construir su nuevo juguete los había adquirido mientras trabajaba para otros.

Mike lanzó un leve bufido para indicar lo poco que le importaban las implicaciones morales de los actos de Steiner.

—No obstante, ello nos dice algo acerca de qué clase de hombre es Herr Steiner, ¿no crees, Mike?

—Si tú lo dices... La cuestión es que fui al Ayuntamiento y busqué LASERTEKNIK GmbH, la firma de Steiner, en el registro de empresas constituidas aquí en Pinneberg. LASERTEKNIK fue creada el 16 de octubre de 1996, con un capital de cincuenta mil marcos. En las escrituras sociales, Steiner aparece como único accionista y director ejecutivo. Como sede social de la empresa figura el edificio de la Kaiser Wilhelmstrasse en el que Steiner tiene alquilada una oficina y espacio para talleres. El propósito oficial de la empresa era el desarrollo y la fabricación de láseres de alta energía. Ésa es toda la información que figura en los papeles de inscripción.

—Pocos láseres pueden construirse con cincuenta mil marcos, Mike.

—Espera. Lo que sucedió es que diez días más tarde Steiner le hizo a la compañía un préstamo de tres millones de marcos, que, por lo visto, eran sus ahorros de toda la vida, a fin de que la firma tuviera dinero para comenzar a funcionar.

—Parece que nuestro amigo Herr Steiner tenía fe en lo que estaba haciendo.

—Demasiada, en mi opinión. El caso es que, en abril de 1997, el dinero se le terminó, así que Steiner fue al Commerzbank y consiguió un préstamo de cinco millones de marcos. Quiso dar como aval acciones de LASERTEKNIK, pero el banco no quiso ni oír hablar de ello. Le dijeron que era demasiado arriesgado. Lo único que aceptaron como aval fue su casa, y Steiner se avino a ello sin decirle nada a su esposa.

—Por lo que cuentas, Herr Steiner parece todo un caballero, Mike. Salta a la vista que es el tipo de hombre con el que podemos hacer negocios. Pero dime algo: ¿cómo te enteraste de tantas cosas?

—Frente a su fábrica hay una *bierstube* a la que acuden sus empleados. Yo me hice habitual del lugar y trabé amistad con el barman, que resultó ser muy amigo de Steiner.

Maravilloso —se dijo el Profesor—. La República Islámica de Irán tiene que

confiar en camareros para conseguir información secreta.

—También investigué su índice de solvencia crediticia con una de esas firmas que venden información acerca de la fiabilidad financiera de las empresas. Les dije que deseaba saber si podía correr el riesgo de otorgarle noventa días de crédito por un millón de marcos en materias primas que estaba a punto de venderle. La respuesta fue «no». Steiner está endeudado hasta las cejas y carece totalmente de crédito. Además, tengo entendido que el banco está a punto de pedir la devolución del préstamo de cinco millones de marcos, y no aceptará acciones de LASERTEKNIK, ya que éstas carecen de valor. Se quedarán con su casa, y Herr Steiner y su familia se verán vagando por la Reeperbahn con los polacos y los gitanos.

—¿Sabe su esposa lo que ocurre?

—Por lo visto: no. Mi amigo el barman cree que Steiner está desesperado. Incluso teme que se intente suicidar.

—Pero nosotros no queremos que le ocurra eso —dijo el Profesor—. Acudiremos en su ayuda. Quiero comprar una parte sustancial de LASERTEKNIK. Digamos un cincuenta por ciento.

—Pero Profesor —protestó Joe Mischer—, según Mike, esas acciones no tienen ningún valor.

—Para mí sí lo tienen. ¿Cuánto crees que pedirá por el cincuenta por ciento de su compañía, Mike?

Mike se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Si pagas sus deudas, le quitas al banco de encima y le das suficiente capital para seguir con su investigación, creo que se arrodillará y te besará la mano.

—No creo que eso sea necesario. —El Profesor se volvió de nuevo hacia Mischer—. Joe, quisiera que fueras a ver a Herr Steiner cuanto antes. Impresiónalo con tus amplios conocimientos técnicos, dile lo mucho que lo admiras por lo que intenta hacer, y asegura estar convencido de que LASERTEKNIK llegará a ser un gran negocio. Dile que quieres formar parte de su empresa. Que, a cambio del cincuenta por ciento de la compañía, estás dispuesto a ofrecerle dinero suficiente para liquidar sus deudas y hacer un pago parcial del préstamo bancario, y aún le quedará un millón de marcos con el que continuar sus investigaciones. Ofrécele... digamos cuatro millones de marcos. —El Profesor miró a Mike buscando el asentimiento del hombre a la cifra mencionada.

Para Mike, aquello era pura rutina, algo que el Profesor y él ya habían hecho montones de veces para comprar firmas europeas.

—Sí, esa cantidad bastará.

—Supongo —continuó el Profesor— que habrá que registrar el nombre del nuevo accionista en los libros del Ayuntamiento.

—Desde luego.

—En tal caso, Joe, comprarás el cincuenta por ciento de las acciones a nombre de TW Holdings. Es una compañía de Vaduz cuya dirección social es el diecinueve de la Albrechtstrasse, en Liechtenstein. Tiene cuenta en el Liechtensteinische Landesbank. Una vez que hayas fijado los términos del acuerdo, TW Holdings transferirá la suma necesaria desde ese banco hasta el de Steiner aquí en Hamburgo. Que te extienda un certificado por el cincuenta por ciento de las acciones de LASERTEKNIK a nombre de TW Holdings, envía el certificado a la dirección de la compañía en Liechtenstein, y cerciórate de que Steiner inscribe debidamente en el Ayuntamiento el cambio de accionista.

Joe asintió, encantado. Negociaría el acuerdo por algo menos de tres millones de marcos, le cobraría cuatro al Profesor y se repartiría la diferencia con su nuevo socio, Herr Steiner. Eso era justamente lo que el Profesor esperaba que hiciese. Era el precio que había que pagar por hacer negocios al margen de la legalidad y con gente como Joe Mischer. Sin embargo, lo importante no era el dinero, sino que en la venta no hubiera nada que indicase que el gobierno iraní estaba implicado.

Se trataba de un ardid clásico. Quien tratase de investigar TW Holdings en Liechtenstein lo único que encontraría sería una placa de bronce en la puerta del bufete de un abogado. Tras esa puerta habría un severo jurista tan parlanchín como una de las figuras de la isla de Pascua. Entre las muchas cosas que el hombre no diría estaría el hecho de que TW Holdings era una subsidiaria en propiedad plena de Trade World, Inc., una compañía panameña cuyas finanzas dirigía el departamento de administración de bienes de un banco de las islas Caimán. Era una de las empresas cuyos títulos al portador se encontraban en el sobre que había motivado el asesinato de Tari Harmian. Harmian se había dedicado a invertir en las carteras de aquellas firmas el dinero de las «tasas de tránsito» que Said Djailani cobraba a los narcotraficantes, de modo que el dinero estuviera a disposición del Profesor cuando éste lo necesitara. Ahora, los títulos al portador y la compañía que representaban volvían a estar bajo el control del Profesor y, por consiguiente, de los *mullah* de Teherán.

—Lo que deseo que hagas, Joe, es que, una vez que se complete el acuerdo, te instales en la compañía y te conviertas en la mano derecha de Herr Steiner. Actúa con la mayor discreción posible. No hay por qué dar publicidad a tu presencia ni al cambio en la propiedad de la compañía. Tú y yo ya nos pondremos de acuerdo para crear un fondo de compensación que pague tu trabajo. Luego, cuando la cosa esté en marcha, ya te diré lo que debes hacer.

—No hay problema —sonrió Joe, que sabía lo generosas que podían ser las compensaciones del Profesor.

El Profesor se volvió de nuevo hacia Mike.

—¿Averiguaste algo interesante sobre las ideas políticas de Steiner? ¿Sobre lo que opina acerca de nuestros problemas en Oriente Medio?

—Por lo que me ha sido posible averiguar, el tipo carece de ideas políticas. Sin embargo, su esposa es interesante.

—¿Por qué?

—Es de Baviera. Nació en un pueblo cercano a Munich. Parece que tanto su abuelo como su padre fueron dirigentes del Partido Nazi. El abuelo murió en 1944, en un bombardeo aliado, y el padre desapareció. Según mi amigo el barman, se rumorea que tuvo que huir a América del Sur porque estaba implicado en lo de los judíos.

—¡Fantástico! —exclamó el Profesor—. Quizás antes de desaparecer insufló en su hija parte de su sabiduría.

Por primera vez desde que se había subido al coche de Joe en el centro de Hamburgo, el Profesor pudo relajarse. Al fin tenía una razonable certeza de que su plan para obtener los materiales de tecnología punta necesarios para la Operación Jalid podía dar resultado. Costaría unos cuantos millones de marcos. Pero si con ellos conseguía una remesa de los artefactos que Mike describió en una ocasión como «renacuajos con cabeza de cristal», la cosa valdría hasta el último *pfennig* que se gastase. Según su equipo de jóvenes científicos, una vez que consiguieran muestras de ellos, les sería posible construir docenas de réplicas. Y eso otorgaría a Irán la fuerza más poderosa del planeta. Con tal de conseguir tal fin, cualquier precio era barato.

Jim Duffy notaba la arenilla crujiendo bajo sus pies según bajaba por la oscura escalera que conducía a los sótanos del Oratorio Brompton, no lejos de los almacenes Harrod's, en el centro del elegante barrio londinense de Knightsbridge. ¿Para qué demonios me trae Flynn aquí? —se preguntó—. ¿Serán los efectos de su educación con los jesuitas? ¿Tratará de hacerme regresar por la puerta trasera a la única fe verdadera? Duffy sabía que el Oratorio era una de las iglesias católicas más antiguas y distinguidas de Londres. Había sido mandada construir en 1884, después de que el cardenal Newman implantase en Inglaterra la orden religiosa que lo presidía, el Oratorio de San Felipe Neri.

En el avión, viniendo hacia aquí, fui un perfecto idiota cuando me comprometí con Flynn a dedicarle una de mis noches, se dijo, siguiendo con la palma de la mano la pared de la escalera a fin de no tropezar.

—Qué sitio tan absurdo para un bar —gruñó para Mike Flynn cuando llegaron al final de la escalera.

Flynn se echó a reír.

—Suelen reunirse en los sótanos de las iglesias. Como los primeros cristianos en las catacumbas. Se trata de un nuevo movimiento espiritual que reúne a los perdidos,

los maltratados, los mansos y los desheredados.

—No me digas que me has traído a ver a los perdidos y a los mansos. ¿O sea que no hay bailarinas en *topless* ni cerveza caliente?

—No, amigo, esta noche, no.

Flynn se metió por una arcada en una habitación que parecía un aula de la escuela dominical o una sala para dar clases de educación religiosa a adultos. Reinaba la penumbra, y la única luz era la procedente de una docena de velas colocadas en una mesa del centro. Dos semicírculos de sillas plegables, unas veinte en total, rodeaban la mesa. La mitad de los asientos estaban ocupados.

Una joven surgió de entre las sombras, besó a Flynn en ambas mejillas al tiempo que susurraba un «hola», y luego ofreció la mano a Duffy.

—Bien venidos —dijo—. Siéntense donde prefieran.

Duffy se acomodó en una silla plegable y, a la fluctuante luz de las velas, estudió los rostros de los reunidos. Algunos conversaban entre sí; otros permanecían en silencio, absortos en sus pensamientos.

—El propósito de estas reuniones es compartir experiencias —explicó Mike en un susurro—. A mucha gente no le es posible hablar con libertad en una estancia grande y bien iluminada, así que se reúnen a la luz de las velas. El brillo de las velas da al lugar un aire de intimidad que no se puede conseguir de otro modo. Es algo que une al grupo, convirtiéndolo en un único ser común.

Dios bendito —pensó Duffy—. Compartir experiencias. Un único ser común. ¿No habrá alguna puerta trasera por la que pueda largarme?

Las sillas se fueron ocupando con rapidez. Luego, de entre las sombras surgió una mujer alta y delgada, ataviada con un sencillo vestido azul de lana, que fue a sentarse a la mesa sobre la que descansaban las velas.

—Hola. Me llamo Dariane —anunció—. Bien venidos a esta reunión de Narcóticos Anónimos.

Vaya por Dios —rezongó interiormente Duffy—, ahora entiendo por qué Flynn utilizó subterfugios para hacerme venir.

—Queremos darles las gracias a los sacerdotes del Oratorio por permitimos utilizar sus instalaciones esta noche, aunque ya sabéis que nuestro movimiento no está afiliado a ninguna fe ni a ningún movimiento religioso en particular, sino que confiamos en la espiritualidad para que nos guíe y nos dé fuerzas en nuestras vidas y afanes cotidianos. Fue Jung, el gran estudiante de la mente humana, el primero en darse cuenta de que la psicoterapia resultaba inútil para curar el alcoholismo, y lo que se necesitaba era un compromiso con una forma de espiritualidad mayor que nuestras propias individualidades. Fue su primer paciente, Bill W., el que marcó los Doce Pasos que nos guiarán esta noche.

La mujer tomó una tarjeta de la mesa.

—Paso primero —leyó—. Hemos admitido que somos impotentes ante nuestra adicción y que, de resultas de ello, hemos perdido el control sobre nuestras vidas.

Entre el círculo de rostros que rodeaban la mesa, se oyó de pronto una voz masculina:

—Paso segundo. Hemos llegado a la convicción de que sólo un poder mayor que nosotros mismos puede devolvemos la cordura.

Fascinado, Duffy escuchó cómo diferentes voces iban leyendo con aparente espontaneidad cada uno de los sucesivos pasos, hasta que la mujer de la mesa principal entonó:

—Paso duodécimo. Habiendo alcanzado nuestro despertar espiritual por medio de estos doce pasos, trataremos de llevar este mensaje a otros y de aplicar estos principios a todos los aspectos de nuestras existencias cotidianas.

Hizo una pausa y dirigió una sonrisa a su auditorio.

—¿Tenemos esta noche algún cumpleaños que celebrar?

—Lo de cumpleaños se refiere al día que dejaron las drogas —susurró Mike a Duffy—. Aquí, al cumpleaños biológico se le llama «el día del ombligo».

Duffy advirtió que en la segunda fila de sillas se ponía en pie un hombre de cerca de cuarenta años que anunció:

—Sí. Hoy celebro mi quinto año libre de la heroína. —Los reunidos estallaron en aplausos—. Pero soy consciente, lo mismo que todos vosotros, de que la lucha por seguir limpio continúa. Nunca cesa. Se prolonga indefinidamente, de día en día.

En la sala sonaron rumores de asentimiento.

Cuando hubieron sido celebrados otros tres «cumpleaños», la mujer de la mesa se puso en pie.

—Ahora quiero que le deis la bienvenida a nuestra oradora de la noche, Belinda F.

—Nunca utilizan los apellidos —susurró Mike a Duffy—. Aquí el anonimato es la norma.

Duffy, con la vista en la mujer que avanzaba hacia la mesa, no prestó mucha atención a su compañero. Se trataba de una joven de veintitantos o treinta años, ataviada con un sencillo vestido blanco, con las manos juntas ante sí, y que caminaba hacia la mesa central como una novia yendo hacia el altar. El brillo de las velas iluminaba sus graves y algo demacradas facciones y daba un extraño brillo a sus rubios cabellos. Duffy se dijo que la joven parecía una heroína de Tennessee Williams. O la Blanche de *Un tranvía llamado deseo*, o la coja que, en *El zoo de cristal*, esperaba a su príncipe azul.

La muchacha se sentó a la mesa junto a la moderadora, cruzó las manos, aspiró profundamente y anunció:

—Queridos amigos: hoy se cumplen tres meses del día que me liberé de la

esclavitud de la heroína.

El público aplaudió.

—Gracias. Me doy cuenta de que, comparado con lo que habéis conseguido muchos de vosotros, lo mío es sólo el primer paso de un largo y doloroso viaje; pero, con vuestra amistad y vuestra ayuda, lograré liberarme al fin de este horror.

Hizo una pausa y Duffy, que ya había dejado de lamentar no encontrarse en un pub de Londres, la estudió con gran atención. La muchacha era lo bastante joven para ser su hija... si él hubiera tenido una hija. Allí sentada, preparándose para hablar, parecía frágil y vulnerable, una delicada flor azotada por un terrible viento.

—Fui heroinómana durante ocho años. A diferencia de muchos de vosotros, que probablemente comenzasteis esnifando o fumando la droga, yo me inyecté desde el principio. Llevaba desde los doce años fumando marihuana y hachís. Necesitaba el escape que la droga me ofrecía. Creo que ése es el principal factor que impulsa a la adicción, el deseo de huir de la realidad.

Se produjo una breve pausa, como si la muchacha estuviera recordando algo doloroso.

—Me gustaría poder deciros que mis padres no se ocupaban de mí, que fui una desheredada. No es así. Mis padres eran gente normal y corriente. Yo tengo una carrera universitaria. El problema era yo. Yo, y la gente con la que me juntaba.

Duffy se dijo que, por el acento de la muchacha, ésta parecía estadounidense o tal vez de Yorkshire.

—Nos las dábamos de avanzados, de estar dispuestos a probar cualquier cosa, a participar en cualquier moda pasajera que llamase nuestra atención. A los veinte años, yo tenía un novio del que sabía que, como muchos de sus amigos, fumaba heroína. Le supliqué que me la dejase probar, pero él me dijo que no. Así que fui a ver a uno de sus amigos heroinómanos, me acosté con él y, cuando terminamos de hacer el amor, le dije: «Quiero probar la heroína, para ver qué tal es». Fue la primera vez que me prostituí por droga; pero no sería la última.

»Él me dijo que ni hablar, que yo era demasiado joven. Pero yo insistí y él me dijo que bueno, que me daría un poco para que la esnifase.

»Contesté que no quería esnifar, sino chutarme en vena, como todo el mundo. Así que lo llevé a mi dormitorio, me tumbé en la cama y le dije: «Inyéctame». Antes de que me pinchara, quise saber si aquello podía matarme. «Claro que sí», replicó él.

»Vacilé durante unos brevísimos instantes y luego le dije: «Adelante». Ésa es la reacción típica del adicto, ¿no? Aunque te cueste la vida, tienes que probar la droga.

Belinda miró los rostros que poblaban la penumbra. Era evidente que la muchacha iba ganando seguridad según hablaba.

—La heroína me cautivó. Fue un caso de amor a primera vista. O al primer chute. De pronto, había encontrado la solución de todo. Jamás me había sentido tan bien, tan

tranquila, tan a gusto. Estuve dos horas sin moverme porque no me atrevía a romper la magia del momento. Me sentía en el paraíso, en un lugar en el que nada podía afectarme ni dañarme. Había acariciado el cielo e iba a pagar aquella caricia con mi vida.

De nuevo vaciló Belinda, como si volviera a sentir el cálido abrazo de la droga.

—Sí —dijo al fin—, seamos sinceros. No existe en la Tierra sensación más grata que el primer chute de heroína. Y no existe nada peor que el último, cuando te das cuenta de que eres una adicta sin esperanzas y de que la heroína que tanto amaste te ha sumido en un negro pozo de desesperación.

Se removió nerviosamente en la silla.

—En mis días de adicta, la gente me decía: «¿Cómo puedes hacer algo así? Es un vicio horrible y, además, compartiendo jeringuillas, te arriesgas a coger el sida».

»Los que me lo decían no entendían en absoluto lo que en realidad ocurría. Nuestra generación adora la frialdad, la imperturbabilidad, el pasar de todo. El pasotismo es nuestro dios, nuestra meta, nuestro sueño. Y el viaje de heroína se convirtió en el no va más para la gente de los noventa como yo. No reaccionar jamás ante nada, ése era nuestro lema. Buscábamos la vacuidad total en mente y espíritu, y la heroína producía en nosotros tal estado. Sabéis a lo que me refiero. Podían estar matando a mi madre delante de mis propias narices y lo único que yo haría sería quedarme allí sentada murmurando: «Vamos, hombre, eso que le estás haciendo a mamá no está bien».

»Fijaos en nuestros ídolos musicales. River Phoenix, Axl Rose, Slash, Kurt Cobain. Todos ellos yonquis. Nuestras bandas favoritas: Jane's Addiction, Cowboy Junkies. ¿Qué os sugieren esos nombres? Calvin Klein y sus anuncios, en los que aparecía gente *groggy*, jodida, de rostro demacrado. Si aquéllos y aquellas modelos no eran en realidad adictos a la heroína, pretendían pasar por tales. Se trataba de convertir la droga en algo tan atractivo como los vaqueros de Calvin Klein: ésa era la idea. La heroína representaba la noche y las tinieblas, el encanto de lo prohibido y el escalofrío de lo vagamente peligroso.

»Durante algún tiempo, fui capaz de confinar mi hábito a los sábados por la noche. Luego fueron los viernes y los sábados. Después, los viernes, los sábados y los domingos. Ya sabéis lo insidioso, lo lento y gradual que es el proceso de la adicción a la heroína. Por intenso que sea el primer «subidón», nadie piensa que terminará convirtiéndose en adicto. Todos nos proponemos dejar la adicción mañana. Sólo que, naturalmente, no lo hacemos. Y, poco a poco, el hábito crece y crece, el tiempo entre chutes se reduce y la intensidad de los subidones se va haciendo cada vez menor.

»Hasta que un día dices: «No sé con qué demonios están cortando esto. Es menos fuerte que antes». Pero no es así. El problema está en ti, no en la heroína. Has comenzado a desarrollar tolerancia a la droga.

Belinda, que había mantenido las manos cruzadas sobre la mesa, ahora las separó e hizo con ellas un vago ademán de impotencia.

—Ahí empieza la cuesta abajo, la imparable cuesta abajo. Yo me tenía por una persona íntegra. Perdí esa integridad. Empecé a manipular a las personas que me rodeaban, a mis seres queridos. Los heroinómanos son los mayores manipuladores del mundo. Con tal de conseguir un chute, somos capaces de traicionar a nuestro amante, a nuestro mejor amigo, a nuestros padres, a nuestro perro. Para pagar la droga, comencé a robarle joyas a mi madre.

Belinda lanzó una breve y sarcástica risa.

—Si un alcohólico te roba algo y le preguntas por ello, te contesta: «No sé dónde está». El heroinómano te roba y, cuando le preguntas, se ofrece a ayudarte a buscarlo.

Un rumor de risas acogió tales palabras.

—La angustia se convierte en nuestra constante compañera. Nuestro ciclo vital se convierte en el ciclo de la heroína. Lo primero que pensamos al despertar es: «¿De dónde sacaré hoy droga para chutarme y dinero para pagarla? ¿Será bueno el material?».

»Como me horrorizaba lo que les estaba haciendo a mis padres, huí de Estados Unidos y me vine aquí. Como es natural, el hábito me acompañó. Lo único que tuve que hacer fue encontrar nuevos camellos. Me fue fácil. Dejád a un yonqui en cualquier ciudad de Europa occidental y a las veinticuatro horas ya habrá encontrado una nueva red de abastecedores. La mayor parte de los camellos son perfectos cabrones. Pero no nos engañemos. No son ellos los que nos persiguen ofreciéndonos droga. Somos nosotros quienes los buscamos.

Vaya —pensó Duffy—, el acento es norteamericano, no de Yorkshire. Qué vida tan horrible, la de esta muchacha. ¿Cómo habría reaccionado yo si fuera mi hija? ¿Me habría dado cuenta de lo que le sucedía? ¿Habría logrado que dejara el vicio? ¿Me habría cargado a un par de sus camellos?

—En Estados Unidos yo me dedicaba al diseño gráfico, pero aquí no logré encontrar trabajo. La mayor parte de los días, ni siquiera era capaz de levantarme de la cama. Así que me convertí en puta. Comencé a chupársela todos los días a un camello de Earl's Court a cambio de dos chutes, uno para mí y otro para venderlo y comprar comida. Le obligaba a darme mi dosis antes de chupársela, porque con droga nada me afectaba. Era como si yo no estuviera allí. Así que terminé trabajando en uno de esos salones de masaje que se anuncian en las cabinas telefónicas. El mundo desaparecía para mí en cuanto me metía un chute de lo que yo llamaba mi vitamina H. Podía permanecer ajena a todo mientras un cliente me penetraba por la boca, la vagina o el ano. Utilizaba los mismos camellos que las putas negras de la zona. La vida se hace cada vez más y más sórdida, y al final todos terminamos en el mismo sitio.

Duffy se estremeció. Dios —pensó—, espero no llegar nunca a ser uno de esos clientes.

—Al final, me inyectaba un gramo diario y estaba casi siempre enferma. Las piernas me dolían tanto que creía tener grapas en los huesos. Me pasaba el día con escalofríos y la carne de gallina. La nariz no dejaba de moquearme. Sufría de diarrea. El corazón se me rompía a causa de la tristeza. La heroína ya había dejado de ser un pasaje para el paraíso, y lo único que conseguía con ella era una hora de normalidad. Era como un perro encerrado en el negro agujero de mi desesperación y mi dependencia, y sólo con un chute lograba salir de él unas horas.

Belinda F. se puso en pie y comenzó a caminar en torno a la mesa.

—Al final, como ya no tenía venas en las que hincar la aguja, comencé a chutarme en el cuello, en la boca, en cualquier parte. —Se levantó la falda y Duffy dio un respingo, horrorizado. Por encima de su rodilla izquierda, la piel estaba hinchada y amoratada, llena de pequeñas cicatrices, como si la hubieran pasado por una máquina picadora de carne.

»Hace tres meses, esto no era más que una gigantesca llaga abierta, de la que rezumaba sangre y pus. La dejaba así premeditadamente, porque se había convertido en el único lugar en el que podía hundir la aguja. Ya había dejado de trabajar. Del salón de masaje me echaron, porque, viendo mi pierna, ningún cliente conseguía una erección. Así estaba cuando, un buen día, acudí al centro para toxicómanos del doctor Bellman. «Doctor —le supliqué—, ayúdeme a volver a la normalidad».

Belinda se dejó caer de nuevo en su asiento.

—Y él me ayudó. Y ahora, gracias a vosotros y al apoyo que he encontrado en Narcóticos Anónimos y en los Doce Pasos de su programa, tengo la oportunidad de recuperar mi vida. Sé que tendrán que pasar meses, incluso años, y que me costará grandes trabajos y muchísimo tesón. Soy consciente de que no estoy recuperada. Si un día caminara por Earl's Court sintiéndome deprimida y de pronto un rostro familiar me ofreciese un chute como remedio seguro contra la depresión, ¿sería capaz de decir que no? Ojalá pudiera responder afirmativamente a esa pregunta, pero... ¿quién sabe?

Se miró las manos, que volvían a estar unidas sobre la mesa, y luego miró los rostros que se entreveían en la penumbra. Cada uno de los presentes le estaba deseando la fortaleza espiritual necesaria para los críticos momentos por venir.

—Nuestro mundo está lleno de falsos dioses y falsos profetas, esperando seducir a los miembros más débiles de mi generación con sus cantos de sirena: el nihilismo es *chic*, dicen, el abandono es fenomenal, la autodestrucción es el colmo del encanto. No es así, creedme.

Terminado ya casi el calvario de su confesión, la muchacha se puso en pie y Duffy advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias a todos por vuestra ayuda, por la fuerza que habéis insuflado en mí al escuchar mis palabras de esta noche —dijo, poniendo fin a su charla.

Momentos más tarde, caminando por el amplio callejón que había a un lado de la iglesia en dirección a la concurrida Brompton Road, Duffy seguía impresionado por las palabras de la joven, por el horror en que se había convertido su vida.

—Gracias, Mike —dijo—. Escuchar a esa muchacha fue una lección de humildad que me ha venido muy bien. Supongo que, después de oírla, lo que te dije en el avión cuando veníamos acerca de las drogas y quienes las consumen resulta el colmo de la insensibilidad, ¿no?

—No, Jim. Lo que dijiste en el avión es exactamente lo que piensa el norteamericano medio que nunca ha tenido que enfrentarse a ese problema.

—Gracias por tu generosidad. La tragedia de Belinda como se llame otorga una dimensión distinta a lo que hacemos, ¿verdad? No es sólo que esos cabrones a los que intentamos atrapar traten de conseguir armas con las que liquidarnos a todos, sino que además se financian arruinando las vidas de muchachas como ésa. —Dio una patada a un guijarro del suelo—. ¿Qué posibilidades crees que tiene esa chica de no caer de nuevo en la droga?

—No muchas. Menos del cincuenta por ciento.

—¿Tan pocas?

—Tan pocas. Una vez que se ha desarrollado la adicción a la heroína, las posibilidades de superarla vienen a ser las mismas que las de superar un cáncer. Son necesarios un valor y una voluntad de los que me temo que ella carece.

—¿Y cómo diablos sabes tú eso?

—El apellido de Belinda F. es Flynn, Jim. Belinda es mi hermana.

—¿Les apetece una taza de buen té inglés? —preguntó el superintendente de detectives Fraser MacPherson a Jim Duffy y Mike Flynn a la mañana siguiente, tras hacerlos pasar a su oficina—. ¿O ustedes los yanquis sólo saben comenzar la jornada con una buena taza de café negro?

—Por mí, té —dijo Duffy—. Ya sabes: donde fueres, haz lo que vieres. Desayunaré al mejor estilo del imperio británico.

—Sí, esto en tiempos fue el corazón de un imperio. De un imperio construido con la sangre de los jóvenes y valerosos soldados escoceses; pero en fin... —MacPherson levantó su corpachón de la butaca de su escritorio y procedió a servir té para todos. Cuando estuvo de nuevo tras su mesa, dijo—: Esta mañana, en maitines, le conté al jefe de operaciones lo que ustedes me dijeron durante el almuerzo. Sin aclararle de dónde procedía la información, desde luego.

«Maitines» era el nombre que recibía la reunión de jefes de distrito de la policía metropolitana londinense. La zona correspondiente a MacPherson, situada en el

centro de la capital, abarcaba casi treinta comisarías de policía.

—Fue bastante incómodo —reconoció MacPherson, con nublada expresión—. Resultó desagradable decirle a todo el mundo que nos era imposible sacar el caso Harmian del punto muerto en que se encontraba, y que habría que incluirlo en la lista de asesinatos no resueltos.

—Bueno, la culpa no es suya, inspector —trató de consolarlo Duffy—. A no ser que hubiese sorprendido a los asesinos in fraganti, en este caso las posibilidades de realizar un arresto eran prácticamente nulas.

—Fue un asesinato bien sangriento. No solemos ver muchos como ése, gracias a Dios. Lo más curioso es que, según todo lo que hemos podido averiguar de él, Harmian era un buen tipo. El Foreign Office le concedió un permiso de residencia en toda regla. No todo el mundo lo consigue. Y, desde luego, cuando llegó aquí no estaba descalzo. Era un hombre con cierta solvencia económica. ¿Cómo entraría en contacto con la gente que lo asesinó?

—Ojalá lo supiéramos —suspiró Duffy—. El otro día, durante el almuerzo, mencionó usted la posibilidad de que, antes de archivar el resultado de sus investigaciones, nos permitiera a nosotros echarle un vistazo.

—Sí, eso dije. Manos tendidas a través del mar. La relación especial entre ingleses y norteamericanos y todo eso. Permítanme decirles cómo funcionan aquí las cosas. Si, como mandan las ordenanzas, tengo que consultar con los gerifaltes del Home Office, llegarán las pascuas antes de que ellos respondan. Así que la cosa quedará entre nosotros. Nunca sucedió, ¿de acuerdo? Examinen el material, tomen notas si lo desean, pero recuerden: aquí no averiguaron nada.

—Gracias, inspector —dijo Duffy—. Puede usted contar con nuestra discreción. Y le agradecemos mucho su ayuda.

—De acuerdo, amigos, los llevaré al departamento de pruebas.

Durante las seis horas siguientes, Duffy y Flynn repasaron los montones de informes bancarios, facturas, correspondencia, recibos de teléfonos y de tarjetas de crédito, declaraciones juradas y el resto del material acumulado por Scotland Yard durante la investigación del caso Harmian.

Cuando iban por la mitad de la inspección, Flynn declaró:

—En mi vida he visto muchas investigaciones policiales, pero muy pocas tan minuciosas como ésta.

—Pero maldito para lo que nos sirve —gruñó Duffy—. Ese tal Harmian debía de llevar dos vidas: la que reflejan todos estos papeles y otra de la que no dejó el menor rastro.

—Es cierto. ¿Te has fijado, Jim, en la relación de las llamadas que hacía durante sus viajes al extranjero al móvil de su esposa?

—Sí.

—Pero si cotejas esa lista con las facturas de sus tarjetas de crédito, no encontrarás ni un solo pago realizado en ninguno de los lugares a los que supuestamente viajó. ¿Cómo es eso posible?

—Quizá pagase en efectivo, o con esa tarjeta de crédito mágica de su banco de las Caimán. Pero tienes razón, Mike. Parece que el tipo no deseaba que quedase constancia de sus movimientos.

Pasadas las tres, Flynn exclamó de pronto:

—Muchacho, estos ingleses sí que son concienzudos. —Mostró a Duffy el papel que tenía en la mano—. Aquí está la relación de llamadas efectuadas desde el teléfono público que Harmian utilizó en las dos conversaciones telefónicas que interceptamos. Como es el teléfono público más cercano a su casa, los de Scotland Yard debieron de pensar que tal vez Harmian lo hubiera utilizado para realizar llamadas de las que no quería que quedase constancia.

—Jesús, a eso se le llama pensar bien. Echemos un vistazo.

Los dos hombres repasaron lentamente la lista de los números a los que se había llamado desde el teléfono público durante el mes anterior al asesinato de Harmian. Junto a cada entrada estaba anotado a lápiz el lugar al que correspondía el número llamado. Duffy no tardó en detectar las dos llamadas hechas al móvil de Estambul intervenido por la NSA.

De pronto, detuvo la lectura en una llamada hecha a las 15.02 del jueves 8 de enero. Junto al número llamado había la anotación «NIOC», la Compañía Nacional de Petróleos Iraní, donde, según la sede de Londres de la CIA, el Profesor tenía su residencia clandestina. A Harmian lo habían asesinado el 30 de enero. Nancy, la viuda, creía recordar que la airada discusión entre su esposo y el profesor Bollahi se produjo unas tres semanas antes del asesinato, en los mismos días de la llamada. ¿Podía tener ésta alguna relación con la entrevista?

La llamada debía de haberse hecho por una línea terrestre, así que no era de esperar que la NSA la hubiera interceptado. Por otra parte, se dijo Duffy, había que contar con MI5. ¿Habrían intervenido ellos aquella línea? Ya sé cómo y dónde voy a pasar el día de mañana, se dijo.

Minutos más tarde, concluido su trabajo y dadas debidamente las gracias a MacPherson, los dos hombres detuvieron un taxi frente a la central de New Scotland Yard.

Acomodándose para el trayecto hasta la embajada, Duffy dijo:

—¿Sabes, Mike? Aún estoy impresionado por la historia de tu hermana. Durante los años que pasé en Afganistán, supe que los mujadines cultivaban opio, pero maldito lo que me importaba. Me horroriza pensar que parte de aquel opio terminó convertido en la heroína que estuvo a punto de destruir la vida de tu hermana.

—Lo sé, Jim. Los cabrones que trafican con droga, y no me refiero a los pobres

campesinos que conociste en Afganistán, sino a los peces gordos, la mafia, los colombianos, los turcos, no venden sino muerte y miseria. Llenan sus cuentas bancarias con la cosecha de las vidas humanas que destruyen. Eso hacen esos hijos de puta. Y ése es el motivo de que yo me dedique a lo que me dedico.

—Sí —suspiró Duffy—, desde anoche veo muchas cosas de un modo distinto. Escucha, hay ciertos aspectos de este asunto que no te hemos mencionado; pero qué demonios, en cuanto lleguemos a la embajada, te pondré al corriente de cuanto sabemos.

A unos kilómetros de distancia, en la parte norte de Londres, Behcet Babe Osman estaba comenzando como siempre su jornada con un pequeño y entrañable ritual. Tras un opíparo desayuno que su esposa le sirvió a eso de las tres de la tarde, Babe se montó en su Mercedes —un narcotraficante turco que se preciara jamás tendría un coche inglés— para ir a recoger a sus hijos al colegio. Sintiendo el corazón henchido de orgullo, aguardó con los brazos abiertos a sus hijos, de seis y siete años, que corrieron hacia él desde el patio de la escuela. Los dos niños eran perfectos caballeritos ingleses, con sus corbatas a rayas, sus *blazers* verdes y sus pantalones cortos grises.

Babe los tomó en brazos y los llevó en volandas al coche. De regreso a su vivienda unifamiliar de dos plantas, los niños parlotearon sobre los maestros, los deberes y el club de fútbol Arsenal. Cuando llegaron a casa, su madre ya les tenía preparado un espléndido té.

Si bien la heroína con que traficaba estaba destruyendo las existencias de cientos de ingleses, Babe Osman, en su vida privada, rendía culto a lo que el Partido Conservador llamaba «valores familiares». Educaba a sus hijos en el respeto y la obediencia a su madre, tratando de que siguieran el ejemplo que él intentaba darles en su relación con ella.

Naturalmente, aquella relación tenía sus límites. El respeto hacia su esposa no le había impedido, por ejemplo, tener una amante oficial, una voluptuosa bailarina del vientre que trabajaba en el club nocturno Bodrum de Queensway. Le había puesto a la mujer un pequeño piso en Edgware Road. Babe consideraba que la adquisición de su amante era un hito en su camino hacia la madurez, como lo había sido, en la noche de su decimocuarto cumpleaños, que sus hermanos Selim y Hassan lo llevaran a un burdel de Estambul a perder la virginidad. O el maravilloso momento, ocurrido hacía dos veranos, en el que los cuatro hermanos lo llevaron a pasear por el bosque que rodeaba la villa de Hassan en el mar de Mármara y le anunciaron que, a partir de aquel momento, él se ocuparía del negocio familiar en Inglaterra.

Además de tal tarea, los hermanos asignaron a Babe otra aún más importante. Él sería el tesorero familiar, el responsable de blanquear las enormes cantidades de

dinero en efectivo generado por las ventas de droga y luego ingresarlo en las cuentas bancarias seguras y secretas de los Osman.

Todas las compras de droga, fueran cincuenta kilos o media onza, eran indefectiblemente pagadas en efectivo. Los tratantes en droga del Lower East Side de Manhattan, los del Earl's Court de Londres, los de la Strasbourg Saint Denis de París, o los de la plaza Mayor de Madrid no aceptaban la tarjeta American Express. Se pagase en billetes de cien dólares estadounidenses, de cincuenta libras británicas, o de quinientos francos franceses, el dinero que producía la venta en la calle de un kilo de heroína o cocaína pesaba unas tres veces más que la propia droga. Nadie tenía una idea exacta de cuál era la cantidad de dinero ilegal que entraba todos los años en el sistema bancario internacional, y las estimaciones iban desde los doscientos mil millones hasta el billón de dólares, pero algo al menos era indiscutible: las ventas de droga constituían la parte del león de esa suma.

Encauzar aquél siempre creciente río de dinero era un problema inmensamente difícil para los narcotraficantes internacionales, un problema casi tan complejo y peligroso como el de transportar la droga hasta su último consumidor. El hecho de que los cuatro Osman mayores hubieran confiado esa tarea al miembro más joven de su clan era buen indicio de la enorme confianza que tenían en él.

Actuando según costumbre como buen padre, Babe jugó con sus dos hijos y les echó una mano con los deberes hasta que minutos antes de las siete apareció el chófer guardaespaldas. Había llegado el momento de pasar de los deberes escolares a la heroína.

Dio un abrazo a sus hijos y otro a su esposa. Ésta se encontraría profundamente dormida cuando él volviese al hogar a eso de las cinco de la madrugada, recién salido de la cama de Ayesha, su amante.

—Iremos primero a Harringay —ordenó a su chófer, que era otro de los fieles seguidores de los Osman, procedente del feudo de éstos en la Turquía suroriental. Mientras avanzaban por entre el tráfico vespertino en dirección al suburbio del norte de Londres, Babe apoyó la nuca en el reposacabezas del asiento, cerró los ojos y se quedó pensativo.

Después de Refat, el ejecutor, Babe era el más alto de sus hermanos. Detestaba el ejercicio físico y consideraba que el cuerpo no era más que un vehículo para transportar la cabeza y, sin embargo, debido quizás a que sólo tenía veintiocho años, era también, con Abdullah, el más delgado de todos. Tenía el cabello negro azabache, casi tan oscuro como sus ojos.

Cuando llegaron a Harringay, el chófer, como siempre, estacionó el Mercedes en una gasolinera Shell que cerraba por las noches. Babe dejó al chófer en el automóvil y se alejó. Nadie tenía por qué saber adónde iba. Su destino era un pequeño apartamento simado en un edificio de tres pisos de Walpole Street. El apartamento

había sido alquilado a nombre de uno de los amigos de Babe, un compatriota turco que había regresado hacía meses a su hogar de Izmir. El alquiler mensual, la electricidad, el teléfono, el agua y los impuestos municipales se pagaban por domiciliación en una cuenta del banco Barclays local abierta por el inquilino del apartamento antes de su marcha. Babe alimentaba la cuenta por medio de transferencias desde el exterior. Salvo por el hecho de que él tenía la única llave de la puerta principal, no había nada que relacionase a Babe con el apartamento.

Cada dos meses aproximadamente, Babe importaba entre cien y ciento cincuenta kilos de heroína de Amsterdam, del almacén familiar regentado por su hermano Abdullah. El apartamento era el lugar de seguridad en que podía ocultar su droga mientras la dividía en alijos de uno o dos kilos para enviarla luego a sus clientes británicos. En consecuencia, dependiendo del momento, en el pequeño apartamento podía haber heroína por valor de hasta millón y medio de libras esterlinas. Por eso nadie, ni siquiera un cómplice tan fiel como su chófer, sabía de su existencia.

La heroína estaba almacenada en paquetes de un kilo metidos en papel plástico marrón, y cubiertos luego de cinta aislante, tanto para proteger la droga de la humedad como para evitar que la preciosa heroína se perdiera a causa de una rotura accidental. Babe recogió un paquete de un kilo, se lo echó al bolsillo interior de su trinchera, e hizo una rápida anotación en su libro de existencias. Ya sólo le quedaban quince kilos, pero Abdullah acababa de recibir 180 kilos de Estambul y, lo más importante, ya había reclutado a un par de «mulas» para que los metieran de contrabando en el Reino Unido. Se trataba de dos belgas, una pareja que practicaba el sexo en vivo en un club nocturno simado en el barrio de mala nota de Amsterdam. Aparentemente, se dijo Babe, contrabandear droga estaba mejor remunerado que joder delante de turistas boquiabiertos. Y las parejas eran excelentes «mulas». Si veían a un hombre y una mujer tomados de la mano y sonriendo, los aduaneros británicos tendían a dejarlos pasar sin echarles un segundo vistazo.

Babe cerró el apartamento, volvió a la calle y detuvo un taxi. Aquéllos eran los momentos en que odiaba su trabajo, los que pasaba caminando por las calles con un paquete de heroína en el bolsillo. Carne de prisión, eso era. Su destino era el restaurante Sultán II, en Kingsland Road, pero no entró en el local, sino que cruzó la calle y comenzó a caminar lentamente en dirección sur. El coche que buscaba, un Rover plateado, estaba en el concurrido estacionamiento del supermercado Safeway, que se encontraba en su hora punta vespertina.

Se acomodó en el asiento delantero, junto al conductor, y dejó el kilo de heroína entre los dos. El conductor, a su vez, le pasó un sobre que contenía siete mil libras en billetes de cincuenta. La cantidad era algo más de un tercio de las veinte mil libras que costaba el kilo de heroína. Babe sólo hacía negocios con gente de confianza, compatriotas turcos como aquél, así que solía cobrar por adelantado una tercera parte

del precio total. El comprador podía pagar el resto más tarde, una vez que hubiese vendido la heroína.

El cliente se llevaría la heroína a su casa, la fragmentaría en mil bolsas de un gramo, la cortaría con un poco de Manitol, y luego vendería sus bolsas a cuarenta libras cada una a sus vendedores callejeros. Los camellos eran jamaicanos, africanos occidentales, drogadictos ingleses que pagaban así su adicción, bosnios que residían ilegalmente en el Reino Unido, o gente de otras nacionalidades, pero nunca turcos. Como los colombianos en Estados Unidos, los turcos del Reino Unido no vendían en la calle, donde el riesgo de detención era alto.

Los camellos podían o no cortar de nuevo la heroína para aumentar sus beneficios. Los turcos, todos lo sabían, vendían heroína de primera. Eran un pueblo orgulloso que tenía a gala la calidad de su mercancía, aunque ésta fuera una invitación a la esclavitud. Los camellos venderían luego los paquetes de un gramo al precio de mercado para la droga de primera que, en aquellos momentos, era de setenta libras.

Por consiguiente, el hombre sentado en el coche junto a Babe obtendría un beneficio de veinte mil libras por su kilo de droga, doblando su dinero. Colectivamente, sus camellos obtendrían una ganancia cercana a las treinta mil libras. No estaba nada mal comparado con la calderilla que había recibido Ahmed Khan, el excombatiente rojo de la guerra de Afganistán, a cambio de los meses de trabajo pasados en los campos de amapolas, cultivando la materia prima de la que se extraía la heroína.

—¿Te dejo en algún sitio? —preguntó el cliente.

—No, gracias. —Babe quería reducir al mínimo el tiempo que pasase en aquel coche, junto a un kilo de heroína—. Tomaré un taxi.

Diez minutos más tarde estaba de nuevo en su Mercedes.

—Muy bien —anunció, en el tono de un hombre que ha comenzado su jornada con buen pie—. Vamos a los Lanes.

«Los Lanes» era Green Lanes, en el centro de Stoke Newington, un vecindario atestado de cafés turcos, tiendas y bares *kebab*. Allí se cerraban buena parte de las transacciones de droga que se realizaban en Londres. Muchos de los establecimientos de la calle eran clubes privados bautizados con nombres de topónimos turcos, como Aksaray, o de clubes de fútbol, como Besiktas. En la fachada de todos ellos un letrero advertía: «Sólo para miembros». En cuanto lo que la policía londinense llamaba un «C. I. Uno» —Código de Identidad Uno: un varón blanco anglosajón— abría la puerta de uno de esos locales llenos de humo, las conversaciones cesaban en seco. Todos los ojos se volvían hacia el recién llegado —aunque quizás «el intruso» hubiera sido un término más adecuado—, preguntándole con sus taladrantes miradas: «¿Qué demonios se te ha perdido a ti en este sitio?».

La mayoría de los clubes tenían antenas parabólicas con las que se captaba la televisión de Estambul, mesas de *backgammon* y póquer, y reservados para los clientes que deseaban charlar en privado. El aire, invariablemente, era una densa neblina azul que hubiera producido un síncope a cualquier representante de la liga antitabaco. Olía a café turco y a cardamomo y otras especias. En aquellos locales, ver a una mujer era tan raro como que alguno de los clientes se levantase y gritara: «¡Chipre para los griegos!».

A Babe le encantaban aquellos sitios, que eran como su oficina, un ambiente en el que se sentía a gusto y seguro. Algo parecido a lo que le ocurría a su hermano mayor Refat, el ejecutor, con los casinos de Estambul. Los parroquianos lo conocían y respetaban, y los pocos que, además, sabían a qué se dedicaba, no lo trataban con menor deferencia.

Como tenía por costumbre, comenzó su ronda por el final de la calle y fue subiendo por los Lanes, de local en local, bebiendo incontables tazas de café turco, escuchando baladas turcas, discutiendo de política turca, lamentando las desdichas del club de fútbol Besiktas, cambiando recuerdos de la vieja patria con los hombres que lo rodeaban.

No iba en busca de clientes. Eran los clientes quienes lo buscaban a él. Su único propósito al recorrer los bares era mostrarse asequible a la docena de clientes a los que vendía heroína, por si éstos necesitaban reabastecerse. Nunca trataba con gente que no conociese y jamás hablaba de negocios por teléfono. Babe prefería las transacciones cara a cara, en las que podía mirar a los ojos a su interlocutor.

Sólo aceptaba nuevos clientes cuando se los recomendaba uno de sus habituales o el propietario de un local de Green Lanes que fuera conocido y de confianza. De otro modo, si alguien deslizaba la palabra «drogas» en turco o en inglés en una conversación, la reacción de Babe era abrir mucho los ojos y poner cara de extrañeza, como un niño de seis años escuchando una conferencia sobre física nuclear.

Los turcos controlaban el ochenta o el noventa por ciento de la heroína que llegaba al Reino Unido y, por consiguiente, imponían las reglas de juego. Se pagaba con puntualidad o, caso de que fuera a haber un retraso, se explicaba el motivo de éste al proveedor. Nunca se hablaba con la policía. Quien quebrantase las normas se ganaba una paliza o un tiro. Los turcos no gustaban de las formas exóticas de violencia, como la «corbata colombiana» de los colombianos. Simplemente, daban palizas o ejecutaban. Eran un pueblo duro, y basaban su credibilidad en esa dureza.

En aquella fría noche de febrero, Babe se tropezó con dos de sus clientes habituales. Cada uno indicó con un movimiento de cabeza que deseaba hablar. Uno de ellos jugó varias partidas de *backgammon* con Babe. La transacción se negoció por medio de rápidas y elípticas frases que servían para fijar la cantidad de heroína del pedido —un kilo en ambos casos—, el precio, el anticipo y el momento y el lugar

para el canje de droga por dinero.

Para Babe fue un día de trabajo como tantos otros: un kilo entregado, aceptados encargos por dos. Aquellas transacciones añadirían sesenta mil libras esterlinas a las arcas de la familia Osman. Normalmente, lo que hubiera hecho a continuación habría sido dirigirse al club nocturno Bodrum para cenar con su amante, la bailarina del vientre.

Desdichadamente, aquélla no era una noche normal. Tenía por delante un trabajo especial. Despidió a su chófer, se puso al volante y se dirigió al centro de Londres. En Charing Cross llamó por su teléfono móvil.

—Muy bien, Irlandés —anunció al hombre que contestó—. Estaré ahí en veinte minutos. —Al decir esto, tocó instintivamente con la mano la culata de la pistola Glock que llevaba en una funda de cadera.

En sus rondas nocturnas, Babe no solía ir armado ni permitía que su chófer lo fuese. Las leyes de control de armas inglesas eran demasiado estrictas. Aquella noche, sin embargo, era una excepción. «El Irlandés» era un nuevo y prometedor cliente llamado Paul Glynn. Babe lo había conocido a través de un amigo turco con el que Glynn había cumplido condena por narcotráfico en la prisión de Brixton.

Habían comenzado vendiendo a Glynn alijos de cinco kilos, que luego pasaron a ser de quince. La ventaja era que Glynn se hacía cargo de la heroína en Amsterdam, encargándose él mismo de meter la droga de contrabando en el Reino Unido. Hacía un mes, Glynn había informado a Babe de que para su próxima compra querría cincuenta kilos. Selim, el patriarca de la familia, había dado al fin su visto bueno, a condición de que Glynn pagase por adelantado la mitad del precio de venta, 9500 dólares el kilo, contra entrega de la droga en Amsterdam, lo cual suponía la astronómica cifra de 237 500 dólares.

Era mucho dinero y mucho riesgo. ¿Y si Glynn desaparecía con la droga? No obstante, Babe sabía que el Irlandés tenía contactos para vender la heroína en Liverpool y Glasgow. A Glynn le gustaba la droga de los Osman por su alta calidad. El hombre podía llegar a convertirse en un magnífico cliente.

Babe llegó al lugar de la cita, un estacionamiento subterráneo situado a dos manzanas del Kentucky Fried Chicken de Oxford Street. Se metió en él y condujo lentamente hasta la tercera planta. Una vez allí vio, estacionado junto al muro posterior el Renault 5 verde oscuro de Glynn. A un costado del vehículo había un hueco libre de estacionamiento. Babe lo ocupó, y Glynn se metió en el Mercedes con una bolsa de deporte en la mano.

La empujó hacia Babe, y éste la abrió y miró en el interior. En la parte de arriba había una capa de calcetines y ropa de deporte sucios. Glynn sabía que aquellas hediondas prendas harían que cualquier policía que inspeccionase la bolsa no fuera más allá. Pero Babe las apartó y llegó a lo que había debajo: fajos de billetes de

cincuenta libras.

—Es lo que acordamos: ciento cuarenta y ocho mil quinientas libras en billetes de cincuenta —aseguró el Irlandés.

Babe no pensaba contar allí el dinero. Cerró la bolsa y sacó un sobre del bolsillo.

—Muy bien. Cuando vayas a buscar la droga, dirígete a la estación ferroviaria central de Amsterdam, ¿entendido?

—Sí.

—Sal de la estación, cruza la gran plaza y luego baja por la Damrack. A unos doscientos metros verás un hotel, el Van der Helder. Alójate en él y llama al número del buscapersonas que encontrarás en el sobre. Deja como mensaje el número de tu habitación. Un tipo llamado Halis te devolverá la llamada. Acudirá al hotel y hará los arreglos para entregarte el alijo. ¿Cuándo piensas hacer el viaje?

—Dentro de una semana.

—¿Irás en coche?

—Sí.

—Muy bien. Avísame con veinticuatro horas de antelación para que me dé tiempo a prepararlo todo.

—Escucha, Babe, cuando hables con los de Amsterdam, diles que no metan el material en esas maletas Samsonite de imitación que suelen usar, ¿vale? Quiero que utilicen una maleta fina, de las que usa la gente bien. Hermes. O Vuiton.

—Pero Irlandés, ¿crees que te van a tomar por gente bien?

Sin contestar, Glynn sacó del bolsillo dos etiquetas identificadoras. Una era del British Airways Executive Club Gold, y la otra del American Airlines Admiráís Club.

—Diles que quiero que pongan estas etiquetas en la maleta.

Babe las cogió y se echó a reír.

—¿Qué es esto, Irlandés? ¿Delirios de grandeza?

—Es para los de aduanas. En cuanto vean esto volverán a cerrar el maletero de mi Renault. La norma de esos tipos es no molestar a la aristocracia.

Minutos más tarde, Babe conducía de regreso a la parte norte de Londres. Una idea le daba vueltas en la cabeza. Había llegado el momento de mover dinero.

Bueno —pensó Jim Duffy—, al menos nuestros primos británicos no anuncian su paradero con señales de carretera como hacemos nosotros en la CIA, con lo cual conseguimos que chiflados como Mir Amal Kasi disparen a placer contra los empleados de la agencia que llegan al trabajo.

La central de MI6, la inteligencia británica, y de MI5, su servicio filial, la contrainteligencia interior, estaba ubicada en un nuevo y reluciente edificio de cristal y acero, no lejos de la estación de Vauxhall. El lugar era tan secreto que sólo tres cuartas partes de los taxistas londinenses conocían la dirección. No obstante, la

central estaba dotada de los más modernos sistemas de seguridad: ventanas de grueso cristal a prueba de granadas protegían la entrada, situada al pie de un amplio tramo de escaleras; estacionamiento subterráneo para empleados al que sólo se accedía a través de unas puertas de acero con guardia permanente.

Como muchos de sus coetáneos, Duffy había escuchado leyendas sobre la central del viejo SIS^[4] que, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, estaba situado en los Broadway Buildings, donde, según se decía, el sistema de seguridad era el viejo escocés que hacía de ascensorista, ya que el hombre conocía personalmente a todos los que trabajaban en el edificio.

Duffy pasó por un detector de metales y luego lo cachearon a conciencia. A continuación, un guarda armado lo condujo a una pequeña sala de espera.

Alguien de Langley debía de haber movido un montón de resortes para conseguirle aquella entrevista en un tiempo tan breve. En cuanto Flynn y él volvieron a la embajada tras la visita a MacPherson, Duffy llamó a su amigo Jack Lohnes a la central de la CIA e hizo la solicitud. Sabía Dios a quién habría tenido que molestar Lohnes. Al director, desde luego. ¿Al consejero de Seguridad Nacional o incluso al propio presidente? Tal vez.

Lo malo era que todo aquello podía ser inútil. Tal vez los ingleses no tuvieran intervenidas las líneas de la Compañía Nacional de Petróleos de Irán. O, si las tenían, era posible que no quisieran compartir con la agencia lo que habían averiguado por medio de las escuchas.

—¿Señor Duffy? —En la habitación acababa de entrar un joven con el atlético aspecto que caracterizaba a los Boy Scouts de su majestad, la SAS—. Me llamo Jason y esta mañana seré su acompañante. —Duffy pensó que el muchacho había hablado imitando a los camareros de los restaurantes californianos: «Hola. Soy Harry, y esta noche seré su anfitrión»—. El subdirector lo espera.

Jason lo condujo a un ascensor privado que los llevó al último piso. Las puertas de la cabina se abrieron directamente a una zona de oficinas. Otro par de guardas de seguridad permanecían estacionados ante una zona de espera tras la cual había dos grandes escritorios, a cada uno de los cuales se hallaba sentada una severa secretaria vestida con la sobria elegancia que había hecho de las muchachas inglesas las secretarias ideales para las agencias de publicidad neoyorquinas hasta que los ordenadores convirtieron a las secretarias en una especie en vías de extinción.

—Por aquí —dijo Jason, haciéndolo pasar ante una de las secretarias. Entraron en una espaciosa oficina desde la que se divisaba el Támesis.

El subdirector salió de detrás de su escritorio con la mano extendida.

—Bien venido, señor Duffy. Su reputación le precede. Nuestra gente en Islamabad habla maravillas de su trabajo en Afganistán.

—Gracias —sonrió Duffy. Sabía que, por tradición, al jefe de los servicios

secretos de inteligencia británicos se lo llamaba «C». ¿Cómo llamarían a su segundo?, ¿«c minúscula»?

El subdirector lo invitó a sentarse en un cómodo sillón y le planteó la habitual alternativa: «té o café». Luego, tras los obligados comentarios sobre el tiempo, el subdirector declaró:

—Se me ha pedido que haga todo lo posible por complacerlo, señor Duffy. Dígame, por favor, qué puedo hacer por usted.

Aquello ponía a Duffy en una situación delicada. ¿Cuánto habría tenido que contarles Langley a los primos ingleses para conseguir la entrevista en un plazo tan corto?

—Bien, señor, como sabe, una de las cosas que más preocupan a nuestra seguridad nacional son los intentos del Gobierno iraní para hacerse con armas de destrucción masiva y, en particular, con armas nucleares.

—Desde luego. Eso mismo nos ocurre a nosotros.

—En estos momentos nos sentimos particularmente preocupados por ciertas operaciones que sospechamos están llevando a cabo los iraníes. Mi petición es muy simple y concreta, y está íntimamente relacionada con el motivo de nuestra preocupación. El 8 de enero, a las 15.02 horas, se llamó desde el teléfono público número 2357728 de Belgravia a las oficinas de la Compañía Nacional de Petróleos Iraní, en las proximidades de Westminster. Tenemos motivos para creer que esa llamada puede tener relación con el problema que nos preocupa. Como la llamada se realizó por línea terrestre, a la NSA no le fue posible acceder a ella. Lo que deseo saber es esto: ¿Tienen ustedes intervenido ese número de la NIOC y, en caso afirmativo, disponen ustedes de la grabación de la llamada que me interesa?

El subdirector se arrellanó en su butaca.

—Comprenderá que, si lo tuviéramos, tal material sería alto secreto.

—Desde luego.

—Quizá pueda usted explicarme con más detalle esa «preocupación» a la que se ha referido.

Bueno, ya está, se dijo Duffy. O ponía sus cartas boca arriba, o jamás tendría acceso a aquella interceptación... si es que la interceptación existía.

—Se trata de un asunto que ustedes ya conocen. Me refiero al informe que todos nosotros tratamos de verificar entre 1992 y 1993, según el cual los iraníes habían conseguido tres artefactos nucleares de potencia desconocida en Kazakstán, donde los rusos estaban desmantelando su arsenal nuclear.

—Lo recuerdo. Si la memoria no me falla, no logramos establecer si el informe era auténtico o falso. Habida cuenta de que la fuente eran los israelíes, recuerdo que existían serias dudas de su autenticidad.

—Exacto. Bueno, pues ahora ya lo sabemos: era cierto.

El subdirector dio un respingo como si un sargento mayor hubiera dado la orden de firmes.

—¿Sabemos? ¿Seguro de que a nosotros se nos ha notificado oficialmente esto?

—Oficialmente, no sé. El trabajo de enlace no es responsabilidad mía. Extraoficialmente, delo por notificado a partir de este momento. —Y ahora pensó Duffy, dame de una vez la jodida interceptación.

—Bueno, debe comprender que los de Seis no nos ocupamos de los pinchazos telefónicos. Eso es responsabilidad de Cinco y de la GCHQ^[5]. Cuando está en juego la seguridad internacional podemos solicitar tales pinchazos cursando la petición a través de Cinco y la GCHQ. Si quiere que le sea totalmente sincero, no tengo la menor idea de si estamos interviniendo o no las comunicaciones de la NIOC.

—Pero sin duda saben que utilizan la NIOC como fachada para el programa iraní de adquisición de armas.

—Sí, y también sé el jaleo que se armaría si la prensa liberal publicase la noticia de que estábamos espiando lo que, supuestamente, es una empresa comercial. El *Guardian* nos acusaría de usar esas grabaciones para especular luego en bolsa.

—Sí —masculló Duffy—, el problema de la prensa lo tenemos todos. Pero le aseguro, señor, que mi petición está apoyada por la más alta autoridad.

Duffy estaba faroleando. El término «la más alta autoridad» era un eufemismo que se utilizaba para no mencionar al presidente de la nación. ¿Habría apoyado el primer mandatario su petición? ¿Quién diablos lo sabe?, se dijo Duffy, pero en toda su carrera el apocamiento jamás le había resuelto un solo problema.

El farol dio resultado. El subdirector se puso en pie, fue a su escritorio y oprimió un botón. Segundos más tarde entró en la oficina una atractiva joven de poco más de treinta años. Su aparición fue tan rápida que debía de haber esperado la llamada del subdirector. Vestía con la misma elegancia de las secretarias del antedespacho.

—Le presento a Fiona Parker, mi enlace con Cinco y GCHQ —dijo el subdirector. Luego entregó a la mujer los números de la NIOC y del teléfono público, y le explicó en detalle la solicitud de Duffy—. Fiona, encanto, habla con GCHQ, a ver si tienen intervenidos estos números y, en caso afirmativo, pídeles una transcripción de la llamada en que nuestro amigo norteamericano está interesado.

¿«Encanto»? pensó Duffy. Como a alguien en Langley se le ocurriera utilizar aquella palabra hablando con una funcionaría, terminaría delante de un consejo de corrección política.

—La cosa puede llevar algún tiempo —dijo el subdirector, pasándole a Duffy un ejemplar del *Daily Telegraph*—. Tome, por si quiere hojearlo mientras espera.

La espera no fue nada larga. Al cabo de menos de cinco minutos, la atractiva señorita Parker volvió con unos papeles en la mano que entregó al subdirector. El hombre los leyó cuidadosamente y luego los tendió a Duffy.

—No sé si esto le servirá de mucho, pero estúdielo a su gusto. Sin embargo, no podrá sacar copia. Si necesita una, tendrá que solicitarla a través de los canales habituales. La NSA tendrá que pedirla oficialmente a GCHQ.

GCHQ - MÁXIMO SECRETO

0108981502Z

VOZ UNO: 0171 235 7728

TELÉFONO PÚBLICO ECCLESTON PLACE LONDON SW 1

VOZ DOS: 0171 371 2067

CENTRAL COMPAÑÍA NACIONAL PETRÓLEOS IRANÍ LONDRES

AUTORIZACIÓN REF: HO1997/23471

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL FARSI POR H. T. MOTZARFFIN GCHQ 345692

VOZ UNO: *Soy Tari, Profesor. Acaban de informarme sobre ese plan Jalid que usted ha propuesto. Es una locura. Una locura total, completa y absoluta.*

VOZ DOS: *Tari, por favor. Estas cosas no son para hablarlas por teléfono.*

VOZ UNO: *No importa. Hablo desde un teléfono público. Escuche, ¿acaso no sabe cuáles serían las represalias por algo así? Nos borrarían de la faz de la tierra. Sería el fin de nuestro país, de nuestro pueblo.*

VOZ DOS: *Tari, contrólese. Si Dios nos ha entregado un arma así es para combatir a los enemigos del islam. Nuestros líderes...*

VOZ UNO: *Nuestros líderes se han vuelto locos. Si trabajo para ustedes es para contribuir a la salvación de mi patria, no para destruirla. Renuncio. A partir de este momento, dejo de trabajar para ustedes.*

VOZ DOS: *Tari... ¿estará usted en su casa dentro de una hora? Iré a verlo para que discutamos esto de modo razonable.*

VOZ UNO: *(Inaudible).* FIN DE LA CONVERSACIÓN.

—¿Le sirve de algo? —preguntó el subdirector.

—Pues no sé —replicó Duffy—. Es confuso.

Se puso en pie y paseó ante el escritorio del subdirector.

—Escuche —dijo al fin—. Hace unos momentos le comuniqué de modo extraoficial que tenemos pruebas concluyentes de que los iraníes poseen al menos tres artefactos nucleares. Mucho me temo que la interceptación que acabo de leer significa que esos locos se proponen usarlos.

Esto para ella tiene que ser tan incómodo como para mí, pensó Jim Duffy, contemplando a Nancy Harmian estudiar el menú del pequeño *bistrot* francés al que él la había invitado a cenar. Duffy se sentía como un cadete en su primera cita.

—Este lugar es precioso —sonrió Nancy, dejando el menú a un lado—. ¿Cómo dio usted con él? —Con un malicioso brillo en los ojos, añadió—: ¿O es que nuestros órganos de seguridad nacional facilitan a sus agentes viajeros una lista de los restaurantes elegantes de todas las ciudades que van a visitar?

—La dirección del Burger King más próximo es lo máximo que me darían mis jefes.

Apareció el camarero y dejó las bebidas ante ellos. Nancy tornó su vodka. Hizo girar durante unos segundos el líquido y los cubitos en el vaso. En sus ojos brillaba la melancolía. Sacudió la cabeza, como si con tal ademán pudiera apartar la pesada mano con que el pasado tenía agarradas las faldas de su espíritu. Alzó los ojos y, mirando a Duffy, brindó:

—Por el correr del tiempo, Jim. Creo que eso es lo que más necesitamos tanto usted como yo.

Sonriendo, Duffy alzó también su vaso.

—Sí, por el correr del tiempo, que desenreda las más enmarañadas madejas. —Apenas hubo dicho aquello, el hombre torció el gesto—. Cristo, creo que la frase de *Macbeth* no es así. Habla del sueño, no del tiempo. Eso me pasa por tratar de impresionar a una dama.

Nancy se echó a reír.

—Lo que cuenta es la intención. No imaginaba que nuestros espías fueran capaces de citar a Shakespeare. Creía que ustedes preferían a Longfellow. Ya sabe: *La galopada de medianoche de Paul Revere*.

—No, éstos son los del FBI.

Nancy había cogido de la panera una rebanada de *baguette*. Le arrancó un pedazo y comenzó a masticarlo como si estuviera paladeando la más fina de las exquisiteces. Duffy la contemplaba, fascinado. Había mujeres, y Nancy era una de ellas, que sabían conferir elegancia hasta a los gestos más nimios. Dirigiéndole una amplia sonrisa, la mujer comentó:

—Supongo que, por eliminación, ese comentario confirma mi sospecha de que es usted de la CIA.

Duffy se dijo que a veces la vida resultaba mucho más fácil si uno decidía saltarse las normas.

—Usted lo dice todo —replicó.

—¿Lleva mucho en la agencia?

—Toda mi carrera.

—¿Cómo se metió usted en un trabajo así?

—Por incauto. Era un patriota. Bueno, retiro lo dicho. Suena pedante. En primer lugar, fue porque la agencia vino a buscarme, porque yo había estudiado raso en la universidad. La oferta me pareció halagadora. Además, lo que me ofrecían parecía

una vida apasionante, y realmente lo fue. Y, por último, estaba también el tonto y anticuado deseo de servir a mi patria.

—Bueno, no parece que se arrepienta usted de nada de lo hecho. Me gustan los hombres sin remordimientos.

Duffy dio un largo trago a su bebida.

—No crea: también tengo mis remordimientos.

—¿Profesionales?

—De eso no puedo hablar, Nancy.

—Espero por su bien que los remordimientos no sean personales. Seguro que fue usted un buen marido para su esposa, que en paz descansa.

Duffy sonrió irónicamente.

—¿Existen acaso los buenos maridos? No lo sé. A veces pienso que «bueno» y «marido» son términos contradictorios. Digamos que no creo haber sido mal marido.

—Estoy segura de que no lo fue —dijo Nancy—. Del mismo modo, creo que yo tampoco fui una mala esposa para mi pobre Terry en los dos años que Dios nos permitió compartir. Por cierto, ¿qué tal va su trabajo? ¿Ha conseguido algún progreso?

—Alguno —sonrió Duffy.

Nancy dio un sorbo a su vodka.

—Algo me oculta usted, Jim. Se muere por decírmelo, pero no se atreve. Lo veo en su cara. ¿Es que a los agentes de la CIA no les dan clases de representación?

Duffy dio un largo trago para ordenar sus pensamientos. ¿Cuánto podía decirle a aquella mujer? Recordó la transcripción del interrogatorio de Nancy, el infierno por el que había pasado aquella mujer intentando salvar la vida de su marido. Se merecía una compensación. Como, por ejemplo, enterarse de que su esposo no era del todo mal tipo.

—Dígame una cosa, Nancy. ¿Alguna vez le mencionó su esposo algo llamado plan Jalid?

Desconcertada, Nancy replicó:

—No, nunca. Además, Jalid no es un nombre pena, sino árabe. ¿Por qué?

—No debería decirle esto, pero creo que tiene usted derecho a saberlo. ¿Recuerda usted a Bollahi, el hombre que usted identificó entre el montón de fotos que le traje? ¿El tipo al que llamaban «el Profesor»?

—Claro.

—Sabemos que su esposo llevaba algún tiempo trabajando para él. Como creo que ya le dije en nuestra última conversación, Bollahi es una pieza clave del programa de adquisición de armas del Gobierno iraní.

—¿Tari metido en un asunto de compra de armas? No lo puedo creer. Apenas conocía la diferencia entre una escopeta y una cerbatana. Sus amigos ingleses no

dejaban de invitarlo a cacerías, pero él nunca fue a ninguna.

—No creo que estuviese metido directamente en la compra de armas. Probablemente, se ocupaba de las finanzas de los iraníes, de invertir su dinero. De todas maneras, el caso es que rompió con el Profesor a causa de ese «plan Jalid», sea lo que sea. Le dijo a Bollahi que temía que Irán resultase destruido como represalia. Mi teoría es que se negó a entregar a los iraníes el dinero que necesitaban para financiar ese plan Jalid, y por eso lo mataron.

—Jalid —murmuró Nancy—. Verá, Jim: cuando Terry y yo nos casamos, dediqué algún tiempo a estudiar el Corán y la historia del islam. Jalid fue un gran caudillo guerrero de los días del Califato, tras la muerte del Profeta. —Se arrellanó en el asiento y llevó los largos y bien manicurados dedos al cuello de su blusa negra de seda—. En un par de semanas condujo a seiscientos o setecientos hombres a través del desierto de Siria, lo cual en aquellos días era toda una proeza, y luego atacó al ejército bizantino. Arrojó de Palestina a los cristianos, haciéndolos retroceder hasta lo que hoy en día es la frontera turco-siria. En cierto modo, fue el libertador de Palestina. No sospechará usted que con ese plan Jalid los iraníes pretendan repetir en la actualidad tal hazaña, ¿verdad? Los *mullah* pueden estar locos, pero no creo que tanto como para atacar a Israel.

—Mire usted, Nancy: hablando de locos o de fanáticos, lo que cuenta no son las razones que conducen a un determinado acto. Lo único importante es el acto en sí.

El camarero había llegado junto a la mesa para tomarles el pedido. Estudiando los distintos platos del menú, Duffy pensó que tal vez lo que acababa de decir Nancy podía explicar lo del plan Jalid. Encajaba con lo que él había leído en MI6. Los *mullah* deseaban encontrar el modo de utilizar sus tres artefactos nucleares contra los enemigos del islam. ¿Quiénes podían ser tales enemigos? Los norteamericanos. O, mucho más probable, Israel. Los *mullah* querían utilizar aquellas malditas armas para provocar un segundo holocausto.

Behcet *Babe* Osman se acercó a la ventanilla de la tienda de cambio situada en el corazón del distrito financiero de Londres, no lejos de la catedral de san Pablo. Iba a dar los primeros pasos de la «movida de dinero» que había decidido realizar tras su charla con Paul Glynn, *el Irlandés*. Su actitud era tan despreocupada como la de un turista norteamericano dispuesto a cambiar en libras esterlinas un billete de veinte dólares. Sin embargo, lo que Babe planeaba era algo de bastante mayor envergadura. Con las 148 500 libras del anticipo de Glynn, más el producto de sus ventas nocturnas en Green Lanes, Babe tenía ya acumuladas 230 000 libras en metálico. Además, sabía que su hermano Abdullah, en Amsterdam, tenía el equivalente a otras 280 000 libras en distintas divisas europeas. Había llegado el momento de que Babe blanquease todo aquel dinero negro.

Ya había tenido buen cuidado de cambiar aquella enorme cantidad en billetes de cincuenta libras, un total de 4600 billetes. Era un fajo lo bastante grande para atragantar a un elefante o para suscitar la curiosidad de un inspector de aduanas que lo viese en una maleta al registrar el equipaje de Babe.

Babe llegó al mostrador. Ya había hecho otras transacciones con aquel cambista. En el distrito financiero de Londres había una docena de locales como aquél dispuestos a prestar a cualquier cliente que entrase el servicio que Babe iba a solicitar. Aunque los cambistas sabían de sobra que la procedencia del dinero que se les entregaba era, en el mejor de los casos, turbia, el servicio que ellos iban a prestar era legal en el sentido más estricto de la palabra. A diferencia de Estados Unidos, cuyas leyes obligaban a notificar a Hacienda todas las transacciones de más de diez mil dólares, en Gran Bretaña no existía un límite de dinero más allá del cual hubiera que dar parte a las autoridades.

—Buenas —saludó Babe, con la mejor de sus sonrisas—. Tengo ochenta mil libras en billetes de cincuenta, y me gustaría convertirlas en marcos alemanes. En billetes de mil marcos, por favor.

—¿El total de las ochenta mil libras? —preguntó el empleado, un pakistaní de mediana edad. Si la petición de Babe lo había sorprendido, el hombre no lo dejó traslucir.

—Sí.

—Estaremos encantados de hacerlo, señor, pero vamos a necesitar cuarenta y ocho horas para reunir los billetes.

—De acuerdo.

—Bien. Nuestra comisión es del cuatro por ciento y, para empezar a reunir los marcos, debemos pedirle que nos deje en depósito el diez por ciento de la cantidad que desea cambiar.

Babe, naturalmente, conocía el procedimiento. No en vano lo había utilizado infinidad de veces. Entregó al empleado las ocho mil libras que ya tenía listas en un sobre. El hombre contó los billetes y luego le entregó un recibo por el dinero, sin molestarse siquiera en preguntarle el nombre a Babe. Aquel recibo sería lo único que Babe necesitaría para reclamar su dinero.

—Dentro de cuarenta y ocho horas podrá usted recoger sus marcos, señor —dijo el empleado, entregando el recibo a Babe.

Babe le dio las gracias y salió del local. Repitió la operación en otros dos cambistas de la zona. Dos días más tarde, cuando volvió a visitar los tres locales, los marcos ya estaban aguardándole. Su montón de 4600 billetes de cincuenta libras se había reducido a sólo 660 billetes de mil marcos. Dividió este dinero en dos fajos y los metió en un par de sobres que cabían holgadamente en los bolsillos interiores de su abrigo. Luego se dirigió a la estación de Waterloo, en la que abordó un tren

Eurostar con destino a Bruselas tras pasar como si nada ante los aduaneros ingleses.

En la capital belga transbordó al expreso Trans-Europeo que iba a Amsterdam. Abdullah, su hermano, lo estaba esperando en la estación central. Juntos, se dirigieron al estacionamiento subterráneo del otro lado del canal, donde Abdullah tenía estacionado su segundo coche, un Opel Vega adecuado a su discreto estilo de vida. Mostró a Babe una bolsa que contenía un amasijo de monedas europeas: florines holandeses, francos franceses y belgas, pesetas españolas, más marcos alemanes. Todo ello era la cosecha recogida en su almacén holandés por las ventas de la heroína de los Osman.

Babe dejó la maleta en el maletero, sobre la bolsa de su hermano, y aceptó las llaves del coche que Abdullah le tendía.

—Escucha —dijo a su hermano—. Necesito reponer existencias. Sólo me quedan quince kilos.

—Estoy en ello, pero no es fácil, Babe. En esta ciudad no abundan precisamente las personas dispuestas a correr el riesgo de pasar veinte años en una prisión inglesa por meter droga de contrabando en el Reino Unido.

—¿Ni siquiera por la tarifa que pagamos? ¿Qué hay de esa pareja que hace porno en vivo?

—De momento, nada. Tanto ella como él andan un poco asustados.

—No olvides que dentro de una semana el Irlandés vendrá a buscar sus cincuenta kilos.

—No te preocupes, no hay problema.

Babe palmeó a su hermano en la espalda.

—Bueno, me largo a Budapest. Volveré en cuarenta y ocho horas.

Se montó en el coche y salió del estacionamiento con cerca de un millón de dólares en metálico dentro del maletero. Estaba tranquilo, pues sabía que la posibilidad de que un inspector de aduanas inspeccionara el Opel entre Amsterdam y la frontera húngara era casi inexistente.

Aquéllos eran los momentos del día o, mejor dicho, de la noche, que el Profesor prefería. Estaba relajado, dichas ya sus oraciones, y tenía la mente en paz. Se encontraba tendido en la cama de su hotel, cubierto con la larga chilaba blanca que le gustaba usar para dormir, y su mano reposaba aún en el precioso Corán inscrito para él por el ayatolá. Estaba abierto por el Surat que acababa de leer, Surat al Mai'ida 55. «Loado sea el Partido de Dios, ya que de él será sin duda el triunfo».

El Profesor se sabía de memoria el manifiesto del Partido de Dios o Hezbollah, cuyas palabras le daban ahora vueltas en la cabeza: «La libertad no es un regalo, sino algo que hay que ganar, con grandes esfuerzos del alma, sí; pero también con sangre». Como la sangre de aquellos valerosos jóvenes que habían llevado sus

bombas al corazón de los territorios ocupados. Quienes tal hicieron eran miembros de Hamas, una organización musulmana sunnita, pero ahora, bajo la dirección de Teherán, todos ellos, sunnitas y chiítas, Hamas y Hezbollah, eran hermanos en la misma guerra santa para que el territorio de Palestina volviera a *Dar el Islam*, la tierra del islam, para eliminar por completo a la nación israelí del suelo islámico, para frustrar los planes de los traidores que querían pactar la paz con los ocupantes extranjeros. Bollahi estaba seguro de que, cuando llegara el momento, habría muchos valerosos jóvenes dispuestos a morir por aquella sagrada misión, y él se encargaría de colocar en sus valerosas manos la terrible arma que necesitaban para lograr la victoria.

E iban bien encaminados para alcanzar tan sagrada meta. Como el Profesor esperaba, Herr Steiner había recibido la oferta de Joe Mischer de comprar el cincuenta por ciento de LASERTEKNIK como un hombre que se está ahogando recibe un salvavidas. El precio acordado había sido de 4,2 millones de marcos. Steiner no había hecho ni una pregunta sobre los propietarios de TW Holdings en Liechtenstein. El hombre había partido de la base que la empresa pertenecía a Mischer, y de que éste la estaba usando como parte de un sistema para eludir impuestos, cosa que hacían todos los que actuaban tras la pantalla de una compañía de Vaduz. No había nada que ni remotamente sugiriese que los iraníes estaban tras la compra del cincuenta por ciento de LASERTEKNIK.

Joe estaba ya instalado en una oficina contigua a la de Steiner, dedicado a congraciarse con su nuevo socio y a estudiar sigilosamente las operaciones de la empresa. Había llegado la hora de dar el siguiente paso. Antes, no obstante, el Profesor tenía que efectuar los arreglos financieros necesarios e informar a Teherán sobre la situación.

Abrió su ordenador portátil y marcó la clave de acceso a sus archivos financieros. La clave había sido programada en el ordenador por medio del programa especial de *software* adquirido en Düsseldorf. Si alguien intentaba por dos veces acceder a sus archivos con una clave errónea, el programa los borraría automáticamente.

Ahora tenía ya ante sí el menú de todos sus activos financieros: el saldo de su cuenta en el Banco Melli de Munich, las cuentas de la Fundación para los Oprimidos en Liechtenstein, Suiza y las Caimán, sidos que a nadie se le ocurriría relacionar con los oprimidos del mundo. A continuación, marcó la clave de la cuenta «Adquisición» en la que Said Djailani ingresaba lo que obtenía por la tasa de tránsito que cobraba por la morfina base que cruzaba sus territorios camino de Turquía. Las cifras que aparecieron en la pantalla demostraban lo acertada que había sido la decisión de nombrar recaudador de impuestos al antiguo comandante mujadín. En los nueve meses que Djailani llevaba en el puesto se habían depositado en la cuenta «Adquisición» 31,7 millones de dólares. Su saldo actual era de 9,2 millones.

Normalmente, el grueso de aquella suma se habría transferido automáticamente a la cuenta en las Caimán del traidor Harmian, y éste lo habría invertido a corto plazo en nombre de las empresas fantasma que controlaba, de modo que el dinero pudiera ser transferido en cuanto fuera preciso a las cuentas del Profesor.

Sin embargo, como aún no se había encontrado un tesorero de confianza para sustituir a Harmian, el dinero estaba amontonándose. El Profesor abrió a continuación la cuenta «Falcon», que utilizaba como último control para la mayor parte de sus compras clandestinas de armas. El saldo era de 2,6 millones de dólares. Falcon era dueña de Trade World, que a su vez era dueña de TW Holdings, la firma que había utilizado para financiar la compra del cincuenta por ciento de LASERTEKNIK. Al Profesor le encantaba amontonar en pirámide sus adquisiciones. Eso hacía imposible que un analista financiero, por experto que fuese, descubriera que Teherán y él, Bollahi, eran los auténticos propietarios de determinada empresa. El Profesor decidió que había llegado el momento de enviar a Falcon y Liechtenstein parte de los beneficios acumulados gracias al narcotráfico.

Cerró el programa financiero y conectó el ordenador a la caja negra del nuevo sistema de codificación ultraseguro que había comprado a CIPHERS A. G. en Suiza. Había llevado consigo la caja desde Teherán tras programarla como le habían indicado los suizos. Había formateado uno de sus discos en blanco efectuando su propia selección aleatoria por medio de las claves codificadoras que CIPHERS A. G. le había facilitado, con lo que había conseguido un código cuya clave sólo conocía él. Ahora se encontraba a punto de utilizar el sistema suizo por primera vez.

Como medida de seguridad adicional, Bollahi había instalado en la oficina de Teherán un teléfono especial para recibir sus mensajes. El teléfono estaba registrado a nombre de un profesor universitario de filosofía que acababa de fallecer de cáncer de páncreas. Al día siguiente, el Profesor abandonaría el hotel e iría a esconderse en el apartamento con muebles alquilado por Mischer. Abrió su ordenador portátil y lo conectó mediante un cable con la caja negra codificadora. Luego desconectó el aparato del hotel e insertó el cable de la caja negra en el enchufe telefónico. Hecho esto, se puso a trabajar.

En nombre de Alá el Clemente, el Compasivo, que sus bendiciones se derramen sobre mi hermano y sobre nuestra gran empresa. Me satisface decirte que el alemán ha aceptado nuestra oferta y hemos instalado en sus oficinas a nuestro representante. En breve me propongo iniciar la siguiente y crucial etapa de Jalid. Mientras tanto, te ruego le indiques a nuestro hermano Djailani que transfiera 1,75 millones de dólares desde la cuenta Adquisición a su cuenta Falcon, de modo que me sea posible abonar al alemán el importe de la compra de TW Holdings.

El Profesor concluyó su breve mensaje con las habituales y floridas cortesías persas, y pulsó la tecla de «entrada» de su ordenador. Escuchó que el texto pasaba a la caja codificadora con el mismo tipo de «clack» que escuchaba cuando copiaba un texto de su disco duro en un disquete. Luego oyó que la caja codificadora marcaba el número telefónico del difunto profesor. Tras dos llamadas, sonó un pitido como de fax, indicador de que la caja descodificadora del teléfono de su oficina de Teherán estaba conectada y lista para recibir el texto. Otro rápido «clack» y el texto fue transmitido. Con eso terminó la llamada. Aquella caja codificadora era un milagro, se dijo el Profesor, que valía hasta el último franco que los suizos habían cobrado.

LIBRO SÉPTIMO

El caballo de Troya de Menwith Hill

El gobierno estadounidense no tiene ninguna instalación más secreta que la estación de Menwith Hill del Comando de Inteligencia y Seguridad del Ejército de Estados Unidos, ubicada en las verdes lomas de los Yorkshire Dales, muy cerca de Harrogate, en la A-59, a 275 kilómetros del centro de Londres. Para tratarse de un lugar ultrasecreto, resulta sorprendentemente fácil de identificar desde los coches que pasan por las proximidades. A un kilómetro de distancia, un conductor distingue las 23 cúpulas de antenas giratorias que se alzan contra el horizonte como inmensas bolas de golf esperando el golpe de un gigantesco palo. Luego, más cerca, cien «mástiles polares», antenas verticales y parabólicas, rodean la base como púas de puercoespín en tres círculos concéntricos.

Menwith Hill es el máximo exponente de la capacidad tecnológica de Estados Unidos para envolver el planeta en un abrazo electrónico. Sus antenas polares y parabólicas extraen del cielo una bullabesa electrónica, la sopa del ciberespacio, formada por todo tipo de comunicaciones: transmisiones vía satélite de llamadas telefónicas y fax, llamadas de teléfonos móviles, pornografía en Internet, transferencias codificadas por valor de miles de millones de dólares, la huella dactilar electrónica de un tanque serbio disparando un misil en Bosnia o la de un caza ruso lanzando un proyectil aire a tierra contra un blanco checheno. Prácticamente cualquier forma de comunicación electrónica que no pase a través de un cable de fibra óptica no intervenido se encuentra al alcance de las hambrientas fauces de Menwith Hill.

Tan restringida es la instalación que a ningún miembro del Parlamento británico se le ha permitido nunca acceder a ella. Los terrenos sobre los que está construida son propiedad de Estados Unidos. Se compraron en 1951, y se siguen rigiendo por el protocolo secreto firmado por Harry Truman y Winston Churchill. Sus dos mil empleados civiles y militares incluyen especialistas de todo tipo, desde intérpretes de tibetano a técnicos informáticos capaces de desentrañar los programas de ordenador más complicados diseñados por el hombre o por Bill Gates.

En aquella fría mañana de febrero, Jack Galen, de cuarenta y dos años, jefe de operaciones de la base, recorrió el sendero que comunicaba su residencia en el bloque de apartamentos 42, en lo alto de la colina, con los bajos edificios carentes de ventanas del bloque de operaciones. Galen era un civil que ocupaba un alto cargo en la NSA. Esto no era sorprendente, ya que, si bien técnicamente y para no herir las susceptibilidades británicas. Menwith Hill se encontraba bajo jurisdicción militar, para todos los efectos prácticos, la instalación estaba regida por la NSA.

Eran las 6.30 y Galen llegaba como siempre con media hora de antelación al primer cambio de guardia del día, que tenía lugar a las siete de la mañana. Frente a él, el gran bloque de operaciones, con sus cuatrocientos metros de largo, se encontraba bañado por la intensa iluminación de seguridad. Caminó entre el estacionamiento y la

verja metálica coronada por alambre de espinos hasta las dobles puertas de vidrio del edificio conocido como Steeplebush II, la única entrada exterior al bloque de operaciones. El policía militar de guardia inspeccionó el pase de Galen, provisto de foto en color y de una etiqueta separada en la que aparecía una sopa de letras de nombres clave, los de las zonas de seguridad a las que le estaba permitido el acceso.

Se dirigió a la cafetería de la base y pidió una gran taza de café para empezar el día. Luego, taza en mano, subió en ascensor a la planta de operaciones, donde los guardias de seguridad volvieron a examinar su identificación.

—Señor Galen —dijo uno de los guardias—, en la SCIF^[6] hay una cosa para usted.

La SCIF, el sanctasanctórum de aquella instalación ultrasecreta, era una sala sin ventanas e insonorizada a la que se accedía por una puerta de seguridad cuya combinación sólo conocían doce de los dos mil empleados de Menwith Hill.

—Bueno, ¿qué ocurre? —le preguntó al oficial de guardia del interior.

El hombre señaló la carpeta gris que había sobre uno de los tres escritorios de la estancia.

—Llegó anoche. Es una nueva transmisión BRAINWAVE.

Galen tomó la carpeta. Estaba marcada «Alto Secreto. Sólo para sus ojos C\OPS-F830». En su interior había una cinta magnética y una transcripción del material incluido en ella, una indescifrable mezcla de números y símbolos como %\$#@.

El hombre de la NSA lanzó un suspiro y dio un sorbo al café de su taza. Durante la siguiente hora necesitaría estar bien despabilado. Metió la cinta en una máquina conectada a una de las dos pantallas del ordenador de su escritorio. La máquina fue proyectando en el monitor los caracteres de la cinta, uno a uno, y ampliándolos de tamaño. Galen estudió el primer carácter, la letra «W», y luego el segundo, el símbolo «&». Al llegar al quinto, la letra «A», se interrumpió. Metido en el lugar en que las dos líneas inclinadas de la letra convergían, había un micropunto. Copió la letra en su segunda pantalla y continuó con su trabajo.

Galen tardó más de una hora en examinar los cientos de caracteres del texto en clave interceptado por los sistemas de escucha de la NSA. De cuando en cuando, encontraba otro micropunto escondido en algún recóndito rincón de alguno de aquellos caracteres, y lo añadía a la cadena de caracteres que se iba formando en el segundo monitor.

Terminada ya la primera fase del trabajo, Galen salió de la SCIF y se dirigió a otro departamento de acceso restringido, el depósito de SBI^[7]. Allí solicitó del oficial de guardia el disquete de BRAINWAVE y regresó a la SCIF. Insertó en el segundo ordenador el disquete de BRAINWAVE. El disquete contenía un diagrama esquemático del algoritmo codificador del texto interceptado por los aparatos de escucha de la NSA. El diagrama incorporó a continuación cada uno de los

micropuntos que habían sido introducidos secretamente en el mensaje durante el proceso de codificación. Luego los comparó con la base de datos del disquete de BRAINWAVE y proyectó en la pantalla una serie de letras y números. Esa misteriosa serie de caracteres era la clave del programa empleado para codificar el texto claro original.

Galen introdujo esa clave en su primer ordenador e hizo pasar la grabación magnética por la máquina. La incomprensible serie de caracteres de la grabación apareció de pronto inteligible en la pantalla del ordenador, en la versión clara del texto del remitente, que comenzaba: «En nombre de Alá el Clemente, el Compasivo». El hombre de la NSA observó fascinado cómo el texto se iba formando.

—Esos sinvergüenzas suizos... —masculló, mientras leía—. Otra vez los atrapamos.

BRAINWAVE era uno de los mayores y más secretos triunfos de la NSA. Conscientes de que, por un precio adecuado, las compañías suizas como CIPHERS A. G. le vendían cualquier cosa a cualquiera, la NSA había conseguido infiltrar a una matemática sueca en el equipo de élite de científicos responsables de la creación del complejísimo algoritmo en que se basaban las máquinas codificadoras de CIPHERS A. G. Naturalmente, el algoritmo debía ser capaz de reconocer la clave escogida por el remitente para codificar su texto. Actuando en colaboración con la NSA, la sueca había modificado el algoritmo a fin de que introdujese subrepticamente en el texto codificado una sucesión de micropuntos. Adecuadamente leídos por alguien que supiera que tales micropuntos estaban allí y fuera capaz de encontrarlos, los micropuntos revelaban la clave codificadora utilizada por el remitente. «Un caballo de Troya ultrasecreto» era el nombre que habían dado al ardid el puñado de agentes de la NSA responsables de él.

Los suizos como Herr Zurni, de CIPHERS A. G., que no tenían ni idea de que su maravilloso equipo codificador había sido infiltrado, vendían docenas de aquellas máquinas a clientes de todo tipo: el Vaticano, los sirios, los iraquíes, el Gobierno radical islámico sudanés de Hassan el Turabi, blanqueadores de dinero, el libio Muammar al-Gadafi.

Gracias a una interceptación de BRAINWAVE, los norteamericanos habían tenido la prueba de que los libios eran los responsables del atentado con bomba en la discoteca La Bolle de Berlín. Sin embargo, cuando solicitó el apoyo aliado para su ataque aéreo contra Trípoli, la Administración Reagan no quiso revelar cómo había conseguido tal prueba. Margaret Thatcher aceptó la palabra del presidente estadounidense. No ocurrió lo mismo con François Mitterrand, que, siempre receloso de las intenciones norteamericanas, se negó a permitir que los aviones norteamericanos sobrevolaran territorio francés camino de Trípoli.

Naturalmente, el texto de aquella interceptación no le dijo nada a Galen. El hombre

advirtió que el mensaje contenía nombres como «Falcon» y «Djailani» y que había sido enviado desde un número de Hamburgo a un número de Teherán. Sus órdenes eran remitir inmediatamente todas las intercepciones de BRAINWAVE a la central de la NSA en Fort Meade, Maryland.

Redactó un informe completo para mandarlo con el texto de la intercepción a través del N. S. T. S.^[8] y lo envió todo a través de la «bola de golf» número dos mucho antes de que la gente de la central que debería ocuparse de él se levantara de la cama.

El destino final de Babe Osman, el más joven de los cinco hermanos Osman, y su maleta llena de dinero se encontraba al final de un pequeño callejón sin salida situado en el elegante segundo distrito de Buda, separado por el Danubio de la otra mitad de la capital húngara, Pest. Se trataba del Banco Central Europeo Internacional, en el 4/14 de Medve Ul. Los narcotraficantes guardaban el secreto de ese casi desconocido banco húngaro con el mismo celo con que los *gourmets* parisienses se guardaban para ellos las direcciones de sus pequeños *bistrots* favoritos.

El banco, establecido en 1979 por el antiguo régimen comunista húngaro, disfrutaba para sus operaciones monetarias de la condición de extraterritorialidad, y se encontraba excluido por estatuto especial de las regulaciones impuestas al sistema bancario nacional por el Banco Central de Hungría. Utilizaba el sistema austríaco Pass Book^[9] de cuentas identificadas sólo por el número o nombre que figuraba en el libro de contraseñas facilitado por el banco al titular de la cuenta.

Utilizando una de esas cuentas, cualquiera podía entrar en el banco, mostrar su Pass Book y depositar en la cuenta cualquier cantidad de dinero en cualquier tipo de moneda. Franklin Jurado, un graduado de la Harvard Business School que fue el experto en blanqueo de dinero del cártel de Cali, había hecho una lista de los centros mundiales de blanqueo, calificándolos según su seguridad, discreción y eficacia. El Banco Central Europeo fue calificado como el mejor establecimiento de Europa para inyectar dinero en el sistema bancario.

Sosteniendo no sin esfuerzo su maleta llena de dinero, Babe entró en el discreto edificio del banco diciéndose que los billetes de banco pesaban una tonelada. Una vez en el interior de la institución, mostró su Pass Book a un guarda armado y fue conducido a un pequeño despacho. Minutos más tarde, una joven empleada del banco se reunió con él. Babe le mostró su Pass Book, extendido a nombre de Turktext, y comenzaron a separar las diferentes divisas que contenía la maleta y a anotar su valor en dólares estadounidenses, la moneda con que se efectuaban todas las transacciones internacionales.

El total ascendía a 822 530 dólares. La empleada extendió a Babe un recibo por

esa cantidad en un formulario bancario oficial en el que aparecía el nombre de la cuenta, Turktex, y su número, y llamó a un guarda armado para que llevase el dinero a la bóveda. Mientras la mujer hacía esto, Osman extendió una orden dando instrucciones al banco de transferir 820 000 dólares a la cuenta de Turktex en la Sovereign Guarantee Trust Company de la Gran Caimán.

Luego se despidió de la empleada y se fue. La transacción apenas había durado veinte minutos. El dinero saldría hacia su destino antes de la hora de cierre, y no sería más que una minúscula mota en los dos billones de dólares que todos los días circulaban por el planeta en forma de transferencias bancadas. Babe sabía que la Fincen^[10] estadounidense y la Financial Action Task Force, formada por veintiocho países, sólo se molestaban en rastrear las transferencias bancadas que superaban el millón de dólares. Por consiguiente, tenía buen cuidado de evitar transferir fondos por encima de esa suma. Babe sabía también que lo que las autoridades requisaban no llegaba ni al uno por ciento del total de dinero blanqueado, menos de la cuarta parte de lo que él había pagado como comisión para convertir sus billetes de cincuenta libras en billetes de mil marcos. ¡El mundo era maravilloso!

Lo último que hizo antes de comenzar su viaje de regreso a Amsterdam fue llamar a Selim, el patriarca de la familia, al Gran Hotel Barcelona de Estambul, a fin de comunicarle la cantidad exacta de dinero que iba camino de las Caimán.

Selim estaba esperando la llamada. Había llegado el momento de encargar otro alijo de morfina base al simiesco cambista del bazar, el iraní Jaffar Bayhani.

En cuanto terminó de hablar con su hermano, Selim llamó a Bayhani a su tienda de cambio en el bazar.

—Querido amigo —le dijo—, necesito urgentemente otros doscientos pares de zapatos.

—Dios mediante, cuente usted con ellos —aseguró Bayhani.

—Como de costumbre, hoy mismo le transferiré a su cuenta un cuarto del importe de la compra, más su comisión.

—Que Dios le bendiga y le colme de salud y buena fortuna —murmuró Bayhani, en un tono tan santurrón que cualquiera hubiese creído que era un sacerdote agradeciéndole a Osman un pedido de doscientos litros de agua bendita.

¿Con quién demonios estará este sinvergüenza haciendo el negocio en Afganistán?, se preguntó Selim Osman. La cantidad de dinero que se podrían ahorrar si lograsen prescindir de Bayhani. Aunque, naturalmente, si lo hicieran, aún quedarían los malditos iraníes. Selim estaba seguro de que al menos la mitad de los 4000 dólares que pagaba por cada kilo de morfina base terminaba en los bolsillos de los iraníes. Pero... ¿cómo evitarlo? El medio más seguro y rápido de mandar la base

hasta Turquía era vía Irán.

Se encogió de hombros y cogió un modelo del fax de su escritorio. Turktext era una corporación basada en las islas Caimán. Tales firmas estaban organizadas de modo distinto de las compañías panameñas que tanto gustaban de usar ciertos narcotraficantes. En vez de emitir acciones al portador de la compañía, como hacían los panameños, las autoridades monetarias de las Caimán permitían que un otorgante emitiera acciones a nombre de tenedores nominativos facilitados normalmente por el mismo abogado que redactaba el documento de incorporación. Tales tenedores nominativos no eran más que figuras de paja tras las cuales se ocultaba Selim Osman. Luego, las transacciones comerciales de Turktext eran manejadas por un empleado del departamento de administración de bienes del banco. Un convenio de fideicomiso autorizaba a dicho empleado a actuar en nombre de Turktext siguiendo las instrucciones de Selim Osman.

De este modo, y a diferencia de lo que ocurría en Panamá, el dueño de la compañía no corría el riesgo de que sus acciones al portador se perdieran o fuesen robadas. Siempre existía el riesgo, eso sí, de que el empleado del banco se fugase con el dinero de la compañía. Aun así, tales empleados solían ser honrados, entre otras cosas porque les constaba que muchos de sus clientes eran delincuentes internacionales que, en caso de que alguien les robara, tendían más a recurrir a las armas que a las leyes. Control bancario al estilo Gran Caimán se llamaba la cosa.

Selim Osman ordenó a su tenedor que transfiriese inmediatamente 240 000 dólares a la cuenta de Bayhani en otro banco de las Caimán y luego dividiera los 580 000 restantes entre las cinco compañías ficticias propiedad de los hermanos Osman, dos en las Caimán, dos en las Turcas y Caicos, y una en Panamá. Luego esas compañías ficticias invertirían el dinero de los Osman en bienes raíces, o bonos o acciones en las bolsas de todo el mundo. En el plazo de cuarenta y ocho horas, y tras unos cuantos parpadeos electrónicos, los 820 000 dólares de Babe Osman habrían desaparecido sin dejar rastro. Aún estaba por inventar la organización policial capaz de rastrear aquel dinero hasta su escondite final.

—¡Djailani! —exclamó Jack Lohnes, el subdirector de operaciones de la CIA, que estaba leyendo el texto de la interceptación BRAINWAVE de la NSA—. ¿No es ése el tipo que Jim Duffy trata de encontrar? Su antiguo amigo, el mujadín Gucci, que, supuestamente, es el encargado de cobrar el IVA de toda la droga que pasa por Irán.

—Sí, señor —replicó su ayudante.

—Duffy sigue en Londres, ¿verdad? Ocúpese de que Menwith Hill entregue todo lo que tenga acerca de esta interceptación a la oficina de enlace de la embajada, a fin de que la información le llegue a Duffy. —Hizo una breve pausa y añadió—: Otra cosa.

Pídale a Fincen que pasen por el banco de datos estos tres nombres: «Falcon», «Adquisición» y «TW Holdings». A ver si encuentran algo. En caso de que así sea, que se lo comuniquen a Duffy cuanto antes.

—Inmediatamente me ocupo de ello —dijo el ayudante de Lohnes, yendo hacia el teléfono.

En cuanto su banco le hubo confirmado el arribo de los 240 000 dólares de Osman, Jaffar Bayhani llamó a Quetta y encargó otros 200 kilos de morfina base. Luego organizó la transferencia del anticipo al banco de Singapur de Mohammed Issa y envió el resto menos su comisión de 40 000 dólares a la cuenta «Adquisición» de Said Djailani, nuevos fondos procedentes de la droga para satisfacer las necesidades presupuestarias del Profesor. Todo ello lo hizo con su característica minuciosidad. No quedaron por escrito ni nombres ni cifras, sólo una incomprensible sucesión de signos cabalísticos. Los detalles clave del pedido los guardaba en la más fiable de las cajas fuertes: su propia cabeza.

Jim Duffy se dijo que llegar a la sala 4210, la oficina de enlace de Menwith Hill en la embajada estadounidense en Londres, era aún más difícil que acceder a las oficinas de la propia CIA. Verificaron por tres veces su identidad, lo registraron electrónicamente para cerciorarse de que no llevaba ni micrófonos ni grabadoras ocultas, y al fin lo introdujeron en el despacho del agente civil de la NSA que estaba a cargo del lugar.

—Señor Duffy, Fort Meade nos ha indicado que le mostremos una interceptación ultrasecreta que nuestra estación captó y descifró anoche.

La mención de aquellos dos términos, «Fort Meade» e «intercepción» en una sola frase, casi hizo que Duffy se atragantara con los recuerdos de las largas y tediosas horas que había pasado escuchando interceptaciones en el sótano de la CIA. Dios bendito, ojalá no empecemos otra vez, se dijo, cogiendo el sobre gris que el hombre de la NSA le tendía.

Contenía una única hoja de papel, estampillada con la inscripción: ALTO SECRETO. SÓLO PARA MIEMBROS AUTORIZADOS DE BRAINWAVE.

—¡Jesús! —murmuró ahogadamente Duffy al leer las palabras «la siguiente y crucial etapa de Jalid»—. ¿De dónde demonios procede esto? —preguntó.

—Fue enviado desde el hotel Forum de Hamburgo, Alemania.

—¿A quién iba dirigido?

—A una residencia privada de Teherán de la cual, sinceramente, no sabemos nada.

—No hay firma, y tampoco aparece el nombre del destinatario. ¿Cómo es eso?

—El texto estaba cifrado en una clave privada sumamente restringida a la cual muy pocas personas deben de tener acceso. Como todos se conocen, la firma no es realmente necesaria.

—¿Cómo lograron descifrar esa maldita clave?

El hombre de Menwith Hill sonrió.

—Eso únicamente concierne a la NSA, señor. —En otras palabras, no era asunto de Duffy—. Me han ordenado que le muestre un segundo mensaje. Nos llegó por nuestros canales seguros desde la central de Langley. Fincen, en Tyson's Corner, pasó los nombres de las tres compañías citadas en la interceptación por su base de datos, y éstos son los resultados que obtuvo.

Entregó a Duffy un segundo sobre gris. En el interior había un mensaje de Lohnes en el que hacía un resumen de lo descubierto por Fincen. Las tres compañías, Falcon, Adquisición y TW Holdings, se habían constituido y registrado en Panamá. Las fechas en que entraron en el Registro de Corporaciones panameño iban desde octubre de 1987 hasta marzo de 1995. Falcon era la más antigua. En los tres casos, el acto de constitución había sido incorporado al registro por el mismo bufete legal, Arosmena, Arias y Casals, cuya dirección era un apartado de correos en la ciudad de Panamá.

Duffy se dijo que aquello debía de significar que detrás de las tres corporaciones se ocultaba una misma persona. Y si Falcon era la firma de Bollahi, con las otras dos debía de ocurrir lo mismo.

El mensaje de Lohnes continuaba:

«En la base de datos de Fincen no hay constancia de ninguna transacción a nombre de Adquisición ni de TW Holdings. Falcon, sin embargo, en marzo de 1992 intentó comprar y sacar de Estados Unidos luces de navegación para cohetes destinadas a sistemas de guía de misiles, infringiendo la ley de control de exportaciones estadounidense. La firma en la que trataron de realizar la compra fue Aerospace Systems, Inc., de Houston, Texas».

Duffy le dio las gracias al hombre de la NSA y bajó a buscar a Mike Flynn.

—El remitente de ese mensaje cifrado tuvo que ser nuestro amigo el profesor Bollahi —comentó Flynn, en cuanto Duffy le hubo puesto al corriente de la interceptación—. ¿Quién más puede ser? Lo que habría que saber es si el tipo sigue aún en ese hotel. De ser así, ¿podríamos localizarlo?

—Lo dudo —replicó Duffy—. Es demasiado escurridizo.

—Lo sé, pero ¿por qué no les pides a tus colegas de Langley que traten de localizarlo? Si lo encuentran, que lo pongan bajo vigilancia de veinticuatro horas; pero que lo hagan discretamente, para evitar que él se dé cuenta y desaparezca.

—Eso supone un grave problema. Mike.

—¿Cuál?

—Para que la CIA organice una operación de la escala que necesitamos tendría

que contar con la cooperación de la contrainteligencia alemana, la BFV, *Bundesamt für Verfassungsschutz*, lo que ellos llaman el Departamento para la Protección de la Constitución, que se encuentra en Colonia. Tendríamos que contarles a los alemanes lo que ocurre.

—¿Y qué?

—No creo que Langley se preste a algo así. Nuestras relaciones con los alemanes están en su peor momento histórico. La posición de Alemania respecto al peligro que representan los *mullah* es radicalmente opuesta a la nuestra. Su actitud es «comerciamos con ellos, y a lo mejor ellos no fabrican bombas». Probablemente Langley temería que alguien de la BFV aconsejara al Profesor que saliese cuanto antes de Alemania.

—¿Y si les decimos a los boches que el Profesor anda metido en asuntos de drogas? Lo cual, en cierto modo, es cierto.

—Sí, eso puede colar. Déjame pensar en ello, Mike. Lo que realmente me preocupa es esa frase: «En breve me propongo iniciar la siguiente y crucial etapa de Jalid». ¿Qué demonios quiere decir eso?

El ululante viento del oeste procedente del Atlántico formaba pequeñas olas en las aguas del río Shannon para seguir luego tierra adentro y rociar con su llovizna Ennis, Limerick y los terrenos del aeropuerto internacional Shannon de Irlanda. Desde su despacho en el andén T53 de la zona libre del aeropuerto, Jimmy Shea contemplaba, ceñudo, las gotas de agua que se escurrían por los cristales de los altos ventanales del edificio. Tenemos lluvia para un mes, se dijo.

El mejor modo de pasar una tarde como aquélla era ante la chimenea o, mejor aún, en un cálido y acogedor pub, con un par de pintas de cerveza negra. Absorto en sus melancólicas reflexiones, Shea no oyó a su secretaria la primera vez que ésta le anunció:

—Te llaman por teléfono, Jimmy. Un tal señor Steiner, desde Alemania.

La mujer tuvo que repetirlo para conseguir la atención de Shea. Steiner, pensó el hombre, repasando su agenda mental de nombres y direcciones, ¿quién sería? Lo recordó cuando ya se estaba llevando el teléfono a la oreja: era el ingeniero de los Haas que había abandonado la empresa para construir el mejor láser del mundo. LASERTEKNIK, ése era el nombre de su compañía. Se rumoreaba que lo que Steiner estaba construyendo no era un mejor láser, sino una enorme montaña de deudas.

—Herr Steiner —dijo al teléfono, con la cordialidad del experto vendedor—, ¿qué tal le ha ido en estos meses?

—Bien —replicó Steiner—. Recordará usted que hace un año hablamos sobre mis ideas para construir un láser de alta potencia mejor que los existentes.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—El proyecto ha sufrido una cierta demora, pero ahora las perspectivas son muy prometedoras. Conseguí apoyo financiero, y ya estamos en marcha otra vez.

—Eso es espléndido, Herr Steiner. Espero que en sus futuros planes haya lugar para EG&G.

—Claro que sí. En realidad, por eso precisamente lo llamo. Quiero encargar setenta y cinco Thrytrones del modelo HY53.

Shea se enderezó en su asiento. A tres mil dólares cada uno, setenta y cinco HY53 eran todo un pedido. Hasta aquel momento, había tratado a Steiner con rutinaria cortesía. Ahora le dedicó su plena atención.

—Estaremos encantados de satisfacer ese pedido, Herr Steiner. Mándeme por fax la confirmación y yo enviaré la solicitud a Salem esta misma noche.

—Espléndido. También estoy trabajando con gente de la Facultad de Medicina en un proyecto paralelo. Experimentamos con una idea para desarrollar un láser de muy alta potencia a fin de utilizarlo en cirugía cutánea. Particularmente, para eliminar las manchas faciales. Si lo conseguimos, revolucionaremos las técnicas de cirugía facial.

—Eso sería fantástico, Herr Steiner.

—Creo que lo conseguiremos, aunque llevará trabajo y mucha experimentación. La idea es colocar un cristal de sodio en una cavidad de cristal capaz de resistir seis o siete kilovoltios, manteniendo el plano de polarización de forma que impida que el rayo láser salga de la cavidad hasta que se haya almacenado en ella un máximo de electrones. Luego utilizaremos una Pockcell para lanzar la energía concentrada en un pulso láser que sólo dure un par de nanosegundos. Nada de los habituales microsegundos.

Shea, doctorado en ingeniería eléctrica, poseía unos conocimientos nada rudimentarios sobre tecnología láser.

—Sí —dijo—. Esa idea podría funcionar.

—Eso espero. Ahora bien, para desencadenar la acción de la Pockcell necesitaremos el krytrón KN22B, así que deseo completar mi pedido de setenta y cinco Thrytrones con otro de una docena de KN22B.

—Delo por hecho, Herr Steiner. Supongo que sabrá que, como éstos son materiales que también se utilizan en tecnología nuclear, para todas nuestras ventas tenemos que conseguir una licencia de exportación del Departamento de Comercio estadounidense.

—Sí, ya.

—También necesitaremos que llene usted el formulario completo de la licencia de exportación, y adjunte un informe acerca de cómo y dónde se usarán los krytrones.

—Como los vamos a utilizar aquí mismo, en Alemania, no creo que haya problema. Mándeme usted un fax con la relación de todos los documentos necesarios, y yo se los enviaré por Federal Express mañana a primera hora, junto con la

confirmación del pedido y un cheque con el anticipo. ¿Le parece satisfactorio un veinticinco por ciento del total?

—Me parece perfecto, Herr Steiner. Se lo envié todo ahora mismo y quedamos a la espera de su pedido.

—Espléndido. ¿Cuánto tiempo supone que tardaré en recibirlo todo?

—No mucho. De tres a cinco semanas.

Paul Glynn, conocido por los Osman como «el Irlandés», salió de la estación ferroviaria central de Amsterdam y, tal como Babe Osman le había indicado, bajó por la Damrack hacia el hotel Van der Helder. La acera por la que caminaba estaba atestada de jóvenes turistas con mochilas. Al otro lado del amplio bulevar estaba el canal, con una fila de barcazas amarradas al embarcadero. Los propietarios de las embarcaciones voceaban con el falso entusiasmo de los charlatanes de feria las maravillas del recorrido de una hora por los canales de la «Venecia del norte».

Pasó la pizzería Marco Polo, el restaurante chino-indio, la agencia de viajes Malibu, que afirmaba ofrecer «los vuelos más baratos a cualquier destino del mundo». Llegó luego al museo del sexo a través de los tiempos y al contiguo museo de la tortura. Glynn se dijo que, si le era necesario esperar la llegada de su droga, al menos tendría amplias distracciones. El hotel Van der Helder, sito en el número 34 de la calle, ocupaba el primer piso del edificio, y tenía debajo la agencia de viajes New Asia. Por cincuenta florines, el propietario del hotel le alquiló por una noche una de sus quince habitaciones con ducha. El precio incluía desayuno holandés completo. Glynn se alegró de no ir acompañado por una dama a la que quisiera impresionar. Sin embargo, aquel tugurio tenía una ventaja: los policías antinarcóticos holandeses, como sus colegas de todo el mundo, daban por hecho que los narcotraficantes vivían como reyes. Y aquél sería sin duda el último lugar en el que se les ocurriría buscar a alguien como él.

Glynn subió a su habitación y marcó el número del buscapersonas que le había dado Babe Osman. Cuando le respondieron, pulsó en el teclado telefónico el número de su habitación y luego se tumbó a echar una siesta.

El buscapersonas colgaba del cinturón de Abdullah Osman, que se encontraba en sus oficinas de Turktext BV en el 36A de la Papaverweg. Abdullah dirigió una mirada al aparato y meneó cansadamente la cabeza. Estaba agobiado de trabajo. Parecía como si en Europa occidental hubiera una inextinguible demanda de heroína turca de primera. Los alijos que sus hermanos le mandaban desde Estambul se vendían en un parpadeo, y los minoristas no dejaban de pedir más.

La gente pensaba que los narcotraficantes llevaban una vida fácil, nadando en la abundancia gracias al dinero que conseguían con la droga. Como si uno pudiera vender un alijo a la semana y luego darse a la molición y al lujo. Bueno, pues no. Los

narcotraficantes vivían entre agobios, problemas, preocupaciones y estrés. Para aliviar la tensión nerviosa, Abdullah se echó a la boca uno de los antiácidos que le había recetado el médico como paliativo para su incipiente úlcera.

Estaba metido de lleno en los preparativos para que sus dos artistas porno llevaran a Londres los cien kilos que Babe necesitaba. Cuando su hermano menor había pasado por Amsterdam tras su breve escala financiera en Budapest, había vuelto a encarecerle lo importante que era que la droga llegase cuanto antes a Inglaterra. Había quienes pensaban que hacer lo que él hacía era fácil. Bueno, pues no lo era.

Babe y él habían encontrado un método bastante eficaz para pasar la droga por la aduana de su británica majestad. Babe, naturalmente, se ocupaba de la parte fácil. Acudía a un vendedor de automóviles usados de North London, *el Honrado* Hikmet o alguien así, compraba un coche viejo por quinientas libras en efectivo, y se lo llevaba personalmente de la tienda. Para realizar la compra no hacía falta mostrar ninguna identificación. *El Honrado* Hikmet le entregaría los documentos del coche, que, naturalmente, seguiría a nombre de su anterior propietario. Supuestamente, antes de una semana, Babe acudiría al Departamento de Matrículas y, tras pagar el canon, registraría el coche a su nombre. Como es natural, Babe no pensaba ni acercarse al Departamento de Matrículas. Dejaría el coche estacionado en algún lugar hasta que llegase el alijo de Abdullah.

El trabajo auténticamente difícil era el de Abdullah en Amsterdam. Tenía que reclutar a «mulas» como la pareja de artistas porno belgas para que llevaran el alijo a Londres. Por supuesto, no se ocupaba personalmente de conseguir las «mulas». Era demasiado riesgo. Utilizaba los servicios de un «reclutador», un holandés que era el chulo de tres chicas de vitrina de la zona de prostitución. El reclutador se ganaba diez mil dólares por alijo, y las «mulas» cuarenta mil, la mitad al partir y la otra mitad al entregar el material. Nunca utilizaba dos veces la misma «mula», y nunca permitía que una «mula» viera su rostro. La «mula» ideal, naturalmente, sería una maestra retirada, una angelical ancianita a la que los funcionarios de aduanas británicos no miraran dos veces. Sin embargo, el reclutador de Abdullah trabajaba donde vivía, en la zona de prostitución de Warmoesstraat, y las «mulas» que allí se encontraban eran artistas porno, prostitutas, chulos o adictos, no angelicales ancianitas.

Cuando la «mula» o las «mulas» estaban listas para partir, el reclutador se quedaba con su coche durante un par de horas y cargaba el alijo en un par de maletas que luego metía en el maletero del vehículo. La «mula» partía entonces con un billete reservado para el ferry del canal de la Mancha, generalmente el de Calais a Dover, y con un número telefónico. Nada más: ni nombres, ni direcciones, ni más contacto que el número telefónico, que era el de un móvil clonado; así que, si algo salía mal, no había modo de que la policía rastrease su origen.

Lo que las «mulas» como aquellos artistas porno no sabían era que alguien

desconocido por ellos los seguiría hasta Dover en el ferry para cerciorarse de que pasaban la aduana sin problema. Si todo iba bien, telefonaría a Babe en Londres para darle vía libre. Luego Babe contestaría la llamada del móvil clonado, daría a las «mulas» la matrícula y la descripción del coche comprado en el local de *el Honrado* Hikmet y organizaría la cita para la entrega. A Babe le gustaba utilizar la zona de servicio de alguna de las autopistas que convergían sobre Londres, donde los conductores podían detenerse para repostar gasolina y comer algo. Informaría a las «mulas» de que las llaves del coche se encontraban en el tubo de escape. Cójnlas, pongan la droga en el maletero del coche, devuelvan las llaves a su sitio y lárguense, ésa sería su orden.

Babe iría en el coche usado hasta la zona de servicio, lo estacionaría y, a fin de cerciorarse de que no había policías apostados, observaría cómo se efectuaba la transferencia desde prudente distancia, por lo general desde una mesa junto a la ventana del restaurante de la zona de servicio.

Ahora, como solía suceder cuando las «mulas» estaban a punto de partir, los artistas como estaban volviendo loco al reclutador de Abdullah con sus preguntas. ¿Y si los de aduanas encontraban la droga? ¿Qué debían decir ellos? Que digan lo que les dé la gana ladró Abdullah, porque digan lo que digan se pasarán igual diez años en una cárcel inglesa. ¿Por qué demonios se creen que les pagamos? Y por si tratar de tranquilizar a aquel par de idiotas no era suficiente para alterar los muy sufridos nervios de Abdullah, dos de sus mejores clientes en Rotterdam necesitaban urgentemente reabastecerse. Uno, al que Abdullah llamaba «El Turco Invisible», dirigía una red de camellos surinameses y marroquíes en Spangen, un barrio pobre en el que parecía haber más vendedores de droga que tiendas de comestibles. Al segundo lo llamaba «Frenchy» debido a que la mayoría de sus clientes eran traficantes franceses que acudían en busca de heroína a Holanda porque allí la droga era abundante y barata.

Aquel floreciente tráfico reflejaba un nuevo fenómeno del mundo de la droga que recibía el nombre de «narcoturismo». La cosa funcionaba a dos niveles. Primero, a uno relativamente bajo, en las zonas de prostitución de Amsterdam y Rotterdam. La policía de Amsterdam calculaba que entre cuatro y cinco mil camellos trabajaban en el distrito. Vendían la heroína en «bolas» de medio gramo a veinticinco florines a los adictos de la zona y a los consumidores ingleses, alemanes, franceses, españoles y belgas, algunos ya adictos y otros en camino de serlo. Tales extranjeros acudían en masa a Amsterdam porque allí la droga se vendía a una tercera o cuarta parte de lo que costaba en París, Berlín o Barcelona.

Pero el auténtico «narcoturismo», el que hacía ganar fortunas al clan Osman, funcionaba sobre una base más sofisticada y estaba principalmente centrado en Rotterdam, Arnhem y Maastrich. En aquel tipo de tráfico, los alijos que se vendían

eran de un kilo de heroína o más. Abdullah le vendía los paquetes a Frenchy a quince mil dólares el kilo.

Muchos de los clientes franceses de Frenchy llegaban en coche desde París, Lille, Calais o Lyon, recogían droga por valor de entre veinticinco y veintiocho mil dólares, dependiendo de la cantidad que comprasen, y simplemente volvían a Francia con el alijo oculto en el coche, aprovechando la circunstancia de que, según los términos del acuerdo Schengen, los controles fronterizos entre Francia, Bélgica y Holanda eran prácticamente inexistentes. Una vez en París, la venta de aquel kilo, dividido en dosis de gramo o medio gramo, produciría hasta cien mil dólares en los bulevares de la Ciudad de la Luz.

Había otros clientes franceses que usaban el tren. Por lo general, un traficante llegaba con un cliente —preferiblemente femenino— adicto, que haría el trabajo a cambio de droga. Frenchy sujetaba con esparadrapo medio kilo de droga a cada pierna de la cliente, y luego ésta se ponía una falda de amplio vuelo. En el tren de regreso, el traficante se sentaba a cierta distancia de su mula, para mantenerla vigilada. Si a la mujer la detenían en una de las rarísimas inspecciones aduaneras que se efectuaban, el traficante desaparecía y dejaba que la mujer se enfrentara sola a las consecuencias de su acto.

Abdullah Osman se echó un nuevo antiácido a la boca. ¿Cómo conseguir más droga para Frenchy, cómo ayudar a su reclutador a tranquilizar a los nerviosos idiotas del sex club, y cómo satisfacer al menos el pedido de uno de sus minoristas de Amsterdam, todo ello en un plazo de sólo cuarenta y ocho horas? ¡Era simplemente demasiado para un solo hombre! Y, además, tenía que ocuparse del Irlandés.

Fue en coche hasta el centro y, desde el teléfono público de uno de los embarcaderos del canal, llamó al hotel Van der Helder.

—¿Quién habla?

—Paul.

—Muy bien. Soy Halis. Escucha: junto a tu hotel hay un café llamado Hooters. Baja dentro de media hora, siéntate a una mesa y pide un café. Allí nos veremos.

Eso daba a Abdullah tiempo para sentarse en el café durante treinta minutos a fin de ver si había indicios de que la policía hubiese preparado una trampa. Reconoció al Irlandés cuando éste salió del hotel por la descripción que su hermano había hecho de él. Por lo que a Abdullah le fue posible juzgar, el tipo estaba limpio. Aguardó cinco minutos y se acercó a él. El Irlandés bebía su café observando a la adolescente holandesa sentada junto a él, que fumaba abiertamente un porro y se movía al ritmo de la música que sonaba en los auriculares de su walkman.

—Demos un paseo, Paul —dijo Abdullah.

Caminaron hasta el estacionamiento central de Amsterdam, que permanecía abierto las veinticuatro horas, y estaba simado en una curva del canal Het Ji, frente a

la fachada de la estación ferroviaria.

—Mañana por la mañana, a las diez en punto, ven aquí en tu coche, baja hasta el segundo nivel y aparca. Deja las llaves en el tubo de escape. Luego sal y dirígete a ese café de ahí —ordenó Abdullah, señalando hacia el café Karpershoek, en el que un letrero anunciaba que el local era «el pub más antiguo de Amsterdam»—. Tómame un café, una cerveza o una tarta de manzana. Espera cuarenta y cinco minutos y luego vuelve a recoger el coche. La droga estará en el maletero.

—¿Y si hay algún problema?

—No lo habrá. Pero ya tienes el número de mi buscapersonas. —Abdullah le tendió la mano—. Da gusto hacer negocios contigo, Irlandés. —Giró sobre sus talones y se fue. No era partidario de trabar amistad con sus clientes. Si alguien tenía que dorarle la píldora a aquel tipo, que lo hiciera Babe en Londres.

Mediada la tarde del día siguiente a su llamada a Jimmy Shea, Herr Steiner hizo llegar un paquete de la Federal Express a las oficinas de EG&G en la zona libre del aeropuerto internacional Shannon. Shea lo abrió nerviosamente. Allí estaba todo: la confirmación del pedido de Steiner de setenta y cinco Thrytrones HY53 y doce krytrones KN22B, un cheque conformado por 62 500 dólares y los dos formularios necesarios a fin de obtener una licencia de exportación norteamericana para los krytrones firmados por Steiner y con el sello de LASERTEKNIK.

Shea tomó la primera de las dos declaraciones. Se trataba de una circular que EG&G dirigía a cuantos tenían intención de adquirir krytrones.

Lo suponemos a usted al corriente del hecho de que el comercio internacional de krytrones está sometido a las regulaciones referentes a la no proliferación de armas nucleares. En consecuencia, estamos obligados a obtener de nuestros clientes una declaración destino final para tales artefactos.

Los krytrones pueden ser enviados libremente bajo una licencia general a la lista adjunta de países signatarios de la convención de salvaguardias nucleares. Sin embargo, tenga presente que para la exportación a otros países es necesaria la aprobación del Departamento de Comercio estadounidense y de la autoridad alemana pertinente.

Steiner había firmado el documento declarando que comprendía y aceptaba tales condiciones.

El segundo documento era una carta de Steiner a EG&G escrita en papel con membrete de LASERTEKNIK.

Certificamos que el uso final a que están destinados los krytrones es un láser de cristal de sodio NYDAG de alta energía que será utilizado para operaciones de cirugía facial.

Certificamos además que tales krytrones tienen como destino final Alemania.

Shea leyó detenidamente ambas declaraciones sin encontrar en ellas nada incorrecto. Aun así, le intrigaba aquel asunto de los krytrones. En los años que llevaba al frente de la oficina de EG&G en Shannon, nunca había vendido más de cinco krytrones a la vez, y eso había sido a compañías norteamericanas radicadas en Europa que los utilizaron como detonadores para cargas explosivas no nucleares.

Llevó el paquete a su colega Greg Hickey. Los dos habían hablado ya del pedido de Steiner. Hickey estudió los formularios.

—Sí —suspiró—, un cuarto de millón de dólares. Todo un pedido. Los documentos son correctos, ¿no? Y lo que esa gente se propone hacer con esos krytrones parece perfectamente legítimo. No obstante... —Fruunció el entrecejo y, tras una pausa, siguió—: Será mejor que llamemos a Johannes.

Johannes Schmidt era uno de los organizadores de la Feria Bienal del Láser en Munich. La industria del láser era un mundo muy cerrado en el que todos se conocían, y Schmidt tenía fama de saberlo todo sobre todos.

Quince minutos más tarde, Hickey llegó junto al escritorio de Shea.

—He confirmado la historia —dijo—. Según Johannes, Steiner ha encontrado un socio capitalista, un tipo alemán que se presentó en su puerta con una bolsa llena de dinero.

—Entonces, ¿qué? ¿Enviamos el pedido a Salem?

—Sí, ¿qué otra cosa vamos a hacer? —repuso Hickey—. Aunque quizá convenga pedirle a Paul Aspen que eche un vistazo al pedido antes de darle curso.

Por fin es viernes, se dijo sarcásticamente Paul Aspen contemplando el montón de papeles que lo esperaba sobre el escritorio de su despacho en la fabrica de EG&G en Salem, Massachusetts. Aquel viernes no tenía nada de placentero. Los meteorólogos del aeropuerto Logan de Boston predecían quince centímetros de nieve para el fin de semana; Jennie, su hija menor, estaba con paperas, y si los Celtics de Boston perdían otro partido tendrían que despedirse de la esperanza de llegar a los *playoffs* de la NBA.

Lanzando un suspiro, tomó asiento ante la pila de papeles al tiempo que pedía a Angela, su secretaria, que le llevase el café de la mañana.

—Mejor que sea doble, por favor.

El primero de los memorándum que esperaban sus comentarios o decisiones procedía de Shannon. Aspen se preguntó por qué se dirigían a él en vez de utilizar los canales normales de venta.

Leyó rápidamente y obtuvo respuesta a su duda.

—¡Angela! —gritó—. Deja el café. Ponme inmediatamente con Leigh Stein, en el Departamento de Energía. Dile que es urgente.

Al propio Aspen le sorprendió la rapidez con que el Gobierno reaccionó. Algo gordo se estaba cocinando, pues al cabo de menos de diez minutos de haber hablado con Stein, Duffy, el tipo que ya había ido a verlo para hablarle de los krytrones, lo llamó desde Londres.

—Le agradezco mucho que haya pasado al doctor Stein ese informe —le dijo Duffy—. Ésta no es una línea segura, así que no voy a entrar en detalles, pero hay algo que deseo que usted me confirme. La compañía que hizo el pedido se llama LASERTEKNIK, y está radicada en Hamburgo, Alemania, ¿verdad?

Aspen consultó el montón de papeles que tenía ante sí.

—Sí, ése es el nombre de la compañía, pero la ciudad es Pinneberg. Creo que está al norte de Hamburgo.

—Espléndido. Le mego que me haga un favor. No tramite ese pedido hasta que vuelva a comunicarme con usted.

En la otra orilla del Atlántico, Jim Duffy llamó por una línea segura a la sede de la CIA en Bonn. Al menos, aquella situación no planteaba delicados problemas de protocolo que lo obligasen a coordinar sus acciones con la inteligencia alemana.

—Atiende —le dijo al jefe de estación—. ¿Tenemos a alguien en Hamburgo?

—¿Bromeas? Ya sabes que el Congreso nos ha recortado el presupuesto.

—No importa. Habla con el consulado. Quiero que alguien vaya al registro comercial de la ciudad de Pinneberg y consiga todos los detalles acerca de la propiedad de una firma llamada LASERTEKNIK.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Para hace media hora.

—Cristo, Jim, eso al cónsul no le va a hacer ninguna gracia.

—Da lo mismo. Dile que mueva el culo y que, si es necesario, vaya personalmente a averiguarlo. Que se olvide de sus compromisos con sus amigos los grandes barones cerveceros hanseáticos, salvo que desee ser él quien inaugure el nuevo consulado en Ulan Bator.

Sin duda Duffy había conseguido transmitir la urgencia de la petición, ya que el jefe de sede volvió a llamarlo al cabo de menos de una hora para informarle.

—El cincuenta por ciento de la compañía LASERTEKNIK pertenece al tipo que la fundó, un alemán llamado Steiner que, recientemente, vendió la otra mitad de la

empresa a TW Holdings, una de esas compañías fantasma de Vaduz, Liechtenstein.

—¡Bingo! —exclamó Duffy—. Gracias, amigo. Te ganarás una medalla por eso.

Salió de su despacho y se dirigió al departamento de viajes de la embajada. Riendo entre dientes, se dijo que en esta ocasión el Tío Sam pagaría con gusto su pasaje y el de Flynn a Estados Unidos en el Concorde.

Los coches iban saliendo lentamente al muelle de Dover por entre las fauces del ferry de Calais. Luego los vehículos harían cola para pasar por la inspección de aduanas e inmigración del Reino Unido. Cuando su Peugeot 606 cruzó la rampa del ferry y se dirigió a una de las seis colas, Lise Volter apretó la mano de su novio, Ralph Routh.

—Estoy asustada, Ralphie —susurró.

—No tienes por qué, cariño. Será pan comido, como dicen en las películas norteamericanas.

—¿Qué contaremos en la aduana?

—Nada. Yo me ocupo de todo. Tú límitate a mirarme con esa expresión de «éste sí que ha sido un buen orgasmo».

—¿La que uso tres veces cada noche en el club? —preguntó la sonriente Lise.

—Procura que sea un poco más convincente —rió Ralph—. Diez años de cárcel son mucho tiempo. —Estaban llegando a la inspección de aduanas. El hombre bajó la ventanilla y tendió al funcionario sus documentos de identidad belgas.

—Buenos días —los saludó el aduanero—. ¿Adónde se dirigen?

—Vamos a pasar el fin de semana en Londres —sonrió Ralph—. Queremos oír buena música.

El aduanero les devolvió los documentos y Ralph se los entregó a Lise con un guiño que parecía decir: «¿Ves como no había ningún problema?».

El aduanero estaba señalando el letrero del Canal Verde. En él se indicaba qué productos era ilegal pasar por aquel canal, y qué otros estaban sometidos a arancel y debían ser declarados.

—Supongo que saben ustedes que están pasando por el Canal Verde y, comprenden lo que eso significa, ¿no?

—Sí, claro —replicó Ralph.

—Espléndido. ¿Les importa estacionar un momento junto a la garita de aduanas?

Una nube de preocupación eclipsó la forzada sonrisa de Ralph.

—¿Algún problema?

Lise crispó los dedos del pie izquierdo. Bajo la tiritita que llevaba sobre el callo del meñique, estaba el papelito en el que había anotado el número telefónico al que debían llamar en cuanto pasaran la aduana.

—Se trata de una simple inspección de rutina —estaba diciendo el aduanero.

Ralph detuvo el coche, y un par de funcionarios se acercaron. Tras rodear el coche y echar un vistazo a su interior, uno de ellos dijo:

—¿Le importa abrir el portaequipajes, señor?

Ralph lo hizo. Había tres maletas: la de él, la de Lise y una mayor, que contenía la heroína, y que había colocado allí su amigo alemán, el que le había propuesto aquel fin de semana de cuarenta mil dólares.

—¿Todas las maletas son tuyas, señor? —preguntó cortésmente uno de los funcionarios.

Ralph se daba cuenta de que aquél era el momento crucial. De que todo saliera bien dependían los próximos diez años de su vida. ¿Qué demonios debía decir? Mantén la calma —se dijo—, mantén la calma.

—Sí —contestó, con voz súbitamente ronca.

—¿Tiene inconveniente en abrirlas?

Ralph cogió la maleta de Lise y la abrió en primer lugar en la esperanza de que la visión de la ropa interior de seda de la mujer tranquilizase a los funcionarios de aduanas.

No fue así. Uno de los agentes señaló la maleta mayor.

—¿Y ésta?

Con manos temblorosas, Ralph cogió la maleta, le soltó las correas y la abrió. En el interior, meticulosamente apiladas, había varias hileras de paquetes de droga envueltos en cinta aislante.

—¿Qué es esto?

—Pues... no sé —balbuceó Ralph.

—¿Será quizás azúcar moreno? —sugirió uno de los funcionarios—. ¿Toman ustedes el té con mucho azúcar?

—No sé de dónde ha salido eso. Lo que iba en esa maleta era mi ropa.

El aduanero contuvo una sonrisa. Todos los contrabandistas decían lo mismo.

—Quizás un duendecillo lo metiera ahí. —Cogió uno de los paquetes—. ¿Le importa acompañarme?

—¿Adónde? —preguntó Ralph en un susurro.

—Deseamos analizar esta sustancia para determinar de qué se trata.

En el asiento delantero, Lise permanecía cabizbaja y con los brazos cruzados sobre el estómago, esforzándose por contener los sollozos. Diez años, pensaba, diez años de prisión. Les diría que todo era culpa del cretino de su novio, que ella no sabía lo que transportaban. El problema era el papelito que llevaba bajo la media. Tenía que librarse de él. Luego les diría a las autoridades todo lo que desearan saber.

En el interior de la garita de aduanas, uno de los funcionarios abrió una especie de botiquín del que extrajo un pequeño frasco que contenía un líquido lechoso. Lo abrió, cogió un pellizco del polvo que contenía uno de los paquetes de plástico y anunció a

Ralph:

—Voy a efectuar la prueba Marquis Reagent para detectar la posible presencia de opiáceos en esta sustancia.

Echó el polvo en el frasco e hizo girar lentamente la mezcla. Por unos instantes no ocurrió nada. Luego, la lechosa sustancia se oscureció y adquirió una bonita tonalidad violeta.

—El polvo que transporta usted en este paquete es heroína, señor —anunció el hombre—. Está usted arrestado por tratar de introducir heroína en el Reino Unido. ¿Desea llamar a un abogado?

La noticia de que en los muelles de Dover se habían aprehendido cien kilos de heroína cuyo valor en la calle era de diez millones de libras esterlinas apareció en la primera plana del *Evening Standard*, y con ella abrieron todos los telediarios de las emisoras de televisión londinenses. El hombre al que iba destinada la droga cambió de canal en canal, y fue oyendo todas las versiones de lo sucedido. Lo dominaba una mezcla de ira e indignación. Un atento funcionario de aduanas había notado algo raro en la pareja de contrabandistas, informó uno de los locutores.

—¡Cuentos! —masculló Babe Osman. ¡Un atento funcionario! Ésa era la patraña que contaban los de aduanas a la prensa para ocultar lo que en realidad había sucedido: alguien les había dado un soplo. Pero si admitían eso públicamente, en el juicio la defensa obligaría a aduanas o a la policía a facilitar el nombre del informante, con lo que destruirían su utilidad.

Todo aquel asunto era un jodido desastre. Hasta aquel momento, la policía nunca había descubierto ni un solo gramo de heroína de los Osman. ¡Y ahora habían caído cien kilos! ¿A quién demonios le importaba cuál fuese su valor en la calle? Para Babe y sus hermanos, era millón y medio de libras esterlinas que se habían esfumado de sus bolsillos.

Alguien había dado el soplo. De lo contrario, aduanas nunca hubiera encontrado el alijo. Pero... ¿quién era el culpable? Tenía que ser el «reclutador» utilizado por Abdullah en Amsterdam para conseguir a las dos «mulas».

—¡Hijo de puta! —rugió Babe.

En el comedor adjunto al cuarto de la televisión, sus dos hijos hacían los deberes. El mayor comentó:

—Papá está enfadado.

Y Babe lo estaba realmente. El «reclutador» conocía la identidad de Abdullah. Sabía cómo encontrarlo. Si había delatado el envío, ¿por qué no iba a delatar a Abdullah? Y, si los de la brigada de narcóticos holandesa detenían a Abdullah, luego irían a por él.

En Estambul, Selim, Hassan y Refat no tenían nada de qué preocuparse. Con

independencia de las acusaciones que hicieran contra ellos las autoridades holandesas o inglesas, el Gobierno turco jamás se atrevería a extraditarlos, pues los Osman sabían demasiado sobre demasiada gente. Pero allí en Europa la familia estaba expuesta a perder cuanto tenía. Miró a sus hijos haciendo los deberes. ¿Cómo les sentaría tener que huir de Inglaterra a Turquía o que detuvieran a su padre y lo acusaran de ser un narcotraficante?

Aunque en Estambul tuviesen toda la heroína del mundo, ¿de qué demonios les valía si no disponían del modo de comercializarla en Occidente? Babe se golpeó la palma izquierda con el puño derecho. Tenían que ocuparse de aquel maldito reclutador antes de que los denunciara a las autoridades y acabara con toda la compleja estructura comercial familiar.

Viernes por la noche, comienzo de un nuevo fin de semana. En la parisiense Strasbourg Saint Denis, en torno a la plaza Mayor madrileña, en la estación ferroviaria de Frankfurt, en la Saint Pauli de Hamburgo, en Alphabet City, en el Lower East Side neoyorquino, en Bedford Stuyvesant, Brooklyn, y en las callejas del South Bronx, los camellos estaban iniciando su jornada, listos para mezclarse entre la multitud para repartir su mercancía.

En Londres, Eddie Foulkes, conocido por sus clientes como Eddie, *el Rastafariano* por el gorro de cuero que le gustaba llevar y que era el mismo que utilizaban los seguidores de la secta rastafariana^[11], estaba preparándose para la velada. Aquella noche no se le agotaría el material, pues acababa de recibir medio kilo de droga de su proveedor favorito, Paul Glynn, *el Irlandés*. Glynn siempre tenía buena mierda, recién llegada de Turquía.

Eddie acababa de verificar la calidad del último alijo recibido con una pequeña prueba química, quizá más tosca que la Marquis Reagent que utilizaban los aduaneros y la policía, pero no menos eficaz. Tras derramar un poco de droga sobre un pedazo de papel de aluminio, lo calentó con un encendedor hasta que se disolvió. Luego estudió el líquido resultante. Cuanto más claro fuera éste, más pura sería la droga. El resultado fue casi como agua de Evian, indicio de que la mierda era de veras buena.

Hubiera podido cortar la droga, pero Eddie, *el Rastafariano* se enorgullecía de la calidad de su material. Si se inyectaban con aquello, se dijo, sus clientes serían transportados al séptimo cielo y en él se quedarían durante horas... y, cuando volviesen a la realidad, recordarían quién les había vendido la droga.

Naturalmente, eran ya muy pocos los clientes que se inyectaban. Ahora lo que hacían los chicos era esnifar o fumar. En los últimos cinco años, el cambio había sido espectacular. Antaño, él trabajaba con un núcleo duro de clientes, adictos todos ellos y, día tras día, podía contar con venderles el mismo número de bolsas de un gramo a

cien libras cada bolsa. Las cosas ya no eran así. Actualmente, con la droga ocurría como con los supermercados: los viernes y los sábados eran días de enormes ventas, y el resto de la semana apenas había actividad.

Eddie sacó su balanza y, cuidadosa, casi amorosamente, fue midiendo la heroína gramo a gramo para luego meterla en pequeñas bolsas que después cerraba con cinta adhesiva. En la calle había quienes vendían la droga a cuarenta y cinco o cincuenta libras. Sin embargo, aquel material era tan bueno que él trataría de sacar sesenta o setenta libras por bolsa.

Cerrando la última de sus bolsas, el hombre se dijo: «Bueno, amigos, ahí va el viejo Eddie, *el Rastafariano*, con mierda de la buena para alegraros la noche del sábado».

Veinte minutos más tarde, Eddie salió del metro de Earl's Court, listo para comenzar su patrulla nocturna por las calles de su circunscripción. Se sentía como el sacerdote de una fe nueva y decididamente secular. Lo primero que hizo fue guardar la mayor parte de las treinta bolsas que esperaba vender durante la noche en la alacena de la habitación que tenía alquilada en el sótano de una pensión de Earl's Court Square.

Luego comenzó la ronda por el vecindario, recorriendo las pensiones, cuyos huéspedes se encontraban sentados en las escalinatas de la calle para tomar el aire nocturno o fumar un cigarrillo. Subió hasta Exhibition Hall y regresó a Earl's Court Road, recalando en los restaurantes de comida rápida, las cafeterías, los pubs e incluso en la librería Waterstone, pues, a fin de cuentas, los intelectuales también le daban a la droga. Salió de Waterstone y, yendo hacia la boca del metro, vio ante sí una silueta que le resultó familiar. Vaya, se dijo, ahí está la puta rubia, la fulana norteamericana que se paga el hábito bajándose las bragas. Y su hábito era de los fuertes. Dos o tres bolsas diarias, casi 200 libras que iban a parar al bolsillo de Eddie. Hasta que, de pronto, la chica desapareció, y Eddie supuso que la habrían detenido por ejercer la prostitución.

Apretó el paso y se puso a su altura.

—Hola, encanto —murmuró—. ¿Dónde te habías metido?

Belinda Flynn lo miró, sobresaltada.

—Dejé la droga, Eddie —dijo—. Ya no consumo.

—Vaya, qué estupendo. Has hecho bien, muy bien. ¿Cuánto tiempo llevas limpia?

—Tres meses.

—Mira tú. —Eddie mostró los clientes en lo que pretendía ser una afectuosa sonrisa, pero se pareció más a una mueca de lascivia—. Tres meses. Pero ahora que has vuelto, te vas a sentir en el cielo.

—No, no he vuelto, Eddie.

Claro pensó el camello. Eso dicen todos. Hasta que pican de nuevo. La muchacha llevaba un abrigo color tabaco con bolsillos verticales. Eddie cogió una bolsa y, casi subrepticamente, la metió en uno de los bolsillos de la muchacha.

—Ahora tengo mierda de la buena, muchacha —susurró—. Un material fantástico. Esto es un regalito de tu amigo Eddie, por si te apetece un tentempié.

—Te acabo de decir que lo he dejado, Eddie —le espetó Belinda.

—Claro que sí, encanto. Pero si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme —dijo el camello antes de perderse entre el público que salía del metro.

Belinda lo miró alejarse. Cerró los dedos en torno a la pequeña bolsa que Eddie le había metido en el bolsillo. ¿Qué haces tú aquí?, le preguntó una vocecilla interior. ¿Por qué has vuelto a una zona de peligro? ¿Caerás otra vez por el simple hecho de que un camello te meta una bolsa en el bolsillo? Más vale que la tires antes de que sea demasiado tarde.

Al otro lado del canal de la Mancha, en la capital francesa, la heroína estaba dando lugar a preparativos totalmente distintos. A los veintiséis años, Céline Nemours era la anfitriona de una pequeña reunión nocturna que tenía lugar todos los viernes y cuyo propósito era unir en el exquisito disfrute de la heroína esnifada a varios amigos de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años.

Todos habían llegado a la droga por el mismo camino: hachís, luego éxtasis y al fin este tipo de viaje, más suave y también más *chic*. Céline era la encargada de conseguir el suministro semanal de droga. Ahora hacerlo era sencillísimo, *superfacile*. Lo único que hacía falta era llamar por el móvil al buscapersonas de su camello. En cuanto el busca respondía, ella marcaba el número que él le había asignado, el 32, y luego colgaba. Minutos más tarde, el camello la llamaba desde un teléfono público y acordaban el lugar en que se realizaría el trueque de dinero por heroína.

Qué distintas eran las cosas en 1992, cuando Céline había comenzado a consumir heroína. Por entonces, ella y su novio portugués tenían que ir a conseguir la droga en la rue Mercadet, en el *arrondissement* 18.º. Era una mala zona, llena de yonquis y prostitutas. Compraban la droga en un mísero edificio de apartamentos. Las antiguas habitaciones de los criados, situadas en las buhardillas, habían sido alquiladas por camellos senegaleses y guineanos. En cada habitación había un camello distinto, hasta un total de una docena. Era como ir a un bazar de África Central. Ahora, sin embargo, todo se hacía por medio de las maravillas de las modernas telecomunicaciones electrónicas.

La reunión dio comienzo como siempre a las diez. Bebieron, charlaron y rieron mientras comían un ligero tentempié. Cuando terminaron, las chicas retiraron los platos, Céline puso en su reproductor un nuevo CD de Laurent Garnier y abrieron la

primera de las bolsas de un gramo de heroína.

Todo era muy distinto a cuando ella había empezado con la droga. Por entonces, la gente aún se inyectaba. Todos se metían su chute y cada cual se retiraba a un rincón distinto a disfrutar a solas del sopor inducido por la droga.

Ahora el consumo era una ceremonia comunal que todos compartían y en la que todos se relacionaban unos con otros. Resultaba fantástico. Permanecían tumbados o sentados, escuchando música, charlando, riendo, acariciándose. Y no estaban hediondos por llevar un mes sin ducharse como les ocurría a muchos de los antiguos yonquis.

Y qué demonios, se tranquilizó Céline, recostándose y dejándose invadir por la cálida sensación de la droga, nadie se había hecho adicto por un *rail* a la semana. Ni por dos. Aunque, con un material tan bueno como aquél, no era difícil aficionarse a consumir todos los días. Bueno, a ella le faltaba mucho para llegar a tal extremo, ¿no? Relájate y disfruta, se dijo la muchacha.

En aquellas escapadas a la calle 125 y Park Avenue en busca de unas bolsas de heroína, solía suceder que ella fuese la única mujer blanca de la manzana. En cierto modo, le gustaban aquellas excursiones al Harlem hispano. Le producían una sensación de peligro, de estar haciendo algo prohibido, algo ilegal, algo que no se habría atrevido a hacer ninguno de los que habían crecido con ella en Larchmont ni ninguna de sus condiscípulas del colegio Sarah Lawrence. En cierto modo, todo formaba parte de la fiesta, del oscuro y misterioso abrazo nocturno de la heroína.

Normalmente, el que se ocupaba de comprar la droga era su marido, pero hoy él estaba en la isla, retirando los postigos antitornado de las ventanas de la pequeña casa de verano que acababan de comprar, preparándolo todo para sus primeras vacaciones al sol. Qué ironía tan deliciosa, pensó la joven. Ella y Jerry formaban la típica pareja de los noventa. Habían obtenido el éxito en Manhattan. Todas las mañanas, a las siete y media, salían a correr por el parque, rara vez comían carne roja, consideraban que las películas de Woody Allen eran el no va más de los novamases, conocían la situación de todos los restaurantes *sushi* en un radio de cinco manzanas de su apartamento en el Upper West Side, conducían una ranchera Volvo adecuadamente baqueteada. Él trabajaba en la sección de ventas de Goldman Sachs, y ella era compradora para Henri Bendel.

Sólo en una cosa se apartaban de la norma: la heroína se había convertido en su distracción de fin de semana, en su expansión secreta. La cosa había empezado seis meses atrás en el apartamento de unos amigos en Dakota, cuando esnifaron por primera vez «el nuevo material». Era una experiencia distinta y original, que les producía la excitante sensación de estar haciendo algo que escandalizaría y dejaría atónitos a sus amigos.

Comprar en aquella zona tenía su procedimiento. Había que caminar como si nada, con indiferencia, sin mirar demasiado a la gente, no fuera a ser que lo tomaran a uno por un policía de paisano tratando de efectuar un arresto. A unos metros de la calle 125, la muchacha divisó a un joven hispano sentado en la capota de un Buick Riviera con un enorme radiocasete a sus pies en el que sonaba música rap a volumen suficiente para romper cristales a tres metros.

Estableció contacto visual y, una vez que hubo recibido el guiño que esperaba, susurró la pregunta:

—¿Sabes dónde podría conseguir un porro?

Aquello no era más que para romper el hielo. A fin de cuentas, nunca habían arrestado a nadie por buscar un porro.

—Pues sí —replicó el muchacho—. Yo me ocupo. ¿Necesitas alguna otra cosa?

—Sí, bueno, si tuvieras algo más fuerte, sería fantástico.

—Tengo lo mejor de lo mejor. Recién llegado de Turquía. —Lo que el camello no dijo era que aquella heroína acababa de salir del culo de un yonqui inglés que trabajaba como «mula» para un nigeriano.

La joven compró diez bolsas de diez dólares y volvió al centro de la ciudad en taxi. Como casi toda la heroína que se vendía en el Harlem hispano, aquélla tenía una marca identificadora. Se llamaba Red Rum: *murder* (asesinato), escrito al revés.

Eran las doce de la noche en la Reeperbahn de Hamburgo. Las prostitutas llenaban la calle desde la comisaría de policía de Saint Pauli hasta la Herbertstrasse. Protegidas del intenso frío por monos de esquí verdes, azules, malvas y dorados, parecían las participantes en una carrera femenina de descenso esperando el inicio de la competición. Húngaras, checas, polacas, alemanas orientales, aquellas mujeres eran los restos del naufragio del socialismo y habían sido arrojadas a aquellas calles para practicar el capitalismo en la más antigua y básica de sus manifestaciones.

Ludwig von Benz caminaba por la calle en busca de Eva y Magda, las dos muchachas húngaras que trabajaban para él. Como la mayoría de las chicas que trabajaban la calle, Eva y Magda eran heroinómanas. Siempre el más solícito de los jefes, Ludwig se disponía a llevarles una pequeña golosina para ayudarlas a pasar la fría y ajetreada noche.

Encontró primero a Magda, recostada contra la vitrina del Burger King, fumando un cigarrillo, con el rostro demacrado y la mirada perdida. Ludwig se dijo que no parecía una prostituta feliz y realizada. La besó en las mejillas.

—¿Cómo te va, muñeca? —preguntó.

Magda se encogió de hombros con indiferencia.

—La mierda de siempre. Un par de ingleses con tanta cerveza dentro que tenían las pollas blandas como espaguetis cocidos.

Ludwig le quitó a la mujer el cigarrillo de la boca.

—Te traigo un regalito —dijo, ofreciéndole lo que en Hamburgo se conocía como «*skunk*», un cigarrillo mezcla de hachís, heroína y tabaco normal. Magda se lo quitó de entre los dedos, lo encendió y aspiró una profunda bocanada que retuvo en los pulmones todo el tiempo que pudo.

—Hmmm... Esto es fantástico —suspiró, exhalando el humo.

—Te ayudará a pasar la noche —sonrió Ludwig, y la volvió a besar en ambas mejillas.

Luego, siempre el buen pastor cuidando de su rebaño, salió en busca de Eva para entregarle una recompensa similar por una noche de duro trabajo.

Todo lo que podía torcerse en mi vida, ya se ha torcido —pensó Belinda Flynn—. Aquí estoy, en esta sórdida habitación de una ciudad y un país extranjeros, totalmente sola. Su hermano Mike, cuya llegada a Londres había sido como una súbita bocanada de aire fresco, había tenido que regresar apresuradamente a Washington. El empleo que le habían prometido, de diseñadora publicitaria para Laura Ashley, había fallado en el último momento, a las tres de aquella misma tarde, cuando se presentó para comenzar a trabajar. Le habían dado el puesto a otra chica. Sin explicaciones. Sin palabras de disculpa. Sin nada.

Aquel revés había hecho añicos todas sus esperanzas. Estaba arruinada, sin blanca. Tenía exactamente cuarenta y tres libras y sesenta peniques en su cuenta bancaria, con lo cual no había ni para comprar el pasaje de vuelta a casa. Se sentía tan mal, tan deprimida, que ni siquiera habría tenido ánimos para salir a vender su cuerpo en caso de que quisiera hacerlo, cosa que no ocurría.

Miró con desesperación la pequeña bolsa que Eddie, *el Rastafariano* le había echado en el bolsillo en Earl's Court. ¿Qué maligna fuerza subconsciente la había impulsado a pasear por aquella zona de peligro? ¿Por qué no había tirado la droga? ¿Sería el destino el que había puesto aquella bolsa en su camino?

Descolgó el teléfono para llamar a sus tres amigos más íntimos de Narcóticos Anónimos y pedirles ayuda. Por favor, por favor —suplicó interiormente—, que haya alguien en casa que me dé la fortaleza y la esperanza que necesito para mantenerme lejos de esa bolsita.

No encontró a nadie.

Belinda estalló en sollozos hasta que, de pronto, tuvo una súbita inspiración. Mike ya debía de encontrarse en su apartamento de Washington. Le pediría que le mandara el dinero del pasaje para regresar a casa. Inmensamente aliviada por aquella inspiración, marcó el número de su hermano, el 2025553451, y casi lanzó una exclamación de júbilo al escuchar el familiar sonido de la señal de llamada de un teléfono norteamericano, que fue seguida por un clic de respuesta.

—Hola. Soy Mike Flynn y en este momento no puedo atender su llamada, pero...

Belinda soltó el teléfono y estalló de nuevo en sollozos. Luego, como a impulsos de una irresistible e irrazonable fuerza, sus ojos volvieron a la bolsita de encima de la mesa. Mecánicamente, la joven fue hasta el armarito de las medicinas y cogió una jeringuilla hipodérmica. De un cajón de la minicocina sacó una cucharilla y le dobló el mango. Luego llenó el cuenco con el polvo de la bolsa. Sacó el encendedor y calentó la droga hasta convertirla en un claro líquido que a continuación procedió a introducir en la jeringuilla.

Fue hasta la cama y se sentó en ella. Con diestro movimiento, se clavó la aguja hipodérmica en el antebrazo, justo por debajo del bíceps, y empujó el émbolo. Lentamente, al torrente sanguíneo de Belinda fue llegando el producto de las amapolas cultivadas en los *jeribs* de Ahmed Khan en un país que Belinda Flynn habría sido incapaz de localizar en un mapa.

La muchacha se recostó. Una cálida sensación la embargó de la cabeza a los pies. Notaba como si por sus venas circulase lava ardiente. Sus pupilas se contrajeron. Ahora nada puede hacerme daño, pensó. Estaba volando, sintiéndose gloriosamente. Con inclemente furia, el mejor producto del cocinero de los hermanos Osman, heroína con un setenta y dos por ciento de pureza, comenzó a asaltar el organismo de la joven. Tras su rehabilitación en Narcóticos Anónimos, su organismo se encontraba limpio, tan poco preparado para recibir la heroína como el de cualquier persona que no la hubiera probado jamás.

El torrente sanguíneo transportó la heroína hasta el hígado, donde las enzimas volvieron a convertirla en morfina que a su vez fue enviada al cerebro. Allí, las terminales nerviosas comenzaron a verter en el torrente sanguíneo los ingredientes químicos que estaban produciéndole a la joven aquella intensa oleada de placer.

Al mismo tiempo, la droga estaba entorpeciendo las reacciones medulares que controlan el ritmo respiratorio. Su respiración se hizo cada vez más y más lenta. De resultas de ello, el dióxido de carbono no exhalado fue acumulándose en el centro respiratorio del cerebro, reforzando el proceso hasta hacerlo irreversible.

No hubo ni las convulsiones ni los frenéticos jadeos por sobredosis que con tanta inexactitud se describían en la película *Pulp Fiction*. La vida de Belinda se fue escapando lenta, indolora, casi pacíficamente. Al cabo de siete minutos, el centro respiratorio del cerebro dejó de funcionar. La larga batalla de Belinda Flynn había concluido. La heroína había salido victoriosa.

Bueno —se dijo Jim Duffy—, uno se da cuenta de que el Gobierno le está prestando atención cuando ve aparecer al vicepresidente de Estados Unidos en vaqueros y cazadora un sábado por la mañana. Ahora, sentado junto al consejero de Seguridad Nacional, en la sala de conferencias del Consejo de Seguridad Nacional,

en el sótano del ala oeste de la Casa Blanca, el segundo mandatario estadounidense esperaba escuchar el informe de Duffy.

Repartidos por todo Washington, otros altos funcionarios del Gobierno esperaban sentados ante los monitores de televisión del circuito cenado de conferencias. Con la excepción del vicepresidente de la Junta de Estado Mayor, que vestía su impecable uniforme azul marino, no había a la vista ni una sola corbata. En Langley, Duffy ocupaba el puesto de honor, frente a la cámara de televisión, en el despacho del director, entre el propio director y el director de operaciones, Jack Lohnes. Toda esta atención haría envanecer a cualquiera, se dijo Duffy.

Aquella mañana, la reunión la presidía el propio consejero de Seguridad Nacional.

—Caballeros —comenzó—, recordarán ustedes que hace tres semanas, Jim Duffy, miembro de la agencia, nos confirmó el informe de que los iraníes habían conseguido hacerse con tres proyectiles nucleares procedentes del desmantelado arsenal soviético en Kazakstán. El señor Duffy se encuentra aquí esta mañana para explicarnos cómo conseguirán los iraníes convertir esos proyectiles en armas útiles de gran potencia y qué se proponen hacer con ellas. Cuando quiera, señor Duffy.

Duffy carraspeó y se volvió hacia la cámara de televisión. En primer lugar hizo un breve resumen de las circunstancias que habían rodeado el asesinato de Tari Harmian.

—Sabemos que los iraníes cobran una tasa de tránsito por la morfina base que atraviesa Irán camino de los laboratorios de heroína simados en Turquía. El cometido de Harmian era invertir los beneficios hasta que este hombre... —Duffy accionó un botón de su panel de control, y en las pantallas del circuito cerrado apareció la foto del Profesor— necesitase el dinero. El que ven es el profesor Kair Bollahi, encargado de conseguir armas para el régimen de los *mullah* y, particularmente, los materiales de tecnología punta necesarios para fabricar armas de destrucción masiva. Creo razonable afirmar que Bollahi es el encargado del programa nuclear iraní.

Duffy volvió a accionar un mando del panel de control, y en los monitores apareció la transcripción de la conversación telefónica entre el Profesor y Harmian interceptada por el MI5 poco antes del asesinato de Harmian.

—A mi entender, ésta es la explicación del asesinato del señor Harmian. Más importante, creo que de este texto podemos deducir que el nombre clave del programa nuclear iraní es Jalid. Y, aún más importante, del texto se deduce que la intención de los *mullah* es utilizar esas armas, en cuanto estén listas, contra Israel.

—Como se les ocurra hacerlo —gruñó el vicepresidente de la Junta de Estado Mayor— se convertirán en extintos miembros del club nuclear. Extintos y punto.

—Caballeros, dejen que el señor Duffy termine su informe —pidió el consejero de Seguridad Nacional.

—Hace un par de semanas, TW Holdings, una corporación panameña que, gracias a las interceptaciones de la NSA, sabemos controlada por nuestro amigo el Profesor, cuya fotografía acaban de ver, compró el cincuenta por ciento de LASERTEKNIK, una empresa fabricante de aparatos láser establecida en Hamburgo.

—¿La adquisición se hizo con dinero de la droga? —preguntó el subsecretario de Estado.

Con un encogimiento de hombros, Duffy replicó:

—¿Quién sabe? Probablemente. El caso es que ayer, la EG&G de Salem, Massachusetts, recibió de la empresa LASERTEKNIK un pedido de doce krytrones, esos conmutadores eléctricos que, según fuimos informados y ustedes recordarán, los iraníes necesitan para hacer detonar con éxito los núcleos de plutonio de sus proyectiles nucleares.

—¡Buen trabajo! —exclamó el director del FBI, que no era nada dado a elogiar a la CIA—. Esos cabrones nunca conseguirán ponerles las manos encima a los doce krytrones.

El subsecretario de Estado intervino:

—Recuerdo que en nuestra última reunión se nos dijo que los iraníes necesitarían doscientos artefactos de éstos para reconfigurar sus proyectiles de artillería, no una docena.

—En efecto —reconoció Duffy—. Sin embargo, recientemente he hablado con los expertos de EG&G, y ellos dicen que, si los iraníes consiguen hacerse con una docena o algo así de esos aparatos, podrán copiarlos, pues poseen la tecnología necesaria para ello y para fabricar en un período de tiempo muy breve los doscientos que necesitan.

Aquella mala noticia hizo que los reunidos permanecieran unos momentos en silencio.

—Menos mal que descubrió usted que los iraníes iban detrás de esos malditos chismes —declaró el almirante de la Junta de Estado Mayor.

—Se me ocurre una pregunta —dijo el subsecretario de Defensa—. ¿Por qué no entregamos a los responsables de la inteligencia alemana la foto de ese individuo al que usted llama el Profesor y les pedimos que lo detengan? Con eso, digo yo que acabaríamos de un solo golpe con el problema.

—Porque lo más probable es que no nos hicieran caso —contestó el director de la CIA—. En estas cosas, los alemanes se muestran muy poco colaboradores. Me temo que se limitarían a susurrar al oído del tipo «los norteamericanos te andan buscando», y luego lo meterían en el primer avión que saliese de Alemania con destino a Oriente Próximo.

—Se me ocurre una idea mucho mejor —sonrió el consejero de Seguridad Nacional—. ¿Qué tal si entregamos al Mossad una foto del tipo y una copia de su

currículum? Podríamos añadir que, buscándolo bien, quizá lo encontrasen en algún lugar de Hamburgo. Ellos se ocuparían de él como lo hicieron con el canadiense que le estaba construyendo un cañón de largo alcance a Saddam Hussein.

—O a aquel líder de Hamas en Jordania —apostilló con una sonrisa el representante del Departamento de Estado.

En respuesta a la sugerencia del consejero de Seguridad Nacional, el director de la CIA dijo:

—Eso, Doug, nos convertiría prácticamente en cómplices de un asesinato. Esta agencia, al menos, actúa a ese respecto según las restricciones impuestas por el Congreso.

Cristo —se dijo Duffy—, ya está bien de rodeos. Inclínándose sobre su micrófono, anunció:

—Caballeros, creo que no se dan ustedes cuenta de la oportunidad que esta situación nos brinda.

El consejero de Seguridad Nacional sabía que Duffy tenía fama de ser el proverbial toro en la proverbial cacharrería, siempre dispuesto a embestir de frente contra las vacas sagradas de sus superiores.

—¿De qué se trata, señor Duffy? —preguntó gélidamente.

Duffy hizo lo posible por evitar que en sus ojos apareciera un malicioso brillo burlón, pues sabía lo mucho que escandalizaría a algunos de sus oyentes la idea que estaba a punto de exponer.

—Creo que lo mejor que podríamos hacer es permitir que la venta de esos doce krytrones a esa empresa alemana siga adelante con toda normalidad.

—¡Este tipo se ha vuelto totalmente loco! —exclamó el hombre del FBI, en cuya voz ya no se percibía ahora ni la menor admiración por la CIA.

Haciendo caso omiso del comentario, Duffy siguió:

—De lo que tenemos la absoluta certeza, caballeros, es de que los iraníes poseen esos tres proyectiles nucleares que consiguieron en Kazakstán. Lo que ignoramos es dónde los ocultan y qué piensan hacer con ellos, si es que tienen pensado hacer algo. Y, hasta que tengamos las respuestas a esas dos preguntas, lo cierto es que nos resulta totalmente imposible neutralizar la amenaza que esas armas representan para nosotros.

—¿Y cree que el problema se resolverá permitiéndoles que consigan los krytrones que necesitan para activar sus núcleos de plutonio? —preguntó el consejero de Seguridad Nacional, con un tono de voz que rozaba lo despectivo.

—Pues sí —replicó Duffy, de manera poco diplomática—. Estoy convencido de ello.

Duffy había sacado del bolsillo el krytrón que Paul Aspen le había entregado cuando fue a visitarlo a Salem y mostró el artefacto a la cámara de televisión.

—Algunos de ustedes quizá reconozcan esto, pues ya lo vimos en nuestra anterior reunión con la experta del Departamento de Energía. Es uno de esos krytrones que tanto buscan los iraníes, supuestamente para hacer detonar con ellos sus núcleos de plutonio.

Hizo girar entre el pulgar y el índice el pequeño bulbo de cristal, que apenas tenía el tamaño de la uña de un meñique.

—Si los quieren con tal fin, y están tan desesperados por hacerse con ellos que son capaces de comprar una empresa alemana sólo para conseguirlo, entonces pueden ustedes apostar lo que quieran a que de un modo u otro los iraníes se las ingeniarán para obtener krytrones. Ahora bien, aquéllos de ustedes que oyeron las explicaciones que nos dieron los expertos, recordarán que los krytrones pasan a convertirse en parte integral de la bomba. Van simados en el propio centro de la carga explosiva. Así que, sin lugar a la más mínima duda, los krytrones terminarán junto a los núcleos de plutonio. Creo que eso es totalmente indiscutible.

El consejero de Seguridad Nacional acogió aquellas palabras de Duffy con un gruñido de aprobación.

—Lo que propongo es que pinchemos esos krytrones antes de que EG&G se los venda a los iraníes a través de esa empresa alemana. Si colocamos un diminuto transmisor-receptor en cada uno de ellos, los podremos rastrear mediante nuestro satélite SIGINT. Cuando el transmisor nos diga «hola, aquí estoy», podremos localizar por triangulación la procedencia del mensaje. Luego, con nuestros nuevos satélites fotográficos GPS fotografiaremos el punto de la Tierra en que se originó la señal y comenzaremos a filmar cuanto suceda en ese punto.

—¿Qué calidad tendrían las imágenes que obtuviéramos?

—La suficiente para fijar la señal en el centro de un círculo de tres metros de diámetro. En otras palabras, podemos seguir hasta la puerta del arsenal nuclear iraní a un camión, a un coche o a un hombre que camine por la calle llevando los krytrones en una maleta. Luego, sabiendo ya con exactitud el lugar en el que guardan esos malditos chismes decidiremos qué se hace a continuación.

—¿Y está usted seguro de que podemos meter un transmisor de radio tan versátil como el que usted dice en este diminuto bulbo de cristal? —preguntó el representante del Departamento de Estado.

—Por experiencias anteriores, creo que sí, aunque no estoy seguro. Sin embargo, conozco a personas que son expertas en este tipo de cosas. Lo que quisiera es plantear a los técnicos nuestro problema, a ver qué dicen ellos.

El vicepresidente tomó la palabra por primera vez en lo que iba de reunión.

—Creo que el señor Duffy ha tenido una excelente idea —dijo—. Sugiero que hable con esas personas que propone a primera hora de la mañana del lunes y nos comunique cuanto antes qué le han respondido.

LIBRO OCTAVO

La cueva de los mártires

¿Dónde demonios está Flynn? —se preguntó Jim Duffy, furioso—. Nunca se ha retrasado ni treinta segundos, y ahora lleva ya media hora de demora para la reunión más importante que hemos tenido. Miró su reloj. Las ocho y media. Para llegar a tiempo a Tyson's Corner, dentro de diez minutos como máximo tenía que estar en su coche con el asesor que le había asignado el directorio de ciencia y tecnología de la agencia.

Estaba leyendo por tercera vez la primera página del *Washington Post* cuando vio aparecer a Flynn por el angosto corredor que separaba las monacales celdas que hacían las veces de despachos en el Centro Antinarcóticos de la agencia. El hombre llevaba la corbata torcida y el cabello revuelto. Ambas eran cosas impropias de Flynn. Cuando éste entró en el cubículo, Duffy vio que tenía los ojos enrojecidos. Ni que hubiera estado llorando, pensó.

—¿Qué demonios pasa, Mike?

—Mi hermana Belinda.

—¿Qué le ocurre?

—Ha muerto. De sobredosis, en Londres. Unos compañeros de Narcóticos Anónimos la encontraron anoche en su apartamento.

—¡Mierda! —A Duffy le pareció ver de nuevo a la frágil y vulnerable muchacha en el centro de la zona iluminada por velas, relatando sus horribles experiencias de heroinómana—. ¿Qué le sucedió?

—Sabe Dios. Ahora hay en las calles droga tan pura que puede provocar la muerte si se inyecta en un organismo que esté limpio como, supuestamente, lo estaba el de mi hermana.

—Dios bendito, Mike, cómo lo siento. —Duffy dio un fuerte abrazo a su joven compañero—. La verdad es que ya no sé a quién odio más, si al Profesor y su banda de fanáticos, o a la gente que comercia con la mierda que mató a tu hermana.

—Son la misma chusma —gruñó Flynn.

—Sí, tienes razón. Mira, lo mejor es que te marches a Londres a hacerte cargo del cuerpo de Belinda. Yo me quedaré aquí ocupándome de todo.

Media hora más tarde, Duffy y el experto en comunicaciones del directorio de ciencia y tecnología de la agencia se encontraban en la sala de conferencias de uno de los grandes edificios de oficinas con muros de cristal construidos junto al centro comercial de Tyson's Corner. Frente a ellos había tres jóvenes y una joven, los principales responsables de una empresa llamada Eagle Eye Technologies. Niños prodigio típicos de los noventa, vástagos todos ellos de Bill Gates. Su coeficiente intelectual medio debía de ser de 185, y seguro que todos ellos se habían doctorado en alguna arcana disciplina científica. «Apuesto a que la mitad de ellos acude al trabajo en patines para evitar las emisiones contaminantes —se dijo Duffy—. Probablemente, también llevan el almuerzo en una mochila, tofu o *sushi*, con té de

hierbas como acompañamiento».

—Bueno, señor Duffy —dijo Mitch Storrs, el jefe del equipo—. ¿Qué puede hacer por usted Eagle Eye Technologies?

Cuando Duffy hubo terminado de exponerles su proyecto, sacó el krytrón que Paul Aspen le había entregado.

—Este minúsculo objeto es un krytrón. Necesito que me ayuden ustedes a meter en su interior un transmisor que permita localizarlo.

Storrs le quitó el objeto de entre los dedos.

—Sí, ya sé lo que es un krytrón. Me doctoré en el MIT en física nuclear. —Vaya por Dios, se dijo Duffy, lo que sospechaba: tengo ante mí a una colección de niños prodigio.

Storrs estudió el krytrón para recordar su estructura y luego lo pasó a sus colegas para que lo inspeccionaran.

—Voy a darle una idea aproximada de lo que hacemos aquí —dijo a Duffy, al tiempo que cogía una hebilla metálica—. Históricamente, hemos desarrollado casi todo nuestro trabajo en el terreno de la seguridad nacional. Ahora, sin embargo, estamos buscando aplicaciones comerciales a nuestra tecnología. Llamamos a nuestros transmisores-receptores Eagle Eye Tags. Podemos meter uno, por ejemplo, en una hebilla de un cinturón como ésta. O incluso podríamos llegar a implantarlo bajo la piel. Supongamos que, por algún motivo, teme usted ser víctima de un secuestro. Va usted a todas partes con nuestro Tag en el cinturón hasta que un buen día desaparece. Nosotros enviamos un mensaje al Eagle Eye Tag de su cinturón. Le preguntamos: «Oye, ¿por dónde andas?». La respuesta la recogemos a través de uno de los cuarenta y ocho satélites Global Star. Su principal cometido es la comunicación por voz, pero se nos ocurrió un pequeño truco que permite usarlos para rastrear personas. Le enseñaré cómo funciona.

Storrs conectó el ordenador incorporado a la mesa de conferencias.

—Tenemos un cliente en Baton Rouge, Louisiana, que, en estos mismos momentos, lleva una de nuestras hebillas. —Tecléo brevemente en el ordenador—. Acabo de enviar un mensaje a su hebilla desde nuestra estación de tierra aquí en Washington. La respuesta llegará a nuestra estación a través del mismo satélite por el que hicimos la pregunta. Tenemos en cuenta toda una serie de factores, el tiempo que el mensaje tarda en ir y volver y factores como el efecto Doppler, ya que, naturalmente, ese satélite se está moviendo. De ese modo nos es posible calcular el punto exacto de la Tierra desde el cual la hebilla nos envió su respuesta. Esto es lo que recibimos.

En la pantalla del ordenador apareció una serie de números.

—Ésa es la latitud y la longitud desde la que la hebilla envió su señal. —De nuevo tecléo en el ordenador, en cuya pantalla apareció a continuación un mapa de

los pantanos de Louisiana, sobre el que se cruzaban un par de líneas rojas—. Ahí se encuentra nuestro cliente, en el lugar en que las líneas rojas se cruzan. Podemos saber la situación del portador de la hebilla con un error de menos de un metro.

—¿Notó algo su cliente cuando ustedes enviaron el mensaje a la hebilla de su cinturón?

—Nada en absoluto. Ahora, consideremos el problema que usted nos plantea. —Storrs tomó de nuevo el krytrón de Duffy y lo estudió—. Dentro de esta pequeña ampolla de cristal hay un gas ligeramente radiactivo, níquel sesenta y tres. Ésa es la buena noticia. Significa que emite constantemente una leve radiactividad, de modo que a sus amigos iraníes les resultará sumamente difícil captar nuestra señal de radio cuando ésta se produzca.

—Muy bien —sonrió Duffy—. Ahora déme la mala noticia.

—En el bulbo de un krytrón hay espacio suficiente para un transmisor, pero no para un transmisor y un receptor.

—¿Qué tamaño tiene el transmisor que piensan usar?

—Es diminuto. Una simple brizna de metal. Podemos meter todo, batería incluida, en el interior de ese pequeño bulbo de cristal. Utilizamos arseniuro de galio que, para todos los efectos, actúa como un chip de ordenador de silicona de altas prestaciones. Éste es su aspecto.

Storrs cogió un minúsculo cuadrado dorado.

—Aquí está todo. La fuente de alimentación y el chip transmisor.

—¡Demonios! —exclamó Duffy, que no tenía ni idea de a qué extremo habían llegado las técnicas de miniaturización—. ¿Tan pequeño? ¡Pero si eso no es nada!

Storrs resplandecía como el orgulloso padre de un niño que hubiera quedado campeón en unos juegos escolares.

—Transmite en una frecuencia prefijada. Nosotros captamos la transmisión y luego, mediante la técnica que le acabo de demostrar, localizamos el punto exacto de la Tierra en que la señal se originó.

—¿Qué fuente de alimentación utiliza?

—Litio.

—¿Se puede programar para que transmita una vez al día?

—Podemos programarlo para que haga lo que usted desee. ¿Quiere localizar los krytrones una vez al día? ¿O una vez cada hora?

Duffy reflexionó unos momentos.

—Conseguir una lectura cada hora sería fantástico. Debemos calcular que, desde el momento en que EG&G entregue esas cosas a los alemanes que sirven de tapadera a los iraníes y hasta que los iraníes las lleven a su destino final, puede pasar un mes.

Storrs realizó unos rápidos cálculos en el ordenador.

—Muy bien, digamos que el krytrón emite un *bip* una vez cada hora. Una batería

duraría algo más de cinco días. Dice usted que los iraníes se van a hacer con doce de esos chismes. Los pincharemos todos y programaremos los transmisores de modo que se releven. El krytrón número uno emite del día uno al día cinco, el krytrón número dos, del día seis al día diez, y así sucesivamente. Así conseguiremos una cobertura de veinticuatro *bips* durante sesenta días.

Duffy repasó en silencio todo lo que había averiguado hasta el momento. Aquellas técnicas eran mucho más sofisticadas de lo que él había imaginado.

—¿Qué tipo de frecuencia utilizarían?

—Preferimos operar en la banda «L». Es una frecuencia de microondas. Diría que lo adecuado sería en torno a uno coma cinco gigahertzios.

—Mire, señor Storrs, yo no soy ingeniero electrónico, pero tengo entendido que el éter está saturado en la actualidad de basura electrónica procedente de radios, televisores, teléfonos móviles, radares, y sabe Dios qué otras cosas. ¿Cómo puede estar seguro de que su señal atravesará toda esa basura y llegará al satélite en la frecuencia preseleccionada?

Storrs miró a sus visitantes con el aire de superioridad que los maestros de la alta tecnología reservan para los no iniciados y dijo:

—Señor Duffy, es imposible que un transmisor emita con un ciento por ciento de precisión en la frecuencia preseleccionada. En primer lugar, siempre existen ecos, lo que los ingenieros electrónicos llaman lóbulos laterales, que acompañan la transmisión principal. Aunque la hayamos programado para uno coma cinco, la transmisión principal puede salir a uno coma quinientos uno o uno coma cinco mil dieciséis; pero también tendrá esos lóbulos laterales de transmisión a, digamos, entre uno coma uno y uno coma nueve gigahertzios. Sin embargo, no interferirán en nada porque carecen de potencia. Para captarlos y para responder a ellos hace falta estar a menos de medio metro de la fuente emisora. ¿Entendido?

Duffy asintió.

—Ahora bien. Nuestro satélite estará programado para buscar ese *bip* concreto en un espectro de entre uno coma cuatrocientos noventa y cinco y uno coma quinientos cinco, y lo encontrará, debido a la potencia con que lo ha emitido el pequeño transmisor del krytrón pinchado.

Duffy se volvió hacia el asesor del directorio de ciencia y tecnología de la agencia que le habían asignado y le preguntó:

—¿Está usted de acuerdo con todo lo que se ha dicho hasta el momento?

—Totalmente. Por supuesto, para nuestro plan tendremos acceso a los satélites de seguridad nacional tipo *Sigint*, como el *Vortex* o el *Mentor*, capaces de triangular la procedencia de la señal con precisión aún mayor que los *Global Star* que actualmente se están usando. Nuestros pájaros pueden localizar el transmisor aquí, en el centro de esta mesa.

—¿Y les es posible fotografiarlo?

—Supongamos que esta mesa está en el jardín, y que sobre ella se encuentra el transmisor y un ejemplar del *Washington Post*. Los nuevos satélites de la serie KH Jumpseat tomarán una foto en la que no será posible leer el texto del *Washington Post*, pero sí, con toda certeza, el logotipo de la primera página.

—Muy bien, pensemos en los posibles problemas. ¿Y si los expertos de la inteligencia iraní captan los *bips* y los interfieren?

—Existe una técnica que nos permite extender las emisiones sobre un amplio espectro de frecuencias, de modo que, si los iraníes tratan de interferir frecuencias individuales, no conseguirán nada a no ser que conozcan los adecuados códigos de extensión.

—Espléndido. Ahora dígame: ¿sería posible captar los *bips* si el transmisor emitiese, digamos, desde un avión?

—Sí, con toda facilidad.

—¿Desde un camión, un coche, un tren?

—Ningún problema.

—¿Desde un edificio de oficinas?

—Eso dependería de la altura y del lugar en que estuvieran situados los transmisores. Si se encuentran a menos de cinco o seis pisos de la azotea, los recibiremos.

—¿En una cueva subterránea?

—Negativo. Pero en el momento en que salgan de esa cueva en un coche o un camión, los volveremos a captar.

—¿Cuánto tiempo tardarán ustedes en pinchar esos doce krytrones?

El joven científico sonrió.

—No mucho. Creo que lo mejor sería hacerlo en Massachusetts, con la gente de la línea de producción de EG&G. Quizá dos días.

—Señor Storrs. —El tono era solemne, como el de un sacerdote a punto de unir en santo matrimonio a una pareja; pero como siempre ocurría con Duffy, se notaba la ironía detrás de la solemnidad—. Creo que su patria va a necesitarlo. Por favor, permanezca un par de días disponible, por si se produce una llamada urgente.

Pese al escepticismo que uno pueda sentir hacia la política —se dijo Jim Duffy—, una reunión con el presidente de Estados Unidos en el despacho oval nunca deja de impresionar. Él, desde luego, había participado con anterioridad en tales reuniones, durante los años ochenta, cuando era el niño mimado de Casey y había acudido allí para poner al corriente a Reagan sobre el curso de la guerra de Afganistán.

Decían que Reagan sesteaba durante las reuniones largas; pero Duffy jamás advirtió el menor indicio de ello. Cuando se hablaba de matar comunistas, el Gran

Comunicador siempre se había mostrado alerta al ciento por ciento. Viéndose de nuevo en aquella célebre estancia, admirando el retrato al óleo de George Washington firmado por Stuart y la vista del jardín de la Casa Blanca, un familiar escalofrío de excitación recorrió el cuerpo de Duffy. A fin de cuentas, aquella mañana en Maine había hecho bien al aceptar volver al trabajo.

De pronto se abrió la puerta y apareció un infante de marina que anunció:

—¡El presidente de Estados Unidos!

Y a continuación apareció el primer mandatario, seguido por el consejero de Seguridad Nacional. Físicamente era mucho más corpulento de lo que parecía en televisión.

El presidente recorrió la sala estrechando las manos de los consejeros convocados para la reunión: los secretarios de Estado y Defensa, el director de la CIA, el vicepresidente de la Junta de Estado Mayor, el doctor Stein, experto en armas del Departamento de Energía. Cuando llegó ante Duffy, el presidente se detuvo y cerró ambas manos en torno a la que Duffy le tendía al tiempo que dirigía al agente de la CIA una mirada penetrante como un rayo láser.

Duffy sabía por experiencia que los políticos tienen la gran habilidad de hacer que la persona con la que hablan sienta que, por un breve instante, es el ser más importante del universo. La capacidad del actual presidente para conseguirlo era legendaria pero, aun así, a Duffy le sorprendió la intensidad con que el primer mandatario centró en él su atención.

Los ojos azules se estrecharon y la peculiar voz, algo rasposa, dijo:

—Ha hecho usted un gran trabajo, señor Duffy. Es una suerte tenerlo de nuevo con nosotros. Cuando todo esto pase, me ocuparé de que el Gobierno se retracte públicamente y le compense por las lamentables circunstancias en que se vio usted obligado a abandonar la agencia.

El estupefacto Duffy apenas fue capaz de murmurar:

—Gracias, señor.

Cuando el presidente terminó de saludar a todos los reunidos se acomodó tras su escritorio y pidió:

—Tomen asiento, por favor, caballeros. George —dijo, señalando al consejero de Seguridad Nacional— me ha informado del problema que suponen esos tres proyectiles nucleares de artillería que se encuentran en poder de los iraníes. También me puso al corriente de lo que el señor Duffy ha averiguado respecto a la empresa alemana que sirve de fachada a los iraníes para justificar la compra de krytrones, y me comentó el plan de pinchar esos krytrones con transmisores ocultos. Por tanto, creo que lo primero que debemos hacer es escuchar el informe del señor Duffy acerca de la factibilidad técnica de esa idea.

No hay nada que impresione tanto como informar al presidente de Estados

Unidos. Duffy, que había visto cómo un subsecretario de Estado llegaba a perder la voz y se quedaba ronco informando a Ronald Reagan sobre Afganistán, llevaba sus palabras bien preparadas. Estaba aclarándose la voz para comenzar cuando el presidente habló de nuevo, dirigiéndose ahora directamente a él:

—Quiero decirle algo, señor Duffy. En esta oficina no nos obsesiona el protocolo ni la graduación. Quiero información, la mejor que pueda obtener y, francamente, me da exactamente lo mismo quién me la dé.

—Sí, señor —sonrió Duffy. Sorprendentemente, comenzaba a agradarle aquel hombre. Fue exponiendo sus puntos uno a uno, sin dejar de mirar al presidente y a sus asesores. Una vez que hubo terminado, se arrellanó en el asiento. La mirada del presidente recorrió el despacho, tratando de calibrar las reacciones que provocaban las palabras de Duffy.

—Francamente, caballeros —dijo—, aunque soy lego en la materia, ese plan me parece muy atinado. ¿Alguna objeción a lo que acaba de decir el señor Duffy?

Señaló con el índice a modo de pistola a cada uno de los asesores que se encontraban en el salón. Nadie puso ningún reparo importante.

—Nunca se puede perder de vista la Ley de Murphy —advirtió el consejero de Seguridad Nacional—. Ya saben: todo lo que pueda salir mal saldrá mal. Pero... —Se encogió de hombros y concluyó—: Pero creo que merece la pena intentarlo.

—Muy bien —dijo el presidente—. Ahora, antes de entrar en los detalles del plan, quisiera considerar otras opciones. Empecemos con la más obvia. Nuestro Departamento de Comercio le dice simplemente a esa firma alemana: «Ni hablar, nada de krytrones, amigos».

—Eso retrasará a los iraníes en su intento de convertir sus núcleos de plutonio en armas nucleares —dijo el secretario de Defensa—; pero dudo que los detenga. Los pakistaníes no necesitaron recurrir a nosotros para hacerse con un abundante suministro de krytrones.

Un murmullo de asentimiento acogió tales palabras. El presidente continuó:

—Muy bien. Supongamos que los iraníes encuentran el modo de configurar de nuevo esos proyectiles nucleares de artillería. ¿Qué creemos que piensan hacer con ellos?

—Señor presidente —dijo Duffy—, dado que he leído personalmente las transcripciones en que se basan nuestros informes, creo ser el más indicado para responder a la pregunta. A mi entender existen dos consideraciones fundamentales. La primera es lo que dijo el que, sin duda, es responsable del programa nuclear iraní: «Las armas deben usarse contra los enemigos del islam». Como usted sabe, señor presidente, para esos extremistas los dos mayores enemigos del islam son Israel y Estados Unidos. Creo que la elección del nombre clave «Jalid» para su operación deja claro a cuál de esos enemigos han escogido como blanco. —Mentalmente,

mientras explicaba el significado de la palabra «Jalid», agradeció a Nancy Harmian la información que al respecto le había facilitado—. El objetivo de esos tipos es Israel, señor presidente, no Long Island.

—De acuerdo —asintió el presidente—, pero permítanme hacer de abogado del diablo, pues ése es mi cometido en situaciones como ésta. ¿Cuáles son las auténticas intenciones de los iraníes? ¿Quieren esas bombas para intimidarnos? ¿Para asestar un golpe ofensivo? ¿Como arma disuasoria? ¿Cabe la posibilidad de que realmente sólo deseen esos artefactos para defenderse? ¿Pueden quererlos para ocultarlos en algún lugar secreto y decir: «Escuchen, tenemos estas armas para defender nuestra Revolución Islámica de un ataque exterior. No es nuestro propósito agredir con ellas a nadie»?

La secretaria de Estado respondió:

—Señor presidente, en respuesta a lo que acaba usted de exponer, resulta sin duda posible que el objetivo de esa gente sea utilizar esas armas conjuntamente con uno de los misiles de largo alcance que tanto ansían conseguir. Así podrían anunciar al mundo islámico: «Ahora ya tenemos un arma islámica capaz de alcanzar cualquier punto de Israel». Aunque no sea su intención utilizarla, ¿imagina usted el prestigio, la ascendencia y el poder que les conferiría revelar algo así en la próxima Conferencia Islámica?

El consejero de Seguridad Nacional quiso saber:

—¿Podemos permitirnos que semejante cosa ocurra, señora secretaria? ¿Y cree usted que, si ocurre, los israelíes se quedarán tan tranquilos?

La secretaria se encogió de hombros.

—Los israelíes llevan cinco años viviendo a la sombra de los misiles bacteriológicos de Hafez el Assad, armados con gérmenes del ántrax que, probablemente, podrían matar a muchos más judíos que esos proyectiles nucleares. Sin embargo, no han hecho nada contra ellos. Probablemente, creen que la amenaza de las armas nucleares israelíes basta para mantener a raya a Assad. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con los iraníes?

—Assad puede ser un malnacido, señor presidente —intervino el director de la CIA—, pero también es inteligente. La disuasión es eficaz para un hombre así. Algunos de los *mullah* que gobiernan Irán, no todos ellos, pero sí parte de sus altos mandos, llevan su fanatismo hasta la ceguera. Simplemente, no son capaces de pensar racionalmente. Con ellos, la disuasión no sirve para nada.

—De acuerdo. Supongamos que los quieren utilizar con fines ofensivos. ¿Cómo los llevarían hasta los blancos?

El que contestó fue el vicepresidente de la Junta de Estado Mayor:

—Señor presidente, en estos momentos sólo disponen de proyectiles SCUD de corto alcance, propulsados por combustible líquido. Basura. Su alcance es de

seiscientos kilómetros, lo cual apenas les permite alcanzar Tel Aviv y, desde luego, excluye toda posible agresión contra nosotros. Además, si consiguen convertir los proyectiles en cabezas nucleares, éstas serían demasiado voluminosas para caber en un SCUD.

—¿Qué me dicen del misil Shahab 3 que, según la agencia, los iraníes están a punto de fabricar? Esa posibilidad nos preocupó lo suficiente para enviar a Frank Wisner a Moscú a fin de evitar que los rusos siguieran vendiéndoles las piezas necesarias para fabricarlo. ¿Qué les impediría utilizar esos misiles?

—Todos nuestros informes secretos coinciden en que aún no han conseguido emplearlo y su precisión es mínima.

El consejero de Seguridad Nacional intervino para decir:

—Escucha, Jack: lo que quiere esa gente es lanzar una bomba de treinta kilotones sobre Israel, no metérsela al alcalde de Tel Aviv por la ventana de su dormitorio. Les basta con que la bomba haga explosión en cualquier parte de la ciudad.

—¿Qué me dicen de la posibilidad de utilizar una bomba para un atentado terrorista introduciéndola secretamente en Tel Aviv?

De nuevo respondió el vicepresidente de la Junta de Estado Mayor. En tono convencido, dijo:

—Creo que podemos desechar por completo tal hipótesis, señor presidente. La experiencia nos enseña que, siempre que una nación ha conseguido hacerse con un arsenal nuclear, ha mantenido tales armas bajo el control más estricto de sus organizaciones gubernamentales. No van a entregárselas a unos locos suicidas que incluso pueden detonarlas accidentalmente antes de sacarlas de Teherán.

—¿Hasta qué punto están los israelíes al corriente de la actual situación?

—Saben lo de los tres proyectiles nucleares —dijo el director de la CIA—, pero no les hemos informado de nuestras interceptaciones de la NSA ni de los resultados de la investigación del señor Duffy, aunque es posible que ellos lo hayan averiguado por su cuenta. La situación iraní tiene a los israelíes al borde de la paranoia. En opinión de la agencia, de momento sería un error pasarles a los judíos unos informes que sólo conseguirían aumentar su preocupación, sin ayudarlos a encontrar un remedio para el problema.

—Bueno, por lo que he escuchado en esta reunión, la preocupación de los israelíes está sobradamente justificada —opinó el presidente—. Señor Duffy, después de oír todo lo que se ha dicho, ¿ha cambiado en algo de opinión?

—No, señor. Vivimos en un mundo en el que la información es el arma más poderosa y la ignorancia el pecado más imperdonable. Hasta que conozcamos con exactitud el paradero de esos tres proyectiles nucleares, discutir sobre lo que los iraníes harán o dejarán de hacer con ellos es una pérdida de tiempo.

—Bien dicho —comentó el presidente.

—Naturalmente —siguió Duffy—, nuestros auténticos problemas empezarán en cuanto averigüemos el paradero de esas anuas. Como dice la Biblia, del conocimiento nace el dolor.

—Eclesiastés —dijo el presidente, al que siempre le gustaba alardear de sus conocimientos bíblicos—. En lo que dice tiene usted toda la razón, señor Duffy.

El director de la CIA declaró:

—Señor presidente, si deseamos que nuestro plan tenga éxito, debemos mantener todo esto en el más estricto de los secretos. Por ejemplo, no creo que haya motivo alguno para que los de EG&G, excepción hecha de los más altos ejecutivos de la firma y de los científicos que colaboren con nosotros, sepan lo que ocurre.

—¿Hay alguna posibilidad de que los de EG&G nos creen problemas?

—No creo, señor presidente —replicó el doctor Stein, el experto en armas—. En todo el país no hay empresa más dispuesta a colaborar en los asuntos de seguridad nacional que EG&G.

—¿Y cuál es la situación en lo referente a tiempo, señor Duffy?

—Según tengo entendido, señor, veinte días es el lapso normal que se necesita para obtener del Departamento de Comercio una licencia de exportación y enviar los materiales a Alemania. Me parece razonable suponer que los iraníes los llevarán a su destino en Irán lo más rápidamente posible. En mi opinión, disponemos de tres semanas.

—Tres semanas —suspiró el presidente—. Y luego, probablemente, tendremos que enfrentarnos a una de las decisiones más graves que se hayan tomado en este despacho. —Se estremeció ligeramente, recorriendo la estancia con la mirada. Muchos de sus enemigos lo acusaban de indeciso, de tender a darles vueltas y más vueltas a las distintas soluciones posibles. Pero no ocurrió así ahora.

»Señores, pongan en acción el plan del señor Duffy —ordenó. Luego, volviéndose al vicepresidente de la Junta de Estado Mayor, añadió—: Almirante, quiero que en el Pentágono comiencen a elaborar planes para el caso de que ocurra lo peor. Y entiendo por «lo peor» que tuviéramos que intervenir para quitarles a los iraníes esos proyectiles una vez sepamos dónde demonios se encuentran. Quiero estudiar las diversas opciones posibles en ese caso.

—¿Utilizando recursos convencionales, señor presidente?

—Convencionales o especiales. Que los responsables del Comando de Operaciones Especiales estudien todas las posibilidades. A fin de cuentas, ése es su cometido, ¿no? —Mirando al director de la CIA, el presidente siguió—: Incluso quiero que usted estudie una operación secreta dirigida por la agencia, aunque bien sabe Dios que en el pasado iniciativas así no tuvieron demasiado éxito. Pero quiero que se estudien los distintos modos de ir a la caza de esos malditos proyectiles. Y quiero una misión con posibilidades de éxito, no como la última vez que actuamos en

Irán.

Media hora después del final de la reunión, el encargado de prensa de la presidencia bajó a la sala de prensa para informar a los periodistas acreditados ante la Casa Blanca.

—¿Qué pasa, se está cocinando alguna crisis? —preguntó el corresponsal de la ABC—. ¿Para qué se han reunido esta mañana todos los peces gordos?

—Pues sí, desde luego que hay una crisis —rió el secretario—. Se reunieron para estudiar el presupuesto de Inteligencia para el próximo año fiscal antes de presentarlo al Congreso. Y ya saben ustedes que eso siempre da lugar a discusiones.

La cueva, excavada en una ladera de la cordillera Antilíbano a veintitrés kilómetros al sureste de Baalbeck, en el valle Bekaa del Líbano, era un santuario tan sagrado para el limitado número de sus fieles como la gruta de Lourdes para los católicos. Se trataba de un monumento a la memoria de los mártires de la Hezbollah que habían sacrificado voluntariamente sus vidas en la lucha contra Israel.

Junto a la entrada de la cueva había un pendón negro, representación simbólica de la bandera negra de batalla del Profeta. Del techo colgaba una pancarta con las palabras del ayatolá Jomeini: «El mártir es la esencia de la historia». En el interior de la propia cueva, iluminada por velas y una serie de bombillas eléctricas colgantes, estaban las fotos de todos los mártires de la Hezbollah que habían volado voluntariamente en pedazos con las bombas que transportaban, comenzando con los dos chiítas libaneses que condujeron los camiones cargados de explosivos hasta los cuarteles de los infantes de marina norteamericanos y de los paracaidistas franceses en Beirut en el otoño de 1983. Bajo la foto de cada mártir estaba escrito su nombre, la fecha y el lugar de su misión fatal y, en ciertos casos, algunas palabras dichas por el propio mártir antes de partir hacia su último viaje.

Típicas de estas manifestaciones eran las frases inscritas bajo la foto de un joven que había volado con su vehículo frente a un puesto fronterizo israelí del Líbano meridional en 1987: «Me llena de alborozo saber que voy a morir en esta misión. Es algo de lo que sentirse orgulloso. De este modo demostraremos al enemigo israelí que los fieles podemos golpearlos cuándo y dónde queramos».

Los primeros veinte mártires honrados en los muros de la cueva eran en su totalidad musulmanes chiítas, libaneses en su mayoría. La vocación de mártires de los musulmanes chiítas era producto de catorce siglos de contemplación de la injusticia histórica cometida contra la casa de Alí, primo y yerno del Profeta cuando, a la muerte de éste, la demanda de Ah de recibir el manto del líder fue rechazada por los seguidores del Profeta, que eligieron para ello a su suegro y principal discípulo, Abu

Bakr. A la muerte de éste, el título de *Khalifat rasul Allah* pasó a Umar, destacado miembro de un clan aristocrático de la ciudad santa de La Meca. De su estirpe salieron los califas omeyas que llegaron a representar a la mayoría sunnita de la fe islámica.

Tal fijación histórica había dejado en la comunidad chiíta una fuerte sensación de injusticia y opresión. Para sus miembros más extremistas, eso condujo a la creencia de que la autoridad y los líderes, fueran reyes, shahs o parlamentos elegidos democráticamente, eran ilegítimos, ya que sólo Dios podía conferir legitimidad a la autoridad humana.

Tal creencia abonó la noción de que un pequeño grupo de hombres justos que se rebelen contra la abrumadora fuerza del mal puede triunfar allí donde una mayoría menos motivada fracasa. Los seguidores más extremistas del ayatolá Jomeini y sus compañeros del Partido de Dios, la Hezbollah, no eran más que la última manifestación de esa tradición. Lo que un mundo atemorizado y perplejo consideraba actos de terrorismo eran, para ellos y otros radicales islámicos, supremos actos de devoción. Mártires como los hombres cuyas fotos colgaban de las paredes de la cueva eran los portaestandartes de un culto sacramental, de una pequeña fraternidad dedicada al principio de que el guerrero —el terrorista para los occidentales— no debía sobrevivir a su acto de violencia, sino perecer él mismo en el redentor acto final de su sacrificio.

A los chiítas de los muros de la cueva se había añadido recientemente un número cada vez mayor de mártires sunnitas. Se trataba de los jóvenes que habían encontrado la muerte en los autobuses de Tel Aviv o en los mercados de frutas y verduras de Jerusalén, con potentes explosivos amarrados en torno a la cintura que los destruyeron a ellos y a cuantos estaban próximos en el momento de la detonación.

La organización que representaban, Hamas, no estaba subordinada a la Hezbollah, ni dirigida por ella, ni tampoco por los *mullah* iraníes. Pero desde el momento en que el proceso de paz comenzó a poner en tela de juicio la validez de la meta común, la destrucción del Estado de Israel, ambas organizaciones se mostraron crecientemente dispuestas a colaborar la una con la otra.

La cooperación y no el control era la tónica que regía sus relaciones. Esto era reflejo de un principio que, mundialmente, patrocinaba las relaciones entre los distintos grupos de radicales islámicos desde las Filipinas hasta la costa de Argelia, desde los templos de Luxor hasta los guetos de las ciudades norteamericanas.

Preocupados y perplejos por el auge del islam militante en la era de la posguerra fría, Occidente tendía a creer que tras los actos de violencia islámica que se producían en todo el mundo existía un mando central y unificado. No era así. No existía un Comité Central del Islamismo Radical similar al Comité Central que en tiempos había guiado al Komintern. Los miembros del Grupo Islámico Armado argelino que

se dedicaban a degollar a sus vecinos no debían fidelidad a los Hermanos Musulmanes, ni a los *mullah* de Irán, ni a los radicales islámicos de Túnez. Los asesinos de la Jamaa Islamiyya egipcia que habían marchado sobre la explanada del Templo de la Reina en Luxor no respondían a más autoridad que a su propio fanatismo religioso. Los extremistas islámicos de Indonesia, Malasia o Pakistán podían aplaudir los atentados por bomba humana de Hamas y la Hezbollah, pero eso no significaba que tuvieran vínculos oficiales y directos con tales organizaciones.

La complejidad de la amenaza que representaban aquellos fanáticos quedaba ilustrada aquella ventosa mañana de marzo en la Cueva de los Mártires. Tres jóvenes vestidos de blanco estaban visitando el santuario, conducidos por el jeque encargado del mantenimiento del lugar. Los tres eran chiítas libaneses. En el cercano campamento de Jauta, de la Hezbollah, reservado para los voluntarios más prometedores, suplicaron convertirse en bombas humanas, en mártires. Los tres fueron cuidadosamente seleccionados y estudiados por los jeques e instructores que dirigían el campamento para cerciorarse de la fortaleza de su fe y de su capacidad para mantener la serenidad bajo las mayores presiones.

Los tres tenían otras cosas en común: dominaban el francés hablado, una herencia de sus abuelos y padres, que habían vivido bajo el mandato francés en el Líbano, y apenas tenían aspecto árabe. En resumidas cuentas, los tres eran candidatos ideales para llevar las bombas del Profesor hasta el corazón de Tel Aviv en el climax de la Operación Jalid.

Ninguno de los tres sabía cuál iba a ser su misión. Lo único que sabían era que los habían apartado de sus compañeros de campamento, y vestido con ropas blancas. Eran blancas porque, en la víspera del día de su misión, los jóvenes que fueran finalmente seleccionados para llevarla a cabo se «casarían», y la novia sería la muerte.

Ahora su guía señaló las fotos de los mártires que los habían precedido.

—La autoinmolación en beneficio de una causa justa es la acción más noble que puede realizar un hombre. —El jeque lanzó una desdeñosa risa y continuó—: Occidente dice que estos valerosos jóvenes murieron porque eran pobres y estúpidos y estaban desesperados. O porque los *mullah* que los convencieron para que se convirtieran en mártires les prometieron el paraíso. ¿Es alguno de vosotros pobre o estúpido, o está desesperado?

Los tres hombres negaron vehementemente con la cabeza.

El jeque los condujo hasta un punto del alfombrado suelo del templo.

—Nuestro líder, el encargado de la misión para la cual uno de vosotros será elegido, está aquí.

Los tres contuvieron el aliento al ver al hombre que acababa de entrar en el santuario, en el que todos reconocieron instantáneamente a Imad Mugniyah, una

leyenda viva para los jóvenes como ellos.

El hombre que había dirigido la destrucción del cuartel de los infantes de marina en Beirut los abrazó cálidamente uno por uno y luego se sentó junto a ellos con las piernas cruzadas.

—¡Qué gran honor! —exclamó uno de los jóvenes.

—No, el que se siente honrado por encontrarse en compañía de jóvenes tan valerosos soy yo —replicó Mugniyah—. Cada uno de vosotros ha sido escogido como digno de llevar a cabo una misión de tal importancia que conmoverá hasta los cimientos al enemigo israelí. El que resulte elegido para esa gran tarea se ganará con su acción un lugar de honor en estos muros. Durante generaciones por venir, se venerará su recuerdo, se citará su nombre como *mara al taqlich*, un hombre digno de ser imitado. —Naturalmente, todo esto era una mera táctica psicológica para hacer que los tres compitieran por el honor de ser elegido para el martirio.

—¿Puedes decirnos cuál será la misión? —preguntó uno de los candidatos.

—Sí. Consistirá en conducir un coche cuidadosamente preparado hasta el centro de Tel Aviv, el corazón mismo del enemigo, para, una vez allí, detonar la carga como tantos otros valerosos mártires hicieron antes que vosotros. —Como era lógico, los tres jóvenes supusieron que Mugniyah se refería a un vehículo cargado de explosivos convencionales, el arma preferida por la Hezbollah para sus acciones contra los israelíes.

Mugniyah no tenía la menor intención de sacarlos de su error. Desde que, en la reunión del Comité de Operaciones Secretas, se le había pedido que trazara un plan para hacer llegar hasta Tel Aviv una de las bombas nucleares del Profesor, había estado trabajando sin parar. La clave de su plan era el sigilo. Absolutamente nadie que no fuera miembro del comité debía saber qué clase de bomba estaba preparando el Profesor.

El primer paso de su plan era trasladar la bomba, ya preparada, desde su escondite en Irán hasta el valle Bekaa del Líbano. Ésa era la parte más fácil. Los iraníes enviaban suministros para la Hezbollah por carretera, a través de Siria, o por vía aérea, usando el aeropuerto de Damasco. Los sirios no ejercían en ninguno de ambos casos el menor control sobre sus movimientos. Eso era consecuencia de un acuerdo tácito entre Hafez el Assad, de Siria, y los *mullah* de Teherán. En momentos de crisis, la amenaza de retirar tal privilegio permitía a Assad ejercer cierto control sobre las actividades de la Hezbollah. El líder sirio no sabía nada de la Operación Jalid hasta que la bomba del Profesor hubiera hecho explosión en Tel Aviv. En Teherán, ninguno de los que participaban en el proyecto tenía a Assad por un hombre al que se le pudiera confiar una información de tan enorme importancia.

El segundo paso no era mucho más difícil. Una vez en Janta, se colocaría la bomba en el coche de un jordano, miembro del movimiento que viajaba

frecuentemente desde su casa de Irbid, en el norte de Jordania, al valle Bekaa. La policía de fronteras siria y jordana que vigilaba el cruce de Al Mufrag lo conocía tan bien que rara vez inspeccionaba su automóvil, limitándose por lo habitual a echarle un simple vistazo.

El tercer paso era el más difícil y peligroso. El jordano entregaría la bomba a una célula de partidarios radicales de Hamas que operaba en la ciudad palestina de Nablus. Ellos serían los encargados de hacer que la bomba cruzase el río Jordán y llegara hasta un escondite seguro en las proximidades de Nablus. Fuerzas de seguridad de la autoridad palestina y de los israelíes patrullaban la orilla occidental del río, y el ejército jordano la oriental. Los tres servicios controlaban el tráfico que cruzaba el puente Allenby. Pasar a través de sus controles y eludir los aparatos infrarrojos de visión nocturna era difícil. No obstante, los de Hamas habían desarrollado una serie de técnicas que les permitían pasar armas, explosivos y hombres.

Llegado ese momento, uno de los tres jóvenes de la Cueva de los Mártires ya habría sido seleccionado para el cuarto paso, que consistía en llevar la bomba nuclear del Profesor hasta el centro de Tel Aviv. Curiosamente, este cuarto paso resultaría bastante más fácil que el tercero. Mugniyah extendió sobre la alfombra un gran mapa de Israel, los Territorios Ocupados y las zonas palestinas. El hombre se había aplicado a la preparación de la fase final de la Operación Jalid con la misma meticulosidad y la misma atención hacia los detalles que había caracterizado sus atentados con bombas contra la embajada estadounidense en Beirut y contra el cuartel de los infantes de marina, y que lo había convertido en uno de los activistas más temidos por los estadounidenses.

Mugniyah sabía algo que el público ignoraba. El cinturón de seguridad que separaba Israel de los Territorios Ocupados y de las zonas palestinas no era tan impenetrable como se suponía. Señalando con un dedo el mar Muerto, el hombre dijo:

—Infinidad de turistas acuden aquí todos los días para ver el mar e incluso nadar en sus aguas. Algunos de ellos se cubren el cuerpo con su barro. Creen que con eso lograrán rejuvenecer. —Mugniyah se echó a reír ante lo absurdo de tal idea. Luego miró fijamente a los tres jóvenes que permanecían pendientes de sus palabras—. Muchos de ellos van en coche desde Tel Aviv hasta el mar Muerto. ¿Cómo? En vehículos alquilados, naturalmente. Esos automóviles tienen matrículas israelíes, y llevan el nombre de la compañía propietaria, Hertz o Avis, en las ventanillas traseras. Lo cual es una visión sumamente tranquilizadora para los policías israelíes que los ven pasar.

Señalando de nuevo el mapa, Mugniyah siguió:

—Existen dos rutas para llegar al mar Muerto. Pueden atravesar Jericó y seguir

luego hasta el mar. De este modo tienen que cruzar un puesto de control de la autoridad palestina. O, si no desean visitar Jericó, pueden pasar de largo el puesto de control y dirigirse directamente hasta el mar. ¿Alguna pregunta?

Los tres candidatos al martirio negaron con la cabeza.

Mugniyah echó mano al bolsillo de su abrigo y sacó de él dos pasaportes franceses que dejó sobre la alfombra. Los documentos habían sido magníficamente falsificados por los expertos del servicio de seguridad iraní. Mugniyah cogió el primero, que estaba en blanco.

—Este pasaporte se le entregará al elegido para conducir el coche hasta Tel Aviv.

—¿Y el otro?

Mugniyah sonrió, y mostró el segundo documento a los jóvenes. Los tres lo inspeccionaron con pasmo. En aquel pasaporte falso figuraban ya los datos y la foto del titular. La foto correspondía a una joven.

—¿Quién es? —preguntó uno de los atónitos jóvenes.

—Una de nuestras hermanas. Se llama Latifa. El día señalado para la misión, el conductor escogido irá acompañado por esta valerosa muchacha palestina. Una joven pareja de franceses en un coche alquilado llamará mucho menos la atención de la policía israelí que un hombre solo. Además, Latifa conoce bien la carretera desde el mar Muerto a Tel Aviv.

—Pero ella no estará en el coche cuando la bomba haga explosión, ¿verdad?

—No. El islam no desea que nuestras hermanas cumplan el papel de mártires. Latifa abandonará el coche una vez que Jerusalén haya quedado atrás y os encontréis camino de Tel Aviv.

—¿Qué coche?

—Antes de la misión, el conductor elegido para la tarea será alojado en las proximidades de Nablus por uno de nuestros comandos. A primera hora de la mañana del día señalado se colocará la bomba en el maletero del coche del comando, y Latifa y el conductor elegido se dirigirán al mar Muerto. No existen puestos de control entre el mar Muerto y el escondite de Nablus.

—¿Qué tamaño tendrá la bomba?

Mugniyah recordó las palabras del Profesor en la última reunión del Comité de Operaciones Secretas.

—Cabrá con facilidad en el maletero de un coche. Luego iréis hasta un lugar aislado de la costa del mar Muerto que el comando conoce bien. Esperaréis allí a que llegue un coche de alquiler con turistas. El comando se ocupará de detener a los turistas, de modo que vosotros podáis quedaros con el coche.

Por supuesto, «detener» significaba asesinar.

—Vosotros no participaréis en esa parte de la operación. El comando colocará la bomba en el maletero del coche de los turistas y el conductor elegido y Latifa saldrán

inmediatamente hacia Tel Aviv.

—¿Hay puestos de control israelíes a lo largo de ese recorrido? —preguntó uno de los tres.

—No —sonrió Mugnyiah—. Sorprendente, ¿verdad? En Ras al Amoud, cerca de Jerusalén, existe un control; pero normalmente, a no ser que exista una alerta de seguridad, la policía israelí no registra los coches que pasan. De todas maneras, es posible eludir totalmente ese control tomando el camino hacia Jerusalén que pasa por el Monte de los Olivos. Latifa conoce bien esa carretera. Ella os guiará.

—¿Y entre Jerusalén y Tel Aviv?

—Nada. Absolutamente nada.

Los tres candidatos al martirio se miraron, atónitos.

—¿Y cuándo deberá detonar la bomba el conductor? —inquirió uno de ellos.

—Cuando quiera, una vez que se encuentre en el centro de Tel Aviv. Ante un semáforo en rojo, por ejemplo.

—¿Y cómo lo hará?

Mugnyiah sacó de un bolsillo algo similar a un encendedor de cigarrillos.

—El detonador será parecido a esto. Lo único que tendrá que hacer el elegido será apretar este botón y habrá realizado su heroica proeza. Se habrá ganado la gloria eterna, y un lugar de honor en nuestra memoria, como mártir entre los mártires.

Dejó cuidadosamente el mechero-detonador sobre la alfombra para que los jóvenes lo inspeccionaran. Era increíble, se dijo Mugnyiah. Si el Profesor y sus científicos hacían bien su trabajo, borrar Tel Aviv de la superficie del globo con una detonación nuclear iba a resultar más fácil que destruir el cuartel de los marines en Beirut.

La reunión en el comedor de la mansión de Hassan Osman, desde donde se dominaban las grises y frías aguas del mar de Mármara, era una mezcla de consejo de guerra familiar y vista judicial. Como correspondía al patriarca del clan que controlaba una de las organizaciones de narcotráfico más importantes de Turquía, Selim Osman ocupaba la cabecera de la mesa, con un Cohiba apagado entre los dientes. Selim era un hombre que sabía controlar sus apetitos y cuando, un buen día, se encontró jadeando tras su visita de sobremesa a una de las «Natashas» que se alojaban en el Gran Hotel Barcelona, decidió que no fumaría más de un cigarro diario. Masticar Cohibas no le quitaba el aliento como sus Natashas.

A su derecha se encontraba Hassan, el responsable del laboratorio familiar en que se procesaba la heroína, situado en las colinas próximas a la mansión. Refat, el ejecutor de la familia, se hallaba a la izquierda de Selim, y en cierto modo actuaba como magistrado investigador. En el extremo de la mesa estaba Abdullah, el encargado de distribuir la droga en Europa desde su cuartel general en Amsterdam,

flanqueado por Behcet, *Babe*, el responsable del mercado inglés y de llevar a Budapest el dinero de la familia para transferirlo luego a sus cuentas secretas.

El motivo de la reunión era la aprehensión en Dover de un alijo de cien kilos de la heroína de los Osman. Naturalmente, el coste real de aquel revés para la familia era mucho menos de los diez millones de libras que la prensa citaba como «valor en la calle» del alijo. No obstante, seguía siendo una enorme pérdida, la primera de gran magnitud que habían sufrido los Osman en diez años de narcotráfico. No obstante, más importante que la pérdida financiera era el golpe al honor, el prestigio y la reputación familiares. Los aduaneros ingleses quizá no tuvieran idea de a quién pertenecía la heroína confiscada, pero en el mundo del narcotráfico de Estambul la cosa era un secreto a voces. Nadie había creído la historia del avisado inspector de aduanas que, siguiendo una corazonada, había hecho registrar el coche. Las capturas de alijos de cien kilos no se producían así.

Lo que ahora estaba en juego era la reputación familiar. Si se quedaban con los brazos cruzados, sin hacer nada, correría la voz de que los Osman se habían ablandado y su imperio podía comenzar a desmoronarse.

Dirigiéndose a su hermano menor, Refat preguntó:

—Dime, Abdullah: ¿conocías personalmente a ese chulo holandés?

—No.

—¿Nunca lo habías visto?

—No.

—¿Sabía él tu nombre?

—No. Sólo me conoce como «Halas». Ése es el apodo que siempre uso en mi móvil clonado.

—Entonces, ¿cómo se puso en contacto contigo? ¿Cómo te propuso como «mulas» a esos artistas porno?

—La cosa se hizo por medio de Nissim Cakici, un subdistribuidor cuyos servicios utilizo con frecuencia. El holandés le compra droga para sus chicas. Nissim le dijo que tratara de encontrar a alguien deseoso de ganarse un dinero rápido.

—¿Cakici es turco?

—Claro.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Desde que llegué a Holanda.

—¿Alguna vez trató de engañarte?

—Jamás.

Refat digirió esa información y luego preguntó:

—¿Cómo entregaste la droga a ese chulo?

—La metí en una maleta vieja y la llevé hasta un área de descanso de la A diez en el que esperaba Cakici. Metí la droga en su coche y estacioné en el otro extremo del

apartadero. Media hora más tarde apareció Henrik, el chulo holandés, y vi cómo Cakici le entregaba las drogas y los pasajes para el ferry. Cuando se fue, le di a Cakici el billete del ferry para que pudiera vigilar a los artistas como durante el trayecto.

Refat se arrellanó en su asiento y reflexionó sobre lo que acababa de oír.

—Entonces fue el chulo el que dio el soplo. Probablemente a los británicos. Pagan mejor que los holandeses.

Sus cuatro hermanos asintieron en silencio.

—Ese cabrón tiene que morir.

—Sí —dijo Babe—. Matemos al hijo de puta.

Selim se quitó de la boca el Cohiba.

—Las otras familias no esperan menos de nosotros. Pero hemos de mantenernos aparentemente al margen de esa muerte. Y no debemos molestar a la policía holandesa. Como se suele decir, dejemos que los perros dormidos sigan durmiendo.

—Si a quienes informó fue a los ingleses, ¿qué les importa el tipo a los holandeses? —preguntó Refat—. Abdullah, vuelve y haz que Cakici le diga al holandés que nos hemos tragado la historia sobre el inspector de aduanas. Añade que se ganará un buen dinero si nos encuentra otra «mula».

—¿Y...?

—El resto corre de mi cuenta.

—Por donde el río Shannon fluye... —Tarareando la canción, Jimmy Shea cruzó el estacionamiento de la zona libre del aeropuerto Shannon internacional de Irlanda. El hombre llevaba el cuello del abrigo subido para defenderse del aguacero de abril procedente del Atlántico. Sin duda— se dijo, —los irlandeses somos unos románticos incurables si podemos componerle canciones a un maloliente riachuelo como el Shannon.

Abrió la puerta de las oficinas europeas de venta de EG&G en el andén T53 de la zona libre del aeropuerto. Se despojó de la empapada gabardina, se sirvió una taza de café y se sentó a mirar los fax llegados durante la noche. Al leer el segundo, dijo a su socio, Greg Hickey:

—Mira esto, Greg. El Departamento de Comercio norteamericano nos ha concedido la licencia de exportación para venderle a Herr Steiner, de Hamburgo, los krytrones que nos pidió.

—¿Para ese láser suyo que volverá guapa a la gente fea? ¿Ése en el que pone un cristal de sodio en una cavidad de cristal para almacenar en ella el máximo posible de electrones?

—Exacto. En Salem dicen que todo parece en orden y que podemos satisfacer el pedido. Nos enviarán el material en setenta y dos horas.

—La verdad es que estoy sorprendido, Jimmy —gruñó Hickey—. Pero en fin, los

norteamericanos sabrán lo que hacen. Nosotros estamos aquí para vender, ¿no? Es un buen pedido y nosotros lo tramitamos ateniéndonos a las normas. Sin embargo, no te olvides de incluir en nuestro expediente una copia del certificado de uso final de Steiner.

—Sí, no te preocupes. Le enviaré a Herr Steiner un fax anunciándole que el viernes le enviaremos su pedido por Federal Express.

Shea sabía que los krytrones de Steiner viajarían hasta Hamburgo sin problemas. Cuando llegasen a Shannon en avión de carga, los aduaneros irlandeses, conscientes de que sus colegas norteamericanos no permitirían salir de Estados Unidos equipos de alta tecnología no autorizados, entregarían los krytrones a Shea en cuanto EG&G abonase los derechos arancelarios correspondientes. Después de ese pequeño papeleo, los artefactos estarían ya en el interior de la CE y podrían seguir hasta Alemania sin más trámites aduaneros en ningún otro punto de su recorrido.

—Sí, claro, hazlo —rió Hickey—. Y, ya que estás en ello, ¿por qué no aprovechas para preguntarle a Herr Steiner si con su nuevo láser puede hacer algo por tu fea cara?

Era el último juguete de alta tecnología del Profesor, un teléfono Inmarsat^[12] tipo M, de los que usaban los corresponsales de prensa para comunicarse con sus redacciones. El aparato permitía a su usuario hacer rebotar directamente la señal en uno de los cuatro satélites comerciales de comunicaciones, eludiendo así las inciertas redes de comunicaciones de los países tercermundistas o el escrutinio de censores demasiado celosos.

En el caso del Profesor, su teléfono estaba equipado tanto para comunicaciones por voz como para enviar textos cifrados mediante el sistema codificador suizo. Debía limitarse a mensajes cortos, a fin de que los sistemas de vigilancia por satélite de Estados Unidos no pudieran localizar el punto desde el que emitía. El Profesor sabía que existían teléfonos más sofisticados, utilizados por la CIA, que podían disparar transmisiones en ráfagas tan rápidas que ningún detector tenía tiempo para localizar el punto del que partía la emisión. Sin embargo, él no había logrado aún hacerse con uno de ellos.

Tecleó en la máquina codificadora que había comprado en Suiza un mensaje en el que anunciaba al Comité de Operaciones Secretas la buena noticia de que el pedido de krytrones norteamericanos había sido aprobado, y de que el viernes los mandaría a Irán. Luego transfirió el mensaje a su Inmarsat. Hecho esto, se dirigió a la ventana de la casa que su socio le había alquilado.

El Inmarsat era parecido a un ordenador portátil. Levantó la tapa y desplegó la antena del aparato. La apuntó hacia el suroeste, más o menos en la dirección del

satélite atlántico al que deseaba transmitir su mensaje. En el aparato comenzó a sonar una serie de débiles *clics* que aumentaron en potencia según el Profesor lo hacía girar. Cuando los sonidos alcanzaron la intensidad máxima, el Profesor supo que había conseguido la orientación idónea. Entonces pulsó un botón y el mensaje partió hacia Teherán.

Dos horas más tarde, Jim Duffy entró en el despacho del subdirector de operaciones de la CIA agitando el puño en alto como un golfista que acabase de dar un golpe maestro.

—¡Picaron! —anunció, triunfal, a su amigo Jack Lohnes.

—¿Cómo lo sabes, genio? —preguntó Lohnes.

—Por esto —dijo Duffy, tendiéndole una intercepción de la NSA—. Menwith Hill acaba de descifrarlo. Es otro de esos mensajes BRAINWAVE que los iraníes envían por medio del sistema codificador supuestamente ultraseguro que compraron a los suizos.

Los aparatos norteamericanos que necesitamos llegarán a la factoría el viernes por la mañana. Yo los recogeré personalmente y viajaré con ellos hasta Irán.

—¿Quién lo envía? ¿Tu amigo el Profesor?

—Eso creo.

—¿Desde dónde fue transmitido?

—No sabemos. El tiempo de transmisión fue demasiado breve. Se captó tanto en Menwith Hill como en Bad Aibling, Alemania, así que es de suponer que su procedencia está entre esos dos puntos.

—Probablemente, procede de las proximidades de la fábrica de LASERTEKNIK, ya que el Profesor dice que él mismo los recogerá. ¿Pensará volver a Teherán con los krytrones en un vuelo comercial?

—¿Por qué no? El paquete no será demasiado engorroso.

—Jim... ¿estás totalmente seguro de que recibiremos las señales de los transmisores ocultos en los krytrones? Ya sabes lo que nos jugamos. Si esto sale mal, un comité del Congreso anunciará al mundo que, gracias a la CIA, los iraníes pudieron armar sus artefactos nucleares. Esta agencia ya tiene suficientes problemas, y no sobreviviría a un escándalo así.

—Jack, en Salem nos pasamos todo un día comprobando los transmisores, y nuestros satélites Sigint captaron con toda claridad hasta el último *bip* que emitieron esos chismes.

—Bien, recemos por que tu idea tenga éxito. Si los krytrones llegan a Alemania el viernes por la mañana, supongo que deberíamos programar el primer *bip* para las doce del mediodía del viernes, hora de Greenwich.

—En efecto.

—Debemos colocar en situación nuestros mejores satélites desde ahora mismo para seguir esas señales y tomar las fotos aéreas. El Departamento Central de Imágenes tiene que redistribuir los satélites. El presidente autorizará el programa en cuanto éste sea determinado. Pero el auténtico trabajo lo hará la Oficina Nacional de Reconocimiento en la Ruta Veintiocho de Chantilly. Ellos son los que deberán captar las señales del satélite Sigint y tomar las fotos cenitales de modo que podamos seguir a esos malditos chismes hasta donde vayan. Tú y yo tenemos una cita en Chantilly este mediodía con Keith Small, el tipo que dirige la oficina, para cerciorarnos de que todo está como deseas. Pero recuerda: si las cosas se tuercen, serás tú quien pagará los platos rotos. Si sucede lo peor, terminarás recordando como un ángel de bondad al anterior tipo que te despidió de la agencia.

Dirk Van Vleck, agente de control de narcóticos de la comisaría de Warmoesstraat, en el distrito de mala nota de Amsterdam, contempló el laberinto de callejas que formaba su territorio y que era la zona más invadida por las drogas de la ciudad europea más invadida por las drogas. En aquel atardecer de primavera, el distrito estaba ya atestado de viandantes.

Mezclados entre el gentío, como bien sabía Dirk, había una buena porción de los cuatro o cinco mil camellos que regularmente recorrían aquellas callejas ofreciendo todo tipo de drogas a los turistas. Cocaína, en polvo o en crack, heroína, hachís holandés, tabletas de éxtasis, anfetaminas. Se les pidiera la droga que se les pidiera, los camellos la tenían. Controlarlos era, para Dirk y los cuatro agentes de su grupo antidrogas, una tarea imposible, particularmente en un país cuyas autoridades sentían una indiferencia casi total hacia las actividades de los narcotraficantes.

En 1996, los hombres de Dirk habían realizado casi 3000 arrestos y obtenido dos mil quinientas condenas. ¿El resultado? Una broma pesada, por lo que a Dirk respectaba. Los tolerantes jueces de Amsterdam solían condenar a los arrestados a tres o cuatro meses de cárcel. Los presos pasaban mes y medio en cárceles parecidas a clubes de campo: buena comida, televisores en color en todas las celdas, y cuantos libros deseasen, suponiendo, como le gustaba bromear a Dirk, que alguno de aquellos cabrones supiera leer. Después de esas breves vacaciones, los camellos volvían a la calle, a ganar cerca de diez mil florines diarios. Las detenciones de Dirk tenían casi tanta fuerza disuasoria como un caniche enfrentado a un león hambriento.

Pese a ello, a Dirk le encantaba su trabajo. Los camellos eran adversarios tenaces y astutos. Probablemente, el ochenta por ciento de ellos eran surinameses, el quince

por ciento norteafricanos y el resto adictos holandeses. Copiaban todos los trucos que inventaban los norteamericanos, trabajando en equipos de cuatro o cinco miembros, con un jefe, un tesorero, un «almacenista» encargado de guardar el material y un mensajero que se ocupaba de llevar la droga —muchas veces en la boca— a los clientes.

Vendían la heroína en «bolas» de entre 0,5 y 1 gramos. La droga era tan abundante que en dos años el precio por gramo había bajado de 200 florines a 40.

Todos en la zona conocían al altísimo —más de dos metros— Dirk, al que llamaban «John Wayne» por sus peculiares andares, y a sus cuatro colaboradores. Los vigías de los camellos podían detectarlos a cincuenta metros de distancia. En consecuencia, para efectuar sus arrestos, los agentes se habían convertido en una especie de compañía de actores ambulantes. En la oficina del grupo, bajo las viejas vigas del edificio de la comisaría, había suficientes disfraces para vestir a todos los figurantes de un musical de Broadway. Los agentes recorrían las calles disfrazados de barrenderos, limpiaventanas, travestís, sacerdotes... El disfraz favorito de Dirk era un traje de Santa Claus que había comprado unas Navidades. Lo complementaba con una campana y una bandeja de colecta del Ejército de Salvación, y luego se iba a recorrer la zona. Con ello había conseguido, además de los donativos, una colección de fotos discretamente tomadas de los camellos que trabajaban las calles.

Los surinameses obtenían la heroína, por lo general de kilo en kilo, de subdistribuidores turcos como los que trabajaban para Abdullah Osman. Operaban desde apartamentos alquilados en una peligrosa zona residencial llamada Bylmermeer. Lo malo era que para arrestar a un turco era necesario conseguir que un camello surinamés lo delatase, y ¿quién iba a hacer algo así cuando la elección era entre unas rodillas rotas o seis semanas en una cómoda penitenciaría?

Aun así, de cuando en cuando surgía la oportunidad de atrapar a alguien más importante que un simple camello. Aquella tarde de primavera Dirk estaba pensando en una de esas oportunidades. Hacía un mes, un chulo que tenía a un par de chicas trabajando para él en las vitrinas del canal, había acudido a preguntarle cuánto sacaría por delatar a un par de artistas como que se proponían introducir un alijo de heroína en Inglaterra.

Dirk planteó la cuestión a un amigo que trabajaba en el servicio de aduanas británico. Normalmente, los ingleses, franceses y norteamericanos evitaban trabajar con los holandeses en acciones antidroga que fueran a realizarse en Holanda. Esto se debía a que la ley holandesa confería al abogado defensor el derecho a preguntar durante el juicio por la identidad de un informante. Como casi todos los arrestos por droga implicaban a un soplón, pocos policías estaban dispuestos a quemar sus valiosas fuentes de información a cambio de conseguir un simple arresto.

Sin embargo, en aquella ocasión el arresto tendría lugar en el Reino Unido, y las

aduanas británicas podrían atribuirlo a un avisado agente de aduanas. El anonimato del chulo amigo de Dirk estaba garantizado. Ahora el policía iba a entregarle su recompensa, 50 000 florines holandeses.

Habían quedado en encontrarse en una estación de autobuses situada en el bonito y respetable suburbio de Hilversum, lejos de las sórdidas callejas en que el chulo trabajaba. A la media hora de abandonar Dirk la comisaría, el chulo se encontraba ya en el interior del automóvil del policía, y éste le tendió el fajo de florines.

—Bueno, ¿cómo va el negocio? —preguntó Dirk.

—Bien. El tipo me preguntó si podía encontrarle otra «mula».

—Excelente. Eso significa que no sospechan de ti. ¿Por qué no le dices que, efectivamente, tienes una nueva «mula»?

—Porque no es así.

—Sí, claro que la tienes.

—¿A quién te refieres?

—A mí.

Al recibir a Jim Duffy y a Jack Lohnes, Keith Small, el director de la NRO, la Oficina Nacional de Reconocimiento, declaró:

—Caballeros, la Casa Blanca me ha ordenado que ponga a su disposición todos los recursos de estas instalaciones.

Duffy dedujo del tono con que Small pronunció aquellas palabras que tales instrucciones eran tan infrecuentes como mal acogidas. ¿Por qué? ¿Se habría equivocado al acudir a los tipos de Eagle Tag en vez de recurrir a Small? Nadie tenía la sensibilidad más a flor de piel que los burócratas del Gobierno estadounidense. Si un ángel les rozaba con un ala, ellos lanzaban aullidos de dolor.

—El Departamento Central de Imágenes me ha puesto al corriente de lo que necesitan —continuó Small—. En estos momentos estamos colocando en posición los satélites. Si les parece, bajemos a la sala de operaciones para que vean por ustedes mismos lo que está ocurriendo y se hagan una idea de lo que podemos hacer por ustedes.

Como el director de la Oficina Nacional de Reconocimiento no se había molestado en invitar a sentarse a sus visitantes cuando éstos llegaron, ahora sólo tuvo que conducirlos hacia el ascensor privado que conducía a la sala de operaciones.

Hasta 1992, el Gobierno de Estados Unidos ni siquiera había reconocido la existencia de la organización que Small dirigía. Antes de esa fecha, las instalaciones se encontraban ubicadas en la base de la Fuerza Aérea situada en las proximidades del aeropuerto internacional de Los Angeles, y los predecesores de Small aparecían en el directorio telefónico del Pentágono como directores de Espacio y Tecnología. El velo de secreto fue rasgado cuando se tomó la decisión de trasladar las instalaciones a

su nueva sede de cristal y acero próxima al aeropuerto Dulles. Inicialmente, se trató de hacer ver que el edificio estaba destinado a albergar las oficinas de uno de los principales contratistas de la NRO, Rockwell International.

Tal simulación duró hasta el día en que los inspectores de Hacienda de Fairfax County se presentaron para fijar el valor catastral de la nueva estructura, lo cual hizo que el patriotismo de los contables de Rockwell International alcanzase su punto de fractura.

Small hizo pasar a Duffy y Lohnes a la antesala del centro de operaciones, ocupada en su casi totalidad por un enorme globo terrestre que giraba lentamente sobre su eje. En torno a él daba vueltas un enjambre de bulbos del tamaño de adornos de árbol de Navidad, cada uno de los cuales representaba a uno de los satélites de la NRO. La velocidad a la que se movían en torno al globo se había calibrado de modo que constituyera una adecuada representación de las velocidades relativas de la Tierra y los satélites. Montar aquello había sido una costosa y complicada proeza técnica, pero la maqueta proporcionaba una magnífica ilustración gráfica de los recursos de la institución que podía tranquilizar a cualquier congresista preocupado por el presupuesto que visitase las instalaciones.

Duffy no pudo contener una breve carcajada.

—¿De qué se ríe? —preguntó Small.

—Eso me recuerda a una nube de moscas volando en torno a una gran bosta de caballo.

—Una bosta de caballo de dos millones de dólares —gruñó Small, acercándose a su preciosa maqueta al tiempo que sacaba un puntero para ilustrar las explicaciones que se disponía a dar a sus visitantes.

—Partiendo de la base de que la primera señal que emita el transmisor oculto en los krytrones procederá de un lugar cercano a la fabrica de láseres al norte de Hamburgo, lo que hemos hecho es triangular la zona con tres de nuestros satélites Sigint Vortex. Uno está aquí —dijo, señalando un bulbo rojo—, sobre el mar del Norte, cien millas náuticas al norte de Hamburgo. El segundo está sobre el centro de la península de Jutlandia, ciento cincuenta kilómetros más al norte, y el tercero ciento cincuenta kilómetros más al este, sobre la entrada del Báltico.

Volvió a señalar cada satélite con su puntero.

—La NSA continuará recibiendo sus comunicaciones como de costumbre, pero nosotros, aquí en la NRO, captaremos los *bips* de los transmisores en cada uno de los tres satélites. Luego triangularemos la señal y fijaremos el lugar exacto de la superficie de la Tierra desde el que se haya enviado. Podemos situar ese punto con un error máximo de tres metros.

Los dos hombres de la CIA estaban pasmados por lo que podía conseguirse con la moderna tecnología de satélites.

—Además, también hemos estacionado sobre la zona uno de nuestros mejores satélites fotográficos, el Advanced Jumpseat KH13. —Ahora el puntero señalaba un bulbo azul oscuro que giraba sobre las cabezas de los tres hombres. El bulbo parecía inmóvil—. Se ha calibrado su velocidad orbital de modo que permanezca en una situación estacionaria sobre la superficie de la Tierra. En estos momentos lo tenemos situado sobre Hamburgo. Sin embargo, la gran ventaja del KH Trece consiste en que es orientable. Si hace falta, podemos desplazarlo y estacionarlo sobre una nueva localización, como por ejemplo Teherán.

—¿Y ése es el pájaro que tomará las fotos? —quiso saber Duffy.

—Exacto. Nosotros le enviamos la longitud y la latitud que hemos conseguido al triangular la señal de los krytrones, y el KH Trece enfoca sus cámaras en la zona exacta de la que procede el *bip*.

—¿Y cuánto tarda en hacerlo?

—Un par de minutos desde el momento en que el emisor envía su *bip*. Es lo que llamamos tiempo de acceso al satélite.

Small hizo una pausa para valorar lo que iba a añadir y, con la grave voz de un inspector de Hacienda anunciando que ha encontrado irregularidades en los libros de contabilidad de una empresa, declaró:

—Ese desfase temporal podría ser un problema. Lamento tener que decirles esto, pero quizás hayan ustedes confundido al presidente y al Consejo de Seguridad Nacional respecto a las posibilidades de éxito que tiene su plan.

Duffy advirtió que Lohnes lo estaba taladrando con la mirada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Se lo demostraré ahora mismo con imágenes en tiempo real recibidas desde uno de nuestros satélites. Acompañenme.

Duffy se preguntaba si Small estaría resentido con él por no haberlo llevado a la entrevista con los de Eagle Eye Tag.

Small abrió la puerta que daba a la sala de operaciones. Era un lugar inmenso, del tamaño de medio campo de fútbol. Para cada uno de los satélites fotográficos de la NRO que giraban en el espacio había un equipo formado por cuatro científicos que se agrupaban en torno a un bloque de ordenadores que los unían al satélite por medio de una tupida red electrónica. Duffy pensó que era una escena similar a la que el mundo entero había visto por televisión en la época en que la NASA estaba desarrollando el proyecto Apolo de vuelos tripulados al espacio.

—Lo que hacen esos equipos es indicarles a nuestros satélites adónde han de ir y qué deben fotografiar. Luego recibimos las imágenes, o directamente, o por medio de alguna de nuestras estaciones repetidoras, como Alice Springs en Australia, que las retransmite hasta aquí. Nosotros verificamos que son las que deseábamos y, a continuación, las transmitimos a las agencias nacionales de inteligencia como la CIA

o la DIA, o a Menwith Hill, en Inglaterra. Nuestro cometido es el de simples proveedores de imágenes. No analizamos el material que recibimos. Eso les corresponde hacerlo a ustedes, los de la CIA.

Small los condujo a continuación al centro de visualización de la NRO. Éste contenía cinco pantallas de proyección, todas ellas controladas por un técnico sentado a un ordenador bajo la pantalla principal. Duffy no pudo evitar acordarse de la sala de control de la película *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*.

Tras invitarlos a tomar asiento, el director dijo:

—Voy a mostrarles los problemas que pueden presentarse con su plan. No digo que la cosa no pueda funcionar; digo simplemente que también puede fallar.

Duffy permaneció en silencio, notando cómo la frente se le perlaba de sudor.

—Jack —dijo Small al técnico—, muestra en la pantalla principal las imágenes que recibimos hace una hora del KH13 estacionado sobre Hamburgo.

El técnico tecleó en su ordenador y al cabo de unos momentos una imagen notablemente clara y nítida apareció en la pantalla.

—Lo que ven es un círculo de tres metros de diámetro de la calle que hay entre la estación ferroviaria de Hamburgo y la entrada de una zona comercial.

Duffy y Lohnes estaban pasmados. En la acera eran claramente visibles cinco peatones, tres de ellos cargados con bolsas de compra. Si alguno de ellos hubiese estado mirando hacia arriba, habría sido perfectamente reconocible. Por la calle circulaban dos coches en dirección sur, y también se veía el extremo posterior de un tercer vehículo.

—Supongamos que ésta era la escena en el momento exacto en que el transmisor de ustedes envió la señal. Por tanto, el *bip* debió de proceder de algún punto de ese círculo. Quizá se encuentre en la bolsa de compras de una de esas cinco personas. O en uno de los coches. Pero... ¿en cuál? Si llevamos al extremo nuestra fe en la tecnología y ubicamos la fuente en el centro del círculo, entonces el transmisor se encuentra en el maletero del primer coche.

Small hizo seña al técnico.

—Muy bien, Jack, pasa la siguiente.

Otra imagen sumamente detallada apareció en la pantalla.

—Tomamos esta foto dos minutos exactos después de la primera. En otras palabras, tras un lapso igual al de nuestro tiempo de acceso al satélite. Como podrán ustedes advertir, los coches y las personas se han movido durante esos dos minutos. ¿Dónde están ahora nuestros cinco peatones? Han desaparecido y otras personas los han sustituido. ¿Y los coches? Lo mismo.

—¿No se puede ampliar la zona que aparece en la foto? —preguntó Duffy—. Expandirla teniendo en cuenta el tiempo transcurrido entre la transmisión de la señal y el momento en que la cámara enfocó ese punto.

—Podemos. Jack. —El técnico volvió a teclear y la imagen se amplió hasta un círculo de unos treinta metros de diámetro—. Ahí están los peatones y los dos coches que vimos en la primera foto. Pero ahora en la imagen aparecen diez coches. Y una docena más de peatones.

»Y ése es el problema, caballeros. Vamos a recibir un *bip* cada hora y podemos albergar la esperanza de que uno de esos *bips* proceda de un punto lo bastante aislado para que cuando nuestro pájaro nos envíe la primera imagen nos sea posible ver con claridad de dónde procede la señal. Con un poco de suerte, podremos mantener ese punto en el ojo del pájaro hasta que llegue a su destino. Pero imaginen que no recibimos ninguna foto así. ¿Qué sucede en ese caso?

Small indicó con un ademán al técnico que retirase la imagen de la pantalla y dijo a sus dos visitantes:

—Miren, en algunas ocasiones hemos intentado poner en práctica planes como el de ustedes. Unas veces con éxito, y otras sin él. No sé lo que andan ustedes buscando, pero no olviden que este sistema dista mucho de ser seguro al ciento por ciento.

Preocupados y en silencio, Duffy y Lohnes cruzaron el estacionamiento de la NRO en dirección al coche de la agencia que los esperaba.

—Bueno —dijo Lohnes al fin—, nos han aguado un poco la fiesta, ¿no?

—Más bien.

—¿Y ahora qué hacemos?

Duffy, furioso, pateó la gravilla del estacionamiento.

—Yo creo que será mejor no hacer nada, Jack. Crucemos los dedos y sigamos con la operación según la habíamos planeado.

—¿Y si falla?

—Bueno, pues volveremos a donde estamos ahora. Los iraníes poseen tres proyectiles nucleares y no tenemos ni la menor idea de dónde demonios se encuentran.

—Ya, pero resulta que les hemos regalado a esos tipos una docena de krytrones para que los copien y conviertan esos tres núcleos de plutonio en bombas hechas y derechas.

—Nuestro plan dará resultado, Jack. Tiene que darlo. Esos condenados chismes se pasarán dos meses haciendo *bip*.

—Me gustaría ser tan optimista como tú. Escucha, creo que lo mejor es que esta misma noche te largues y sigas la operación desde Menwith Hill. De ese modo, si se produce algún tropiezo, estarás más cerca del lugar del problema.

—Buena idea, amigo —rió Duffy—. Eso, además, tiene la ventaja de que, si las cosas se tuercen, podré volar hacia Teherán para pedir asilo político.

Refat Osman examinó el apartadero de la autopista circular A-10 de Amsterdam con la atención de un general napoleónico estudiando el campo de batalla en la víspera del combate. Eran más de las siete de la tarde y la noche ya había caído. Refat comprobó que el constante rumor del tráfico de la autopista ahogaría cualquier grito o imprecación que se produjera durante la ejecución del chulo holandés.

Refat tenía planeado despachar al tipo con una pistola del 22 con silenciador. Que él supiera, la 22 era la única arma que podía ser realmente silenciada. Como contrapartida, el arma tenía poca fuerza. Con dos o tres balas del 22 en el cuerpo, un hombre podía pasarse dos o tres minutos desgañitándose antes de tener la mínima decencia de derrumbarse y morir.

Por suerte, el apartadero estaba separado de la autopista por un seto de más de metro y medio. Los automovilistas que pasaran no podrían ver lo que ocurría al otro lado de aquella barrera vegetal. El apartadero en sí era del tamaño de medio campo de fútbol y ahora, a las siete de la tarde, se encontraba desierto. La entrega de la supuesta «droga» —cincuenta kilos de pardusco trigo de alforfón— estaba fijada para dentro de cuatro horas, a las once en punto. Era casi seguro que para entonces la zona estaría tan desierta como ahora.

Estudiando el terreno, Refat advirtió que junto a la rampa de salida había una gran caja de madera.

—Vamos —dijo a su hermano Abdullah y a Nissim Cakici, el subdistribuidor de Abdullah que hacía las veces de contacto con Henrik, el chulo—, echemos un vistazo.

La caja contenía la arena que se utilizaba durante el invierno para recubrir el pavimento helado. Medía algo más de metro y medio de alto, uno ochenta de ancho y, alzando la tapa, Refat vio que se encontraba casi vacía. Era el escondite ideal. Nadie levantaría aquella tapa hasta el próximo invierno. Decidió que, tras la ejecución, meterían allí el cadáver del chulo. La arena absorbería la sangre. La gruesa tapa impediría que saliese el hedor de la putrefacción. El pobre Henrik el chulo desaparecería del mundo hasta que algún empleado de mantenimiento de la autopista abriese la caja tras la primera nevada de diciembre.

—Muy bien —dijo a Cakici—, deja el coche aquí, junto a la caja. Ocúpate de que él se detenga a tu lado. Te apeas y vas al maletero del coche como para darle la droga. Cuando él esté junto a ti, listo para coger la bolsa, tú dices «aquí tienes». Yo estaré escondido detrás de la caja y esas palabras me servirán de aviso. Saldré de mi escondite, me lo cargaré, echaremos su cuerpo en la caja y nos largaremos.

Refat había decidido que Cakici llevaría el coche del chulo hasta Frankfurt por el cruce fronterizo de Schengen, en el que no se efectuaban inspecciones, y lo dejaría en el estacionamiento del aeropuerto. Luego se iría en avión a Estambul, donde, como recompensa a su cooperación, le esperaba un bien remunerado empleo fijo al servicio

de la familia Osman. Refat iría con el coche de Cakici hasta París, lo dejaría estacionado en cualquier punto de la capital francesa, y volvería en avión a Turquía.

Sin duda los policías a los que el chulo había estado ciando sus soplos sospecharían que algo raro había pasado, pero... ¿qué podían hacer? Aun en el caso de que el chulo les hubiera dado el nombre de Cakici, éste se encontraría ya muy lejos. Refat estaba especializado en ejecuciones así: rápidas y sin dejar pistas.

—Yo me esconderé detrás de la caja de arena a las diez —dijo a Cakici—. Mientras tanto vigilaré este sitio, no vaya a ser que la policía haya montado una trampa, o que a algún automovilista se le ocurra detenerse a cambiar una rueda. Si, entre las diez y las once, tu móvil suena tres veces y luego se corta, eso significará que el plan se ha cancelado y no debes venir.

Refat estaba convencido de que el secreto de una buena ejecución era una buena planificación, y aquella operación se había planificado esmeradamente. A las once menos dos minutos el área de descanso de la A-10 estaba vacía, y nadie había parado durante los sesenta minutos que Refat llevaba oculto tras la caja de arena. A las once en punto, el coche de Cakici apareció y fue a estacionarse frente a la caja. Un par de minutos más tarde apareció el coche del chulo. Refat escuchó el sonido de un par de portezuelas y después la frase «aquí tienes».

Refat salió de detrás de su escondite blandiendo la 22 con el seguro quitado. Cakici, como Refat le había indicado que hiciese, llevaba una parka blanca para que fuera fácil distinguirlo en la oscuridad.

Refat apuntó a Henrik. Sin embargo, no era su propósito permitir que el holandés se fuese al otro mundo sin saber por qué moría ni quién lo mataba.

—Maldito cabrón —gruñó—. No debiste traicionar a un turco ni joder a los Osman.

Refat, que no hablaba holandés, se había expresado en inglés. Henrik sólo conocía ese idioma lo bastante para articular frases sencillas como «chicas estupendas, precios baratos». Lo que Refat estaba diciendo pareció, o desconcertarlo, o asustarlo.

De pronto, Refat vio agitarse entre las sombras del coche del chulo una figura que blandía un revólver. No vaciló. Hizo dos rápidos disparos contra el chulo. El hombre del interior del coche ladró algo en holandés. Refat no lo entendió, pero volvió la pistola hacia el punto en que había sonado la voz. Antes de que pudiera disparar, recibió tres balazos en el pecho. Murió sin saber si lo había matado la policía o el guardaespaldas del chulo.

Al día siguiente, el suceso ocupó las primeras planas de la prensa de Amsterdam. El Ministerio del Interior holandés declaró solemnemente que se trataba de una muestra más de la firmeza con que su ministerio combatía a los traficantes de drogas

duras. La reacción de los superiores de Dirk van Vleck fue distinta. La muerte de un turco, aunque se tratase de un presunto narcotraficante, a manos de un policía holandés era una grave contrariedad para el Gobierno holandés, y el Gobierno holandés detestaba las contrariedades. La recompensa de Van Vleck fue el traslado a la ciudad costera de Den Helder, lo más lejos posible de la guerra contra las drogas.

El incidente, no obstante, tuvo una feliz consecuencia. Temiendo que lo arrestaran también a él, Abdullah Osman salió hacia Estambul al amanecer, y las operaciones de la familia Osman en Holanda quedaron al menos temporalmente suspendidas.

—Su tren sale de la estación de Euston con destino a Harrogate a las cinco en punto —informó a Jim Duffy la encargada de viajes de la embajada de Londres—. El trayecto dura tres horas. La dirección de Menwith Hill enviará un coche para recibirlo y llevarlo al hotel, y el viernes por la mañana pasarán a recogerlo. —La mujer entregó a Duffy su billete de tren y una reserva de hotel—. Le gustará ese hotelito. Dicen que en él se alojaba Agatha Christie cuando desapareció. Fue el incidente más misterioso de toda su vida.

Jim Duffy recogió los papeles pensando «¿qué demonios me importa a mí Agatha Christie?». Ya había tenido bastantes misterios en su vida sin necesidad de buscados entre las páginas de una novela. Eran casi las once, y tenía ante sí seis horas en blanco antes de abordar su tren. No quería dormir, pues deseaba librarse cuanto antes del desfase horario debido al viaje nocturno desde Washington. Sin embargo, llovía a cántaros y una algodonosa niebla envolvía la ciudad. No se trataba de la famosa niebla londinense, que ya había dejado de existir, sino sólo de un vago remedo de ésta. Ecos de Louis Armstrong resonaban en su cabeza cuando salió de la oficina de viajes y subió la escalera hacia la sede de la CIA. ¿Cómo iba a pasar aquel neblinoso día en el viejo Londres? Recorriendo el Museo Británico, no, desde luego.

Como atraído por un invisible imán, se dirigió al teléfono más próximo y marcó el número de Nancy Harmian.

—¡Qué sorpresa tan agradable, Jim! —Duffy advirtió, encantado, que la mujer parecía alegrarse sinceramente de oír su voz—. ¿Cómo va el trabajo? ¿O no debo preguntarle?

—El trabajo va bien y no, no debe preguntar —rió Duffy.

—¿Estará usted mucho tiempo en Londres?

—Lamentablemente, no. Esta tarde salgo hacia el norte, y me quedaré por allí unos días.

—¡Oh! —dijo ella, y en aquel monosílabo a Duffy le pareció captar un sincero toque de contrariedad. Pero quizá todo fueran ilusiones suyas—. ¿Le apetece almorzar en mi casa? —siguió preguntando Nancy—. Disponiendo de tan poco tiempo, no puedo ofrecerle un festín; pero seguro que comerá mejor que en la

cafetería de la embajada.

—Iré con mucho gusto.

—¿Le parece bien a la una?

Nancy abrió personalmente la puerta de su casa de Chester Square. De sus finas facciones había desaparecido la expresión de pesar, y parecía mucho más tranquila y relajada que la última vez que Duffy la había visto. Llevaba unos desgastados vaqueros y un cárdigan azul pálido sobre una blusa blanca de seda. Aquellas ropas estaban en marcado contraste con la severidad con que había vestido durante las semanas siguientes al asesinato de su mando. ¿Significaba aquel cambio en su aspecto externo que el dolor de su pérdida se estaba suavizando?

—Espero que esté usted tan bien por dentro como por fuera —sonrió Duffy.

—Desde luego, estoy mejor que la última vez que nos vimos. —Mientras conducía a Duffy a la sala de estar, siguió—: Han pasado tres meses. Mis amigos me dicen que a los tres meses la pena comienza a remitir, no sé si será cierto. ¿Usted qué cree? —Señalando hacia el bar, invitó—: Sírvase, por favor.

—¿Usted qué toma?

—Una copa de Sancerre —replicó Nancy, señalando la botella en un cubo con hielo que había en el bar.

Duffy sirvió las copas y, a invitación de su anfitriona, se sentó en el sofá.

—¿Tres meses? No sé... En mi caso la fase más dolorosa duró algo más. Quiero decir que el proceso de recuperación no es igual para todos.

Duffy dio un sorbo a su vino y evocó los largos meses que había pasado en los bosques de Maine.

—Mi reacción ante la muerte de mi esposa resultó extraña. Fue como si me encerrara en una crisálida. No quería compartir mi dolor. Era algo exclusivamente mío y no quería que nadie, por cerca de mí que estuviera, participase en él. Supongo que deseaba aferrarme al recuerdo de mi esposa.

—Debió de quererla usted mucho.

—Pues sí. Para la muerte de un ser querido, como para tantas otras cosas de la vida, no existen recetas mágicas. Eso que dicen de que el tiempo todo lo cura tiene tanta relación con la realidad como las telenovelas la tienen con la vida cotidiana. La verdad es que no comencé a salir de mi cáscara hasta que la agencia me obligó a volver al trabajo, al mundo real.

Nancy se estremeció ligeramente.

—Sí —susurró, abarcando con un ademán la elegante sala cuya decoración tanto había admirado Duffy en su primera visita—. No dejo de pensar en cambiar totalmente de vida. Me resulta muy difícil seguir en esta casa. Lo que me atormenta no es tanto el recuerdo del asesinato como el de los buenos momentos que pasé aquí

con mi marido. No puedo dar un paso ni tocar nada sin pensar en él.

—Sí —suspiró Duffy—, es muy difícil librarse del pasado. ¿Qué hacía usted antes de casarse?

La pregunta pareció sacar a Nancy de su abstracción.

—Bueno, era un bicho raro. Etnóloga. Mi especialidad eran las civilizaciones del flanco islámico del antiguo imperio soviético. Los turcomanos, los uzbekos, los kazakstanos.

—¿Se dedicaba usted a la enseñanza?

—Sí. Pertenecía a la Facultad de Berkeley. El Magdalene College de Cambridge me concedió una beca de investigación, así que pasaba mucho tiempo en Londres, y aquí fue donde nos conocimos Terry y yo.

—Con ese currículum, me sorprende que la agencia no tratara de reclutarla.

—Trató —rió ella—. Al hombre que vino a verme le dije que mis creencias liberales me impedían aceptar su oferta. En mi adolescencia fumé hierba, quemé sujetadores y me manifesté contra la guerra del Vietnam.

Ahora le tocó a Duffy el turno de reír.

—Pues se habría sentido usted a sus anchas, porque la CIA está llena de liberales emboscados. Yo soy más o menos conservador, y entre mis colegas tengo fama de neandertal. —Como aquel tema de conversación parecía más agradable que hablar de penas, Duffy siguió preguntando—: ¿Llegó usted a doctorarse?

—Casi. Estaba trabajando en mi tesis cuando Terry y yo nos casamos. Siempre tuve el propósito de seguir, pero...

—Ahora podría hacerlo.

—Ya. He pensado en ello. Sería un modo de romper con todo esto, ¿no?

—Si en una época su trabajo la apasionó, estoy seguro de que volvería a apasionarla.

—Es posible. —Nancy dio un sorbo de vino—. Hablando de trabajos apasionantes, ¿cómo le va con el plan Jalid? ¿O no puedo preguntar?

—Claro que puede preguntar —sonrió Duffy—. Lo malo es que yo no puedo responder. Creo que estamos cerca del final; pero sólo Dios sabe cómo será el desenlace.

Duffy se arrellanó en su butaca. Se le estaba ocurriendo una idea que procedió a sugerir a Nancy con la cautela del jugador de póquer que, inseguro del valor de su jugada, hace un pequeño envite para ver la reacción de sus contrincantes.

—¿Hasta qué punto está usted apegada a su vida en Londres, Nancy? —preguntó.

—Me encanta esta ciudad; pero no estoy inquebrantablemente unida a ella, no sé si me explico. A veces pienso que necesito un cambio de ambiente. Pero después de vivir aquí, no puedo volver a Berkeley. Allí, en aquel pequeño mundo académico, todos creen ser el centro del universo, y yo ya me he dado cuenta de hasta qué punto

están equivocados. La triste realidad es que mis antiguos compañeros viven en un mundo totalmente aislado de la realidad.

—Pero es una lástima que unos conocimientos como los suyos se desperdicien. Existe una gran demanda de personas con su capacitación.

—¿Dónde?

—En Washington, por ejemplo.

—¿Washington?

—Claro. Y no hablo sólo del gobierno, sino también de empresas especializadas. Podría asesorar a firmas que negocian con el mundo islámico. En Washington, una persona como usted encontraría infinidad de oportunidades.

—No sé si me gustaría vivir en Washington. La verdad es que sólo estuve allí en una visita organizada por la escuela secundaria. Ya sabe: visité Mount Vernon, escuché la conferencia cívica que nos dio nuestro congresista, oí al guía de la Casa de la Moneda decir por diezmillonésima vez que «la casa no da muestras gratuitas».

—Es una ciudad fantástica. De veras. En toda Norteamérica no encontrará mejor sitio para vivir. —Al menos, eso opinaba yo hace años, pensó Duffy.

—Dicen que en Washington sólo hay un hombre por cada diez mujeres.

Duffy ahogó una risa y palmeó ligeramente la mano de su compañera.

—Nancy, no creo que deba usted preocuparse por eso.

Por la puerta asomó Rebecca, el ama de llaves.

—El almuerzo está listo, señora —anunció.

—Bueno, brindemos por el cambio —sonrió Nancy, apurando el vino de su copa—. ¿Volverá usted a Londres cuando termine lo que tiene que hacer en el norte?

—Eso espero.

—Espléndido. Entonces podrá usted seguir hablándome sobre la vida en Washington.

¿Cuánto tiempo tendré que pasar aquí?, se preguntó Jim Duffy, en el centro de acceso y visualización de satélites de Menwith Hill. El lugar era sorprendentemente parecido al centro de la NRO que había visitado cuarenta y ocho horas antes con Jack Lohnes y Keith Small: la misma serie de pantallas planas de proyección esperando la llegada de las imágenes enviadas desde el espacio por el satélite Advanced Jumpseat KH13. Duffy se encontraba junto a uno de los técnicos especializados de Menwith Hill, que estaba sentado a la consola de su ordenador, listo para procesar las imágenes en cuanto llegaran.

Menwith Hill estaba comunicado por canales seguros de voz del sistema telefónico nacional con los otros dos centros de visualización que recibirían las imágenes del satélite: el de la NRO, y el auditorio de visualización de satélites de la CIA, que era el más sofisticado de los tres centros.

Jim Duffy consultó el reloj de pared que tenía ante sí. Marcaba las 11.22 GMT/ZULU. Los militares llamaban ZULU a la hora de Greenwich. Sólo faltaban 38 minutos para que los krytrones lanzaran su primer *bip*. Duffy sabía que, allá en Langley, Lohnes estaría acompañado por los agentes responsables de las zonas iraní y alemana. Beberían taza tras taza de café mientras consultaban los bancos de datos de la agencia sobre Irán y Alemania.

El café es lo último que yo necesito —pensó Duffy—. Unos tranquilizantes me sentarían bastante mejor. Escuchaba los nerviosos sonidos que producía su estómago en espera de aquel primer *bip*. ¿Llegaría? ¿Recogerían los satélites la señal? ¿Qué clase de imagen aparecería en la gran pantalla que Duffy tenía ante sí?

—Jim...

Duffy reconoció la voz de Lohnes.

—¿Me escuchas?

—Alto y claro.

—Nos han llamado de EG&G. La Federal Express alemana informó a Shannon que el paquete fue entregado a las once y diecisiete hora de Greenwich, trece y diecisiete hora alemana.

—Eso, al menos, significa que la primera imagen que recibamos no será la de un camión de la Federal Express. Dime una cosa: ¿a qué distancia del aeropuerto de Hamburgo está esa fabrica?

—Como a una hora en coche. —El que contestó a la pregunta fue el encargado de la zona alemana.

Duffy pensó que si el Profesor quería que los krytrones llegaran a Irán cuanto antes tal vez se dirigiera directamente al aeropuerto y tomase un vuelo comercial hasta Teherán.

—¿Por qué no averiguáis qué aviones salen de allí en las próximas dos horas? —propuso—. A ver si hay algún vuelo directo a Irán o que tenga buen enlace con Teherán.

—Ya lo hemos hecho —replicó Langley—. Lo único que les serviría para algo es un vuelo de Lufthansa que sale a las catorce quince hacia Estambul vía Frankfurt. Desde allí podrían transbordar fácilmente hacia Teherán.

—Jim. —Era la voz de Lohnes—. No parece muy probable que esos tipos quieran pasarse varias horas esperando un vuelo a Teherán en el aeropuerto de Estambul con esos chismes en la maleta. ¿Por qué iban a correr ese riesgo? Nadie siente mayor antipatía hacia los *mullah* que los militares turcos, y los *mullah* lo saben.

—Atiendan.

Era una voz desconocida. Debe de ser el tipo de la NRO, se dijo Duffy. Estaba en lo cierto.

—Faltan sólo siete minutos para la hora de acceso. Será mejor que dejen libres las

líneas.

Siete minutos más, pensó Duffy. Junto a él, el técnico de Menwith Hill le sirvió una taza de café del temió que alguien había dejado atentamente junto a la consola. Pese a lo que había pensado hacía unos momentos, Duffy bebió un sorbo, tratando de manifestar con su expresión una confianza que distaba de sentir. Se abstuvo de hablar, temiendo que su voz traicionara el nerviosismo que sentía.

El tiempo discurría con tan angustiada lentitud que Duffy pensó en los inacabables minutos que pasaba pedaleando en su bicicleta estática.

—La señal ha llegado al pájaro dos —anunció de pronto el técnico de la NRO, con voz tan inexpresiva como la de un reloj parlante. El pájaro dos era el satélite estacionado sobre Jutlandia—. Y al pájaro tres. Y al pájaro uno. Estamos triangulando —la voz del hombre de la NRO seguía igual de átona.

Duffy se echó para atrás, parcialmente tranquilizado. Al menos la señal había llegado. Dentro de dos minutos, como máximo, en la pantalla aparecería una imagen.

—Las coordenadas del punto de emisión son éstas: latitud cincuenta y tres grados cincuenta y cuatro coma nueve norte, longitud diez grados dos coma cuatro este. — Los números aparecían en la pantalla según el hombre de la NRO los leía—. Hemos ordenado a nuestro pájaro que fotografíe el sitio.

—¿Se sabe a qué lugar corresponde ese punto de emisión? —preguntó Duffy a Langley.

—El ordenador lo está localizando en estos momentos —replicó Lohnes.

—¡Mierda! —exclamó el encargado de la zona alemana—. Está setenta metros al norte de la autopista doscientos seis, en el lindero con el bosque nacional Segeberg, dentro de los terrenos de un pequeño aeródromo privado situado en un lugar llamado Hartenholm.

—¡Un aeródromo privado! —exclamó Duffy.

—Pero no se trata de un aeródromo cualquiera —dijo el encargado de la zona alemana—. Pertenece al Gobierno iraní.

—Supongo que habla usted en broma. No iré a decirme que los iraníes son dueños de un aeródromo en Alemania.

—Bajo cuerda, desde luego. Lo compraron en 1993. Su amigo el profesor Bollahi organizó la compra, aunque utilizó como hombre de paja a otro iraní que vive en Marbella. Pagó con un cheque contra esa cuenta del Banco Melli de Munich a la que el Gobierno de Irán no deja de enviar fondos.

—¿Y los alemanes permitieron una cosa así? Me cuesta creerlo.

—Pues créelo, amigo. Siempre que hemos tratado de conseguir que los del Gobierno del estado de Schleswig-Holstein tomen alguna medida respecto a ese aeródromo, nos han mandado a paseo. Según ellos, la venta fue una transacción comercial totalmente normal y en Hartenholm no sucede nada anómalo.

—Bueno, pues algo más que anómalo está ocurriendo en estos mismísimos momentos.

—Llega imagen del Jumpseat —anunció la NRO.

Las imágenes que estaban a punto de ver habían entrado en el procesador central de la NRO y aparecerían mejor definidas y en formato digitalizado en las pantallas de la CIA y de Menwith Hill. Fascinado, Duffy contempló cómo iban tomando forma en la pantalla. Allí estaban en glorioso technicolor. A la izquierda de la imagen se veía algo que parecía la esquina de un edificio. A la derecha, rodeando la parte delantera del edificio había una zona de césped. No se veía a ningún ser humano.

—¿Pueden abrir la toma, por favor? —pidió a la NRO el técnico sentado junto a Duffy—. Factor diez. —Volviéndose hacia Duffy, el hombre explicó—: Van a multiplicar por diez la zona cubierta por la cámara. Eso nos permitirá ver un círculo de treinta metros de diámetro. Veremos más, pero se perderá definición.

La imagen de la pantalla se amplió, y quedó muy claro que, como suponían, aquello era una pista de aterrizaje. En el ángulo superior izquierdo se veía lo que parecía una pequeña torre de control. Junto a ella, una manga-veleta colgaba fláccidamente de su mástil. A la izquierda estaba estacionada una avioneta monomotor.

—¿Podemos ver más de cerca ese aparato? —preguntó Duffy—. ¿Alguien sabe lo que es?

—Parece una Cessna, probablemente un doscientos diez —dijo el encargado de la zona alemana desde Langley—. Esas dos letras, «OE», de la matrícula significan que está registrada en Austria.

—Hay unas personas saliendo de ese edificio de arriba a la izquierda —informó la NRO—. ¿Las enfocamos?

—Afirmativo —replicó Lohnes.

Cuando las cámaras satélite enfocaron la zona, Duffy vio a tres hombres caminando por el césped en dirección a la avioneta. El del centro llevaba un abrigo oscuro y cargaba en el brazo derecho lo que parecía un maletín o un gran paquete. Duffy se preguntó si estaría acaso viendo al fin la imagen de su temible rival, el Profesor.

—¿Alguien reconoce a alguien? —preguntó Lohnes.

—¿Ven al tipo de la izquierda, el que lleva una cazadora de cuero negro y una especie de gorra de béisbol? —preguntó el responsable de la zona alemana—. Apuesto a que es un tal Said Alí. Se trata de un Pasdaran, un guardia revolucionario. El servicio secreto iraní lo envió desde Teherán para que dirigiese el aeródromo. Oficialmente, el jefe es un iraní casado con una alemana, pero en realidad el tipo es un hombre de paja. El que de veras manda es Said Alí.

Los tres hombres habían llegado a la avioneta estacionada. El identificado

provisionalmente como Said Alí ayudó a la figura cubierta con el abrigo negro a subir al aparato, y luego le pasó el maletín. Mientras tanto, el tercer individuo había rodeado el avión y estaba ya en el otro lado. Evidentemente, se trataba del piloto.

La NRO volvió a la ampliación por diez, de forma que pudieron seguir al aparato mientras éste se colocaba en posición de despegue en la cabecera occidental de la pista. En los tres puntos de observación, la NRO, la CIA y Menwith Hill, una docena de pares de ojos norteamericanos observaron cómo la Cessna rodaba rápidamente por la pista.

—Como no sopla viento, van a usar la pista cero cinco —comentó el encargado de la zona alemana—. Una vez en el aire, lo más probable es que tomen rumbo este, en dirección a Lübeck.

Duffy observaba la pantalla con hipnótica fijeza. Ahí van mis krytrones, hacia Irán.

Cuando la Cessna llevaba cinco minutos de vuelo, el controlador de la NRO anunció:

—Nuestro objetivo se ha estabilizado a mil seiscientos metros de altura. Vuela en dirección este-sureste con un rumbo de ciento treinta y cinco grados. Si continúa así, dentro de aproximadamente sesenta y cinco minutos abandonará el espacio aéreo alemán y entrará en Polonia.

—¿Seguiremos recibiendo imágenes del aparato? —preguntó Duffy—. ¿Vaya a donde vaya?

—Así es, a no ser que comience a volar bajo una capa de nubes sumamente densa.

—Bueno, eso es algo que sin duda puede suceder en esta época del año. Jack, ¿no deberíamos pedir a la Base Aérea del Rin que envíe un AWACS^[13] para que siga a esa Cessna por medio de sus sistemas de radar? Así dispondríamos de dos localizaciones en vez de una sola.

—De acuerdo, Jim. Ahora mismo haremos una petición urgente al Pentágono. También he pedido a uno de nuestros expertos en aviación que venga al centro de visualización para ayudarnos en el seguimiento del vuelo de la avioneta.

Eran las 12.47 GMT, y sólo faltaban trece minutos para el segundo *bip*, que les daría la confirmación definitiva de que los krytrones se encontraban efectivamente en la Cessna, que había comenzado a volar sobre el mar en Traumunde, cerca de la vieja base de experimentación de cohetes nazi.

Segundos después de que el reloj de pared de Menwith Hill marcara las 13.00 GMT, la NRO anunció:

—Nuestros tres pájaros Sigint han recibido la señal. Estamos triangulando. —Se produjo una leve pausa, y luego—: La triangulación establece que la señal procede de una altura de mil quinientos sesenta y cuatro metros, catorce metros y medio a popa

de la actual posición del objetivo. La fuente de la emisión se encuentra a bordo de ese aparato.

Duffy tuvo ganas de levantarse y lanzar un grito de júbilo, pero se limitó a manifestar su alegría con una torcida sonrisa.

—Escucha, Jack —dijo a su colega del otro lado del Atlántico—. ¿Es posible que ese pequeño aparato llegue hasta Teherán sin hacer ninguna escala? ¿Llevan combustible suficiente para un trayecto como éste?

—Te contesta nuestro experto en aviación.

—Señor Duffy. —Como la voz era desconocida, Duffy supuso que pertenecía al experto—. Tiene usted razón. El combustible es la clave. Suponiendo que vuelen siguiendo la ruta más idónea, cosa que parecen estar haciendo, cruzarán Polonia con rumbo sureste, entrarán en Ucrania probablemente por algún punto al este de Lublin, rodearán Kiev y luego, manteniéndose bien al norte del espacio aéreo turco, sobrevolarán Armenia y Azerbaiyán hasta llegar al mar Caspio, donde tomarán dirección sur para entrar en Irán. En total son más de tres mil kilómetros.

—¿Y pueden hacerlos de un tirón?

—Suponiendo que lleve depósitos de combustible suplementarios, es posible, aunque por los pelos. Lo más razonable sería hacer escala para repostar.

—Bueno, supongo que volar en avioneta no es tan sencillo como ir en coche por autopista. Uno no detiene una avioneta junto a un surtidor de gasolina y dice «lléneme el depósito». Allá donde aterricen, le preguntarán al piloto de dónde procede y adónde se dirige. Le pedirán un plan de vuelo y documentos de identificación, ¿no?

—No esté tan seguro. Dudo mucho de que, si aterrizan en un pequeño aeródromo de Polonia y piden una carga de combustible de avión, alguien les pida el plan de vuelo. Creo que se darán por contentos con realizar la venta y no entrarán en más averiguaciones.

—Pero supongo que, con combustible o sin él, esa avioneta no puede recorrer toda esa distancia sin que algún radar capte su presencia. Digo yo que lo obligarán a aterrizar y a explicar qué demonios hace y adónde se dirige.

—Sí, antes de despegar es obligatorio presentar el plan de vuelo al servicio de información aeronáutica alemán. Pero supongamos que esos tipos desean efectuar el vuelo ilegalmente, sin que nadie se entere. Lo primero que con toda certeza se abstendrán de hacer es comunicarle nada a los alemanes ni a nadie. Saben que en Alemania pueden despegar y aterrizar sin necesidad de plan de vuelo siempre que no se propongan salir del espacio aéreo alemán.

El experto hizo una pausa y luego siguió:

—Antes del despegue, habrán desconectado el transmisor del aparato, de modo que no emita señal alguna a los radares de control de tráfico aéreo. Volando a una

altura de mil quinientos o mil setecientos metros, que es la ideal para consumir menos combustible, tienen un noventa por ciento de posibilidades de que los radares civiles alemanes no capten su presencia. Y, una vez que entren en Polonia, por lo que a los alemanes respecta, habrán dejado de existir.

—Por cierto —dijo Duffy—, ¿podrá ese avión AWACS decirnos si ha desconectado su transmisor?

—Así es. El caso es que pasan a Polonia y rodean los radares de control de tráfico aéreo de Varsovia y Lublin. Si permanecen a una altura de entre mil seiscientos y mil ochocientos metros, lo más probable es que nadie detecte su presencia. O, si la detectan, supondrán que se trata de una bandada de gansos.

—¿Y en Ucrania?

—Ahí la situación es jodida. Los radares, o no funcionan, o funcionan mal, y los técnicos no tienen la capacitación adecuada. En cuanto a Armenia y Azerbaiyán, en esos sitios ni siquiera hay cobertura de radar.

—Entonces, parece que la cosa es absurdamente fácil.

—Pues sí, mucho más fácil de lo que la gente cree. En último extremo, todo se reduce a la cantidad de combustible que hayan logrado meter en ese aparato. Supongo que la NRO está grabando las imágenes que nos llegan vía satélite.

—En efecto —respondió la NRO.

—¿Pueden transmitir la secuencia del despegue a uno de mis monitores en la agencia?

—Desde luego. Le mandamos la secuencia —contestó la NRO.

Minutos más tarde, la voz del experto en aviación volvió a sonar en la línea.

—Aunque no había viento, ese piloto utilizó para el despegue un tramo enorme de pista —anunció—. Lleva una carga de todos los demonios. Por lo que sabemos, a bordo sólo van dos personas, el pasajero y el piloto. Y un maletín. Así que, suponiendo que el resto del peso sea combustible, tal vez puedan hacer el viaje sin escalas.

—Jim —intervino Lohnes—, el AWACS tiene al aparato en su pantalla. Lleva el transmisor desconectado, así que, efectivamente, intenta pasar inadvertido.

—El aparato ha salido del espacio aéreo alemán —anunció la NRO—. Está entrando en Polonia por un punto al norte de Szczecin, con un rumbo de ciento quince grados este-sureste.

La NRO envió a las pantallas de los tres puntos de observación un NAVTAC^[14] del territorio sobre el que volaba la Cessna. El aparato en sí estaba representado por un pequeño avión rojo. La cosa semejaba un juego, pero a Duffy le parecía mucho más interesante que ver la imagen real, tomada por las cámaras satélite, del aparato volando por el cielo.

El experto de Langley preguntó:

—¿Puede la NRO darnos la velocidad a la que vuela el aparato?

—Va a algo más de doscientos cincuenta kilómetros por hora —fue la respuesta.

—Es lógico —dijo el experto—. Ese tipo trata de ahorrar combustible. A esa velocidad, podemos calcular como hora prevista de llegada a Teherán las 00.00 horas GMT, o las 03.00 hora local. O quizás un poco más tarde, según qué ruta siga.

Duffy se dio cuenta de que tendría que permanecer allí sentado durante horas, mientras el avioncito rojo cruzaba Polonia y Ucrania. Abandonar Menwith Hill antes de que la operación concluyese era impensable. E igualmente impensable resultaba ponerse a pasear por las instalaciones. Ni siquiera a los jefes de la CIA se les permitía deambular sin escolta por Menwith Hill. Lo único que podía hacer era seguir allí sentado, pensando en el siguiente paso de la operación.

¿Dónde podían haber ocultado los iraníes sus proyectiles nucleares? ¿En las proximidades de su inacabada planta nuclear de Bushire, cerca de la boca del golfo Pérsico? No, los *mullah* eran demasiado listos para hacer algo así. Sabían que, si los israelíes decidían un buen día acabar con las instalaciones nucleares iraníes como habían acabado con el reactor Osirak de los iraquíes en Bagdad, aquél sería el primer lugar en que investigarían.

Era mucho más probable que los hubiesen escondido al norte de Teherán, en las proximidades del lugar en el que en tiempos había estado enclavado el Departamento Nacional de Energía Atómica del shah, junto al Centro Iraní de Telecomunicaciones, en el corazón de una zona residencial densamente poblada. Cualquier ataque a un vecindario como aquél implicaría un horrible montón de muertes de civiles iraníes, gente que, probablemente, era ya contraria al régimen. ¿Cómo se tomarían una matanza así los iraníes que estaban comenzando a dejar de apoyar a los *mullah*? ¿Y qué efectos tendría entre los musulmanes del resto del mundo?

Sería como si los norteamericanos les dijese a todos los musulmanes del planeta: «No estamos dispuestos a tolerar que los musulmanes tengáis acceso a las armas nucleares. Los israelíes, no importa, pero los musulmanes, ni hablar. No nos fiamos de vosotros».

A veces daba la sensación de que siempre que se intentaba hacer algo por controlar el avance del islam radical, se terminaba fortaleciendo tal movimiento, incrementando la hostilidad islámica hacia Occidente. Si la idea de Duffy tenía éxito, algo era seguro: el Gobierno estadounidense se vería inmerso en una pesadilla.

Diez horas más tarde, Duffy seguía con la vista fija en la pantalla de representación visual del satélite, observando el pequeño símbolo rojo que representaba a la Cessna arrastrarse por el centro del mar Caspio camino de Irán. El aparato del AWACS de la Base Aérea del Rin había sido sustituido por otro avión similar procedente de la base de la fuerza aérea de Incirlik, en Turquía.

A la Cessna aún le quedaban 250 kilómetros para llegar a Teherán, una hora de

vuelo sobre la cordillera Elburz. Probablemente llegaron a destino a eso de la 01.00 GMT, 04.00 hora local. El satélite estaba enviando imágenes nocturnas infrarrojas, pero su definición no podía ni compararse con la de las que se recibían en horas de luz. Lo más difícil de toda la operación sería seguir al Profesor —a Duffy no le cabía ya la menor duda de que el hombre del abrigo oscuro era el Profesor— y a su maletín hasta el vehículo que acudiera a recibirlo, y luego seguir a ese vehículo hasta el escondite de los krytrones. ¡Qué ironía! El plan había funcionado hasta el momento como un reloj y ahora, en la fase final, todo podía venirse abajo.

—¡Atención! —exclamó el controlador de la NRO—. El aparato acaba de girar sesenta grados a la izquierda. Ahora vuela hacia el sur-sureste en un rumbo de doscientos cuarenta grados.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Duffy al técnico de Menwith Hill que lo acompañaba.

—Quizá su destino final no sea Teherán.

Mientras tanto, la NRO había trazado en el mapa en que seguía el vuelo del aparato el camino que recorrería éste en su actual rumbo. La avioneta iba hacia la confluencia de las líneas fronterizas de Irán, Pakistán y Afganistán, dejando bien al sur las grandes ciudades de Qom, Ispahán y Yazd.

—¡Atención! —repitió el hombre de la NRO—. El aparato acaba de romper el silencio de radio para informar a la torre de Teherán que dispone de suficiente combustible para llegar a su destino final. Dio como hora prevista de llegada las 05.30 hora local, es decir, las dos y media GMT.

—Tanto la NSA como los AWACS han estado vigilando sus comunicaciones por radio —informó a Duffy el técnico de Menwith Hill.

—¿Dijo cuál era ese destino final? —preguntó a la NRO alguien de la CIA.

—Negativo; pero dada su velocidad, será a mil trescientos o mil cuatrocientos kilómetros de su actual posición.

—El piloto es endiabladamente bueno —reconoció el experto en aviación de la CIA—. Al final del viaje tendrá que mear en el depósito de combustible para mantener el aparato en el aire.

Pese a las largas horas de vigilia, Duffy se encontraba ahora totalmente despabilado y con el torrente sanguíneo anegado de adrenalina. La fase final de su plan se estaba acercando. Cuando la Cessna ya casi estaba en la frontera iraní, la NRO anunció:

—¡Atención! El aparato ha comenzado a descender y se encuentra ahora a mil doscientos noventa y cinco metros. —Eran las 02.55 GMT, 04.55 hora local.

—¿Qué aeropuertos quedan cerca de su actual posición? —preguntó la CIA.

—El más próximo es un pequeño aeródromo civil situado en una pequeña población llamada Zabol. Sus instalaciones permiten el aterrizaje nocturno.

¡Zabol!, pensó Duffy. ¿No se mencionaba aquel sitio en las interceptaciones de la NSA? ¿No se había llamado desde allí al móvil clonado de Estambul?

En la gran pantalla que Duffy tenía ante sí se veía a la Cessna describiendo un amplio arco para enfilarse a la pista de aterrizaje. Segundos más tarde se encendieron dos hileras de luces en tierra y la pista quedó iluminada. Aún no había amanecido, y las imágenes procedentes del satélite Jumpseat carecían de la precisión que tenían cuando la avioneta estaba despegando del aeródromo alemán. Ahora eran grisáceas y algo difusas, pero Duffy pudo seguir sin esfuerzo la toma de tierra del aparato y su recorrido por la pista.

El piloto detuvo la avioneta y rodó hacia lo que parecía ser el edificio de administración del aeródromo. En la imagen apareció un Baby Benz 190 negro que iba en dirección a la Cessna.

—A los *mullah* les encantan los Baby Benz —rió en Langley el encargado de la zona iraní—. Entre 1989 y 1993 los compraron por docenas.

Cuando el coche llegó a la avioneta, el piloto detuvo el aparato. El técnico de la NRO enfocó la Cessna y Duffy, fascinado, observó cómo el hombre del abrigo oscuro, que indudablemente era su rival, el Profesor, se apeaba del avión.

—¡Vaya por Dios! —exclamó de pronto—. ¡El tipo se ha caído!

—No se preocupe —dijo el encargado de la zona de Irán—. Está besando el suelo y rezando una oración de acción de gracias, como hizo el ayatolá Jomeini cuando regresó a Irán.

Así era. Terminada su plegaria, el Profesor se incorporó y recibió los abrazos de los cuatro hombres que habían salido del Baby Benz. Dos de ellos, tocados con turbantes, eran evidentemente clérigos. Los otros dos, con armas al hombro, parecían guardas de corps, aunque ninguno de ellos vestía uniforme.

—Pasdaran —aventuró el encargado de la zona de Irán—. Otra vez los guardias revolucionarios.

Siempre sin separarse de su maletín, el Profesor entró en el coche. En la salida del aeródromo, dos 4 x 4 provistos de ametralladoras se colocaron en posición de escolta delante y detrás del vehículo.

La comitiva atravesó a buena velocidad las vacías calles del aún dormido Zabol y siguió por la carretera asfaltada que discurría en dirección sur por terrenos predominantemente deshabitados y sin cultivar. A treinta kilómetros de Zabol, los vehículos pasaron como una exhalación por otra durmiente aldea. Luego la carretera comenzó a ascender hacia unos escarpados montes. Al cabo de kilómetro y medio, la comitiva giró hacia el este por lo que parecía un camino de tierra y casi inmediatamente se detuvo ante un control de carretera atendido por una docena de hombres armados pero no uniformados.

—No se ve a un solo soldado iraní —comentó Langley—. Sólo guardias

revolucionarios. Parece que esta operación la ha organizado única y exclusivamente el Pasdaran.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Duffy.

—Que posiblemente en Teherán hay mucha gente que ignora lo que ahí sucede.

—Pues no cabe duda de que los tipos de la imagen sí saben lo que ocurre y se alegran de que ocurra.

Los guardias parecían estar saltando de júbilo a causa de la llegada del Profesor. El vehículo siguió su marcha, y nuevos guardias se acercaron a recibirlo. Giró a la izquierda y comenzó a subir por una cuesta, seguido por un jubiloso grupo de guardias revolucionarios.

El camino conducía a lo que parecía ser una explanada artificial lindante con un alto promontorio montañoso. De la falda del monte surgía una especie de pórtico que parecía la entrada a una instalación situada bajo tierra o en el interior de la ladera. Un nuevo grupo de hombres, éstos desarmados, salieron en tropel del pórtico y fueron a rodear el coche del Profesor, golpeando con las palmas de las manos la carrocería del vehículo a modo de bienvenida al visitante.

El Profesor salió a aquel mar de brazos y manos. Siempre con su maletín, avanzó por entre el alborozado grupo con el digno paso de un general inspeccionando su guardia de honor, al tiempo que se llevaba una y otra vez la mano a la cabeza y el corazón, repartiendo saludos islámicos. Luego su figura desapareció en el interior de la instalación secreta que los iraníes habían excavado en la ladera del monte.

Bueno —se dijo Duffy—, ya está. Nuestros krytrones llegaron a puerto.

—¡Felicidades, Jimbo! —exclamó Lohnes desde Washington—. Tu idea no podría haber salido mejor.

Duffy estaba demasiado cansado, demasiado agotado por la tensión de las últimas diez horas, para sentir la euforia del éxito. En vez de ello, de pronto se sentía exhausto y hambriento.

—Supongo que, a partir de ahora, tendremos un satélite espionando ese lugar las veinticuatro horas del día —comentó.

—Dalo por hecho. Voy a llamar a la Casa Blanca para anunciar que nuestro plan ha dado resultado.

Duffy se puso en pie.

—Voy a comer algo en la cafetería antes de caer redondo en la cama —dijo al técnico de Menwith Hill que lo acompañaba.

—Vaya. Yo seguiré un rato más aquí, vigilando.

Mientras Duffy se comía una hamburguesa en mitad de la campaña británica, el hombre al que había seguido a través de media Europa y parte de Asia se estaba solazando con la contemplación de lo que, con plena justificación, consideraba un

triunfo de la ingeniería iraní. Sus ingenieros, ingenieros islámicos, habían excavado un laboratorio nuclear plenamente equipado en la ladera de una montaña situada en uno de los últimos confines de Irán. Las instalaciones estaban repartidas en tres plantas, una al nivel del suelo y otras dos excavadas bajo la superficie de piedra caliza. Se accedía a las plantas subterráneas por medio de un par de ascensores, y la entrada principal de la instalación estaba protegida por dos inmensas puertas correderas de acero que permanecían cerradas cuando nadie necesitaba entrar ni salir del laboratorio.

Toda la instalación estaba ventilada por filtros electrostáticos de aire, de modo que en el interior no circulaba ni una partícula de material radiactivo. El aire fresco procedente del exterior era filtrado y mantenido en circulación a una temperatura constante de 18 grados centígrados por medio de enormes unidades de aire acondicionado. Las instalaciones recibían la electricidad necesaria a través de un cable subterráneo que las conectaba con un generador alimentado por gas situado a un kilómetro de distancia.

El equipo del Profesor, constituido por científicos y técnicos formados mayoritariamente en Occidente, había dispuesto allí todo lo necesario para el paso final de la Operación Jalid. Había hileras e hileras de ordenadores, los mejores del mundo, IBM, naturalmente, e incluso un Cray 3X, una máquina sujeta a los más rigurosos controles norteamericanos de exportación que el Profesor había conseguido en la zona libre del canal de Panamá.

Con ayuda de aquellos ordenadores los científicos del Profesor, tras muchas semanas de trabajo, habían obtenido el soñado diseño mediante el cual les sería posible hacer detonar sus tres artefactos nucleares.

El Profesor confió su precioso maletín a un físico de 47 años formado en el MIT, nombrado por él ingeniero jefe de la Operación Jalid. No necesitó decir qué contenía el maletín. El otro lo sabía perfectamente. Amorosamente, el científico se llevó el maletín de cuero a los labios y lo abrazó con el fervor que cualquier otro hombre hubiese reservado para Sharon Stone.

—Venga, Profesor —dijo—. Quiero enseñarle los revestimientos para nuestros tres núcleos de plutonio. —Los revestimientos eran seis hemisferios de cobre finamente laminado que serían fijados en parejas en torno a cada uno de los tres núcleos. Sobre la superficie de cada revestimiento había treinta muescas, «lentes», situadas en los lugares exactos en que, según los cálculos, se obtendría la máxima fuerza explosiva de los tres núcleos.

Calcular con la debida tolerancia la ubicación de aquellas lentes había requerido semanas de trabajo con máquinas laminadoras controladas por ordenador. Habían ido controlando el trabajo por medio del láser, midiendo tolerancias de menos de diez angstroms —la milmillonésima parte de un metro—, una distancia tan

infinitesimalmente pequeña que el ojo humano no podía percibirla ni siquiera con la ayuda del más potente de los microscopios.

El Profesor contempló con admirado pasmo el trabajo de sus ingenieros.

—Dios sea loado —dijo, con voz reverente—. Va usted a conferir un poder sin igual a los guerreros islámicos.

Luego se dirigió a la bóveda en la que estaban almacenados los tres preciosos núcleos de plutonio extraídos de los proyectiles de artillería que el Profesor había comprado en Kazakstán. Cuando los habían sacado de sus vainas, los núcleos tenían forma elíptica, para adaptarse a la configuración de los proyectiles. Luego los habían metido en un horno lleno de gas inerte y los habían fundido en su actual forma esférica. Ahora, convertidos en bolas perfectamente laminadas y pulidas, se encontraban almacenados en «celdas calientes» llenas de gas argón, porque el plutonio, de modo similar al sodio, puede reaccionar ante una atmósfera húmeda estallando en llamas. En cada una de las celdas, un par de mangas permitía que los ingenieros trabajasen con las esferas sin perturbar el gas del interior.

El Profesor mostraba en los labios una resplandeciente sonrisa. Aquella instalación era un inmenso triunfo. Había sido realizada y equipada en apenas un año. Los fondos para tal tarea habían salido de sus cuentas secretas. Todo el proyecto había sido estrictamente supervisado por el Comité de Operaciones Secretas. Sólo unos pocos líderes del régimen, los más destacados, estaban al corriente de lo que allí sucedía. Ninguno de los reformistas que se apiñaban en torno a Mohammed Jatamí, el nuevo y mal aconsejado presidente, tenía ni la menor idea de que el lugar existiese.

Había llegado el momento de informar al comité que él y su precioso maletín habían llegado sanos y salvos a las instalaciones subterráneas.

Digerido ya su temprano pisolabis, Jim Duffy regresó al centro de visualización de Menwith Hill a fin de echar un vistazo a las últimas imágenes antes de regresar a Londres para descabezar un muy necesitado sueño.

Al verlo llegar, el técnico encargado del centro le dijo:

—Me alegro de que haya vuelto. Acaban de llamarlo desde su oficina por línea segura. Quieren que regrese usted a Washington cuanto antes. Si es posible, hoy mismo.

Macbeth ya no podrá dormir —se dijo irónicamente Duffy—, a no ser que lo haga en el Concorde. Se volvió para echar un último vistazo a la instalación secreta de los iraníes. En aquel rincón del Irán oriental ya se había hecho de día, y las imágenes del satélite eran claras y nítidas. A la izquierda de la entrada de la excavación en la ladera del monte había dos edificios idénticos de dos pisos, que tal vez fueran almacenes o cuarteles para los guardias Pasdaran del lugar.

—¡Mire! —dijo al técnico—. Hay gente saliendo por la puerta principal.

—NRO, quiero que enfoques la entrada —pidió el técnico.

Era el Profesor, llevando aún, según Duffy pudo ver, su largo abrigo oscuro. Debía de hacer frío en el lugar. Acompañado por un ayudante, el Profesor se dirigió al centro de la explanada que se extendía frente al escondite de la montaña. El hombre tenía entre las manos lo que a Duffy le pareció un ordenador portátil.

—¡Hijo de puta! —exclamó el técnico—. Ese tipo se ha hecho con uno de esos nuevos teléfonos Inmarsat.

—¿Qué es eso?

—Un teléfono que permite comunicarse directamente vía satélite con una estación de tierra.

El Profesor ya había bajado lo que parecía ser la pantalla del ordenador.

—Qué rapidez. Así nadie podrá triangularlo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el perplejo Duffy.

—¿Recuerda usted al tipo aquél, Dudayev, que dirigía la guerra contra los rusos en Chechenia?

—Claro.

—Bueno, pues él tenía uno de esos chismes. Lo malo fue que habló demasiado por él. Uno de nuestros pájaros interceptó su señal y averiguamos su situación por medio de la ubicación direccional, el mismo sistema que utilizamos aquí. Como era la semana de «seamos buenos con Boris Yeltsin», pasamos la información a nuestros amigos rusos. Lo que ellos hicieron fue utilizar uno de sus misiles aire-tierra SU 25 provisto de guía láser. Lo apuntaron hacia el lugar de procedencia de la señal, dispararon y... adiós Dudayev.

Duffy lanzó un silbido.

—Quizá pudiéramos hacer algo así con el Profesor.

—Eso sólo sería posible si su amigo se volviese más parlanchín.

Cosa que probablemente no hará, pensó Duffy. Hubiera apostado cualquier cosa a que lo que acababa de presenciar era cómo el Profesor realizaba una de aquellas transmisiones BRAINWAVE que la NSA estaba interviniendo y descifrando. Probablemente, antes de que se subiera en el avión de Washington, tendría el texto entre las manos.

LIBRO NOVENO

La bendición del ángel

Duffy se dijo que, comparada con los centros de visualización de imágenes satélite en los que había estado recientemente en la Oficina Nacional de Reconocimiento en Menwith Hill, la Sala de Situación de la Casa Blanca era singularmente poco impresionante. En ella no se veía ninguno de los artilugios electrónicos extremadamente sofisticados que caracterizaban a los otros lugares. Todos los presentes estaban reunidos en torno a una sencilla mesa de conferencias, sentados en sillas que, por su antigüedad, probablemente habían acomodado los augustos traseros de altos mandatarios norteamericanos desde la crisis de los misiles cubanos. El único equipo de alta tecnología visible eran dos monitores de un sistema de televisión en circuito cerrado, ninguno de los cuales estaba funcionando.

Lo que sí resultaba impresionante, sin embargo, era la cantidad y calidad de los personajes políticos y militares reunidos en torno a la mesa. Oficialmente, aquella reunión era una sesión de la Autoridad Nacional de Mando. Si se hubiese preguntado a veinte personas de Washington qué era aquello, probablemente se habrían conseguido veinte respuestas distintas. Era comprensible. La composición de la Autoridad podía variar y variaba dependiendo del tipo de crisis que debiera resolver. Aquella mañana se encontraban presentes los secretarios de Defensa y Estado, el jefe de la Junta de Estado Mayor, el jefe de Duffy, el director de la CIA y el consejero de Seguridad Nacional. Duffy y el doctor Leigh Stein, especialista en armas nucleares del Departamento de Energía, habían sido también convocados debido al especial conocimiento que ambos tenían sobre el tema del que se iba a tratar.

El presidente había decidido encabezar personalmente la reunión. En cuanto el último asistente hubo terminado de servir café y abandonó la sala y el marine de guardia cerró la puerta, el primer mandatario golpeó su taza de café con una cucharilla y anunció:

—Bueno, amigos: comencemos.

El presidente volvió los ojos, azules y penetrantes como láseres, hacia Duffy:

—Enhorabuena, Jim. Su plan no podría haber resultado mejor... ni plantearnos un dilema más grave.

—Señor presidente —interrumpió el director de la CIA—. Tenemos en nuestro poder una interceptación de la NSA sumamente grave referida a este asunto. La hemos distribuido entre todos los interesados, pero quizás algunos aún no hayan tenido oportunidad de verla. Hemos hecho varias copias.

Las distribuyó entre los presentes, todas ellas marcadas «Alto Secreto». Se trataba de una transcripción descodificada del mensaje que Duffy había visto enviar al Profesor a través de su Inmarsat desde el exterior de la instalación subterránea.

En nombre de Alá el Clemente, el Compasivo. Caigan sus bendiciones sobre ti, hermano, y sobre nuestra gran empresa. Los materiales

norteamericanos están ya en manos del hermano que dirige nuestro proyecto y que, con sus ingenieros, está haciendo un magnífico trabajo preparando nuestros artefactos para recibir esos materiales en cuanto hayamos hecho suficientes copias de ellos. En breve nos reuniremos para fijar el calendario de la fase final de la operación, pero tú debes decirle al hermano Mugniyah que se prepare para implementar su parte del plan en el plazo de tres o cuatro semanas.

—Señor presidente —dijo el director de la CIA en cuanto hubo terminado de repartir los textos—, la grabación ininterrumpida de las imágenes vía satélite de la instalación que los iraníes han excavado en esa montaña pone de manifiesto que el tal profesor Bollahi no abandonó esas instalaciones hasta que salió a enviar este mensaje.

—Lo cual, evidentemente, confirma el hecho de que los krytrones se encuentran en algún lugar de esa instalación —comentó el presidente, dejando a un lado la ampliación de una foto vía satélite de las instalaciones que había estado estudiando—. ¿Cuándo y desde dónde se realizó la última emisión de nuestros transmisores?

—El sábado a las tres de la mañana, hora de Greenwich, señor presidente —replicó Duffy—. Las fotos del satélite de reconocimiento Jumpseat muestran que la señal procedía del coche que llevaba a nuestro Profesor desde el aeródromo de Zabol hasta las instalaciones subterráneas.

—Bueno, eso despeja todas las dudas. Ahí es, con toda certeza, donde se encuentran los krytrones —comentó el presidente—. ¿Y qué ocurre ahora con nuestras transmisiones secretas?

—Continuarán según han sido programadas. Uno de nuestros krytrones emitirá una señal a cada hora en punto. Lo que ocurre es que, mientras se encuentren en el interior de esas instalaciones subterráneas, no nos será posible captar tales transmisiones.

—No recuerdo cuánto tiempo me dijeron que podía estar transmitiendo.

—Cincuenta días.

—O sea, que si esos chismes salen de su actual escondite en los próximos cincuenta días, nosotros lo sabremos, ¿no?

—No necesariamente, señor. Recuerde que los transmisores que instalamos en esos doce krytrones estaban programados para funcionar por turno. Cada uno de ellos transmite un *bip* a intervalos de una hora durante un plazo de cinco días, y luego comienza a emitir otro de los krytrones. Así que el hecho de que logremos recibir la señal si algunos de los krytrones abandonan esa instalación, ya sea dentro de una bomba o de cualquier otro modo, dependerá de que el krytrón que en esos momentos esté emitiendo se encuentre entre los que han salido al aire libre.

Aquella explicación no le hizo la menor gracia al presidente.

—Así que no tenemos ninguna garantía de que podamos detectar esos malditos chismes si salen, en la forma que sea, de esas instalaciones.

—No, señor, no la tenemos.

—Supongo que debemos partir de la base de que los «artefactos» que se mencionan en esa interceptación de la NSA son estos tres proyectiles nucleares que andamos buscando.

—Creo que pensar de otro modo sería una insensatez, señor presidente —dijo el doctor Leigh Stein, el especialista del Departamento de Energía—. Si se proponen utilizar esos krytrones como detonadores de esos tres proyectiles nucleares, los krytrones y los núcleos de plutonio permanecerán inseparablemente unidos.

El presidente lanzó un suspiro de cansancio y miró a su alrededor.

—¿Alguien está en desacuerdo con lo que acaba de decir el doctor Stein?

Nadie dijo nada.

—Creo que en el texto que hemos descifrado hay otro punto digno de comentario, señor presidente. El «hermano Mugniyah» al que se refiere es casi con toda seguridad Imad Mugniyah, el hombre responsable del atentado contra nuestra embajada en Beirut y de la destrucción del cuartel de los marines. Actualmente vive en Teherán. Le han concedido la ciudadanía iraní y un pasaporte diplomático para viajar. Si él anda metido en esta operación, es casi seguro que están preparando algún tipo de acto terrorista.

—¿Contra Israel?

—Muy probablemente. Pero también puede ir dirigido contra los campos petroleros sauditas. De ese modo matarían a un montón de norteamericanos, y convertirían la mayor zona petrolera del mundo en un desierto radiactivo. Piense en el impacto de algo así sobre la economía mundial. Y, desde luego, no podemos desechar la posibilidad de que traten de meter un artefacto nuclear en Estados Unidos para hacerlo detonar en una de nuestras ciudades.

—¿Cree usted que algo así es realmente posible?

—Desde luego. El Instituto de Estudios Estratégicos e Internacionales realizó hace poco un ejercicio llamado «Átomo Salvaje», que postulaba un ataque de ese tipo y ponía de manifiesto lo terriblemente vulnerables que somos a un atentado de ese tipo.

El presidente apoyó las manos en el tablero de la mesa y luego las cerró en torno a su taza de café. Con triste y resignado tono, dijo:

—Bueno, antes de que todo esto comenzara, ya sabíamos que los iraníes tenían en su poder esos tres proyectiles nucleares. Ahora sabemos dónde están esos malditos chismes. Y tenemos indicios sobrados de que esa gente cree poder detonarlos. Por último, parece que están a punto de idear un plan para hacer uso de ellos en el plazo de tres o cuatro semanas. ¿Qué demonios hacemos? ¿Debemos hacer uso de la fuerza

e ir a por esos condenados artefactos, o a alguno de ustedes se le ocurre una solución de tipo diplomático para esta crisis?

—Señor presidente... —dijo la secretaria de Estado. En los días posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando los sionistas estaban peleando contra los ingleses, tratando de crear un estado judío en lo que a la sazón era Palestina, se decía en broma que Golda Meier era el único miembro de la Agencia Ejecutiva Judía que tenía un par de pelotas. Una broma similar circulaba ahora respecto a la secretaria de Estado del presidente. La mujer prosiguió—: Todos los presentes hemos repetido hasta la saciedad que el mayor riesgo de seguridad en la era de la posguerra fría es la posible proliferación de armas nucleares, biológicas o químicas en Oriente Próximo. Durante nuestro enfrentamiento con Saddam Hussein causado por la negativa de éste a recibir a los equipos de inspección de armamentos de las Naciones Unidas temimos llegar a una situación como ésta. En aquel caso, sin embargo, actuamos basándonos en sospechas. En sospechas muy bien fundadas, pero sospechas a fin de cuentas.

Se quitó las gafas de lectura como si, de algún modo, aquel gesto pudiera dar más peso a las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Pero el caso que nos ocupa es distinto. Ahora nos enfrentamos a hechos probados e indiscutibles.

Lanzó un suspiro, consciente de lo poco que iba a gustarles a sus colegas varones lo que estaba a punto de añadir.

—Simplemente, no podemos permitirnos el lujo de quedarnos calzados de brazos esperando a ver qué deciden hacer los iraníes con esos artefactos. Debemos demostrar al mundo que hablamos en serio cuando decimos que existe una línea que no permitiremos cruzar a fanáticos como los iraníes.

La mujer hizo una nueva pausa para enfatizar la importancia de lo que iba a decir a continuación.

—Si vamos a ser la única superpotencia mundial, ya es hora de que comencemos a comportarnos de modo acorde con ese estatus. Debemos actuar. Debemos ir allí y apoderarnos de esas malditas armas o destruirlas. Además, estoy convencida de que debemos hacerlo solos y en el mayor de los secretos. La hora de dar explicaciones al mundo será después de que actuemos, no antes.

Tan duras y tajantes palabras sumieron a la concurrencia en un preocupado silencio.

—¿Hay alguien que quiera añadir algo? —quiso saber el presidente.

—O sea, que no vamos a buscar la cobertura de una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —preguntó el consejero de Seguridad Nacional.

—Eso sería desastroso, señor presidente —dijo la secretaria de Estado—. En la ONU lo único que se hace es hablar. Discutirán la idea hasta acabar con ella, como hicieron con nuestro intento de actuar contra Saddam Hussein. Debemos mantener

esto en el más absoluto de los secretos. Como se nos ocurra hacerlo público, los franceses, los alemanes, la ONU, los chinos y los rusos comenzarán a gritar: «¡Basta! ¡Sean pacientes! ¡No hagan nada, que nosotros convenceremos a los *mullah* de que sean buenos!». En resumidas cuentas: pondrán sobre aviso a los iraníes acerca de nuestras intenciones y con ello aumentarán nuestras bajas cuando al fin actuemos como, sin lugar a dudas, tendremos que terminar haciendo.

—¿Y qué pasa con nuestros aliados? —insistió el consejero de Seguridad Nacional.

—Cuando estemos listos para actuar, quizás el presidente deba informar al primer ministro Blair...

—¿Y los franceses, y los alemanes?

Unas ahogadas risas acogieron la pregunta. La secretaria de Estado replicó:

—Los franceses no nos creerán si les decimos que los iraníes tienen tres proyectiles nucleares. Dirán: «Ya están otra vez los norteamericanos buscando pleito con los *mullah*». Si intervenimos, tendremos que mostrarles esos malditos proyectiles a Jospin y Chirac para que nos crean. —La secretaria de Estado hizo una pausa y siguió—: Supongo que los alemanes manifestarán una cierta preocupación. Sin embargo, no permitirán que este problema haga peligrar sus intereses comerciales. Sospecho que le dirán: «Resuelva el problema, señor presidente. Nosotros le sostendremos la chaqueta, pero, por favor, no nos meta en el lío».

—¿Y los rusos? —preguntó el presidente.

Por una vez, la siempre imperturbable secretaria de Estado perdió la calma.

—¡No, ni hablar! ¡No podemos decirles nada! En cuanto les contemos lo que va a ocurrir, ese cabrón de Primakov telefoneará a Teherán para informar a los iraníes de nuestros planes. En el terreno diplomático, de lo único de que debemos ocuparnos es de preparar un mensaje al presidente Jatamí durante el ataque, asegurándole que no se trata de un acto de guerra, sino de una acción policial aislada cuyo único propósito es el de capturar y desmantelar esos proyectiles nucleares. Unos proyectiles nucleares que, probablemente, Jatamí ni siquiera sabe que existen.

—Existe otra consideración, igualmente seria, a la que la señora secretaria ha aludido de refilón, señor presidente. Se trata de Israel. —El que había hablado era el secretario de Defensa, en cuya voz se percibía un ligero acento de Maine—. Tal vez en estos momentos los israelíes no estén aún al corriente de que al fin hemos logrado localizar esos tres proyectiles nucleares. Pero tenga la certeza de que no tardarán en saberlo. En Norteamérica no hay secreto referente a Oriente Próximo del que, tarde o temprano, y más bien temprano que tarde, no se enteren los judíos.

—¿Y qué cree que harán los israelíes cuando sepan lo que ocurre?

—Actuarán sin vacilación y con toda la fuerza que consideren necesaria a fin de eliminar la amenaza que para su existencia suponen esas armas. No olvide, señor, que

el exministro de Defensa de Israel ha declarado públicamente que, para evitar que Irán desarrolle armas nucleares, Israel está dispuesto a lanzar un ataque preventivo.

—Muy bien. Póngame al corriente sobre los efectivos nucleares israelíes.

—Israel posee un arsenal nuclear mayor que el de Inglaterra. Tienen al menos setenta artefactos esperando a ser montados en la base de la fuerza aérea de Tel Nof, en el Negev. Y tienen casi otros tantos ya listos para ser metidos en las ojivas de los misiles Jericó que guardan en búnkeres subterráneos en las montañas de Judea.

El presidente, entre atónito y desolado, se llevó las manos a la cabeza.

—Y todo ese arsenal sobrevivirá a cualquier cosa que los iraníes hagan con esos tres proyectiles nucleares. Esto es totalmente disparatado. Los *mullah* no pueden estar tan locos para atacar a una nación poseedora de semejantes armas disponiendo ellos mismos de sólo tres armas atómicas.

—Señor presidente: dos de esos tres artefactos, uno en Tel Aviv y otro en Haifa, podrían borrar del mapa a tres cuartas partes de la población de Israel. Es cierto que, cuando el polvo radiactivo se pose. Irán habrá dejado de existir; pero para todos los efectos prácticos, Israel también habrá desaparecido. Es un planteamiento demencial, que tal vez ni usted ni yo seamos capaces de aceptar, pero a los *mullah* más fanáticos les parece perfectamente razonable. Y los israelíes lo saben. En cuanto averigüen el paradero de los tres artefactos nucleares, entrarán en acción, créame.

—Además —intervino el director de la CIA—, tenga usted la certeza de que los *mullah* tratarán de que sean otros, por ejemplo los palestinos, quienes carguen con la culpa.

—Los israelíes no son tan estúpidos como para tragarse algo así —declaró el secretario de Defensa—. Aunque nosotros, con nuestra ingenuidad habitual, tal vez sí nos lo creyéramos.

El presidente se volvió hacia el jefe de la Junta de Estado Mayor y preguntó:

—¿Podrían los judíos destruir ellos solos esas instalaciones?

El general Theodore *Tad* Taylor aspiró profundamente, expandiendo al hacerlo la chaquetilla de su uniforme, adornada con cinco hileras de galones ganados durante tres turnos de servicio: en Vietnam, en la invasión de Panamá y en la guerra del Golfo.

—Francamente, señor presidente, a no ser que opten por utilizar un misil nuclear, cosa que en este caso resulta poco probable, pienso que esta operación les viene grande. Creo que recurrirán a nosotros en busca de ayuda militar, como por ejemplo el apoyo aéreo de los cazas de los portaaviones que tenemos en el mar Árabe, mientras las tropas judías de superficie acaban con la instalación iraní.

»Así que, tanto si vamos nosotros mismos en busca de los proyectiles nucleares como si permitimos que sean los israelíes quienes lo hagan, terminaremos cosechando tempestades de indignación en todo el mundo.

»Cuenta con ello, señor presidente.

El presidente se levantó y comenzó a pasear por un extremo de la sala, con las manos a la espalda, el mentón bajo, casi hundido en el pecho, y una sombría expresión en el rostro. Sus asesores permanecieron en respetuoso silencio, impresionados por la profunda angustia personal que aquel debate estaba produciendo en el primer mandatario. Al fin, el presidente se detuvo.

—No obstante —dijo—, ¿no están intentando los iraníes reducir los excesos de su política? ¿Acaso no intenta el presidente Jatamí sacar a Irán de su aislamiento y buscar el diálogo, incluso con nosotros?

La secretaria de Estado replicó:

—Señor presidente, no dudo ni por un momento de la sinceridad del señor Jatamí. Ni tampoco dudo que él represente los deseos de la mayoría del pueblo iraní. Lo que sin embargo no representa es la voluntad de quienes tienen el verdadero poder en Irán.

El secretario de Defensa intervino:

—Un ejemplo, señor: poco menos de una semana antes de que Jatamí concediera aquella famosa entrevista a la CNN, nuestros satélites captaron en las instalaciones de Shahid Hemat, en las proximidades de Teherán, la huella calorífica de una prueba del motor para su nuevo proyectil balístico, con un alcance de mil trescientos kilómetros. Fue como si los de la línea dura del gobierno nos estuviesen diciendo: «Olvídense de Jatamí. Aquí los que mandan somos nosotros».

El que ahora intervino fue el director de la Agencia Central de Inteligencia.

—Señor presidente, creo que, por una vez, los análisis de la situación en Irán de la CIA y del Departamento de Estado coinciden. Ese país está llegando a una encrucijada. La gran cantidad de votos que consiguió Jatamí en las elecciones presidenciales fue un gran revés para los *mullah* de la línea dura, que ahora están llenos de aprensiones y temores. Los hechos demuestran que, tras dieciocho años de gobierno islámico, los iraníes son presa del desencanto. Creo que en estos momentos en Irán hay menos islamistas acérrimos que en Turquía, Egipto o Sudán. Y, desde luego, muchos menos que en Argelia.

»Estamos convencidos de que Jatamí y los suyos se oponen a seguir con el programa armamentístico. Pero el auténtico poder, al menos por ahora, sigue en manos de fanáticos convencidos de que, tanto ellos como lo que ellos representan, están amenazados por los cambios que se están produciendo en el país. Están ansiosos de contraatacar, de reafirmar ante el mundo su liderazgo.

—¿Y cómo van a hacerlo, teniendo en cuenta al presidente Jatamí y a sus millones de partidarios? —preguntó el presidente.

—Recuerde el dicho de Mao Zedong: «El poder brota del cañón de un fusil». Ellos, la Pasdaran, la guardia revolucionaria, tienen los fusiles. Desde la guerra con

Irak han dejado que su organización militar convencional se desmorone. Fíjense en las imágenes vía satélite que hemos recibido del lugar descubierto gracias al señor Duffy. Por ningún lado se ve a un solo militar iraní uniformado. La cosa parece montada única y exclusivamente por la guardia revolucionaria. ¿Y quién está detrás de la Pasdaran, señor presidente? Los *mullah* de la línea dura, ni más, ni menos.

—Utilizan como fachada de sus actividades una organización llamada Comité de los Siete, que no tiene nada que ver con el Gobierno del presidente Jatamí propiamente dicho. Cuatro de sus componentes son viejos miembros de la Pasdaran. Uno de sus cometidos, por cierto, es el de supervisar la recaudación del dinero de las drogas. Y también protegen el paso de esas drogas y se cercioran de que nadie atraviese Irán con droga sin echar su monedita en la hucha de la Pasdaran. Uno de los grupos disidentes mejor informados calcula que el año pasado pasaron por Irán doscientas toneladas de morfina base, el triple que en 1990. Los otros tres miembros del Comité de los Siete son lo que ellos llaman *bazaari*, genios financieros que saben cómo mover e invertir el dinero que están ganando, escondiéndolo en cuentas que luego usan para financiar programas de cuya existencia no quieren que se entere gente como Jatamí. Programas como el de apoyo a los terroristas o el de la compra de esas armas.

El presidente volvió a ocupar su asiento y, dirigiéndose a la secretaria de Estado, preguntó:

—¿Cuál cree que será el impacto de nuestra operación en el mundo musulmán, señora secretaria?

—Ninguno de los vecinos de los *mullah* desea vivir junto a un Irán provisto de armas nucleares, señor, ni siquiera de armas nucleares tan limitadas como éstas. Los políticos y militares turcos, la familia real Saudita, los otros dirigentes del golfo Pérsico, el sirio Assad e incluso, Dios nos ayude, Saddam Hussein, nos agradecerán en privado que les demos una lección a los iraníes, aunque públicamente se mostrarán reticentes.

—Son las masas musulmanas las que se pondrán en pie de guerra —añadió el secretario de Defensa—. Desde Marruecos a Indonesia. Habrá ataques contra un par de nuestras embajadas, y quizá resulten muertos unos cuantos turistas norteamericanos.

El presidente, que ya estaba imaginando tales asaltos, meneó la cabeza.

—¿Y si no hacemos nada? ¿Y si esperamos a que intenten a hacer uso de esos artefactos y entonces anunciamos que estamos al corriente de lo que se proponen hacer, dejando claro que si siguen con sus planes nuestra respuesta será rápida y devastadora?

—¿Qué respuesta, señor presidente? —preguntó la secretaria de Estado—. ¿Mandamos una cabeza nuclear contra Teherán? ¿Matamos a miles de iraníes

inocentes que, en su inmensa mayoría, se hubieran opuesto a lo que los *mullah* pretenden hacer? ¿Qué clase de respuesta es ésa? ¿Qué clase de reacción cree usted que provocaría una cosa así en el mundo musulmán? No, señor presidente, debemos mantener esto por debajo del nivel nuclear. Nuestras armas de destrucción masiva no nos sirven para nada en este caso. Como ya dije al comienzo de esta reunión, debemos ir allí y capturar esas armas, y debemos hacerlo solos y por nuestra cuenta.

—Hay otro punto que debemos tener en cuenta, señor presidente —añadió el consejero de Seguridad Nacional—. Alguien, quizás el vicepresidente, tendría que poner a los líderes del Congreso al corriente de lo que ha sucedido y mantenerlos plenamente informados de cuantas acciones pensemos llevar a cabo. Pero no creo que nos cueste mucho obtener su aprobación. Sólo nos crucificarán en el caso de que no hagamos nada.

El presidente lanzó un nuevo suspiro y se volvió otra vez hacia el director de la CIA.

—¿Sería posible efectuar una acción secreta? —preguntó.

Al oír la pregunta, una fugaz sonrisa cruzó por el grave rostro del general Taylor. Aparta este cáliz de nuestros labios pensó el general. Pásaselo a la CIA. Naturalmente, sabía que aquello no iba a ocurrir, pues las acciones secretas ya no eran posibles.

El jefe de Duffy tardó tres minutos completos en explicar por qué: la agencia, desde los días de Woolsey e incluso antes, había concentrado sus esfuerzos en los medios técnicos, no en los medios humanos. No tenía a ningún agente infiltrado en el programa armamentístico iraní y a muy pocos en el interior de la estructura del Gobierno del país. La CIA podía ayudar a los militares facilitando información, pero ya habían quedado muy lejos los días en que se podía derrocar a un Gobierno iraní con una muchedumbre de luchadores de lucha grecorromana y de mercaderes de bazar.

Como el general Taylor sospechaba que terminaría pasando, la pelota volvía a estar en el terreno de los militares. Volviéndose hacia él, el presidente preguntó:

—Bueno, ¿qué hacemos para preparar las opciones de fuerza de las que hablamos la semana pasada?

—Señor, como usted sabe, hemos dividido el mundo en cinco mandos geográficos. Irán pertenece al CENTCOM^[15], el antiguo departamento de Norman Schwarzkopf en Tampa, Florida. Allí están trabajando en este asunto desde que usted dio la orden la semana pasada. Y desde el sábado, gracias al señor Duffy, tienen un objetivo preciso para su misión y disponen de fotos satélite para estudiar dicho objetivo. Resulta que el USSOCOM^[16] también se encuentra en Tampa. Allí están estudiando las opciones menos convencionales.

—¿Cuándo podrán darme su informe?

Sin vacilar ni un momento, el general respondió:

—El miércoles a las diez de la mañana, señor.

—Muy bien. —Duffy creyó percibir una nota de resignada desesperanza en la voz del presidente—. No me gusta, pero ¿qué se le va a hacer? Parece que no hay alternativa. Tendremos que ir en busca de esos proyectiles nucleares. Lo único que queda por decidir es cómo lo hacemos. Los quiero a todos aquí el miércoles a las diez para sopesar las opciones de fuerza. Y una cosa, general Taylor: quiero hablar con los responsables directos. Con los hombres que se encargarán de la operación, no con burócratas del Pentágono.

La noche ya había caído sobre los desnudos montes del Irán nororiental, pero en el interior del laboratorio del Profesor la jornada de trabajo seguía. El hombre al que el Profesor había encomendado la parte científica de la Operación Jalid, el doctor Parvis Janlari, un físico nuclear diplomado en el MIT estadounidense, desplegó un paño negro de terciopelo sobre el escritorio del Profesor.

Janlari era un hombre bajo y flaco, de pronunciadísimos pómulos, una anomalía que en un rostro femenino hubiera resultado atractiva pero que en uno masculino no resultaba más que eso: una anomalía. Cuidadosamente, el doctor fue dejando uno a uno sobre el negro paño los doce krytrones de la EG&G.

El Profesor cogió uno de ellos y lo estudió, sonriente.

—¡Qué cosa tan pequeña! —rió—. Y pensar en el dinero y en los esfuerzos que nos ha costado conseguirlo. —Señaló los tres cables que salían del bulbo de cristal del krytrón—. ¿Qué son?

—Se llaman «terminales de coleta» —explicó Janlari—. El primero de ellos va conectado a la batería del detonador, cuya antena estará programada para recibir nuestra señal de radio predeterminada. Cuando la antena reciba la señal, cerrará un relé que a su vez enviará una carga de doscientos cincuenta voltios al primero de los terminales. Entonces, el segundo terminal coleta abrirá la conexión entre los krytrones de nuestro circuito detonador y el condensador que lleva conectado. Esto provocará una onda cuadrada procedente del condensador que tardará en pasar de cero a cuatro mil voltios alrededor de un microsegundo. Es un lapso tan breve que, en comparación, un parpadeo dura toda una vida.

El Profesor meneó la cabeza, adecuadamente impresionado.

—La descarga —siguió Janlari— es transmitida simultáneamente al explosivo situado en cada uno de los puntos de detonación de nuestra bomba.

—¿Y podrás hacer todas las copias necesarias de estos krytrones en sólo dos semanas?

Con cara de inmensa satisfacción, Janlari replicó:

—No hará falta.

—¿Cómo?! ¿Por qué?

—Colocar un krytrón y un condensador en cada punto de detonación era la técnica que se utilizaba en la primera generación de bombas de plutonio. Y ésa es también la técnica a la que, si bien indirectamente, se alude en los manuales publicados. Pero durante los últimos veinticinco años, tanto los rusos como los norteamericanos han utilizado diseños mucho más avanzados que les permiten utilizar sólo un krytrón y un condensador para cada hemisferio de sus bombas. Ese nuevo diseño es el que me propongo usar. —Con la sonrisa de satisfacción aún en los labios, Janlari siguió—: Desde que usted se fue a Alemania, nuestros ordenadores han estado haciendo horas extras. Ya hemos conseguido un diseño mediante el cual nos será posible conseguir la detonación con sólo dos krytrones, como hacen los norteamericanos y los rusos.

—¿Estás seguro? ¿No sería mejor hacerlo a la antigua?

—Qué va. El sistema de detonación que propongo es mucho más fuerte y fiable. Lo fundamental es, en primer lugar, determinar con total exactitud los treinta puntos de detonación, colocar las lentes y, en segundo lugar, conseguir que el explosivo que contienen detone de forma perfectamente simultánea.

—¿O sea que podemos comenzar a montar las bombas inmediatamente con sólo seis de los krytrones que conseguí en Alemania?

—Exacto. Naturalmente, también necesitaremos colocar un tercer krytrón en cada bomba, para que dispare un cañón de neutrones en el momento de la explosión.

—¿Qué es eso? —preguntó el Profesor. Era la primera vez que oía el término «cañón de neutrones»—. ¿Disponemos de algo así?

La satisfacción seguía brillando en los ojos de Janlari.

—Desde luego. Le compramos seis al doctor Boris Gregori en Ekaterimburgo. El doctor trabajaba en el antiguo centro nuclear soviético Sverdlosk cuarenta y cinco. Como allí necesitan fondos desesperadamente, venden ese material para ser utilizado con los explosivos que se emplean en las perforaciones petroleras. Son prácticamente idénticos a los cañones de neutrones que utilizaban en las bombas. Lo único que les cambiaron fue el exterior.

Janlari se puso en pie y siguió:

—Bajemos al taller subterráneo, Profesor. Allí le enseñaré una maqueta que le permitirá ver el aspecto que tendrá nuestra bomba cuando la terminemos y cómo funciona exactamente.

Una vez en el nivel inferior del laboratorio, Janlari condujo al Profesor a un pequeño taller, de cuyo techo colgaba lo que parecía ser un balón de fútbol lleno de metal y cortado por la mitad. El científico formado en el MIT lo señaló con el orgullo de un padre mostrando a su primogénito. Con voz reverente, dijo:

—Esto, señor, es una maqueta exacta de nuestra bomba.

El núcleo de plutonio estaba representado por una bola de plomo del tamaño de un pomelo cortado por la mitad. Una fina capa de cobre recubría el plomo, tal como ocurriría en las auténticas esferas de plutonio. Janlari señaló el siguiente cerco metálico que rodeaba el cobre.

—Esto —dijo— es lo que llamamos un reflector, berilio rodeado por tungsteno. Cuando la bomba detone, la inmensa fuerza del potente explosivo situado aquí — señalaba el revestimiento final de un material de color blanco yeso que cubría cada uno de los hemisferios de la bomba— aplastará con su inmenso impacto el berilio contra el núcleo de plutonio. La idea es mantener íntegro el núcleo en explosión durante el tiempo suficiente para que los neutrones procedentes del plutonio reboten contra el núcleo. De este modo se maximiza la potencia de la explosión nuclear.

El Profesor contempló en pasmado silencio el milagro conseguido por sus científicos. Tanto trabajo, tanto tiempo y tantos recursos invertidos y al fin tenía ante sí la culminación de todos aquellos esfuerzos. «Con esto —se dijo—, podremos destruir al fin Israel y acabar con la influencia materialista y sexualmente depravada de los norteamericanos, que envuelve con sus corruptores tentáculos *Dar el Islam*, la tierra del islam». Tendió la mano y acarició la superficie de la bomba con la ternura que cualquier otro hombre hubiera reservado para las mejillas de su amante.

—¿Y ese cañón de neutrones que mencionaste antes?

—Sí —replicó Janlari—. Como ya dije, la clave de una detonación satisfactoria es la velocidad y la perfecta simetría de la explosión. La onda de choque rebota hacia dentro, el metal de plutonio se licua a causa del impacto y su presión aumenta inmensamente. En ese preciso instante utilizamos el tercer krytrón para disparar el cañón de neutrones.

Janlari tomó lo que parecía un pequeño pedazo de tubería metálica.

—Este tubo es un cañón de neutrones. Básicamente, contiene tritio. El krytrón envía al cañón una inmensa carga eléctrica de alto voltaje, cuatro mil kilovoltios, y éstos hacen que los núcleos de tritio se fundan y, al hacerlo, desprendan un inmenso caudal de neutrones.

»El cañón —siguió, señalando el tubo— dispara ese chorro de neutrones contra el núcleo de plutonio en el momento de máxima compresión para desencadenar el proceso de fisión, es decir, la explosión nuclear. La clave radica en que la detonación se produzca en el instante exacto.

—¿Y puedes conseguirlo?

—Desde luego.

El Profesor abrazó a Janlari y lo besó en ambas mejillas.

—Has demostrado que la confianza que depositamos en ti estaba plenamente justificada. Tú y tus ingenieros sois el equivalente moderno de los grandes sabios y científicos islámicos que, allá por los siglos trece y catorce, pusieron los cimientos de

gran parte de las modernas ciencias. Gracias a vosotros, el futuro nos pertenece.

—Como ustedes saben, caballeros, creo firmemente en la doctrina Colin Powell. —El teniente general Charles *Corky* McCordle, comandante en jefe del Mando Central Militar norteamericano, hizo una pausa para que los oficiales de Estado Mayor a los que había convocado al edificio amarillo de estuco situado en el 715 del South Boundary Boulevard, en los terrenos de la base MacDill de la fuerza aérea, sita en las proximidades de la bahía de Tampa, en Florida, asimularan sus palabras—. Siempre que sea necesario hacer uso de la fuerza, debe hacerse de forma arrolladora, contra un objetivo claramente definido, y con una idea igualmente bien definida de cuál es la meta de la misión y de cuándo y cómo podrá concluirse.

Hizo una pausa y luego, con voz algo más suave, continuó:

—En este caso, sin embargo, se nos ha ordenado que presentemos al presidente y a la Autoridad Nacional de Mando dos opciones de fuerza: una convencional y otra que implique a Operaciones Especiales. Aunque no me hace la menor gracia que los cretinos de Operaciones Especiales invadan mi territorio, no tengo alternativa. Tendré que dejarlos que se luzcan delante del presidente.

Tosió y luego encendió un Marlboro light, un acto reflejo que ilustró su total indiferencia hacia las advertencias de la Sociedad Norteamericana contra el Cáncer.

—Por consiguiente —siguió—, debemos cerciorarnos de que los de Operaciones Especiales están sintonizados en nuestra misma onda. Deben tener acceso a los mismos informes de inteligencia y a las mismas fotos satélite que nosotros.

Cogió de su escritorio los papeles en que estaba redactada la orden del Pentágono y señaló con ellos a su G2, su oficial de inteligencia.

—Debe usted ponerse de acuerdo con su colega del USSOCOM. Quiero que todos empleemos los mismos datos y partamos de idénticas premisas. Deseo que los dos realicen un análisis conjunto de la situación del enemigo. Sobre el terreno. ¿Cuál es su fuente de refuerzos más próxima? ¿Cuánto tardarán los refuerzos en llegar desde esa fuente? ¿Cómo llegarán esos refuerzos? ¿Por avión? ¿Por helicóptero? ¿O tendrán que utilizar vehículos de superficie?

—Entendido, señor —dijo el G2, un general del ejército de tierra, al tiempo que pensaba: Mierda, los iraníes no serían capaces de salir ni de una trinchera llena de palomitas de maíz. Ya nos lo demostraron en su guerra con Irak.

McCordle se volvió hacia el encargado de la fuerza aérea, un general de división de aviación.

—Deseo que detalle usted, tanto para nosotros como para el USSOCOM, qué tipo de cobertura aérea se necesitará para esta operación y de dónde procederá. ¿Podremos arreglarnos con dos portaaviones clase Nimitz situados en el mar Árabe? ¿Qué tipo de cobertura obtendríamos de ese modo?

—Cuarenta bombarderos capaces de volar en todas las condiciones atmosféricas, más otros cuarenta cazas de ataque FA-18 Hornet, y cuarenta cazas Tomcat F14D para ocuparse de cualesquiera aparatos rápidos iraníes que traten de alzar el vuelo y enfrentarse a nuestra fuerza de ataque.

—¿No deberíamos considerar la posibilidad de un ataque preventivo a gran escala que deje fuera de combate a la aviación iraní antes de nuestro ataque, general? —preguntó el jefe de Estado Mayor de McCordle.

—Pues sí, claro que sí, pero esa posibilidad no se menciona en nuestras órdenes. Un ataque así equivaldría a un acto de guerra abierta contra Irán, y está claro que no es eso lo que desea el presidente. Él quiere que vayamos, que cojamos esos tres proyectiles nucleares y que nos larguemos con viento fresco.

—Pide mucho.

—Ése es su privilegio. Ahora que sabemos que esos tres artefactos están ahí, por nada del mundo dejará el presidente de ir a por ellos. Mi tarea consiste en convencerlo de que lo haga utilizando una fuerza de combate abrumadora y en cerciorarme de que todo se realice de la forma más presentable posible. —McCordle lanzó un ronco carraspeo, secuela de los dos paquetes diarios de Marlboro que se fumaba—. Veremos con qué se descuelgan esos patanes de Tampa Point. Todos volaremos juntos a la base Andrews a las trece horas del martes y, en cuanto lleguemos a nuestro destino, informaremos al secretario de Defensa y a la Junta de Estado Mayor en el Tanque. —El Tanque era el centro de conferencias de la Junta de Estado Mayor en el Pentágono—. El miércoles por la mañana informaremos a la Casa Blanca. Procuremos hacer las cosas bien, caballeros.

Los «patanes» se encontraban a menos de un kilómetro de distancia, en un edificio amarillo de tres pisos casi idéntico situado en el 7701 del Tampa Point Boulevard. Allí se encontraba la sede del USSOCOM. El mando agrupaba a varias organizaciones que se habían hecho famosas en el cine y en los noticieros: los Boinas Verdes, los U. S. Navy Seals, y la Fuerza Delta.

Aquella mañana, la atención del comandante del USSOCOM, el general de división Clint Marker, estaba centrada en la Fuerza Delta porque, si el presidente decidía emplear para el asalto a Irán la opción de Operaciones Especiales, sería la Fuerza Delta la elegida para hacerlo.

Siendo él mismo un veterano de la Fuerza Delta, Marker había escogido personalmente al hombre que dirigiría la misión. Se trataba de Charlie *Crowbar* Crowley, un coronel de 45 años callado y casi introvertido, la antítesis de la imagen a lo Sylvester Stallone que el público tenía de los oficiales de Delta. En realidad, esa imagen, fruto de la imaginación de los guionistas de Hollywood, no podía estar más lejos de la realidad. Como había observado un Ranger veterano que había trabajado

frecuentemente con los hombres de Delta, «Uno podría tener un tipo de Delta a cada lado y no enterarse siquiera de su presencia».

La fuerza se enorgullecía de que sólo los mejores tenían cabida en sus filas. Literalmente, apenas resultaba elegido uno de cada cien candidatos. Éstos eran seleccionados tras semanas y semanas de rigurosas pruebas destinadas a medir su capacidad psicológica para actuar en las circunstancias más duras y con las mayores tensiones.

Para los mandos se efectuaba una selección tan rigurosa como para los soldados y, una vez admitidos, se esperaba que unos y otros mantuvieran el mismo nivel de idoneidad. En las filas de Delta no había prácticamente ningún oficial formado en West Point. Los mandos de Delta debían ser capaces de operar sin una estructura de mando convencional, cosa que a la mayor parte de los oficiales de academia les era imposible. Mandos y soldados compartían el mismo comedor y la misma comida. Un dicho habitual en la fuerza resumía las relaciones entre unos y otros: «Cuando hay que cargar el camión, todo el mundo arrima el hombro».

Esa filosofía no siempre era del agrado de los militares regulares, y era responsable de muchas de las tensiones que existían entre Delta y otras organizaciones similares. La fuerza se había originado durante la presidencia de Jimmy Carter, cuando una fuerza de élite alemana, la GSG9, asaltó un 747 de Lufthansa secuestrado en Mogadiscio y liberó a los pasajeros sin causar entre ellos bajas mortales.

—¿Somos capaces de hacer algo así? —preguntó Carter a su consejero de Seguridad Nacional. Zbigniew Brezinski. Claro que sí replicó Brezinski. En realidad, Estados Unidos carecía de tal capacidad pero, bajo la atenta supervisión de Brezinski, el coronel Charlie Beckwith se puso a la tarea de crear una fuerza similar a la GSG9. Para los que formaban o habían formado parte de la fuerza constituía una permanente mortificación el hecho de que el nombre de Delta estuviera siempre relacionado públicamente con su fracaso más desastroso, la malhadada misión para rescatar a los rehenes que los radicales estudiantiles iraníes mantenían retenidos en la embajada estadounidense en Teherán.

El hecho de que en aquella misión participase un conglomerado de organizaciones del que Delta sólo era una más, y de que la acción se emprendiera sin el más mínimo preparativo previo fue convenientemente ignorado por el público.

A partir de entonces, las acciones de Delta no volvieron a aparecer en la prensa, pero la organización había desempeñado papeles clave en operaciones secretas en Beirut y en Afganistán, y en la localización y posterior detención o eliminación de Pablo Escobar y el resto de los componentes del cártel de Cali. Recientísimamente, Delta había preparado planes para la detención de criminales de guerra serbios como Radovan Karadzic, en el improbable caso de que los líderes de la alianza occidental

decidieran actuar contra ellos.

Sin embargo, pese a los éxitos cosechados con posterioridad a 1979, el estigma de aquella desastrosa primera misión continuaba pesando sobre la Fuerza Delta. Lo doloroso que era aquel recuerdo quedó reflejado en las palabras que el general Marker pronunció al entregar las órdenes de la actual misión a *Crowbar* Crowley.

—Charlie —dijo—, creo que esto es lo que hemos estado esperando durante todos estos años.

Crowley se puso a estudiar el documento. Tras él, en la pared, había uno de esos carteles con instrucciones de mando que tanto gustaban a los militares. En aquél se citaban las cinco fases en las que la misión de Crowley —como todas las misiones Delta— se dividiría.

AVISTAMIENTO DEL OBJETIVO

ENSAYO

INFILTRACIÓN

EJECUCIÓN

EVACUACIÓN

Crowley dejó a un lado las órdenes de la misión al tiempo que lanzaba un suave silbido.

—Tienes razón, Clint. Si esto sale bien, habremos limpiado para siempre nuestra hoja de servicios.

—No hay tiempo que perder. Debes preparar la operación para dentro de dos semanas como máximo.

—Será difícil, Clint, pero creo que puede hacerse. Por los pelos.

—Mira, Charlie, ésta va a ser tu operación, así que no voy a decirte cómo debes redactar el plan para el presidente. Sólo diré dos cosas. Primero, la operación debe realizarse de principio a fin bajo el amparo de la oscuridad.

—De acuerdo.

—Segundo, recuerda nuestros habituales imperativos de tiempo.

Crowley lanzó un suspiro.

—Muy bien, Clint. Creo que lo mejor será que me ponga a trabajar en el plan.

El general se levantó y lo palmeó en el hombro.

—Contamos contigo. Quiero que el miércoles le quites el hipo al presidente. Hazle olvidar que Colin Powell y su doctrina existieron alguna vez.

—Profesor...

El Profesor alzó cansadamente la vista hacia el doctor Parvis Janlari, el director científico de la Operación Jalid. Bollahi no había descansado desde la madrugada,

cuando se levantó para rezar sus plegarias matinales.

—¿De qué se trata, hermano?

—Debemos probar el circuito que hará detonar nuestras bombas por medio de una señal de radio. ¿Quiere usted presenciar la prueba?

—Claro que sí. Vamos.

De nuevo bajaron los dos hombres a las entrañas de su laboratorio. Allí los ingenieros de Janlari habían montado un modelo del circuito que estaban a punto de probar. Janlari cogió algo que parecía un encendedor de cigarrillos.

—Lo único que tendrá que hacer nuestro voluntario es apretar la parte alta de este aparato, que emitirá una señal de radio prefijada en una frecuencia muy específica.

—¿Qué frecuencia? —preguntó el Profesor.

—Uno coma dos gigahertzios. El aire está tan lleno de señales de todo tipo que decidimos elegir una frecuencia poco corriente. La distanciamos bien de las señales de radio, televisión, teléfonos móviles, etcétera, a fin de evitar que nuestra bomba detone antes de tiempo por accidente.

—Claro —estuvo de acuerdo el Profesor—, pero nuestra bomba o nuestras bombas, si al fin decidimos utilizar dos, irán en coches robados. ¿Por qué no conectamos directamente el detonador a un conmutador del salpicadero del coche?

—Llevaría demasiado tiempo montar el circuito y luego ocultar los cables para que no lo detectaran en caso de que detengan el coche en un punto de control. Una vez que la bomba haya sido instalada en el maletero del coche robado, los voluntarios deben abandonar el lugar y dirigirse inmediatamente hacia Tel Aviv. Si decidimos utilizar una segunda bomba, quizás en Haifa, en medio de la inmensa confusión que habrá producido la primera, quizá tengamos tiempo de acondicionar el coche bomba como usted sugiere.

El Profesor asintió con la cabeza, indicando que las razones expuestas por Janlari le parecían convincentes.

Señalando una caja negra de plástico algo mayor que un mazo de naipes, Janlari explicó:

—Ésta es la batería que hará detonar el circuito de krytrones cuando reciba la señal de radio.

—¿Son difíciles de conseguir esas cosas?

—¡Hosain! —llamó Janlari y, cuando asomó por la puerta uno de sus ayudantes, le arrojó el detonador como si éste fuera, en efecto, un simple encendedor—. Ve arriba, abre la puerta principal y sal al patio. Cuando te avise por el busca, aprieta el botón.

Una vez que Hosain hubo salido del laboratorio, el Profesor, por llenar el tiempo, preguntó:

—¿Existe algún riesgo de que la bomba o sus circuitos resulten dañados si el

coche que la lleva tiene que circular por caminos con baches o si por algún motivo se cayera al suelo?

—Ninguno en absoluto —replicó Janlari—. Adecuadamente metida en un sólido contenedor, será muy resistente. Podríamos meter la bomba y su contenedor en el maletero de un coche, conducir éste por las carreteras más accidentadas y ni a la bomba ni a su circuito detonador les ocurriría nada.

El buscapersonas de Janlari lanzó un *bip*.

—Listo —dijo, y presionó a su vez el botón del busca de Hosain. En la explanada de arriba, el ayudante apretó el botón del detonador. En la negra batería situada sobre el banco de trabajo saltó una azulada chispa eléctrica—. Perfecto —anunció Janlari—. Estamos listos. Podemos proceder al montaje de las bombas.

El Profesor acogió con una sonrisa tales palabras.

—Vamos, amigo mío —le dijo a Janlari—. El día ha sido muy fatigoso. Paseemos un rato al aire libre.

Los dos hombres caminaron en silencio durante unos minutos por la explanada que se extendía frente a la instalación.

—Profesor —dijo al fin Janlari—. Hay un aspecto de la Operación Jalid que me preocupa.

—¿A qué te refieres, hermano?

—A los israelíes. Su potencial nuclear quedará intacto tras la explosión de nuestra bomba en Tel Aviv. ¿No tomarán ellos represalias?, ¿terribles y devastadoras represalias?

—Claro que sí, hermano. Contraatacarán con inmensa fuerza.

Janlari miró al Profesor con desconcierto. ¿Estaba aquel hombre prediciendo las muertes de todos ellos?

—Pero las represalias las tomarán contra Bagdad. Destruirán Irak.

—¿Cómo?!

—Los israelíes creen tener uno de los sistemas de escucha de comunicaciones mejores del mundo. El Departamento ocho mil seiscientos, lo llaman. Tienen un puesto de escucha en monte Mirón, en los altos del Golán, mediante el cual les es posible escuchar todo lo que se dice en Oriente Próximo por teléfono convencional, por radio de onda corta, por teléfono móvil. Una hora antes de que nuestra bomba haga explosión en Tel Aviv, captarán un mensaje. Estará cifrado en una clave que ellos han descifrado por una conversación intervenida que se efectuó a través de un teléfono que ellos creen que pertenece a la Mukahbarat, el servicio secreto iraquí. El falso mensaje los dejará absolutamente persuadidos de que el responsable de colocar una bomba nuclear en Tel Aviv habrá sido Saddam Hussein.

El Profesor puso el brazo sobre el hombro de su preocupado camarada.

—Tu bomba, hermano, no sólo destruirá a uno de nuestros enemigos, sino a dos.

Jim Duffy estudió los rostros de los que esperaban con él en la sala de conferencias de la Casa Blanca la llegada del presidente. Nadie sonreía. Nadie hablaba. Duffy se dijo que una crisis que hacía enmudecer a todos los que pinchaban y cortaban en Washington tenía que ser la madre de todas las crisis.

Sabía que el presidente se había sentido físicamente enfermo al ver la imagen de los cadáveres de unos soldados norteamericanos arrastrados por las calles de Somalia. Aquéllos eran sus soldados, aunque formaran parte de una misión ordenada por su predecesor. Titubeó durante meses antes de enviar tropas norteamericanas a Bosnia, y al final sólo accedió a hacerlo porque estarían rodeadas por aliados de la OTAN.

Ahora iba a mandar a soldados norteamericanos a morir en una operación organizada unilateralmente por él, sin la sanción de la ONU, sin el visto bueno ni el conocimiento de sus aliados. Era una responsabilidad terrible, pero Duffy se dijo que cuando uno se presentaba a la presidencia lo hacía a sabiendas de que el cargo no era un lecho de rosas y de que, llegado el momento, tendría que actuar con coraje y decisión.

Un agente del servicio secreto abrió la puerta y por ella apareció el presidente. En vez de rodear la mesa como solía hacer, saludando a todos los presentes, se dirigió directo a su puesto y miró al general Taylor, jefe de la Junta de Estado Mayor. No había ni la sombra de una sonrisa en el rostro, habitualmente afable, del primer mandatario. En sus facciones aparecía una expresión tan dura y torva como la que había mostrado en los momentos en que su presidencia estuvo amenazada por sus propios problemas personales.

—Comencemos, general —ordenó.

Taylor se puso en pie.

—Señor, le hemos preparado tres informes. En primer lugar, el G2, el oficial de inteligencia del Mando Central, lo pondrá al corriente de los elementos comunes de una opción convencional y otra efectuada por las fuerzas especiales. También glosará las medidas que podrán tomar los iraníes para contrarrestar nuestra acción desde el aire, y pormenorizará la cobertura aérea que necesitaremos para neutralizarlas. Luego, el general de brigada Jack Blum, subcomandante de la división aerotransportada ochenta y dos, le informará sobre la opción convencional y, por último, el coronel Charlie Crowley, de la Fuerza Delta, le expondrá la opción que implica a las fuerzas especiales.

Duffy observó atentamente cómo el general de división se dirigía a la cabecera de la mesa y colocaba un par de grandes cartulinas en los atriles colocados a tal efecto. Una era la ampliación de una foto satélite del exterior de la instalación nuclear iraní. La otra era un mapa de la zona circundante. El hombre comenzó:

—Hablaré en primer lugar de la fuerza aérea iraní, señor presidente. Dispone de

cuatro bases relativamente próximas a la zona de ataque: en Yazd, Kerman, Zahedan y cerca de la gran refinería de Bandar Abbas, en el golfo Pérsico. Irán posee un total de ciento treinta y cinco aparatos de combate que no creemos planteen una seria amenaza a nuestro ataque. Los aviones son en su mayoría norteamericanos, con más de veinte años de antigüedad, carecen de sistemas modernos de guía y disparo, y su tecnología radar y antirradar es igualmente obsoleta. Además, no han recibido repuestos en los últimos veinte años. Sus pilotos son buenos, pero están deficientemente adiestrados y tienen poca práctica de vuelo, ya que andan escasos de dinero. Disponen también, como tal vez usted recuerde, de algunos aparatos soviéticos que Saddam Hussein tuvo la amabilidad de enviarles durante la guerra del Golfo. Nos proponemos dejar inservibles sus cuatro aeródromos antes de nuestro ataque, pero como los pilotos son valerosos y decididos, puede que algunos de los más rápidos logren alzar el vuelo.

Señaló en el mapa la mancha azul del mar Arábigo.

—Para dotar a la operación de cobertura aérea, nos proponemos anclar aquí el *Washington* y el *Nimitz*. Con eso dispondremos de ciento veinte aparatos de combate dispuestos para la acción, tanto para proteger a los portaaviones como para sobrevolar la zona de asalto. También estacionaremos dos AWACS pertenecientes a la base de la fuerza aérea de Incirlik, en Turquía, para que detecten a los aviones enemigos que hayan conseguido despegar y guíen hacia ellos a nuestros cazas. Nuestra preocupación básica durante la acción será proteger los portaaviones. Creo que podemos garantizar a las tropas de tierra una adecuada protección aérea.

»¿Alguna pregunta hasta el momento?

—No, no. Continúe.

—Bien. Pasemos a la situación militar en tierra. Calculamos que disponen de entre setenta y cinco y cien Pasdaran, guardias revolucionarios, alojados en estas dos estructuras parecidas a cuarteles. Tienen un par de fusiles sin retroceso de ciento cinco milímetros instalados en el puesto de control que vigila el acceso a las instalaciones, y tres piezas antiaéreas desplegadas ante la fachada principal. La base del ejército regular más próxima es la de Bandar Abbas, a unos quinientos cincuenta kilómetros de distancia.

—¿Disponen de helicópteros suficientes para enviar tropas hasta la zona de asalto? —quiso saber el presidente.

Para ser alguien que nunca ha llevado uniforme, hace buenas preguntas, se dijo Duffy.

—No —respondió el G2—. Cuando el shah aún gobernaba en Irán nos compraron cincuenta helicópteros Bell 124 para transporte de tropas. Como llevan veinte años sin repuestos para esos aparatos, calculamos que más de la mitad estarán inutilizados. También tienen una flota de aparatos Boeing 707 que entre 1992 y 1993

convirtieron en transportes para tropas; pero, en cuanto enviemos contra ellos nuestros cazas, se convertirán en ataúdes volantes. Para conseguir refuerzos por tierra, calculamos que necesitarían cuarenta y ocho horas, dado lo montañoso del terreno y lo malas que son las carreteras de la zona.

El general barajó los papeles que tenía entre las manos. De momento está pintando la cosa muy fácil pensó Duffy, Ahora empezará con las pegas.

—Lo que tememos, señor presidente, es que decidan obtener refuerzos no convencionales. Todos los *mullah* de Zabol saldrán corriendo de sus casas, pidiendo voluntarios a gritos porque los agentes del Gran Satanás están atacando. La Guardia Revolucionaria tiene alijos secretos de fusiles AK-47, granadas de mano y morteros ligeros ocultos en todas las comunidades de Irán. Los utilizarán para armar a todos los voluntarios de entre quince y diecisiete años que logren encontrar. La mayor parte de ellos serán abatidos por nuestras tropas, pero algunos lograrán llegar a su destino y pueden representar una amenaza para la pista de aterrizaje de Zabol, que nosotros debemos controlar a fin de asegurar la evacuación de nuestras fuerzas. El general Blum se ocupará de esto en su informe.

Otro general, el subcomandante de la aerotransportada ochenta y dos, se adelantó. Llevaba las perneras de los pantalones remetidas en unas botas de combate tan limpias y relucientes que Duffy se dijo que podrían usarse como espejos para afeitarse. Con voz tonante, el hombre comenzó:

—La operación que proponemos, señor presidente, estará dividida en tres fases. Primero, dejaremos caer un batallón reforzado de la aerotransportada ochenta y dos en el objetivo que nos ha sido asignado.

—¿Cuántos hombres serán?

—Descontando el personal de oficinas, unos quinientos, señor. Seis compañías de fusileros y una de antitanques. La ochenta y dos puede soltar una fuerza considerablemente mayor que los Ranger, la otra unidad que emplearemos. Pueden lanzar algunos obuses de ciento cinco milímetros para volar cualquier barrera que hayan dispuesto ante la entrada de sus instalaciones, así como algunas armas antitanque para cubrir las posibles zonas de aproximación mientras los soldados hacen su trabajo.

»En la fase dos, que iniciaremos al mismo tiempo que la fase uno, dejaremos cuatro compañías de fusileros Ranger sobre el aeródromo de Zabol. Su misión consistirá en asegurar un perímetro en torno al campo de aviación. Conseguido esto, enviaremos una escuadrilla de C-17 cargados con vehículos blindados. En la fase tres, esos vehículos, protegidos por los Ranger, subirán hasta la zona de asalto, recogerán los tres proyectiles nucleares recuperados, a los hombres de la aerotransportada ochenta y dos y a las bajas que hayamos sufrido durante la operación, y regresarán al aeródromo de Zabol para ser evacuados por vía aérea.

El presidente señaló:

—Eso, naturalmente, significa que dejarán ustedes en la zona los camiones y buena parte del equipo para que los iraníes los muestren a las cámaras de televisión de la prensa mundial después de que nos hayamos retirado.

—Señor presidente. —El que hablaba era el secretario de Defensa. Tanto él, como el jefe de la Junta de Estado Mayor habían escuchado ya los informes preliminares en el Pentágono—. Por su propia naturaleza, ésta es una operación de ataque a gran escala. Nuestros hombres van ahí a romper cosas. La operación tendrá graves repercusiones políticas, pero también demostrará al mundo entero que las naciones como Irán no pueden jugar impunemente con armas de destrucción masiva. En el aspecto militar, se han reducido prácticamente a cero las posibilidades de fracaso.

—¿Y desde qué base operarán nuestros aviones? —quiso saber el presidente.

—Ése, señor, es uno de los motivos por los que le recomendamos con todo énfasis que escoja esta opción —replicó el subcomandante de la aerotransportada ochenta y dos—. Repostando combustible en el aire, podemos operar desde bases en el territorio continental norteamericano. Eso significa que para montar la operación no tendremos que obligar a nuestros aliados a permitirnos usar sus bases.

—Muy bien —replicó el presidente—, oigamos lo que tiene que decir Operaciones Especiales.

Duffy estudió al coronel Crowley mientras éste se dirigía a la cabecera de la mesa. El hombre le resultaba vagamente familiar. ¿Se habrían visto anteriormente? ¿Quizás en Afganistán?

Como preámbulo, Crowley quiso saber:

—Señor presidente, ¿puedo preguntar algo a sus jefes de Inteligencia antes de comenzar mi informe?

—Desde luego.

—¿Cómo podemos estar seguros al ciento por ciento de que los proyectiles nucleares que buscamos se encuentran en la instalación iraní que vamos a atacar?

El presidente miró al director de la CIA y éste, a su vez, miró a Duffy. Pacientemente, Duffy explicó todo lo relacionado con los krytrones y las interceptaciones de la NSA.

—Los krytrones que pinchamos deben estar ahí dentro. Y donde estén los krytrones tienen que estar también los tres proyectiles nucleares que buscamos.

—Acepto el hecho de que los krytrones estén ahí —repuso Crowley—. Pero ¿y los núcleos de plutonio? ¿Tenemos a alguien que haya estado en esa instalación y los haya visto?

Duffy replicó con lo que intentaba ser una risa, pero sonó como un furioso ladrido.

—Supongo que no será usted tan ingenuo para creer que la CIA tiene a un agente,

un espía, en el interior de una instalación nuclear iraní.

—Me gustaría creerlo, si tengo que mandar ahí a mis hombres a combatir.

—Bueno, pues no es así. Pero le diré algo. Estoy seguro al ciento por ciento de que los núcleos se encuentran en ese lugar. Si eso va a tranquilizarlo, estoy dispuesto a acompañar a sus hombres en la misión.

Crowley dirigió una escrutadora mirada a Duffy.

—¿Usted y yo no nos conocemos?

—¿Tal vez en Afganistán?

—Claro. —Una bombilla se encendió en la cabeza de Crowley—. Usted es el jefe de la CIA que, saltándose las órdenes de Casey, fue al Pico del Loro junto con los mujadines. Un tipo de los que me gustan. De acuerdo. Lo creo. Únase a nuestra fiesta.

Crowley colocó sobre su atril una cartulina en la que estaban anotados los cinco puntos cardinales de las operaciones de la Fuerza Delta.

—Avistamiento del objetivo —recitó—. Nos parecen muy bonitas las imágenes satélite de la CIA, pero quiero que mi gente vea por sus propios ojos el objetivo que vamos a atacar. En Delta, sólo nos fiamos de nosotros mismos.

—¿Y cómo se proponen conseguirlo? —preguntó un incrédulo presidente.

—Si recibimos su visto bueno, mañana por la noche dos de mis hombres saltarán de un avión desde diez mil metros hasta un punto situado ochenta kilómetros al suroeste de Zabol. Utilizarán paracaídas dirigibles y, usando el sistema de posicionamiento global, se posarán en tierra en este lugar. —Crowley señalaba un punto de su mapa—. Se encuentra a ocho kilómetros de los riscos situados frente a la entrada del laboratorio iraní.

»Una vez que lleguen a esos riscos, cavarán trincheras, las forrarán con revestimientos de goma y las cubrirán con redes camufladas mediante ramas y maleza. Permanecerán ocultos en esos agujeros durante dos semanas, comiendo, durmiendo, orinando y defecando sin salir de ellos. Estudiarán con prismáticos y gafas de visión nocturna ANVIS 6 todos los movimientos de los iraníes y dos veces al día nos informarán de lo que vean por medio de mensajes radiofónicos de emisión ultrarrápida.

—¡Demonios! —exclamó un impresionado presidente—. ¿Dispone usted de personal capaz de hacer algo así?

Orgullosamente, Crowley replicó:

—Señor, a ningún hombre de Delta se le pide que haga nada que no haya hecho anteriormente durante su instrucción.

—Cielo santo —dijo un no menos impresionado secretario de Defensa—. ¿Qué clase de hombres son capaces de hacer algo así?

—Cuatro chiflados, señor.

Crowley volvió a centrar su atención en la cartulina.

—Ensayo —dijo—. Tengo un equipo en la zona de pruebas de Las Vegas, Nevada, listo para realizar réplicas de los dos edificios que hemos visto en las fotos satélite. Si nos es posible, copiaremos hasta los tiradores de las puertas. Luego mis equipos de asalto ensayarán una vez y otra y otra. Cualquier otra cosa resulta simplemente inaceptable.

De nuevo volvió a la seguridad que parecía representar para él la cartulina durante aquel informe, que sin duda era el más importante que había tenido que realizar en toda su carrera.

—Infiltración —leyó—. Para ella utilizaremos nuestro nuevo caza V-22 de ala basculante. Es capaz de volar a quinientos cincuenta kilómetros por hora, como un avión de ala convencional, llevando un equipo de asalto de veinticinco hombres. Cuando llega al objetivo, vuelve las alas hacia arriba, reduce la velocidad y aterriza como un helicóptero.

El presidente se estaba enterando en aquel momento de las extraordinarias prestaciones del V-22.

—¿Desde qué base volarán esos aviones? —preguntó.

—Creo que los turcos nos autorizarán a utilizar la base de la fuerza aérea de Incirlik para los V-22 y otros aparatos especiales que necesitaremos durante la misión.

Por la cabeza de Duffy cruzó la imagen de Belinda Flynn narrando sus miserias a una audiencia de heroinómanos como ella. Bueno —se dijo el hombre—, mientras los turcos colaboren militarmente con nosotros, nadie de esta habitación presionará jamás al Gobierno turco para que cierre los laboratorios de heroína de Estambul.

—El primer aparato que aparecerá en el objetivo será éste —dijo Crowley, dejando sobre el atril una reproducción en silueta de un avión—. Es nuestro nuevo aparato de vigilancia clandestina, absolutamente indetectable, el Dark Star, desarrollado tras la guerra del Golfo. Ésta será su primera misión en una situación de combate, aunque ha sido sometido a amplias pruebas por nuestros sistemas de detección de radar, infinitamente superiores a los que los iraníes puedan tener en Zabol.

»No hay modo de que descubran que el Dark Star se encuentra sobre ellos. El avión está provisto de cámaras infrarrojas y sensores ultrasensibles. Ese equipo es capaz de detectar y fotografiar emplazamientos de artillería, vehículos en movimiento e incluso a un soldado enemigo durmiendo en las fortificaciones o en su puesto de guardia. Cada una de esas imágenes es transmitida luego en tiempo real a los monitores de televisión de los aviones V-22, que transportarán a los componentes de la fuerza de asalto. De este modo, nuestros hombres verán en sus monitores cuántos enemigos los estarán esperando a su llegada, y de qué armamento disponen.

—¿Podrán hacer todo eso? —preguntó el presidente—. ¿Está usted seguro?

—Señor, esos hombres son increíblemente buenos. Cuando hayan terminado, a ningún Pasdaran se le ocurrirá asomar la cabeza en mucho, mucho tiempo. Lo cual nos viene de perlas porque —señaló la palabra «Ejecución» en su cartulina— ése es el momento en que nosotros llegamos. Como la zona del objetivo no estará asegurada, tendremos que crear nuestra propia seguridad. Operaremos según el principio de la rosquilla.

Una cierta expresión de perplejidad apareció en los rostros de los presentes que no eran militares.

—Utilizaremos dos pelotones reforzados de Rangers, cincuenta hombres, para asegurar un perímetro en torno al objetivo, acabar con lo que quede del puesto de control del enemigo y cerrar todos los accesos al lugar. En otras palabras: ese contingente se convertirá en el círculo en torno al hueco de la rosquilla.

»En el hueco... —Crowley hizo una pausa, consciente de que lo que estaba a punto de decir dejaría atónitos a los civiles que se encontraban en la sala—, en el hueco se encontrarán tres equipos de asalto Delta, formado cada uno por diez hombres. Un equipo para cada uno de esos dos edificios que se ven en la foto satélite y el tercero para abrir las puertas de la instalación con cargas explosivas y entrar luego a apoderarse de los tres artefactos nucleares.

—¡Sólo treinta hombres! —exclamó la secretaria de Estado—. Los iraníes los superarán en una proporción de tres a uno.

En tono que no fue ni enfático ni brutal, sino simplemente realista, Crowley replicó:

—Señora, no imagina usted la velocidad con que los componentes de la Fuerza Delta liquidarán a esos guardias. Son excelentes tiradores, los mejores del mundo sin lugar a dudas. Sicológica y fisiológicamente, son máquinas de matar. Nadie saldrá vivo de esa instalación iraní.

El director de la CIA meneó la cabeza, no porque estuviera en desacuerdo con las palabras del coronel, sino porque se daba cuenta de la enormidad de sus implicaciones.

—Eso significa que Irán habrá perdido de un solo golpe los medios humanos e intelectuales necesarios para su desarrollo nuclear. Pasará una generación antes de que se recuperen.

Crowley asintió con la cabeza.

—Llevaremos una cámara digital de televisión para enviar aquí imágenes de los artefactos que encontremos. De este modo, nuestros científicos podrán estudiarlos y de este modo verificar que son los que buscamos.

—Estaremos listos y esperando —prometió el doctor Leigh Stein, experto en armas nucleares del Departamento de Energía—. Y se les entregarán contenedores

revestidos de cobre para sacarlos, de modo que los núcleos de plutonio no les causen ningún problema. La radiación del plutonio consiste básicamente en rayos alfa, que el cobre detiene. También emite algunos rayos gamma, pero no suficientes para constituir un riesgo para sus hombres durante el breve lapso que estarán expuestos a ellos.

—Bien —concluyó Crowley—. Evacuación. Los V-22 nos estarán esperando en el mismo lugar donde nos dejaron. Nuestros tres equipos de asalto regresarán a ellos con los proyectiles nucleares, los Rangers se retirarán de su perímetro y todos abandonaremos el objetivo.

El presidente meneó la cabeza con pasmada incredulidad. Aquel coronel hacía que todo pareciese muy fácil, pero... ¿Era realmente posible?

—¿Cuánto tiempo durará esa acción? —preguntó.

—Treinta minutos desde el momento en que los AC-130 abran fuego hasta el despegue final, señor.

—¡Treinta minutos!

Era evidente que el presidente no terminaba de creer un plazo tan breve.

—Señor presidente, estamos hablando de una operación quirúrgica. Ninguna operación quirúrgica que dure más de treinta minutos tiene posibilidades de éxito.

—Hábleme de las bajas.

—Las de los iraníes serán muy fuertes, señor. Como ya he dicho, los hombres de Delta son los mejores tiradores del mundo. Pero lo que resulta más importante es que también son muy, muy precisos en la selección de sus blancos. Si actuamos con velocidad y sigilo, y tenemos de nuestra parte el factor sorpresa, creo que el número de nuestras bajas será mínimo, señor. Conseguiremos que incluso el señor Duffy regrese junto a usted sano y salvo.

El presidente quedó en preocupado silencio, con la vista en el tablero de la mesa. Está rezando —pensó Duffy—. Reza por que su decisión sea la adecuada y, probablemente, también por los que perderán la vida en la operación. No sería mala idea —se dijo de pronto Duffy—, que yo mismo rezase una pequeña plegaria.

Al fin el presidente alzó la vista y miró a Crowley, en el otro extremo de la mesa. Con voz más ronca de lo normal, preguntó:

—¿Qué posibilidades de éxito tiene la operación que acaba usted de exponer?

—El ciento por ciento, señor. De otro modo, yo no llevaría ahí a mis hombres.

El presidente lanzó un suspiro y se enderezó, evidentemente reconfortado por las palabras de Crowley.

—Muy bien, señores —dijo—. Está decidido. Optaremos por la opción que implica a las fuerzas especiales. Que la cosa se haga cuanto antes, y que se haga bien.

Por primera vez desde el principio de su informe, por las sombrías facciones del coronel cruzó una leve sonrisa.

—Naturalmente, señor —dijo al presidente—, no hay que olvidar el dicho militar alemán que se remonta a la época napoleónica: «No importa lo bueno que seas si un ángel se mea en la recámara de tu mosquete».

El presidente suspiró y se enderezó. Tras lo dicho por Crowley en su informe, parecía más decidido que nunca.

—Muy bien, amigos. Decidido. Que la opción de las fuerzas especiales se ejecute en cuanto se tenga la certeza de que se pueden alcanzar los objetivos previstos.

»Y otra cosa, coronel —dijo el presidente, sin sonreír—. Haga usted lo posible y lo imposible por conseguir que en esta ocasión los ángeles estén de nuestro lado.

Había llegado el momento que los tres jóvenes llevaban semanas, meses y, en un caso, años esperando, por el que tanto habían trabajado y rezado. El momento en que uno de ellos sería elegido para morir. Los tres eran menores de veintiún años. Uno de ellos seguía siendo virgen. Todas las esperanzas de aquellas tres vidas estaban aún por cumplir. Sin embargo, dentro de unos segundos, el jeque sentado frente a ellos escogería al joven que sacrificaría su vida para convertirse en un mártir del islam.

En el exterior de la pequeña mezquita, situada junto a la Cueva de los Mártires, el frío viento del norte azotaba el campo libanés, y su melancólico ulular era la adecuada música de fondo para la ceremonia que estaba a punto de iniciarse. Imad Mugniyah permanecía a un lado del pequeño grupo, deseoso de ver la expresión del joven que resultase elegido. Pero había algo de lo que sólo Mugniyah estaba enterado: cuando aquel joven saliera para Tel Aviv en el vehículo robado dentro de tres semanas, estaría condenado a morir, aunque en el último momento su decisión Saquease. Lo que el muchacho ignoraría era que otro hombre iría tras él, provisto de un segundo detonador con el que provocaría la explosión si al primer elegido le fallaba el valor.

—Sólo aceptando las virtudes del martirio podremos los débiles y oprimidos llevar el miedo y la congoja al corazón de nuestros opresores —estaba diciendo el jeque—. El Corán nos enseña que las víctimas de la tiranía pueden hacer justo uso de la guerra. ¿Acaso hay un pueblo que haya sido víctima de una tiranía mayor que la que padecen nuestros hermanos palestinos, cuyos sufrimientos estáis destinados a vengar?

Se levantó. Tenía en la mano una cinta elástica verde de cinco centímetros de ancho en la que estaban escritas con blancos caracteres arábigos las palabras del ayatolá Jomeini: «El mártir es la esencia de la historia». Se colocó ante el joven situado a la izquierda de sus dos compañeros. Silenciosamente, le colocó la cinta en torno a la frente.

El joven permaneció en silencio, pero Mugniyah advirtió que un resplandor casi etéreo iluminaba sus facciones.

—Levántate, valeroso guerrero islámico —ordenó el jeque. Luego abrazó al joven, y lo mismo hicieron sus compañeros que, para su enorme pesar, no habían sido elegidos. Mugniyah fue el último que lo besó en ambas mejillas.

—*Mabruk* —dijo. «Felicidades».

—Llevo desde los trece años esperando este momento —replicó el joven.

El muchacho se llamaba Saad el Emawi, y sus palabras no eran una vana jactancia. Como tantos otros candidatos al martirio, era huérfano y el mensaje del islam militante había sustituido en su alma juvenil a la tutela de un padre. Su padre había sido uno de los guardaespaldas del secretario general de la Hezbollah, el jeque Abbas Mussawi, que había muerto junto al jefe durante un ataque de los helicópteros israelíes en febrero de 1992. La madre de Saad había muerto de un infarto al enterarse de la noticia de la muerte de su esposo.

Emawi se había arrojado sobre el ensangrentado cadáver de su padre, jurando que algún día lo vengaría. A partir de aquel momento, su vida tuvo dos centros de gravedad: la mezquita de su pueblo en el Líbano meridional, donde se empapó del radical islamismo que predicaba el jeque de su aldea; y su abuela, que lo obligó a adquirir una educación, enseñándole incluso a hablar en francés para el brillante futuro que la mujer esperaba que su nieto tuviera en Europa.

Tan absoluta había sido la devoción del muchacho hacia las enseñanzas de su jeque que, pese a las tentaciones que lo rodearon, decidió permanecer virgen, reservando su juvenil pasión para las 72 novias vírgenes que sabía iban a darle la bienvenida al paraíso el día en que se convirtiera en mártir.

El jeque que presidía la ceremonia tomó la mano de Emawi.

—Acompáñame, valeroso guerrero —ordenó.

Hizo salir al muchacho de la mezquita y lo condujo hasta una fosa recién cavada situada a poca distancia del templo. Se trataba de una tumba de metro veinte de profundidad. Junto a ella había una tabla de madera.

El jeque ordenó a Emawi que se tumbara en la tabla y cruzara los brazos sobre el pecho. Mientras el sacerdote recitaba los versos dedicados a los muertos, bajaron a Emawi al fondo de la fosa y colocaron sobre su cuerpo una segunda tabla. Allí, entre las tinieblas, percibiendo el húmedo abrazo de la tierra, el muchacho debía sentir la caricia de su próxima muerte. Permaneció inmóvil y tembloroso, escuchando la cantilena del jeque, evocando la imagen del ensangrentado cadáver de su padre. Mientras se esforzaba por alcanzar la serenidad de los mártires, otra imagen perturbó su virginal mente: la de las 72 novias vírgenes que serían suyas en cuanto alcanzase la palma del martirio.

Tras permanecer veinte minutos en la tumba, lo sacaron de ella. Había pasado con éxito el último de los ritos reservados a los candidatos al martirio.

Fue triunfalmente devuelto al patio de la mezquita, donde un barbero lo esperaba.

El hombre cortó el pelo de Emawi y luego le afeitó la barba. Sus cabellos fueron cuidadosamente recogidos en tres pequeñas bolsas, una para cada una de las tres hermanas de Emawi.

Las bolsas serían entregadas a las tres jóvenes durante la alegre celebración del martirio del muchacho que tendría lugar veinticuatro horas después de la muerte de Emawi. Los amigos se congregarían en torno a las tres muchachas, ofreciéndoles dulces y felicitándolas por la muerte de su hermano. Un representante de la Hezbollah anunciaría a las tres hermanas las pensiones que la organización les pasaría durante el resto de sus vidas como agradecimiento por el sacrificio de Emawi. Éste tomó una pluma y escribió con elegante letra árabe el mensaje que entregarían a sus hermanas junto con los mechones de cabello.

«Ojalá mi muerte en la Guerra Santa sirva como acto de purificación para mí, para vosotras y para la memoria de nuestros amados padres».

Un fotógrafo sacó una foto de su sonriente y afeitado rostro para el falso pasaporte francés que utilizaría durante el trayecto hasta Tel Aviv. A continuación apareció un jeque con las ropas que el muchacho llevaría durante el viaje: ceñidos pantalones de cuero negro, zapatillas de baloncesto Adidas, suéter azul de cuello alto, y una cazadora de ante comprada en la tienda Façonnable de París. Ataviado con aquellas ropas, parecería un joven turista francés efectuando su primera visita a Tierra Santa.

Cuando hubieron concluido estos últimos preparativos, el jeque tendió un Corán a Emawi y el muchacho lo besó. Luego el jeque alzó el libro sobre la cabeza del futuro mártir, y éste se colocó debajo para recibir una última bendición. Hecho esto, salió del patio de la mezquita y se dirigió hacia el coche que aguardaba para conducirlo a la casa segura de Nablus en la que aguardaría la llegada de la bomba que debía llevar hasta Tel Aviv.

Mugniyah lo miró alejarse. Él también estaba a punto de emprender viaje. Debía ir a Zabol, donde el Profesor había convocado una reunión del Comité de Operaciones Secretas destinada a preparar la etapa final de la Operación Jalid.

A los no iniciados, los dos miembros de la Fuerza Delta hubieran podido parecerles un par de extras esperando para filmar una secuencia de *Star Trek*. Ambos se cubrían con cascos Gentex, hechos de *kevlar*, que llevaban incorporado un sistema de comunicaciones que incluía micrófono y auriculares. Una máscara de oxígeno estaba unida al casco por medio de cierres de bayoneta, y encajaba a la perfección bajo las gafas protectoras.

Llevaban tres capas de ropa interior térmica, y una máscara facial baclava, de modo que ni un centímetro cuadrado de piel permaneciera expuesto cuando saltaran del avión a diez mil metros de altura. Sobre la ropa interior llevaban un ceñido mono

de vuelo Gortex. Todo el equipo, desde las mochilas hasta las pequeñas brújulas, pasando por los fusiles, estaba adaptado a la configuración del costado izquierdo de cada hombre y bien asegurado y atado. El impacto que les aguardaba era tan tremendo que, literalmente, podría arrancarles las botas de los pies.

Se proponían efectuar una de las maniobras más peligrosas que podía realizar un paracaidista. Hacía sólo una década, la misión hubiera sido imposible. Ambos hombres habían realizado ya una docena de saltos de entrenamiento similares, pero por mucha práctica que se tuviese era imposible no sentir el escalofrío y la tensión que inevitablemente precedían a un ejercicio tan extraordinario.

Asesorados por los meteorólogos de la base aérea estadounidense de Dhahran, en Arabia Saudí, y por sus propios expertos de la Fuerza Delta, los dos hombres habían calculado la dirección y la fuerza de los vientos dominantes que encontrarían en cada una de las distintas bandas atmosféricas que atravesarían en su caída a plomo hacia tierra. Mediante aquellos datos, habían calculado su HARP^[17], el punto exacto sobre la superficie de la tierra en el que saltarían del aparato para aprovechar al máximo los vientos que encontrarían antes de alcanzar su objetivo.

Lo que se disponían a hacer era, casi literalmente, «volar» con sus paracaídas setenta y dos kilómetros hasta su destino en tierra, una pequeña llanura situada en las proximidades de la cadena de riscos desde la que se dominaba la entrada de la instalación nuclear de los iraníes en las proximidades de Zabol. De la consecución de su objetivo dependía que fueran capaces de encaramarse a aquellos riscos antes del amanecer para meterse en los escondites desde los que luego les sería posible estudiar los movimientos de los iraníes.

Su avión había volado con rumbo este sobre el mar Árabe, para luego enfilarse hacia el norte a fin de cruzar sobre Pakistán al oeste de Karachi e introducirse en el espacio aéreo afgano. Una vez allí, el piloto sólo tendría que entrar brevemente en el espacio aéreo iraní, una incursión tan limitada en el tiempo y el espacio que no era probable que ningún técnico de radar iraní la detectase o que, en caso de advertirla, le prestase la menor atención.

Una luz roja se encendió sobre la puerta lateral del avión. Un soldado la abrió, y por el hueco entró una fortísima ráfaga de aire casi a cuarenta grados centígrados bajo cero, una temperatura que solía dejar indiferentes a los pasajeros de los vuelos comerciales cuando el comandante del vuelo la anunciaba por el sistema interno de megafonía, pero que constituía una horrible realidad para los hombres de Delta que estaban a punto de realizar el salto.

El primero de ellos se adelantó y se agarró a los costados del aparato. Ni yo mismo creo lo que estoy haciendo, se dijo, contemplando las tinieblas que tenía ante sí. Sonó un zumbador. Se lanzó del aparato en un ángulo de 45 grados, de cabeza, con la barbilla pegada al pecho.

El golpe contra la atmósfera fue brutal. Siempre ocurría así. Nada más abandonar el avión, fue despedido horizontalmente a casi mil kilómetros por hora. El quieto aire al que había saltado era como un muro y, al mismo tiempo, la gravedad lo impulsaba a una caída vertical a casi doscientos kilómetros por hora, la velocidad de un cuerpo en caída libre. El hombre se recordó que debía mantener la posición corporal adecuada, a fin de evitar ponerse a dar vueltas como un trompo.

Dio resultado. Como se trataba de un salto con apertura a gran altitud, tiró rápidamente de la cuerda y su cuerpo recibió una nueva sacudida cuando el paracaídas se abrió sobre él, comenzando a frenar su descenso.

Abrió la tapa de la brújula que llevaba sujeta a la muñeca, hizo girar el paracaídas en la dirección deseada y comenzó el trayecto hasta su objetivo en tierra. El hombre sabía que, más arriba, entre las sombras, su compañero estaba haciendo lo mismo.

Cuando llegó a los cinco mil metros la frialdad del aire ya había disminuido y él comenzó a relajarse. Ajustó de nuevo su rumbo de acuerdo con las indicaciones de la brújula. Y, de pronto, la tierra pareció saltar hacia él. El hombre se dijo que, aunque aquello no era exactamente el regreso al hogar, al menos volvería a tener los pies sobre tierra firme.

Su aterrizaje fue perfecto y, a pesar de su voluminosa impedimenta, logró caer de pie. Recogió el paracaídas y estudió los rasgos más distintivos del terreno que lo rodeaba. Confirmaría su situación con su GPS^[18], pero todo parecía indicar que se encontraba muy cerca del punto escogido antes del despegue.

Del bolsillo sacó una pequeña chicharra metálica, prima no muy lejana de las que utilizaron los hombres de las divisiones aerotransportadas 82 y 101 para localizarse entre sí tras ser lanzados en paracaídas sobre Normandía en la noche del Día D.

Hizo chascar la chicharra, y a los pocos instantes escuchó un chasquido similar a su derecha. Los dos hombres de Delta avanzaron el uno hacia el otro, se abrazaron, enterraron los paracaídas y echaron a andar entre las sombras en dirección a los riscos situados a menos de ocho kilómetros de distancia.

Se habían familiarizado con la agreste topografía de los riscos gracias a unas detalladas fotos satélite de la zona, mediante las cuales establecieron lo que parecía ser la ubicación ideal para su escondite. Éste se encontraba frente a un promontorio rocoso situado casi al borde del seco cauce que discurría entre los riscos y la instalación secreta iraní. Desde su madriguera podrían visualizar continuamente la entrada al laboratorio subterráneo del profesor Bollahi.

Un primer vistazo directo al lugar confirmó a los dos hombres Delta que su elección había sido acertada, así que se pusieron a cavar su agujero. Aunque los satélites espía no habían detectado indicio alguno de actividad humana en los riscos, los dos hombres no quisieron correr riesgos y cavaron en el mayor silencio posible, pues el sonido se transmite con gran facilidad en la quieta noche del desierto.

A continuación diseminaron cuidadosamente en torno al promontorio rocoso la tierra que acababan de extraer, a fin de no dejar rastro. Luego sacaron una red de camuflaje y prendieron en ella plantas y matorrales de los alrededores. Una vez dentro de su madriguera, pondrían la red a modo de techo para terminar de ocultarse.

Forraron el agujero con tela impermeable y amontonaron en él su equipo: alimentos, la radio de ráfagas, los prismáticos, las gafas de visión nocturna ANVIS 6, las bolsas de plástico para excrementos, un par de fusiles belgas FN-30 para usarlos en el asalto final y sendas pistolas del 22 provistas de silenciador, estas últimas para utilizar contra cualquier pastor, cabra, chivo, perro o rata que apareciera cerca de su escondite. Borraron cuidadosamente las huellas que habían dejado sobre el terreno en torno al agujero. Ya estaban listos para instalarse y permanecer allí ocultos durante días, o incluso semanas.

—¡Hogar, dulce hogar! —comentó el jefe a su segundo—. ¿Qué tal si duermes un rato y yo hago la primera guardia?

Se metieron en el agujero, aseguraron la red de camuflaje por encima de sus cabezas, y quedaron definitivamente encerrados.

—¿Alguna vez te habías pasado una misión metido en uno de estos agujeros? —preguntó el segundo operario.

—Pues sí. Me pasé diez días apostado frente a la casa de playa de Noriega en Rio Hato, en la costa del Pacífico. Teníamos al tipo tan vigilado que podría decirte a qué hora se levantaba cada noche a mear. Hubiéramos podido entrar en acción y sacar a Noriega de su refugio en cualquier momento. Eso hubiera salvado veintitrés vidas norteamericanas y sabe Dios cuántas panameñas.

—¿Y por qué demonios no lo hicimos?

—Porque no era políticamente correcto, ¿por qué va a ser? Probablemente, en esta operación ocurrirá lo mismo. Bueno, ¿por qué no descabezas un sueño?

Mientras el hombre se hacía un ovillo, el jefe de la misión se puso las gafas de visión nocturna, cogió los prismáticos y comenzó a examinar metódicamente la instalación iraní, situada a menos de un kilómetro de la madriguera. Primero estudió los dos edificios que parecían barracones de tropa, la zona que los rodeaba y la entrada a la instalación secreta. Eran las 04.30 horas. Nada se movía. Nadie parecía montar guardia en ninguno de los edificios. Tampoco le fue posible detectar la presencia de centinelas en ninguno de los dos edificios ni frente a la instalación principal. Estaba claro que los iraníes tenían plena confianza en el mecanismo de cierre que habían instalado en las inmensas puertas de acero que protegían la entrada.

A continuación enfocó los prismáticos hacia el camino que conducía a la instalación y el puesto fortificado que vigilaba el acceso al lugar. Allí sí detectó indicios de vida. Lenta y pacientemente, como le habían enseñado a hacer, estudió el lugar, tratando de establecer cuántos guardias revolucionarios habían allí apostados y

cuáles eran sus posiciones. La brasa de un cigarrillo le indicó la situación de uno de los guardias y le permitió darse cuenta de algo más. La disciplina, al menos en aquellas horas nocturnas, dejaba mucho que desear.

Durante los días siguientes, él y su segundo tendrían como única misión la de establecer cuál era la norma de actividades de la instalación iraní. ¿Cuántos guardias había? ¿Qué armas poseían? ¿Cuál era la parte mejor protegida de la instalación? ¿A qué horas se producían los cambios de guardia? ¿En qué lugares y a qué horas dormían los hombres? ¿Cómo y dónde comían? ¿Quiénes eran los fanáticos y quiénes los que flojeaban?

Permaneció seis horas con los prismáticos apuntados hacia las instalaciones, sin parpadear apenas, tomando nota de cada uno de los movimientos de los iraníes, comenzando a efectuar una relación de los guardias revolucionarios asignados a la instalación. Al fin reunió todas sus observaciones en su primer informe para el mando especial de operaciones, en el que, además, confirmó que él y su compañero se encontraban ya situados en el emplazamiento predeterminado.

Introdujo el informe en un ordenador portátil que lo codificó automáticamente para transmitirlo por la radio de ráfagas. Cargó el informe en la radio, asomó ésta por encima de la red que cubría la madriguera, lo apuntó en la dirección que le habían indicado y disparó una ráfaga de radio.

La transmisión sólo duró unos segundos. El jefe volvió a acomodarse en el agujero, en la certeza de que aún estaba por inventarse un aparato que permitiera al enemigo interceptar la ráfaga radiofónica y determinar de qué lugar procedía.

Setenta y dos horas después de que el hombre Delta hubiera lanzado la ráfaga de su primer informe, el coronel Charlie *Crowbar* Crowley ya había reunido a los componentes de su fuerza de asalto en el centro de adiestramiento de Nevada para comenzar a ensayar lo que ya había sido oficialmente bautizado como Operación Grassroots. Formados ante él había treinta hombres Delta. Crowley ya los había dividido en tres equipos de asalto de diez. Junto a ellos había cincuenta Rangers, aparte de los pilotos y tripulantes de los cuatro aviones V-22 que transportarían a los hombres hasta la zona de ataque, y de los pilotos de los dos Gunship AC-130, el fuego de cuyas armas iniciaría el combate.

Como solían hacer los jefes de las misiones Delta, Crowley había pasado largas horas estudiando anteriores operaciones especiales, tratando de aprender de ellas para el futuro. El hombre estaba convencido de que el catastrófico fracaso de la misión de rescate de los rehenes de la embajada estadounidense en Teherán no se debió a la ineptitud de los pilotos de los helicópteros que transportaban a la fuerza de asalto,

como afirmaba la *vox populi*, sino al hecho de que no se había efectuado un solo ensayo general de la operación. Crowley no estaba dispuesto a que tal error se repitiera en la Operación Grassroots.

Utilizando para ello fotos satélite, el Cuerpo Militar de Ingenieros había logrado en sólo cuarenta y ocho horas la notable proeza de construir una réplica del objetivo que los hombres de Crowley se disponían a asaltar. Todo era idéntico al original: las dimensiones, los puntos en que estaban apostados los tiradores de la Guardia Revolucionaria, los puestos de centinelas y los emplazamientos de la artillería antiaérea. Los bulldozers y las asfaltadoras arrasaron y asfaltaron una explanada similar a la situada frente a las instalaciones del Profesor. Lo mismo que en el Irán suroriental, un promontorio rocoso se alzaba sobre la explanada. Unas inmensas puertas de acero, de dimensiones idénticas a las que los iraníes habían colocado en su instalación, habían sido colocadas sobre la superficie de una rocosa montaña de Nevada.

Lamentablemente, los ingenieros militares no podían ir más allá. Detrás de aquellas puertas no había más que roca, ya que nadie había logrado aún determinar lo que había tras ellas, pues no se habían abierto en los tres días que los hombres Delta llevaban vigilándolas desde su agujero. Los iraníes entraban y salían de la instalación a través de una portezuela situada en la parte inferior de las puertas grandes y, pese a lo mucho que lo habían intentado, los Delta no habían conseguido captar con sus prismáticos ni un atisbo del interior cuando la portilla estaba abierta.

Aquella era una laguna informativa que preocupaba profundamente a Crowley.

—Quiero enterarme de todo lo que hay que saber acerca de esa gente y luego quiero enterarme de un poco más —había dicho a sus hombres en el momento de partir hacia Irán. Pero ahora el coronel estaba preparando el plan de asalto sin tener los datos imprescindibles para garantizar el éxito de la Operación Grassroots.

Crowley miró a sus dos visitantes. Uno era Jim Duffy, que se sentía bastante incómodo con el uniforme de faena que le habían entregado para el ataque, y el otro era el doctor Leigh Stein, del Departamento de Energía, que parecía sentirse más a gusto con sus habituales traje y corbata. Tras dirigir un guiño a los dos hombres, Crowley avanzó hasta el centro de la explanada.

—Muy bien, escuchad todos —comenzó—. El ataque comenzará a las tres de la mañana hora local, medianoche hora Zulú. La fecha se fijará en función de los ensayos que realizaremos aquí, pero en ningún caso será dentro de más de diez días.

Hizo una pausa para que sus hombres asimilaran la inminencia de la operación. Las palabras patrióticas y las arengas llegarían más tarde, en la víspera del ataque. Lo que Crowley estaba haciendo en aquellos momentos era describir la misión poniendo encima de la mesa toda la información de la que disponía en aquellos momentos.

Señaló hacia los dos barracones.

—Éstas son construcciones militares iraníes de tipo estándar. Su diseño es el mismo que en los tiempos del shah, así que las hemos reproducido con la mayor fidelidad posible según los planos de que disponíamos. Este barracón —dijo, señalando a su izquierda— alberga a los noventa guardias revolucionarios asignados a la instalación. Como armamento, esos tipos cuentan con fusiles AK-47, con dos cargadores extra de munición. Algunos, pero no todos, llevan armas cortas. No hemos conseguido determinar quiénes son los que las llevan, ni por qué las llevan.

Consultó los papeles que tenía entre las manos y continuó:

—Los iraníes están divididos en tres equipos de treinta hombres, y cada grupo hace un turno diario de ocho horas. Los guardias van de ocho a cuatro, de cuatro a medianoche, y de medianoche a ocho de la mañana. La Hora H de nuestro asalto se ha elegido de modo que, cuando lleguemos, haya un máximo de guardias durmiendo en los barracones.

Entre los operarios surgió un murmullo aprobador.

—La parte de dormitorios se encuentra en el primer piso. La planta baja se dedica a comedor y a instalaciones de ocio. Nuestro primer avión de ataque AC-130 iniciará el asalto a la Hora H, apareciendo por el noreste a trescientos metros sobre el objetivo y con un rumbo de 182 grados. Su misión será hacer picadillo con su cañón de veinte milímetros los barracones de la Guardia Revolucionaria.

Crowley se volvió a un grupo de diez hombres Delta congregados en torno a su jefe de equipo.

—Cuando el AC-130 entre en acción, vosotros, los componentes del Equipo de Ataque Uno, estaréis a bordo del V-22 Número Uno, volando a 750 metros. En cuanto el piloto del AC-130 comunique a vuestro piloto que ya han abandonado la zona, vosotros aterrizaréis sobre esta parte de la explanada. —Señaló un círculo blanco dibujado sobre el asfalto de la explanada—. Saltaréis del aparato y avanzaréis a discreción hacia la entrada principal del barracón. Los dos operarios que encabezarán las columnas lanzarán granadas aturdidoras al interior del edificio. Luego entraréis vosotros y vuestra misión será liquidar a los ocupantes del barracón que aún permanezcan en pie después del ataque del AC-130. ¿Entendido?

Los diez miembros del Equipo de Ataque Uno, a los que parecía no impresionarles la idea de atacar un edificio cuyos ocupantes los superaban en número en una proporción de tres a uno, murmuraron: «Entendido».

Crowley se volvió a continuación hacia los otros dos equipos de ataque.

—Los equipos dos y tres iréis a bordo del V-22 Número Dos. Aterrizaréis en este punto, junto al primer V-22. —Señaló hacia un segundo círculo blanco pintado sobre el asfalto de la explanada—. A los del Equipo Dos os toca el trabajo fácil. Asaltaréis las puertas de acero, colocaréis cargas explosivas en la base de las mismas, por si es necesario volarlas, y luego formaréis un perímetro defensivo en torno a vuestra

posición.

»Yo acompañaré al Equipo del Ataque Tres junto con este caballero, el señor Duffy, de la CIA, que ha decidido acompañarnos voluntariamente. —Dirigió una sonrisa a Duffy que a éste no le pareció del todo sincera—. Como todos los agentes de la CIA, ha pasado por un período de instrucción militar básica, aunque... —ahora Duffy percibió un toque de humor en la sonrisa del hombre—... eso fue hace algún tiempo.

»Los que se alojan en el segundo barracón de mi derecha, cuarenta y dos hombres según nuestra cuenta, parecen ser los técnicos y científicos destinados al lugar. Su jornada de trabajo comienza a las ocho de la mañana, y algunos trabajan hasta las diez o las once de la noche. No obstante, a la Hora H que hemos fijado, esperamos que todos ellos estén durmiendo en los barracones.

Crowley mostró una ampliación de la fotografía del Profesor obtenida en Londres por la CIA.

—Éste es el hombre que dirige el lugar. Su nombre es Kair Bollahi, pero todo el mundo lo llama el Profesor. Por lo que nos ha sido posible determinar, duerme en el mismo barracón que sus compañeros de trabajo.

Crowley hizo una pausa para indicar a su auditorio que estaba llegando a un punto crítico de su informe.

—El Profesor sabrá con toda exactitud dónde y en qué estado se encuentran los tres proyectiles nucleares que vamos a buscar. —Miró inquisitivamente hacia el cielo, como buscando el perdón por el acto que iba a proponer—. Tendremos que rogarle al Profesor que nos conduzca hasta los proyectiles.

Ahora la mirada de Crowley buscó a los diez integrantes del Equipo de Ataque Tres.

—Como no creemos que haya armas en el edificio, lo más probable es que no encontréis resistencia al llegar. El primer hombre que cruce la puerta plantará el cañón de su MC-5 en la tripa del primer iraní que se encuentre y le preguntará dónde está el Profesor.

—¿Y si se niega a responder o no habla nuestro idioma?

—Lo liquidáis y le preguntáis al siguiente. Esos tipos son científicos, gente con formación, no fanáticos como los guardias revolucionarios. Si les demostráis lo que les ocurre a los que no quieren hablar, no tardarán en señalar al Profesor con el dedo. Luego debéis invitar al Profesor a que se sume a nuestro esfuerzo por localizar y conseguir esos tres proyectiles.

—¿Y si se niega?

—Entonces es cuando el señor Duffy y yo tendremos que intervenir.

—¿Y si no logran convencerlo?

—Entonces, mucho me temo que tendrá que convertirse en ejemplo de lo que les

pasa a los que no se muestran parlanchines y el señor Duffy buscará voluntarios que nos conduzcan al interior de ese laboratorio. O, simplemente, volaremos las puertas y entraremos a coger los proyectiles nosotros mismos.

—¿Qué sabemos acerca del estado en que se encuentran esos tres proyectiles? —preguntó el jefe del Equipo de Ataque Tres—. ¿Podría hacerlos detonar mientras nosotros nos encontramos en la instalación o mientras los llevamos hacia el V-22?

Crowley se volvió hacia Leigh Stein.

—Se encuentra entre nosotros el doctor Stein, uno de nuestros primeros expertos en anuas nucleares, para aclarar vuestras dudas científicas. Leigh, por favor.

Stein hizo un gesto de asentimiento.

—Creo poder garantizarles que, por lo que sabemos de lo que ocurre en ese lugar, es prácticamente imposible que esas armas se encuentren ya en fase operativa. Es imposible que les exploten a ustedes mientras se encuentran en el interior de ese laboratorio ni mientras las llevan hacia el avión.

Stein, hombre observador, advirtió el alivio —mezclado con una dosis de saludable escepticismo— en la expresión del jefe de equipo.

—El material nuclear de esos proyectiles es plutonio doscientos treinta y nueve en forma metálica. Es un metal pesado y estable que emite rayos gamma y alfa en cantidades que, en el espacio de tiempo que ustedes estarán expuestos a ellas, no son peligrosas. En cualquier caso, dispondrán ustedes de cajas forradas de cobre para transportar en ellas las bombas una vez las hayan localizado. El blindaje absorberá todas las radiaciones.

Crowley tomó de nuevo la palabra.

—En cuanto a los Rangers —dijo—, ustedes irán en los V-22 Tres y Cuatro y, en cuanto el segundo AC-130 haya terminado de barrer la zona, se colocarán a uno y otro lado de la entrada a los terrenos del laboratorio. Su primer cometido será liquidar a cuantos guardias revolucionarios queden en pie. Luego establecerán un perímetro defensivo en torno a la entrada para evitar que nadie ni nada vaya hacia el laboratorio mientras los equipos Delta están en acción. En cuanto el Equipo de Ataque Tres haya cargado los tres artefactos en su V-22, el jefe de equipo lanzará una bengala verde y roja e informará por radio a todos de que la misión ha sido ejecutada. Se espera que todo el mundo desaloje el lugar en el plazo de cinco minutos a partir de la señal. ¿Me he explicado con claridad?

Crowley se aproximó a los pilotos y tripulantes de los V-22 y los AC-130.

—Su cometido en esta misión es básico, caballeros —les dijo—. Quiero que se reúnan ustedes para estudiar la misión que acabo de esbozar y que elaboren un plan aéreo que elimine toda posibilidad de colisión en el aire entre sus aparatos.

Dicho esto, regresó al centro de la explanada.

—Muy bien, amigos —anunció—. Efectuaremos dos ensayos cada dos noches

hasta que estemos listos para la misión. El primer ensayo de cada noche será con munición de fogueo. En el segundo, los AC-130 utilizarán fuego real, lo mismo que el Equipo de Ataque Uno y los Rangers. El día que mediará entre las noches de ensayo se utilizará para que los ingenieros reconstruyan los barracones una vez los AC-130 los hayan reducido a escombros. El primer ensayo será esta noche a las veintitrés horas. Saldremos de la base McCarran de las Fuerzas Aéreas, simulando que se trata de Incirlik.

Cinco días y tres noches de ensayo más tarde, Crowley y Jim Duffy regresaban a McCarran en el V-22.

—Esta noche hemos entrado y salido del objetivo en veinticuatro minutos —dijo Crowley—. No creo que vayamos a mejorar esa marca. Sin embargo, aún no sabemos lo que hay detrás de esas puertas de acero, lo cual significa que en nuestro plan de operaciones hay una inmensa laguna. Aunque nada me desagrada más que emprender una operación sin disponer de toda la información necesaria, no creo que en este caso haya alternativa. Creo que debemos entrar en acción cuanto antes.

—Estoy de acuerdo —corroboró Duffy—. ¿Cuál es la siguiente fase de la operación?

—Trasladar a nuestros hombres, nuestro equipo y nuestros aviones a Incirlik, que será la base de nuestro ataque. Creo que será entonces cuando nuestros hombres tomen conciencia de lo que van a hacer realmente. A partir de ese instante, la tensión irá en aumento y espero que el presidente no tarde demasiado en dar el visto bueno final para nuestra acción.

—Aunque el presidente nunca ha sido demasiado partidario de las opciones de fuerza —comentó Duffy—, cuando lo vi la última vez en la Casa Blanca me pareció preocupado, pero también decidido. Cuando llegue el momento, creo que dará la señal de ataque.

—Es muy probable —sonrió Crowley—. A todos los presidentes, sin una sola excepción, les encantan las operaciones especiales. Producen muchas menos repercusiones en el resto del mundo, pues no dejan tras de sí grandes secuelas, como sucede con las operaciones convencionales.

—¿Está usted convencido de que realmente tenemos un ciento por ciento de posibilidades de éxito?

—Dios bendito, claro que no. Ni siquiera sabemos qué demonios tienen escondido los iraníes detrás de esas grandes puertas de acero. Oiga, ¿por qué no vuela usted de regreso a Andrews, habla con sus jefes y luego vuelve a Tampa el jueves por la mañana? Podríamos almorzar en el club de oficiales y luego saldríamos en dirección a Turquía.

—Lo dice usted como si fuéramos de picnic.

Crowley palmeó la rodilla de Duffy y dijo:

—Muchísimo mejor, amigo mío. Vamos a una fiesta sorpresa.

—Por el amor de Dios, Jimbo, di que te has puesto enfermo. No se te ha perdido nada en mitad del desierto con esos tipos de Delta —suplicó Jack Lohnes a su amigo.

Duffy, que ya iba por su tercera taza de café pese a que sólo eran las ocho de la mañana, negó con la cabeza.

—¿Cómo iba a hacerlo, Jack? El coronel Crowley sólo accedió a ir porque yo le aseguré personalmente que los tres proyectiles nucleares se encuentran en esa instalación que van a asaltar. Además, me apetece mucho ir. Esos tipos me han disparado la adrenalina.

—Jim, el único motivo por el que Crowley y su equipo realizarán el ataque es porque el presidente les ha ordenado que lo hagan. —En aquel momento sonó el teléfono, impidiendo a Lohnes continuar con sus súplicas. Era el operario encargado de recibir las imágenes satélite procedentes de Irán que se estaban retransmitiendo a la Sala de Situación de la CIA, situada unas pocas puertas más allá del despacho de Lohnes. La Oficina Nacional de Reconocimiento de Chantilly estaba enviando aquellas imágenes a la agencia y a la central del USSOCOM en Tampa, Florida.

—Parece que en esta instalación están celebrando una convención —dijo el hombre—. Será mejor que bajen ustedes a echar un vistazo.

Duffy y Lohnes salieron inmediatamente del Directorio de Operaciones y se dirigieron a la Sala de Situación.

—En todo el tiempo que llevo observándolos, esos tipos no han tenido ni un visitante —les informó el hombre encargado de vigilar la pantalla—, y ahora, en menos de una hora, han llegado tres, y ahí tienen al cuarto. —Señaló el Land Rover que acababa de atravesar el puesto de control del Pasdaran—. ¿Podemos acercarnos más a ese vehículo, Chantilly? —preguntó.

Duffy observó cómo el coche se detenía en la explanada, ante la puerta de acceso a la instalación iraní. Un comité de bienvenida rodeó al Rover para recibir a su pasajero. Frunciendo los párpados, Duffy estudió al hombre que se estaba apeando del vehículo. El recién llegado abrazó a dos de los hombres y luego, tocándose la frente y el corazón con la mano derecha, dirigió un fraterno saludo islámico al resto.

—¡Sí! —susurró Duffy, viendo ir al hombre hacia la entrada—. Es mi viejo amigo, el mujadín Gucci, el recaudador de las tasas de tránsito de la droga. Habrá ido a echar un vistazo a lo que sus camaradas han conseguido con el dinero que él les suministra.

—Los otros tipos llegaron en coches Baby Benz —observó el encargado de vigilar la pantalla—. Supongo que habrán llegado en avión hasta el aeródromo que tienen en Zabol.

—Probablemente vienen por carretera desde Teherán —dijo Lohnes—. Deben de haber convocado una reunión de alto nivel. ¿Crees que eso puede significar que han adelantado su calendario? Quizás a fin de cuentas no dispongamos de dos semanas antes de actuar.

Duffy contemplaba con enorme fijeza al antiguo guerrero mujadín que avanzaba hacia el edificio. A la luz del atardecer iraní, las imágenes satélite eran de tal calidad que incluso resultaba posible ver la sombra del mujadín Gucci siguiendo a su propietario. Aquella estampa le hizo recordar un dicho farsi que había escuchado con frecuencia a los mujadines que hablaban en ese idioma en vez de hacerlo en el más habitual *pushtu*: «Que tu sombra nunca se acorte».

—También podría significar lo contrario. Jack. Quizás estén teniendo problemas. Pero es una lástima que no vayamos a atacar esta noche. Podríamos acortar un montón de sombras.

—¿Cómo?

—Nada. No es más que un viejo dicho iraní.

Respeto. Pasma. Reverencia. Temor. Euforia. Odio. El doctor Parvis Janlari leía todas aquellas emociones en los rostros de los componentes del Comité de Operaciones Secretas que contemplaban el primer artefacto nuclear ya totalmente montado y armado. El largo viaje que había comenzado con la cita de medianoche del Profesor en una estepa de Kazakstán ya casi había concluido. La Operación Jalid estaba entrando en su fase final.

Janlari no tenía la menor intención de darles a los hombres que tenía ante sí una conferencia sobre física nuclear que ninguno de ellos hubiera entendido. Lo que les interesaba era lo que la bomba podía hacer, no su funcionamiento.

La bomba ya terminada, que ahora apenas tenía el tamaño de una pelota de playa, estaba alojada en el contenedor especial que Janlari había hecho construir para ella. En él, bajo la atenta mirada de Imad Mugniyah, sería introducida clandestinamente en Nablus camino de Tel Aviv. El contenedor tenía el tamaño de una pequeña caldera de vapor. Su parte frontal, provista de bisagras, estaba abatida, de modo que los miembros del comité pudieran admirar la bomba ya terminada de Janlari. La tapa permanecía levantada, y sería ajustada una vez el panel frontal se encontrase de nuevo en su lugar.

Janlari mostró a su auditorio la negra aguja de la antena que recibiría la señal de radio que desencadenaría la explosión nuclear. La aguja surgía de la parte superior de la esfera de la bomba como el tallo de una flor. La tapa quedaría cerrada en torno a aquella aguja negra, el único elemento de la bomba que permanecería fuera del contenedor.

A continuación Janlari señaló la batería adosada a la antena y que recibiría la

señal de la radio. Luego fue indicando los tres cables rojos que iban desde la batería hasta los ensambles condensador-krytrón, uno para cada uno de los dos hemisferios de la bomba, y uno para el cañón de neutrones, por el cual saldría la carga detonadora de 250 voltios. Por último, Janlari señaló la telaraña de cables que conectaba aquellos ensambles con los quince puntos de detonación situados sobre cada uno de los hemisferios y con el cañón de neutrones.

Uno de los pasmados miembros del comité preguntó:

—¿Y así, tal como la vemos, está lista para hacer explosión?

—Sí, aunque la explosión, como es lógico, sólo se producirá cuando nuestro conductor voluntario envíe la señal preestablecida.

—¿De qué envergadura será la explosión? —quiso saber Sadegh Izaddine, el *mullah* que dirigía la *Gouroohe Zarbat*, la Fuerza de Ataque cuyos miembros habían asesinado a Tari Harmian en su casa de Londres por atreverse a poner en tela de juicio la conveniencia de la Operación Jalid.

—Eso es imposible decirlo con absoluta precisión porque, como comprenderéis, no podemos probar ninguna de nuestras tres bombas. Pero según mis cálculos, la fuerza explosiva será de entre veinticinco y treinta kilotones.

—Sí —insistió Izaddine—, pero ¿eso qué *significa*?

—Significa que la fuerza de la explosión será considerablemente mayor que la de la bomba que los norteamericanos lanzaron sobre Nagasaki.

—¿Qué pasará con Tel Aviv? —quiso saber Izaddine.

—La ciudad no desaparecerá literalmente de la faz de la tierra, pero los efectos de la explosión serán horribles, absolutamente devastadores. Para los israelíes, será un segundo holocausto.

Janlari advirtió las sonrisas de expectación de tres de los miembros del comité. Los otros permanecieron inexpresivos, casi estupefactos, como si aún no les entrase en la cabeza la enormidad de la fuerza que tenían entre sus manos.

—¿Cuánto tiempo se necesitará para preparar las otras dos bombas? —preguntó Alí Mohatarian, presidente del Comité de Operaciones Secretas.

—Para hacerlo correctamente, sin correr riesgos y cerciorándonos de que todo se hace bien, cinco días para cada bomba —prometió Janlari. Es extraordinario lo que aquí hemos conseguido, se dijo. Los hombres que tenía ante sí no podían valorar debidamente la proeza que él y sus colegas científicos habían logrado al transformar tres proyectiles nucleares soviéticos de baja potencia en auténticas bombas atómicas. Lástima. Pero en Estados Unidos y en Inglaterra había científicos que sí lo valorarían. Que se quedarían atónitos de pasmo y horror, por lo que en aquel laboratorio se había conseguido.

—Debemos dar a nuestros brillantes científicos, que tal devoción sienten hacia nuestra causa, el tiempo necesario para que realicen su trabajo como consideren más

oportuno —declaró el Profesor—. Os he convocado a todos para que vierais el resultado final de su trabajo, pero, sobre todo, para decidir qué haremos con las otras dos bombas cuando estén listas. —Miró su reloj—. Son casi las cinco. ¿Os parece que subamos a mi despacho para comenzar nuestra discusión?

—Washington —murmuró uno de los miembros del comité mientras se metían en el ascensor que los llevaría dos pisos más arriba, hasta la planta baja del laboratorio—. ¿No habría modo de conseguir llevar una de nuestras bombas a Washington?

Los componentes del Comité de Operaciones Secretas acababan de acomodarse en sillas en torno al escritorio del Profesor cuando el Rolex GMT Master 2 de éste marcó las cinco en punto. Como era de esperar en el Profesor, su reloj señalaba la hora exacta.

Fue por tanto en ese mismísimo momento cuando, dos pisos por debajo de su oficina, el chip de arseniuro de galio metido en el krytrón que controlaba el circuito detonador del hemisferio derecho del artefacto nuclear recién ensamblado por el doctor Parvis Janlari emitió una señal preprogramada a 1,50012 gigahertzios. La señal, la primera que enviaba el chip, que iniciaba así su tanda de relevos montado por los expertos de Eagle Eye Technology, no llegó a salir de los confines del laboratorio subterráneo de los iraníes, nunca llegó a tender sus tentáculos electrónicos a través del espacio hacia el satélite que aguardaba para recibirla.

En el instante en que la señal salió del chip del interior del krytrón se produjeron también seis transmisiones laterales lobulares, todas ellas un débiles que a una distancia de medio metro del krytrón, ni siquiera el receptor electrónico más sensible hubiera sido capaz de captarlas ni interpretarlas. Una de ellas tenía una modulación de 1,2001 gigahertzios.

Sin embargo, el krytrón que contenía el chip Eagle Eye no estaba a medio metro de la antena del conjunto nuclear ensamblado por el doctor Parvis Janlari. Estaba el hemisferio derecho de la bomba, a exactamente 26 centímetros de la pequeña aguja negra conectada a la radio y programada para reaccionar ante una señal que llegase en la frecuencia de 1,2 gigahertzios.

Suficientemente cerca. La antena captó la transmisión lateral del chip y la tomó por la orden de detonación.

En aquel momento se produjo el único de los hechos que seguirían a continuación que podría haber sido captado por el ojo humano o comprendido por la mente. La antena informó a la radio de que la señal que debía reconocer había llegado. La radio cerró el relé eléctrico que salía de la batería a la que había sido conectada. Eso abrió un circuito eléctrico conectado a su vez con los tres circuitos detonadores de la bomba. Entonces, una descarga eléctrica de 250 voltios salió de la batería a los krytrones del circuito detonador. La carga abrió el circuito selector de gas radiactivo

de cada uno de los tres ensambles de krytrones, lo cual a su vez permitió que los 4000 voltios almacenados en los condensadores pasaran a los treinta puntos de detonación de la bomba, en una onda rectangular y con un tiempo de subida tan breve que rozó la inexistencia. Aunque los treinta puntos de detonación se encontraban a diferente distancia de los krytrones, los cables destinados a transmitir el impulso eléctrico eran de la misma longitud, de modo que las treinta cargas detonaron en el mismísimo instante.

Debido al modo en que estaban colocados los explosivos HMX en los treinta detonadores, las ondas de choque viajaron hacia dentro por las cargas de forma triangular en vez de hacerlo hacia fuera, con lo cual se produjo una implosión en vez de una explosión. La onda de choque lanzó el reflector externo de berilio rodeado de tungsteno en una inmensa contracción, como la presión del puño de un levantador de pesas apretando una pelota de gomaespuma. Al mismo tiempo, la enorme presión generada por la contracción había licuado los cinco kilos de plutonio sólido, provocando un huracán de neutrones. Sin embargo, el berilio que envolvía la bomba como una faja hizo que los neutrones rebotasen contra el plutonio, acelerando con ello el proceso que estaba teniendo lugar.

Mientras el plutonio se acercaba al punto de máxima compresión, el tercer krytrón envió la carga de 4000 kilovoltios al cañón de neutrones. Los núcleos de tritio del cañón se fundieron, lanzando un pedrisco de neutrones que el cañón disparó contra el centro del núcleo de plutonio.

El resultado fue lo que se conoce como una reacción en cadena. Los átomos de plutonio se dividieron, liberando cada uno de ellos dos neutrones que, a su vez, dividieron otros dos átomos haciendo que con ello aumentara geométricamente tanto la velocidad de la reacción como la cantidad de energía liberada. El proceso completo tuvo lugar en un período infinitamente más breve que un parpadeo. Todo hubo terminado antes de que el sonido de la detonación del potente explosivo alcanzara los tímpanos del técnico iraní más próximo.

El doctor Janlari y sus hombres habían hecho bien su trabajo. Mientras la fisión del artefacto que iba a matar a sus creadores subía hacia su punto culminante, se generó una fuerza explosiva de 25 kilotones, muy superior a la de la bomba de Nagasaki.

La primera consecuencia de todo esto fue una inmensa oleada de radiactividad, formada por el espectro completo de rayos gamma, X y alfa, que se propagó a la velocidad de la luz. Junto con esto llegó la luz, el inmenso resplandor que el doctor Robert Oppenheimer, padre de la bomba atómica, describió como «más brillante que mil soles». Se produjo luego el calor, tan intenso que los cuerpos de los científicos iraníes, de los técnicos, de los miembros del Pasdaran y de los hombres reunidos en el despacho del Profesor fueron, no hechos pedazos, sino convertidos en vapor,

reducidos a minúsculas partículas de carne, sangre y huesos. Los cadáveres se mezclaron con el metal fundido del equipo de laboratorio, y todo ello se unió al plasma radiactivo de tierra, rocas y minerales que se agitaba en el infierno en que se había convertido el laboratorio. Fue como si en un horrible instante se hubiera cumplido la profecía bíblica: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

Al otro lado del cauce seco, en sus escondites de los riscos simados frente a la instalación clandestina iraní, los dos hombres de Delta notaron temblar la tierra. La montaña que tenían ante ellos pareció estremecerse. «¡Mierda! —pensó el jefe—. ¡Un terremoto!».

Luego las puertas metálicas del laboratorio volaron como cometas impulsadas por un fuerte viento y, por el hueco que dejaron, salió a la explanada una oleada de llamas rojas y negras. Los dos hombres comprendieron al momento lo que había sucedido. En previsión de una eventualidad similar, disponían de un «plan de escape», que consistía en tomar dirección norte, adentrándose en Afganistán para, una vez fuera del alcance de los iraníes, llamar a un helicóptero de evacuación.

—Larguémonos de aquí —ordenó el jefe—. ¿Crees que un hombre puede correr más que una nube radiactiva?

Al otro lado del mundo, contemplando las imágenes satélite de la escena en la central de la CIA, el encargado de la vigilancia del sitio también comprendió.

—¡Dios bendito! —exclamó—. ¡Una de las bombas ha hecho explosión!

Avisados por el hombre, Jim Duffy y Jack Lohnes corrieron literalmente por el corredor de la séptima planta hasta la Sala de Situación. Estupefactos, contemplaron la grabación de las imágenes.

—¿Podemos conseguir una lectura satélite de la radiactividad que ha producido esa explosión? —preguntó Lohnes.

—¿Y el presidente? —dijo Duffy—. ¿Sabe lo ocurrido?

Minutos más tarde, el consejero de Seguridad Nacional interrumpió una reunión entre el presidente, el secretario de Defensa y la secretaria de Estado en la que se estaba discutiendo cómo financiar la reforma de la fuerza aérea polaca exigida por la OTAN. Los cuatro corrieron a la Sala de Situación de la Casa Blanca para contemplar las imágenes satélite de la explosión. Tan atónitos y horrorizados como aliviados, contemplaron tres veces la grabación.

—¿Dónde está el coronel Crowley? —preguntó al fin el presidente.

—En la sede central de USSOCOM en Tampa, Florida, preparándose para volar a Turquía —replicó el secretario de Defensa.

—Que alguien lo llame por teléfono —dijo el presidente—. Quiero hablar con él. —Cuando el director de Delta se puso al aparato, el primer mandatario le anunció—: Vamos a cancelar su misión, coronel Crowley.

Hasta un estudiante de psicología que sólo hubiese asistido a la primera clase habría detectado la decepción en el tono del coronel cuando preguntó:

—¿Por qué, señor presidente?

Pese a la gravedad del momento, el primer mandatario no pudo reprimir una sonrisa al contestar:

—Porque un ángel se acaba de orinar en la recámara del mosquete de los iraníes.

Como consecuencia del incidente de Zabol, ese mismo día, el presidente tomó tres decisiones. La explosión provocó un temblor de tierra de intensidad 5,2 en la escala de Richter que fue registrado en los sismógrafos de toda la zona. Como en la región eran frecuentes los terremotos, el Gobierno de Teherán optó por atribuirla públicamente a un seísmo que, afortunadamente, se había producido en una parte relativamente poco poblada del país, motivo por el cual las bajas y los daños no habían sido cuantiosos. Pese a todo, la zona fue cerrada a los extranjeros mientras tenían lugar las operaciones de búsqueda y rescate.

En realidad, nadie llegaría a saber nunca qué había motivado la detonación nuclear. La explicación se había perdido para siempre en la horrible conflagración de Zabol. Teniendo eso en cuenta, el presidente decidió que el Gobierno de Estados Unidos no desmentiría públicamente a los iraníes. Se enviaron emisarios a los gobiernos británico, francés, alemán e israelí para informar a sus dirigentes secreta y privadamente sobre lo que Estados Unidos sabía acerca de lo ocurrido realmente en Zabol.

Luego ordenó que un quinto emisario visitase al príncipe heredero de Arabia Saudí, al cual se le pidió que transmitiese un mensaje verbal del presidente norteamericano al presidente Jatamí. El mensaje explicaba al dirigente iraní lo que se había pretendido hacer en aquel laboratorio subterráneo, expresaba el sentimiento personal del presidente por las vidas perdidas, y manifestaba la esperanza de que, sabiendo ya lo que los clérigos radicales que lo rodeaban habían intentado, al presidente Jatami le fuera posible hacerse con plenos poderes en Teherán, y conseguir que tanto Irán como el islam volviesen a la senda de la justicia, la sabiduría y la moderación por la que históricamente siempre habían caminado.

La tercera decisión del primer mandatario norteamericano estuvo relacionada con Jim Duffy.

—Quiero que a ese hombre se le conceda la medalla de servicios distinguidos —ordenó al director de la agencia.

—Ya tiene dos, señor.

—Pues denle otra. Y también quiero que se le destine a un nuevo puesto. Deseo que se ocupe de reorganizar las operaciones clandestinas de la agencia. Cada vez que le he pedido a su gente que hiciera algo en Irak, Birmania, Beirut o Irán, o me han fallado, o me han dicho que no era posible. Se han convertido ustedes en tigres desdentados. En el nuevo y desquiciado mundo actual necesitamos, más incluso que

durante la época de la guerra fría, disponer de la capacidad de efectuar con éxito operaciones secretas. Se necesitarán imaginación, flexibilidad y capacidad de improvisación. Adviértanle a Duffy que tendrá que trabajar con los comités supervisores del Congreso, pero díganle que se ponga manos a la obra cuanto antes.

Yendo por Eccleston Street hacia Chester Square, Jim Duffy admiró la hilera de bonitas casas de blanco estuco que daban a los jardines de la plaza. Llevaba en la mano el ramo de rosas amarillas que había comprado al salir de su hotel. Casi inconscientemente, comenzó a tararear la letra de la canción que más le gustaba de *My Fair Lady: La calle en que ella vive*. Y yo tengo el mismo aspecto cursi que el personaje que la cantaba. ¿Cómo demonios se llamaba? Freddy Frightful, o algo parecido.

Bueno, dos semanas en otra ciudad, se dijo. Un buen premio por sus desvelos de los últimos meses y un buen preámbulo para el nuevo trabajo que le habían confiado. Al acercarse al número cinco, se detuvo, sorprendido. Colgado de la verja de hierro que rodeaba la entrada había un letrero: «Se vende. Inmobiliaria Long».

Nancy abrió la puerta personalmente.

—¡Jim! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! He echado de menos los buenos consejos que había comenzado usted a darme. Contaba con que se convirtiese en mi gurú. Son preciosas —dijo, aceptando las rosas que Duffy le tendía—. ¿Tomamos una copa antes de ir a cenar?

Preparando las bebidas, Jim se disculpó:

—Lamento haber desaparecido de la pantalla de su radar sin previo aviso —dijo—. Surgió algo imprevisto que me obligó a volar a Washington. Gajes del oficio.

—No se preocupe —rió Nancy—. Me encantan los hombres misteriosos.

La mujer tomó la copa de Sancerre que Duffy le tendía y siguió:

—Hablando de misterios: ¿se ha enterado de lo del terremoto de Irán?

—Sí, lo he leído en los periódicos.

—La prensa local sugiere que tal vez se tratase de algo más que de un simple terremoto.

—Bueno, no irá usted a creer todo lo que lee en los periódicos, ¿verdad?

—¿En Londres? —Nancy se echó a reír—. No, claro que no.

Duffy se acercó a la ventana y miró hacia los verdes jardines de Chester Square. Una inglesa, recia y firme como un roble del bosque de Sherwood, paseaba a un perro labrador por los bien cuidados senderos de la plaza. El hombre se dijo que, en cierto modo, el camino hacia Zabol había comenzado allí, en aquella casa, una noche de enero, hacía de ello cuatro meses escasos. Se sintió obligado a darle algún tipo de explicación a Nancy acerca de lo ocurrido. Volviéndose de nuevo hacia su anfitriona, dijo:

—¿Sabe una cosa, Nancy? Es mejor que olvide a los tipos que mataron a su marido. Han desaparecido. Nadie volverá a saber nada de ellos.

Nancy lanzó un suspiro de resignación.

—Sí, ya me he hecho a la idea.

—Lo que sí puedo decirle —continuó Duffy— es que los hombres que dieron la orden de asesinar a su esposo están muertos. Eran unos malnacidos. Y murieron, al menos en parte, como consecuencia de una serie de sucesos que fue desencadenada por algo que hizo su esposo.

—Gracias, Jim. Eso resulta un gran consuelo, aunque supongo que no va a explicarme cómo lo sabe.

—No. Al menos, no esta noche. —Duffy apuró de un trago su bebida—. Ahora, hablemos de usted. ¿Qué tal le va?

—Bastante bien, desde que comencé a hacer caso de los consejos que usted me dio.

—¿Y eso qué demonios significa?

—¿Conoce usted el Instituto de Estudios Estratégicos de Washington? Está en H Street.

—Sí, claro, todo el mundo lo conoce. ¿Por qué?

—Me enteré de que andaban buscando un etnólogo. Alguien como yo. Así que les envié un currículum y resulta que me aceptaron.

—O sea que por eso está ahí fuera el cartel de «Se vende».

—Sí. Pobre Tari. La casa fue su último regalo. En Londres, los bienes inmuebles están por las nubes. Esta propiedad vale casi cuatro veces lo que él pagó por ella.

Duffy se había acomodado en el sofá junto a ella. Habían sucedido tantas cosas en tan poco tiempo... Los sucesos se habían disparado desde aquella fría mañana en la que Frank Williams había ido a visitarlo para convencerlo de que dejara los bosques de Mame.

—Es una espléndida noticia, Nancy. ¿Sabe? No soy de los que creen que nuestros destinos están escritos en la arena ni en las estrellas. Creo que nosotros mismos los escribimos. Extrañamente, durante los tres o cuatro últimos meses he conseguido poner de nuevo orden en tú vida. Y en ese mismo lapso, la suya casi se ha derrumbado. Estoy en deuda con usted. Espero que, cuando llegue usted a Washington, me permitirá ayudarla a reponerse como yo me he repuesto.

—Sí, claro que sí, Jim.

Minutos más tarde se encontraban en la plaza, aguardando un taxi.

—¿Adónde vamos?

—Hice reservas en un restaurante llamado Daphne's. Creo que es uno de los lugares más de moda.

Nancy lanzó una juvenil risa cuyo sonido resultó muy refrescante para Duffy.

—Es usted increíble, Jim —dijo, estrechando afectuosamente la mano del hombre—. Se baja de un avión y ya sabe cuáles son los locales más en boga de la ciudad. Espero que, cuando yo llegue a Washington, me enseñará usted sus sitios favoritos.

—Claro que sí. Cuente con ello.

—¿Prometido?

—Prometido.

¿Adónde irá a parar Londres? —se preguntó el añoso taxista que detuvo su coche junto al bordillo—. ¡Hay que ver! ¡Un hombre y una mujer hechos y derechos abrazándose como adolescentes en la acera de Chester Square!



JOHN LAWRENCE COLLINS JR., conocido ampliamente como Larry Collins, es un escritor y periodista estadounidense, nacido el 14 de septiembre de 1929 en West Hartford, Connecticut y fallecido el 20 de junio de 2005 en Frejus, Francia.

Cursó brillantemente sus estudios en la Universidad de Yale, para instalarse después en Europa en 1954, donde dirigió la agencia United Press International en Roma, Beirut y París. Entre 1961 y 1965 dirigió la corresponsalía parisiense del semanario Newsweek y fue entonces cuando comenzó su colaboración con Dominique Lapierre, con quien escribió *¿Arde París?* (1964).

Su encuentro y amistad con Dominique Lapierre al que conoció durante el servicio militar en el cuartel de las fuerzas aliadas en Europa (SHAPE, Francia), les llevaría a fundar una fructífera sociedad literaria que les dio fama y dinero, con lo que se apartó provisionalmente del periodismo para lanzarse a grandes investigaciones que desembocarían en algunos de los mayores éxitos literarios de los últimos cuarenta años. Estuvo casado y fue padre de dos hijos. Falleció a los 75 años a causa de una hemorragia cerebral. En su adaptación para la televisión, su bestseller *Juego mortal* fue seguido por cincuenta millones de telespectadores en todo el mundo.

NOTAS

[1] Fortaleza judía que, entre los años 66 y 73 de nuestra era, resistió el cerco de las fuerzas romanas. Como en Numancia, los defensores prefirieron autoinmolarse a rendirse. (*N. de la t.*) <<

[2] *National Iranian Oil Company*: Compañía Nacional del Petróleo Iraní. (*N. de la t.*)

<<

[3] La alusión es al presidente Clinton, que reconoció en unas declaraciones haber fumado marihuana durante su época universitaria, aunque «sin inhalar». (*N. de la t.*)

<<

[4] *Secret Intelligence Service*: Servicio Secreto de Inteligencia. (N. de la t.) <<

[5] *Governmental Communications Hedquarters: Centro Gubernamental de Comunicaciones. (N. de la t.)* <<

[6] *Sensitive Compartmented Information Facility*: Centro de Información Sensible Compartimentada. (N. de la t.) <<

[7] *Sensitive Background Information*: Información sobre Antecedentes Sensibles. (N. de la t.) <<

[8] *National Secure Telephone System: Sistema Telefónico Nacional Seguro. (N. de la t.)* <<

[9] Libro de contraseñas. (*N. de la t.*) <<

[10] *Financial Crimes Enforcement Network*: Red de Detección de Delitos Financieros. (N. de la t.) <<

[11] Religioso jamaicano que rinde culto como mesías al antiguo emperador de Etiopía Haile Selassie I, cuyo nombre antes de acceder al trono era Ras (príncipe) Tafari. (*N. de la t.*) <<

[12] *INternational MARitime SATellite*: Satélite Marítimo Internacional. (N. de la t.)

<<

[13] *Airborne Warning and Control System*: Sistema de alarma y control aerotransportado. (N. de la t.) <<

[14] *Navigational Tactical Display Map*: Mapa táctico de navegación de representación visual. (N. de la t.) <<

[15] *CENTral COMmand*: Mando central. (N. de la t.) <<

[16] *U. S. Special Operations COMmand*: Mando especial norteamericano de operaciones. (N. de la t.) <<

[17] *High Altitude Release Point*: Punto de escape a gran altura. (N. de la t.) <<

[18] *Global Positioning System*: Sistema de posicionamiento global. (N. de la t.) <<